inprecor

INTERCONTINENTAL PRESS

número especial

XI° Congreso de la Cuarta Internacional



número especial
inprecor
INTERCONTINENTAL PRESS

XIº CONGRESO DE LA CUARTA INTERNACIONAL

Vº DESPUES DE LA REUNIFICACION



IV Internacional

SUMARIO

Comunicado de la IV Internacional.

26 de Noviembre de 1979

La IVª Internacional, partido mundial de la revolución socialista, celebró, entre el 17 y el 25 de Noviembre de 1979, en Bélgica, su XI Congreso Mundial, quinto desde la reunificación. Los delegados representaban a 48 secciones y organizaciones simpatizantes de la IVª Internacional en Europa, Asia, Africa, Oceanía y América del Norte y del Sur.

Las discusiones del Congreso Mundial se desarrollaron en un contexto de agudización de la lucha de clases a escala internacional, que se expresa particularmente en las revoluciones iraní y nicaragüense. Cabe destacar la presencia de delegados del Partido Socialista de los Trabajadores (HKS) de Irán, que pone de manifiesto la extensión geográfica de las fuerzas de la IVª Internacional desde su último Congreso mundial, celebrado en 1974, así como la profundización de su arraigo en la lucha revolucionaria a escala mundial.

El Congreso saludó el derrocamiento del régimen del carnicero Somoza, apoyado por el imperialismo, por parte del pueblo nicaragüense, dirigido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional; se ha comprometido a ayudar a construir un movimiento de solidaridad a escala mundial en ayuda a Nicaragua y en defensa de la revolución frente a la agresión imperialista.

El Congreso Mundial es la instancia suprema de la IVª Internacional. Los delegados fueron elegidos por cada sección nacional, tras un debate amplio y democrático, que incluyó una discusión internacional escrita, presentándose los diversos puntos de vista que existen en la Internacional en torno a los temas tratados por el Congreso mundial. El Congreso ha adoptado, por mayoría, diversas resoluciones sobre los siguientes puntos:

1. La situación política mundial y las principales tareas globales de la IVª Internacional;
2. La construcción de la IVª Internacional en la Europa capitalista;
3. América Latina
4. El movimiento internacional de liberación de la mujer;
5. La revolución en Nicaragua.

Para preparar los principales combates de clase del futuro, el Congreso ha decidido también realizar un giro radical para implantar en la industria a la mayoría de los cuadros ganados para la Internacional en el último período.

La adopción de la resolución en torno a la "revolución socialista en la lucha por la liberación de la mujer" implica que por primera vez el movimiento marxista elabora un amplio documento programático sobre la cuestión.

Se realizaron votaciones a título indicativo en torno a las resoluciones relativas a los conflictos en Indochina y a las relaciones entre la democracia socialista y la dictadura del proletariado. El debate en torno a estas cuestiones proseguirá, y ulteriormente se adoptará una posición definitiva.

El Congreso eligió un Comité Ejecutivo, dirección de la Internacional entre dos Congresos, que se reunirá una vez al año. Inmediatamente después del Congreso, el CEI eligió al Secretariado Unificado, una instancia más restringida que actúa en nombre del CEI en los intérvalos de sus reuniones.

Homenaje a los camaradas desaparecidos.

Los delegados al Congreso mundial saludan la memoria de los camaradas que han muerto desde el último congreso:

— James P. Cannon, fundador y dirigente del Socialist Workers Party y de la Cuarta Internacional.

— Joseph Hansen, que durante mucho tiempo ha dirigido la Cuarta Internacional y la redacción de **Intercontinental Press/Inprecor.**

— Georg Jungclas, miembro fundador y dirigente de la sección alemana de la Cuarta Internacional.

— Arturo Gómez, miembro del comité ejecutivo internacional del Partido Socialista de los trabajadores de Argentina.

— César Robles, uno de los dirigentes del PST argentino y delegado al Congreso mundial de 1974, asesinado por la dictadura.

— Mario Roberto Santucho, antiguo trotskista, asesinado por las fuerzas militares argentinas.

— Elisabeth Kaiserman, asesinada por la dictadura argentina.

— Los militantes del PST Adolfo Fenon Carrera, Armando Navarro, Cristina Isarregui, Cabello, Juan Carlos Scafide, Oscar Dalmacio Mesa, Mario Sida, Antonio Moses, Ruben Bouzas, Juan Carlos Nievas, Inocencio Fernandez, Adriana Zaldúa, Ana María Lorenzo, Lidia Agostini, Hugo Frigeiro, Roberto Loscertales, Oscar Lucatti, Patricia Claverie y Carlos Enrique Povedano, todos ellos asesinados por la dictadura.

— Mario Rodríguez, Adriana Drangosh y Tomás Carricaburu de la Liga Comunista Revolucionaria, asesinados por la dictadura.

— Rafael Lasala del Grupo Obrero Revolucionario, asesinado por la dictadura.

— A los numerosos camaradas argentinos que han **"desaparecido"** y que probablemente han sido asesinados por la dictadura.

— Alfonso Peralta, dirigente asesinado del Partido Revolucionario de los trabajadores mexicano, y Heriberto Calvo Pineda, militante campesino del PRT.

— Fernando Lozano Menendez, miembro del Frente de la Izquierda revolucionaria de Perú, asesinado por la policía, así como a Jesús Lojano de Perú.

— Rafael Abad García, dirigente del PSR colombiano.

— Humberto Valenzuela, fundador y dirigente del movimiento trotskista chileno.

— Kavons Hcmatianpour, militante trotskista asesinado durante la insurrección de Febrero de 1979 en Teherán.

— Shuji Sugawara, secretario de la organización de las Juventudes comunistas revolucionarias del Japón, y Yukio Niiyama, muerto a causa de las quemaduras recibidas en el curso de una manifestación en defensa de los campesinos de Sanrizuka.

— Chitta Mitra y Rauchhodlal Dalal, de la India.

— Wu Jingru, militante comunista desde hacía mucho tiempo y miembro fundador del Partido obrero internacionalista de China.

— Ted Tripp, de Australia.

— Yannis Vrichonopoulos, de Grecia.

— Germán Rodríguez de Euskadi, asesinado por la policía franquista, y Roser Cabré, Carme Seguí y Tomás Castaños del Estado español.

— Ezio Ferrero, de Italia.

— Jabra Nicola, uno de los fundadores del movimiento trotskista en Palestina/Israel.

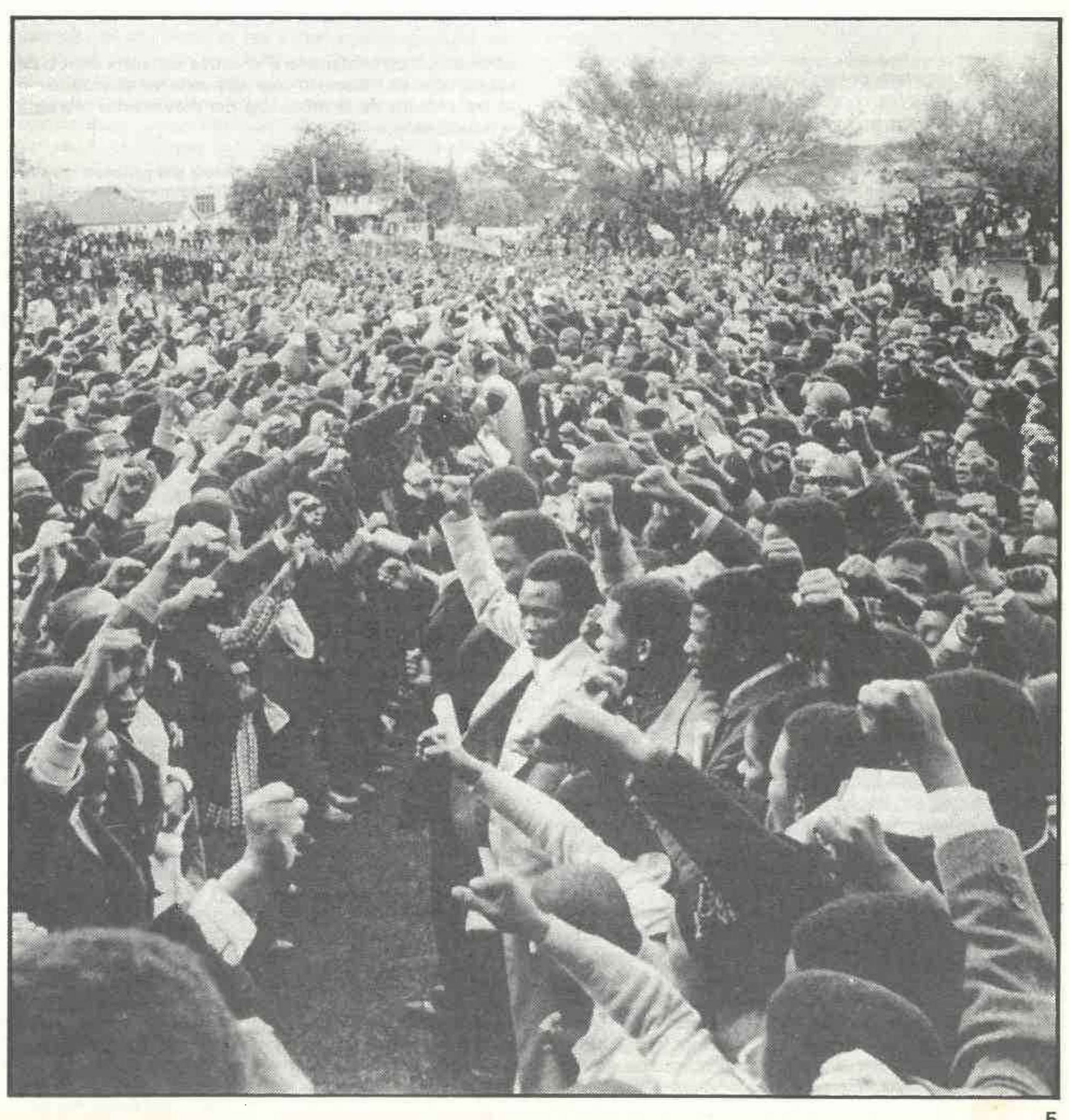
— Yigal Schwartz de la Liga Comunista Revolucionaria de Israel.

— Evelyn Reed, durante mucho tiempo dirigente del SWP de los Estados Unidos.

— Tony Adams, Robert Chester, Duncan Ferguson, Virginia Kiezel, Herman Kirsch, Robert Langston, Ruth Querio, John Shaffer, Dan Styron y Larri Trainor, del SWP de los Estados Unidos.

— El Congreso rindió igualmente homenaje a los camaradas de nuestro movimiento presos en América Latina, en Japón, en Irán, y a Peter Uhl en Checoslovaquia, así como a los camaradas chinos muy recientemente puestos en libertad.

Resolución e informes sobre la situación mundial





La situación política mundial y las tareas de la IV Internacional

Resolución adoptada por el Congreso Mundial por: 92 votos a favor, 7 votos en contra, 11,5 abstenciones y 2,5 que no participaron en la votacion (NPV).

Los cambios más importantes en la situación política mundial desde el Congreso Mundial de la IV Internacional de 1974 pueden ser resumidos así:

1. Un nuevo cambio en la relación de fuerzas entre las clases a nivel internacional en detrimento del imperialismo, como resultado del debilitamiento del capitalismo mundial debido a la derrota del imperialismo norteamericano en Indochina y la primera recesión de alcance mundial desde 1937-38 y el derrocamiento revolucionario del regimen del Sha en Irán y del de Somoza en Nicaragua, con todas sus consecuencias en Medio Oriente y en América Latina.

2. El sector colonial y semicolonial continúa siendo altamente explosivo. Nuevas revoluciones sociales seguirán estallando allí antes que se den victorias socialistas en los países imperialistas, como ya ocurrió en Etiopía, en Irán y en Nicaragua. Pero, al mismo tiempo, el peso y el impacto de la lucha de clases en los países imperialistas sobre la revolución mundial continua acrecentándose, proceso iniciado en 1968. Esto significa una tendencia creciente de las clases contendientes más poderosas del mundo a comprometerse en confrontaciones abiertas, siendo el levantamiento revolucionario en Portugal en 1974-75 el más reciente y resonante ejemplo.

3. Una tendencia hacia el predominio del proletariado, no solamente en las luchas de clases en los países imperialistas, sino también en las luchas políticas crecientes en los países semi-coloniales y en los estados obreros burocráticamente degenerados o deformados.

4. Una crisis creciente en los aparatos burocráticos colaboracionistas de clases, que controlan los partidos de masas y los sindicatos de la clase obrera en los centros imperialistas y en muchos países semicoloniales. Una vanguardia de obreros radicalizados está emergiendo y oponiéndose en ciertos problemas claves a la línea capituladora de la burocracia. Sin embargo, esta capa políticamente heterogenea de la clase trabajadora no ha podido todavía organizar una oposición clasista en los sindicatos o presentar una alternativa socialista dentro de los partidos de masas, lo cual no puede ser alcanzado sin el crecimiento de la influencia del movimiento marxista revolucionario.

5. La continuación de la tendencia del proceso revolucionario, en los tres sectores de la revolución mundial, a adoptar formas de organización y de lucha predominantemente proletarias, caracterizadas por una intensificación de la lucha de clases, manifestaciones y huelgas de masas, insurrecciones urbanas, la organización de la clase obrera y sus aliados en consejos y comités, una batalla entre las tendencias políticas contendientes por conquistar la mayoría en las organizaciones obreras y una batalla por la conquista del poder proletario para estos órganos de clase, bajo la dirección de un partido bolchevique.

6. Una crisis del estalinismo mundial conectada con la crisis del capitalismo y el imperialismo. La oposición política continúa creciendo en los Estados Obreros degenerados o deformados, los disidentes dan pruebas de una creciente audacia, buscando formas abiertas para resistir las medidas represivas.

Al mismo tiempo, la exacerbación al nivel estatal del conflicto chino-soviético; la tendencia actual de la política de Pekín de alinearse de manera creciente con las fuerzas reaccionarias, capitalistas e imperialistas contra Moscú y Cuba; y las iniciativas del Kremlin de otorgar cada vez más concesiones a los imperialismos de Europa Occidental, ha dado un carácter excepcionalmente grave a esta crisis del stalinismo.

7. Creciente interacción entre los tres sectores de la revolución mundial. Las luchas de liberación nacional en las colonias portuguesas precipitaron la caída del régimen Salazar-Caetano en el Portugal imperialista. La apertura de la revolución en Lisboa, a su vez, ayudó a la victoria de las luchas por la independenca en las colonias portuguesas. La repercusión afectó a la lucha de clases en el sudoeste de Europa, en Sudáfrica y en Etiopía. La lucha cada vez más amplia por la liberación, convirtió luego a Africa misma en el centro de la revolución colonial en este periodo. Otro ejemplo es el desarrollo de una más directa conexión entre la oposición política en alza en las "democracias populares" como Polonia y Checoslovaquia, el fenómeno del "eurocomunismo" en Europa occidental y

la radicalización de los obreros en los países imperialistas. Otro ejemplo todavía es la extensión del movimiento de liberación de la mujer de los países capitalistas industrialmente avanzados al mundo colonial y semicolonial.

8. Así, la situación política mundial en su conjunto indica un incremento en las posibilidades para el crecimiento de la IV Internacional, centrado en ganar cuadros en los estratos decisivos de la clase obrera industrial y en el movimiento obrero. Aunque continúan emergiendo nuevas fuerzas revolucionarias, la crisis de la dirección proletaria impide todavía a numerosas revoluciones en curso alcanzar el punto culminante de la conquista del poder por el proletariado y el establecimiento de nuevos Estados Obreros.

I. LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

1. El fin del prolongado boom de postguerra en los primeros años de la década del 70, agravó cualitativamente la crisis del capitalismo. Objetivamente ha significado una reducción de los recursos del sistema para restaurar la estabilidad capitalista en aquellos países afectados más profundamente, ya sea por una grave crisis económica o por un fuerte levantamiento de la clase obrera. Las contradicciones y la competencia interimperialistas se han agudizado. La "Nueva Economía Política" de Nixon, en 1971, inició una tentativa de revertir la declinante posición de los Estados Unidos en la competencia interimperialista. En la recesión internacional de 1974-75, cuando el capitalismo europeo, especialmente Italia, Inglaterra, España y Portugal requerían ayuda a la escala del Plan Marshall, Washington recortó los préstamos necesarios y trató de forzar a Alemania del Oeste y a los países del petrodólar a proveer los créditos. La capacidad de la burguesía para suavizar la lucha de clases ofreciendo concesiones substanciales a las masas se ha debilitado significativamente en estas circunstancias.

Desde el ángulo subjetivo —esto es, la comprensión política del proletariado— el fin del boom de postguerra ha hecho más fácil la denuncia del mito del "pleno empleo" y del "continuo mejoramiento en el nivel de vida" como posibles de ser alcanzados bajo el capitalismo contemporáneo. Esta incapacidad es tanto más marcada cuanto que el fin del boom señaló el comienzo de una ofensiva contra el movimiento obrero, ofensiva que constituye uno de los medios fundamentales para restaurar la tasa de ganancia. La reaparición del desempleo masivo y un ataque generalizado al salario real, incluyendo los beneficios de la seguridad social, han socavado más todavía los mitos edificados por los apologistas del sistema capitalista. Lo mismo está comenzando a suceder con la credibilidad de aquellos que arguyen que el capitalismo puede ser reformado y puede funcionar en beneficio de las masas.

2. Aunque no tan severa como la crisis de 1929-32 y 1937-38, la recesión internacional de 1974-75 fué la más grave desde entonces. Como en toda crisis económica capitalista, ésta resultó de la tendencia declinante de la tasa media de ganancia y de la tendencia de las fuerzas productivas a sobrepasar la capacidad de compra de los consumidores, limitada por las relaciones capitalistas de producción y distribución. La "capacidad excedente", es claro, ha golpeado a muchas de las ramas claves de la economía capitalista internacional. La recesión de 1974-75 y el subsiguiente período de recuperación limitada, incluyó aspectos particulares como inflación continua y una sucesión de crisis bancarias que amenazaron con precipitar un pánico internacional.

Mientras la duración de la recesión fue limitada por un déficit masivo del presupuesto, especialmente en los Estados Unidos, Japón, Francia, Inglaterra e Italia, y con menos extensión en Alemania Occidental, este hecho sólo subrayó el dilema que afronta la burguesía. La recesión no puede ser mitigada sin ayuda de la inflación. La inflación permanente, sin embargo, es cada vez menos un motor y cada vez más un freno para la expansión. Los golpes al sistema monetario internacional y la crisis permanente del dólar, se combinan a su vez con un proteccionismo exacerbado para limitar la expansión del comercio mundial, provocando aún nuevas contracciones del volumen del intercambio internacional. Las contradicciones del sistema se presentan más violentamente después de haber sido contenidas parcialmente durante décadas por técnicas inflacionarias neokeynesianas.

Así, se acumulan evidencias mostrando de modo concluyente que con el fin de la década de los 60, la economía capitalista mundial entró en un periodo de baja tasa de crecimiento, recuperaciones más cortas y más débiles y recesiones más profundas que en las dos décadas previas. La naturaleza de la recuperación posterior a 1974-75 fue desigual, dubitativa, inflacionista y carente de ímpetu. A fines de 1979, una nueva recesión aparece en el horizonte.

Esto no significa una crisis económica perpetua, sin nuevas recuperaciones periódicas en la producción y el empleo. Y no significa que el capital internacional es incapaz de esfuerzos para restaurar la tasa de ganancia y reunudar la acumulación de capital. Tales esfuerzos no solo implican una ofensiva de carácter mundial contra el trabajo. También implican una intensificación de la competencia y una intensificación de la concentración y centralización del capital, en la cual las firmas menos rentables y aún a veces ramas enteras de la industria nacional son eliminadas en favor de otras más rentables. Estos manejos significan un esfuerzo por reestructurar la producción capitalista y el mercado capitalista mundial, incluyendo transferencias masivas de capitales entre varios sectores de la economía imperialista internacional y entre los sectores imperialistas y algunos de los sectores más fuertes de las clases dominantes semicoloniales. La creciente internacionalización del capital y la emergencia de las llamadas corporaciones multinacionales o transnacionales como la forma típica de organización de los trusts más grandes, facilita estos movimientos de reestructuración de la economía capitalista internacional.

Lo que debe ser subrayado, sin embargo, es que ni la amplitud de estos movimientos ni los resultados obtenidos por la ofensiva mundial contra los trabajadores puede hacer posible un crecimiento cualitativo en la tasa media de ganancia, facilitando de ese modo la acumulación de capital y las inversiones productivas. Las fuerzas que llevan al estancamiento siguen siendo profundas y predominanates. Y solo parcialmente pueden ser neutralizadas por las medidas que adopte la burguesía. Para revertir radicalmente esta dinámica se requieren mayores derrotas de las masas. Esto podría abrir la vía a un incremento en los gastos para armamento, poniendo en la agenda mundial guerras destinadas a recobrar algunas de las áreas perdidas por el capital a través de revoluciones socialistas victoriosas. Sin embargo, tales catastróficas derrotas de las fuerzas anticapitalistas a escala mundial, siguen siendo extremadamente improbables. En todo caso, los esfuerzos por imponer estas derrotas promoverían de tal manera la lucha de clases, que se presentarían nuevas oportunidades para revoluciones socialistas victoriosas.

3. Uno de los aspectos más significativos de la situación mundial es el continuo debilitamiento de la dominación del imperialismo norteamericano sobre el capitalismo internacional. En comparación con la situación de

postguerra, 1945-1970, esta declinación ha adquirido proporciones impresionantes, de la cual la erosión del dólar por la inflación no es mas que una manifestación.

El imperialismo norteamericano ha perdido su posición de superioridad tecnológica absoluta, frente al menos a un competidor, en la mayoría de las ramas de la industria. Y en algunas, donde todavía sobrevive su superioridad (industria nuclear, aviación, producción de satélites y fabricación de computadoras) el desafío de los competidores es creciente. El primer lugar en las exportaciones de bienes manufacturados ha sido tomado ahora por el imperialismo germano-occidental y el imperialismo japonés está cerca de alcanzar el segundo lugar. En la tasa media de productividad industrial del trabajo, el imperialismo norteamericano está siendo sobrepasado por sus principales competidores. Incluso está siendo desafiado ahora en la exportación de capitales y en la banca internacional. Las corporaciones multinacionales europeas y japonesas están acercándose numéricamente a las norteamericanas. Y compiten ferozmente, no sólo en otros continentes, sino en los Estados Unidos mismos.

Ciertamente, la superioridad política y militar de los imperialistas norteamericanos sobre sus socios-competidores sigue siendo de importancia clave en esta lucha. La dominación de Washington está basada en la dimensión mundial de la economía norteamericana, un acceso relativamente mayor a las materias primas a escala mundial, especialmente petróleo y en las decenas de miles de armas nucleares guardadas en posición de fuego por el Pentágono. En 1977-78, por ejemplo, los aviones de combate de Alemania Occidental llegaron a 642. Los bombarderos estratégicos norteamericanos eran 644 aviones y las fuerzas militares de EE.UU. tenían 5.796 aviones de combate más. Esta superioridad está siendo usada una y otra vez por el imperialismo norteamericano para obtener ventajas económicas, financieras y políticas. De mayor significación que la superioridad numérica de la fuerza aérea norteamericana es la debilidad general del capitalismo europeo y japonés frente a la Unión Soviética, así como su mayor inestabilidad social, resultante de un grado más elevado de politización del movimiento obrero. Esto aparecería con toda claridad en cualquier confrontación real.

Mientras el Mercado Común Europeo ha resistido el test de la primera recesión que abarcó a todos sus países miembros, no ha hecho ningún progreso hacia una mayor integración económica, monetaria y política. Esto es estancarse. Y se debe entre otras razones, al rol dominante jugado por aquellas fracciones en la clase capitalista que confían y continuarán confiando en las instituciones de su propio Estado ante una crisis explosiva. Sin embargo, la supervivencia del MCE prueba la creciente interdependencia de las economías de todos los países capitalistas miembros. La disolución del MCE sería un desastre para la mayoría de ellos. Es significativo que la mayoría de los recientes "éxitos" del MCE han sido en el campo del proteccionismo, tal como la organización de cárteles de acero y petroquímica y la limitación de importaciones textiles de los países semicoloniales. de similar significación es el hecho de que no haya a la vista posibilidad de reemplazar el debilitado dólar por una moneda europea común y esto a pesar de la creación del sistema monetario europeo. Aunque el peso específico del imperialismo germano occidental ha aumentado sin duda dentro de la Europa capitalista, los obstáculos políticos para la dominación germano-occidental en Europa siguen siendo formidables. Ninguna "superpotencia" europea está a punto de aparecer.

La idea de que el imperialismo norteamericano es capaz, por sí mismo o en colusión con la burocracia soviética, de detener las revoluciones en los países semicoloniales o imperialistas no representa un juicio serio de lo que está sucediendo en el mundo. La dinámica histórica es hacia la reducción —no el crecimiento— de la preponderancia imperialista. La evidencia de los años recientes muestra la capacidad de las masas para desafiar al imperialismo con éxito. Lo que han sido capaces de lograr la pequeña población de Cuba o los pueblos de Indochina, puede ser emulado con toda seguridad por el poderoso proletariado de los países imperialistas.

El fin del boom de postguerra indudablemente hizo más dura la competencia interimperialista, pero esto no significa que la alianza imperialista se va a romper, poniendo una vez más como perspectiva una guerra interimperialista. Todos los conflictos y tensiones se dan dentro de la alianza imperialista, una alianza para contrarrestar los éxitos del proceso revolucionario mundial y la fuerza de los Estados Obreros, peligros de muerte para la sobrevivencia del imperialismo y el capitalismo. Varias potencias imperialistas tratan de alterar la relación de fuerzas dentro de su alianza; regatean, recurren al chantaje, miden cada ventaja, buscan brutalmente debilitar a sus competidores. El colapso de la banca mundial, que estuvo a punto de ocurrir en 1974, ilustra hasta qué punto la competencia anárquica entre estos poderes puede empujarlos hacia la bancarrota financiera, antes de retroceder invocando la acción común en un esfuerzo por salvar el sistema bancario capitalista mundial. Pero no buscan romper el frente común contra el avance de la revolución socialista. Ellos actuan en colusión para contenerla.

4. El mayor peligro del mundo capitalista reside en el hecho de que el fin del boom de postguerra y la apertura de un prolongado retraimiento en su economía internacional, coincide con un aumento de la fortaleza organizativa y un alza en el nivel de militancia del proletariado en casi todos los países imperialistas. Al mismo tiempo, la profundidad de la crisis social y política excluye la posibilidad de que la clase capitalista soborne a la clase obrera a través de concesiones sociales masivas y reformas del tipo "New Deal".

Aunque las clases dirigentes en los países imperialistas han obtenido algunos triunfos (los resultados de los acontecimientos de noviembre de 1975 en Potugal son el ejemplo más impresionante), no han conseguido infligir una derrota decisiva, ni de gran amplitud, a la clase obrera de ninguno de esos países. A pesar del retraso en conciencia política de la clase obrera en países como los EE.UU. o Alemania Occidental, a pesar del desempleo masivo y el reforzamiento que esto da a la ofensiva antiobrera internacional y a pesar del apoyo dado por los burócratas obreros traidores, a las políticas de austeridad promovidas por la burguesía, el proletariado ha retenido su capacidad de lucha en todas partes. La huelga de los mineros del carbón en los EEUU, así como la huelga de los portuarios, gráficos y metalúrgicos germano-occidentales al comienzo de 1978, demuestran que aún en los países imperialistas más estables, cuando los capitalistas lanzan su ofensiva, la clase obrera se demuestra capaz de responder con poderosas medidas defensivas. Por otra parte, numerosos índices confirman que los trabajadores se levantan contra la ofensiva de "austeridad" en Gran Bretaña, en Canadá, en Italia, en España, en Dinamarca. La gradual extensión de la lucha por la semana de 35 horas en varios países imperialistas es otro testimonio de este curso.

En último análisis, por supuesto, una erupción espontánea de los trabajadores contra la ofensiva combinada de los patrones y el Estado burgués no puede por sí misma obtener un éxito duradero. En Italina, vienen dándose, desde hace casi 10 años, reacciones de las bases de una militancia y una duración inusuales, sin haber logrado evitar los ataques renovados y más peligrosos que ahora están montando las fuerzas capitalistas. De hecho, si no se abre una perspectiva de

solución socialista a la crisis, la prolongada inestabilidad puede provocar desmoralización entre los obreros. El grado de éxito de la resistencia de la clase obrera a la ofensiva burguesa y la capacidad de los trabajadores para dar lugar a una contraofensiva claramente anticapitalista, que pueda plantear la caída del capitalismo, depende de los siguientes grandes factores:

a) La aparición de una capa creciente de trabajadores radicalizados que, en algunos países, pueden estar ya parcialmente representada por amplias corrientes de oposición en el interior de los sindicatos.

b) Su organización en un ala de izquierda clasista, opuesta a la política colaboracionista de clases de los dirigentes burocráticos de los sindicatos y los partidos socialdemócratas y estalinistas.

c) La movilización de estas alas izquierdas proletarias, apoyándose en parte en la autoridad adquirida gracias al papel dirigente que ya comienzan a jugar en las luchas de masas, en vistas a reemplazar las direcciones de colaboración de clases.

d) La participación de un número creciente de estos militantes, en etapas sucesivas y a medida que ellos avanzan en comprensión política, hacia la construcción de un partido revolucionario.

La combinación de estos elementos indispensables aún no ha aparecido en ningún país imperialista. Es este factor subjetivo y no la mayor fuerza objetiva o la flexibilidad del capitalismo, lo que explica porqué la burguesía consigue liberarse por el momento de la situación extremadamente peligrosa que afrontó en el sudoeste de Europa en 1974-75 (revolución portuguesa, alza de las luchas de la clase obrera en España e Italia, nueva ola de radicalización en Francia).

Los capitalistas no han tenido éxito en estabilizar la situación tal como lo hicieron en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Están lejos de ello. Agudas luchas de clases continuarán en el futuro inmediato, especialmente en el sudoeste de Europa, pero también en Inglaterra y otros países imperialistas. Mientras que una confrontación decisiva puede ser diferida por un cierto tiempo, con sucesivas alzas y bajas de la lucha de clases, la situación general sigue siendo explosiva. El carácter del periodo próximo, favorece así la emergencia de una capa militante de trabajadores, capaces de combatir la orientación colaboracionista de clases de las burocracias de los partidos socialdemócratas y comunistas y de los sindicatos y de avanzar en una dirección revolucionaria. Esto significa grandes oportunidades para construir fuertes organizaciones marxistas revolucionarias.

5. La crisis política de la burguesía y sus aparatos de gobierno constituye otro fundamento de inestabilidad. Varias tendencias históricas concurren en esta crisis de dirección.

El debilitamiento de la hegemonía absoluta del imperialismo norteamericano sobre el capitalismo mundial vencedor de la Segunda Guerra Mundial, unido a los efectos de la derrota en Vietnam, ha creado una parálisis parcial que ninguna otra potenica imperialista, o ninguna combinación de potencias imperialistas ha sido capaz de vencer. Esto ha llevado a retrasar sistemáticamente las decisiones o a la incapacidad de imponer decisiones ya tomadas en varios campos de la economía y la política mundiales. Esto quedó claramente demostrado durante la recesión de 1974-75 y la crisis monetaria que la acompañó y la siguió.

Los gigantescos trusts (corporaciones "multinacionales") continúan presionando por obtener superganancias independientemente de los efectos que esto pueda tener sobre las políticas de sus propios gobiernos. Las multinacionales norteamericanas utilizan sus masivas reservas líquidas para especular contra el dólar. Las multinacionales germano-occidentales desafían la política de su gobierno, que intenta reducir el desempleo e incrementar la exportación de capital. Las multinacionales británicas hacen lo propio en una escala mayor. La industria nuclear y la aviación francesas, están entrando en empresas conjuntas con otras firmas europeas a pesar de la retórica gaullista.

El crecimiento masivo de los gastos del Estado y sus rentas —requerido desde 1930 para estimular la acumulación de capital, garantizar la ganancia monopólica, expandir la maquinaria militar y reducir tensiones sociales— exige crecientemente que se cargue una parte mayor de la presión tributaria sobre las espaldas de los trabajadores. En conjunción con la ofensiva antiobrera, están haciendo incursiones contra la seguridad social y recortes a los servicios públicos y otras conquistas de los trabajadores. Estan obligados a hacer esto porque el déficit de los presupuestos, en gran escala, alimenta la espiral inflacionaria y amenaza con un colapso mundial de la banca. Pero este curso es decididamente opuesto a las expectativas creadas en las masas por años de concesiones gubernamentales en el terreno de las prestaciones y la legislación social.

Estas medidas antipopulares coinciden con un creciente escepticismo sobre la naturaleza de la política burguesa (corrupción, combinación entre los negocios "legítimos" e "ilegítimos", escándalos como Watergate en EEUU, Lockheed en Japón e Italia, etc.). La credibilidad de los partidos políticos burgueses, se erosiona más aun cuando las circunstancias económicas los obligan a tomar medidas de "austeridad".

Pero, nuevamente, esta crisis de dirección política burguesa, que refleja en último análisis la profunda crisis estructural del capitalismo, no debería dar lugar a la complacencia entre los marxistas revolucionarios. La crisis señalada no significa que los políticos burgueses son incapaces de enfrentar los desafíos que se les presentan cada vez con mayor frecuencia. No significa que ya no sean capaces de lanzar un ataque contra los derechos democráticos y contra el movimiento obrero en su conjunto. De hecho, el curso general es hacia un fortalecimiento del aparato represivo del Estado y la eliminación de los derechos democráticos fundamentales; esto es, una dinámica hacia la imposición del "Estado fuerte". Hasta el momento en ninguna parte la burguesía imperialista ha reunido las fuerzas políticas necesarias para imponer una dictadura militar o semifascista, ni ha debilitado a la clase obrera hasta el grado necesario para que estas empresas sean posibles.

Mientras la crisis del orden político burgués en una serie de Estados imperialistas de Europa -especialmente Europa del sudoeste, parcialmente también en Gran Bretaña, Bélgica, Dinamarca- emana de la amenaza de una directa confrontación anticapitalista con la clase obrera, su origen es más complejo en los Estados Unidos y Japón.

En EEUU la crisis es el resultado de olas de radicalización de masas de las décadas de 1960 y 1970, ante las cuales la clase dominante fue incapaz de encontrar soluciones que satisficieran a las masas. El capitalismo norteamericano todavía tiene tremendas reservas y sigue siendo más rico que cualquier otro sector del sistema capitalista mundial. Todavía es capaz de recuperar dirigentes del movimiento de masas que no se guían

por una clara comprensión marxista. Muchos dirigentes negros, chicanos, feministas y estudiantiles han sido sobornados de esta manera. Los capitalistas, a través de su sistema bipartidista, esperan poder hacer lo mismo con la creciente capa de sindicalistas radicalizados, quienes tendrán que luchar por edificar un revitalizado y democrático movimiento obrero y por un partido obrero independiente, como componente político clave de una alternativa de lucha de clases frente a la burocracia establecida.

A pesar de su riqueza, el imperialismo norteamericano carece de los recursos necesarios para vencer simultáneamente la crisis de acumulación de capital, defender su posición en el mercado mundial, jugar el rol de gendarme mundial del sistema capitalista y garantizar concesiones de tal magnitud como para desviar al movimiento de masas emergente en su totalidad. La manera en que la guerra de Vietnam se llevó a cabo y el modo en que luego terminó; la forma en que la clase dirigente está tratando de recuperar concesiones antes garantizadas a los movimientos de negros y las mujeres; el ataque general que está lanzándose contra el nivel de vida, las condiciones de trabajo y los derechos sindicales; la forma en que está siendo institucionalizado el desempleo masivo y especialmente el desempleo en la juventud; el hecho de que la administración Carter haya sido incapaz de vencer la profunda desconfianza hacia la presidencia y otras instituciones capitalistas generada por la guerra de Vietnam y el escándalo Watergate; y la creciente polarización de clases, incluido el crecimiento de la demagogia derechista, son otros tantos indicadores de los estrechos límites de adaptabilidad con los cuales la clase capitalista de EEUU se ve confrontada. Lo más importante de todo es el creciente reflejo dentro de los sindicatos industriales de los amplios problemas planteados por la resistencia de los oprimidos y el estado de la protesta social en EEUU.

La crisis del Estado federal de Canadá, así como la incapacidad del Partido de Quebec, ahora en el poder en Quebec, para satisfacer las exigencias básicas nacionales y sociales de las amplias masas y la resistencia en alza en el movimiento obrero canadiense, expresan fundamentalmente el mismo curso.

La remarcable reaparición del imperialismo japonés como una de las potencias industriales y financieras dirigentes a nivel mundial, después de su aplastante derrota a nivel mundial, ha sido subrayada durante más de dos décadas por un cierto número de líneas básicas: una íntima alianza política y militar con el imperialismo norteamericano; gastos militares extremadamente limitados; seguridad de trabajo para un tercio de la clase obrera japonesa bajo condiciones de rápida expansión de la producción y la productividad; gran estabilidad política interna (dirigida por el mismo partido político, el Partido Demócrata Liberal, PDL); lenta expansión de la exportación de capital hacia el Este y el Sudeste de Asia, evitando reanimar los sentimientos locales anti-japoneses con raíces en la Segunda Guerra Mundial, expansión netamente inferior al sensacional éxito de la exportación de mercancías japonesas no sólo a Asia, sino también a Australia, los EEUU y ciertos países de América Latina.

Estas características aparentemente permanentes del renacimiento del imperialismo japonés, han llevado a crecientes dificultades como resultado de todos los cambios en la situación mundial desde 1973. Las relaciones americano-japonesas son sacudidas por la aguda competencia entre estas dos potencias imperialistas. La tasa de expansión de exportación de mercancías no puede ser mantenida a largo plazo sin una vigorosa expansión de la exportación de capitales, que ha alcanzado ya un nivel sin precedentes. La seguridad de trabajo no puede ser garantizada ya a los obreros, ni siquiera por los más grandes trusts. Los gastos militares crecerán significativamente. Todos estos cambios significan una profunda crisis para el sistema de dominación política del PDL, que hubiera caido ya durante el escándalo Lockheed a no ser por la lamentable conducta de la burocracia reformista obrera. La incapacidad de la burocracia laborista para presentar una alternativa radical, como solución creíble a la crisis del capitalismo japonés, es el principal factor que permite a la burguesía japonesa combinar su ofensiva antiobrera y su agresiva línea de exportación de capitales a todo el área del Pacífico, con una gradual adaptación de su sistema político de gobierno, sin correr el riesgo de explosiones políticas y sociales que amenacen derrumbarlo a corto plazo. Pero aún más que en los EEUU, los límites de adaptabilidad se han estrechado. La inestabilidad del capitalismo japonés será confirmada por una sucesión de crisis en los próximos años.

6. Lo que afrontamos es una crisis general de todas las relaciones sociales y las instituciones burguesas, crisis que es anterior al cambio de clima económico internacional. El giro en Europa capitalista fueron los acontecimientos de mayo 1968 en Francia y los desarrollos posteriores en Italia y otros lugares. Esto fue anticipado por la radicalización de la década de 1960 y los comienzos de 1970 en países como Italia, EEUU, Japón, Australia y Alemania Occidental. Las fuerzas que alimentan esta radicalización y socavan la estabilidad de las instituciones burguesas incluyen al movimiento de la liberación de la mujer, el movimiento de la juventud, los estudiantes y el movimiento antinuclear. De especial importancia son la lucha de Irlanda contra el imperialismo británico y los movimientos de liberación de nacionalidades oprimidas como los de Quebec en Canadá, los vascos y catalanes en España y los negros y chicanos en EEUU.

Las crisis general de las relaciones sociales y de las instituciones burguesas, ha sido nutrida por los propios éxitos que el capitalismo pudo todavía alcanzar en el período precedente de la postguerra (expansión económica,creciente proletarización de las clases medias; progresos tecnológicos; alza relativa en el nivel de vida y de cultura de la clase trabajadora). La necesidad objetiva de introducir la planificación en el desarrollo ulterior de las tremendas fuerzas productivas construidas por el capitalismo, choca más y más con las relaciones sociales y de producción capitalistas. Más elocuente aún es el choque entre las cada día mayores necesidades y expectativas de las masas y la incapacidad del capitalismo para satisfacerlas (paz, libertad, autodeterminación, emancipación de la mujer, educación, protección del ambiente, eliminación de la contaminación nuclear, etc.). La destrucción del medio ambiente se ha convertido ahora en un problema permanente y acumulativo, independientemente de las alzas y bajas del ciclo económico.

La radicalización y creciente proletarización de los aliados de la clase obrera es un significativo indicador de la profundidad de la crisis económica y política que afronta la burguesía. Enormes fuerzas que se extienden más allá del proletariado estan implicadas. Las nacionalidades oprimidas, mujeres, jóvenes, trabajadores del campo y campesinos pobres, soldados. Sectores de estos aliados se identifican con el proletariado y en algunos casos se convierten en sólidos componentes de la clase obrera. Sus batallas afectan al movimiento obrero, ayudando a radicalizar a las bases, planteando nuevos problemas que reclaman unidad de acción. Los aliados de la clase obrera son afectados por las actitudes de los sindicatos y los partidos obreros de masas, sobre todo por la poderosa ayuda que pueden obtener de ellos. Es el componente doblemente oprimido del proletariado quien ha sido golpeado más duramente por la ofensiva de austeridad. En cada país los gobernantes han tratado de profundizar la división de la clase obrera.

Temerosas de las explosiones incontrolables, las burocracias colaboracionistas de clases se oponen a alentar y fortalecer los lazos de unión con los aliados naturales de los trabajadores. En la medida que están obligadas a expresar un apoyo a unas u otras reivindicaciones de estos movimientos, lo hacen con el fin de arrastrarlos hacia los canales de colaboración de clase, y para subordinarlos a los proyectos reformistas. Los marxistas revolucionarios, por el contrario, encabezan las demandas progresistas levantadas por estos aliados y urgen al movimiento obrero a poner su fuerza tras estas luchas. El propósito es hacer avanzar la revolución socialista, que combina la lucha por los objetivos principales de todas estas fuerzas, puesto que su objetivo es suprimir la explotación y eliminar toda forma de opresión.

El desafío cada vez mayor a los valores y las instituciones de la burguesía (la familia, el sistema educativo, el ejército, el gobierno y el Estado, la estructura jerárquica de las instituciones capitalistas y especialmente de la fábrica) refleja la crisis objetiva del orden burgués.

Como parte de su ofensiva antiobrera, la burguesía ha organizado una contraofensiva en el plano de las ideas (antimarxismo, "nuevos filósofos", "crecimiento cero", y "derecho a la vida"). Esta ofensiva ha sido poderosamente ayudada por las burocracias de los partidos socialdemócratas y comunistas, quienes repetidamente han capitulado ideológica y políticamente frente al deseo de luchar contra la ofensiva capitalista. Ha sido ayudada especialmente por la bancarrota ideológica y moral del estalinismo y por la repulsiva imagen del "socialismo" de las castas burocráticas existentes en la URSS, China y Europa del Este.

Si la resolución de la crisis se prolonga a causa de la incapacidad del movimiento obrero para reemplazar a las burocracias colaboracionistas de clases y de luchar por una reorganización radical creíble de la sociedad, la frustración social ganará espacio. Elementos radicalizados —incluída la juventud desempleada— que podrían ser movilizados como aliados de la clase obrera, pueden comenzar a desmoralizarse y a girar hacia líneas de acción desesperadas tales como el terrorismo. En último análisis tal frustración social favorecería un crecimiento de las fuerzas de derecha. La criminal responsabilidad del reformismo, el estalinismo y el sindicalismo burocrático en este eventual proceso, debe ser especialmente subrayada.

Por el momento, sin embargo, la tendencia predominante es la de la radicalización de las masas, lo cual abre perspectivas esperanzadoras. Por ejemplo, el alza de la lucha de las nacionalidades oprimidas esta ayudando al despertar político, la actividad y la radicalización de otros sectores oprimidos, así como a la mayor parte del proletariado. El alza de los movimientos de liberación de la mujer ha dado ímpetu a las luchas contra otros aspectos de opresión sexual, especialmente la opresión de los homosexuales que se manifiesta en todos los países. Apoyando las reivindicaciones progresivas levantadas por homosexuales y lesbianas, los revolucionarios participan en las campañas contra toda forma de discriminación contra ellos. La radicalización de la juventud, que incluye una parte importante de la juventud trabajadora, ha tenido efectos similares. El creciente desempleo entre los "trabajadores de cuello blanco", ha comenzado a radicalizar a este sector cada vez más sindicalizado de la clase obrera. Trabajadores del campo y campesinos pobres constituyen fuentes adicionales de fuerza. Uno de los objetivos de los marxistas revolucionarios es combinar estas distintas fuerzas en un poderoso movimiento anticapitalista.

A estas fuerzas habría que agregar a los defensores de los intereses de los consumidores, luchadores del frente ecologista, oponentes a las armas nucleares y aquellos que estan protestando contra las instalaciones nucleares porque éstas no ofrecen seguridad. Demostraciones antinucleares, con decenas de miles de participantes comenzaron en 1977, particularmente en Europa occidental y Australia. También en EEUU el movimiento ha crecido rápidamente, dando lugar a manifestaciones combativas. En Francia y Alemania Occidental el movimiento antinuclear tomó las dimensiones de una nueva fuerza política. La dirección del movimiento antinuclear va contra el capitalismo y sus gobiernos. Quienes elevan la protesta por lo general tienen claro las responsabilidades de los gobiernos en este problema. El movimiento levanta también implícitamente la cuestión de la organización capitalista de la economía, en la medida en que denuncia los peligros inherentes a la búsqueda de la ganancia, en el estadio actual de desarrollo de la tecnología.

Hay tres aspectos en el movimiento antinuclear.

a) Se opone a la construcción de centrales nucleares. Porque especialmente los problemas de los residuos, de los niveles de radiación, de prevención de accidentes, de la regeneración y también la extracción del uranio, no estan aún resueltos, la protesta tendrá tendencia a extenderse, a medida que la opinión pública conozca con mayor detalle la amplitud del peligro.

b) Se opone a la construcción, prueba, acumulación y utilización de armas nucleares. Esto crea el potencial para acciones de masas en la tradición del movimiento antiguerra, que para la IV Internacional tiene el máximo interés en alentar.

c) Pone en evidencia las limitaciones de la democracia burguesa, probando que las grandes decisiones estan fuera del control del pueblo directamente implicado y fuera de la información

7. Como resultado, no sólamente de los movimientos de protesta del proletariado y sus aliados y de las luchas de masas prerrevolucionarias, sino también como de la clarificación programática y los avances en los análisis marxistas, la vanguardia obrera tiene una clara comprensión de los que será la revolución socialista en los países industrialmente avanzados. Las principales lecciones se desprenden de Francia en mayo 1968, Portugal en 1974-75, Italia 1969 y 1974 y España 1975-76. También se adquirieron valiosas experiencias en varios movimientos de masas de Inglaterra, Japón, Alemania Occidental, Canadá, EEUU y otros países imperialistas.

El proletariado industrial constituye la fuerza social más poderosa en la sociedad capitalista. Cuando la amplitud de sus movilizaciones de masas y las formas radicalizadas de su organización se acentúan cualitativamente —y es esta una de las características principales del surgimiento de una crisis revolucionaria, junto a la parálisis creciente y el comienzo de desintegración de los órganos del poder burgués— su fuerza de atracción sobre todos sus aliados potenciales es inmensa. La organización proletaria, generalizando experiencias surgidas de luchas anteriores a la crisis revolucionaria (Comités sindicales, comités de huelgas electos, comités de fábricas más amplios) comienza a tomar la forma de consejos electos, que sobrepasan los límites de la empresa, centralizan la organización de los trabajadores, los oponen cada vez más al sacudido aparato del estado burgués, y tienden igualmente a agrupar a cada vez mas amplios sectores de los aliados del proletariado.

Se desata una lucha de múltiples facetas entre los partidarios de la colaboración de clases y los de la lucha de clases en estos consejos, con el objetivo de ganar la dirección de las luchas de masas, de los sindicatos y de las otras organizaciones de masas. Se produce un proceso

de selección que hace posible el crecimiento rápido de un partido marxista revolucionario de masas, a condición que ya haya agrupado suficientes fuerzas antes de la crisis revolucionaria para poder aparecer como una dirección de recambio creíble ante las masas, que esté solidamente enraizado en la clase obrera, y que se encuentre en vías de ganar una influencia y un número creciente de adherentes en el seno de la vanguardia obrera. El crecimiento de tal partido de masas es el factor decisivo para ganar a la mayoría de los trabajadores a la perspectiva revolucionaria de expropiación de la burguesía y de la sustitución de la máquina del Estado burgués por la conquista del poder por los consejos, así como para garantizar la victoria.

No hay contradicción entre la autoorganización de la clase obrera y la construcción de un partido marxista revolucionario de masas. Las tareas son complementarias. Sin la movilización de las masas la victoria es imposible. Un partido no puede sustituir por sí mismo a una población insurgente en la cual los trabajadores deben tomar la iniciativa revolucionaria. Por otra parte, la lucha de clases cualquiera que sea el heroismo de sus participantes, no puede obtener el triunfo sin la correcta orientación política de un partido marxista revolucionario. Es a través de la interacción de estas fuerzas complementarias que se forja una combinación irresistible.

Cuando la clase obrera amplifique su resistencia frontal contra la ofensiva capitalista anti-obrera, llevará adelante la lucha por la democracia sindical, por la independencia de los sindicatos en relación a los gobiernos y por el control obrero (oposición a los despidos, impidiendo los despidos discriminatorios, control del empleo, control de las reglas de seguridad, del ritmo y de la organización del trabajo, de la duración de la jornada y de la semana de trabajo, etc.). El control obrero se convierte en la escuela de la economía planificada, abriendo la vía a la gestión obrera.

La clase obrera es profundamente democrática en sus aspiraciones. Esto está demostrado claramente por la simpatía con que responde a las luchas por los derechos democráticos y por su preocupación por la democracia en los sindicatos y los partidos de masas. La clase obrera está más apegada a los derechos democráticos como resultado de su experiencia de los horrores, paralelos de fascismo y estalinismo.

Así, en su lucha por conquistar y consolidar el poder político, los trabajadores desarrollarán instituciones que unifiquen con la mayor cohesión y efectividad posible a los distintos estratos de la clase obrera. Como lo demuestra la experiencia histórica, los trabajadores tratan de crear con este fin, además de sindicatos independientes, comités y consejos que garanticen, entre otros, a nivel político, el derecho a la libre discusión de las orientaciones y de las acciones políticas en todas las organizaciones de masas, así como el derecho al funcionamiento de diferentes partidos. Para los marxistas revolucionarios esto crea la posibilidad de ganar una mayoría para sus propuestas políticas y construir un partido de masas, uno de los requisitos para que una situación revolucionaria acabe victoriosamente. Una mayoría de la clase trabajadora dudará en el momento de derrumbar las instituciones del Estado burgués, si antes no ha sido convencida de que el poder obrero significa una extensión y no una restricción de los derechos políticos de los oprimidos.

Esta perspectiva fue planteada claramente en las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y en el Programa de Transición adoptado por el Congreso de Fundación de la IV Internacional.

Una revolución socialista significará un cambio radical de todas las relaciones sociales, trayendo consigo mucho más que un cambio profundo en las relaciones de propiedad, las relaciones de producción y las instituciones del Estado. Durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo la semana de trabajo será disminuida, mientras que los salarios aumentarán y el desempleo será erradicado. Los servicios sociales se expandirán, particularmente en el campo de la medicina (investigación, construcción de hospitales, preparación de personal) y, por consiguiente, una más amplia gana de servicios sociales serán asequibles a todos como un derecho humano básico. Se contrarrestarán a todo nivel los efectos de siglos de discriminación contra la mujer y las nacionalidades oprimidas. El azote del hambre en el mundo será vencido. En conjunción con estos avances se transformará la educación, adecuada a las necesidades de cada edad y nivel, ligada a las necesidades tecnológicas por un lado y, por otro, a la mayor disposición de tiempo que tendrán los obreros. El acortamiento de la semana de trabajo y el desarrollo de los servicios sociales y la educación a escala masiva serán más y más reconocidos como requisitos para la gestión obrera de la economía, la conversión de los derechos iguales en práctica social efectiva y la extinción gradual del Estado.

Desde el primer momento, una poderosa dinámica internacionalista se pondrá en movimiento. Una revolución socialista en un país imperialista, dará gran ímpetu a las luchas de liberación de los pueblos coloniales superexplotados y las nacionalidades oprimidas de una parte y, de otra parte, a las luchas de las masas oprimidas de los Estados Obreros deformados y degenerados. El ejemplo será una viva inspiración para los revolucionarios en otros países imperialistas. Y trascenderá las fronteras nacionales con su insistencia sobre la integración de recursos y la planificación institucionalizada. Alentará más y más las federaciones internacionales.

Todas estas repercusiones apuntan hacia la única manera en que los problemas básicos de nuestro tiempo pueden ser resueltos: a través de una federación mundial de repúblicas socialistas, a través de los Estados Unidos Socialistas del Mundo.

II. LA CRISIS DEL SISTEMA IMPERIALISTA INTERNACIONAL Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION COLONIAL

8. La derrota sufrida por el imperialismo norteamericano en Vietnam dió como resultado una declinación en la capacidad de Washington para servir como perro guardián del imperialismo. Esto abrió una nueva etapa en la crisis del sistema imperialista mundial.

Las heróicas masas indochinas, aunque no pudieron inflingir una derrota militar decisiva al ejército imperialista, fueron capaces de mantenerse por un prolongado periodo contra el más espantoso armamento moderno, especialmente el bombardeo aéreo a escala masiva. La terca resistencia de los indochinos destrozó la perspectiva de una fácil victoria prevista por la Casa Blanca; y erosionó la moral de las tropas norteamericanas. En EEUU un poderoso sentimiento contra la guerra entre las masas, hizo inaceptable el riesgo de continuar con la guerra de agresión. El movimiento antiguerra norteamericano se convirtió así en el más fuerte aliado de la revolución indochina. Estos cambios llevaron a la retirada del imperialismo norteamericano de Indochina.

A estos factores deben agregarse los efectos de la crisis del estalinismo. El conflicto entre China y la URSS, en el

cual Moscú y Pekín buscaban ganar posiciones, y la agitación de las bases en varios partidos comunistas, afectados por el prestigio de los indochinos, impidió a estos cuadros burocráticos bloquear la victoria revolucionaria de las masas vietnamitas. Con la eliminación del capitalismo y la fusión de las dos partes de Vietnam, un nuevo Estado Obrero deformado se había establecido allí.

El deterioro de la relación de fuerzas a expensas del imperialismo es particularmente impresionante en Africa, donde la Unión Soviética ha sido capaz de extender su influencia diplomática. El sentimiento antiguerra en los EEUU hizo imposible para Washington intervenir abiertamente a nivel militar contra el desarrollo revolucionario en Angola y en el Cuerno de Africa. Los cubanos, reconociendo la parálisis temporal de Washington, enviaron material de ayuda con la aceptación de Moscú, incluído el envio de miles de soldados, a Angola, Etiopía y otros países africanos. Ford y luego Carter amenazaron con represalias, que sin duda estaban dispuestos a cumplir. Sin embargo, La Habana aceptó el riesgo apoyando al MPLA contra las tropas sudafricanas y las de la UNITA y el FLNA que se alinearon con Pretoria, ganando la gratitud de la mayoría de los combatientes antiimperialistas en Africa. El contraste entre la Cuba revolucionaria y los EEUU contrarrevolucionarios, ante los pueblos insurgentes de Africa, no podría ser más dramático.

Como secuela de la derrota imperialista en Indochina, la monarquía etíope fue derrocada y en Angola, Mozambique y Guinea Bisseau se conquistó la independencia política; a su vez, esto fortaleció las luchas de liberación de masas en Zimbabwe, Namibia y Sudáfrica.

La derrota hizo más difícil para Washington embarcarse en una nueva aventura en Asia o Africa (donde las simpatías de los afro-americanos constituye un formidable obstáculo adicional). Ninguna otra potencia imperialista —ni Japón, Alemania Occidental, Inglaterra, Francia, ni ninguna combinación de ellas— es suficientemente fuerte militar y políticamente para desarrollar una escalada de agresión en Asia o Africa al nivel alcanzado por el imperialismo en Indochina, Argelia o incluso Malasia.

Esto no significa que los imperialistas no son capaces de embarcarse en acciones militares como las que fueron inicialmente utilizadas en Indochina. Todo lo contrario, como queda demostrado por los pasos dados por Francia en Tchad, Zaire, Sahara Occidental, Djibuti y las Islas Comoro; por Bélgica, Francia, Inglaterra y EEUU en Zaire; Inglaterra en Arabia del Sur; Sudáfrica en Angola; Israel en Líbano y el envio de tropas imperialistas bajo la bandera de las Naciones Unidas al Líbano.

El debilitamiento de la capacidad imperialista para aplastar la revolución por medios militares no refleja, sin embargo, una declinación en su capacidad militar. La debilidad está en el plano político. Una de las vías por las cuales Washington está tratando de superar esta debilidad política es la reorganización de la alianza imperialista internacional y la asignación de "responsabilidades" a otros grandes para intervenir. Eventualmente esto implicaría a Japón en Asia del Este y Alemania Occidental en el Norte y Centro de Africa. Asimismo el imperialismo prepara a Sudáfrica para jugar un rol mayor en Africa del sur y a Israel para que haga lo propio en sus fronteras con el Medio Oriente. Mientras tanto, hay evidencias de que Israel se ha convertido en una potencia nuclear y que Sudáfrica tiene el mismo objetivo.

Aunque los imperialistas japoneses y germano occidental son considerados como parte integrante del club nuclear, los obstáculos políticos internos e internacionales a los que deben hacer frente siguen siendo formidables. Poderosas contradicciones pueden ser señaladas; por ejemplo, el temor de Washington de que Alemania Occidental y Francia (con Inglaterra y Japón como posibles socios menores) puedan cuestionar la delantera norteamericana en la producción de armas y sistemas nucleares avanzados, uno de los dominios estratégicos en el cual el imperialismo norteamericano mantiene todavía casi un monopolio en relación a sus aliados-competidores.

9. A causa de las repercusiones de la derrota norteamericana en Indochina, la burocracia soviética ha ganado un mayor márgen de maniobra. La burocracia soviética utiliza este márgen para fortalecer su capacidad negociadora dentro del marco de una política global de "coexistencia pacífica" o "distensión" con el imperialismo. Sus pasos incluyen la entrega de ayuda militar a ciertas organizaciones de los movimientos de liberación nacional, cuando el Kremlin piensa que esto puede hacer progresar sus intereses diplomáticos.

Washington trata que las burocracias soviétia y china suspendan cualquier ayuda material a luchas de liberación nacional. Pretende ganarlas para un "acuerdo" global, cuyo fin es estrangular al movimiento revolucionario de masas. Esta política ha obtenido ciertos éxitos en el Medio Oriente, respecto de la revolución palestina. Y parece estar teniendo éxito en áreas donde la burocracia china ayudaba anteriormente a fuerzas guerrilleras. La presión imperialista para obtener este giro en Africa, ha obtenido ya resultados significativos arrastrando a la burocracia china, que otorga su apoyo, entre otros, al régimen de Mobutu en el Zaire. Ha obtenido también el acuerdo del Kremlin para una solución impuesta a Zimbabwe. Washington acentuará la presión sobre el Kremlin en el marco de las negociaciones más amplias, relativas a la carrera de armamentos.

No hay que dejarse confundir por las periódicas negociaciones sobre "desarme". El imperialismo y la burocracia soviética requieren un cierto grado de control sobre la carrera armamentista, dado que ésta impone cada vez más grandes esfuerzos a la economía, sobre todo a la economía soviética, que está sustancialmente por debajo de la capacidad productiva del capitalismo norteamericano. Sin embargo, la tendencia básica no es hacia el desarme, sino hacia el desarrollo de armas cada vez más terribles. El expansionismo imperialista es la causa fundamental de esta carrera que amenaza terminar con la guerra nuclear. Cuando más empeora la situación general económica, social y política, más agudamente se acentúa esta tendencia, como lo muestra Carter blandiendo la "bomba de neutrones".

La tarea de los marxistas revolucionarios es advertir a las masas que una paz que se establece sobre la base del terror y la capacidad de disuación, sólo puede aumentar los riesgos de aniquilación nuclear. Este riesgo penderá sobre el mundo tanto tiempo como sobreviva el capitalismo. Puede ser eliminado solamente a través de la victoria de la revolución socialista en EEUU y en otros países que poseen armamento nuclear.

El hecho de que no pueda haber paz duradera mientras sobreviva el capitalismo no podría llevarnos a la conclusión que la política de "distensión" seguida por el imperialismo y la burocracia soviética no es mas que una maniobra para engañar a las masas del mundo. Estas dos fuerzas sociales contrarrevolucionarias, no solamente tienen como común interés el mantenimiento del statu quo mundial, sino que el propio peso de la carrera armamentista y la real amenaza de desatar una guerra mundial nuclear, hace imperativo para estas fuerzas tratar periódicamente de *organizar* la carrera armamentista, carrera que no tienen ni la voluntad ni la capacidad de detener.

Así, en el periodo 1969-73 entre Moscú y Washington se alcanzaron una serie de acuerdos limitados, entre los cuales el acuerdo SALT I fue el punto más alto. Pero las limitaciones cuantitativas de la carrera armamentista, inevitablemente acrecientan la presión sobre los avances cualitativos. De aquí la presión sobre los misiles intercontinentales, bombas de neutrones, armas "clásicas" de capacidad destructiva comparable a la de la primera bomba A y la investigación para lograr nuevos avances en la tecnología armamentista. De aquí también la crisis sobre el SALT II y la tormenta de propaganda antisoviética y el chantaje imperialista, motivado en parte por la crisis económica y el alza de la revolución africana.

Sin embargo, la propia naturaleza de una guerra nuclear, indica que la fase final previa a una tercera guerra mundial todavía no se ha alcanzado. La situación no es tan desesperante como para impulsar al imperialismo a elegir esta salida. En particular, las precondiciones políticas y sociales claves para una catástrofe de estas dimensiones, no existen; no han inflingido ninguna derrota aplastante al proletariado occidental y en particular al proletariado norteamericano. Las masas trabajadoras de estos países no están ni desmoralizadas, ni son incapaces de reaccionar. Su combatividad es tal, que no tolerarían a sus clases dirigentes una empresa demente de suicidio colectivo. Quienes hablan de la inevitabilidad o inminencia de la tercera guerra mundial, subestiman con demasiada ligereza lo que está en juego para toda la humanidad y consideran, irresponsablemente, que las batallas claves del proletariado mundial ya han sido pérdidas sin lucha.

10. Los regímenes de los países semicoloniales más fuertes continuan jugando su rol de suplementos regionales de la política imperialista. Para ello están pródigamente equipados con moderno armamento, como en los casos del ejército brasileño en América Latina, los ejércitos pakistaní y árabe saudí en el Medio Oriente, y el ejército sud-coreano en Asia del Este. Brasil y Pakistán han comunicado sus deseos de convertirse en "potencias nucleares".

La emergencia de la mayoría de tales regímenes está basada en sus progresos en la industrialización. Una serie de países semicoloniales ha alcanzado ahora una posición intermedia entre aquellos altamente desarrollados y los más retrasados. Esto se aplica a Brasil, México y Argentina y, en menor grado, a Corea del Sur, Irán y Egipto. Por la dimensión de la clase obrera, peso de la producción industrial, monto de las exportaciones, tasa de acumulación de capital y la aparición de grupos banqueros nativos capaces de participar en operaciones de capital financiero, las clases dirigentes de estos países tiene hoy a su disposición una base material mucho más amplia que en el pasado.

Además, el acrecentamiento considerable de las ganancias petroleras, permite a algunos países como Argelia, Irak o Venezuela multiplicar las inversiones para iniciar la industrialización, mientras que otros, sobre todo Arabia Saudita, mantienen el grueso de sus recursos depositados en los principales bancos imperialistas.

De esta tendencia no se debe concluir que estos países se han convertido en potencias imperialistas independientes, "subimperialistas" o "semiimperialistas". Todo lo contrario. La estructura social sigue siendo la de una semicolonia y no la de una potencia imperialista. Y como resultado de la semiindustrialización, su dependencia tecnológica del imperialismo es cada vez mayor, sus burguesías "nacionales" se embarcan más y más en "empresas conjuntas" con las corporaciones multinacionales imperialistas y su endeudamiento a la banca imperialista y las instituciones monetarias crece constantemente.

Asimismo, la inestabilidad social y política de estos países y la estrecha base de sus gobernantes los obliga a depender del apoyo político y militar del imperialismo. Esta inestabilidad es creciente y no se reduce por sus éxitos en la semiindustrialización. Estos éxitos, generalmente siguen un modelo de desarrollo económico (algunas veces señalados como el "modelo brasileño") en el cual el nivel de vida de la clase obrera industrial y de los pobres del campo y los suburbios urbanos, es bajado inicialmente de manera draconiana. La función de las dictaduras de estos países es lograr que esa reducción sea lo mayor posible. El estrechamiento del mercado interno para las mercancias industriales resultante de este modelo, hace inaccesible un crecimiento de la acumulación capitalista a largo plazo y demuestra que estos países no pueden ir más allá del estado de semiindustrialización en tanto exista el capitalismo. En los años recientes, la brecha del ingreso per capita entre los países imperialistas y semicoloniales se ha acrecentado y ese crecimiento es tanto más impresionante si se tiene en consideración la enorme desigualdad social existente en los países semicoloniales.

Con el aumento de la inflación de 1973-74 y la recesión que lo siguió, las economías semicoloniales sufrieron una retracción mucho más severa que las potencias imperialistas. En los países industrialmente avanzados, la inflación alcanzó un nivel del 10 ó el 15 por ciento; en América Latina, Asia y Africa la inflación llegó al 25% ó más aún. La caída de la producción ha sido allí más pronunciada, a excepción de algunos países. En una serie de países asiáticos y del Africa negra, viven en condiciones de hambre masiva. Crecieron las deudas externas y la estabilidad de muchos regímenes semicoloniales —de Zaire al Perú— fue sacudida.

La emergencia de clases dirigentes más poderosas en algunos de estos países no cambia en nada la tarea estratégica fundamental de la revolución permanente que afrontan las masas. Pero crea nuevas facetas de la lucha política que plantean cuestiones tácticas. En general se puede establecer que la aparición de burgueses nacionalistas como Cárdenas y Perón, que buscaron apoyo contra el imperialismo en la molilización de masas, es muy improbable. La última cosa que ellos quieren es iniciar un proceso que lleve a otro Cordobazo. Parte de la explicación de esto, es el mayor temor de la burguesía al creciente peso social del proletariado en la lucha de clases. Sin embargo, las tareas políticas que enfrenta el proletariado en estos países son más difíciles que en el pasado, porque el imperialismo ha aprendido a reaccionar con toda su potencia desde las primeras manifestaciones de un levantamiento revolucionario.

En estas circunstancias, se excluye la posibilidad de revoluciones socialistas sin la dirección de partidos marxistas revolucionarios de masas. La construcción de tales partidos es una precondición para derrotar la dominación imperialista y la de las burguesías "nacionales". La ausencia de tales direcciones marxistas revolucionarias explica por qué pudieron tener éxito golpes contrarrevolucionarios como los de Indonesia, Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, y por qué la burguesía de la India ha sido capaz de mantener su control de clase, casi sin contestación desde 1947, a pesar de las profundas y sucesivas crisis económicas, sociales y políticas.

Después de derrotas aplastantes, el movimiento de masas puede volver a levantarse más rápidamente en los países semicoloniales que en los países imperialistas, porque se encuentran allí contradicciones sociales y económicas de naturaleza mucho más explosiva, y por la debilidad relativa de la clase dominante. Pero en tanto el proletariado no gane su independencia política y la hegemonía sobre las masas revolucionarias en su conjunto (el campesinado, la pequeña burguesía urbana y

las capas pauperizadas) sigue existiendo el peligro de una repetición del ciclo: alza de masas, prueba de fuerzas, derrota, dictadura; el cual ha sido vivamente ejemplificado en Bolivia y Argentina, donde se repitió tres veces en los últimos veinticinco años.

11. En las principales áreas del mundo semicolonial deben se remarcadas algunas características generales de la lucha entre revolución y contrarrevolución.

América Latina constituye la parte del área semicolonial con la mayor semiindustrialización, peso del proletariado como clase (ejplo., porcentaje de asalariados sobre el total de población) urbanización y cambio en la composición del "bloque de clases" dirigente (con una predominancia creciente de capitalistas monopolistas locales, ligados tanto a las "multinacionales" extranjeras, como a la burocracia del Estado que es administradora de un importante sector de la economía). Las formas tradicionales de las organizaciones de masas de la clase obrera (esencialmente sindicatos de masas) tales como las de Argentina, México y Bolivia han permanecido bajo la influencia política dominante de la demagogia burguesa nacionalista o las maniobras reformistas. Pero el control político de estas direcciones sobre la clase obrera está siendo cuestionado como resultado del creciente peso del proletariado, su combatividad periódicamente explosiva y la propia naturaleza de las políticas de austeridad que las burguesías latinoamericanas tienen que aplicar en las circunstancias actuales, a fin de lograr una acumulación capitalista y que deja poco espacio para hacer concesiones económicas a las masas, incluso temporalmente. De aquí la incapacidad de las burguesías latinoamericanas, en esta etapa, para encontrar una amplia base de gobierno con el consentimiento de las masas.

Las contradicciones cada vez más profundas entre el proletariado latinoamericano y las burguesías locales, ofrece condiciones favorables para la conquista de la independencia política de clase. Este es ahora el problema fundamental, después de las grandes derrotas de la revolución en América Latina.

La contradicción entre la mayor fortaleza del proletariado y su retraso en conciencia de clase e independencia política, debido a la influencia del estalinismo, la socialdemocracia y el nacionalismc pequeño burgués, más el fracaso de la dirección de la revolución cubana en la tarea de presentar una estrategia marxista revolucionaria, abre posibilidades de éxito y de consolidación temporal a las dictaduras reaccionarias. Al mismo tiempo, la necesidad de recurrir a los golpes militares indica el carácter poco sólido de estas dictaduras y la posibilidad de su rápida desintegración y caída frente a un alzamiento de masas. La capacidad del movimiento de masas para sublevarse nuevamente y desafiar a la dictadura y los patrones, socava la utilidad de la dictadura ante los ojos de la burguesía, aumentando la probabilidad de maniobras "liberalizadoras" e incluso la reconquista por parte de las masas de los derechos democráticos básicos.

La serie de derrotas de la revolución latinoamericana, abierta por la instauración de la dictadura militar brasileña en 1964 y que alcanzó su punto más sanguinario con el golpe de Pinochet en Chile en 1973, parece haber llegado a su fin con el golpe militar de 1976 en Argentina. En tanto que este golpe significó una severa derrota para el proletariado de América Latina, y a través de asesinatos, arrestos y despidos masivos destrozó la capa de obreros de vanguardia que había salido a la palestra en fábricas y sindicatos, desde el Cordobazo hasta la huelga general de



Teherán: asalto al Palacio Imperial

1976, no tuvo éxito en aplastar por medio de un semi-fascismo, al movimiento obrero organizado de Argentina, como lo hicieron los golpes de Brasil y especialmente de Chile. La clase obrera argentina ha sido capaz de llevar a cabo luchas defensivas organizadas, ejemplificadas por las huelgas de 1977 y 1978. Esto a su vez estuvo combinado con el renacimiento del movimiento de masas, especialmente en Brasil, Bolivia y Perú, donde las masas nuevamente en alza están arrancando importantes concesiones a las dictaduras militares y minándolas de este modo.

El comienzo explosivo de la revolución nicaragüense y el ascenso del movimiento de masas en El Salvador, son la confirmación más elocuente de este renacimiento. En estas circunstancias no pueden excluirse intentos de retornar a gobierno civiles y constitucionales; incluso son posibles dictaduras militares "liberales", que tomen medidas permisivas hacia las organizaciones de la clase obrera. Pero en vista de las explosivas contradicciones sociales y políticas, no están planteados largos periodos de democracia burguesa relativamente estable en América Latina.

En *Africa negra,* con la derrota del colonialismo portugués, la transferencia del poder gubernamental a las clases dominantes negras ha sido completada a través del continente, con la notable excepción de Africa del Sur.

Angola constituyó uno de los principales campos de batalla. Washington trató de intervenir a través de la CIA y respaldando una invasión militar montada por el régimen racista de Sudáfrica. Estos esfuerzos fueron batidos por el gobierno del MPLA en Angola con la ayuda de tropas cubanas. La ayuda de los cubanos fue decisiva para derrotar el proyecto imperialista de Washington y expulsar a los invasores sudafricanos fuera del país.

Esto dió un enorme impulso a la lucha en Africa del Sur. La posición del régimen de los colonos blancos se hizo insostenible y el imperialismo ha sido forzado a intensificar sus intentos para encontrar una solución neocolonialista que proteja sus intereses y que pueda ser presentada como gobierno representativo de la mayoría negra.

También en Namibia el imperialismo ha sido obligado a emprender esta misma tentativa neocolonialista. Pero la lucha del pueblo de Namibia, en el contexto de la obstinación de los colonos blancos y el régimen de Vorster en defensa de sus privilegios, está haciendo muy difícil tal solución.

Las luchas desplegadas en la industrializada Sudáfrica —el principal bastión imperialista en Africa, donde una burguesía blanca local y su Estado racista son obligados a luchar contra una poderosa clase obrera negra y sus aliados— serán especialmente importantes para el curso de la revolución africana en su conjunto. La insurrección de las masas urbanas de Soweto en 1976, que lanzó un desafío directo contra el *apartheid* y a los *Bantustanes* augura claramente el futuro a este respecto.

El régimen de Haile Selassie fue derrocado por la lucha y la movilización de las masas de los siervos superexplotados y las nacionalidades oprimidas del imperio feudal etíope. Y estas luchas han continuado en una escala no vista anteriormente en Africa. Un caso particular es el desarrollo de la lucha de Eritrea por su independencia. El hecho de que el régimen del DERG no tenga interés en romper con el mundo capitalista no disminuye la importancia de las movilizaciones de masas que han hecho de Etiopía un ejemplo único de lucha nacional y de clases.

Las conquistas de la revolución etíope hasta ahora son sustanciales. Incluyen:

a) una eliminación radical de los vestigios del esclavismo y del feudalismo;

b) una reforma agraria muy avanzada;

c) una serie de nacionalizaciones, incluyendo bancos y crédito, empresas de servicios públicos, recursos naturales y algunas industrias;

d) la separación de la iglesia y el Estado;

e) el impulso a la educación primaria como parte inicial de una lucha contra el analfabetismo.

Mientras nos oponemos a todo intento del imperialismo y sus seguidores de detener, revertir o canalizar el proceso revolucionario en Etiopía, aquí como en todo el mundo semicolonial, la tarea de los marxistas revolucionarios es luchar por la organización independiente de los trabajadores y los campesinos pobres, por la independencia de los sindicatos, de los comités y las milicias, la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas y la defensa de sus derechos específicos contra todos sus oponentes, incluido el DERG.

En las circunstancias actuales de creciente agresión imperialista contra la revolución africana y la escalada en la guerra ideológica contra Cuba y la Unión Soviética, es imperativo que las fuerzas antiimperialistas y marxistas revolucionarias en todo el mundo, combinen su defensa de la revolución africana con un firme apoyo al derecho a la independencia del pueblo eritreo. El gobierno cubano debería continuar negándose a participar en cualquier invasión al territorio de Eritrea.

En 1975, el DERG lanzó una guerra de exterminio contra el movimiento de independencia nacional de Eritrea. La participación directa de la burocracia soviética en esta guerra debe ser condenada. La Cuarta Internacional apoya sin reservas el derecho de Eritrea a la independencia nacional. ¡Retirad las tropas etíopes de Eritrea!.

El reconocimiento cubano del derecho de los eritreos a decidir sobre ellos mismos, fortalecería la defensa del Estado obrero cubano contra el imperialismo. Seguir un curso opuesto llevaría a resultados negativos, perjudicando no sólo a la revolución cubana, sino también a las importantes conquistas revolucionarias obtenidas en Etiopía. El imperialismo mundial, con mayor capacidad de maniobra en la región, sería el ganador final.

En todos los países independientes del Africa negra, los gobiernos y los Estados son burgueses. La transferencia de poder ha resultado un cambio de gobierno imperialista directo a control indirecto, con el imperialismo manteniendo aún su superexplotación a través de sus posiciones claves en el poder económico. Sin embargo, marcadas desigualdades en el desarrollo de las clases y en la acumulación de capital privado, hacen necesario distinguir los países marcados por el gobierno de una clase burguesa emergente aliada o no a estratos dirigentes precapitalistas (Nigeria, Costa de Marfil, Senegal, Kenya, Gabón y Zaire son ejemplos), de aquellos donde sería más preciso hablar de gobiernos pequeño burgués nacionalista (Tanzania, Etiopía desde la caída de Selassie, Guinea Bissau, Angola y Mozambique). Sin embargo, los lazos que esta pequeña burguesía mantiene con los monopolios imperialistas, su dependencia del mercado capitalista mundial y su defensa de la propiedad privada (incluida la tierra), son un terreno propicio para el desarrollo de una clase burguesa autóctona propiamente dicha.

En el *mundo árabe,* el movimiento de resistencia palestina ha terminado en un callejón político sin salida después de las derrotas sufridas bajo los golpes combinados del terrorismo sionista, la presión y la intervención imperialista, la represión de las fuerzas árabes

reaccionarias como la monarquía Hachemita y las milicias reaccionarias Maronitas en Líbano y la tolerante pasividad de los otros gobiernos árabes, así como de la burocracia soviética.

La capitulación de Sadat ante Begin aumentó las dificultades, al dar luz verde al gobierno israelí para lanzar su largamente planeada guerra relámpago contra el Líbano

La crisis del movimiento de resistencia palestino fue profundizada por la capitulación de Sadat al sionismo, las pretensiones de Siria de llegar a un modus vivendo con el Estado sionista y —bajo la presión de las clases dominantes árabes, el imperialismo norteamericano y la burocracia soviética— la disposición de Al Fatah para adaptarse a estas presiones, independientemente de sus declaraciones. Todas estas fuerzas ven en la resistencia de masas de los árabes palestinos contra el Estado sionista el principal, si no el único, obstáculo para la "estabilización" del statu quo en el Medio Oriente, es decir, para la dominación del imperialismo norteamericano. Están dispuestos a maniobrar con ciertos aparatos políticos, incluyendo a la OLP, a fin de lograr el objetivo de poner fin a la resistencia. Si bien Beguin y las instituciones sionistas gozan de un cierto grado de autonomía táctica que les permite, no sólo poner en aprietos a la Casa Blanca, sino también, por corto tiempo, bloquear algunos proyectos, no tienen el poder de modificar "las grandes líneas" del imperialismo en Medio Oriente.

Así, está llegando a su fin un ciclo completo de nacionalismo árabe pequeño burgués, que alcanzó su punto más alto con la radicalización de masas hacia fines de los años 50 y comienzos de la década del 60 bajo la etiqueta de "nasserismo". Esto explica, entre otras razones, el renacimiento de corrientes reaccionarias como la de los Hermanos musulmanes.

La coalición internacional de fuerzas hostiles a la que debe hacer frente la heroica resistencia palestina es tan poderosa que la defensa de sus derechos es difícil de lograr por parte de las relativamente pequeñas fuerzas de las masas árabes palestinas, dispersas en el Líbano, Jordán y el Estado sionista.

Estas dificultades objetivas han sido agravadas por una línea política que pone su confianza en la ayuda material de los Estados árabes, en la guerra de guerrillas y en la ayuda simbólica de Moscú.

Pero el aislamiento creciente de Israel en la arena política internacional, el descrédito que provocan sus actos cada vez más abiertamente reaccionarios (colonizaciones, bombardeos a poblaciones civiles, torturas), especialmente a través de un cambio de la opinión pública en los EEUU, el reconocimiento cada vez mayor de un hecho nacional palestino, la popularidad creciente de la causa palestina entre los negros norteamericanos y en los países semi-coloniales —ante todo en el Irán— además de la que goza en los países árabes, el precio cada vez más elevado que la ocupación y la política militarista hacen pagar a la economía israelí: todo esto crea un desconcierto sin precedentes en la población israelí, un movimiento pacifista que se extiende y un comienzo de diferenciación de clase. La crisis en la que se encuentra hoy el estado sionista, más que una crisis de dirección, es una crisis social y política global.

El imperialismo norteamericano intentará, al igual que las burguesías imperialistas europeas, que los dirigentes sionistas adopten una solución más flexible frente a los territorios ocupados y a los derechos nacionales palestinos. No obstante, evitará todo aquello que amenace debilitar realmente al estado sionista, del cual el imperialismo tiene aún necesidad después de la caída del Sha.

La resistencia palestina no puede tener mejor orientación que la de tratar de obtener el apoyo de los millones de trabajadores y campesinos pobres, desde Marruecos a Irak. Tal apoyo en escala suficiente, combinado con la lucha de otros trabajadores y campesinos árabes, puede cambiar la relación de fuerzas en favor de la resistencia palestina. Pero tal ensanchamiento del fermento revolucionario es irreconciliable con una política de subordinación política a las clases dominantes o los gobiernos de los Estados árabes. Se requiere una estrategia acorde con un proceso de revolución permanente.

La emergencia de un poderoso y cada vez más inquieto proletariado en Egipto —como lo muestra la masiva manifestación antigubernamental en enero de 1977— y la aparición de luchas de clase proletarias en los tres países del Maghreb (Túnez, Argelia y Marruecos), son otras tantas indicaciones de las nuevas oportunidades que tienen frente a sí los marxistas revolucionarios en los países árabes. El alza de las luchas obreras en Egipto está en relación con la crisis del nacionalismo árabe pequeño burgués. Además de una reacción ante la masiva ayuda norteamericana a las fuerzas militares israelíes después de 1973, es una expresión de que la política de "liberalización" económica de Sadat no redujo, sino que aumentó la tremenda miseria de las masas egipcias y expresión también del rechazo de estas masas a aceptar una vida de miseria a cambio de la retórica antisionista y antiimperialista. La desesperada maniobra de Sadat para alcanzar un acuerdo con el Estado sionista, es un intento de encontrar una solución económica a esta crisis reduciendo el presupuesto militar y aumentando la participación de capitales imperialistas y sionistas en el desarrollo del capitalismo egipcio. Pero ha fallado en la tarea de suprimir el descontento y la militancia de masas.

La lucha armada del pueblo saharaui por su independencia ha acelerado la desestabilización de los regímenes marroquí y mauritano. Las nuevas posiciones conquistadas en el terreno diplomático y militar por el Polisario han acentuado el aislamiento del régimen marroquí en el mundo semi-colonial. Washington ha respondido a esto acordando una nueva ayuda militar masiva al régimen de Hassan II, para permitirle aplastar a los rebeldes por medio de una verdadera invasión. El poder alauita debe hacer frente, simultáneamente, al nuevo ascenso de las luchas obreras y sindicales que minan el mito de "la unidad nacional". La combinación de estos dos factores coloca a Hassan II en una situación de debilidad que no puede dejar de tener consecuencias en las relaciones interburguesas en el Magreb.

El fracaso de la política económica de Bumedian en Argelia y la acentuación de la crisis social, han sido la base de la importante ola de huelgas obreras de la primavera-verano de 1977. Esta importante entrada en lucha masiva de los trabajadores, en particular del sector estatal, ha modificado también las relaciones interburguesas. Esta transformación de las relaciones de fuerzas, junto a la muerte súbita del bonaparte Bumedian, ha acentuado la incertidumbre política que reina entre las clases dominantes. El continuo deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores, refuerza la posibilidad de la clase trabajadora de afirmarse como una fuerza política independiente.

En Túnez, el poder desturiano tuvo que hacer frente a una ola de radicalización sin precedentes que impulsó al primer plano de la escena política a la organización sindical, como principal fuerza de oposición al régimen, después de la recuperación parcial de la UGTT por los trabajadores. Consciente de este peligro, el poder alentó un enfrentamiento central para detener este proceso. De ahí la represión salvaje del 26 de enero del 78.

La afirmación de la independencia de clase de la clase

obrera ofrece, en algunos de los más importantes países de la región árabe, por primera vez desde de la derrota de 1967, la posibilidad de dar a la lucha antiimperialista árabe, una dirección proletaria de recambio a las corrientes nacionalistas pequeño burguesas en quiebra. La unión entre las luchas sociales del proletariado árabe y las luchas por la liberación nacional y la unificación antiimperialista de la región árabe, es cada vez más una posibilidad.

En el *subcontinente indio,* la clase obrera ha sufrido serias derrotas, como resultado de la política traidora de colaboración de clases y gobierno de coalición del Partido Comunista de India, el Partido Comunista de India (Marxista) y del Lanka Sama Samaja Party y el Partido Comunista en Sri Lanka. La aplicación de esta política al fin de los años 60 y comienzo de los 70, destrozó una amplia ofensiva de masas, dividiendo y desmoralizando a la clase obrera y el campesinado y permitiendo a la burguesía retomar la iniciativa y abrir una ofensiva general reaccionaria contra la clase obrera, a pesar de la severa crisis económica y social y de sus divisiones internas.

El modelo de ofensiva derechista que emergió en el subcontinente ha sido extendido a Pakistán y Bangla Desh, donde las dictaduras militares gobernantes reprimen severamente las luchas y las organizaciones obreras y el derecho de huelga.

Estas ofensivas reflejan la fundamental incapacidad de las clases dirigentes para desafiar el subdesarrollo y el estancamiento heredados del colonialismo. En el mejor de los casos han aplicado sólo medidas de contención transitorias. El constante crecimiento del número de campesinos sin tierras y trabajadores rurales, las enormes dimensiones del desempleo y subempleo (especialmente entre la juventud), la ausencia de algún efecto tangible de la industrialización sobre el nivel de vida de las masa (que ha bajado y continúa bajando en la mayoría de las áreas), y la continuación de la opresión nacional en diversas regiones, hacen improbable cualquier estabilización duradera de los regímenes reaccionarios. Sin embargo, la reaparición de movimientos de masas poderosos, especialmente de la clase obrera, depende en gran medida de cambios en la dirección en el movimiento obrero organizado y la reaparición de tendencias obreras militantes, capaces de ofrecer una alternativa socialista convincente frente a la política burguesa.

En el *sudeste y el este de Asia,* los perniciosos efectos de las políticas estalinistas de Moscú y Pekín están anulando el estimulante efecto de la victoria de la revolución indochina. La política china de tratar al "social imperialismo soviético" como el principal enemigo —una respuesta burocrática reaccionaria al no menos reaccionario dispositivo militar del Kremlin—, ha llevado ya a la reconciliación con el reaccionario bloque de gobiernos burgueses de la ASEAN. Esto ha aislado más aún las fuerzas embarcadas en guerras de guerrillas en Tailandia, Birmania, Malasia, Filipinas y Nueva Guinea. El conflicto militar entre Vietnam y China, seguido de la invasión reaccionaria de Vietnam por China, ha provocado también una pérdida de atractivo de la revolución indochina entre las masas de esta región. Estas son las consecuencias lógicas de la teoría estalinista de construir "el socialismo en un sólo país", que comparten las capas burocráticas de estos países.

En Tailandia hubo movilizaciones obreras, estudiantiles y campesinas de excepcional amplitud desde 1973 hasta 1976. Esto explica la violencia del golpe de estado en octubre de 1976. Este desarrollo de la lucha antiimperialista no es solo un eco de la derrota norteamericana en Vietnam; es también el reflejo de cambios en Tailandia, tales como la crisis agraria, éxodo campesino, crecimiento del número de asalariados, desempleo y masivo subempleo y agravación de la desigualdad del desarrollo regional.

Sin embargo, la naturaleza represiva de muchos de estos gobiernos, especialmente de Tailandia, Indonesia y Corea del Sur, los han hecho altamente antipopulares. De aquí que las consecuencias negativas de la política estalinista podrán disminuir pero no revertir el curso ascendente de la resistencia de masas contra las clases dominantes.

12. A pesar de sus esfuerzos el imperialismo no ha podido obtener una estabilidad económica, social y política en los países semicoloniales. No habrá, y no podrá haber ningún "nuevo orden económico" en tanto exista el capitalismo. El sistema capitalista no puede proveer bases para ningún otro orden que no sea el basado en la explotación, que implica superexplotación de los más débiles.

La mayor fuerza de un puñado de clases gobernantes autóctonas, a causa de la semiindustrialización o un aumento de las rentas por los recursos petroleros (en los casos de Irán, Kuwait, Arabia Saudita, coinciden ambos fenómenos), significa una limitada redistribución de la masa total de plusvalía extraída de los asalariados a escala mundial, en beneficio de estas clases gobernantes y a expensas de las burguesías neocoloniales más débiles y los imperialistas. Este es el precio que el imperialismo tiene que pagar a la larga por el paso del control directo al control indirecto en el mundo colonial, bajo la presión de las masas insurgentes.

Pero el imperialismo está buscando traspasar estas pérdidas sobre las masas de los países imperialistas y semicolonias más débiles, aumentando la fuerza que impele a los trabajadores y sus aliados a avanzar en la dirección de la revolución socialista, en ambos sectores del mundo capitalista. Así, la crisis internacional del capitalismo agrava la inestabilidad de los regimenes del llamado Tercer Mundo. Sin embargo, el mundo semicolonial está atravesando en estos momentos la más grande crisis de dirección desde la Segunda Guerra Mundial, a causa del rol jugado por las burocracias soviéticas y china, y las limitaciones de las direcciones nacionalistas pequeño burguesas.

El alineamiento servil de Pekín ante la Casa Blanca fue un golpe para el conjunto de la lucha por las liberación nacional. En América Latina, las derrotas resultantes de la estrategia guerrillera en la década de 1960 y la evolución de la política cubana respecto de ciertos regímenes y partidos comunistas en el continente, ha erosionado la influencia del guevarismo. En el mundo árabe, la bancarrota de las direcciones pequeño burguesas nacionalistas ha aislado las luchas en Arabia del Sur y ha llevado a la resistencia palestina a un callejón sin salida.

El vacío político resultante ha permitido a Moscú retomar la iniciativa temporalmente y recuperar su perdida influencia en varios movimientos de liberación. Las acciones guerrilleras asumidas por algunos partidos comunistas en el sudeste de Asia y por los movimientos antiimperialistas en cierto número de países asiáticos y africanos, no puede ocultar la profundidad de esta crisis global de dirección política en el mundo colonial y semicolonial, una crisis que marca el final de un capítulo en la historia de las luchas de liberación nacional, abierto como una de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la quiebra general de las direcciones nacionalistas burguesas y pequeño burguesas en el mundo semicolonial, es todavía una dirección de este tipo que logró dirigir a las masas iraníes hacia el derrocamiento del

Sha. Sin duda alguna, esta dirección ha dificultado a los trabajadores la afirmación de sus propios intereses de clase, a medida que se desarrollaba la revolución iraní. El comienzo de la revolución nicaragüense, por primera vez desde la revolución cubana, ha ofrecido el ejemplo de un proceso de revolución permanente, dirigido hasta el momento por una corriente independiente del stalinismo. Esto confirma las grandes posibilidades que se abren para los marxistas revolucionarios en los países semicoloniales.

El curso general del desarrollo revolucionario en los países semicoloniales puede ser definido por la fórmula de la revolución permanente. Nuestras tareas políticas están determinadas básicamente por este modelo. Nos esforzamos por construir partidos de masas de tipo leninista a fin de cumplir estas tareas. En la mayoría de estos países, muchas luchas de masas y la revolución misma, pueden iniciarse en torno a problemas históricamente ligados a las tareas de las revoluciones democrático burguesas: reforma agraria, derechos democráticos, asamblea constituyente, separación de la iglesia y el Estado, liberación nacional y unificación del país.

Pero, a causa del grado de industrialización y proletarización alcanzado en varios países, no siempre las luchas revolucionarias de masas partirán de estos problemas. Pueden ser iniciadas por cuestiones que derivan de la lucha de clases proletaria propiamente dicha. Los marxistas revolucionarios comprenden la lógica de revolución permanente en los países semicoloniales, que incluye la lucha por los objetivos inmediatos. Sin abandonar nunca la lucha por los objetivos antiimperialistas y democráticos que figuran entre las tareas revolucionarias claves en estos países, lucharán decididamente por la independencia política y organizativa y la unidad del proletariado de todas las nacionalidades como precondición necesaria para la conquista del poder por el proletariado aliado al campesinado pobre. Sin un estado obrero, las tareas democráticas y antiimperialistas no pueden ser cumplidas.

III. PERSPECTIVAS Y PROBLEMAS DE LA REVOLUCION IRANI

13. El derrocamiento del odiado régimen totalitario del Sha de Irán por las más amplias movilizaciones de masas de la historia, aporta lecciones importantes para las masas trabajadoras del mundo entero.

El régimen del Sha parecía todopoderoso. Washington había contribuido a transformar su ejército en uno de los más fuertes y mejor dotados del mundo. La CIA había ayudado a la SAVAK para que cubriera el país con una red de confidentes. Hasta el ultimo momento, todas las potencias imperialistas apoyaron la dinastía de los Pahlevi contra las masas iranís. Moscú y Pekín, ambos en busca de la "coexistencia pacífica" con Washington, otorgaron igualmente su apoyo al Sha, no modificando Moscú su posición hasta el momento en que se hizo evidente que la caída del Sha era inevitable. El Sha disponía de miles de millones de dólares de ganancias petrolíferas y había prometido un progreso económico y social acelerado.

Las masas iranís han superado todos estos obstáculos apoyándose en la inmensa fuerza de millones de personas movilizadas unitariamente. Las masas trabajadoras del mundo pueden identificarse con las formas proletarias de lucha utilizadas en Irán: manifestaciones de masas, formación de amplios comités de lucha, huelgas generales, llamamientos a los soldados para unirse a la lucha, insurrección de masas. Fue esta potencia de masas la que desintegró la potencia aparentemente invulnerable del Sha. Lo que pudo hacerse en Irán, puede hacerse en otras partes.

En el curso de un año de movilizaciones sucesivas, que culminaron con la insurrección del 9-12 de febrero de 1979, la clase obrera se mostró como la columna vertebral de las amplias luchas de masas, reflejando así la tendencia mundial hacia el predominio proletario en la lucha política de masas, incluso en los países semicoloniales.

El derrocamiento del régimen del Sha abrió un proceso de revolución permanente en Irán, la tercera revolución iraní. Esta revolución ha confirmado el papel clave de las reivindicaciones democráticas y antiimperialistas en los países semicoloniales. Pero cualesquiera que sean las contradicciones existentes entre el imperialismo y la clase capitalista iraní, ésta continúa siendo dependiente del imperialismo. En Irán no puede haber una etapa de desarrollo capitalista independiente del imperialismo. La burguesía iraní tampoco puede realizar la tarea democrática de dar la tierra a los campesinos, con los medios de utilizarla efectivamente. No puede conceder la libertad a las nacionalidades oprimidas, o la igualdad a la mujer.

El movimiento nacional democrático y antiimperialista que derribó la monarquía, ya conoció el surgimiento de reivindicaciones de clase propias de los trabajadores. Pero fue dominado por la dirección burguesa del clero chiita conducido por Jomeini. El prestigio que esta dirección ganó en el curso de la lucha contra el Sha, es la mejor carta que la clase dominante iraní puede jugar para intentar restaurar un aparato de Estado estable y una nueva dirección política burguesa, con vistas a aplastar el proceso revolucionario y recuperar un desarrollo capitalista "racionalizado" en Irán. Este es el curso emprendido por la clase dominante con el apoyo del imperialismo. El Estado sigue siendo un Estado burgués.

La dinámica de la revolución iraní continúa siendo de ascenso. La amplitud de las movilizaciones y la victoria de la insurrección de masas, crearon inmensas esperanzas entre los obreros, las capas semiproletairas de las ciudades, los campesinos pobres, las nacionalidades oprimidas y las mujeres. Ni el régimen de Jomeini, ni ninguna otra forma de poder burgués, pueden satisfacer estas esperanzas. Tampoco pueden aplastar el movimiento de masas en la actual etapa. Para hacerlo, deberían estabilizar la situación y reconstruir el ejército y las otras organizaciones del Estado burgués.

Para realizar sus reivindicaciones e iniciar un desarrollo económico liberado de las distorsiones impuestas por la dominación imperialista, la clase obrera y las masas trabajadoras deberán avanzar hacia la constitución de un Estado obrero en Irán, quebrar el poder del imperialismo y de sus socios iranís en el país, expropiar a la burguesía y abrir la puerta a un proceso que comience la construcción del socialismo.

A la larga, no hay mas que dos salidas posibles: o bien la instauración de la dictadura del proletariado aliado al campesinado, única capaz de asegurar la victoria de la revolución, o bien la victoria de la contrarrevolución.

El principal obstáculo para la victoria de la revolución es la debilidad del factor subjetivo: la dirección y la conciencia de clase del proletariado y las masas trabajadoras. No hay partido revolucionario de masas en Irán. La clase obrera iraní no ha conquistado aún la independencia política de clase. El prestigio y la autoridad política del clero chiita, ganados en el curso de la lucha contra el Sha, son hoy el principal obstáculo para la conquista de esta independencia de clase. Para reforzar su control sobre las masas, el clero utiliza la reaccionaria ideología religiosa. Pero en el curso del desarrollo de sus luchas, las masas quebrarán este control del clero.

14. Aunque hizo todo lo posible para mantener el régimen del Sha, Washington no pudo enviar sus tropas contra el pueblo iraní. Ninguna otra potencia imperialista fue capaz de sustituir al imperialismo norteamericano en esa tarea. La revolución iraní asestó un nuevo golpe al imperialismo, modificando nuevamente a su costa las relaciones de fuerzas globales entre las clases. El imperialismo había contado con el régimen y el ejército del Sha, como una fortaleza contra la revolución árabe, para proteger sus intereses en toda la región, rica en petróleo, y como bastión de la estalibidad en el "glacis septentrional", incluyendo Turquía, Afganistán y el Pakistán en la frontera sur de la Unión Soviética.

La caída de la tiranía de Pahlevi ha hecho estallar nuevas luchas en las nacionalidades oprimidas de Irán. Estas superan el 60% de los habitantes del país, especialmente los kurdos, los aserbaijanos, los baluchis, los turcomanos y los árabes. Muchas de estas nacionalidades viven a ambos lados de la frontera iraní. Sus luchas tendrán también efecto en Irak, en Turquía, en Pakistán y en Afganistán. Esto se aplica igualmente a la Unión Soviética, donde las luchas de las nacionalidades oprimidas formará parte de la revolución política contra la burocracia stalinista.

El pueblo palestino ha recibido un impulso poderoso de la revolución iraní. El Irán había sido un sólido apoyo de Israel y su principal proveedor de petróleo. Se convierte ahora en adversario de esta cabeza de puente imperialista, cortando su aprovisionamiento de petróleo. La provisión de petróleo también fue suprimida a Sudàfrica. Las bases norteamericanas, utilizadas para espiar a la Unión Soviética, fueron cerradas.

El imperialismo respondió tratando de reforzar otros regimenes amigos de la región, aumentando su presencia militar y buscando puntos de apoyo en el mismo Irán, a fin de cambiar la dinámica antiimperialista de la revolución. Pero como señaló Beguin, Irán ha demostrado que ningún país semicolonial —incluidos Egipto y Arabia Saudita— puede desempeñar el papel de fortaleza estable del imperialismo en la región, tal como lo desempeña Israel. En consecuencia, Washington debe apoyarse más que nunca en Israel. Al mismo tiempo, las potencias imperialistas, aunque utilizan las orientaciones políticas reaccionarias del régimen de Jomeini con fines de propaganda para desprestigiar la revolución iraní y justificar el apoyo dado antes al Sha, apoyan de hecho los esfuerzos del gobierno burgués para detener el ascenso revolucionario, o sea, para consolidar sus vínculos económicos con el Irán y su control del país. A la larga, la estabilidad capitalista en Irán exigirá lazos más estrechos con el imperialismo. Dado el poderoso despertar antiimperialista de las masas en el curso de la revolución, las medidas abiertas en este sentido se enfrentarán a la oposición de las masas.

15. Subyacente en la crisis de la monarquía iraní estaba el fracaso de la llamada "revolución blanca", lanzada en 1962-63. La "reforma agraria", los proyectos de industrialización que fueron estimulados por el aumento del precio del petróleo de los años 70, y la acumulación de petrodólares, no han resuelto ninguno de los problemas fundamentales del subdesarrollo causado por largos años de dominación imperialista.

La industrialización parcial no ha terminado con la dependencia del imperialismo, sino que solamente modificó su forma. Fue adaptada a las necesidades de los monopolios imperialistas internacionales, no a la de un creciente equilibrio de la economía. Los bienes de equipo debieron ser importados de los países imperialistas. La mayoría de las inversiones tuvieron tendencia a orientarse hacia las ramas de montaje, como parte de una cadena de producción controlada por los monopolios. El poderoso consorcio de las compañías petroleras controló la venta del petróleo iraní; la "monoproducción" siguió siendo la base de la economía del país.

La *"reforma agraria"* destruyó la agricultura tradicional del país, no en beneficio del campesinado, sino del capital iraní e imperialista. Grandes empresas de *agro-businees* se establecieron para producir para la exportación y para las necesidades del mercado mundial, dominado por el imperialismo. Esto culminó en una terrible destrucción de las fuerzas productivas, causada por la eliminación de los cultivos y de la irrigación tradicionales. Antes de la "revolución blanca" Irán había sido un exportador de víveres. Actualmente el país debe importar el 60% de los víveres consumidos por la población.

La *"reforma agraria"* expulsó a millones de habitantes de los campos. Este masivo éxodo rural hacia las ciudades, no estuvo acompañado por la creación de un número suficiente de empleos industriales. Esto condujo al monstruoso crecimiento de barrios miserables en las ciudades habitados por capas de obreros, semiproletarios y desocupados.

La recesión económica internacional y sus repercusiones han acentuado la crisis de la economía iraní. La inflación se elevó al 30% por año. Los precios de los bienes de equipo importados de los países imperialistas, aumentaron más rapidamente que los del petróleo, que fueron afectados por la caída del dólar. Irán comenzó a endeudarse de nuevo con el imperialismo.

La pretendida *"liberación de la mujer"* efectuada por la monarquía con grandes alardes publicitarios no fue mas que una comedia. Las mujeres obtuvieron algunas concesiones legales y ciertas leyes bárbaras que codificaban su opresión fueron eliminadas, pero la opresión misma se mantuvo sin cambios.

Las nacionalidades oprimidas fueron reprimidas sin piedad por el Sha. Se les negó todo derecho lingüístico y cultural. Fueron mantenidas en el estatuto de ciudadanos de segunda clase con relación a la población que habla el farsi. Puesto que una buena parte del campesinado está compuesto por miembros de las nacionalidades oprimidas, la opresión nacional se combina con la explotación de los campesinos, con los obreros árabes del Juzestán y con el estatuto de ciudadano de segunda de muchos obreros y semiproletarios que viven en los barrios miserables de las ciudades.

El régimen negaba todo derecho a la clase obrera a organizarse para mejorar su suerte. Los "sindicatos" dirigidos por la SAVAK aseguraban la presencia de la policía secreta en los lugares de trabajo. La industrialización parcial fue realizada por medio de una explotación brutal de los trabajadores.

El apoyo que el Sha acordó al desarrollo de algunas industrias, perjudicó a sectores enteros del artesanado. En el contexto de la recesión mundial y de sus secuelas, el régimen impuso a los comerciantes del "Bazar" impuestos muy elevados, tasas de interés usurero y medidas aduaneras que favorecían a los imperialistas y a las 50 familias más ricas del país. Atacó los obreros bloqueando los salarios e imponiendo un pasaporte por asalariado. Todo esto condujo al aislamiento social creciente de la monarquía, que encontró su expresión en el fracaso de la tentativa del Sha de construir un partido político pro-monárquico basado en la "revolución blanca".

Estos hechos son elocuentes frente a las teorías según las cuales, las ganancias petrolíferas estaban a punto de transformar al Irán en un "sub-imperialismo". Por el contrario, las ganancias petrolíferas han agravado las contradicciones de una economía que continúa bajo la

dominación del imperialismo.

16. En 1976, aparecieron dentro del poder divergencias concernientes a la línea política a adoptar frente a la crisis económica. La fachada monolítica de la monarquía comenzó a crujir.

En 1977, sectores de la *intelligentsia* y de la oposición liberal burguesa del viejo *Frente Nacional*, alentados por las luchas desatadas en el extranjero en favor de los derechos del hombre en Irán, comenzaron a movilizarse públicamente y exigieron el respeto de la constitución de 1906, que nunca había sido formalmente abolida. Hubo un ascenso del movimiento estudiantil. El régimen decidió responder a las corrientes de oposición por medio de la represión.

En el contexto del aislamiento creciente de la monarquía, la represión acentuada tuvo por efecto extender el movimiento. Se desató una dinámica específica que caracterizará a todos los acontecimientos siguientes: a los duros golpes de las fuerzas represivas, responderán movilizaciónes más amplias que revelarán la profundidad del odio contra la represión, la opresión y la explotación encarnadas por el régimen del Sha, así como la voluntad creciente de combatir hasta el fin.

El 8 de enero de 1978, tuvieron lugar manifestaciones callejeras masivas en la ciudad religiosa de Qom, para protestar contra los ataques de los diarios gubernamentales contra el Ayatollah Jomeini, exiliado. Muchos de los manifestantes fueron muertos por la policía.

Según un modelo, que será cada vez confirmado nuevamente por el movimiento de protesta, se desencadenó una nueva ola de manifestaciones cuarenta días más tarde, después del periodo tradicional de duelo islámico. Coincidió con un levantamiento en la ciudad aserbaijana de Tabriz, que reveló ya los elementos de lo que habría de constituir el desarrollo ulterior de la revolución. Obreros, pequeños comerciantes, y masas semiproletarias se unieron al movimiento. Se derrumbó la disciplina de la guarnición de Tabriz. El ejército se mostró incapaz de quebrar la lucha de las masas. Durante todo un día, la ciudad estuvo bajo su control, hasta que el Sha fue capaz de restablecer la situación enviando tropas de otras guarniciones.

Las manifestaciones, que se ampliaron sin cesar y se extendieron a todas las principales ciudades del país, fueron generalmente organizadas a partir de las mezquitas, los únicos centros de vida social que no estaban totalmente controlados por el régimen y su policía, como consecuencia de la inactividad y la traición de los viejos partidos de oposición (Tudeh, Frente Nacional) y por la afluencia masiva a las ciudades de una población rural, que estaba aún fuertemente influenciada por la religión. Esto otorgó un papel decisivo a la jerarquía chiita. El régimen del Sha había contribuido a provocar la oposición de la jerarquía chiita, obligando a Jomeini a exiliarse en 1963, atacándola constantemente con el objeto de reducir su influencia y tratando de establecer un control administrativo sobre el clero.

Disponiendo de una amplia red organizativa, la jerarquía religiosa fue ante todo capaz de aprovechar la debilidad de la antigua oposición burguesa, el *Frente Nacional*, así como la debilidad organizativa del movimiento obrero. Las traiciones del partido Tudeh, durante la segunda revolución iraní, la política de apoyo al Sha practicada por Moscú y Pekín, la represión a las minorías políticas y religiosas en los estados obreros burocratizados, condujeron a muchos jóvenes, obreros e intelectuales, combativos y abnegados, a orientarse hacia los conceptos utópicos o reformistas del "socialismo con los colores del Islam", formulados por el teólogo Chariati o por la organización de la guerrilla Mujahedín.

La afluencia masiva a las ciudades de poblaciones atrasadas provenientes del campo, sobre las cuales la influencia de la religión era tradicionalmente muy fuerte, contribuyó a dar a la jerarquía chiita una base popular muy amplia en los centros urbanos. Pero el factor clave de la actitud de las masas con respecto a esta jerarquía, fue innegablemente, el papel desempeñado en la lucha contra el Sha por Jomeini. Su autoridad en las masas estuvo basada en que rechazó todo compromiso con el Sha y con la monarquía, incluso cuando otros dirigentes de la oposición burguesa estuvieron dispuestos a tales compromisos.

En setiembre de 1978, la clase obrera comenzó a entrar en la lucha con sus propias armas y formas de organización. En diciembre, una huelga general revolucionaria, encabezada por los obreros del petróleo, arrastró en su apoyo a los comerciantes y otras capas sociales. Se convirtió en la punta de lanza de las más amplias luchas de masas. Las movilizaciones de masas se intensificarán y culminarán en la insurrección de febrero de 1979 que barrió a la monarquía.

Dado el debilitamiento y la parálisis del aparato del Estado y el ascenso del movimiento de masas, inmediatamente después de la insurrección eran posibles progresos decisivos en la organización de los trabajadores en consejos o soviets. Lo que hacía falta, era un partido marxista revolucionario de masas, capaz de desempeñar un papel dirigente en este sentido.

17. Después del derrocamiento de la monarquía, el gobierno burgués de Mehdi Bazargan, nombrado por Jomeini, trató de gobernar con el objetivo de restablecer el orden capitalista, de reconstruir el ejército y las otras instituciones del Estado burgués. Pero el poder real estaba en manos del Consejo de la Revolución islámica, dominado por el clero. Jomeini comenzó a poner en práctica su proyecto de construir un régimen burgués de recambio al del Sha.

El carácter de las movilizaciones de masas que duraron más de un año contra el régimen del Sha, determina el contexto en el cual la lucha de clases va a desarrollarse. Las masas han derribado a la monarquía apoyándose en sus propias fuerzas. Esperan ahora que sus aspiraciones económicas, sociales y políticas sean realizadas.

Dada la crisis del sistema capitalista internacional y la inestabilidad social que se mantiene en Irán, es probable que la crisis de la economía iraní se intensifique, incluso si la política del nuevo régimen consiste en tomar medidas para corregir las distorsiones económicas extremas que resultaron de la orientación política y económica de la monarquía. Así, el régimen no está en condiciones de hacer concesiones substanciales a las masas, aunque está obligado a hacer algunas. Por el contrario, para restablecer las condiciones de una recuperación de las inversiones imperialistas en gran escala, deberá acentuar su presión sobre los obreros y otros sectores de las masas trabajadoras. Esto lo hará entrar cada vez más en conflicto con las masas. Estas no están bajo los efectos de una derrota, se sienten plenas de confianza en si mismas, después de su lucha contra el Sha, coronada por el éxito. La principal prueba de fuerzas no se ha dado todavía.

El enfrentamiento más importante que ha tenido lugar entre el nuevo régimen y las masas, se produjo en el Kurdistan. Durante la insurrección revolucionaria, los Kurdos se armaron y constituyeron comités en todo el Kurdistán iraní. Cuando en marzo de 1979 el gobierno central trató de recuperar su autoridad, se produjeron conflictos violentos. Durante el verano Jomeini lanzó una ofensiva militar de gran envergadura, incluso con empleo de

aviación, contra los kurdos. Los kurdos fueron militarmente golpeados, pero no han sido ni aplastados ni derrotados. Continuan representando un gran desafío al régimen. Recientemente han realizado importantes progresos, lo que obligó a Jomeini a declarar que estaba dispuesto a reconocer un estatuto de autonomía parcial para el Kurdistán.

Existen luchas de otras nacionalidades oprimidas como los baluchis, los turcómanos y los árabes del Juzestán. Los aserbaijanos y otras nacionalidades oprimidas pueden estallar en cualquier momento. Por otra parte, el gobierno capitalista está obligado a esforzarse a fortalecer nuevamente el yugo de la opresión nacional ni quiere reconstruir un Estado burgués central estable. Esto significa que la cuestión nacional seguirá siendo explosiva, que seguirá siendo uno de los principales puntos focales de lucha en el próximo periodo.

El régimen de Jomeini-Bazargan atacó también los derechos democráticos. Ante todo, trató de encontrar una solución al hecho que amplios sectores de la población urbana estaban armados. Ha obtenido éxitos parciales en la tentativa de recoger estas armas y organizar a la juventud armada que había participado en la insurrección en los "pasdars", una milicia bajo el control de los comités del Imán, dominados por el clero.

El ejército fue duramente afectado y, en algunos sitios, descompuesto bajo los efectos de la insurrección. Pero algunas unidades de élite permanecieron intactas y pudieron ser utilizadas contra los kurdos. Sin embargo, los esfuerzos del régimen para consolidar el ejército no han sido aún coronados por el éxito. Lo esencial de la infantería sigue siendo poco segura. El régimen se ve obligado a apoyarse sobre todo en los "pasdars" que, por ejemplo, han debido llevar el grueso de la lucha en el Kurdistán.

Los pasos dados por la jerarquía religiosa con el fin de reforzar el reaccionario código islámico contra las mujeres, en marzo de 1979, provocaron una respuesta, en forma de manifestaciones de masas, que fueron las más amplias que jamás se han conocido en un país islámico en defensa de los derechos de la mujer. La participación de las mujeres en las manifestaciones contra el Sha les dió una experiencia de acción política, que creó las condiciones propias para su contraofensiva. Como consecuencia de estas manifestaciones, el gobierno ha sido obligado a retroceder temporalmente. Pero prosigue su campaña contra las mujeres mediante una propaganda masiva. En el curso ulterior de la revolución, podemos esperar nuevas explosiones de la lucha de la mujer.

La censura de radio y de televisión ha sido impuesta casi inmediatamente después de la constitución del nuevo gobierno. Hubo diversos ataques contra la libertad de prensa. Los primeros ataques serios contra los derechos democráticos han coincidido con la ofensiva del verano contra los kurdos, cuando toda la prensa de izquierda, así como varios diarios burgueses fueron prohibidos. Pero no hubo censura total. Nuevamente pudieron hacerse aparecer en la prensa opiniones de oposición. Recientemente, el gobierno se ha visto obligado a retroceder. Algunos diarios prohibidos han podido reaparecer.

Una represión selectiva contra la izquierda había comenzado poco después de la insurrección, por medio de ataques de gangsters contra los vendedores de diarios, suscitados por el clero o por los comités del Iman, por medio de detenciones arbitrarias de corta duración, realizadas por estos mismos comités. Más grave fue la ola de detenciones posterior, entre las que la de nuestros camaradas de Ajwas fue la más conocida nacional e internacionalmente. Cuando, en el verano de 1979, la prensa de izquierda fue prohibida se suscitaron ataques gansteriles contra los locales de los grupos de izquierda. Miembros del partido Tudeh y de los Fedayines fueron asesinados. Este tipo de ataques cesó. Pero aún hoy, los grupos de izquierda no pueden funcionar en plena libertad.

Se pueden esperar nuevos ataques represivos contra la izquierda. Pero estos golpes asestados a la vanguardia, no bastarán para inflingir una derrota decisiva a las masas. Esto crea, al mismo tiempo, la base para una defensa eficaz de la vanguardia en una línea unitaria.

Los comités del Iman, nombrados desde arriba, han logrado absorber o reemplazar los comités de barrio, que se habían constituido antes o durante la insurrección. Están bajo la dirección del Consejo de la revolución islámica.

Durante la huelga general que culminó en la insurrección, se habían formado comités de huelga. En el periodo que siguió a la insurrección, los obreros tomaron la costumbre de reunirse en asambleas y han tratado de elegir nuevos comités. El régimen logró impedir la formación de sindicatos; en la mayoría de los casos pudo cooptar los comités. Pero la lucha continúa en el interior de las fábricas, aunque sea de manera no coordinada y esporádica. Esto condujo a un nuevo auge en la constitución de comités de fábricas (shoras) durante los últimos meses. El carácter de estos comités varía mucho según el nivel de movilización de los trabajadores. La prueba de fuerzas con la clase obrera, decisiva para el futuro de la revolución, está todavía en el futuro.

Hasta ahora, la burguesía ha sido incapaz de hacer retroceder claramente el ascenso del movimiento de masas o de establecer un régimen burgués estable. Un factor clave en los intentos de Jomeini para alcanzar este objetivo es su llamamiento a la "unidad Nacional" alrededor de la "República Islámica". El referendum sobre la República Islámica y la elección de la "Asamblea de Expertos" para aprobar la nueva constitución, iban también en esa dirección. Pero está claro que el conjunto de estas medidas no ha permitido estabilizar la situación social, como esperaba el régimen.

La autoridad de Jomeini sobre las masas constituyen el factor central de los esfuerzos de la débil burguesía para promover sus intereses de clase. Sin esta cobertura, el gobierno no tiene ninguna posibilidad de realizar sus objetivos reaccionarios. Pero la autoridad de Jomeini no existe en el Kurdistán y ha sido debilitada en las otras nacionalidades oprimidas. Aunque subsiste todavía entre las masas plebeyas más pobres de Teherán, comienza igualmente a ser erosionada en esta zona. El enfrentamiento con el imperialismo norteamericano, que comenzó en noviembre de 1979 con la cuestión de la extradicción del Sha, y la caída del gobierno de Bazargan, han acrecentado de nuevo, momentáneamente, el prestigio de Jomeini entre las masas. Pero su autoridad será puesta a prueba por la lucha de clases. Puede incluso agotarse si debe oponerse directamente a las aspiraciones de las masas.

En estas condiciones, se han producido divisiones profundas en el seno de la clase dominante sobre la táctica a emplear con respecto a la revuelta kurda, el desarrollo de los comités de fábricas, la utilidad de la represión y de la censura, la amplitud de la autoridad formal a acordar al clero, y sobre otras cuestiones. Esto es lo que expresa el conflicto entre el gobierno de Bazargan y el Consejo de la revolución islámica, que concluyó en la destitución de Bazargan y su gabinete. Pero esto se expresa igualmente en profundas divisiones en el seno del clero superior y en el mismo Consejo de la revolución islámica.

El apoyo que las masas trabajadoras dan al gobierno,

depende de las ilusiones que pueden aún abrigar en cuanto a las intenciones y a la capacidad de éste para satisfacer sus reivindicaciones fundamentales. Actualmente la represión será incapaz de darle una base estable. Durante la siguiente fase de la lucha de clases las ilusiones de las masas comenzarán a disiparse. Pueden haber nuevas crisis gubernamentales, así como cambios bruscos en la composición y la política del gobierno y del propio Consejo de la revolución islámica.

18. La dinámica de la lucha de clases empuja al primer plano la combinación de tareas inmediatas, democráticas y transitorias, conforme a la dinámica de la revolución permanente. La revolución debe afrontar, particularmente, las tareas fundamentales siguientes:

• La defensa incondicional de las conquistas de la revolución contra la reacción iraní e imperialista.

• Convocatoria de una asamblea constituyente libre y soberana.

• Plenos y completos derechos democráticos para todos los partidos políticos. Contra toda restricción a la libertad de palabra, de prensa y de reunión. Separación de la Iglesia del Estado, y libertad de religión y de opinión en general.

• Para neutralizar los efectos de la desocupación y de la inflación, reducción de la semana de trabajo, sin pérdida del salario semanal, para repartir entre todos el trabajo disponible. Los salarios deben aumentar automáticamente y en proporción al aumento del coste de la vida. Es necesario un vasto programa de obras públicas para contribuir a la lucha contra la desocupación y proporcionar los alojamientos, escuelas, hospitales y servicios sociales que el pueblo necesita urgentemente.

• Que los trabajadores abran al público los libros de cuentas de las grandes empresas, para que se esclarezcan el estado de la economía, los acuerdos secretos con el imperialismo y la corrupción. Expropiación inmediata de todos los bienes de la dinastía de los Pahlevi, de los capitalistas que huyeron del país y de los que se niegan a reabrir sus empresas. ¡Detened la evasión de capitales! ¡Expropiad los sectores claves de la economía y colocad todas las empresas expropiadas bajo control obrero!.

• Los campesinos tienen necesidad de tierras, de créditos baratos, de máquinas agrícolas y de abonos adecuados, así como de mercados asegurados.

• Estrechamente ligada a la lucha por las necesidades sociales del campesinado está la cuestión de la liberación de las nacionalidades oprimidas, que estuvieron en la vanguardia de la lucha contra el Sha. Restauración completa y plena de los derechos lingüísticos y culturales de los pueblos oprimidos. Derecho a la autodeterminación sin limitaciones!.

• ¡Por la liberación de la mujer!.

• Disolución de todas las fuerzas represivas especiales del antiguo régimen. ¡Abrid los archivos de sus crímenes contra el pueblo iraní!.

• Las organizaciones revolucionarias deben tener el derecho de defenderse de los gánsters y los ex-agentes de la SAVAK que se presentan bajo la máscara de revolucionarios.

• ¡Plenos y completos derechos políticos para los soldados!.

• Los trabajadores tienen necesidad de sindicatos democráticos para la defensa de sus intereses.

• Por el desarrollo y la coordinación de los *"shoras"* (comités) en las fábricas, en los pueblos y en los barrios. Para luchar por los intereses de los trabajadores, de las masas urbanas semi-proletarias, de los soldados, de los



Japón: marcha antiinflacción

campesinos y de todas las masas laboriosas, estos comités deben ser independientes del Estado y de la jerarquía religiosa. Deben ser elegidos y dirigidos democráticamente. Hay que expulsar de ellos a los agentes de la SAVAK que han tratado de infiltrarse. El objetivo debe ser la formación de consejos —soviets— que reunan del modo más amplio posible a los representantes electos de los comités de trabajadores, de soldados, de campesinos y de los barrios.

• Los marxistas revolucionarios luchan codo a codo con el régimen actual contra toda tentativa contrarrevolucionaria de derribarlo por parte del imperialismo o de sus agentes directos, o por un golpe de Estado militar apoyado por el imperialismo. Pero al mismo tiempo proclaman que ningún gobierno capitalista en Irán puede satisfacer las necesidades de las masas trabajadoras. *Por una república obrera y campesina,* un gobierno que cimentará los vínculos entre los trabajadores y los campesinos pobres, que garantizará los derechos de las nacionalidades oprimidas, que movilizará a las masas para expropiar las principalers ramas de la industria y de las finanzas, que quebrará el poder de los imperialistas y de sus asociados iranís, que instaurará una economía planificada y establecerá un Estado obrero basado en los comités de trabajadores democráticamente elegidos.

Los trabajadores y sus aliados pueden triunfar si se construye a tiempo un partido obrero marxista de masas. Esta es la tarea que se han dado nuestros camaradas del HKS. Es una tarea importante para la IV Internacional ayudar a nuestros camaradas a avanzar en este objetivo.

La campaña en el seno del movimiento obrero internacional para salvar la vida y arrancar la libertad de los camaradas detenidos del HKS ha sido llevada por la IV Internacional, sus secciones y grupos simpatizantes, con una ayuda importante del CORCI. Esta campaña ha sido una de las que ha tenido más éxito entre las que hemos desarrollado. Ha logrado impedir la ejecución de los camaradas ya condenados a muerte. Es un ejemplo de la importancia y de la utilidad de las campañas de defensa en general. Debe ser proseguida como una de las tareas centrales de la IV Internacional hasta que nuestros camaradas sean liberados.

IV. LA CRISIS DE LAS CASTAS BUROCRATICAS Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION POLITICA

19. La reciente evolución de la Unión Soviética, los países de Europa Oriental y China confirma de manera contundente los análisis trotskistas de sus relaciones sociales, estructuras del Estado y desarrollo dialéctico de su contradicción fundamental entre sus economías planificadas de un lado y, de otro, el parasitismo de la casta burocrática.

a) La naturaleza no capitalista de estas economías está subrayada por el hecho de que entre los países industrializados del mundo solamente la URSS, la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Hungría y Polonia no fueron arrastrados a la recesión mundial de 1974-75. No sufrieron una reducción global de la producción industrial; no cayeron en el desempleo masivo.

Al mismo tiempo, estas sociedades se probaron incapaces de aislarse de los efectos de las fluctuaciones a gran escala de precios y cambios en el mercado capitalista mundial. La recesión ayudó a desvelar el mito estalinista reaccionario de que el "socialismo" se ha establecido en esos países y que sus economías pueden desarrollarse sin contradicciones internas fundamentales, aisladas de la economía mundial y de la lucha de clases internacional.

Las fuerzas productivas en los países del Comencon están cada vez más entorpecidas por el marco nacional en el que se desenvuelven. Un desarrollo rápido y equilibrado de Europa del Este, la URSS y China, requiere una división internacional del trabajo bastante más avanzada. De aquí la creciente presión para desmantelar el antiguo marco autárquico estalinista. Pero la extensión de los lazos con la economía de los países capitalistas, agudiza los conflictos entre el mercado mundial y la planificación económica. En la medida en que los gobiernos de Europa Oriental continúen tratando de aumentar la producción de bienes de consumo a través del aumento en las importaciones de maquinaria avanzada occidental, su directa dependencia del capital occidental y su vulnerabilidad a los efectos de las crisis capitalistas se acrecienta. Por esta razón, las burocracias están forzadas a maniobrar cada vez más desesperadamente entre las exigencias de la clase obrera en el interior de sus países y la presión de la burguesía imperialista. La explosión en Polonia en 1976 fue un buen ejemplo de esto. Anticipándose a mayores exportaciones, los burócratas pidieron grandes préstamos a la banca occidental. Con el fracaso en la realización de estos planes, debido a la recesión en el mundo capitalista, la burocracia cortó los subsidios a los alimentos; y los obreros responden con su propio método: huelgas y combativas manifestaciones de masas.

Dentro del propio Comecon el desarrollo de la cooperación a través de un verdadero sistema de planificación internacional está bloqueado por el marco nacional dentro del cual operan las burocracias estalinistas. Esto significa que un paso decisivo hacia la planificación internacional podría darlo solamente una de las burocracias (la más fuerte, claro, la burocracia soviética) destrozando la relativa autonomía económica de las otras. Sin embargo, las relaciones de fuerza entre las burocracias y las masas en Europa del Este, impiden cualquier intento de subordinación directa y completa de sus economías a Moscú sin el riesgo de una explosión política. Así, una acabada división internacional del trabajo no es posible dentro del marco de control estalinista en Europa del Este y la URSS.

Estas sociedades siguen en una situación de transición entre el capitalismo y el socialismo. El capitalismo puede ser restaurado todavía, en tanto el gobierno de la casta parasitaria, con la mala administración y las distorsiones de todas las relaciones sociales, bloquea un avance decisivo hacia el socialismo.

b) La esperanza de algunas corrientes de que la burocracia se reforme a sí misma y encare reformas radicales o lleve a cabo una "revolución por arriba" se ha demostrado falsa. La presión de la necesidad objetiva de terminar con la burocracia explica en parte la creciente diferenciación y las divisiones en las filas de la burocracia. Pero la casta gobernante no puede renunciar voluntariamente al monopolio del poder, que le asegura sus especiales privilegios materiales y sociales. Todas las reformas otorgadas por la burocracia están destinadas, en último análisis, a mantener su poder y sus privilegios.

Esto se confirma claramente en el terreno económico. En una economía planificada —en la cual no existen los mecanismos para impulsar automáticamente el crecimiento de la productividad del trabajo tales como los que provee la competición capitalista— se hace cada vez más difícil asegurar un crecimiento sostenido de la productividad sin asegurar la soberanía de los productores directos sobre el proceso de planificación y gestión de las unidades de producción. Pero una planificación democráticamente centralizada presupone la eliminación de la

casta burocrática. Los mecanismos estalinistas para asegurar la extracción del sobreproducto social, reduciendo el consumo de las masas a través de una política de terror resulta cada vez menos eficaz con la transición hacia formas avanzadas de desarrollo industrial y el desarrollo de una clase obrera más cualificada, con mayores necesidades culturales y mayor peso social. Todos los intentos de la burocracia por reformar el sistema de planificación burocráticamente centralizada han fracasado; no ha habido ningún salto cualitativo en la productividad del trabajo. Sólo la conquista de la democracia obrera lo hará posible.

c) Por otro lado, el parasitismo de la burocracia, es más y más flagrante; su completa incapacidad para reconciliar las necesidades de la planificación social con la reaccionaria defensa de sus privilegios; su incapacidad para desarrollar una ideología específica propia; la continúa aparición de diferencias en sus filas, muestran que no estamos frente a una nueva clase gobernante, ni una nueva clase social, sino ante la perversión del proceso de construcción de una sociedad sin clases. En tiempos de crisis política extrema e incluso en periodos de tensiones crecientes, la burocracia tiende a dividirse, defendiendo una de sus alas posiciones marcadas por las ideologías más reaccionarias e inclinándose la otra ante la presión de las masas que buscan establecer la democracia proletaria. En lo que concierne a la casta gobernante este fue claramente el módelo básico en los levantamientos de Alemania Oriental en 1953, en la revolución húngara de 1956 y en la "primavera de Praga" en 1968. Este es el modelo ya discernible en el renacimiento de la vida política en Polonia.

d) Sólo una revolución política que elimine toda forma de gobierno por una casta burocrática, puede reabrir el camino hacia la construcción de una sociedad internacional sin clases. La futura revolución política en la URSS, Europa del Este y China no cambiará aquellos elementos del sistema económico heredados de la revolución de Octubre —propiedad colectiva de los medios de producción, planificación central, monopolio público del comercio exterior— que son prerrequisitos necesarios para la construcción del socialismo. Pero los efectos de la revolución política no se limitarán a la esfera de la superestructura. La introducción de la democracia proletaria transformará radicalmente la planificación, la gestión de la economía y la organización del proceso de producción. Otro resultado benéfico que se recogerá será el restablecimiento de relaciones sociales mutuamente ventajosas con el campesinado. Culminará en una afirmación decisiva de la gestión obrera de la economía, así como en un comienzo de transformación radical de la viuda familiar.

e) La interrelación de la crisis del capitalismo y la crisis de la burocracia estalinista subraya una vez más la naturaleza contrarrevolucionaria del estalinismo a escala mundial. La "coexistencia pacífica" y la "distensión" no alejan la amenaza de una guerra atómica mundial. Están destinadas a mantener la actual división del mundo en "zonas de influencia" y prevenir un decisivo avance de la revolución mundial. Estos objetivos contradicen el supuesto fin de prevenir la guerra; el peligro de una guerra nuclear puede ser vencido solamente derrocando al capitalismo en sus centros claves. La burocracia estalinista aplica políticas colaboracionistas de clases, lo cual en último análisis debilita la defensa de la base económica que es la fuente de sus privilegios especiales. Esta conducta aparentemente irracional, puede ser explicada sólo por el temor de un nuevo alza de la revolución socialista. Si esto ocurriera en el Oeste, inspiraría un alza similar en Europa Oriental y en la Unión Soviética. Tampoco Pekín quiere esto.

Los marxistas revolucionarios rechazan la propaganda maoísta según la cual dos "superpotencias" dominan la política y la economía mundiales. Este punto de vista, como el concepto de "coexistencia pacífica", excluye prácticamente durante decenios la posibilidad de una revolución socialista. La naturaleza reaccionaria de esta posición y las no menos reaccionarias conclusiones políticas que se extraen de ella, tales como la justificación de alianzas con toda clase de fuerzas burguesas imperialistas y regimenes semicoloniales reaccionarios, debe ser duramente denunciado.

Los marxistas revolucionarios sostienen la necesidad de defender a la Unión Soviética contra los ataques del imperialismo. Cualquier intento de restaurar el capitalismo en los países donde ha sido abolido constituiría un gigantesco paso atrás para la humanidad. Pero el conflicto con el imperialismo debe ser claramente distinguido del conflicto entre las masas oprimidas en los Estados obreros y las burocracias gobernantes, independientemente de las confusiones que pueden existir entre los disidentes políticos, producto de décadas de dictadura estalinista. Debemos sumarnos a las masas en la causa contra la burocracia.

La necesaria defensa de la Unión Soviética contra el imperialismo no debe y no puede implicar alguna forma de "frente único ideológico" con la burocracia contra sus oponentes políticos. En su ideología la burocracia no ofrece una "variante del marxismo". Su ideología sólo es una cobertura de su naturaleza opresiva, como capa social parasitaria. Esta burocracia debe ser derribada.

f) Del mismo modo que las burocracias obreras del mundo capitalista son incapaces de ofrecer un futuro más allá de la explotación capitalista y las limitaciones de la democracia burguesa, las burocracias estalinistas de la Unión Soviética y Europa Oriental siguen atadas a la perspectiva de la "coexistencia pacífica", es decir, del mantenimiento del statu quo internacional, que divide de modo permanente a la clase obrera de Europa entre Este y Oeste. La IV Internacional lucha por la perspectiva de una real unificación del continente en los Estados Unidos Socialistas de Europa. En este gigantesco paso adelante, el imperialismo y el estalinismo serán reemplazados por la libre asociación de las masas trabajadoras, en una federación internacional de democracias socialistas, abierta a los pueblos de todos los continentes que se liberen del yugo del capital.

20. El hecho de que la burocracia estalinista ha gobernado a la Unión Soviética durante cincuenta años y que burocracias similares han gobernado a Europa Oriental y China durante décadas, plantea problemas teóricos y políticos a las cuales los marxistas revolucionarios deben dar claras respuestas. Si bien es correcto presentar al gobierno estalinista como un régimen de crisis en la URSS, hay que agregar que ha demostrado una mayor resistencia ante la insatisfacción de las masas, a pesar de repetidas crisis, de la que originalmente creyeron posible los marxistas revolucionarios. Las razones para esta combinación deben ser explicadas.

El poder de la burocracia soviética apuntala el control burocrático en todo el resto de Europa del Este. A través de la intervención militar directa, el Kremlin salvó el gobierno de la burocracia de Alemania del Este (1953), en Hungría (1956) y en Checoslovaquia (1968), cuando estas dictaduras estaban desmoronándose ante los golpes de impetuosos movimientos de masas —el comienzo de revoluciones políticas. Moscú indirectamente salvó a la burocracia de Polonia a través de presión exterior y amenaza de intervención directa en 1956 y otra vez al comienzo de la década de 1970.

En la Unión Soviética, el alza de una oposición con escala de masas tarda en reaparecer después del

aplastamiento de la Oposición de Izquierda. Cincuenta años de terror estalinista han atomizado política y organizativamente a la clase obrera soviética. La liquidación física de cuadros rompió la continuidad de la experiencia entre las generaciones de antes y después de la revolución rusa.

La derrota de los intentos de revolución política en Europa Oriental, junto con la ausencia de una revolución socialista triunfante y el establecimiento de la democracia proletaria en algún país imperialista, entorpecieron más aún la recuperación de la clase obrera soviética. Fue precisamente por esta razón para impedir que un atractivo "modelo alternativo" modificara radicalmente la situación política en la URSS— que el Kremlin tomó el riesgo de aplastar la "primavera de Praga". El precio que ha tenido que pagar por este crimen fue considerado como un mal menor ante las repercusiones en la URSS y otros países de Europa Oriental, de un triunfo de la revolución política en Checoslovaquia, un país industrialmente avanzado con un poderoso proletariado políticamente avanzado.

El desarrollo desigual de la conciencia política, la oposición, las acciones de masas, y las organizaciones de masas en la URSS y en Europa Oriental, que ha colocado a los trabajadores europeos del este a un nivel más alto que el de los trabajadores de la URSS, ha dejado aún poder suficiente a la burocracia soviética para bloquear una victoria definitiva de la revolución política en Europa Oriental. La ausencia de tal victoria, a su vez, ha retardado la militancia política del proletariado soviético. Este es el mecanismo fundamental que ha preservado la dominación de la burocracia, a pesar de crisis cada vez más profundas.

Sin embargo, desde los comienzos de la década de 1970, se han acumulado signos de que este modelo esta comenzando a dar resultados opuestos. La última fase en la crisis del estalinismo mundial, marcada por la aparición del llamado "eurocomunismo", ha aportado del extranjero estimulantes evidentes para reforzar el desafío a la dominación de la burocracia lanzado en el terreno político. La emergencia en Polonia y Checoslovaquia de movimientos en defensa de los derechos constitucionales ayuda de la misma manera, como también la creciente resistencia de las nacionalidades oprimidas. Las primeras formas de protesta independiente de la clase obrera han aparecido también en la URSS, aunque en muy modesta escala. La producción continúa del Samizdat clandestino, a pesar de los grandes esfuerzos por liquidarlo, es otro indicador elocuente. Todos estos cambios combinados con la perspectiva revolucionaria abierta en los países imperialistas, crea condiciones más favorables para un nuevo despertar político de la clase obrera soviética.

Estas condiciones más favorables para poner en cuestión el reino de la burocracia, reflejan cambios estructurales en la sociedad sovíetiva así como en los países de Europa Oriental. La creación de economías industriales desarrolladas, con capas cada vez más amplias de obreros cualificados, ha hecho más costoso el terror policíaco para la burocracia. Las represalias económicas y sociales son usadas más a menudo que la represión policíaca abierta de las amplias masas. Pero el aparato policíaco estalinista se mueve rápidamente para aplastar cualquier intento de montar una acción política organizada contra el orden establecido

La burocracia estalinista fue capaz de atraer con cierto éxito a las generaciones más jóvenes, sobre la base de las transformaciones sociales y económicas en la URSS durante el período de industrialización y en Europa Oriental después de la Segundo Guerra Mundial. Pero hoy uno de los problemas más explosivos e insolubles que confronta la burocracia estalinista es la creciente revuelta ideológica y cultural entre la juventud.

La reducción de las posibilidades de progresar cada vez más en la jerarquía soviética, elimina otro obstáculo en el camino de la recuperación de la combatividad obrera: la esperanza de encontrar una solución individual a la "cuestión social".

La relativa estabilidad del gobierno de la burocracia durante las dos últimas décadas ha creado un gran número de problemas políticos. En la medida en que el personal dirigente de la burocracia ya no es periódicamente sacudido por violentas purgas, tiende a envejecer, haciendo el problema de la sucesión más y más difícil de resolver, especialmente en ausencia total de democracia. Este hecho, combinado con opciones cada vez más difíciles en la asignación de recursos —gastos militares, gastos civiles, expansión del consumo, expansión de las inversiones, expansión de las bases de materias primas, expansión de la renovación tecnológica— y la activa oposición de la casta a que los trabajadores tengan voz en estas decisiones, hace de la sucesión de Brezhnev un problema complicado y potencialmente explosivo para la burocracia. La atomización de las masas trabajadoras refuerza el aislamiento de las capas más altas de la sociedad, que viven en un mundo artificial cortado del mundo del ciudadano medio.

21. Uno de los más interesantes desarrollos en Polonia y Checoslovaquia bajo el control burocrático, ha sido la gradual aparición de una oposición política que la burocracia trata con cierta circunspección. Esto también ocurre en Hungría, Yugoslavia y en la República Democrática Alemana e incluso en la URSS. En Polonia el movimiento de oposición se ha hecho muy amplio y los oposicionistas han ganado una experiencia importante en formas públicas y relativamente amplias de actividad política.

Hay varias razones para este fenómeno. Primero, la profundidad de las contradicciones, el obvio impasse hacia la cual la burocracia ha dirigido la economía, el rechazo universal a sus medidas represivas, la necesidad profundamente sentida de una democratización de la vida política, económica y social, han creado condiciones favorables para una expresión pública mas audaz de la crítica política y del descontento más generales.

Una nueva generación ha crecido con confianza en su capacidad para protestar por las groseras violaciones de los derechos civiles y de utilizar métodos de protesta pública. Ejemplos impresionantes de tales acciones son la oposición de ciudadanos en Polonia a los cambios propuestos para la constitución polaca, a fines de 1975; la amplia exigencia de una encuesta parlamentaria acerca de la brutalidad policial en las huelgas obreras de junio de 1976 en Polonia; la extensa protesta contra la expulsión de Wolf Biermann de Alemania Oriental y contra el proceso a Rudolf Bahro; el amplio rechazo popular en Checoslovaquia a participar en la campaña oficial denunciando a Carta 77, así como las protestas contra el proceso de Petr Uhl y otros inculpados, que se extienden a Polonia y Hungría; el uso del derecho de huelga por parte de 30.000 mineros en Rumania en agosto de 1977 sobre problemas de la paga y las condiciones de trabajo; la manifestación pública en Georgia contra la prohibición del georgiano como lengua de la república en abril de 1978. Esta actitud frente a los derechos civiles deviene extremadamente peligrosa para la burocracia en períodos de inestabilidad social. La burocracia se enfrenta con el dilema de volver a la represión masiva —lo que podría producir una respuesta popular aún más violenta— o tolerar ciertas corrientes opositoras.

Es igualmente impresionante el papel cada vez mas importante que juegan la resistencia a la opresión nacional y el resentimiento frente a las desigualdades nacionales, en la lucha general por romper la camisa de fuerza del

control burocrático. En la Unión Soviética, apenas un 50% de la población se considera a sí misma como rusa. Las actividades de los ucranianos, de las nacionalidades bálticas, de las nacionalidades del Cáucaso, de los tártaros de Crimea y de los judíos soviéticos, para no citar más que esos ejemplos, son particularmente molestos para los burócratas estalinistas, ya que plantean problemas relacionados con el derecho de autodeterminación nacional. En Georgia, Armenia y Aserbaiján, las manifestaciones de abril de 1978, sobre la cuestión del derecho a la lengua nacional, ganaron algunas concesiones del gobierno.

Los esfuerzos de Moscú por eliminar las garantías sobre la lengua, muestra la intención de la burocracia de acabar con todo vestigio de la política leninista sobre las nacionalidades. Muestra también que la memoria de esta política existe en tal amplia escala que no puede ser eliminada sin grandes batallas. Las luchas en este campo pueden aparecer rápidamente y ganar concesiones.

El problema de la liberación nacional se ha agudizado en los países de Europa Oriental bajo la opresiva dominación económica y militar del Kremlin. Un claro ejemplo de esto es la lucha del pueblo checoslovaco por la retirada de las tropas del Pacto de Varsovia. En Europa Oriental, la dictadura estalinista y la política de construir "el socialismo en un sólo país", no solo han bloqueado la solución del problema nacional, sinó que lo han hecho más explosivo.

Ha surgido una disputa en torno a la negación de los derechos nacionales de la minoría húngara de Rumania. El régimen rumano ha renovado las reivindicaciones que consideran a los habitantes de Moldavia, incorporada a la URSS, como parte del pueblo rumano. Bulgaria y Yugoslavia mantienen un agudo desacuerdo respecto a Macedonia.

Los revolucionarios proletarios comprenden que la lucha en torno a la cuestión nacional constituye una parte central de la lucha de conjunto contra el gobierno arbitrario de la burocracia y por la democracia obrera. No se trata solamente de comprender cómo la revolución política promoverá la lucha contra la opresión nacional, sinó de manera mucho más decisiva aún, cómo las luchas en torno a la cuestión nacional contribuirán a desarrollar la revolución política.

La IV Internacional sostiene la consigna de Repúblicas Socialistas realmente independientes y soberanas para Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria y Ucrania, propugnando simultáneamente la Confederación de todos estos Estados obreros sobre la base de estricta igualdad en una o varias federaciones democráticas de Estados obreros.

Otro fenómeno notable es el declive tanto de la amplitud como de la efectividad de la represión en los países bajo gobiernos burocráticos. Esto es el producto de muchos factores: una reticencia cada vez mayor de amplios sectores de la burocracia a reinstaurar un período de tipo Yezhov, del cual ellos mismos podrían convertirse en víctimas; creciente resistencia en todos los estratos de la población a cualquier forma de medidas terroristas como las utilizadas por Stalin a escala masiva; creciente efectividad de la protesta internacional contra la represión, especialmente protestas del propio movimiento obrero internacional; creciente capacidad de las víctimas de la represión para organizar la resistencia, lo cual es otro importante factor que hace menos efectiva a la represión.

Sin embargo la represión sigue siendo dura y está acompañada de prácticas repugnantes tales como el internamiento de los disidentes políticos en instituciones psiquiátricas, donde son objeto de refinadas torturas. Las medidas represivas indudablemente se intensificarán en la primera etapa de movimientos de masas explosivos. Pero su efectividad para atomizar la sociedad y la clase obrera y bloquear las disidencias políticas a través del uso del terror ha sido considerablemente minada.

Además, una serie de cambios estructurales ha alentado la reaparición de tendencias opositoras. El crecimiento económico y los progresos científico tecnológicos requieren un clima más liberal, al menos en el campo de las ciencias naturales y los debates sobre alternativas de inversiones y gestión. Por razones de autodefensa económica la burocracia ha sido forzada a terminar con el aislamiento de la sociedad soviética de los países extranjeros. Esto vale más aún para Europa Oriental. El flujo de ideas entre los países burgueses y los Estados gobernados por una casta burocrática se ha acrecentado notablemente. Se multiplican los contactos entre ciudadanos soviéticos, de Europa Oriental y ciudadanos occidentales, principalmente a través de colaboraciones científicas, intercambio de estudiantes y turismo. Incluso la colaboración industrial ha permitido algunos contactos entre obreros soviéticos y obreros del oeste. Así, gradualmente se hace más fuerte la posibilidad de una colaboración en pensamiento y acción entre sectores de obreros soviéticos, europeos orientales y europeos occidentales.

22. El rasgo predominante del movimiento opositor emergente en Europa Oriental y en la URSS es su compromiso con las luchas por los derechos democráticos y las libertades civiles. Está marcado por una composición política diversa y la inclusión de ideologías no socialistas y ajenas a la clase obrera. A pesar de que la burguesía occidental ha seguido durante décadas una política de acuerdo con la burocracia para bloquear el desarrollo de todo movimiento popular masivo en Europa Oriental, ha conseguido desarrollar su agitación sobre "los derechos humanos" apoyándose esencialmente en estos elementos antisocialistas, a los que potencia para poderlos utilizar mejor como símbolo de la guerra ideológica del capitalismo contra las ideas socialistas.

Aunque una restauración del capitalismo es posible en estos países, las fuerzas motrices de tal restauración no se encuentran entre los ideólogos antisocialistas del movimiento por los derechos civiles. Se encuentran principalmente en las tendencias agresivas inherentes al capitalismo internacional y las potencias imperialistas —que deben su prolongada supervivevncia a la estrategia contrarrevolucionaria del estalinismo y el reformismo, entre otras cosas—, en las fuerzas restauracionistas de la propia burocracia y en sectores de nuevos ricos de la pequeña burguesía. Que las fuerzas restauracionistas prevalezcan depende de la evolución de la relación de fuerzas sociales a escala mundial y dentro de Europa Oriental y la URSS. Y una evolución favorable de esta relación de fuerzas depende de la capacidad del proletariado para afirmarse, superar su atomización, organizarse masivamente y borrar el descrédito que el estalinismo haya echado sobre el comunismo, el socialismo y el marxismo. Para los marxistas revolucionarios la lucha por los derechos democráticos y civiles es de fundamental importancia en la lucha por derrotar a las castas burocráticas en Europa Oriental y la URSS, a través de una revolución política que instaure la democracia proletaria.

Suprimiendo los derechos democráticos, las dictaduras estalinistas retrocedieron de las posiciones alcanzadas en este campo por las grandes revoluciones democrático burguesas. Además de sostener los derechos democráticos conquistados en las batallas revolucionarias del pasado, existen otras razones para insistir en la importancia central de estas conquistas. En una sociedad sin propiedad privada, la conquista de la autodeterminación

de las masas en el terreno político necesita la eliminación del control de la burocracia sobre la producción y la riqueza social. Es obvio que la clase obrera atomizada, más que cualquier otra fuerza social, saldría beneficiada de una conquista de derechos democráticos en los Estados obreros degenerados o deformados. Todo lo que aliente un impulso en la autoorganización de las masas, su autoconfianza y capacidad para desarrollar acciones políticas independientes, ayuda a avanzar en dirección de la revolución política y la democracia proletaria, no a la restauración del capitalismo. Si es necesario confirmar esta tésis, el balance de la "primavera de Praga" ofrece una clara evidencia.

Pero precisamente porque la lucha por los derechos civiles y democráticos presenta semejante desafío a la burocracia, quienes estan embarcados en la batalla necesitan considerar una serie de cuestiones programáticas y estratégicas globales. Así como la burocracia trata de ligar sus tácticas contra las acciones de protesta por los derechos civiles con la defensa global de sus intereses de casta, también las tácticas de los marxistas revolucionarios comprometidos en este movimiento deben estar condicionadas por las exigencias de la lucha mundial por el poder obrero y la democracia socialista.

Los marxistas revolucionarios rechazan la noción de que las masas de Europa Oriental y la URSS deben tratar de obtener el apoyo de los gobierno del Oeste para ganar las libertades democráticas. Campañas por los derechos civiles centradas en llamamientos a los gobiernos imperialistas. suscitan ilusiones que son alternativas a las movilizaciones de masas. Del mismo modo los marxistas revolucionarios rechazan todos los métodos terroristas en la lucha por los derechos civiles, van contra la necesidad de trabajar pacientemente por movilizaciones de masas más y más amplias.

La lucha por libertades democráticas no puede desarrollarse aislada de otras demandas de las masas trabajadoras en Europa Oriental y la URSS de carácter político, social o económico. Solo la combinación de la lucha por los derechos políticos con una lucha global en defensa de los intereses sociales de las masas, puede llevar a una conclusión victoriosa la lucha por la democracia socialista. Quienes no ven más allá de la democracia burguesa, serán incapaces de movilizar concretamente a las masas en una lucha victoriosa por el poder contra las burocracias estalinistas.

Los marxistas revolucionarios tratan de establecer la unidad de acción más amplia posible en torno a reivindicaciones concretas. Pero mantienen su propia identidad e independencia política, luchando por una revolución política, por el ejercicio directo del poder de los obreros y el socialismo mundial. Por eso se niegan a convertir frentes únicos ad hoc en organizaciones o corrientes definidas por un programa político confuso y ecléctico.

Sobre todo, combinan esta actividad de frente único con una batalla sin pausa contra ideologías reaccionarias burguesas o pequeñoburguesas, que objetivamente ayudan a la burocracia estalinista a calumniar a la creciente oposición política como proimperialista y que representan un obstáculo adicional en el camino hacia la democracia socialista. Estas tendencias son profundamente antiobreras y antisocialistas. En la medida que la lucha se amplie, arrastrando a más y más trabajadores, una confrontación con estas tendencias reaccionarias se hará inevitable.

Los marxistas revolucionarios no basan sus perspectivas políticas ni en la espera de una explosión espontánea de masas, ni en la conspiración aislada de pequeños grupos clandestinos. Cuentan con la interacción dialéctica de la clarificación programática, la organización de la vanguardia y de las masas y la movilización de las masas. Sin la participación en las luchas vivientes de las masas no es posible el desarrollo de una dirección política consciente y experimentada. Sin una consciente clarificación programática y la organización de la vanguardia marxista, el movimiento de masas corre el riesgo de ser desviado, contenido y derrotado por la burocracia. En el presente nivel de desarrollo en Europa Oriental, la URSS y China, esto significa la combinación de acciones públicas con la propaganda clandestina y la formación de círculos de discusión sobre una base programática, tendente a la construcción de organizaciones marxistas revolucionarias.

Esta lucha combinada dentro de los Estados obreros puede aparecer difícil a primera vista. Pero cada paso ganado en organización independiente de los trabajadores hará más fácil la tarea. Los marxistas revolucionarios actúan dentro de los frentes únicos por los derechos democráticos como los más audaces y efectivos luchadores por una genuina democracia socialista. Actuan también y sobre todo como representantes auténticos de los intereses inmediatos e históricos de su propia clase, la clase obrera.

Si se desencadena una revolución política en uno de los países de Europa Oriental antes que en la URSS, la desproporcionada preponderancia militar del ejército soviético no garantiza automáticamente la victoria de la contrarrevolución burocrática. En el caso de Checoslovaquia la burocracia pagó un enorme precio político por su invasión. Dudó y tuvo diferencias internas sobre la oportunidad de realizar esta represión.

La experiencia indica la necesidad vital de fortalecer los lazos de la vanguardia de los movimientos de masas a través de las fronteras de los distintos países de Europa Oriental, de la URSS y de los movimientos obreros en el Oeste. Esto aumenta la posibilidad de una rápida y poderosa respuesta internacionalista a cualquier utilización de tropas por parte del Kremlin contra las masas insurgentes en Europa Oriental. Esto podría convertir la invasión en un desastre para la burocracia soviética. Provocaría rupturas dentro de la alianza burocrática internacional; amplias movilizaciones de obreros socialistas y comunistas en el Oeste en defensa de la revolución política; una gran desmoralización de las fuerzas soviéticas de ocupación; acciones de solidaridad en la URSS y una crisis política dentro de la propia burocracia soviética. Sea cual fuera el ritmo preciso y las formas de desarrollo de la revolución política en Europa Oriental, tal perspectiva internacionalista es ineludible para una victoria definitiva en la lucha por la democracia socialista.

23. En aquellas sociedades postcapitalistas en las que está en la agenda la revolución política, su contenido general y su curso básico puede ser deducido a partir de los principales objetivos buscados por las masas en la serie de explosiones sociales que comenzó en la República Democrática Alemana en 1953. El programa de la revolución política ha sido forjado en la lucha misma. Los principales puntos son la eliminación de los órganos de represión de masas, la conquista de la libertad política para las masas trabajadoras, el establecimiento de sindicatos independientes y de genuina democracia proletaria bajo control real de los trabajadores, el derecho de construcción de partidos o fracciones, la abolición de la censura, la garantía del derecho a la libertad ideológica en todas las esferas de la vida social, científica y artística. Consolidar estas conquistas requiere el ejercicio del poder obrero a través de consejos de masas libremente elegidos, que aparecerán durante la lucha contra las instituciones de la dictadura burocrática. Es necesario el establecimiento del control obrero y la gestión obrera de la economía, la supresión del poder de decisión de los

técnicos, que deben actuar como simples consejeros y no como miembros de una casta dominante, la reducción radical de las desigualdades sociales. Haya que reconstruir el sistema de planificación para acabar con el parasitismo y satisfacer las necesidades de la población trabajadora.

Terminando con la estructura burocrática reaccionaria y reemplazándolo con la democracia proletaria, la revolución política exhibirá su carácter social. Terminará con la discriminación en todas sus formas. Será garantizado el derecho de las nacionalidades oprimidas a ejercer la autodeterminación —como en el período de Lenin y Trotsky— incluso su derecho a separarse si así lo deciden. La naturaleza explosiva de la cuestión nacional impondrá una reestructuración total de las relaciones mutuas entre las Repúblicas que forman la Unión Soviética. Se abrirá el camino para que la mujer pueda avanzar sus propias demandas, dando fuerza de ley a sus derechos. Lo mismo para la juventud, con la transformación del sistema educativo y las garantías de acceso a las profesiones deseadas. Como parte de una política exterior internacionalista, el ejército será democratizado y puesto a disposición del proletariado internacional, como cuando fue construido bajo la dirección de Trotsky. Los Estados obreros formarán un frente único, como un paso hacia la integración de sus economías de acuerdo con una planificación científica.

Una vez comenzado este proceso liberador, se expandirá a todos los países, haciendo posible un nuevo gran salto cultural y un avance en las ciencias y las artes a nivel sin precedentes.

El impacto sobre la clase obrera en otros países será superior a todo lo visto desde la revolución de Octubre de 1917. Una vez más la Unión Soviética, y con ella los otros Estados obreros, se presentará como un luminoso faro para el proletariado internacional y sus aliados.

Por supuesto que estas fórmulas generales no responden a todos los problemas ni cubren todas las variantes. La existencia de tendencias chovinistas gran rusas en diferentes estratos de la sociedad soviética, que se oponen a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas pero que no se inclinan a la restauración del capitalismo, podría crear una imprevisible desigualdad de desarrollo entre los objetivos sociales y políticos de las explosiones de masas, dando como resultado diferenciaciones ideológicas en su seno.

La exacta interacción —imposible de prever en esta etapa— entre la revolución socialista en el Occidente y la revolución política en la URSS y Europa Oriental, determinará la rapidez con la cual la vanguardia del proletariado soviético y europeo oriental podrá construir un partido marxista revolucionario, capaz de orientar la conciencia de clase y la política de clase hacia un renacimiento de sus aspectos internacionalistas. Todo progreso ulterior en la relación de fuerzas mundiales en detrimento del imperialismo obviamente daría una poderosa ayuda a este proceso. Por otra parte, graves derrotas del proletariado en los países imperialistas o semicoloniales pondría nuevos obstáculos en el camino de la revolución política en la URSS, Europa Oriental y China. A pesar de todas estas dudas, es posible hoy ver los rasgos principales de la revolución política, en estos países, no solamente como proyección programática basada en la experiencia y la teoría del movimiento trotskista, sino como la realización del curso actual de los desarrollos que tienen lugar ante nuestros ojos.

24. La muerte de Chou En Lai el 8 de enero de 1976 y la de Mao Tsetung el 9 de septiembre de 1976 precipitaron importantes cambios políticos en la República China Popular. Para comprender el significado de estos cambios hay que considerarlos en sus antecedentes concretos. Una lucha fraccional virtualmente ininterrumpida se ha venido dando desde por lo menos 1959, cuando Mao fue puesto en minoría en la reunión del Comité Central en Lushan, luego de los desastres del "Gran Salto Adelante". Sucesivamente varias de las fracciones contendientes trataron de lograr sus objetivos apelando a las masas. En varias ocasiones, estas movilizaciones de masas que las distintas fracciones de la burocracia querían mantener estrictamente circunscritas a propósitos que no entraran en conflicto con el gobierno de la casta burocrática como tal —fueron más allá de los límites esperados y levantaron genuinas demandas de masas, cuya dinámica apuntaba a una revolución política.

Primero fue la fracción maoista que, en 1966, llamó a las masas contra la mayoría del Comité Central. Con los Guardias Rojos como punta de lanza, Mao logró movilizar a millones de personas. En contradicción con los intereses y objetivos de su fracción, muchos de los participantes en estas movilizaciones levantaron sus reivindicaciones denunciando los privilegios y abusos de poder de los estratos burocráticos dirigentes. Pero el resultado objetivo fue la sustitución de una fracción burocrática por otra. Otras capas de la burocracia se opusieron a este curso, temiendo que se desataran fuerzas incontrolables.

Cuando la juventud radicalizada comenzó a demostrarse en conjunto contra los privilegios burocráticos y los trabajadores comenzaron a tomar sus fábricas, la burocracia cerró filas. Con la ayuda de Lin Piao comandando el ejército, estos sectores avanzados fueron cruelmente reprimidos. Algunos de los líderes del "grupo de Shangai", presentados posteriormente como una pretendida "ala izquierda" de la burocracia, ganaron prestigio en el aparato por el rol represivo que jugaron en aquellos momentos. El traslado forzado de un gran número de Guardias Rojos y otros jóvenes de las ciudades al campo, cerró esta fase de la llamada "Revolución Cultural"

Uno de los resultados de esta conmoción fue la eliminación de Lin Piao y de la mayor parte de sus partidarios.

Luego fue la fracción anti-Mao la que comenzó a usar las movilizaciones de masas en gran escala en función de sus propios propósitos. Es difícil establecer, si esta fracción preparó la manifestación de la Plaza Tien An Men, en Pekín, el 1 de abril de 1976 —aparentemente en honor de Chou En Lai, pero en realidad contra la fracción de Mao— o si la manifestación fue espontánea. Lo que es claro, sin embargo, es que la violenta represión de la manifestación, catalizó no solamente un nuevo inicio de la lucha fraccional, sino también un amplio descontento de masas, que se manifestó después de la muerte de Mao, cuando llegó al punto álgido la lucha por la sucesión. Contra la fracción organizada en torno a la viuda de Mao, Chiang Ching, Ten Hsiao Ping y su grupo —nuevamente con la ayuda del ejército y las fuerzas represivas— logró reestablecer sus posiciones en la cúspide de la jerarquía burocrática, utilizando enormes manifestaciones de masas contra "la banda de los cuatro". Hua Kuo Feng, que comenzó apoyando la purga de la fracción de Teng Hsiao Ping luego del 1 de abril de 1976, esta vez cambió de lado y apoyó la lucha contra la fracción de Mao. El balance lamentable que las masas podían hacer de esta "banda" desde 1968 (purga de los Guardias Rojos, purga de Lin Piao, congelación del salario obrero, reducción de los derechos democráticos elementales), determinó que no recibiera ningún apoyo de masas importante cuando fue purgada.

En su búsqueda de popularidad y estabilización, el nuevo régimen ha iniciado un proceso de desmaoización. De especial interés son las revelaciones acerca del estado

de la economía bajo Mao. En lugar de la "excelente situación" en la producción proclamada anteriormente por la prensa china, el régimen ha admitido que la economía sufrió fracasos e hizo pocos progresos en la producción per cápita desde 1966. Se han hecho algunas concesiones a las masas aumentando salarios y restaurando la educación superior. Se ha permitido de nuevo la circulación de ciertas obras clásicas de la literatura china y occidental. Se han liberado algunos presos, mientras otros han tomado su lugar. Algunos trotskistas chinos —en prisión desde 1952— han sido liberados. La suerte de otros sigue siendo desconocida.

Al mismo tiempo se alientan los incentivos materiales, el trabajo a destajo y la rentabilidad individual en las fábricas. La represión violenta, incluyendo la ejecución de los oponentes políticos, continúa. Como fueron calumniadas ayer las víctimas de la fracción de Mao, lo son hoy las víctimas de la fracción de Teng Hsiao Ping y Hua Kou Feng, sin que ninguna de sus posiciones pueda ser conocida por las masas.

No se observa ningún "deshielo" real. La casta burocrática como conjunto continúa gobernando. La "autorreforma" de la burocracia está excluída. La oposición continúa expresándose —algunas veces hasta el punto de desarrollar una crítica teórica el poder de la burocracia— pero no ha aparecido ninguna orientación hacia la democracia proletaria, hacia órganos de poder democráticamente elegidos por los trabajadores y las masas campesinas. Están prohibidas las formaciones opositoras. Las protestas de los trabajadores y otros sectores de masas siguen siendo objeto de represión. Hua continúa sosteniendo la bandera recibida de Mao y Stalin: la construcción del "socialismo en un sólo país".

La continuación de la política exterior de Mao-Chou es especialmente instructiva. Luego de haber usado grandes cantidades de retórica antiimperialista a comienzos de la década de 1960, reprochando a la Unión Soviética su política de colaboración de clases con el imperialismo norteamericano, Mao y Chou cambiaron su posición en la materia cuando Washington modificó su actitud con respecto a Pekín. Adoptaron la tesis de "las dos superpotencias que amenazan la paz del mundo", pintando a la URSS como la más agresiva y peligrosa. Teng Hsiao Ping desarrolló más tarde esta teoría en la "teoría de los tres mundos", la cual provee una cobertura a la burocracia china para cortejar y colaborar con fuerzas burguesas reaccionarias de países imperialistas, tales como EEUU, Alemania Occidental, Inglaterra, Francia y Japón y con dictaduras semicoloniales (Zaire, Irán, Chile, Argentina, Egipto y los países de la ASEAN).

La continuación de la lucha interburocrática desde la muerte de Mao, refleja la incapacidad de la burocracia para cerrar filas en torno a un nuevo bonaparte, y es, junto con las consecuencias de las movilizaciones de masas, un rasgo del reciente desarrollo político en China. Es improbable en estas condiciones que la casta burocrática china sobreviva tanto tiempo como en la URSS, particularmente en vista de los avances de la lucha de clases en muchos otros países. Asimismo habría que hacer notar que en la década pasada cantidades de obreros y jóvenes expresaron sus ansias por la democracia proletaria. Se puede predecir, cualquiera que sean las alzas y bajas temporarias, que la presión en favor de la revolución política que se acreçentó ya considerablemente durante el último periodo, continuará.

V. LA CRISIS DE LAS BUROCRACIAS OBRERAS QUE PRACTICAN LA COLABORACION DE CLASES

25. Las burocracias obreras colaboracionistas de clases en los países imperialistas apostaban firmemente en una expansión económica ilimitada. Esta era la idea subyacente, por ejemplo, en el "Programa Común" firmado por los dirigentes del estalinismo y la socialdemocracia francesa del 27 de junio de 1972. Estaban convencidos que la "economía mixta" en Francia podría garantizar el pleno empleo, impedir cualquier recesión grave y permitir una constante mejora en los salarios reales y los beneficios de la seguridad social. Estaban completamente desarmados, ideológica y políticamente, cuando se inició la recesión mundial de 1974, como lo habían estado para la radicalización de la década del 60 ó la explosión de mayo-junio de 1968.

En estas condiciones, la inclinación "natural" de los burócratas obreros de los sindicatos, los partidos de masas socialdemócratas y comunistas, fue acentuar su orientación colaboracionista de clases. Estas burocracias aprobaron o incluso aplicaron directamente los distintos programas burgueses de "austeridad", que trataban de cargar el peso de la crisis sobre la clase obrera y obtener un crecimiento de la tasa de ganancia, disminuyendo el salario real, los beneficios de la seguridad social y otros servicios sociales.

En particular, ayudaron la política de la burguesía de dividir la clase obrera al no apoyar las luchas salariales de las mujeres, trabajadores de las nacionalidades oprimidas o trabajadores inmigrantes, que tratan de asegurar sus derechos elementales (igualdad de paga, beneficios sindicales, condiciones de trabajo decentes, etc). La burocracia considera a estos trabajadores como "marginales" y alienta actitudes sexistas y chovinistas contra ellos. Además, al menos un ala de la burocracia obrera, con argumentos racistas o reaccionarios apenas disfrazados, apoya las medidas "proteccionistas" del gran capital destinadas a exportar el desempleo a otros países competidores.

Sin embargo, la extensión y gravedad de la crisis global que afecta al sistema capitalista, más la crisis paralela del estalinismo, hace difícil para la burocracia aceptar unánimemente la responsabilidad de "gestionar la crisis" en favor de "su propia burguesía". Tal monolitismo podría ser mantenido solo si la crisis fuera relativamente corta y la clase obrera siguiera desorientada y pasiva. Pero la duración de la crisis estimula a los trabajadores a reaccionar contra las cargas adicionales que tratan de imponerles los patrones y sus gobiernos —incluso los administrados por reformistas. Cuanto más intensas son estas reacciones tanto más probable será que se reflejen de manera organizada dentro de los sindicatos y los partidos obreros de masas. De esta manera las crisis gemelas del capitalismo y el estalinismo se convierten en una crisis de las organizaciones reformistas de masas y sus direcciones colaboracionistas de clases.

Por supuesto, hay profundas razones para la revuelta de los trabajadores. En un periodo de muy bajo crecimiento económico, si no de abierta depresión, los patronos son incapaces de garantizar concesiones suficientes para apaciguar a los trabajadores, aunque sea temporalmente. Incluso la burguesía debe tratar de quitar conquistas anteriormente ganadas por la clase obrera. Los trabajadores sienten instintivamente la bancarrota del colaboracionismo de clases y se defienden de la ofensiva capitalista a través de acciones espontáneas o presionando para que la burocracia actúe.

Pero hace falta más que esto para presentar una alter-

nativa consistente frente al programa y la estrategia del reformismo. En la medida en que nó aparezca un polo de atracción políticamente y organizativamente credible, los actuales dirigentes de las organizaciones de masas mantendrán la fidelidad política de la mayoría de los trabajadores organizados, aunque esta fidelidad política sea por ausencia de una alternativa mejor, no tenga más que una base puramente electoral y cada vez con mayores reservas. Continuarán presentándose diferenciaciones periódicas en las bases, aumentando las posibilidades de que un número cada vez mayor de trabajadores desborde a la burocracia a través de la acción. Implantados entre estos trabajadores los marxistas revolucionarios serán capaces de desarrollar sus propias organizaciones y en muchos países ayudar a la rápida formación de un ala de izquierda clasista, que presione por las demandas claves de la clase a partir de las necesidades económicas, sociales y políticas de la situación presente. El crecimiento de esta alternativa de dirección ejercerá una fuerte atracción sobre la clase en su conjunto y sus aliados. Utilizando el método del Programa de Transición, los marxistas revolucionarios tratarán de elevar el nivel político de esta ala de izquierda clasista a medida que se desarrolle y la impulsarán en la dirección de la revolución socialista.

26. En varios de los principales países capitalistas, la socialdemocracia ha descendido a nuevos niveles de traición como agente de la burguesía en el seno del movimiento obrero. Por ejemplo, en Inglaterra, Alemania Occidental, Dinamarca y Portugal, los gobiernos socialdemócratas han forzado las medidas de "austeridad" antiobreras. Han aparecido abiertamente no sólo en favor de la ganancia capitalista, sino a favor también de su incremento a costa de los salarios y los servicios sociales y públicos. Se defiende esta política con el argumento de que, durante la depresión, es necesario dar prioridad a la lucha contra el desempleo y no al aumento de salarios. Entonces se saca a relucir el antiguo "mal menor": si "nosotros" no aplicamos medidas de austeridad "suaves", la reacción llegará al poder para aplicar una austeridad más "dura", junto con el desempleo masivo y un salvaje ataque a los derechos democráticos.

No es necesario señalar la hipocresía de estos argumentos. A pesar de sus ataques al salario real, los gobiernos socialdemócratas no han reducido el desempleo. El desempleo estructural se mantiene. Lejos de proteger la "democracia" contra el "asalto de la reacción", son precisamente estos gobiernos los que han fortalecido el aparato de represión del Estado en varios países. Si la desorientación y la parcial desmoralización resultantes de la clase obrera, causada por los dirigentes socialdemócratas, prepara el camino para el retorno al poder de fuerzas reaccionarias directamente representantes de la burguesía, estas fuerzas podrán explotar al máximo la "preparación del terreno" cumplida por los reformistas.

Puede parecer paradójico que, a pesar de que la socialdemocracia se ha desenmascarado como cínica agencia de la política burguesa dentro del movimiento obrero, haya obtenido una considerable expansión durante el último periodo en países como Portugal, España y (en menor extensión) Francia. Hay una triple explicación de esto:

En primer lugar, cuando los trabajadores se radicalizan lo suficiente como para ser capaces de derrumbar un régimen fascista o militar brutal, tratan de organizarse como fuerza política efectiva a nivel nacional. A causa de sus experiencias con partidos abiertamente declarados como capitalistas, las masas no van en esa dirección. Se mueven en cambio hacia lo que consideran partidos de la clase obrera, una conclusión basada en la memoria colectiva de la clase, las relaciones en el curso de la actividad clandestina o contactos en las fases preliminares de lucha contra la dictadura. Pero las masas ignoran diferencias sobre la política y líneas de acción ocurridas bajo la dictadura. Consecuentemente se abre un periodo de prueba de estos partidos, en el cual las masas los juzgan en primer lugar de acuerdo con un criterio de efectividad. Un partido moderado que despliega gran energía propagandizándose, que no vacila en utilizar un demagógico lenguaje radical, inclusive bravuconerías sobre control obrero y conceptos similares, y que por razones oportunistas se pone a la cabeza de manifestaciones, protestas e incluso huelgas, puede incrementar sus filas en gran escala antes de que sea desenmascarado.

En segundo lugar, el hecho de que en el proletariado mundial es cada vez mayor el número de obreros claramente convencidos de la naturaleza aberrante del estalinismo, al tiempo que acuerdan con la necesidad de luchar por los objetivos del socialismo, ha dado a la socialdemocracia "otra oportunidad". En ausencia de partidos revolucionarios de masas, sectores importantes de la clase obrera encuentran a la socialdemocracia, si no más atractiva, sí menos mala que el estalinismo. Y cuando el estalinismo (como en Portugal en 1974) combina los aspectos tradicionalmente repulsivos de su política, con un colaboracionismo de clases flagrante, rompehuelga, abierto apoyo a los gobiernos burgueses y divisionista en el movimiento obrero, empuja a muchos obreros conscientes a optar por la socialdemocracia.

Además, si bajo circunstancias "normales", la gran mayoría de la clase obrera no es políticamente activa, en periodos de ascenso, por el contrario, masas de trabajadores, contadas por millones en países de fuerte densidad de población, participan en la vida política por primera vez. Los obreros recientemente politizados tienden a unirse a las organizaciones proletarias tradicionales, mientras que otras capas de obreros buscan avanzar hacia niveles más revolucionarios. España y Portugal proveen claros ejemplos de este proceso.

En tercer lugar, el crecimiento del proletariado occidental y la creciente proletarización de las "clases medias", hace más amplias las diferenciaciones dentro de la clase obrera e incorpora al movimiento obrero organizado nuevas capas de asalariados relativamente privilegiados, con poco o ningún conocimiento de las traiciones pasadas del reformismo, poca o ninguna educación socialista y cargados de ilusiones pequeño-burguesas. Todo esto crea una base objetiva para el crecimento temporal de la socialdemocracia.

El imperialismo mundial —especialmente los sectores europeos más flexibles— han utilizado deliberadamente a los Schmidt, Wilson y Callaghan como su primera línea de defensa contra la amenaza de revolución en el sudoeste de Europa. Juntos, han construido y usado calculadamente a Mario Soares, por ejemplo, como el principal chivo emisario para restablecer "la ley y el orden" en Portugal y un aparato represivo estable para reforzarlos; una tarea que ninguna figura burguesa reaccionaria podría haber realizado en los años 1975-76, en vista de la relación de fuerzas de clases.

Pero precisamente porque ellos están implantados en la clase obrera y mantienen numerosos lazos con los sindicatos y las otras organizaciones del proletariado, los partidos socialdemócratas de masas no pueden aislarse de las revueltas y los sentimientos de oposición engendrados por la crisis del capitalismo. Por lo tanto, la diferenciación política y el crecimiento de corrientes opositoras dentro de los partidos socialdemócratas de masas están a la orden del día. Este proceso está interrelacionado con el desarrollo de diferenciaciones similares en los sindicatos y en los partidos comunistas de masas y con las crecientes oportunidades de organizar alas de izquierda clasista en el movimiento obrero en su conjunto.

27. El "eurocomunismo" está mal denominado. No tie-



ne nada que ver con el genuino comunismo. Además, no es un fenómeno limitado a los PCs de masas en Europa. Alcanza al PC japonés, al PC australiano y formaciones como el MAS venezolano, originado en una división del PC en 1971. La aparición del eurocomunismo marca una nueva etapa en la crisis del estalinismo. Consiste en una codificación más sistemática de la práctica del colaboracionismo de clases, el electoralismo y el reformismo de los PCs desde el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista y la iniciación de la política de los "frentes populares" en 1935. Está caracterizado por el abandono de incluso la mención del concepto leninista de dictadura del proletariado y de referencias al leninismo en el programa del partido; junto con declaraciones públicas más críticas respecto de los peores rasgos de las dictaduras estalinistas en la URSS y en Europa Oriental. Las múltiples contradicciones internas del eurocomunismo recién están comenzando a desarrollarse.

No hay nada de nuevo en el eurocomunismo en lo que concierne al colaboracionismo de clases, colaboración gubernamental con la burguesía y traición del movimiento revolucionario. Los estalinistas se embarcaron en estas prácticas en gran escala en España y Francia antes de la Segunda Guerra Mundial y nuevamente en Francia, Italia, Grecia y otros países al fin de aquella matanza. En estas ocasiones, las direcciones de los PCs literalmente salvaron al Estado burgués y las relaciones de propiedad capitalistas de ser derrumbados por las masas. Lo que hay de nuevo en el llamado eurocomunismo es el énfasis que ponen estas burocracias en su "independencia" del Kremlin. Anteriormente se apoyaron en la popularidad de la revolución de octubre y de la Unión Soviética, particularmente después de su victoria contra el imperialismo alemán. Hoy tratan de desembarazarse del costo político que significa estar asociado tan íntimamente con el Kremlin. En el pasado, los agudos giros en la situación internacional a los cuales Moscú ha respondido con cambios totales en la política exterior, hubieran provocado abruptos cambios de línea. En las actuales condiciones, tales cambios de la noche a la mañana corren el riesgo de causar pérdidas desastrosas en influencias sindicales y en votos, que estos partidos no están dispuestos a aceptar.

Pero el eurocomunismo no se está moviendo hacia la independencia política de clase y el marxismo revolucionario. Su movimiento es en dirección a una más profunda integración a la sociedad burguesa, a un abierto apoyo del Estado burgués, en competición con la socialdemocracia a la que ven como rival y, a la vez, como aliado para impedir la revolución socialista. Para defender sus intereses burocráticos, están compelidos a mantener su diferenciación de la socialdemocracia y a agudizarla periodicamente. Esto los lleva a aplicar políticas divisionistas frente a otras fuerzas en el movimiento obrero, como se mostró vívidamente con la ruptura de la Unión de Izquierda en la víspera de las elecciones de 1978.

Sin embargo, los PCs eurocomunistas no han cortado sus lazos con la Unión Soviética, el "campo socialista" y el "movimiento comunista mundial". Hacen lo máximo posible para que su actitud más crítica hacia el Kremlin no lleve a la ruptura de esos lazos. Los PCs siguen este curso porque los enormes aparatos construidos por la mayoría de estos partidos dentro de la sociedad burguesa, alimentados esencialmente de las reservas acumuladas de la riqueza y superganancias imperialistas, pueden mantener sus privilegios sólo si consolidan y extienden su fortaleza electoral y sindical. Para esto requieren una imagen específica ideológica y política, que incluye su especial relación con la revolución rusa, la URSS y el "campo socialista". Si pierden esta diferenciación específica con la socialdemocracia, se hacen muy vulnerables y podrían ser desplazados por ella. Por eso los burócratas eurocomunistas están preocupados por sus relaciones con las burocracias de la Unión Soviética y Europa Oriental, las cuales se adhieren también a la identificación con la

revolución rusa, aunque solo sea ritualmente. Por ejemplo, el objetivo de mantener relaciones amistosas con el estalinismo rumano llevó a los PCs italiano, español y francés a silenciar la huelga de mineros rumanos en agosto de 1977. El eurocomunismo tiene el mismo tipo de relaciones con los burócratas yugoslavos.

Los eurocomunistas son muy sensibles a estos problemas a causa de la agudización de la lucha de clases resultante de la crisis general del sistema capitalista y la creciente búsqueda por parte de los trabajadores de una dirección clasista y de democracia proletaria, que constituye un factor central en la motivación de los dirigentes eurocomunistas. Relacionado con esto, existe un creciente desafío de las corrientes de izquierda en la clase obrera y en las organizaciones de masas controladas por los PCs. Estos ayuda a explicar que continue la identificación de los partidos eurocomunistas con el "campo socialista" y la "herencia de la revolución de octubre". Tratan de no facilitar el que los marxistas revolucionarios sean reconocidos por amplios sectores de la clase obrera como los genuinos representantes del comunismo.

No ha habido ningún cambio cualitativo en la naturaleza de estos partidos comunistas. Sin embargo, el eurocomunismo representa una nueva fase de su creciente integración a las instituciones de la economía burguesa y a la maquinaria del Estado (con palabras de Trotsky, los PCs "se alimentan de la misma fuente que la socialdemocracia, esto es, la superganancia del imperialismo"). Este curso, notado por Trotsky en 1938, puede eventualmente llevar a la transformación de los PCs en partidos análogos a los de la socialdemocracia. Pero este cambio cualitativo no ha ocurrido. Las condiciones para tal transformación suponene profundos cambios en el movimiento obrero organizado, sucesivas divisiones y reagrupamientos, alteraciones significativas en el situación internacional, así como un importante cambio en la relación de fuerzas entre las diferentes corrientes políticas en la clase obrera.

Hay que hacer notar que las críticas que los dirigentes más reconocidos el eurocomunismo han hecho a los regimenes políticos de la URSS y Europa Oriental, han provocado una aguda repulsa en el Kremlin, que es perfectamente consciente de que estas críticas alientan la articulación de una oposición socialista dentro de estos países. Del mismo modo, si los eurocomunistas aún expresan generalmente solidaridad con la "lucha antiimperialista del campo socialista", ya se han registrado algunas excepciones. El PC japonés apoya a su propio gobierno imperialista contra la Unión Soviética, en la cuestión de la devolución de las islas Kuriles al Japón. Los dirigentes del PC italiano están listos para aprobar el ingreso de Italia a la OTAN y se han presentado abiertamente contra la línea del Kremlin en Eritrea.

El hecho de que la aparición del eurocomunismo coincida con un alza general de luchas de la clase obrera, diferenciaciones por la izquierda dentro de los sindicatos y una actitud más crítica por parte de amplias capas de trabajadores respecto del burocratismo —tanto de sindicatos como de partidos— se suma a las tensiones provocadas por un cambio de línea que, para importantes sectores de militantes comunistas, significa en todo caso una ruptura radical con normas políticas tradicionales, hábitos y convicciones. Tanto la lucha fraccional precipitada por el eurocomunismo, como la lucha de clases, dan ímpetu a una diferenciación política en los PCs de una magnitud nunca vista en estos partidos desde los años 20. Si el alza de las tendencias opositoras coincide con la revuelta de los trabajadores contra las "políticas de austeridad", aplicadas o incluso aprobadas por los PCs, las posibilidades de divisiones aumentarían. Nosotros rechazamos por supuesto toda ilusión de que los PCs pueden regenerarse o transformar en partidos centristas como resultado del eurocomunismo.

Los eurocomunistas, como los socialdemócratas, buscan ganar puestos de gobierno y edificar partidos fuertemente emplazados dentro de los gobiernos burgueses y los aparatos del Estado, al tiempo que fortalecen sus posiciones en el movimiento organizado de la clase obrera. Por el momento, sin embargo, la burguesía europea se opone a esto. Su oposición difieren cualitativamente de la actitud que toma frente a designios similares de los partidos socialdemócratas. Será necesario un poderoso levantamiento prerrevolucionario o incluso revolucionario del movimiento de masas y una amenaza inmediata a la supervivencia del capitalismo, para que la burguesía abandone su resistencia y acepte frentes populares integrados con un fuerte partido comunista, como última línea de defensa frente a la revolución, antes de recurrir a las movilizaciones de extrema derecha y fascistas.

28. Más aún que los dirigentes de los partidos socialdemócratas y comunistas de masas, las burocracias sindicales han sido objeto de presión directa por parte de las bases, en respuesta a la ofensiva antiobrera de los capitalistas. Estos burócratas han compartido responsabilidades en la imposición de varias "políticas de austeridad" gubernamentales, "restricciones salariales" y leyes represivas contra la clase obrera, allí donde éstas han sido aplicadas por gobiernos encabezados por partidos reformistas obreros o con su participación. Sin su complicidad, la resistencia de masas contra estas políticas hubiera sido irresistible desde el inicio. Pero incluso en aquellos países donde tales políticas han sido aplicados por gobiernos compuestos por partidos burgueses, los burócratas sindicales han sido responsables —como en los EEUU, Francia y Japón— por haber frenado la resistencia de masas y haber fragmentado y aislado la respuesta militante. Incluso se han opuesto abiertamente a acciones como huelgas y manifestaciones de la clase trabajadora y sus aliados, con el pretexto de que era necesario buscar soluciones "políticas", tales como el "compromiso histórico" en Italia, o la preparación de las elecciones de 1978 en Francia.

Los sindicatos han aumentado constantemente su fuerza relativa y absoluta durante el periodo anterior a la recesión en casi todos los países imperialistas. Incluyen en sus estructuras una parte de la clase trabajadora mucho mayor que los partidos reformistas. Consecuentemente ellos están más sujetos que los partidos reformistas de masas al descontento obrero, la impaciencia y las revueltas promovidas por la depresión capitalista y las "políticas de austeridad". La resistencia de los sindicatos a la "política de austeridad", aprobada por el PC italiano y la dirección sindical, fue tan fuerte que la burocracia sindical al principio buscó debilitar la oposición imponiendo la línea poco a poco, antes de atreverse a enfrentarla abiertamente. También en Inglaterra un sector de la burocracia sindical simuló apoyar la resistencia de los trabajadores contra las "restricciones salariales", haciendo al mismo tiempo todo lo posible por evitar una explosión de luchas de masas en defensa del trabajo y el nivel del salario real. En Alemania Occidental, la burocracia sindical conservadora, que constantemente ha respaldado la política antiobrera del gabinete de Schmidt, debió responder al descontento de los trabajadores y organizó una serie de huelgas en la primavera de 1978, a fin de no perder el control sobre el descontento de masas. Igualmente, la dirección colaboracionista de clases del sindicato de mineros del carbón norteamericano, tuvo que considerar la fuerte reacción de las bases contra la ofensiva de la patronal, que buscaba la destrucción del sindicato, al tiempo que hacía lo posible por debilitar la huelga y socavar la resistencia de la base.

En general, se puede decir que en ausencia de partidos

revolucionarios de masas, la capitulación de los partidos reformistas empuja a las bases a girar hacia sus sindicatos para llenar el vacío político. En la medida en que expresan el descontento con las políticas procapitalistas de los PCs y los PSs y hacen algunos gestos de resistencia, expresan los intereses de la clase no sólo en cuestiones "puramente sindicales", sino también en cuestiones sociales y políticas, partiendo de los problemas económicos. De esta problemática general, Trotsky sacó la siguiente conclusión: "Los sindicatos de nuestro tiempo pueden servir, ya sea como instrumentos secundarios del capitalismo imperialista para subordinar y disciplinar a los trabajadores y obstruir la revolución, ya sea, por el contrario, como instrumentos del movimiento revolucionario del proletariado". ("Los sindicatos en la época de la decadencia del imperialismo").

Aunque no han aparecido en los sindicatos importantes oposiciones de izquierda, del tipo del Minority Movement que surgió a escala nacional en Inglaterra en los años 20, ni formaciones de amplia base y conscientemente dirigidas tal como el "American Midwest Teamster", movimiento surgido en la década del 30, la existencia de una extensa vanguardia de jóvenes militantes se hace sentir hoy en las fábricas y en los sindicatos en mucho mayor grado que los partidos reformistas de masas. Esto está demostrado, entre otras cosas, por los "consejos de delegados" en las fábricas del norte de Italia, por una oposición de izquierda al Pacto de la Moncloa en las Comisiones Obreras y la Unión General de Trabajadores en el estado español (especialmente en el País Vasco y Catalunya) por la emergencia de enérgicas tendencias de oposición dentro de la Confederación Francesa y Democrática del Trabajo y el sindicato metalúrgico de Suiza, por la aparición de una poderosa oposición sindical en Dinamarca, por la oposición en Canadá dirigida por el Sindicato Canadiense de Trabajadores Postales, por la oposición de base en el Sindicato Americano de Obreros del Carbón y la campaña de Sadlowski en la Unión Americana de Trabajadores Metalúrgicos.

En varios países, es creciente el número de mujeres, trabajadores inmigrantes o de nacionalidades oprimidas que han jugado importantes papeles en el desarrollo de estas tendencias.

La caida de las dictaduras en Portugal, España y Grecia, acompañadas de ascensos de luchas obreras, ha impulsado poderosamente la sindicalización en estos países.

Los marxistas revolucionarios impulsan la organización de instrumentos más amplios de frente único para la lucha de clases (comités de huelga, consejos obreros incipientes, formas más avanzadas mañana), pero no contraponen esta tarea con la defensa y desarrollo de los sindicatos de masas existentes. Los sindicatos son instrumentos necesarios en la defensa de los intereses cotidianos bajo el capitalismo (la forma más elemental de frente único, como decía Trotsky). Seguirán siendo instrumentos necesarios para la defensa de los intereses de clase de los trabajadores, incluso después de la victoria de la revolución socialista.

Por lo tanto los marxistas revolucionarios son genuinos defensores y constructores de fuertes sindicatos, no sólo por consideraciones tácticas pasajeras, sino por razones estratégicas. Acusamos a la burocracia sindical de debilitar los sindicatos a través de las prácticas burocráticas y de colaboración de clases. La lucha por una línea clasista consistente va aparejada con la lucha por la democracia sindical. Ambas batallas van contra la política capitalista de subordinación de los sindicatos al Estado y a los intereses de los patrones (hipócritamente denominados "intereses generales"). Nosotros contribuimos a la edificación de sindicatos, a hacerlos más representativos de la clase trabajadora en su conjunto y campeones de las justas luchas de los oprimidos y explotados.

29. La dirección china no ha podido conservar una influencia política importante en el seno del proletariado de los países imperialistas. Los agrupamientos centristas más importantes de los países capitalistas, maoista, han sido incapaces de hacer mella en la base de los partidos reformistas de manera significativa. Por otra parte, uno tras otro han tomado distancia con respecto a la linea china, oscilando entre el aventurismo y las adaptaciones oportunistas. Un ejemplo importante en la materia, fue proporcionando por la orientación de los "maocentristas" durante el proceso revolucionario en Portugal.

Las pequeñas sectas que continuan pregonando el pensamiento de Mao Tse Tung están completamente desconcertadas. ¿Deben apoyar a la nefasta "banda de los cuatro" o a los que "toman la via capitalista" actualmente en el poder? ¿Deben apoyar los ataques contra Vietnam y contra Albania? ¿Qué decir del servilismo vergonzoso practicado con respecto al imperialismo, tanto por Mao como por sus "discipulos traidores? Estos grupos maoistas se encuentran ante la alternativa de la desintegración y la desaparición, por una parte, o el giro hacia el trotskismo, el único movimiento que durante todos los episodios de la lucha fraccional en China, ha defendido firmemente el programa del marxismo revolucionario.

VI. Las tareas inmediatas de la Cuarta Internacional y el giro hacia la industria

30. A pesar de su división en Estados-naciones, uno de los principales rasgos del capitalismo es su estructura internacional. Esta llegó primero a la creación del mercado mundial, luego al progresivo desarrollo de una división internacional del trabajo y al desarrollo de fuerzas productivas que atraviesan claramente los límites nacionales. De aquí surge el carácter internacional de la clase obrera y de la lucha de clases.

Para la burguesía la internalización de las fuerzas productivas plantea una contradicción fundamental con la fragmentación nacional y continental del capital, basado en la propiedad privada y la competición. Para la clase obrera no existe tal contradicción interna. Los intereses históricos de los asalariados de todos los países son idénticos. La abolición de la propiedad capitalista, la explotación y la opresión y la construcción de una sociedad sin clases, pueden ser alcanzados sólo a escala internacional.

Por otro lado independientemente de las intensas rivalidades que pueda haber entre sectores nacionales de la clase capitalista, todos acuerdan en luchar con uñas y dientes contra el desafío socialista de la clase obrera. La clase obrera a su vez se ve compelida a extender y reforzar sus lazos internacionales para realizar esfuerzos defensivos comunes e impulsar sus intereses históricos. De aquí la obligada necesidad de construir un partido mundial de la revolución socialista. Marx, Engels, Lenin y Trotsky se entregaron enteramente a esta tarea.

Pero la burguesía internacional está hoy mucho más avanzada que la clase obrera en lo que respecta a la coordinación de sus acciones a escala internacional. Las sociedades multinacionales enfrentan a los trabajadores de un país contra los de otros países. Los diferentes sectores nacionales de la burguesía han sido capaces de

unificarse, a pesar de sus contradicciones, para defender el sistema capitalista.

La clase obrera, sus sindicatos y direcciones políticas, no han logrado estructurar una lucha común contra el enemigo común, a un nivel comparable al de la burguesía. Las direcciones reformistas y stalinistas, por el contrario, han apoyado a sus propias burguesías y frecuentemente orientaron a los trabajadores hacia una via proteccionista o mezquinamente chovinista. En lugar de coordinar la lucha contra el capitalismo internacional, sus propias organizaciones internacionales han apoyado a sus partidos miembros en sus esfuerzas por orientar a las masas hacia la defensa, divisionista, de los intereses de sus burguesías recíprocas.

Para construir la IV Internacional es necesario proceder simultaneamente a nivel nacional e internacional. Esto no es una peculiaridad del "trotskismo", en oposición al marxismo o el "leninismo ortodoxo". Por el contrario, construir una **organización** internacional es parte del programa marxista revolucionario. Surge la teoria de Lenin sobre el imperialismo y de la teoría de la revolución permanente.

Durante la lucha por el poder e incluso luego de su conquista, el proletariado está directamente confrontado con acciones contrarrevolucionarias de la burguesía internacional. Una respuesta efectiva a estos ataques requiere acciones solidarias de los trabajadores y sus aliados a escala internacional.

El abandono de la tarea de construir simultaneamente organizaciones nacionales e internacionales es fuente de desviaciones del marxismo revolucionario. Nutre la aparición de tendencias nacionalistas pequeño burguesas dentro del movimiento revolucionario. Entorpece la capacidad del movimiento marxista revolucionario para analizar teóricamente y dar una respuesta políticamente correcta, a los nuevos problemas que se le plantean.

El programa de la IV Internacional resume la experiencia de las luchas del proletariado y sus aliados a escala mundial durante los últimos 150 años. Entre los documentos claves de la IV Internacional están las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (1919, 1920, 1921, 1922) y "La Agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional" ("Programa de Transición"), adoptado en 1938.

Para avanzar en la construcción de sus organizaciones, la IV Internacional se rige por las normas del centralismo democrático tanto a nivel nacional como a nivel internacional, con el derecho a formar tendencias o fracciones garantizado como en el Partido Bolchevique en los tiempos de Lenin.

Sobre este punto los estatutos de la IV Internacional incluyen dos reglas generales acerca del modo de aplicación del centralismo democrático.

1) Las decisiones tomadas por una mayoría de los delegados en el más alto organismo de la IV Internacional, el congreso mundial, democráticamente organizado, son obligatorias para todas las secciones. Las decisiones tomadas por el Comité Ejecutivo Internacional, el cual es elegido por los delegados al congreso mundial y es el más alto organismo hasta el congreso siguiente, pueden ser apeladas, pero siguen en vigencia hasta que la apelación sea escuchada y se tome una decisión.

2) Los miembros de las secciones nacionales tienen el derecho de elegir sus propias direcciones. Congresos democráticamente organizados y reuniones plenarias de los comités nacionales elegidos, constituyen los organismos más altos de las secciones nacionales. Tienen el derecho de determinar el programa nacionalmente y de interpretar y determinar la aplicación, por parte de todos los miembros de la sección nacional, de las decisiones tomadas por la IV Internacional.

31. Durante la última década, la IV Internacional ha hecho avances organizativos. Existen secciones y organizaciones simpatizantes en alrededor de sesenta países. Sin embargo, ningún partido adherente a la IV Internacional ha ganado hasta el momento la mayoría de la clase obrera o de sus militantes de vanguardia. Su objetivo central sigue siendo reclutar y entrenar cuadros proletarios a través de una cada vez más profunda implantación en la lucha de clases.

Esto se centra en la necesidad de efectuar un giro decisivo hacia la industria, a fin de continuar la orientación proletaria. Desde su fundación la IV Internacional ha seguido una orientación proletaria sin descuidar oportunidades para reclutar en sectores aliados de la población. La esencia de esta orientación consiste en presentar y defender el programa marxista y utilizando el método del Programa de Transición intervenir tanto como sea posible en la política del país y en la lucha de clases proletaria y sus organizaciones. Esto supone el reconocimiento del hecho de que sólo un partido que es proletario tanto por su composición como por su programa y ha ganado el respeto de los trabajadores por su papel de dirección en la lucha de clases, puede ganar la mayoría de las masas trabajadoras y dirigirlas a la toma del poder.

En muchos países, la mayoría de los camaradas son miembros de sindicatos, pero quedan todavía por construir sólidas fracciones en los principales sectores de la gran industria. Se han abierto nuevas oportunidades para ganar militantes en el proletariado industrial. Para tener éxito en la utilización de estas oportunidades se requieren esfuerzos especiales, incluyendo la movilización de cuadros reclutados en el periodo anterior. En muchos países estos cuadros no están todavía implantados en la clase obrera industrial. Deberán hacer un giro en esta dirección sin demoras. Su participación en el trabajo sindical sobre la base de su trabajo en la industria puede incrementar perceptiblemente las posibilidades de éxito de las campañas políticas del partido —como Trotsky lo plantea en las discusiones sobre el Programa de Transición— mostrando a los trabajadores, cómo pensar socialmente y actuar políticamente. Ayudará además a prestar la atención necesaria a la construcción de alas de izquierda clasistas. Contribuirá al progreso de trabajos similares en el movimiento de masas y entre los aliados del proletariado. Ayudará a desarrollar las relaciones con las luchas de los superexplotados —mujeres, juventud y nacionalidades oprimidas o trabajadores inmigrantes—. E incrementará la sensibilidad respecto al estado de ánimo de los trabajadores y dará más estabilidad a las secciones en sus trabajos.

A nivel interno, facilitará la formación de dirigentes y contribuirá a la resolución de problemas organizativos en todos los aspectos de nuestro trabajo. La lucha por partidos proletarios supone poner en práctica conscientemente el funcionamiento de la dirección como equipo colectivo. Esto significa promover organismos de dirección que se organicen a sí mismos de manera democrática y objetiva, incluyendo en su composición a camaradas de diferentes puntos de vista y experiencias en el partido. Significa educar sobre la importancia teórica y política de las cuestiones organizativas. Significa prestar una consciente atención al desarrollo de obreros, mujeres y camaradas de las nacionalidades oprimidas como dirigentes partidarios. Significa educar contra los peligros del fraccionalismo permanente y el "camarillismo", que pueden destruir a organizaciones jóvenes y sin experiencia. El objetivo es construir partidos bolcheviques obreros experimentados, que actúen como dirigentes políticos de su clase y de sus aliados.

El peso creciente del proletariado en los tres sectores de la revolución mundial; la tendencia creciente a las acciones de masas urbanas y a las formas de organización y de lucha proletarias; la radicalización creciente de jóvenes trabajadores en respuesta a la crisis profunda del imperialismo y a la ofensiva de "austeridad" de la burguesía: todo esto significa que un giro radical hacia la industria reforzará de manera decisiva las posibilidades de éxito de las campañas de la IV Internacional y de sus secciones.

32. **Construir partidos que organicen campañas.** En la crisis combinada que se va agravando del imperialismo, del capitalismo y de las castas burocráticas, es urgente ofrecer a la clase obrera soluciones políticas generales que muestren el camino hacia la toma del poder por los trabajadores. Para un partido revolucionario es un test fundamental el mostrarse capaz de escoger, en cada momento determinado, el eje de la campaña política que permita avanzar mejor en este camino. Algunas de estas campañas tienen alcance internacional y tienden a ser internacionalmente coordinadas, mientras otras están centradas sobre posibilidades ofrecidas por objetivos elegidos en cada país determinado.

Para que el peso político de las secciones de la IV Internacional aumente a escala nacional en el seno de la clase obrera en su conjunto, es necesario organizar campañas serias con tales objetivos.

En muchos casos, iniciativas bien elegidas pueden permitir sustanciales logros para el partido. Se puede cumplir un fructífero trabajo en el campo electoral. La cuestión es organizar campañas que planteen la respuesta eficaz de los trotskistas a los nuevos pasos adelante de tal o cual sector de la clase trabajadora y sus aliados. Uno de los resultados es demostrar la capacidad de los trotskistas para organizar amplias acciones unitarias de la manera más efectiva, acrecentando así su reputación entre la vanguardia de la clase obrera. Esto requiere una prensa seria y bien distribuida, que ofrezca una información ajustada de los acontecimientos en curso, con una presentación popular de su significado. Esta prensa juega un papel clave de la iniciación, desarrollo y conclusión con éxito de las campañas.

Iniciativas sistemáticas de este tipo acerca de cuestiones claves de la lucha de clases y la vida política del país pueden consolidar decisivamente conquistas para la construcción del partido y ayudar a proyectar el programa del partido como solución general a los problemas que afectan a todos los sectores de la clase obrera y sus aliados. En las condiciones actuales de desempleo, campañas bien planificadas por una semana de trabajo más corta sin reducción del salario, estrechamente ligadas al sentimiento favorable a esta cuestión dentro de los sindicatos, son un ejemplo importante.

El envio de camaradas a la industria, puede estar en estrecha relación con el trabajo concreto de fracción en el seno del PS y del PC, de su movimiento de la juventud y de otras organizaciones de masas que ellos controlen. Sin embargo, esto varía según los países.

El alza de la lucha de masas y la crisis creciente del stalinismo y la socialdemocracia, está dando lugar a corrientes centristas que, a causa de su origen en el movimiento obrero organizado y su orientación inicial hacia la izquierda, son diferentes de las organizaciones "maocentristas".

Hoy, existen oposiciones significativas en algunos partidos comunistas (por ejemplo, en España). Lo mismo vale para algunos partidos socialistas (por ejemplo, el CERES —Centro de Estudios de Investigación y Educación Socialista— en Francia, los Jusos —Juventud Socialista— en Alemania Occidental y en Finlandia, la juventud del PS).

Los marxistas revolucionarios debemos prestar cuidadosa atención a tales tendencias, combinando una crítica consistente de sus insuficiencias teóricas y políticas y presentando nuestro programa y nuestras críticas de manera sistemática en los debates en curso dentro de estos partidos, al tiempo que seguimos una política de unidad de acción en torno a los problemas claves actuales en la lucha de clases.

33. Alentar la formación de organizaciones independientes de la juventud, adherentes al programa del trotskismo, debe ser considerado como parte integrante de una solución con éxito del giro. Esto puede facilitar en gran medida el desarrollo de un trabajo entre aprendices y trabajadores jóvenes, entre estudiantes de escuelas secundarias y técnicas y entre estudiantes universitarios radicalizados. Habría que considerar seriamente la creación de una organización internacional juvenil independiente.

34. Las campañas coordinadas centralmente a las que el Congreso Mundial acuerda prioridad, son las siguientes:

a) La campaña de solidaridad con Nicaragua (ver el informe sobre las tareas, adoptado por el Congreso).

b) Los objetivos específicos del Movimiento de Liberación de la Mujer, como la campaña por el derecho al aborto.

Existen muy buenas oportunidades para la participación de los trotskistas en este campo. Hay grandes posibilidades para algunas actividades coordinadas internacionalmente. La opinión es ahora virtualmente unánime sobre el carácter de nuestro trabajo para construir el movimiento de la mujer, nuestro programa para la liberación femenina y el papel estratégicamente importante que esta lucha contra la opresión de la mujer jugará en la revolución socialista.

c) Campañas del movimiento antinuclear. La reciente rápida expansión del movimiento antinuclear es de gran significación. Su carácter internacional facilita la coordinación de acciones de protesta en un gran número de países. En general, los trotskistas han comenzado a desempeñar un papel mayor, en el seno de este movimiento, hecho demostrativo de las oportunidades abiertas para la IV Internacional en este terreno.

Paralelamente y a menudo entrelazados con el movimiento antinuclear, el movimiento antipolución y el movimiento ecologista también ofrecen oportunidades para avanzar las posiciones políticas del socialismo revolucionario.

d) La defensa de los presos políticos.

Durante los últimos años, la IV Internacional ha logrado responder con eficacia creciente contra las amenazas que pesaron sobre la vida y la libertad de sus dirigentes. Los éxitos más destacables fueron: la batalla por la libertad de Hugo Blanco y por su regreso al Perú; la lucha por impedir la ejecución de doce militantes iranís del HKS y obtener su liberación. Esta última batalla continúa siendo una responsabilidad central de toda la Internacional. El éxito de estas campañas fue consecuencia en gran medida, de nuestra capacidad de interesar a amplios sectores del movimiento obrero internacional y a todos los adversarios de la represión. En tal sentido, constituyen

un modelo.

No elegimos deliberada o necesariamente la defensa de dirigentes de nuestra propia organización como únicos objetivos de las campañas en favor de los presos políticos. Deben también ser organizadas en torno a otros inminentes revolucionarios, no miembros de la IV Internacional, que simbolicen la lucha por el socialismo en sus países respectivos. En este sentido, una campaña mundial en defensa de Petr Uhl y los otros condenados en los procesos de Praga, constituyen hoy una prioridad.

Además de casos análogos que surgirán constantemente en los Estados obreros burocráticamente degenerados y deformados, hay cada vez más víctimas de la represión capitalista que reclaman particulares esfuerzos de defensa. El empleo de la tortura contra ellos alcanza nuevos récords en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y en Irán. Los prisioneros políticos irlandeses son tratados de la misma manera. Los prisioneros políticos palestinos son tratados también brutalmente. Uno de los aspectos más hipócritas es la pretensión de Carter de defender los "Derechos Humanos", frente a la brutalidad del sistema carcelario norteamericano y la práctica de negar el derecho al asilo político a personas de izquierda en EE.UU.

Organizaciones especializadas en este terreno como la Bertrand Rusell Peace Foundation y Amnesty Internacional merecen todo apoyo en su trabajo de defensa de los prisioneros políticos.

35. De nuestro análisis actual de la revolución mundial y de nuestra orientación proletaria, se desprenden las siguientes tareas centrales de propaganda:

a) **Defensa de la revolución indochina,** y la lucha por salvar al pueblo de Kampuchea (ver informe sobre las tareas).

b) **La internacionalización de objetivos determinados de lucha de los trabajadores:** Las huelgas de masas de los trabajadores de ciertas industrias o incluso de ciertas fábricas ofrecen oportunidades inusuales para campañas de solidaridad nacional e internacional. El más reciente caso es el de la huelga nacional de los mineros del carbón en EEUU, que tuvo una cálida respuesta por parte de los mineros británicos. Como lo demostró la huelga de Grunwic en Inglaterra, esta cuestión puede ser de especial importancia para los trabajadores inmigrantes y las mujeres.

Los recientes ataques contra los derechos sindicales en Sri Lanka han llevado a una amplia campaña unitaria de defensa, en la cual los marxistas revolucionarios han jugado un papel significativo.

Ejemplos suplementarios son la propaganda por reivindicaciones claves, como la lucha por la reducción de la semana de trabajo; campañas contra las acciones antiobreras de sociedades multinacionales; primeras iniciativas para reunir a los dirigentes obreros de diversos países que trabajan en las mismas ramas industriales o para las mismas sociedades multinacionales.

c) **Defensa de las luchas revolucionarias de los pueblos oprimidos que las fuerzas reaccionarias han tomado como objetivos militares especiales.** Un ejemplo es la defensa del pueblo palestino contra el ataque del gobierno israelí apoyado por EEUU. Otro ejemplo es la defensa de los pueblos de Sudráfica con la connivencia y el apoyo de la Casa Blanca. Otro es la defensa de la revolución cubana contra las amenazas beligerantes, tácticas de chantaje y las sistemáticas presiones económicas y diplomáticas montadas por el imperialismo norteamericano y sus regímenes satélites. Aún otro ejemplo es la defensa de Vietnam contra las represalias organizadas por el imperialismo EEUU. El apoyo a la exigencia de Irlanda por la salida del ejército británico de ocupación de Ulster. Nuevos frentes como estos serán objeto de atención de la IV Internacional, por la defensa del pueblo de Zimbabwe contra un "arreglo" impuesto por el imperialismo.

Nuestras secciones en los países capitalistas industrialmente avanzados deben prestar especial atención a la tarea de desarrollar o reanimar acciones antiimperialistas de masas. Las movilizaciones de solidaridad se han debilitado peligrosamente en varios países desde 1969, dificultando la organización de rápidas respuestas a las intervenciones de las potencias imperialistas. Esto quedó demostrado en Francia después de múltiples incursiones militares ordenadas por el gobierno de este país contra Africa. Especialmente nuestras organizaciones juveniles deben jugar un papel motor en el desarrollo de movimientos antiimperialistas.

d) **Apoyo a las naciones oprimidas y a las minorías nacionales en su lucha por la liberación.** El campo es amplio, extendiéndose desde los maories en Nueva Zelanda, los vascos y los catalanes en España, los corsos en Francia, y los irlandeses y los inmigrados no blancos en el Reino Unido, hasta las naciones oprimidas en Africa del Sur y los negros, chicanos y puertorriqueños en EEUU, los Kurdos en Irán, en Turquía, en Irak y en Siria.

Entre las áreas donde la IV Internacional ha sido la primera en llamar la atención acerca de la importancia de la lucha por la autodeterminación, están Europa del Este y la Unión Soviética. Estas luchas son cada vez mas importantes en numerosos países, en la medida que aumentan la conciencia social de la clase obrera y, en múltiples oportunidades, ayudan a echar las bases de la lucha para transformar los sindicatos en instrumentos de lucha de clases.

e) **Apoyo a las luchas de los trabajadores inmigrantes.** Como parte del "ejército de reserva", los trabajadores inmigrantes son el primer objetivo de los planes de "austeridad", siendo los últimos en conseguir empleo y los primeros en ser despedidos. Virtualmente ignorados por las burocracias sindicales, sus salarios estan en el nivel más bajo y su alojamiento es de lo peor. Careciendo de ciudadanía es difícil para ellos organizar acciones de protesta. Corren siempre el riesgo de una deportación sumaria. Estas amenazas aumentan cuando aumenta el desempleo.

Por éstas y otras razones, la defensa de los trabajadores inmigrantes frente a la escalada demagógica racista y antiinmigrante es de primera importancia para muchas secciones de la IV Internacional, que han asumido ampliamente las acciones de solidaridad en este frente.

En Inglaterra la defensa de los trabajadores inmigrantes ha llevado a agudas confrontaciones con fuerzas reaccionarias, incluyendo a los demagogos protofascistas. En una escala por ahora más reducida, desarrollos del mismo género se producen en Francia respecto a los trabajadores árabes y africanos. Recientemente la lucha ha tomado gran importancia en EEUU, donde los trabajadores mexicanos han resistido frente a la arbitraria y brutal política inmigratoria de Washington. Uno de los resultados de las acciones unitarias en este terreno es el fortalecimiento de lazos fraternales entre las secciones que tienen la posibilidad de asumir tareas conjuntas en tales campañas.

36. **Participar en las luchas de los campesinos y los trabajadores rurales.** La IV Internacional siempre ha afirmado la importancia de la lucha campesina y su

ligazón con las luchas de las masas urbanas. Ha hecho sobre este tema algunas contribuciones propias; por ejemplo, el trabajo de la sección peruana en la movilización de los campesinos en lucha por la tierra, en los comienzos de la década del 60.

La lucha campesina es de la mayor importancia en países donde el campesinado aún constituye la mayoría o una minoría muy amplia de la población activa (subcontinente indio, Perú, México, Egipto, etc.), pero no debe ser subestimada en otro países.

En España, el movimiento campesino ha protagonizado un poderoso desarrollo tanto en las luchas como en organización. Incluso en EEUU, donde sólo el 3.8% de la población vive ahora en el campo, sectores militantes de los granjeros iniciaron manifestaciones contra la política agraria de la administración Carter. Los manifestantes desplegaron una gran solidaridad con los mineros del carbón, enviando camiones cargados de alimentos para los huelguistas.

En la India, como resultado de una creciente polarización de clases en las ciudades, se producen violentos enfrentamientos entre los obreros agrícolas sin tierra y los campesinos más pobres, por una parte, con la burguesía rural y la clase de los **kulaks** (campesinos ricos). Esto indica que el proletariado urbano tiene un aliado potencial de una enorme amplitud en el campo. Es una tarea urgente para el movimiento obrero y su vanguardia forjar una alianza obrera-campesina sobre esta base anticapitalista, asumiendo rápidamente la defensa de las aspiraciones más apremiantes de los pobres del campo.

37. **Defensa de las secciones y miembros de la IV Internacional sujetos a medidas represivas.** En la actualidad, bajo la excusa de "acabar con el terrorismo" se ha lanzado en Alemania Occidental una campaña con reminiscencias del período McCarthista. Se ha estatuido una legislación restrictiva y se la utiliza contra distintas corrientes de izquierda. En varios países los trotskistas han estado entre los más golpeados por la represión, como por ejemplo en Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, donde cientos de nuestros camaradas han sido arrestados y en muchos casos torturados o asesinados. En España y Japón los trotskistas han sido arrestados por docenas. Similares golpes represivos se han lanzado contra los trotskistas en Grecia. En China, dirigentes trotskistas continúan en prisión. El derecho de los dirigentes de la IV Internacional a viajar libremente esta todavía severamente restringido. De manera que el problema de defendernos nosotros mismos contra tales ataques se ha agudizado en los años recientes.

Allí donde los revolucionarios son suficientemente conocidos en la lucha de clases se pueden obtener rápidos resultados porque las masas mismas salen en su defensa. Así en España en noviembre de 1976, cuando el gobierno arrestó a delegados del Congreso de Euskadi de LKI/LCR, la respuesta de solidaridad incluyó movilizaciones y huelgas en varias fábricas de la zona vasca. Esto conquistó rápidamente la libertad de los camaradas. Como justificación para golpear a los trotskistas con especial fuerza, las fuerzas reaccionarias han hecho un sostenido esfuerzo por pintar a la IV Internacional como organización "terrorista". La CIA y el FBI se han distinguido especialmente en esta campaña. Sus actividades incluyen la expulsión de "trotskistas" de sus trabajos y la circulación de documentos falsificados para impedirles que consigan nuevos trabajos. El Socialist Workers Party norteamericano y la Young Socialist Alliance han tomado iniciativas para responder a esta caza de brujas. A través de un juicio por 40 millones de dólares contra el gobierno, pudieron descubrir una gran cantidad de evidencias que exponen las actividades ilegales de la policía política de EEUU y poner en movimiento juicios similares de otras víctimas de la violación de los derechos civiles por parte de las agencias gubernamentales de espionaje.

La campaña del SWP ha contribuido en gran medida a los esfuerzos del movimiento trotskista mundial por contrarrestar la calumniosa propaganda que pretende presentar a la IV Internacional como organización "terrorista". En el próximo período se deberá prestar más y más atención a posibilidades de este tipo en otros países.

38. **Avanzar en reagrupamientos y fusiones.** La construcción de partidos de masas de tipo leninista no puede ser confinada únicamente al reclutamiento individual de miembros. A un cierto punto, y en la medida en que diferentes capas del proletariado y sus aliados avanzan en comprensión política y se desarrolla la crisis de las organizaciones reformistas y centristas, se plantea la cuestión de reagrupamientos y fusiones.

Nuestro fin continúa siendo el de culminar en un partido mundial de masas de la revolución socialista, del cual la IV Internacional de hoy no es más que el núcleo programático.

El proceso debe ser repetidamente revisado desde el ángulo de los diferentes problemas tácticos que se plantean explorando dos tipos de oportunidades que enfrentamos en estos momentos:

1) Unificación con grupos que aceptan el programa del trotskismo en general pero mantienen diferencias respecto de su aplicación sobre ciertos puntos.

2) Establecer relaciones fraternales con grupos que no se reclaman del trotskismo, pero que estan desarrollando líneas que eventualmente pueden hacer posible una fusión sobre bases principistas.

Recientemente se han planteado nuevas oportunidades para unificarse con grupos que se reclaman del programa del trotskismo y muchas de ellas pueden ponerse pronto a la orden del día. Para clarificar nuestras diferencias con tales grupos y probar las posibilidades de acción unitaria y unificación con ellos, un factor clave será la posición que tomen sobre los problemas más importantes de la lucha de clases. Los éxitos en esta tarea ayudarían a atraer a los trabajadores clasistas que rompen con la socialdemocracia, el estalinismo y el centrismo pero que son repelidos por la fragmentación del movimiento trotskista en algunos países.

La IV Internacional da la bienvenida a todo cuanto lleve a fusiones principistas. Y subraya el hecho de que la vida interna de la IV Internacional es rica y con garantías para la presentación de los puntos de vista minoritarios y el derecho a formar tendencias o fracciones de acuerdo con sus normas organizativas.

En el caso de fusiones el criterio decisivo es el acuerdo sobre un programa principista (incluyendo las normas leninistas de organización), que defienda la estrategia revolucionaria en la lucha de clases.

En cuanto a las tendencias de izquierda que no se reclaman del trotskismo, en varios países ha sido posible entablar acciones comunes que han hecho avanzar la lucha de clases de las masas y se han probado mutuamente benéficas. En cada caso en que aparezcan posibles acciones comunes e iniciativas políticas conjuntas con otras organizaciones, las direcciones de secciones deberán iniciar relaciones fraternales. Aquí, otra vez, la clave será la posición que estas organizaciones tomen sobre problemas políticos decisivos de la lucha de clases.



Informe sobre la situación política mundial

Este informe fue adoptado por el Congreso Mundial con la votación siguiente: 88 votos a favor, 9 votos en contra, 12,5 abstenciones y 3,5 NPV).

I

La idea central de nuestro análisis de la situación mundial, es el cambio acontecido en las relaciones de fuerzas globales entre las clases, a costa del imperialismo, a partir de 1975. Este cambio es el resultado de la derrota que sufrió en Indochina y el estallido de la primera recesión generalizada de la economía capitalista internacional desde la 2da. guerra mundial.

El deterioro inmediato de la situación mundial para el imperialismo no resulta de su debilitamiento militar. De hecho, militarmente es más fuerte que nunca. Resulta ante todo de los efectos de la guerra de Indochina sobre la situación política interna en los EE. UU., de la declinación relativa de la hegemonía norteamericana sobre el conjunto del mundo capitalista, de la **grave** crisis de dirección imperialista que resulta de ello. Aún, la larga fase de depresión que atraviesa la economía capitalista sólo ha contribuido en forma **indirecta. Este deterioro inmediato ha desembocado en una** situación sin precedentes en décadas, cuando desde el comienzo de la era imperialista: en el curso de los últimos cuatro años, el sistema capitalista no dispone más de uno o varios gendarmes mundiales listos a comprometer importantes fuerzas para hacer frente de inmediato a los avances de la revolución.

La dictadura del **Sha,** pieza clave de todo el sistema imperialista en Medio Oriente, la dictadura de Somoza, pieza clave de la contrarrevolución en América Central, han sido ambas derribadas, sin que el imperialismo haya podido intervenir militarmente, en amplia escala, para salvar a sus aliados más preciosos. La caída de estas dictaduras implica, a su vez, un **nuevo** deterioro de las relaciones de fuerzas estratégicas para el imperialismo en ambas zonas geográficas.

Pero una cosa es registrar este debilitamiento del sistema capitalista, darse cuenta de la gravedad de la crisis que lo sacude y las crecientes oportunidades que de ello resulta para nuevos avances de la revolución mundial, y otra cosa es evaluar correctamente los recursos de que dispone aún el imperialismo para intentar cambiar la situación.

Al tiempo que decimos que la causa última de la paralisis relativa que ha sufrido el imperialismo durante los últimos cuatro años es política y no militar o financiera, constatamos que el imperialismo posee aún fuerzas y reservas económicas que le permiten responder. La paralisis será pues, solo temporaria. Nos equivocaríamos grandemente si pensáramos que habría un segundo Irán en el Medio o Extremo Oriente, que habría el nacimiento de un segundo estado obrero en América latina, sin una respuesta vigorosa, incluso militar, y en escala importante, por parte del imperialismo.

Los obstáculos políticos a tales intervenciones son serios. Pero no son insuperables a corto término. Suponer **otra cosa sería olvidar que salvo en una situación revolucionaria —que no existe hoy en ninguno de los principales** países imperialistas— la ideología dominante sigue siendo la de la clase dominante. Cuando lo quiere realmente, cuando esté pronta a pagar el precio, cuando ha llegado a un acuerdo al respecto en su propio seno, esta clase dominante puede modificar en lo inmediato, a su favor, los sentimientos opuestos a aventuras extranjeras en la mayoría de la población de su país.

De hecho, ha comenzado a preparar ya esta respuesta. El ejército norteamericano está en vías de crear un cuerpo de intervención especial, compuesto de 110.000 a 150.000 hombres destinados sobre todo a Medio Oriente, además de las fuerzas de la Marina (en vías de reforzamiento), de la división aerotransportada y de sus poderosas flotas estacionadas en el Mediterráneo, en el Oceano Indico y en el Pacífico. El asesinato del dictador Park implicó inmediatamente una manifestación de fuerza de la VII Flota a lo largo de Corea. El Pentágono ante la caída de Somoza reaccionó creando una base de fuerza de choque especial para cubrir el Caribe y el conjunto de América Central. Los imperialismos norteamericano, británico y francés se preparan igualmente a proteger sus importantes bastiones en Africa, en Egipto, en Marruecos, en el Zaire, en Kenya, y sobre todo en Nigeria y Sudáfrica.

Ha sido desatada una nueva aceleración de la carrera de armamentos nucleares por parte de Washington, tras la pantalla de los acuerdos Salt II, y de una campaña de intoxicación mistificadora sobre el pretendido avance militar que la URSS conquistaría a mediados de los años 1980. Esta nueva fase de armamento nuclear incluye a Europa Occidental en el marco de la OTAN. Los nuevos cohetes MX y Cruise, los nuevos cohetes de distancia media Pershing, la bomba de neutrones, no son más que los primeros elementos de esta primera fase. Además importantes fuerzas en Europa Occidental acechan el menor signo de duda o de nuevos retrocesos del imperialismo de los EE.UU., para lanzarse a cara descubierta en una nueva etapa, cualitativamente superior, de rearme

autónomo de la Europa imperialista. El enorme potencial, tecnológicamente más avanzado del mundo de la industria capitalista en Europa, le permitiría recuperar el atraso, incluído el dominio de los cohetes y de las armas nucleares, en relativamente poco tiempo.

Ciertamente, las fuerzas armadas soviéticas han conocido un desarrollo paralelo, sobre todo peligroso para el imperialismo en el terreno naval y aeronaval. Pero el conservadurismo fundamental de la burocracia soviética, su miedo de la revolución mundial, su sujeción al statuquo que no está dispuesta a mellar, sino marginalmente, como en el Cuerno de Africa, cuando los riesgos son practicamente nulos, hacen muy poco probable la utilización efectiva de su creciente potencia con el fin de contratrestar las intervenciones contrarrevolucionarias del imperialismo. Estas fuerzas sirven mucho más a los fines de disuasión política que para acciones efectivas en conflictos "localizados".

En definitiva, la verdadera dimensión histórica de la deteriorización de las relaciones de fuerzas para el imperialismo, no resultan de suponer equivocadamente su paralisis prolongada o su debilitamiento militar, sino evaluando el precio político y social que deberá pagar ante cualquier nueva intervención contrarrevolucionaria en gran escala en cualquier parte del mundo. Este precio será enorme, sin ninguna relación con el que ha pagado por su intervención contrarrevolucionaria en Indochina.

Cualquier intervención militar masiva contra la revolución en América Central, provocará verdaderas explosiones antiimperialistas en el conjunto del continente latinoamericano. Una intervención militar masiva en Medio Oriente amenaza encender el fuego en una buena parte del mundo árabe. Las reacciones anti-guerra de los EE.UU. serán mucho más fuertes que durante la guerra de Indochina, abarcando particularmente las minorías nacionales negras, chicanas y portoriqueña, en caso de intervención en Africa o en América Latina.

Estas **reacciones** serán aún más poderosas en caso de intervención militar masiva contra una revolución proletaria auténtica, victoriosa, en uno o varios países de Europa Occidental, intervención por otra parte apenas concebible actualmente por esta misma razón. Las disenciones en el seno de la alianza imperialista, la propagación de sentimientos y de acciones de masas antiimperialistas y anticapitalistas en Europa y en Japón, serían sin duda, aún más fuertes, que la extensión del movimiento antiguerra en EE.UU.

Sólo en el caso que el proletariado y el movimiento de masas antiimperialista sufriera derrotas aplastantes en una serie de países claves, comparables a las que sufrió durante los años 1930 o al comienzo de los años 1940, la situación podría modificarse fundamentalmente. En este caso, por otra parte, estaría abierta la vía para la tercera guerra mundial.

La gravedad de la crisis del sistema capitalista reclama "soluciones" a la medida de la crisis. Pero las relaciones de fuerzas entre las clases en estos países claves hacen extremadamente improbable tales derrotas a corto o mediano plazo. La variante más probable sigue siendo pues, la de respuestas imperialistas "localizadas" por las que deberá pagar un precio político y social cada vez más elevado. La crisis política del imperialismo será una crisis prolongada.

II

El examen de la coyuntura económica culmina en una conclusión análoga: La depresión será larga. Sin duda, cubrirá el conjunto de la década del 80, luego de haberse extendido sobre casi toda la década del 70.

Ciertamente, no se trata de una depresión lineal, ni aún de un estancamiento o de un retroceso absoluto a largo término de la producción material. Fases de recuperación suceden a las fases de recesión propiamente dichas, con notables diferencias en cuanto a la amplitud y a la duración de estas fases, en los diferentes países imperialistas, en los diferentes países semicoloniales semiindustrializados, y los diferentes sectores del mundo semicolonial más atrasado.

Pero la inflación, la desocupación estructural, la crisis crónica de ramas industriales enteras continuarán golpeando la economía capitalista internacional en su conjunto. **No se** vuelve a encontrar el clima de expansión optimista de los años 1950-1960. La amenaza de derrumbe del sistema monetario internacional y de todo el sistema de inflación de crédito que lo sustenta se precisará cada vez más. Simultáneamente, la miseria en los llamados países del "tercer mundo" donde, según un reciente informe de la F.A.O., 500 millones de seres humanos sufren de grave desnutrición, y las perspectivas económicas muy mediocres de los estados obreros burocratizados limitarán los "mercados de sustitución" del capital internacional mucho más que durante y después de la recesión generalizada de 1974-75. La reincorporación de China en el mercado mundial se muestra claramente mucho más modesta que las esperanzas iniciales de los medios imperialistas. Más que nunca, el único "mercado de sustitución" en expansión constante y acelerada, será el de los armamentos, y él mismo, una de las fuentes principales de la inflación permanente desde hace 40 años.

La causa fundamental, de la duración de la depresión, reside en el hecho que ésta no puede llenar rapidamente el papel que las crisis ciclícas de superproducción deben objetivamente desempeñar en el modo de producción capitalista: permitir un alza seria de la tasa media de ganancia, gracias a un acrecentamiento importante de la tasa de la plusvalía y a una desvalorización no menos importante del capital. El obstáculo principal en esta vía, es la fuerza intacta del movimiento obrero, es la fuerza creciente del proletariado. Es la combinación de una depresión económica grave con esta fuerza creciente del proletariado y con el debilitamiento mundial del sistema imperialista —contrariamente a lo que sucedió luego de 1929, al menos en la mayoría de los países imperialistas— que provoca para el Capital una crisis social global de una gravedad sin precedentes.

Evidentemente, la burguesía internacional reaccionó frente a la recesión generalizada de 1974-75 desatando una ofensiva de austeridad practicamente en todos los países capitalistas. Ciertamente, en los países semicoloniales, donde la **amplitud** de la desocupación, la inflación galopante o la existencia de regímenes dictatoriales brutales reducen la capacidad de respuesta de la clase obrera, los salarios reales han sufrido crueles caídas como consecuencia de estas ofensivas. Especialmente, tal fue el caso de la India, de México, de la Argentina, de Las Filipinas, de Chile, de Perú para no citar sino los casos más significativos. Evidentemente, una fracción de la industria capitalista internacional se orienta hacia los países semicoloniales semiindustrializados, a fin de aprovechar las condiciones sociales más favorables que reinan allí para la rápida acumulación del capital. La burguesía de otros países semicoloniales busca desesperadamente atraer tales capitales, creando especialmente "zonas francas" en condiciones de trabajo y de salarios deteriorados, atacando con este fin brutalmente la clase obrera en países tan alejados los unos de los otros, como Sri Lanka y El Salvador.

La mayor parte de los capitales industriales que resultan del grueso de la producción de la plus valía mundial, sigue siendo invertido en los países imperialistas. Y allí las ganancias realizadas por la ofensiva burguesa de austeridad son extremadamente modestas, cuando no han sido ya anuladas por una respuesta obrera. La resistencia obrera se ha mostrado mucho más tenaz que la prevista por la patronal, por los gobiernos a su servicio y por las burocracias de los PS y de los PC que capitularon ante ella. Esta resistencia se ha centrado sobre todo en el movimiento sindical. Pero sus repercusiones políticas no tardarán en manifestarse.

Igualmente, el temor a una respuesta obrera violenta ante un nuevo aumento cualitativo de la desocupación, es lo que ha impedido hasta aquí a la burguesía imperialista

sacrificar muchas de las grandes empresas al borde de la quiebra, mientras la **bancarrota** de las medianas y pequeñas empresas no cesa de aumentar. Subsidios y subvenciones estatales de toda clase continúan sacando a flote monopolios en quiebra.

He aquí por qué la depresión económica será también, de larga duración. No podrá conocer una salida favorable para el gran capital —que en principio no se puede excluir; "no hay situación sin salida para el capitalismo" nos advertía ya Lenin— si no en el caso de una grave derrota de la clase obrera en una serie de países capitalistas claves.

Es totalmente secundario, en estas condiciones, discutir largamente la cronología, la extensión geográfica y la duración exacta de cada una de las recesiones que se sucederán durante esta larga depresión. Precisiones a este respecto incluyen forzosamente elementos indeterminados y en consecuencia altamente especulativos. ¿Ha comenzado ya la recesión norteamericana en 1979? Creemos que sí, pero no está cien por ciento demostrado. ¿Se extenderá al conjunto de los países imperialistas (y a la mayoría de los países semicoloniales) en 1980? Creemos también que sí, pero en el caso de Alemania y del Japón queda la duda.

Más que concentrar nuestros esfuerzos analíticos sobre estas previsiones a corto término, **pongamos** más en evidencia la naturaleza del período. Sobre ésto, la duda no está permitida. Desde fines de los años 1960, el largo "boom" de post-guerra se ha agotado. Una larga depresión ha comenzado que se extiende sobre el conjunto de la década del 70 y del 80. Asesta un golpe mortal a las ilusiones reformistas y neo-reformistas. El régimen capitalista no es capaz de asegurar ni el pleno empleo, ni el crecimiento regular de los ingresos reales de los trabajadores en los países imperialistas (en los países subdesarrollados estas ilusiones casi no han merecido crédito ni durante el "boom"). La tarea de los marxistas revolucionarios es de llevar la clase obrera a extraer la conclusión política necesaria. El régimen capitalista debe ser derribado. La clase obrera debe conquistar el poder, sino, no existe ningún medio de desembarazarse del doble flagelo de la desocupación y de la inflación.

III

Ya en los dos congresos mundiales precedentes habíamos subrayado otro rasgo nuevo de la situación mundial: el fin del largo período de estabilización relativa del capitalismo en Europa Occidental. A partir de 1968, la revolución proletaria, —es decir, crisis pre-revolucionarias y revolucionarias— está de nuevo al orden del día en un sentido no solamente histórico, sino mucho más **inmediato, al menos en los cuatro países del sud-oeste europeo. Mayo de 1968 en Francia; el "Mayo ascendente" Italiano de 1969; la revolución portuguesa en 1974-75; la crisis pre-revolucionaria en España durante el primer semestre de 1976; el ascenso explosivo de luchas obreras y la crisis política en Italia durante el mismo período, han confirmado este diagnóstico. En otros países de Europa capitalista, ante todo en Gran Bretaña, la polarización política creciente, la agravación de conflictos de clase, la potencia del movimiento obrero,** la obligación económica cada vez más apremiante que obliga no obstante a la burguesía a afrontarla, abren un período de inestabilidad social y política mucho más pronunciada que en el pasado, aunque no se trate aún de **crisis pre-revolucionarias.**

A partir de diferentes momentos —noviembre de 1975, en Portugal, el segundo semestre de 1976 en España, setiembre de 1977, marzo de 1978 en Francia y en Italia— la iniciativa ha pasado, de manos del proletariado a la de la burguesía. Las razones de este viraje serán discutidos en los puntos especiales del orden del día del Congreso sobre la lucha de clases en Europa capitalista. Lo que es necesario señalar aquí es que se trata de un cambio coyuntural y no de un cambio de período. En ninguno de los países mencionados anteriormente ni aún en varios otros países, la sociedad burguesa ha reencontrado la estabilidad relativa que la caracterizó entre 1953 y 1968, tomando fechas promedio. En ninguna parte, ha sido seriamente lesionada la fuerza creciente y la combatividad del proletariado. En ninguna parte, han sido modificadas las relaciones de fuerzas por importantes derrotas infringidas a la clase obrera. En ninguna parte, el capital está a cubierto de un brusco viraje de la situación que dé paso nuevamente a una crisis pre-revolucionaria.

Pero el reforzamiento del peso del proletariado en el proceso real de la revolución mundial no es sólo el simple resultado del hecho que la revolución golpea de nuevo en la puerta de las metrópolis imperialistas, donde la clase obrera dispone de poderosos batallones. Se trata de un fenómeno universal, que se manifiesta tanto en los países imperialistas como en los países semicolonicales y en los estados obreros burocratizados.

Este mayor peso del proletariado en el desarrollo del proceso revolucionario tiene una causa objetiva y una causa subjetiva. La causa objetiva es el reforzamiento numérico, económico del proletariado, es decir del trabajo asalariado, con relación al conjunto de la población activa, fenómeno verificable en los tres sectores de la revolución mundial. La causa subjetiva es el aflojamiento real, aunque desigual, del grado de control de los aparatos burocráticos tradicionales (PS, PC, burocracias sindicales, aparatos nacionalistas-populistas) han ejercido durante varias décadas en el proletariado, especialmente luego de las consecuencias desmoralizantes en el nivel de la conciencia de clase de un largo período de derrotas de la revolución.

Las cifras siguientes son elocuentes:

% DE LA POBLACIÓN ACTIVA ASALARIADA EN LA INDUSTRIA

Países imperialistas

	1960	1977
Italia	40%	47%
España	31%	42%
Japón	30%	37%
Portugal	29%	36%
Francia	39%	41%

Países semicoloniales semiindustrializados

	1960	1977
Hong Kong	52%	57%
Corea del Sur	9%	33%
Singapur	23%	32%
Grecia	20%	27%
Formosa	11%	27%
Egipto	12%	26%
Méjico	20%	25%
Brasil	15%	20%

Estados obreros burocratizados

	1960	1977
Rumania	20%	31%
Corea del Norte	23%	32%
Yugoeslavia	23%	34%
Bulgaria	25%	38%
URSS	29%	46%
Checoeslovaquia	46%	49%
República D.A.	48%	51%
Hungría	35%	58%

Si se agrega a los asalariados en la industria, los de los sectores de los servicios, se llega para el conjunto de los países imperialistas a un peso del proletariado que sobrepasa el 75% de la población activa con puntos que sobrepasan el 90% en los EE.UU., en Gran Bretaña, en Suecia. En los países semicoloniales semiindustrializados, este peso alcanza o sobrepasa el 50% en la mayoría de los países mencionados anteriormente, aún en la Argentina donde el proletariado industrial propiamente dicho ha decrecido. El cambio operado es aún más

brutal si se toma como punto de comparación los años 1950 ó 1953 en lugar de 1960.

En cuanto a los países semicoloniales que continúan siendo esencialmente agrícolas, la penetración acelerada del capitalismo en el campo ha provocado, en algunos casos importantes, el crecimiento rápido del proletariado rural compuesto de obreros agrícolas sin tierra, que frecuentemente no tienen sino un empleo durante las cosechas. Constituyen hoy el 40% de la población llamada campesina en la India. Si se agrega los asalariados de la industria y de los servicios, se llega a una masa proletaria que constituye el 45% de la población activa, porcentaje fuera de toda proporción con el de Rusia de 1917 o de China de 1949, sin hablar de Vietnam de 1945 o de 1953.

Este hecho objetivo bastaría para explicar por qué, el largo desvío que la revolución mundial ha conocido luego de la segunda guerra mundial, toca a su fin. Las formas de lucha especificamente proletarias —huelgas políticas de masas, huelgas generales, insurrecciones urbanas— y las formas de organización especificamente proletarias —comités de toda clase que desembocan en consejos de delegados, es decir soviets embrionarios o en diversos grados de madurez— comienzan a predominar en los tres sectores de la revolución mundial. La revolución iraní y la revolución nicaraguense han confirmado la justeza de este análisis. El ascenso espectacular de las luchas obreras en Brasil es, din duda, la manifestación históricamente más importante.

Si se pone un acento particular por este Congreso Mundial sobre la continuación y ampliación del curso de proletarización de la Internacional, curso en el cual estamos comprometidos desde hace varios años, no es solamente por razones de principios, válidas siempre —a saber que la composición social de nuestro movimiento debe corresponder a su objetivo fundamental, que es el de construir una nueva dirección revolucionaria del proletariado— Un crecimiento rápido como el que hemos conocido luego de 1968 en la juventud, reclama inevitables ajustes.

Es ante todo, porque el peso preponderante del proleta-riado en el proceso real de la revolución mundial, porque el ascenso de las luchas obreras, aunque fueran defensivas, contra la crisis y la ofensiva de austeridad del capital, desprenden y van a desprender una nueva generación de militantes y de dirigentes obreros radicalizados al nivel de las empresas y de la organización sindical, y que es vital **para nuestra Internacional influenciarla y ganarla a nuestro programa. No podremos hacer esto, con éxito, si no** estamos solidamente implantados en las grandes empresas, cualquiera sea la duración de este esfuerzo, que de todas maneras será de largo aliento.

La construcción de partidos y de la Internacional revolucionaria de masas será esencialmente el producto de la fusión de nuestro núcleo —reforzado por reagrupamietos revolucionarios— con esta nueva vanguardia proletaria, como será el producto de su fusión con corrientes que evolucionan hacia nuestro programa y hacia la ruptura con los aparatos burocráticos tradicionales en los partidos de masas del movimiento obrero y en el movimiento antiimperialista.

IV

Los actuales problemas de la lucha de clases en Europa capitalista y en América latina son tratados en los puntos particulares del orden del día de este Congreso. Queremos, en consecuencia, plantear **dos problemas** importantes que no serán considerados separadamente por el Congreso: el actual nivel alcanzado por la revolución iraní; algunos problemas generales planteados por la crisis de la dictadura burocrática y el ascenso de la revolución política en los estados obreros burocratizados.

La revolución iraní ofrece una de las manifestaciones más sorprendentes de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Por una parte, hemos asistido a una de las movilizaciones revolucionarias de masas más impresionante del siglo XX. Literalmente, millones de personas se lanzaron a las calles de Teherán sin interrupción. Esta movilización terminó por quebrar la capacidad de resistencia política y moral de un ejército que el **Sha** había equipado con más de 35 mil millones de dólares en armas ultramodernas, y que lo había halagado desde el punto de vista de sus condiciones de existencia. La victoria ha sido lograda a pesar de una represión que costó la vida a decenas de miles de manifestantes en la fase culminante del ascenso revolucionario.

Por otra parte, hemos visto a un clero, el clero chiíta, apropiarse de la dirección política e ideológica del movimiento. Un combate que comenzó contra la autocracia del **Sha**, por las libertades democráticas, culminó con la adopción de una constitución que restringe también, las libertades democráticas, aunque sea en una **medida mucho más limitada que bajo el Sha, y que erige también una especie de autocracia, la del Ayatollah Jomeiny.**

La personalidad de Jomeiny es en cierta forma, la síntesis simbólica de esta contradicción. Ya lo dijimos en otras ocasiones, que el fenómeno de **Jomeiny**, único en la historia de la revolución burguesa, para no hablar de las frases iniciales del proceso de revolución permanente, combina los rasgos de un Dantón con los de un Savonarola. Pero hay que comprender que **Jomeiny** sólo puede desempeñar el papel de Savonarola porque ha desempeñado el papel de Dantón, es decir, porque ha dado pruebas de una firmeza, de una intransigencia y de una audacia destacable en la lucha contra el **Sha**, contra la dinastía Pahlevi y contra la monarquía. He aquí, la fuente real de su prestigio y de su legitimidad ante las masas que trata ahora de reforzar y renovar con una agitación antiimperialistas, cuyo eco es igualmente poderoso en las masas.

Fundamentalmente, no es el control de la religión sobre las masas lo que explica el prestigio del clero chiita. Es el prestigio político ganado por este clero en la lucha contra la tiranía del **Sha** que explica su posibilidad de imponer, por el momento, la ideología confusa y tramposa de la "República Islámica" y de acrecentar el dominio de la religión.

Evidentemente, la composición social particular de la población de los grandes centros urbanos de Iran, donde las capas semiproletarias de extracción rural reciente prevalecen aún sobre la clase obrera propiamente dicha, explica en parte, la relativa facilidad con la cual Khomeiny ha podido maniobrar hasta ahora. Pero, insistimos, la causa fundamental de su ascendiente es política y no religiosa. Proviene a la vez de la ausencia de toda otra fuerza política de masas que se hubiera comprometido a fondo en la lucha contra el Shah, como del papel de organizador y coordinador de la lucha antidictatorial desempeñado por el clero chiita. Ante la mayoría de las masas, que solo se encontraban en la primera etapa de su politización, el clero chiita aparecía como la dirección auténtica y legítima de la revolución. Existe un paralelismo evidente con las direcciones nacionalistas-populistas de revoluciones (o de etapas iniciales de ascensos revolucionarios) de varios países semicoloniales, especialmente de Méjico, Argentina (Perón), Bolivia (MNR) y Egipto (Nasser), para nombrar solo los ejemplos más típicos.

Para nosotros, el carácter burgués del Estado y del gobierno, así como el carácter básicamente reaccionario del **clericalismo** islámico, no dejan la menor duda. Pero lo que está claro para nosotros no lo está para el 80% de las masas iranís. Además, no confundimos jamás el movimiento de masas con su dirección **coyuntural**. Sería en consecuencia, absurdo y sectario creer que la revolución iraní está ya vencida, o en pleno reflujo, solamente en función de la ideología reaccionaria de los actuales dirigentes del proceso revolucionario. Para nosotros, el criterio fundamental es el de la dinámica del movimiento de masas. Algunas tendencias de nuestro movimiento (para no hablar de los PC y de la socialdemocracia) han cometido este error, con consecuencias políticas catastróficas, entre 1944 y 1950 en **Argentina**, juzgando la situación y la naturaleza del movimiento sindical dirigidos

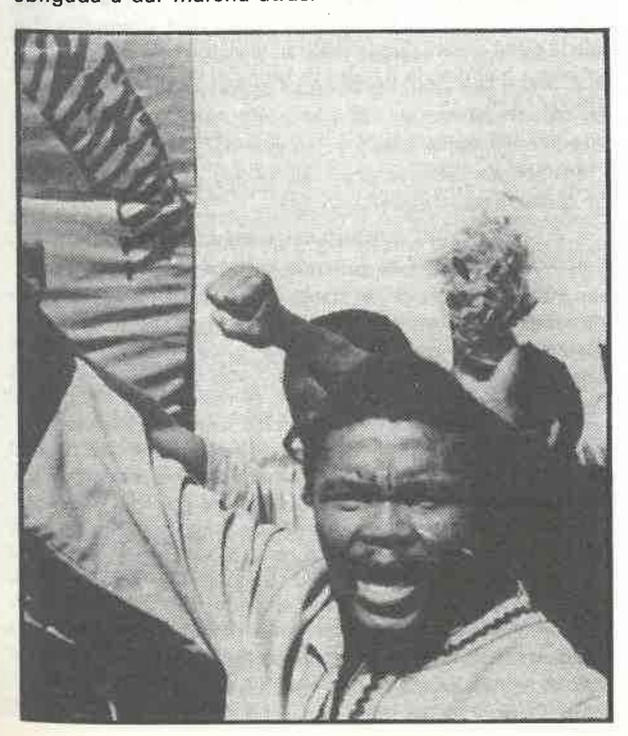
por los peronistas, conforme a la ideología o a los orígenes de Perón, y no conforme a la trayectoria y la naturaleza social del movimiento de masas.

Manifiestamente, el **Jomeinismo** es portador de una triple contradicción.

Ha llegado al poder en la cresta de una formidable movilización de masas socialmente desheredadas. Estas se han levantado contra la tiranía del Shah no solamente para conquistar libertades democráticas o el derecho de la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, sino también, y sobre todo, para poner fin a su miseria, lo que implica una serie de objetivos socio-económicos precisos: un empleo para millones sin trabajo, habitación decente para millones sin habitación que viven hoy en construcciones precarias y miserables, salarios decentes, incluso el control obrero, para millones de trabajadores; el fin de la inflación acelerada, especialmente por el acrecentamiento de la producción nacional de víveres; una verdadera reforma agraria, una existencia soportable para millones de pequeños campesinos; el fin de la opresión secular de las mujeres, sometidas a cargas insoportables.

Jomeiny no puede satisfacer estas aspiraciones profundas, como por otra parte tampoco cualquier otro político burgués o pequeñoburgués. El crédito político del que goza entre las masas, es por el momento el único dique que protege a la burguesía iraní contra una nueva fase de movilizaciones revolucionarias que tomarán esta vez un cariz anticapitalista directo, la naturaleza de una verdadera revolución social. Es por esto que la burguesía tolera a Khomeiny y utiliza la influencia del clero chiita y la confusión de la "República islámica", incluso del "socialismo islámico" con el fin de retardar al máximo la conquista de la autonomía política y organizativa del proletariado.

Pero la paciencia de las masas tiene límites. Ante la incapacidad del régimen **Jomeinista** para satisfacer sus aspiraciones materiales y nacionales se abrirán brechas y diferenciaciones que se profundizarán en el seno mismo del clero; su desbordamiento no es más que cuestión de tiempo. Desde luego, tendrán que reprimir a los kurdos y a la extrema izquierda, sobre todo a partir de agosto de 1979. Pero las masas son militantes, están movilizadas, plenas de confianza en ellas mismas. No pocos comités de empresas comienzan y continúan a desafiar la autoridad de los patrones y del gobierno. El recuerdo de la represión del **Sha** está muy próxima. Atacar de frente tal movimiento sería suicida. Se trata pues de una represión minuciosa, limitada, selectiva que frecuentemente se ve obligada a dar marcha atrás.



Por otra parte, una represión frontal necesitaría un instrumento eficaz para ello, que en Irán sólo podría ser el ejército. Ahora bien, el ejército está dividido, desarticulado, poco seguro de sí mismo, sobre todo luego del golpe traumático que sufrió durante las últimas semanas de la tiranía del Shah. Requiere tiempo volverlo a forjar como un instrumento adecuado de la contrarrevolución. No es Jomeiny quien puede cumplir este papel hasta el fin. A lo máximo lo puede iniciar.

Finalmente, para la burguesía iraní, la eliminación del régimen del Shah tenía por fin sobre todo racionalizar la economía iraní, eliminar o al menos reducir el nepotismo, el despilfarro, la megalomanía, la ruina de la agricultura, todo lo que traba el crecimiento orgánico de la acumulación del capital, hecho posible en principio por las considerables ganancias petrolíferas. No es Jomeiny el que puede racionalizar, cualquiera sea el punto de vista de la burguesía, salvo el control del movimiento de masas. De allí la división continua en el seno de esta misma burguesía, en el seno del Bazar, en el seno del aparato del estado, en el comando del ejército mismo, en cuanto a los caminos a seguir.

Para los marxistas revolucionarios, lo esencial es juzgar correctamente la dinámica del movimiento de masas, no dejarnos aislar de él, impulsar tanto en el plano de los objetivos antiimperialistas y democráticos como sobre los objetivos anticapitalistas, convertirse en los mejores portavoces de las profundas aspiraciones de las masas, reconocidos como tales por éstas y dirigir al mismo tiempo el combate intransigente por la independencia de clase política y organizativa del proletariado.

V

El capítulo de la resolución política que concierne a los estados obreros burocratizados representa un paso adelante importante con relación a los capítulos análogos de las resoluciones políticas sometidas a los precedentes congresos mundiales. Este paso adelante refleja a la vez un mejor conocimiento de la realidad de estos países por parte de nuestro movimiento —en función de una práctica más amplia— y los progresos de la actividad y de la diferenciación política en estos países. No tenemos nada que agregar a lo que el proyecto de resolución política afirma al respecto, **ya** que estos problemas de análisis concreto y de táctica política no parecen haber estado sujetos a controversias durante la discusión preparatoria del congreso mundial.

Por el contrario, hay que oponerse con firmeza a la idea que vuelve periódicamente a la superficie, según la cual, la tendencia de las reformas económicas realizadas en la URSS, en Europa Oriental y en la República Popular China, como la colaboración económica más estrecha entre los monopolios capitalistas y las castas burocráticas en el poder en estos países, podrían culminar en una restauración en frío del capitalismo.

Hace más de 45 años, que Trotsky había caracterizado ya correctamente el error teórico subyacente en tales hipótesis. Consiste en "desenvolver el film reformista al revés", de suponer que se podría pasar gradualmente de un estado obrero a un estado burgués, como, los reformistas suponen que se puede pasar gradualmente del estado burgués al estado obrero.

Lo que el programa de transición llama "la fracción Butenko" de la burocracia existe sin duda alguna. No se puede dudar tampoco que la burocracia, con el conjunto de estas tácticas económicas y políticas zapa los fundamentos del estado obrero. Pero una cosa es zapar, otra es derribar. Para derribar el estado obrero no basta una lenta evolución. Es necesaria una contrarrevolución activa, violenta, brutal, tanto más violenta y brutal cuánto **que** no se trataría solamente de quebrar el aparato del estado y neutralizar la oposición de una fracción no despreciable de la burocracia que se identificaría con él, sino sobre todo, de vencer la resistencia de un proletariado mucho más fuerte que en el pasado.

Creer que "la ofensiva Carter" podría alcanzar más fácilmente el objetivo que Weygand, Hitler, Roosveelt o Truman no pudieron alcanzar en condiciones infinitamente más favorables para el imperialismo, es equivocarse completa-

mente sobre la evolución de las relaciones de fuerzas a escala mundial y en los estados obreros burocratizados mismos. Lo que está históricamente a la orden del día en estos estados a pesar de la inevitable sucesión de alzas y bajas coyunturales, no es la restauración del capitalismo, es el ascenso y la victoria de la revolución política antiburocrática.

La base principal de la supervivencia de las dictaduras burocráticas en la URSS no reside ya hoy en el atraso y la pobreza del país, o en la presión del cerco capitalista, aunque estos factores continúen desempeñando un papel secundario. Reside en la despolitización y la ausencia de alternativa política clara y movilizadora del proletariado soviético, convertido en el segundo en importancia a escala mundial, más de 80 millones de personas. Esta despolitización se disipará primero poco a poco, a medida que se disipe más rápidamente en las "democracias populares" y del ascenso de la revolución proletaria en los países imperialistas.

Una atenta comparación entre la crisis del maoísmo y la crisis del stalinismo demuestra –como lo destaca la resolución política– que la República Popular China jamás ha conocido el grado de despolitización y de pasividad del proletariado que caracterizó tanto tiempo a la URSS.

De hecho, no se exageraría afirmando que las posibilidades de una amplia politización en la clase obrera y progresos a corto término de nuestras ideas, son hoy más grandes en China que en la URSS. Visto el nivel de desarrollo alcanzado por estos dos países, se trata sin duda de un fenómeno pasajero. Pero es necesario extraer todas las conclusiones, no solamente en lo que concierne a nuestras iniciativas, sino también desde el punto de vista del análisis del lugar que ocupa la República Popular China en la política mundial.

Somos unánimes en condenar de la manera más enérgica el curso contrarrevolucionario de la política exterior de la burocracia de Pekín, dónde el apoyo al Shah, a Pinochet y la agresión militar contra Vietnam fueron las expresiones más vergonzosas durante el último período. Pero debemos evitar dos errores: el de identificar a la República Popular China con la burocracia gobernante en Pekín; como creer que Pekín se haya transformado en satélite o aliado duradero de Washington. Errores análogos cometidos por algunos en la apreciación de la URSS, en la época del pacto Hitler-Stalin, condujeron a desviaciones desde entonces clásicas.

Entre los intereses de la burocracia china, cuya dictadura está fundada en la supresión de la propiedad privada, y los intereses de los estados imperialistas, existen contradicciones irreconciliables. La burocracia de Pekín maniobra de manera cínica, sin principios en la arena mundial, como por otra parte lo ha hecho y lo hace siempre la del Kremlin, sacrificando sin escrúpulos los intereses de los trabajadores, de los campesinos pobres, de los pueblos oprimidos de muchos países. Pero maniobra para defender su poder y sus privilegios, no los de la burguesía imperialista. En el marco de estas maniobras, nada es durable ni definitivo. Giros bruscos e inesperados son inevitables.

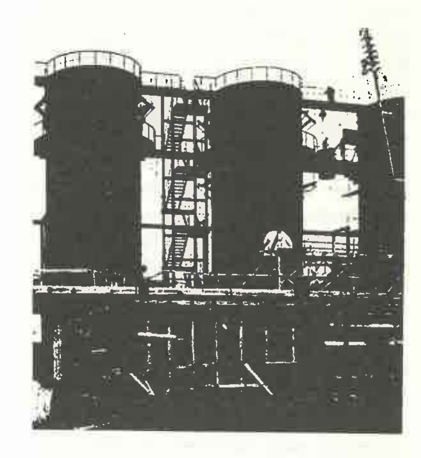
Una de las consecuencias de este cinismo, más pronunciado que nunca, de las burocracias de Moscú y de Pekín, es llevar agua al molino de la ofensiva ideológica de la burguesía internacional, complemento natural de la ofensiva de austeridad antiobrera. La cruzada es llevada bajo la bandera de la "crisis del marxismo". La impotencia ante esta ofensiva, por parte de los PC, tanto pro-Moscú como eurocomunistas, sin hablar de los maoístas, da pena. Es tarea de la IV Internacional tomar resueltamente la cabeza en la defensa del marxismo y de la ciencia contra este regreso al oscurantismo. Es nuestra convicción que una defensa eficaz del marxismo no puede limitarse a conservar las conquistas, si no que debe combinar la defensa de estas conquistas con un combate teórico audaz por enriquecer el marxismo con la explicación de fenómenos nuevos, explicaciones compatibles con su coherencia interna. El único "marxismo realmente existente" es el marxismo vivo, creador y crítico, que no rechaza ninguna nueva interrogación.

Por la fuerza de las cosas, este Congreso Mundial está ubicado bajo el signo del internacionalismo práctico y organizativamente encarnado. Jamás la historia nos dio tantas pruebas de los desastres a los que conduce la teoría y la **práctica del "nacional-comunismo" como durante los últimos doce meses. Jamás el realismo fundamental de nuestro programa y de nuestro proyecto histórico —que conduce a la victoria de la revolución mundial— ha sido mejor demostrado.**

En la época del imperialismo, en la época de la internacionalización sin cesar creciente de las fuerzas productivas y de **la lucha de clases, no hay forma de ser internacionalista en palabras, limitándose en la práctica a construir organizaciones nacionales. No se puede ser internacionalista en la práctica, si no se acepta en los hechos la construcción simultánea de partidos proletarios nacionales y de una Internacional proletaria.**

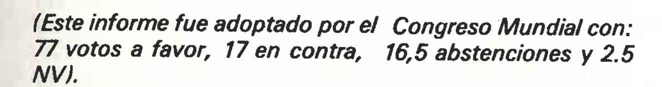
El lugar de la IV Internacional en el movimiento obrero y revolucionario mundial se puede resumir en este doble combate obstinado, sin concesión alguna, diario, por la autoorganización del proletariado y el internacionalismo práctico y practicado. Pero nada es más conforme a la naturaleza profunda y a la misión histórica del proletariado mismo, que su tendencia instintiva a la autoorganización y al hecho que es la única clase social que puede asumir plenamente y sin reservas el internacionalismo. Es por estos rasgos de su naturaleza, más que por cualquier otro, que la clase obrera revela su capacidad para salvar a la humanidad de la caída en la barbarie y en la autodestrucción. A estas amenazas, más reales que nunca, no hay más que una única alternativa que sólo la clase obrera puede realizar: la victoria de la revolución socialista mundial, la República Mundial de los Consejos de Trabajadores.

ERNEST MANDEL



El giro hacia la industria y las tareas de la IV Internacional

Jack Barnes



(Este informe fue adoptado por el Congreso Mundial con: 77 votos a favor, 17 en contra, 16,5 abstenciones y 2.5 NV).

Una de las consecuencias prácticas y centrales, que se destaca sobre las otras que se desprenden de la resolución política sometida a la votación del Congreso por el Secretariado Unificado, es que las secciones de la IV Internacional deben efectuar un *giro* radical para organizar inmediatamente, a una gran mayoría de sus militantes y dirigentes en la industria y en los sindicatos industriales.

Esta tarea constituye el vínculo entre las cuatro resoluciones que vamos a votar. Se desprende del análisis de la situación mundial, tal como ha sido desarrollada en la resolución política que acabamos de debatir. En consecuencia, no voy a volver en detalle sobre los cambios estructurales, demográficos y económicos que sustentan esta decisión.

La resolución pone el acento sobre el creciente peso del proletariado en los tres sectores de la revolución mundial. Destaca también, las explosiones urbanas y las formas de organización proletaria que han estado, y seguirán estando, en el centro de los levantamientos revolucionarios en los próximos años.

Combinándose con estos factores estructurales hay, tras el giro, otros elementos: Por una parte, el estancamiento de larga duración al que está enfrentado el sistema capitalista y la ofensiva anti-obrera que engendra: por la otra, el hecho que la clase obrera, a la cual la burguesía se enfrenta cuando entra en la crisis, no ha sufrido una derrota. A esta crisis *capitalista,* debemos agregar la *crisis del imperialismo* que se profundiza.

Todo esto hace la situación mundial más y no menos explosiva. Esto significa que fuerzas incontroladas –engendradas tanto por la acción de los opresores como por las de los oprimidos– pueden entrar en movimiento. Lo hemos visto en Iran y en Nicaragua. Y este potencial explosivo no está limitado al mundo semi-colonial–.

Sumándose a estos últimos elementos, hay otro factor conyuntural muy importante, la recesión mundial de 1974-75. Esta recesión, la primera recesión generalizada a escala mundial desde los años 30, fue el punto culminante de los acontecimientos que se desarrollaron desde 1968. En definitiva, esto ha puesto en movimiento en el mundo una dinámica de austeridad por parte de la clase dominante, que va intensificándose, contra la clase obrera, contra todos los oprimidos, y contra los derechos políticos que son necesarios a las masas para organizarse y para responder. No se trata de una política táctica o a corto término por parte de los gobiernos. Es una política fundamental que la realidad económica les *obliga* a aplicar.

En definitiva, el blanco de esta dinámica de austeridad son los trabajadores de la industria, por la misma razón que los trabajadores industriales ha sido el centro de nuestra estrategia desde la fundación del marxismo: su fuerza económica; su peso social; el ejemplo que representan para el conjunto de la clase; el poder que tienen sus sindicatos en la determinación de los salarios; las condiciones de trabajo y en consecuencia, del conjunto de la infraestructura social de la lucha de clases; el poder político potencial que de ello resulta con relación a la clase dominante y, por último, el obstáculo que representan frente a las soluciones extremas de la burguesía. Los trabajadores industriales son a la vez la fuente de la parte más grande de la plusvalía de la clase dominante y el enemigo principal que debe vencer para frenar la crisis social y económica que caracteriza todo el sistema.

La clase dominante no puede permitirse que estos trabajadores industriales *organicen* la solidaridad con los otros trabajadores, con los oprimidos y con sus aliados en el mundo, y no lo permitirá. No puede permitirse que los trabajadores industriales desarrollen la *democracia sindical* con el fin de organizar y utilizar la potencia de la clase obrera, y no lo permitirá.

En otros términos, los gobiernos no permitirán, sin una sangrienta batalla, la evolución de un *ala izquierda clasista en el movimiento obrero.*

Esta ofensiva de la clase dominante implica presiones **crecientes sobre toda la clase obrera, sobre las minorias** nacionales, sobre la mujer, sobre cada persona explotada u oprimida que luche por sus derechos. Hace más intensa las presiones sobre las pequeñas vanguardias que tratan de establecer un programa orientado hacia la victoria de la clase obrera. Todos aquellos que buscan el camino revolucionario, una perspectiva clasista, todos los que buscan alianzas progresistas, sufren estas presiones. Es este uno de los aspectos fundamentales de la dinámica de austeridad, de la ofensiva de los gobiernos, y es uno de los aspectos que tomará cada vez más importancia a medida que se profundice la ofensiva.

Como lo hemos discutido ayer, la única posibilidad de poner término a la crisis capitalista, de acuerdo al análisis de la Resolución política, sería por medio de una derrota lo suficientemente amplia y decisiva de la clase obrera indus**trial, que permitiría racionalizar y reestructurar el capital, atacar con fuerza cualquier levantamiento de los pueblos coloniales y abrir así un nuevo período de expansión.**

¿Qué conclusiones debemos extraer de todo esto?

Que está al orden del día una radicalización desigual y a ritmos diferentes de la clase obrera según los países.

Que la ofensiva de la clase dominante provocará grandes cambios en los sindicatos industriales.

Y que la clave para los revolucionarios es estar presente, estar en este sector decisivo de la clase obrera, siendo parte de ella, antes que tenga lugar esta prueba de fuerza.

Es *ahí* donde encontraremos las fuerzas para construir la IV Internacional, para construir los partidos obreros. Es *ahí* donde encontraremos los jóvenes trabajadores, los trabajadores de las nacionalidades oprimidas y los trabajadores inmigrados. Es en el interior de la clase obrera industrial donde los partidos revolucionarios ganarán una audiencia a nuestro programa y reclutarán para nuestro movimiento.

A la luz de todos estos factores, es igualmente importante tomar en perspectiva y considerar el giro desde un punto de vista histórico más amplio. La composición social actual de nuestro movimiento es totalmente anormal. Es un hecho histórico y no una crítica. De hecho, lejos de ser una crítica, fue la capacidad de nuestro movimiento de reclutar en la nueva generación de la juventud radicalizada a partir de comienzo de los años 60, que crea hoy la posibilidad de efectuar este giro. Y esta *posibilidad* coincide ahora con una *necesidad* política presente.

Unicamente los partidos proletarios, no solamente por su programa sino también por su composición y experiencia, pueden dirigir a los trabajadores y a sus aliados en las luchas que estan al orden del día.

Unicamente los partidos de trabajadores industriales serán capaces de resistir las presiones, incluso las presiones ideológicas, de las clases dominantes. Y estas presiones van a aumentar.

Unicamente los partidos que tomen el pulso de la clase obrera, no tomaran en consecuencia sus propias actitudes, u ignorancia o sus estados de ánimo como los de la clase obrera. En otros términos, únicamente los partidos de trabajadores industriales podrán avanzar y abrirse hacia el exterior.

Unicamente los partidos que los trabajadores pudieron medir *en la acción*, mucho antes de las pruebas de fuerzas decisivas, podrán crecer de manera importante y avanzar. Sólo este tipo de partido puede atraer militantes de las corrientes clasistas y podrá ligarse con aquéllos que se desprenderán a medida que la crisis de dirección de las organizaciones reformistas se profundizará.

La herencia proletaria del marxismo

Nosotros no inventamos nada en este terreno. En la historia del movimiento marxista han sido los mejores partidos los más proletarios –los más revolucionarios, los menos economicistas, los más políticos. Observemos los bolcheviques, observemos a Rosa Luxemburgo. Observemos los fines que se había fijado la IV Internacional con la orientación y bajo la dirección de Trotsky, a fines de los años 1930.

De hecho la tradición y orientación proletaria de la IV Internacional es lo que nos permitió llegar allí donde estamos hoy, es decir, una organización revolucionaria unificada a escala mundial, una organización que tiene cuadros para operar este giro. Y es el giro –organizado y aplicado universalmente– el sólo medio de preservar y enriquecer nuestra orientación proletaria.

Al mismo tiempo, es crucial reconocer y afirmar claramente que el giro no es la continuación de lo que hemos hecho. Es por este medio que continuaremos nuestra orientación proletaria, pero para ejecutar este giro a escala mundial, debemos efectuar un corte con lo que hacíamos precedentemente. Por esto, le llamamos un *giro*.

Este giro no nos dictará nuestra táctica. En cada país, nuestra táctica y nuestras campañas nos son dictadas por la lucha de clases, por el conflicto de las fuerzas de clase. Pero el giro afecta cada aspecto de nuestra táctica, el conjunto de nuestro trabajo político, toda nuestra estructura y toda forma de funcionamiento del partido. El giro no es una *condición suficiente* para sacar partido de las ocaciones que se nos ofrecen y para hacer fente a las crisis que vive nuestra clase. Pero es una *pre-condición necesaria* para los próximos pasos adelante. Sin ello, no haremos ningún progreso.

Es ésto lo que la resolución política mundial coloca como tarea central para toda la IV Internacional: organizar y conducir a la **gran** mayoría de nuestros cuadros hacia la industria y a los sindicatos industriales "sin esperar más".

"El fin", conforme a la resolución, "son partidos de trabajadores bolcheviques experimentados que actúen como dirigentes políticos de su clase y de sus aliados".

No es necesario decir que no efectuaremos el giro exactamente de la misma manera en cada país o en cada parte del mundo, sea dónde tengamos 10 o un millar de miembros. Pero por las razones políticas y organizativas que hemos discutido, el giro es *universal* para nuestro movimiento internacional en cada uno de los tres sectores de la revolución mundial. Esto debe ser comprendido a fin de que podamos efectuar esta tarea como un partido mundial disciplinado.

Llega un momento dónde un problema político, un hecho sociológico y una decisión de dirección coinciden. Vivimos uno de esos momentos. Para poner nuestro movimiento en **posición de poder avanzar políticamente, simultáneamente debemos hacer penetrar nuestros cuadros y nuestro programa en los sectores decisivos de nuestra clase. Sino, seremos parte de la crisis creciente de dirección en el movimiento obrero mundial antes que aportarle una solución.**

Las experiencias y las lecciones

El proyecto de resolución fue escrito hace más de un año y medio. Desde entonces, nuestro movimiento adquirió gran experiencia sobre lo que es el giro. Hemos tenido ya la posibilidad de medir nuestras conclusiones y adquirir un mejor conocimiento de los hechos que no era la situación cuando hemos adoptado la resolución. Este informe y esta discusión nos ayudarán a tomar conocimiento de esta experiencia y de estos cambios y si son adoptados a reproducirlos por escrito para todo nuestro movimiento.

Claro está, la ejecución de este giro es muy desigual de un país a otro en la actual etapa. El desarrollo de la situación política en los diversos países se encuentra en etapas diferentes. Algunas experiencias importantes no han tenido lugar más que en una sola sección o en un sólo sector industrial. No lo tendremos en cuenta en la discusión de hoy.

Pero hay también una serie de experiencias comunes dónde hemos comenzado seriamente el giro desde el Irán al Canadá, de Suecia a Nueva Zelanda. Estas lecciones comunes son decisivas allí donde la IV Internacional cuenta con fuerzas significativas. Son lecciones para la *dirección práctica* de las próximas medidas a tomar para la aplicación de esta tarea común. Cuáles son las lecciones a extraer de estos últimos años?

Primero, no es posible practicar el giro sin que la dirección del partido dirija. Lo que significa que la dirección debe analizar el desarrollo de la lucha de clases e intervenir en ella eficazmente a fin de que la base política del giro y su aplicación práctica sean siempre presentadas claramente a nuestros cuadros.

No se puede ordenar a los camaradas ni hacer el giro, ni hacerles sentir verguenza porque no lo hagan. Deben estar convencidos, estimulados y organizados políticamente por la dirección.

Nuestros miembros *esperan* ser dirigidos para este giro. He ahí la experiencia que hemos hecho en todas partes. Pero ésto no puede ser cumplido sino cuando la dirección misma entra a la industria. Nuestro fin no es solamente hacer entrar a la mayoría de nuestros miembros en la industria sino también una mayoría de nuestras instancias de direcciones elegidas a nivel local o nacional. Sólo tal dirección podrá llevar a buen término el giro.

Segundo, nuestro enfoque con relación al giro debe ser colectivo y no individual. El partido debe dirigir a los camaradas para que vayan a la industria. No lo hacen solos. No son enviados a un lugar y luego librados a sí mismos. Cada vez que hemos procedido así se ha mostrado un fracaso.

Hemos perdido camaradas por desmoralización y que se han unido a nuestros opositores, los stalinistas. El giro es una tarea consciente del partido y no una tarea rutinaria de un pequeño grupo de camaradas individualmente.

En relación con ésto, hemos constatado en todas partes que lo decisivo para practicar el giro y para la práctica de nuestra política en la industria no es aquéllo que los camaradas cumplen individualmente sino lo que cumplen como fracción y como miembros del partido. Camaradas con fuerzas y debilidades diferentes trabajan en conjunto en tanto que unidad disciplinada del partido, y aprenden de sus errores y de sus éxitos comunes.

Tercero, la experiencia nos ha enseñado que no hay forma gradual de cumplir el giro. Claro está, que tendrá lugar durante un cierto período. Los camaradas entran en la industria por olas sucesivas, no todos a la vez.

Pero el giro no puede ser presentado ni aplicado como una campaña gradual, de rutina o parcial. Debe ser organizado y conducido como un acto decisivo para toda la organización. Cada vez que se ha tratado de actuar de una manera diferente, el giro se ha detenido bruscamente, más que avanzar por olas. Si no reconocemos ésto y no actuamos sobre esta base, no lograremos, no efectuaremos el giro.

Cuando reunamos las estadísticas de cada dirección nacional en la próxima reunión del Comité Ejecutivo Internacional, tendremos una idea de los progresos que hemos hecho —país por país— por el hecho de conducir una gran mayoría de camaradas a la industria.

Cuarto, en cada país donde hemos hecho progresos en el giro, hemos aprendido, algunas veces por malos comienzos, que no puede haber en ésto oficios o categorías de oficios de los cuales se puede estar dispensado, como tampoco que no haya capas en el partido que puedan estar dispensadas de hacer este giro. Tales excepciones resultan siempre excusas para no efectuar el giro, para no participar en él. Los sindicalistas que trabajan hoy *fuera* de la industria tienen un papel particularmente importante a desempeñar para dirigir personalmente los cuadros del partido en la industria y para aportarles su experiencia para la construcción de nuestras fracciones. Puede constituir una dirección política y práctica esencial.

Creo que ahora hemos superado un falso debate, el debate oponiendo el sector público al sector privado. Lo que importa, no es que los camaradas sean pagados por el gobierno o por un empleador privado, lo que importa, es que estemos en las fábricas, en las minas, en las manufacturas, en los centros de transporte, de comunicaciones, ya sean del sector público o del privado.

Nuestro fin es penetrar en la industria, en convertirnos en una parte de la clase obrera industrial.

No comenzamos por observar en dónde trabajan mayoría de mujeres actualmente o dónde la burocracia es débil, aún si estos factores pueden desempeñar un papel para tomar como objetivo ciertos sectores de la industria. Observamos dónde nuestra clase está concentrada o allí dónde batallas de clase se abrirán necesariamente en el próximo período. Es allí donde las direcciones clasistas serán decisivas y necesarias y es allí dónde debemos ir. Es ésta la línea de la resolución.

Buscamos los dirigentes naturales de la clase obrera — aquéllos que otros trabajadores quieren llevar a la dirección. Algunos de entre ellos han sido ya elegidos a puestos sindicales, pero nosotros no polarizamos sobre los dirigentes oficiales a ningún nivel. Ganaremos los mejores de entre ellos, preocupándonos de los *jóvenes rebeldes* en la clase obrera. Desempeñarán un papel decisivo para nosotros y para la clase en el período próximo. Es de ellos que nos preocupamos.

Quinto, reconocer el lugar central de los jóvenes trabajadores nos lleva a reconocer la importancia del lanzamiento, de la reconstrucción, o de la ayuda al reforzamiento de organizaciones revolucionarias de la juventud. El hecho de tener una organización de jóvenes —y que esté totalmente centrada en el giro hacia la industria— resulta más importante, no menos importante, que cuando concentramos nuestros cuadros en la industria y en los sindicatos industriales. El movimiento marxista mundial tradicionalmente ha reconocido la necesidad de organizaciones de la juventud proletaria como instrumento central de la construcción del partido. Cuando un número creciente de jóvenes trabajadores rechaza el capitalismo y es atraído por las ideas y perspectivas radicales, esta necesidad se hace más presente.

Habrá, más tarde en el Congreso, un informe por separado del trabajo de la juventud en la Internacional, y en consecuencia, yo no trataré de desarrollar este punto. Pero estamos en vías de aprender que debemos reconocer conscientemente que esto constituye una parte indispensable del giro si queremos aprovechar las oportunidades que se nos ofrecen de reclutar al máximo para nuestro partido entre los trabajadores que se radicalizan.

Lo que no debemos esperar

Nuestras primeras experiencias concernientes al giro nos han enseñado también que debemos prevenir a nuestros camaradas sobre lo que no deben esperar.

No podemos prometer un rápido reclutamiento. Esto depende de una serie de otros factores —el desarrollo de la lucha de clases, el grado de politización de la clase obrera y de la capacidad del partido.

Sin prometer que el giro resolverá los otros problemas a los cuales está enfrentado el partido, podemos garantizar que el giro nos coloca en la mejor posición para resolver los problemas y aprovechar las oportunidades. Y sin el giro, podemos garantizar el desastre.

Por último, no podemos prometer que el giro no será difícil o doloroso. Lo será porque no se parece a ninguna de las cosas que hacíamos normalmente o a las que estábamos habituados. No es un cambio de línea política o una corrección de un error político. No es un cambio de táctica. No es el lanzamiento de una nueva campaña.

El giro significa un cambio en la vida de miles y miles de camaradas. Es diferente. Y esto reclama una dirección.

Donde hemos comenzado a efectuar el giro de manera sistemática y a profundizarlo, ha habido pérdida individual de camaradas. Hay camaradas para quienes el giro coloca de manera aguda la cuestión de lo que hacen de su vida y la definición de sus compromisos y prioridades personales. Luego, el partido mismo comete inevitablemente errores y falsos comienzos. Otros camaradas renuncian.

Pero la lección más importante que hemos extraído, es que el giro permite *conservar* los camaradas: impide la desmoralización y cambia completamente el malestar que se instala cuando nuestros partidos no tienen las relaciones políticas y organizativas necesarias con el corazón de nuestra clase. Ofrece una perspectiva y una base realista que permiten hacer progresar nuestro trabajo. Camaradas han dado muestras de una capacidad insospechada cuando entraron en la industria formando parte de una fuerte fracción.

Es este uno de los aspectos cruciales del giro y es también una razón por la cual debe ser aplicado rápidamente y conducido de manera decisiva.

Algunas conclusiones organizativas

De nuestras primeras experiencias hemos extraído algunas conclusiones sobre cuestiones organizativas importantes y que están en relación con el giro. Y todas las formas organizativas de nuestro partido deben estar subordinadas a la aplicación del giro.

Primero. Los camaradas que entran en la industria deben funcionar en fracción, en unidad, en equipo colectivo — cualquiera sea el término utilizado en las diferentes secciones—. Deben tener a su disposición estructuras y medios formales para tomar decisiones democráticamente, para resolver los problemas, para sentirse en conjunto ligados políticamente y para integrar y formar a los nuevos camaradas que entran en la industria o que son reclutados en el lugar.

Si no procedemos así, corremos el riesgo de aislar, desmoralizar y por último, perder camaradas. Terminarán por sentirse personalmente responsables de los progresos efec-

tuados por el partido y a censurar personalmente por todo fracaso o retroceso. Efectuamos el trabajo colectivamente en todos los otros terrenos y es así como debemos efectuar el giro. Es crucial organizar y dirigir a los camaradas por las vías de las fracciones. Y la dirección del partido debe prestar mucha atención a su trabajo.

Segundo. Mientras hacemos entrar cada vez más camaradas en la industria, es crucial prestar mucha atención en mantener las unidades de base del partido —las ramas o cualquiera otra denominación elegida por las secciones— como reales *instancias políticas.* Deben tener un tamaño suficiente y estar políticamente organizadas de tal manera que los camaradas que allí se encuentren puedan adquirir algo que no encuentren en las fracciones industriales o en otras partes. Es decir, que las unidades de base del partido deben ofrecer la experiencia política, la dirección, la formación marxista y el debate político que los camaradas solo pueden obtener de todo el partido.

Si fracasamos en esto, ello puede exacerbar el problema de la combinación entre lo que corrientemente se llama el trabajo sindical o el trabajo en las empresas y una actividad política socialista más general.

Por supuesto, esto no resuelve ninguno de nuestros problemas tácticos sobre la manera de unir el trabajo en las empresas, el trabajo sindical con las otras tareas y campañas del partido. Estos se resolveran concretamente en cada sección y en cada situación específica.

Pero la lección según la cual los camaradas en la industria deben ser también miembros activos de unidades políticas vivientes del partido —en las cuales ellos tengan un poder de decisión y responsabilidades políticas regulares y sistemáticas— es una lección clave si se quiere evitar trampas inútiles.

Tercero. El giro necesita y a la vez ayuda al cumplimiento de **una mayor profesionalización del partido. El giro hace** más inmediata y más real nuestra concepción según la cual cada camarada, cada trabajador bolchevique es un revolucionario profesional. La necesidad de tener un aparato profesional, la aceptación de los camaradas de convertirse en permanentes, la necesidad del trabajo profesional a todos los niveles de la organización, todo esto resulta tanto más necesario cuando nos convertimos en partidos de trabajadores industriales.

Al mismo tiempo es importante evitar toda concepción según la cual hay dos categorías de militantes: aquellos que están en la industria y aquellos que no lo están. Todos los militantes tienen derechos y responsabilidades iguales. De ninguna manera el giro establece una categoría de submiembros para los camaradas que, por una u otra razón, no trabajan actualmente en la industria.

Cuarto. El giro coloca de manera aún más aguda la cuestión de las normas de funcionamiento de la dirección y del partido en general, las que deben ser revisadas para asegurar que estamos en armonía con los progresos que hagamos en el sentido de la línea de la marcha histórica de nuestra clase.

Trotsky escribió una serie de cartas a los trotskistas norteamericanos sobre estas cuestiones durante la lucha con la oposición pequeño-burguesa, a fines de los años 1930, cuando el partido efectuó un giro hacia la industria. La mayoría de estas cartas versan sobre el problema de la dirección. Él hacía la lista de algunas de las características fundamentales de los dirigentes proletarios y de las actitudes proletarias:

— Seriedad hacia su organización y su dirección.

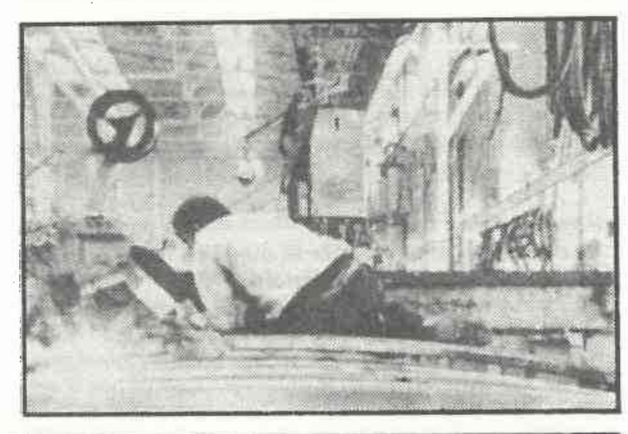
— Subordinación de las consideraciones personales colocando en primer término el partido.

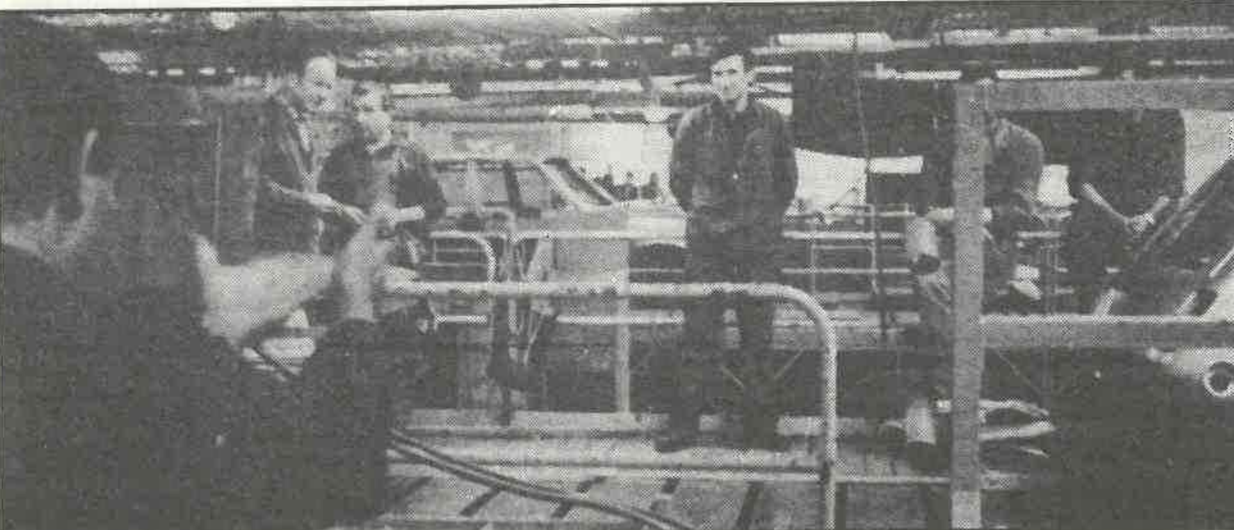
— Tener una actitud profesional hacia él (el partido).

— Ser absolutamente opuesto al cinismo, a los comadreos, al burocratismo, a la hipersensibilidad a las críticas y a muchas otras cosas que son comunes a los círculos pequeños burgueses.

— Y sobre todo, tener una visión de las cosas en término de *nosotros* y *nuestro* y no *yo* y *mío.*

No eran lecciones de moral. Trotsky consideraba que los cambios de este tipo —y el hecho de reconocer abiertamente tales cambios como necesarios— era una pre-condición para la construcción de los partidos proletarios y de una Internacional Revolucionaria.





En una carta fechada en 1937[1] Trotsky escribía: "He observado algunas veces que un trabajador que no se destaca en las condiciones "normales" de la vida de un partido, puede revelar cualidades remarcables en el marco de un cambio de la situación dónde las fórmulas generales y las **frases** habilidosas no bastan, cuando el conocimiento de la vida de los obreros y de su capacidad práctica resultan necesarias.

En una carta escrita algunos días más tarde, Trotsky habla de la necesidad de educar el partido en un espíritu que "rechace la crítica malsana y la oposición por la oposición". Para ésto, la clave, decía él, es: "cambiar la composición social de la organización –hacer de ella una organización obrera... (los trabajadores) son más pacientes, más realistas. En el marco de una reunión de 100 personas, de las cuales 60 - 70 u 80 son trabajadores, los 20 intelectuales pequeño-burgueses se vuelven diez veces más prudentes con respecto a las críticas. Es un público más serio, más firme".

La tendencia de los intelectuales pequeño-burgueses a criticar por el hecho de criticar —decía Trotsky— es una manera "de ahogar su propio escepticismo".
Los jóvenes obreros —dice Trotsky— "llamarán al orden a los escépticos, a los gruñones y a los pesimistas".

Los permanentes de la organización revolucionaria, insiste Trotsky, "deben tener primero un buen oído y en segundo lugar, solamente, una buena lengua". Y cuando el partido comienza a reclutar entre los trabajadores industriales, previene Trotsky, debe "evitar un gran peligro: a saber, que los intelectuales y trabajadores de cuello blanco opriman a la minoría obrera, la condenen a silencio y transformen al partido en un club de discusión de un alto nivel, pero donde no hay lugar para los obreros".

El hecho de ser consciente de estas cuestiones no es únicamente una necesidad, si queremos efectuar el giro hasta el fin, sino que al efectuar el giro, nos dará las mejores posibilidades de cambiar la orientación, de combatir el comportamiento alienado y mejorar la atmósfera y el funcionamiento de nuestros partidos. Comenzaremos a actuar como miembros de la clase obrera industrial.

Formación, agitación, organización

Quinto. La formación del partido. Cuando los camaradas comienzan el giro, toman y retoman nuestro programa, toman y retoman el marxismo. Están constantemente en posición de tener que explicar y popularizar nuestras ideas entre sus camaradas de trabajo. Estamos pues obligados a extender la formación política y darle más atención.

Esto constituye una garantía con relación al temor de los camaradas de convertirse en apolíticos al efectuar el giro. La historia nos muestra que este peligro existe.

Sexto. Mejorar nuestra prensa haciendo de ella cada vez más una prensa obrera. Por medio de la prensa de nuestro partido nosotros podemos dirigirnos a mayor número y a las capas más amplias de trabajadores. Es así, como explicamos por qué es necesario para el movimiento obrero comenzar a pensar en los problemas sociales y a actuar políticamente y que ésto constituye una cuestión de vida o muerte.

Nuestros propios militantes constituyen el público más importante para la prensa del partido junto con aquéllos de nuestra clase y entre los oprimidos que se dirigen a nosotros para encontrar un análisis y una dirección política. Lo que ponemos en nuestros periódicos, la manera como explicamos las cosas, nos ayudan a **hacer** de nuestros cuadros trabajadores bolcheviques y no sindicalistas de izquierda. Esto ayuda a reforzar el partido contra las tendencias eco nomicistas que reducen las luchas de los aliados de nuestra clase –las mujeres, las nacionalidades oprimidas, etc.– a luchas sindicales o del tipo de empleados contra empleadores. Esto ayuda a combatir la idea completamente falsa de que las cuestiones internacionales u otras cuestiones políticas generales no pueden ser nunca explicadas a los trabajadores.

Ver "En defensa del marxismo". Ed. Fontamara.

Séptimo. El giro hace más y no menos importante la necesidad de construir *partidos de campañas,* partidos que ejecutan campañas centralizadas, políticas dictadas por la lucha de clases nacional e internacional. Tenemos necesidad de partidos que hablen política a los trabajadores por nuestras acciones y nuestras campañas políticas y no prioritariamente por la manera con la cual respondemos a los problemas y a las luchas sobre el lugar de trabajo. Mientras el giro se efectúa, estas campañas del partido son barreras esenciales contra las presiones derechistas y economicistas que, históricamente han afectado a los revolucionarios en la clase obrera.

Si hay algo que el giro no cambia es nuestra oposición absoluta a toda concepción espontáneista de construcción del partido y de ganar a los trabajadores.

Octavo. Hemos comenzado a extraer lecciones importantes en cuanto a la relación entre el giro y nuestra participación en la construcción de la lucha de la mujer, de las nacionalidades oprimidas y a propósito de cuestiones como la energía nuclear y la solidaridad internacional. Hemos aprendido a no confundir las fracciones sindicales y las fracciones de empresa con las fracciones construídas para dirigir el trabajo en otros terrenos particulares de lucha.

Por supuesto, todo está ligado. Los militantes se encuentran en ambas. Pero no podemos reemplazar una forma organizativa por otra para efectuar nuestro trabajo. Si se dá, refleja simplemente la tendencia errónea en el plano interno a reducir las luchas de la mujer, de las nacionalidades oprimidas y otras luchas de masas a batallas en las fábricas y en los sindicatos. Nuestro giro es un giro hacia el exterior, no un repliegue sobre sí mismo.

Las luchas que se desarrollan en el interior y en el exterior del movimiento obrero deben combinarse, y en consecuencia, reforzarse mutuamente. Nuestro giro, y los factores políticos que lo sustentan, aumentan las posibilidades y las ocasiones para los trabajadores industriales y para sus sindicatos a participar en otras luchas. Participamos en estas luchas, no solamente en tanto que militantes y dirigentes completos, sino cada vez más en tanto que dirigentes revolucionarios conscientes del movimiento obrero.

Nuestro objetivo es acelerar la convergencia de la clase obrera, de sus luchas y de sus organizaciones con las batallas de todos los oprimidos. Podemos decir con toda sinceridad a los oprimidos: "vuestras luchas no deben estar subordinadas a ninguna otra lucha". Sólo una dirección revolucionaria de la clase obrera puede decir ésto *y actuar* en base a ésto. De ésto depende la habilidad de la clase obrera para forjar alianzas necesarias y durables con todos los sectores oprimidos en la batalla común contra los explotadores.

Noveno. Nos hemos dado cuenta que allí dónde el giro ha sido conducido de manera sistemática, las camaradas mujeres y los camaradas de las nacionalidades oprimidas han adquirido mayor confianza en el partido y en sí mismos, como dirigentes de su clase, de sus luchas específicas y sobre todo, como dirigentes del partido.

El giro permite a los camaradas dar lo mejor de sí mismo. Nuestro giro hacia la clase obrera industrial y sus sindicatos va igualmente en el sentido de ayudar a resolver la crisis de dirección del movimiento de la mujer y de las nacionalidades oprimidas. Hoy, estas luchas están confrontadas a una crisis de perspectiva de clase. Tienen necesidad de ir hacia una composición, una orientación y una dirección proletarias para hacer progresar su combate. Como partidarios y participantes de estas luchas ayudaremos a acelerar la resolución de la crisis de dirección partiendo de nuestra base en la industria, haciendo participar a nuestros compañeros y compañeras de trabajo en esos movimientos y luchando para que el movimiento obrero pese en la balanza.

Irán y Nicaragua

Esto nos conduce a las campañas centrales y a las tareas políticas de la IV Internacional basándonos en las discusiones

que tuvimos en el Secretariado Unificado.
Definiendo estas tareas ante todo debemos destacar el inmenso esfuerzo que ha cumplido nuestro movimiento mundial para salvar la vida de nuestros camaradas iraníes prisioneros. Esto constituye uno de los más gloriosos capítulos de la Internacional durante el último período. Es la campaña urgente más eficaz que hayamos jamás realizado. No solamente hemos salvado la vida de nuestros camaradas, sino que nuestros esfuerzos tuvieron un impacto directo y extremadamente progresista en la revolución iraní. Mensajes de protesta aparecieron regularmente en la prensa iraní obligando al gobierno a responder públicamente. Los camaradas iraníes informaron sobre las reacciones de sus camaradas de trabajo en la industria en este caso y en el amplio apoyo internacional en el movimiento obrero mundial.
Como lo han demostrado los acontecimientos de hace algunos días, el punto central de este esfuerzo político va a cambiar ahora. Con la nueva profundización de la revolución iraní, la mejor defensa para nuestros camaradas será la solidaridad activa que nuestro movimiento mundial podrá aportar para ayudar a movilizar en torno a la reivindicación del pueblo iraní con respecto a la extradición del Sha y a la publicidad que podamos dar al papel que desempeñan nuestros camaradas iranís como combatientes antiimperialistas con un programa revolucionario e internacionalista para conducir la lucha a la victoria. Cuanto más amplitud adquiera el levantamiento revolucionario allí, tanto más mejorará la situación de nuestros camaradas presos.
En esta prueba de fuerzas entre las masas iraníes y el imperialismo norteamericano, nuestro movimiento mundial tiene un papel vital a desempeñar en la educación y en la construcción de una oposición frente a la amenaza de una agresión militar de los EE.UU. Podemos ayudar al pueblo iraní para hacer escuchar su mensaje a la clase obrera mundial sobre los crímenes del Sha y sobre su combate por un sistema social justo, liberado de la explotación capitalista y de la dominación imperialista.
Tenemos una responsabilidad y una oportunidad similar en lo que concierne a los acontecimientos que se han sucedido en otras partes del mundo: es la campaña de solidaridad con la revolución nicaraguense. Exigimos una ayuda masiva para ayudar a nivel gubernamental, por parte de las organizaciones de masas de los trabajadores, y por parte de otras instituciones. Nuestro fin es organizar a la vez en el exterior y en el seno del movimiento obrero, un Frente Unico de solidaridad para llevar esta campaña. Como lo han mostrado los llamados internacionales del nuevo gobierno sandinista, es una necesidad urgente e inmediata para la revolución nicaraguense.
Estamos convencidos que los que apoyan la revolución nicaraguense deben estar preparados a mayores conflictos en un futuro no muy lejano. El imperialismo norteamericano no se va a cruzar de brazos y no permitirá a los obreros y campesinos nicaraguenses ir hacia la creación del segundo estado obrero en América. Mientras las luchas que ponen este problema se profundicen, debemos prepararnos a la posibilidad de una intervención —bajo una u otra forma— a una escala suficientemente masiva para tratar de preservar la propiedad capitalista y restaurar el poder político burgués. Los acontecimientos mundiales y las relaciones de fuerzas entre las clases, en el interior como en el exterior de Nicaragua, pueden impedir una intervención norteamericana directa. Pero no podemos basarnos en ésto. Como las masas nicaraguenses, debemos estar preparados a movimientos militares directos de los EE.UU., o sostenidos por él. He aquí nuestra responsabilidad específica.
Hemos destacado de manera correcta la actual táctica de la burguesía nicaraguense y del imperialismo, que consiste en dar una débil ayuda a los capitalistas nativos, para permitirles ganar tiempo. El fin es tratar de mellar las conquistas, las instituciones y la confianza del proletariado de Nicaragua.
Pero no debemos hacernos ilusiones y pensar que el proceso revolucionario de Nicaragua está bajo el control sea de las fuerzas burguesas por la derecha, sea del FSLN y de las fuerzas revolucionarias, por la izquierda. Algunos sectores de explotadores provocarán continuamente conflictos y crisis como de igual manera las iniciativas tomadas por los obreros y los campesinos harán avanzar el proceso de manera inesperada.
Independientemente de la táctica actual de la burguesía, continuarán surgiendo conflictos pues los capitalistas miden continuamente la capacidad de la revolución de oponerse a su resistencia y de avanzar.
Como dirigentes políticos, seremos conducidos a dirigir, no solamente nuestras propias fuerzas, sino también todas las que quieren defender Nicaragua. Esta será la campaña a escala mundial de la IV Internacional. Esperamos participar en comités unitarios de solidaridad. Llevaremos este problema a los sindicatos, a las organizaciones de la mujer, y a las organizaciones de las nacionalidades oprimidas.
Esta campaña debe igualmente tomar un destacado lugar en nuestra prensa, semana tras semana. Esto no significa contentarse con seguir los acontecimientos que afectan la solidaridad en nuestros países.
La gente se sentirá más dispuesta a participar en esta campaña cuando estén más al corriente de los acontecimientos decisivos que se desarrollan en Nicaragua, y nuestra prensa tiene un papel a desempeñar indispensable para ayudar contra el boycot capitalista contra la revolución. Es uno de los medios más importantes a nuestra disposición para impulsar la solidaridad con Nicaragua y para alentar a los militantes a participar en la campaña de solidaridad.
Igualmente, debemos ligar este esfuerzo a la defensa de Cuba contra el bloqueo imperialista y las amenazas militares que crecerán a medida que se profundice el conflicto en Nicaragua. La administración Carter ya intensifica sus presiones militares contra Cuba en respuesta a la solidaridad que Cuba dió muestras frente a Nicaragua como frente a otras luchas antiimperialistas en el Caribe y en América Central. Washington previene a Cuba que no tolerará interferencias a los planes imperialistas en Nicaragua. Es la significación de los movimientos, supuestamente en respuesta a la presencia de tropas soviéticas en Cuba, el simulacro de asalto contra Guantánamo, el refuerzo de la presencia naval norteamericana en el Caribe, la tentativa de formar una fuerza militar interamericana en la región, etc.

Indochina

Otra campaña internacional importante debe estar centrada sobre Indochina. Esta será principalmente una campaña de propaganda llevada por nuestra prensa, no una campaña de acción como la de Nicaragua.
Se prepara hoy en Indochina una mayor ofensiva contrarrevolucionaria por parte del imperialismo.
Utilizando el hambruna como arma política y **ocultándose** tras el pretexto de una ayuda humanitaria, los imperialistas están empeñados en un proceso armamentista extremadamente importante y alientan una alianza entre el régimen militar reaccionario de Thailandia y las fuerzas opositoras al gobierno camboyano actual, que comprende desde el ejército de Pol Pot hasta los Kmers serei.
Pierre Rousset hizo un breve resumen de los principales temas de esta campaña. Voy a leerlo y proponemos adoptarlo como parte de este informe sobre las tareas de nuestro movimiento mundial:
"El marco:
— Defensa de la revolución indochina frente a las crecientes presiones imperialistas, donde el régimen de Pnompenh y las tropas vietnamitas combaten hoy contra las fuerzas sostenidas por el imperialismo.
— Defensa de los regímenes obreros de Indochina frente a las presiones ejercidas por la burocracia china.
— Lucha por desmantelar la totalidad de la red militar del imperialismo de los Estados Unidos en el Sudeste y en el Este asiático y apoyo total a las luchas revolucionarias en la región.
"Los ejes concretos de la campaña:
"— Por una masiva y urgente ayuda a los pueblos indochinos, sin condiciones políticas. Esto es particularmente urgente en el caso de Camboya, donde la ayuda financiera, médica, alimentaria y material en general debe ser enviada a Phompenh para salvar al pueblo camboyano del hambre y la enfermedad, como para ayudar a reconstruir el país y reanimar las actividades socio-económicas que se han derrum-

bado. Por el cese del bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos a Vietnam y contra el embargo decretado por el Japón y por las potencias imperialistas europeas desde este año sobre la ayuda alimentaria y económica.

"— Por el cese de la brutal utilización por el imperialismo del arma alimentaria. Hay que explicar las fraudulentas campañas internacionales "humanitarias" del imperialismo con respecto a los refugiados camboyanos y vietnamitas.

"— Hay que salvar del hambre a los refugiados camboyanos en Thailandia y a lo largo de su frontera. Pero esta ayuda humanitaria en *ningún caso* debe ser utilizada como **cobertura** para aportar ayuda material a las fuerzas combinadas de combate de los Khmers rojos, por una parte, de los Khmers serei, de los Khmers Serika y los Shianukistas por la otra, como sucede actualmente. Nos oponemos a una ayuda de este tipo.

"Thailandia, el régimen del ejército Thailandés, no deben ser utilizados como centro para atacar los países indochinos, sea por la frontera camboyana o laosiana.

"En todo conflicto que enfrente fundamentalmente a las fuerzas militares pro-imperialistas y de los países y gobiernos obreros, los revolucionarios no pueden ni deben permanecer neutrales. Sin equívocos, se ubican al lado de los regímenes obreros amenazados.

"— Reconocimiento diplomático de los gobiernos vietnamita, laosiano y camboyano. Los representantes del ejército de Pol Pot –Khieu Samphan deben ser expulsados de las instancias internacionales, tales como las Naciones Unidas."

He aquí las grandes líneas que proponemos para nuestra campaña sobre Indochina.

Detención del programa nuclear

La cuarta tarea que queremos instrumentar es la campaña antinuclear. No será organizada internacionalmente de la misma manera que la campaña de Nicaragua, pues ésta depende mucho más de los ritmos de los movimientos en los distintos países. No obstante, queremos coordinar nuestra participación a nivel mundial en esta lucha de importancia internacional. Es este actualmente, el único movimiento de protesta de masas que toma tal amplitud a escala mundial y se extiende desde los países imperialistas avanzados hasta los países semicoloniales.

Nuestro objetivo es claro: Que todos los reactores nucleares sean detenidos inmediatamente. Queremos hacer participar al movimiento obrero en esta lucha. Pensamos que se trata de una cuestión de sobrevivencia para la clase obrera y no nos sometemos a la demagogia derechista de numerosos dirigentes obreros colaboracionistas de clase que tratan de convencer a los trabajadores que la energía nuclear significa trabajo y progreso, cuando entraña en los hechos las radiaciones lo que implica un peligro constante de destrucción masivo.

Debemos participar en los comités y las coaliciones en nuestros respectivos países y proponernos dirigir campañas antinucleares. Debemos utilizar nuestra creciente base en la industria para ayudar a reforzar el movimiento haciendo participar a los obreros industriales en esta lucha.

Pensamos que la encrucijada es grande para el movimiento obrero y que debe volcar todo su peso para el cierre de los reactores.

Este movimiento representa igualmente una creciente base de oposición a la rápida extensión del arsenal de las potencias imperialistas. En algunos países, han tenido lugar amplios movimientos de protesta sobre esta cuestión. La forma de establecer el vínculo entre estas dos cuestiones, al nivel táctico difiere según los países y la situación.

El movimiento anti-nuclear representa un acontecimiento político importante para toda la Cuarta Internacional. Como ya lo empezamos a ver, este movimiento será una fuente importante de reclutamiento de cuadros para nuestro movimiento y para nuestras organizaciones de la juventud en el próximo período.

Claro está que hay muchas otras campañas importantes. Por ejemplo, la del derecho al aborto y otras actividades relativas a la liberación de la mujer. Estas serán tratadas como puntos separados en el orden del día de este congreso.

Están también las luchas de los trabajadores inmigrados, de las nacionalidades oprimidas, de los campesinos y de los pequeños agricultores, etc.

No obstante, en el tiempo que se nos ha acordado, queremos llamar la atención sobre otro esfuerzo urgente en el que nuestro movimiento a escala mundial está comprometido y que debe continuar impulsando. Se trata de la importante campaña organizada en defensa de Peter Uhl y otras víctimas de la burocracia checoslovaca.

Esta no es simplemente una campaña de solidaridad o de defensa puntual, lo que sería ya una justificación suficiente. Pero hay algo más.

Este tipo de solidaridad efectiva con los disidentes de los Estados obreros burocratizados es hoy la medida más importante que la Internacional puede tomar a fin de ganar cuadros del movimiento trotskista en Europa del Este –y podemos agregar en China–.

Algunas preguntas y respuestas

Quiero terminar con algunas preguntas que han sido planteadas con respecto al giro.

¿No es mecánico?, ¿no es una excusa?, ¿no es una obsesión de fábrica?

Y bien, creo que se puede decir que estamos un poco obsesionados con la idea de enviar amplias fracciones de camaradas a las grandes concentraciones de trabajadores industriales. Se puede jugar con las palabras. Pero nos declaramos culpables.

¿Es mecánico? En un cierto sentido sí. La mecánica que permite desatar verdaderamente el giro es una condición que debe ser puesta como previa al cumplimiento político de éste.

¿No es una excusa? No, no es una excusa, sino todo nuestro análisis político sería falso.

La dirección de la IV Internacional, el Comité Ejecutivo Internacional debe dirigir el giro.

Debe dirigirlo, por medio de análisis político a fin de situarlo en el desarrollo de la lucha de clases en escala mundial.

Debe dirigirlo, en el sentido que un gran número de sus miembros vayan a la industria.

Debe dirigirlo, coordinando a escala mundial, facilitando el cambio de experiencias y de informaciones, tanto entre las direcciones nacionales como entre los camaradas que trabajan en la industria de distintos países.

Esto significa que el Comité Ejecutivo Internacional como todas las otras instancias de dirección de nuestro movimiento, deberá comenzar a organizar su trabajo de manera diferente. Los órdenes del día de sus reuniones deberán cambiar, deberán ser ampliadas las cuestiones que deberá considerar y sobre las que deberá deliberar.

Por ejemplo, la próxima reunión del CEI deberá abocarse concretamente sobre las estadísticas que señalen los progresos del giro, y evaluar sus implicaciones políticas y organizativas.

La única manera de medir el éxtio del giro es observando honesta y fríamente las cifras, el número y el porcentaje de camaradas en la industria en cada sección, el número fracciones industriales que funcionan, el número de cuadros dirigentes que efectúan el giro. Sólo examinando estas cifras podremos evaluar los progresos hechos en la aplicación de la decisión central de este Congreso. He aquí lo que debemos hacer en la próxima reunión del CEI.

Cuanto más seamos capaces de sacar las lecciones y aplicar la resolución, más rápido el giro quedará tras nuestro. El giro es una medida *táctica* radical cuya necesidad proviene del desarrollo histórico de nuestro movimiento y del estado actual de la situación política mundial.

Es una respuesta anormal a una situación anormal, una situación en la cual la gran mayoría de nuestros militantes en todas nuestras secciones no fueron trabajadores de la industria. Una vez aplicada esta medida táctica e históricamente necesaria –una vez que la situación anormal con respecto a la composición social de nuestro movimiento y el terreno actual de nuestra intervención hayan cambiado– el giro se encontrará tras de nosotros. En los EE.UU. hablamos de "pereci-

miento del giro" si es conducido hasta el fin, entonces la táctica no tiene más razón de ser.

Varios camaradas me han dicho: "no olvides de señalar que nuestro movimiento está enfrentado a una crisis, que tenemos numerosos problemas". Con respecto a ésto, es un factor importante que es necesario recordar. Los problemas con los que estamos enfrentados no son el reflejo de reveses decisivos para la clase obrera, como los de los años 30 –el ascenso del fascismo y la guerra mundial– o retrocesos políticos como los de los años 1950.

En última instancia, la crisis y los problemas a los cuales estamos enfrentados encuentran su origen en la necesidad de prepararnos a los desafíos y a las posibilidades que se desprenden de la lucha de clases ascendente y de una situación en la cual las relaciones de fuerzas a escala mundial evoluciona a favor de nuestra clase. La salida de estas luchas no está aún definida. Las más importantes no se han producido aún. Ellas van a promover nuevas fuerzas de nuestra clase y de sus aliados.

Construir un partido mundial de masas

En vista de estas perspectivas revolucionarias, es también decisivo el giro porque pone a la IV Internacional en condiciones de cumplir con lo que será el desafío más importante para la construcción del partido mundial de masas de la revolución socialista.

Donde existimos actualmente en el mundo no tenemos más que pequeños grupos de propaganda. Para cumplir la tarea que nos hemos fijado, debemos ser capaces de girar hacia las capas de revolucionarios que vienen de otras direcciones y de otras tradiciones, *revolucionarios en los actos* como los que emergieron de la revolución cubana o de la revolución nicaragüense, de las corrientes de izquierda que surgen de la crisis del movimiento sindical y de los partidos reformistas. Nuestra capacidad para ligarnos a ellos atraerlos hacia nuestro programa y a convencerlos de su necesidad, a reunir nuestras fuerzas y las suyas en un cuadro político y organizativo común, solamente así podemos construir un partido mundial de masas. Esto no puede hacerse únicamente en base a reclutamiento individual en nuestras secciones.

Pero esta tarea histórica no puede ser cumplida más que por organizaciones enraizadas en la industria y compuestas por trabajadores industriales.

Frecuentemente destacamos que aún partidos revolucionarios relativamente pequeños pueden crecer de una manera tumultuosa durante los levantamientos de masas, cuando están compuestos por combatientes que surgen de estas batallas de clase. Es verdad, es lo que sucedió con los bolcheviques en 1917.

Pero ésto puede suceder *únicamente* a partidos de trabajadores industriales que han sido ya medidos en la acción, que tienen experiencia y que son respetados en el movimiento obrero. Esto no puede provenir del exterior de la clase obrera. Aquéllos que se encuentren en el exterior cuando tales acontecimientos se produzcan serán simplemente sobrepasados; la ocasión estará perdida.

Tal es el fin del giro. Ubicar nuestros cuadros dónde deben estar para construir partidos obreros que sean capaces de crecer a partir de batallas de clase que sabemos están a la orden del día en escala mundial. Sino nuestro programa del cual el proletariado mundial tiene necesidad para trazar el camino hacia la victoria será letra muerta en lugar de ser una guía para la acción revolucionaria de las masas.

No garantizamos que el giro nos llevará a adoptar una táctica correcta o nos ayudará a desempeñarnos mejor políticamente ante oportunidades de este tipo. Ninguna promesa de ninguna clase. Estos problemas serán tarea de camaradas en cada sección, en cada lugar y ante cada nueva situación. Podemos simplemente garantizar que estas decisiones no pueden ser tomadas correctamente sin el giro, sin partidos compuestos en su amplia mayoría por trabajadores industriales.

Por último, debemos poner fin a un mito. Esto me ha golpeado al leer un documento que trata sobre un cambio de ideas entre los dirigentes del Socialist Workers Party de Gran Bretaña y camaradas del International Marxist Group. El SWP británico advierte contra el hecho que hace algunos años, su organización americana había tratado de establecer la gran mayoría de los camaradas en la industria y que la experiencia había terminado de manera desastrosa. He aquí lo que dicen:

"Estando en total acuerdo con el *objetivo* de la sólida implantación de los revolucionarios en la clase obrera industrial, pensamos que el *método* propuesto para alcanzar este fin conduce al desastre. La 'proletarización' o la 'industrialización', es decir, el hecho de transplantar ex-estudiantes a la industria no es más que un substituto, y un substituto peligroso, frente a la verdadera tarea de la construcción de partidos obreros.

"'La industrialización' puede tener ciertos atractivos superficiales. Da resultados rápidos, aumenta de manera significativa el número de trabajadores manuales entre los militantes. Sin embargo, hay que pagar un precio muy caro para alcanzar tales resultados. Los camaradas pequeño burgueses que son enviados a la industria están obligados a adaptarse a su nuevo medio ambiente. La primera prioridad que se dan es de hacerse aceptable a los ojos de sus camaradas de trabajo. El resultado natural es que ocultan mucho o completamente sus opiniones políticas, y concentran sus esfuerzos por convertirse en buenos sindicalistas. Se cava un abismo entre su vida como revolucionario y su vida como militante obrero. En su lugar de trabajo, su prioridad no es ganar otros trabajadores a la política revolucionaria, vender el periódico del partido o presentar un programa de lucha contra los patrones, sino afirmarse pura y simplemente como buen militante. Al interior de la organización se convierten frecuentemente en una fuerza conservadora con una tendencia a adoptar, por ejemplo, lo que piensan que es una línea 'superproletaria' (es decir reaccionaria) sobre cuestiones tales como por ejemplo: la opresión sexual y adoptar posiciones generalmente economicistas.

"Al mismo tiempo, 'la industrialización' tiende a crear dos tipos de militantes en la organización. Hay los 'cuadros trabajadores bolcheviques' que han efectuado la transición de pequeños burgueses a 'proletarios' y que en consecuencia, tienen tendencia a considerarse como una élite, y los otros, que existen, no para construir el partido u organizaciones de masas en su lugar de trabajo, sino para 'servir' a los 'proletarios'. El trabajo en los sindicatos de empleados y en los medios estudiantiles, que están lejos de ser esferas de actividad subestimables, sufren enormemente cuando son sometidos a este género de régimen.

"No inventamos este escenario. Se ha desarrollado en un caso particular, en el interior de nuestra propia organización. Esto sucedió a la Internacional Socialist en los EE.UU, donde la 'industrialización' produjo un periódico que apenas habla de política, un aparato de pretensiosos permanentes, una capa conservadora de estudiantes 'proletarizados' y en la base estudiantes y empleados desmoralizados. El resultado final es que la organización se ha disuelto en diversos reagrupamientos de tipo sindical y en un mensual de propaganda".

La conclusión que extrae el SWP británico es: *no entréis en la industria. El giro es falso.*

Nosotros decimos exactamente lo contrario. Decimos que la razón por la cual la experiencia de la IS condujo a un fracaso –y qué fracaso– se encuentra en el programa y en la dirección que lo efectuó. La razón de este fracaso es que esta organización oponía la entrada a la industria y el "trabajo sindical" por una parte al desarrollo de un periódico obrero claramente político, a una formación marxista y a campañas políticas sistemáticas, por la otra parte. Cuando hicieran el giro, la dirección *despolitizó* conscientemente todas las instituciones del partido.

Si tales posiciones erróneas son adoptadas entonces el giro será un fracaso. Se perderán camaradas. no se podrá reclutar ni continuar politizando a jóvenes trabajadores. Si el partido está obligado a *elegir* entre el esfuerzo para hacer entrar camaradas a la industria y el de conducir campañas políticas organizadas, entonces por supuesto, el ingreso será un fracaso.

Pero nuestra visión es totalmente diferente. No pensamos que camaradas que han sido reclutados y formados en el movimiento de protesta y en luchas importantes de los oprimidos serán menos políticos, menos feministas o menos opuestos a la energía nuclear cuando sean trabajadores industriales o militantes sindicales. Creemos –y nuestra experiencia ya lo confirma– que los camaradas adquieren cada vez mayor confianza en sí mismos y resultan cada vez más eficaces durante estas luchas.

Por último, tras la oposición al giro –sea consciente o no– hay la idea, en cierta manera, de que los trabajadores son inherentemente, menos revolucionarios, menos políticos y más racistas que otros sectores de la población. Esto es absolutamente falso.

Estamos convencidos que los trabajadores no son menos políticos que otros sectores de la población. Al contrario, estamos convencidos que cuando la lucha de todos los oprimidos se produndice, los trabajadores de la industria tomarán cada vez más la delantera.

Pero para efectuar el giro, debemos mirar los hechos de frente, debemos mirar friamente, honestamente, y profundamente el tamaño, la composición y los problemas actuales de nuestro movimiento. No existen asuntos o definiciones formalmente correctas que nos puedan ayudar a convertirnos en partido proletario tanto por su composición social como por su programa. Debemos partir de nuestra *verdadera* composición a fin de poder determinar las tareas y las verdaderas oportunidades que se nos ofrecen.

Estar a la altura de las situaciones futuras

No hay razones para caer en el pesimismo. Debemos considerar la crisis y los problemas a los que estamos confrontados como los reflejos de un período que se abre y en el cual podremos *resolverlo.* El giro nos dará las perspectivas políticas que necesitamos para construirnos y para avanzar.

A escala mundial, representamos la única alternativa revolucionaria organizada para el movimiento obrero. Todas las otras corrientes internacionales han fracasado.

Estamos convencidos que efectuando el giro hacia la clase obrera industrial debemos construir simúltaneamente un partido mundial y nuestras secciones nacionales. No podemos construir partidos obreros revolucionarios en ningún lugar del mundo sin luchar al mismo tiempo por construir el partido mundial.

Y este partido mundial no podrá ser construído y no lo será si no está compuesto de *partidos obreros* enraizados en la industria en los países del mundo.

Efectuando este giro, abrimos la vía para una nueva etapa en la construcción del partido internacional de la revolución socialista que la clase obrera necesita para echar abajo el capitalismo mundial.

Resolución sobre la mujer





La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer

Resolución adoptada por el Congreso mundial. Esta resolución obtuvo 100 votos a favor, 0,5 votos en contra, 6 abstenciones y 6,5 NPV.

Las posiciones marxistas básicas sobre la opresión de las mujeres forman parte de los fundamentos programáticos de la IV Internacional. Sin embargo es la primera vez en la historia de la IV Internacional que discutimos y adoptamos una resolución completa sobre la liberación de la mujer. Su objetivo es precisar nuestro análisis sobre la opresión de la mujer, y el lugar que ocupa la lucha contra esa opresión en nuestras perspectivas para los tres sectores de la revolución mundial: **los países capitalistas avanzados, el mundo colonial, y semicolonial y los estados obreros.**

EL CARACTER DE LA OPRESION DE LAS MUJERES

EL NUEVO AUGE DE LAS LUCHAS DE LAS MUJERES

1. Desde finales de los años 60 se ha producido una creciente rebelión de las mujeres contra la opresión que sufren como sexo. En todo el mundo, millones de mujeres, especialmente mujeres jóvenes, estudiantes, trabajadoras, amas de casa, comienzan a poner en cuestión algunos de los aspectos más fundamentales de su opresión secular.

El primer país en que apareció esta radicalización de las mujeres como un fenómeno de masas fueron los Estados Unidos. Esta radicalización se manifestó por la aparición de miles de grupos de **liberación de la mujer** y por **las manifestaciones** de decenas de miles de mujeres el 26 de agosto de 1970, en conmemoración del 50 aniversario del triunfo de la lucha de las mujeres norteamericanas por el derecho al voto.

Pero la nueva ola de luchas de las mujeres en EE.UU. no fue un proceso excepcional y aislado, ya que pronto surgió el movimiento de liberación de la mujer en todos los **países capitalistas** avanzados.

El nuevo movimiento de liberación de la mujer apareció en la escena histórica formando parte de un ascenso más general de la clase obrera y de todos las capas y sectores oprimidos y explotados de la población mundial. Este ascenso ha tomado muchas formas, desde huelgas económicas hasta luchas contra la opresión nacional, manifestaciones estudiantiles, reivindicaciones de protección del medio ambiente y movimiento internacional contra la guerra imperialista en Vietnam. Aunque el movimiento feminista surgió entre estudiantes y mujeres profesionales, las reivindicaciones que levantó, combinadas con las contradicciones crecientes del sistema capitalista comenzaron a movilizar a sectores mucho más amplios. Comenzó a influir es la conciencia, las aspiraciones y las acciones de sectores significativos de la clase obrera, tanto hombres como mujeres.

En muchos países, el nuevo ascenso de la lucha de las mujeres precedió a todos los amplios cambios en la combatividad del movimiento obrero organizado. En otros, como en España, se mezcló con el auge explosivo de las luchas de la clase obrera en todos los frentes. Pero prácticamente en todos los casos, el movimiento surgió fuera e independientemente de las organizaciones de masas del movimiento obrero, que se vieron entonces obligadas a responder a ese nuevo fenómeno. El desarrollo del movimiento feminista se ha convertido de ese modo en un factor importante dentro de la batalla política e ideológica para debilitar la influencia de la burguesía y de sus agentes dentro de la clase obrera.

El rápido crecimiento del movimiento feminista, y el papel que ha tenido en la profundización de la lucha de clases, tanto a nivel internacional, como en los distintos países, confirma que hay que considerar la lucha por la liberación de la mujer como un componente fundamental del nuevo ascenso de la revolución mundial.

2. Esta radicalización de las mujeres no tiene precedentes tanto por la profundidad de la crisis económica, política y social que expresa, como por las implicaciones que tiene en la lucha contra la opresión y explotación capitalista.

País tras país, un número cada vez mayor de mujeres participa en campañas de masas contra las leyes reaccionarias, contra el aborto y los anticonceptivos, contra las opresivas legislaciones de matrimonio, por instalaciones

suficientes de guarderías, contra toda restricción legal a la igualdad. Denuncian y resisten las formas en las que se expresa el sexismo en todas las esferas, desde la política, el empleo y la educación, hasta los aspectos más íntimos de la vida cotidiana, incluyendo el peso de las tareas domésticas y la violencia y la intimidación a que se ven sometidas las mujeres en su casa y en la calle.

Las mujeres levantan reivindicaciones que ponen en cuestión las formas específicas que toma su opresión bajo el capitalismo en la actualidad y ponen también en cuestión la arraigada división tradicional del trabajo entre hombres y mujeres, desde la casa hasta la fábrica. Cada vez más exigen medidas preferenciales que abran a las mujeres las puertas que les han sido cerradas en todos los terrenos para poder acabar con una discriminación institucionalizada desde hace siglos.

Insisten en el derecho a participar con completa igualdad en todas las formas de actividad social, económica y cultural: igualdad en la educación, en el acceso a trabajos, igual salario para igual trabajo.

Para hacer posible esta igualdad, las mujeres buscan los medios para poner fin a su servidumbre doméstica. Exigen la socialización de las tareas domésticas y que éstas no sean consideradas como un "trabajo de mujeres". Las más conscientes reconocen que es la sociedad y no la unidad familiar individual quien debe tomar la responsabilidad de los jóvenes, los viejos y los enfermos.

En el mismo centro del naciente movimiento por la liberación de la mujer ha estado la lucha porque el aborto deje de ser considerado como un crimen, y por hacerlo accesible a todas las mujeres. Millones de mujeres reconocen el derecho a controlar sus propios cuerpos, a decidir si van a tener hijos, cuándo y cuántos, como una precondición elemental para su liberación.

Estas exigencias llegan al corazón mismo de la opresión específica de la mujer, que se ejerce a través de la familia y golpean los pilares de la sociedad de clases. Muestran hasta qué punto la lucha por la liberación de la mujer es una lucha por la transformación de todas las relaciones sociales y humanas, en la medida en que las situa a un nivel diferente, más elevado.

3. El hecho de que el movimiento de liberación de la mujer apareciera como un fenómeno internacional, incluso antes de la agudización de las contradicciones económicas mundiales del capitalismo a mediados de los años 70, demuestra las profundas raices sociales de esta rebelión. Es uno de los síntomas más claros de la profundidad de la crisis social del orden burgués en la actualidad.

Estas luchas ilustran el grado en que las anacrónicas relaciones e instituciones capitalistas generan contradicciones cada vez mayores en todos los sectores de la sociedad y precipitan nuevas expresiones de la lucha de clases. La agonía del capitalismo hace que nuevos sectores, entren en conflicto directo con las necesidades y prerrogativas fundamentales de la burguesía, aportando nuevos aliados y fortaleciendo a la clase obrera en su lucha para derribar el sistema capitalista. El desarrollo de la lucha de las mujeres contra su opresión ya ha comenzado a privar a la clase dominante de una de las armas principales que durante largo tiempo ha utilizado para dividir y debilitar a los explotados y a los oprimidos.

4. La opresión de la mujer ha sido una de las principales características de la sociedad de clases a lo largo de la historia. Pero las tareas prácticas para destruir radicalmente sus causas y para combatir sus efectos, no se pudieron plantear a escala de masas antes de la era de la transición del capitalismo al socialismo. La lucha por la liberación de las mujeres es inseparable de la lucha de los obreros para abolir el capitalismo. Constituye una parte integrante de la revolución socialista y de la perspectiva comunista de una sociedad sin clases.

La sustitución del sistema de familia patriarcal, basado en la propiedad privada, por una organización superior de las relaciones humanas es un objetivo fundamental de la revolución socialista. Este proceso se acelerará y se profundizará conforme surjan las bases materiales e ideológicas del nuevo orden comunista.

El desarrollo del movimiento de liberación de las mujeres, en la actualidad, hace avanzar la luha de clases, aumenta sus fuerzas y favorece las perspectivas del socialismo.

5. Las mujeres pueden lograr su liberación solamente con el triunfo de la revolución socialista mundial. Este objetivo sólo se puede realizar con la organización y las movilizaciones de masas de las mujeres formando parte de la lucha de clases. Aquí reside la dinámica anticapitalista objetiva de la lucha de las mujeres por su liberación, así como la razón fundamental por la cual la IV Internacional debe estar presente en estas luchas y contribuir a ofrecer una dirección revolucionaria a la lucha de las mujeres para lograr su liberación.

ORIGEN Y NATURALEZA DE LA OPRESION DE LAS MUJERES

1. Contrariamente a lo que muchos piensan la opresión de las mujeres no ha estado determinada por su biología. Su origen tiene un carácter social y económico. A lo largo de la evolución de la sociedad pre-clasista y de clases, la función de reproducción de las mujeres siempre ha sido la misma. Pero su situación social no ha sido siempre el status degradante de una esclava doméstica sometida al control y las órdenes del hombre.

2. Antes del desarrollo de la sociedad de clases, durante el periodo histórico al que los marxistas tradicionalmente se han referido como comunismo primitivo (sociedades de subsistencia), la producción social se organizaba de forma comunitaria y su producto se repartía equitativamente. Por tanto, no existía ningún tipo de explotación, de opresión de un grupo o sexo por otro, porque no existía la base material para tales relaciones. Ambos sexos participaban en la producción social, contribuyendo a asegurar el mantenimiento y la supervivencia de todos. La situación social de los hombres y las mujeres reflejaba los papeles esenciales que cada uno de ellos tenía en este proceso productivo.

3. El origen de la opresión de las mujeres está ligado a la transición de la sociedad preclasista a la sociedad de clases. El proceso exacto a través del que tuvo lugar esta compleja transición es todavía objeto permanente de investigación y discusión, incluso entre quienes mantienen posiciones materialistas de la historia. Sin embargo, las líneas fundamentales de la aparición de la opresión de la mujer están claras. El cambio en la situación de las mujeres se desarrolló junto a la creciente productividad del trabajo humano basado en la agricultura, la ganadería y la constitución de stocks, desarrollo de nuevas divisiones del trabajo, artesanía y comercio; a la apropiación privada de un excedente social cada vez mayor y al incremento para algunos hombres de la posibilidad de prosperar a partir de la explotación del trabajo de otros. En estas condiciones socio-económicas específicas, al mismo tiempo que la explotación de seres humanos se volvió provechosa para un pequeño número de privilegiados, las mujeres debido a su papel biológico en la reproducción, se convierten en una propiedad rentable. Al igual que las esclavas y el ganado eran fuente de riqueza. Sólo ellas podían producir nuevos seres humanos cuya fuerza de trabajo pudiera ser explotada enseguida. Así, la compra de mujeres por hombres, junto con los derechos sobre su futura descendencia apareció como una de las instituciones económicas y sociales del nuevo orden

basado en la propiedad privada. El papel social de las mujeres se definió cada vez más como la de una esclava doméstica y como productora de hijos.

Junto con la acumulación privada de la riqueza se desarrolló la familia patriarcal como la institución a través de la cual la responsabilidad por los miembros improductivos de la sociedad especialmente los jóvenes se transfirió de la sociedad en su conjunto a un individuo o a un pequeño grupo de individuos. Esta fue la primera institución socio-económica que aseguró la perpetuidad de una generación a otra de la división de clases, divisiones entre los que poseen riquezas y viven del trabajo de otros, y los que, al no tener propiedades, tenían que trabajar para otro para poder vivir. La destrucción de las tradiciones y estructuras igualitarias y comunitarias del comunismo primitivo fue esencial para el nacimiento de una clase explotadora y acelerará la acumulación primitiva de riquezas.

Este fue el origen de la familia patriarcal. En realidad, la misma palabra familia que en la actualidad aún se utiliza en lenguas de origen latinas, viene de la palabra latina "famulus", que significa esclavo de la casa y "familia" que designa a la totalidad de los esclavos pertenecientes a un hombre.

Las mujeres dejaron de tener un puesto independiente en la producción social. Su papel productivo estaba determinado por la familia a la que pertenecían, por el hombre al que estaban subordinadas. Esta dependencia económica determinó la situación social de las mujeres como personas de segunda categoría de la que siempre ha dependido la cohesión y la continuidad de la familia patriarcal. Si las mujeres pudieran simplemente coger sus hijos e irse, sin que esto supusiera ningún problema económico o social, la familia patriarcal no habría podido mantenerse durante milenios.

Así la familia patriarcal y la subyugación de las mujeres, surgieron al mismo tiempo que las demás instituciones de la naciente sociedad de clases para reafirmar las recién aparecidas divisiones de clase y para perpetuar la acumulación privada de la riqueza. El estado, con su policía y sus ejércitos, sus leyes y sus tribunales, reforzaron estas relaciones. La ideología de la clase dominante, incluyendo la religión, surgió sobre esta base y tuvo un papel vital en la justificación de la degradación a la que someter al sexo femenino.

4. La familia es la institución fundamental de la sociedad de clases que determina y mantiene el carácter específico de la opresión de la mujer como sexo. A lo largo de la historia de la sociedad de clases, el sistema familiar ha demostrado su valor como institución de la dominación de clase. La forma de la familia ha evolucionado y se ha adaptado a las necesidades cambiantes de las clases dominantes conforme los modos de producción y las formas de propiedad privada han atravesado diferentes etapas de su desarrollo. El sistema familiar en el esclavismo clásico era distinto del sistema familiar durante el feudalismo (no existía en realidad la familia esclava). Ambos eran completamente distintos de lo que a menudo se llama el "núcleo familiar" urbano de hoy en día.

Además la institución familiar responde al mismo tiempo a necesidades económicas y sociales diferentes, frente a clases con diferentes papeles en la producción y distintos derechos de propiedad, con intereses diametralmente opuestos. Por ejemplo, la "familia del siervo" y la "familia" del señor feudal eran formaciones socio-económicas completamente distintas. Sin embargo, ambas formaban parte del **sistema** familiar, una institución de dominación de clase que ha jugado un papel indispensable en todas las etapas de desarrollo de la sociedad de clase.

En la sociedad de clases, la familia es el único lugar al que la mayoría de las personas se puede volver para intentar satisfacer algunas necesidades humanas básicas, como amor y compañía. A pesar de lo pobremente que pueda la familia llenar estas necesidades para muchos, no hay ninguna alternativa real mientras exista la propiedad privada. La desintegración de la familia bajo el capitalismo arrastra desgracia y sufrimiento precisamente porque todavía no puede aparecer ninguna forma superior de relaciones humanas en este sistema.

Pero lo que define la naturaleza del sistema familiar no es el que proporcione amor y compañía. El sistema familiar es una institución económica y social, cuyas funciones se pueden resumir de la forma siguiente:

a) La familia es el mecanismo básico por el que las clases dominantes se eximen de la responsabilidad social del bienestar económico de aquellos cuya fuerza de trabajo explotan: la mayoría del género humano. La clase dominante trata, en la medida de lo posible, de obligar a cada familia a ser responsable de sí misma, institucionalizando de esta manera la distribución desigual de los ingresos, y de la riqueza.

b) La institución familiar proporciona los medios para transmitir las riquezas de una generación a otra. Es el mecanismo social fundamental para la perpetuación de la división de la sociedad en clases.

c) El sistema familiar le proporciona a la clase dominante el mecanismo más barato e ideológicamente más aceptable para la reproducción de fuerza de trabajo. El hacer a la familia responsable del cuidado de los jóvenes significa que se reduce al mínimo la parte de riqueza social acumulada —apropiada como propiedad privada— que se utiliza para asegurar la reproducción de las clases trabajadoras. Además, el hecho de que cada familia sea una unidad atomizada, que lucha para asegurar su propia supervivencia, hace más difícil para los más oprimidos y explotados unirse en la acción común.

d) La institución familiar refuerza una división social del trabajo en que las mujeres están definidas fundamentalmente por su papel de productores de hijos y se les encarga de tareas ligadas directamente con esta función reproductiva: las relacionadas con el cuidado de los demás miembros de la familia. Así, la institución familiar refuerza y descansa sobre una división social del trabajo que implica la subyugación y la dependencia económica de la mujer.

e) El sistema familiar es una institución conservadora y represiva que reproduce en su interior las relaciones jerárquicas y autoritarias necesarias para el mantenimiento de la sociedad de clases en su conjunto. Fortalece las actitudes agresivas, posesivas y competitivas necesarias a la perpetuación de las divisiones de clase.

Moldea la estructura del carácter y comportamiento de los niños desde la infancia hasta la adolescencia. Les entrena, les disciplina y les vigila, educándoles en la sumisión a la autoridad establecida. De ese modo, desvía los impulsos rebeldes e inconformistas. Reprime y desvía toda sexualidad, la canaliza en los comportamientos sexuales masculinos o femeninos socialmente establecidos y aceptados que corresponden a sus objetivos en cuanto a la reproducción, diferentes papeles socio-economicos de los hombres y las mujeres. Inculca todos los valores sociales y normas de comportamiento que los individuos deben adquirir para sobrevivir en la sociedad de clases y someterse a su dominación. Distorsiona todas las relaciones humanas imponiéndoles el marco de la obligación económica, la dependencia personal y la represión sexual.

5. Bajo el capitalismo, como en épocas históricas anteriores, la familia ha evolucionado. Pero el sistema familiar continúa siendo una institución indispensable para la dominación de clase, al cumplir todas las funciones económicas y sociales que hemos descrito.

Entre la burguesía, la familia asegura la transmisión de la propiedad privada de una generación a otra. Los matrimonios, frecuentemente, garantizan alianzas provechosas o fusiones de amplios bloques de capital, especialmente en las primeras etapas de la acumulación capitalista.

Entre la pequeña burguesía clásica, como los campesinos, artesanos o pequeños comerciantes, la familia es también una unidad de producción basada en el trabajo de sus miembros.

Para la clase obrera, aunque la familia proporciona algún grado de protección mutua para sus miembros, es una institución de clase ajena, en el sentido más básico, que se le impone a la clase obrera y sirve a los intereses económicos de la burguesía y no de los trabajadores. Y sin embargo, los trabajadores se ven adoctrinados desde la infancia, a verla (igual que al trabajo asalariado, la propiedad privada y el estado) como la más natural e imperecedera de las relaciones humanas.

a) Con el ascenso del capitalismo y el crecimiento de la clase obrera, la unidad familiar entre los trabajadores deja de ser una unidad pequeño burguesa de producción, aunque permanece como la unidad básica a través de la que se organiza el consumo y la reproducción de la fuerza de trabajo. Cada miembro de la familia vende su fuerza de trabajo individualmente en el mercado. El lazo económico básico que anteriormente mantenia unida a la familia de los explotados y los oprimidos —por ejemplo, el hecho de que tuvieran que trabajar conjuntamente para sobrevivir— comienza a disolverse. Conforme las mujeres son empujadas al mercado de trabajo consiguen por primera vez, desde la aparición de la sociedad de clases, algún grado de independencia económica. Esto comienza a socavar la aceptación de su subyugación doméstica por parte de la mujer. En consecuencia es la misma institución familiar que se pone en cuestión.

b) Así, hay una contradicción entre la creciente integración de las mujeres en el mercado de trabajo y la independencia económica y la igualdad, la familia tenderá cada vez más a desaparecer. pero el sistema familiar es un pilar indispensable de la dominación de clase. Su mantenimiento es esencial para la supervivencia del capitalismo.

c) El número creciente de mujeres en el mercado de trabajo crea una profunda contradicción para la clase capitalista, especialmente durante los períodos de expansión acelerada. Tienen que emplear más mujeres para sacar ganancias de su sobreexplotación. Pero el empleo de las mujeres les quita la posibilidad de perpetuar el sistema, según el cual las mujeres son responsables de lo fundamental del trabajo doméstico gratuito, que consiste en ocuparse de los niños. Así, el estado tiene que comenzar a ayudar a la familia contribuyendo a asegurar y pagar algunas de las funciones sociales y económicas que esta tradicionalmente llenaba, como la educación, el cuidado de los niños, etc.

Pero los servicios sociales son más caros que el trabajo doméstico no pagado de las mujeres. Absorben una parte de la plusvalía que de otra forma se apropiarían los dueños del capital. Disminuyen sus ganancias. Además, los programas sociales de este tipo fortalecen la idea de que es la sociedad y no la familia quien debe responsabilizarse del bienestar de sus miembros improductivos. Elevan las expectativas sociales de la clase obrera.

d) El trabajo doméstico efectuado gratuitamente por las mujeres —cocina, limpieza, lavado, cuidado de los niños— tiene un papel específico bajo el capitalismo. Este trabajo doméstico es un elemento necesario de la reproducción de la fuerza de trabajo que se vende a los capitalistas (tanto la propia fuerza de trabajo de la mujer, como la de su marido, la de sus hijos o de cualquier otro miembro de la familia).

Si todo lo demás se mantuviera igual y las mujeres no realizaran su trabajo gratuito en el interior de las familias obreras, el nivel general de salarios tendría que ser lo suficientemente altos como para comprar los bienes y servicios que en la actualidad se producen dentro de la familia. (Desde luego, el nivel general de vida necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo está históricamente determinado en cada sociedad y en cada época. No se puede reducir drásticamente sin una derrota aplastante de la clase obrera). Cualquier disminución generalizada del trabajo doméstico no pagado que realizan las mujeres, reduciría las ganancias totales, alterando la proporción entre ganancias y salarios a favor del proletariado.

A pesar de lo útil que pueda ser, el trabajo doméstico de una mujer no produce bienes de cambio para el mercado, y por lo tanto no produce valor ni plusvalía. Tampoco entra en el proceso de explotación capitalista. En términos de valor, el trabajo doméstico efectuado gratuitamente en el seno de la familia afecta a la **tasa** de plusvalía. Indirectamente, aumenta la masa total de plusvalía social. Esto es cierto, independientemente de que este trabajo sea desempeñado por las mujeres, o compartido por los hombres.

Es la clase capitalista, no los hombres en general, y desde luego, no los asalariados de sexo masculino, quien se beneficia del trabajo gratuito de la mujer en casa. Esta "explotación" de la familia de trabajadores, cuya carga cae abrumadoramente sobre los hombros de las mujeres, solamente se puede eliminar con la destrucción del capitalismo y la socialización de las tareas domésticas en el proceso de construcción de la sociedad socialista.

e) El papel indispensable de la familia y el dilema que crea el creciente empleo de la mujer para la clase capitalista se hace completamente claro en períodos de crisis económica. La clase dominante necesita realizar dos objetivos: tiene que sacar a un número significativo de mujeres de la fuerza de trabajo para restablecer el ejército de reserva, y para bajar los niveles de salarios. Tiene que reducir los costos crecientes de los servicios sociales que proporciona el estado y transferir la responsabilidad y el peso económico de estos servicios de nuevo sobre la familia individual del trabajador.

Para realizar estos dos objetivos, necesita emprender una ofensiva ideológica contra el mismo concepto de la igualdad y la independencia de las mujeres, y reforzar la responsabilidad de cada familiar individual sobre el cuidado de sus hijos, sus ancianos, y sus enfermos. Tiene que reforzar la imagen de la familia como la única forma "natural" de las relaciones humanas y convencer a las mujeres que han comenzado a rebelarse contra su situación subordinada de que la verdadera felicidad solamente se consigue al cumplir su papel "natural" y primario de esposa-madre-ama de casa. Los capitalistas empiezan a descubrir que pese a sus palabras y gritos sobre la crisis y la austeridad que se impone, muchas mujeres están integradas en el mundo del trabajo y es más difícil empujar de nuevo a la casa a un número suficiente de ellas.

f). En las primeras etapas de la acumulación capitalista, la explotación brutal, desatada y sin regulación alguna de las mujeres y los niños a menudo llega a erosionar la

estructura familiar en el seno de la clase obrera y amenaza su utilidad como sistema de organización, control y reproducción de la fuerza de trabajo.

Esta era la tendencia sobre la que Marx y Engels llamaron la atención en la Inglaterra del siglo XIX. Predijeron la rápida desaparición de la familia en la clase obrera. Estaban en lo correcto en su visión y comprensión básicas del papel de la familia en la sociedad capitalista, pero subestimaron la capacidad latente del capitalismo de atenuar el ritmo de desarrollo de sus contradicciones internas. Subestimaron la capacidad de la clase dominante de intervenir para regular el empleo de las mujeres y los niños y apuntalar la familia para preservar el mismo sistema capitalista. Bajo la fuerte presión del movimiento obrero para atenuar la explotación brutal de las mujeres y los niños, el estado intervino a favor de los intereses a largo plazo de la clase capitalista incluso aunque esto se enfrentara a la aspiración de cada capitalista individual de exprimir hasta la última gota de sangre de todos los trabajadores durante 16 horas diarias, haciéndoles morir a los 30 años.

g) Los políticos capitalistas responsables de elaborar las políticas sociales para proteger y defender los intereses de la clase dominante son extremadamente conscientes del papel económico indispensable que tiene la familia y de la necesidad de mantenerla como el núcleo social básico en el capitalismo. La "defensa de la familia" no es solamente un estribillo demagógico de la ultra derecha. El mantenimiento del sistema familiar es la política básica de todo estado capitalista, dictada por las necesidades sociales y económicas del mismo capitalismo.

6. Bajo el capitalismo, la institución familiar también constituye el mecanismo para la sobreexplotación de las mujeres como trabajadoras asalariadas.

a. Le da al capitalismo una reserva excepcionalmente flexible de fuerza de trabajo, que puede llevarse a trabajar, o ser devuelta a la casa con consecuencias sociales menores que las de cualquier otro componente del ejército de reserva.

Como toda la superestructura ideológica refuerza la ficción de que el puesto de la mujer es en su casa, las altas tasas de desempleo en las mujeres producen relativamente menos protesta social. Después de todo, se dice las mujeres solamente trabajan para aportar un suplemento a los ingresos que ya existen en la familia. Cuando están desempleadas, se ocupan de las tareas domésticas, y no están tan obviamente "sin trabajo". La indignación y el resentimiento que sufren, a menudo desaparece como amenaza social seria debido al aislamiento y la atomización de las mujeres en casas separadas e individuales. El que en periodos de crisis económica, las medidas de austeridad tomadas por la clase dominante implican siempre ataques contra el derecho de las mujeres al trabajo, se traduce en presiones.

b. Como el puesto "natural" de la mujer se supone que está en la casa, el capitalismo tiene una racionalización ampliamente aceptada para perpetuar:

1. El empleo de mujeres en trabajos no cualificados y de baja remuneración. "No merece la pena enseñarles, porque se quedan embarazadas o se casan y dejan el trabajo".

2. La desigualdad salarial y los bajos salarios. "De todos modos solo trabajan para comprar tonterias y objetos de lujo".

3. Profundas divisiones en el seno de la misma clase obrera. "Está ocupando un puesto que debería tener un hombre".

4. El hecho de que las mujeres trabajadoras no estén proporcionalmente integradas en los sindicatos y otras organizaciones de la clase obrera. "Ella no debería estar corriendo de un lado a otro y yendo a reuniones. Debería estar en su casa cuidando a los niños".

c. Como todo el sistema salarial está estructurado a partir de los salarios más bajos, esta sobreexplotación de la mujer como mano de obra de reserva juega un papel insustituible para mantener bajos también los salarios de los hombres.

d. La subyugación de la mujer dentro del sistema familiar proporciona las bases económicas, sociales e ideológicas que hacen posible su sobreexplotación. Las mujeres trabajadoras no sólo están explotadas como trabajadoras asalariadas, sino también como una reserva de trabajo de parias definidas por el sexo.

7. La opresión de la mujer está históricamente entremezclada con la división de la sociedad en clases, y con el papel de la familia como la unidad básica de la sociedad de clases. Por eso esta opresión sólo puede ser erradicada con la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Hoy, es el carácter de clase de estas relaciones de producción, y no la capacidad productiva de la humanidad lo que constituye el obstáculo para que las funciones económicas y sociales atribuidas a la familia bajo el capitalismo no sean transferidas a la sociedad en su conjunto.

8. El análisis materialista del origen histórico y las raices económicas de la opresión de las mujeres es esencial para desarrollar un programa y una perspectiva capaces de conquistar la liberación de la mujer. Rechazar esta explicación científica conduce inevitablemente a uno de estos dos errores:

a. Un error, que cometen muchos que dicen seguir el método marxista, es negar, o por lo menos minimizar, la opresión de la mujer como sexo en toda la historia de la sociedad de clases. Ven la opresión de la mujer pura y simplemente como un aspecto de la explotación de la clase obrera. Este punto de vista, da la importancia a las luchas de las mujeres solamente en su calidad de trabajadoras asalariadas en sus empleos. Piensan que las mujeres serán liberadas, de paso, por la revolución socialista, por lo que no hay ninguna necesidad de que se organicen como mujeres luchando por sus propias reivindicaciones. Niegan la necesidad de que las mujeres se organicen para luchar contra su opresión, no hacen sino reforzar las divisiones en el seno de la clase obrera y retardan el desarrollo de la conciencia de clase entre las mujeres que empiezan a luchar contra su estatus de inferioridad.

b. Un error simétrico lo cometen aquellos que argumentan que la dominación de la mujer por el hombre existía antes de que la sociedad de clases comenzara a aparecer. Defienden que esto se concretó por medio de una división del trabajo en base al sexo. Así, la opresión patriarcal se debe explicar por razones diferentes del desarrollo de la propiedad privada y la sociedad de clases. Ven el patriarcado como un conjunto de relaciones opresivas paralelo pero independiente a las relaciones de clase.

Quienes han desarrollado este análisis de forma sistemática, generalmente aislan el hecho de la reproducción y se concentran solamente en él. Pasan generalmente por alto el predominio del trabajo cooperativo, la esencia de la sociedad humana, y dan muy poca importancia al lugar que ocupan las mujeres en el proceso de producción en

cada etapa histórica. Algunos llegan hasta teorizar sobre un modo patriarcal de reproducción atemporal, definido por el control del hombre sobre los medios de reproducción (las mujeres). A menudo adelantan explicaciones psicoanalíticas que rápidamente caen en un idealismo a-histórico, colocando las raices de la opresión en aspectos biológicos y/o psicológicos al margen del contexto materialista de las relaciones sociales.

Esta corriente, muchas veces organizada bajo el nombre de "feministas radicales", agrupa tanto antimarxistas conscientes como otros que consideran que están haciendo una "redefinición feminista del marxismo". Pero la posición de que la opresión de la mujer es paralela, y no tiene sus raices en la explotación de clase lleva incluso a los más coherentes, a plantear la necesidad de un partido político de mujeres basado en un programa feminista que trata de ser independiente de la lucha de clases. Rechazan y son hostiles a la necesidad de que las mujeres y los hombres se organicen conjuntamente sobre la base de un programa revolucionario de la clase obrera para terminar tanto con la explotación de clase como con la opresión sexual. No ven la necesidad de aliarse en la lucha con otros que estén oprimidos y explotados.

Estas dos aproximaciones unilaterales niegan la dinámica revolucionaria de la lucha por la liberación de la mujer como una forma de la lucha de clases. Ninguna de las dos reconoce que la lucha por la liberación de las mujeres, para triunfar, tiene que ir más allá de los límites de las relaciones de propiedad capitalista. Ambas posiciones niegan las implicaciones que tiene este hecho para la clase obrera y su dirección marxista revolucionaria.

RAICES DE LA NUEVA RADICALIZACION DE LAS MUJERES

1. El movimiento actual de liberación de la mujer se levanta sobre la base de las luchas anteriores de las mujeres, a finales del último siglo.

Con la consolidación del capitalismo industrial durante el siglo XIX, un número creciente de mujeres se integró al mercado del trabajo. La brecha entre la situación social y legal de la mujer heredada del feudalismo y su nueva situación económica como trabajadora asalariada que vende su fuerza de trabajo en el mercado, produjo enormes contradicciones. El capitalismo también abrió la puerta para la independencia económica de las mujeres de la clase dominante. A partir de estas contradicciones apareció la primera ola de luchas de las mujeres, dirigida a conquistar la **completa igualdad** legal con los hombres.

Entre las que luchaban por los derechos de las mujeres se encontraban diferentes corrientes políticas. Muchas de las dirigentes sufragistas eran mujeres que creian que el voto se debía conquistar mostrando la clase dominante que eran defensores leales del sistema capitalista. Algunas unieron la lucha sufragista a un apoyo al imperialismo en la I Guerra Mundial y a menudo se opusieron al derecho de voto para los hombres y mujeres sin propiedades, los inmigrantes y los negros.

Pero también existía en muchos países una fuerte corriente de mujeres socialistas que veian la lucha por los derechos de la mujer como parte de la lucha de la clase obrera y movilizaron el apoyo de hombres y mujeres trabajadoras sobre esta base. Lucharon por el derecho al voto y tuvieron un papel decisivo en la lucha sufragista en países como EE.UU. También plantearon y lucharon por otras reivindicaciones, como igualdad de salarios y el derecho a la contracepción.

A través de la lucha, las mujeres de los países capitalistas más avanzados conquistaron, en diferentes grados, varios importantes derechos democráticos: el derecho a la educación superior, el derecho a trabajar en los negocios y las profesiones liberales, el derecho a recibir y disponer de sus propios salarios (que se había considerado como el derecho del marido o el padre) el derecho a ser propietarias, el derecho al divorcio, el derecho a participar en organizaciones políticas. En varios países este primer auge de lucha culminó con luchas de masas por el derecho al voto.

2. El sufragio femenino, conseguido justo después o al mismo tiempo que el sufragio universal por los hombres, fue una conquista objetiva importante para la clase obrera. Reflejó y a su vez contribuyó a hacer avanzar la situación social de la mujer en proceso de cambio. Por primera vez en la sociedad de clases se consideraba legalmente a las mujeres como ciudadanos capaces de participar en los asuntos públicos, con derecho a expresarse sobre los problemas políticos principales y no simplemente sobre los problemas de orden privado y doméstico.

Aunque la causa profunda de la situación subordinada de la mujer se encuentra en los mismos fundamentos de la sociedad de clases y en el papel especial de la mujer dentro de la familia, no en la negativa formal de igualdad ante la ley, la extensión de los derechos democráticos a las mujeres les dió mayor amplitud de acción y contribuyó a que las generaciones posteriores comprendieran que las fuentes de la opresión de la mujer eran más profundas.

3. Las raíces de la nueva radicalización de las mujeres se encuentran en los cambios económicos y sociales de los años posteriores a la II Guerra Mundial, que han hecho aparecer contradicciones cada vez más profundas en la economía capitalista, en la situación de la mujer y en el sistema familiar patriarcal. En diferente grado, los mismos factores intervinieron en todos los países que permanecieron dentro del mercado mundial capitalista. Pero no es sorprendente que el resurgimiento del movimiento feminista actual apareciera primero en los países capitalistas más avanzados, como EE.UU., Canadá e Inglaterra, donde estos cambios y contradicciones se habían desarrollado más profundamente.

a. Los avances en la ciencia médica y la tecnología en el campo del control de la natalidad y el aborto han creado los medios por los que las mujeres pueden tener un mayor control sobre sus funciones reproductivas. El control de las mujeres sobre sus propios cuerpos es una precondición para la liberación de la mujer.

A la vez que estas técnicas médicas son más ampliamente accesibles, leyes reaccionarias, reforzadas por las costumbres burguesas, el fanatismo religioso, y toda la superestructura ideológica de la sociedad de clases, son muchas veces un obstáculo para el control de la mujeres sobre sus propias funciones reproductivas. Se ponen barreras económicas, legales, sicológicas y "morales" para tratar de impedir que las mujeres ejerzan su derecho a escoger si van a tener hijos y cuándo. Además, los criterios capitalistas basados en la ganancia y el desprecio sexista por las vidas de las mujeres ha producido peligros continuos para la salud de las mujeres que utilizan los métodos anticonceptivos. Esta contradicción entre lo que es posible y lo que realmente existe afecta las vidas de todas las mujeres. Ha dado lugar a poderosas luchas por el derecho al aborto, que han estado en el centro del movimiento de las mujeres a escala internacional.

b. Las prolongadas condiciones de "boom" de la expansión económica de la postguerra han aumentado de forma significativa el porcentaje de mujeres en el mercado de trabajo.

Tomando como ejemplo, los EE.UU. en 1959, el 33.9

por ciento de todas las mujeres de 18 a 64 años de edad se encontraban en la fuerza de trabajo. En 1975, había subido hasta el 54 por ciento. Entre 1960 y 1975, alrededor de 2/3 de todos los empleos creados fueron tomados por mujeres. Las mujeres trabajadoras constituían el 29.1 por ciento de toda la fuerza de trabajo en 1950: 43 por ciento en 1978.

Igualmente importante, el porcentaje de mujeres con hijos aumentó drásticamente, así como el porcentaje de mujeres trabajadoras que eran cabezas de familia.

En España trabajan en la actualidad el triple de mujeres que en 1930.

El Inglaterra, entre 1881 y 1951 la proporción de mujeres empleadas era muy estable, manteniéndose alrededor del 25 ó el 27 por ciento. En 1965 el 34 por ciento de todas las mujeres entre 16 y 64 años de edad estaban empleadas a tiempo completo, 17.9 por ciento a tiempo parcial, y un total del 54.3 por ciento entra ba en la categoría de "económicamente activas". Alrededor de 2/3 de las mujeres trabajadoras estaban casadas.

Solamente algunos países que aún tenían un alto porcentaje de trabajadores agrícolas después de la II Guerra Mundial han experimentado un descenso en el empleo de la mujer en el periodo de la postguerra. Esto se debió al hecho de que, con la migración a las ciudades, mu chas mujeres no se reintegraron a la llamada población activa. En Italia, por ejemplo, donde este factor se combina con el desarrollo del desempleo masivo en las pequeñas empresas del sector "típicamente femenino", se ha producido un descenso en el porcentaje de mujeres en la fuerza de trabajo.

En regiones extremadamente atrasadas como el sur de Italia y el norte de Portugal esta regresión se ha emparejado realmente con el resurgimiento a escala significativa del trabajo a domicilio. Las mujeres se ven presionadas para trabajar a destajo en la casa con sus máquinas de coser, ahorrándoles a los empresarios los costos de mantenimiento de fábricas, pagos de servicio médico y seguridad social, huelgas y otros "problemas" que produce la fuerza de trabajo organizada.

Mientras se ha producido la afluencia de las mujeres a la fuerza de trabajo, no se ha producido ningún cambio sustancial en el grado de discriminación salarial contra las mujeres. En muchos países, esta diferencia entre los sexos de hecho ha aumentado.

Esto se debe fundamentalmente a que el aumento del empleo femenino no se ha extendido igualmente en todas las categorías de trabajo. Prácticamente en todos los países, las mujeres representan del 70 al 90 por ciento de la fuerza de trabajo empleada en la industria textil, de calzado, ropa confeccionada, tabaco y otras industrias ligeras; es decir, los sectores en que los salarios son los más bajos. Las mujeres también representan el 70 por ciento o más de los empleados en el sector de servicios, donde la gran mayoría de las mujeres ocupan los puestos peor remunerados: secretarias, oficinistas, enfermeras, maestras.

La discriminación en los sectores de empleo —exacerbada por el pago desigual por el mismo trabajo en muchos casos— es la razón fundamental de por qué incluso en los países en que el movimiento obrero ha luchado más duramente alrededor de este problema, el salario medio de las mujeres apenas excede el 75 por ciento del salario medio de los hombres. Esto también explica por qué esta diferencia puede incluso ampliarse con la entrada masiva de las mujeres en los sectores de la economía peor pagados. Este es el caso en los EE.UU., donde el ingreso medio de todo un año de trabajo a tiempo completo de las mujeres trabajadoras, era el 64 por ciento del de los hombres en 1955, y bajó hasta el 57 por ciento en 1975.

A pesar de su lugar creciente en la fuerza de trabajo, las mujeres aún se ven obligadas a asumir la mayoría, si no la totalidad, de las tareas domésticas además de su trabajo asalariado. En consecuencia, frecuentemente dejan temporalmente de trabajar cuando tienen hijos, y después les resulta difícil encontrar trabajo de nuevo. Si continúan trabajando, se ven obligadas a quedarse en casa cuando un niño está enfermo.

Esto ha llevado a un aumento significativo del trabajo a tiempo parcial de las mujeres —a veces porque no pueden encontrar un trabajo de tiempo completo, pero mucho más frecuente porque de otra manera no pueden cumplir con sus tareas domésticas. Pero el trabajo a tiempo parcial invariablemente implica salarios más bajos, menor seguridad en el trabajo, pocos beneficios de seguridad social y más dificultades para sindicarse.

El mayor porcentaje de mujeres en la mano de obra ha tenido un importante impacto en la actitud de sus compañeros de trabajo. Es especialmente importante allí donde las mujeres han empezado a luchar para conseguir trabajos en los sectores industriales de base, de los que hasta ahora estaban excluidas.

Pero las mujeres continuan soportando numerosas for mas de discriminación y agresiones sexistas provocadas, organizadas y sostenidas por los patronos. A menudo sus compañeros de trabajo no tienen conciencia y dan a veces prueba de esta misma actitud reaccionaria. La burocracia sindical se opone a que el peso de los sindicatos sirva de palanca para superar los obstáculos específicos a los que se enfrentan las mujeres, como el rechazo a concederles guarderías gratuitas, las condiciones de trabajo que son doblemente peligrosas para las mujeres embarazadas o las agresiones de cuadros medios y capataces que utilizan su puesto para intentar obligarlas a tener relaciones sexuales con ellos.

c. El aumento en el nivel educativo medio de las mujeres ha aumentado aún más estas contradicciones. Con el crecimiento de la productividad del trabajo y la elevación del nivel cultural general de la clase obrera, son más numerosas las mujeres que acaban su educación secundaria y que acceden a las instituciones de educación superior a una escala cuantitativamente más amplia que anteriormente.

Y, sin embargo, según indican las estadísticas, el porcentaje de mujeres empleadas no guarda relación con su nivel educativo.

En todos los sectores del mercado de trabajo, desde la industria hasta las profesiones liberales, las mujeres con mayores cualificaciones profesionales, en general se ven superadas por los hombres con menos nivel de estudios. Además, en la escuela primaria y secundaria, las niñas continúan siendo empujadas —por medio de cursos obligatorios de estudio o por medio de presiones más indirectas— hacia los trabajos que guardan relación con el papel de la mujer.

Conforme reciben mayor educación y conforme las luchas sociales hacen aumentar sus expectativas individuales, los trabajos asfixiantes y embrutecedores de las tareas domésticas y las limitaciones de la vida familiar se vuelven cada vez más insoportables. De este modo, el aumento del nivel educativo de las mujeres, combinado con una intensificación de la lucha de clases, ha profundizado la contradicción entre las capacidades demostradas y las aspiraciones más amplias de las mujeres y su situación social y económica real.

d. Las funciones de la unidad familiar en la sociedad capitalista avanzada se han reducido continuamente. Cada vez es menos una unidad de producción en pequeña escala sea agrícola o doméstica (enlatado, hilado, costura, repostería, etc.). El núcleo familiar urbano de hoy tiene poco que ver con la familia campesina productiva de anteriores siglos. Al mismo tiempo, en su búsqueda de ganancias, la industria capitalista de bienes de consumo y la publicidad, tratan de llevar al máximo la atomización y la multiplicación del trabajo doméstico para vender a cada casa su propia lavadora, secadora, lavaplatos, aspiradoras, etc.

Conforme aumenta el nivel de vida, el número medio de niños por familia desciende enormemente. Las comidas industrialmente preparadas y otras comodidades son cada vez más accesibles. Por lo tanto, a pesar de los avances técnicos, las encuestas en gran número de países imperialistas han mostrado que las mujeres que tienen más de un niño y un trabajo a tiempo completo tienen que dedicar entre 80 y 100 horas de trabajo a la semana a sus tareas domésticas —más horas que las que resultaron en encuestas similares realizadas en 1926 y 1952. Aunque los electrodomésticos han facilitado algunas tareas domésticas, el tamaño cada vez menor de la unidad familiar promedio ha significado que las mujeres puedan recurrir cada vez menos a los abuelos, tías y hermanas para que les ayuden.

Con todos estos cambios, la base objetiva para la confinación de las mujeres en el hogar se vuelve cada vez menos obligatoria. Y, sin embargo, las necesidades de la clase dominante exigen el mantenimiento del sistema familiar. La ideología burguesa y el condicionamiento social continuan reforzando la ficción reaccionaria de que la identidad y la plenitud de una mujer tienen que venir de su papel de esposa-ama de casa-madre. La contradicción entre la realidad y el mito es cada vez más obvia e intolerable para grupos de mujeres cada vez mayores.

Este estado de cosas a la que se llama frecuentemente "crisis de la familia" se refleja en las tasas disparadas de divorcio, el aumento en el número de niños que se escapan y la extensión de la violencia doméstica.

4. La extensión de los derechos democráticos más amplios y las mayores oportunidades sociales no han "satisfecho" a las mujeres, ni las han inclinado a una aceptación pasiva de su situación social inferior y su dependencia económica. Por el contrario han estimulado nuevas luchas y reivindicaciones más avanzadas.

Generalmente fueron las mujeres jóvenes con educación secundaria, que disfrutaban de una libertad de elección relativamente mayor, y las más afectadas por la radicalización de la juventud de los años 60, quienes expresaron primero los "resentimientos" de las mujeres de una forma organizada y abierta. Esto llevó a algunas que se consideran marxistas a concluir que el movimiento de la liberación de la mujer es un movimiento de protesta básicamente burgués o de clase media, que no tiene ningún interés serio para los revolucionarios, y las masas de mujeres de la clase obrera. No podían estar más equivocados.

El desarrollo inicial del movimiento de liberación de la mujer sirvió sobre todo para destacar la profundidad y la amplitud de la opresión de las mujeres. Incluso las mujeres que disfrutaban de numerosas ventajas en términos de educación y otras oportunidades se vieron y continúan viéndose impulsadas a la acción. Los más oprimidos y explotados no son necesariamente los primeros en expresar su descontento.

5. La tendencia de los países capitalistas más avanzados a reducir los gastos en servicios sociales ha contribuído al crecimiento del movimiento de las mujeres en los últimos años y ha aumentado la participación en este movimiento de las mujeres de la clase obrera. Tras la II Guerra Mundial, en un contexto de demandas crecientes de parte de la clase obrera de que el estado se encargue de cada vez más servicios sociales, la burguesía, especialmente en Europa, se vio obligada a ampliar los complejos de vivienda, los servicios de salud y los programas de beneficios familiares. Más tarde, conforme el "boom" de los años 50 y 60 generaba una creciente necesidad de mano de obra femenina, se extendieron las guarderías y las lavanderías automáticas para animar a las mujeres a buscar trabajo.

Hoy, la clase dominante, frente a problemas económicos cada vez más graves, recorta los gastos sociales y trata de pasar de nuevo la carga a la familia individual, con todas las consecuencias que esto tiene para las mujeres. Pero la resistencia a verse echadas de sus puestos recientemente adquiridos en el terreno del trabajo, y una amplia oposición de mujeres a las cortes en los gastos sociales, como el cierre de guarderías han creado problemas inesperadamente difíciles para la clase dominante en muchos países. Al tener una conciencia feminista cada vez mayor, las mujeres han estado más combativas y menos dispuestas que nunca a soportar la mayor parte de la carga en la actual crisis económica.

6. Aunque la radicalización de las mujeres tiene una dinámica propia determinada por el carácter específico de la opresión de la mujer y por los cambios objetivos que hemos descrito, no está aislada del ascenso general de la lucha de clases. No depende directamente de otras fuerzas sociales, no está subordinada a su dirección ni sujeta a su iniciativa. Al mismo tiempo el movimiento de las mujeres ha estado y continúa estando profundamente relacionado con el auge de otras luchas sociales, que igual que ella han influenciado la conciencia del conjunto de la clase obrera.

a. Desde el comienzo, el nuevo auge de las luchas de las mujeres se ha visto fuertemente marcado por la radicalización internacional de la juventud y el creciente cuestionamiento de los valores burgueses y las instituciones que los acompañan. Los jóvenes —hombres y mujeres— comenzaron a cuestionar la religión; a rechazar el patriotismo; a rebelarse contra la represión: a desafiar las jerarquías autoritarias; desde la familia a la escuela, la fábrica y el ejército, a rechazar la inevitabilidad de toda una vida de trabajo alienado. La juventud radicalizada comenzó a rebelarse contra la represión sexual y a cuestionar la moral tradicional, que iguala el sexo con la reproducción. Para las mujeres, esto implicaba un desafío a la educación tradicional que trata de hacerlas pasivas sexualmente, sentimentales y tímidas. Los jóvenes, entre ellos jóvenes mujeres, se volvieron más conscientes de su desgracia sexual y trataron de buscar formas más satisfactorias de relaciones afectivas y personales.

b. Uno de los factores que contribuyó la radicalización internacional de la juventud ha sido el papel que jugaron las luchas de liberación de las nacionalidades oprimidas y minorías oprimidas, tanto en el mundo colonial, como en los países capitalistas avanzados. Además, estas luchas han tenido un impacto poderoso en la conciencia respecto de la opresión de la mujer en general. Por ejemplo, la lucha de los negros en los EE.UU., tuvo un papel crucial para despertar una conciencia y un rechazo generalizado de los esquemas racistas. Las semejanzas obvias entre las actitudes racistas y los esquemas sexistas, que representan a las mujeres como criaturas inferiores, emocionales, dependientes, tontas —pero felices—, produjo una sensibilidad y un rechazo cada vez mayor hacia semejantes caricaturas.

Conforme se ha desarrollado el movimiento feminista en los países capitalistas avanzados, las mujeres de las na-

cionalidades oprimidas han comenzado a tener un papel cada vez más destacado. Como nacionalidades oprimidas, como mujeres y frecuentemente como trabajadoras superexplotadas, estas mujeres sufren una doble y a menudo triple opresión. Su lugar objetivo en la sociedad les coloca en la situación de jugar un papel estratégicamente importante en la clase obrera y entre sus aliados.

Pero generalmente ha habido un retraso en el ritmo en que las mujeres de las nacionalidades oprimidas han tomado conciencia de su opresión específica como mujeres. Existen varias razones para ello. Para muchas, la profundidad de su opresión nacional a menudo oscurece su opresión específica como mujeres. Muchos movimientos nacionalistas se han negado a considerar las reivindicaciones de las mujeres, calificándolas de divisionistas para la lucha por la liberación nacional. El movimiento organizado de las mujeres a menudo no ha cumplido su obligación de dirigirse a las necesidades de las capas de mujeres más oprimidas y explotadas, y no han comprendido las dificultades especiales a que se enfrentan. Además el peso de la familia es a menudo particularmente fuerte entre las mujeres de las nacionalidades oprimidas, ya que a veces la familia parece dar una protección parcial contra las presiones devastadoras del racismo y la aniquilación cultural.

De la forma que sea, una vez que comienza la radicalización, la experiencia ya ha demostrado que toma un carácter explosivo, empujando a las mujeres de las nacionalidades oprimidas a la cabeza de muchas luchas políticas y sociales, incluidas luchas en centros de trabajo, en los sindicatos, en la universidad y en los barrios y a la cabeza de las luchas del movimiento feminista. Rápidamente, llegan a comprender que la lucha contra su opresión como mujeres no debilita, sino que fortalece la lucha contra su opresión nacional.

c. La crisis de las religiones tradicionales, especialmente de la Iglesia Católica ha contribuido el auge del movimiento feminista. El peso cada vez menor de la Iglesia (acompañdo por un desarrollo del misticismo y del ocultismo) es una manifestación dramática de la profundidad de la crisis ideológica de la sociedad burguesa. Toda religión organizada, que es parte de la superestructura de la sociedad de clases, predica y refuerza la idea de que las mujeres son inferiores, sino la auténtica encarnación del mal y la animalidad. El cristianismo y el judaísmo, que caracterizan a las culturas de los países capitalistas avanzados, siempre han defendido la desigualdad de las mujeres y les han negado el derecho de separar la sexualidad de la maternidad.

En países donde la Iglesia Católica ha tenido una fuerza particularmente grande, son a menudo las mujeres en proceso de radicalización quienes son la punta de lanza del desafío al poder y al peso ideológico de la Iglesia, como se demostró en las manifestaciones de decenas de miles por el derecho al aborto en Italia. Y las manifestaciones en 1976 contra las leyes anti-adulterio en España.

En Israel la lucha por el derecho al aborto ha desestabilizado el gobierno Beguin desde sus cimientos en 1979.

En muchas nacionalidades oprimidas, como en Quebec, Irlanda y Euskadi (País Vasco) y entre el pueblo chicano, la ideología represiva de la Iglesia Católica se ha combinado de una forma particularmente opresiva con el mito de la "mujer-madre", como centro de la familia, como único polo de estabilidad social, emocional y política, el único refugio contra las devastaciones de la opresión nacional. En Quebéc, esta amalgama se expresó durante años en el concepto de la "venganza de la cuna", sugiriendo que las mujeres del Quebec debían salvar a la nación de la asimilación teniendo muchos hijos.

d. El movimiento de lesbianas surge como un aspecto relacionado pero específico, de la radicalización de las mujeres. Las lesbianas se organizan como corriente del movimiento por los derechos homosexuales, comprobando, en general, la necesidad de luchar en el seno del movimiento homosexual para hacer valer sus reivindicaciones como mujeres homosexuales. Muchas de ellas se han radicalizado antes, como mujeres, y han descubierto que las discriminaciones de las que eran víctimas en función de su sexualidad sólo era un aspecto de los obstáculos económicos y sociales a los que se enfrentaban cuando querían decidir sobre sus cuerpos y sus vidas. De esta forma muchas de las lesbianas se encuentran a la cabeza del movimiento de mujeres desde su origen. Han formado parte de todas las corrientes políticas del movimiento de liberación de la mujer, desde la corriente radical a la marxista revolucionaria y han contribuido a que este movimiento en su conjunto adquiera más conciencia de los aspectos específicos de la opresión de las lesbianas.

Debido a la insistencia del movimiento de lesbianas en el derecho de la mujer de vivir independientemente de los hombres, a menudo son el objetivo preferido de los ataques de la reacción. Desde la propaganda del odio hasta la violencia , los ataques contra las lesbianas y el movimiento lesbiano se dirige en la mayoría de las veces contra el movimiento feminista en su conjunto. Los intentos de dividir al movimiento de las mujeres desatando la persecución contra las lesbianas se tienen que rechazar de forma clara e incondicional para que la lucha por la liberación de la mujer pueda avanzar.

e. En muchos países capitalistas avanzados, las mujeres trabajadoras inmigrantes también han tenido un papel esencial. No sólo son sobreexplotadas como parte de la fuerza de trabajo. Son víctimas de leyes discriminatorias especiales. Como mujeres, a menudo no tienen el derecho de acompañar a sus maridos a ningún país dado, a menos que hayan podido asegurarse un empleo para ellas antes de emigrar. Si encuentran trabajo, a menudo se ven obligadas a dejarlo para seguir a sus maridos a otro lugar. Las medidas tomadas por los gobiernos en los últimos años para reducir el número de trabajadores en muchos países capitalistas avanzados han hecho aún más discriminatorias estas leyes.

En un país como Suiza, donde los trabajadores inmigrantes representan cerca del 30% de la fuerza de trabajo, y en otros países europeos donde las mujeres inmigrantes son mayoría en algunos sectores como hospitales, han tenido un papel decisivo en elevar la conciencia política del movimiento de mujeres. Han contribuido a dirigir luchas en las industrias que emplean mano de obra predominantemente femenina. Aún más importante, han contribuido a estimular la discusión en el movimiento feminista respecto de la política económica y social de la clase dominante. Las leyes discriminatorias en relación con la inmigración en general, xenofobia y racismo; las divisiones resultantes en el seno de la clase obrera; las formas en que las mujeres inmigrantes son particularmente afectadas por estas divisiones; la necesidad de que los sindicatos y el movimiento feminista luchen por los intereses de los sectores más explotados; los problemas a que se enfrentan las mujeres que están aisladas tanto en sus casas como por el medio hostil en que viven, todos estos problemas surgieron en el movimiento feminista, contribuyendo a plantear algunos de los aspectos más importantes en una perspectiva de lucha de clases.

7. Al fin del "boom" económico de la postguerra, los problemas económicos, sociales y políticos que ha vuelto a encontrar el imperialismo a escala mundial, problemas puestos en primer plano por la recesión internacional de 1974-75, han supuesto una intensificación de los ataques a todos los niveles a los derechos de las mujeres. Esto no ha supuesto una discriminación de la lucha de las mujeres, ni les ha quitado su papel central al aparecer en escena otras fuerzas sociales; lejos de disminuir,

conforme aumentaban las luchas de la clase obrera organizada en los años recientes, la conciencia feminista y las luchas de las mujeres continúan extendiéndose, y cada vez están más entrelazadas con el desarrollo de la conciencia social y la combatividad política de los hombres y mujeres de la clase trabajadora. La resistencia de las mujeres a la ofensiva económica, política e ideológica de la clase dominante ha sido consolidada por el aumento de la conciencia feminista. Estas luchas han sido una fuerza motriz de la contestación social y de la radicalización política.

RESPUESTAS DE LA BURGUESIA Y DE LAS DISTINTAS CORRIENTES EN EL MOVIMIENTO OBRERO

1. Rápidamente aparecieron las divisiones dentro de la clase capitalista sobre cómo responder mejor al nuevo auge de las luchas de las mujeres para amortiguar su impacto y desviarlas de su objetivo. Después de intentos iniciales de despreciar al movimiento de las mujeres con el ridículo y la burla, sin embargo, la posición que prevaleció dentro de la clase dominante ha sido un reconocimiento formal de la idea de que las mujeres tienen al menos algunos motivos justos de descontento. Se ha producido un intento de aparecer preocupados estableciendo algunos departamentos, comisiones o proyectos especiales del gobierno para captar la atención de las mujeres, a la vez que trabajan asiduamente para integrar la dirección del movimiento feminista a los patrones aceptados de la colaboración de clases. En la mayoría de los países, la clase dominante se vio obligada a hacer algunas concesiones , las que parecían menos perjudiciales económica y e ideológicamente y después trató sistemáticamente de retirarlas.

En todos los casos, la finalidad era la misma, cualquiera que fuera la táctica empleada: contener la naciente radicalización dentro del marco de reformas mínimas del sistema capitalista.

En muchos países europeos se han producido movimientos para liberalizar los beneficios de la maternidad extendiendo las incapacidades, aumentando el porcentaje de paga que reciben las mujeres mientras están "incapacitadas", o para garantizar el puesto de trabajo después de una ausencia por maternidad sin paga. En otros países, los gobiernos han discutido ostentosamente la justicia de las promesas de leyes de igualdad de salarios, o han liberalizado las leyes de divorcio. En los EE.UU., los dos partidos políticos capitalistas han dejado la constancia de una aprobación de una enmienda a la constitución por la igualdad de derechos mientras que en la práctica sabotean todos los intentos de movilizar suficientes votos para hacer la ley.

Pero cuando llegamos a los programas sociales que tendrían un impacto económico inmediato y significativo —como la expansión de las instalaciones de guarderías— los avances han sido prácticamente inexistentes.

La conquista más seria que ha conseguido el movimiento internacional de las mujeres en la década transcurrida desde su aparición ha sido la expansión significativa del acceso al aborto legal. En más de 20 países se ha producido una notable liberalización de las leyes de aborto.

En todos los países donde las mujeres han realizado un progreso apreciable hacia el establecimiento del aborto como un derecho, se ha hecho claro rápidamente que este derecho jamás está garantizado bajo el capitalismo. En cualquier lugar que las mujeres han comenzado a luchar por el derecho de controlar sus propias funciones reproductivas, los defensores más reaccionarios del sistema capitalista se han movilizado rápidamente para impedir que se establezca esta precondición elemental de la liberación de la mujer. El derecho a elegir es un desafío demasiado grande a las bases ideológicas de la opresión de la mujer.

Sin embargo, es políticamente importante ver claramente que las organizaciones de extrema derecha, tales como "Laissez-les vivre", "Sí a la vida", "Righto Life" y



"Society for the Protection of the Unborn Child" ligadas a corrientes xenófobas, clericales, racistas o abiertamente fascistas se alimentan de la política oficial del Gobierno. Funcionan como protectores fanáticos del status quo, tratando de resaltar los prejuicios más atrasados que están profundamente arraigados en la clase obrera y la pequeña burguesía y hacen un valioso servicio a la clase dominante. Pero sin el apoyo encubierto —y a veces abierto— de los sectores más influyentes de la clase dominante, su papel sería de una relevancia mucho menor.

2. La aparición del movimiento de liberación de la mujer ha planteado grandes problemas a todas las corrientes políticas que dicen representar los intereses de la clase obrera.

Los stalinistas y los socialdemócratas, especialmente, se vieron al margen por el rápido desarrollo de una radicalización significativa que no se volvía hacia ellos en busca de dirección.

Las respuestas de las dos corrientes reformistas de masas en la clase obrera han variado de un país a otro, según su fuerza numérica, la base con que cuentan en la clase obrera y la burocracia sindical, y la proximidad en responsabilidades del gobierno. Pero en todos los casos, las reacciones de los estalinistas y los socialdemócratas han estado determinadas por dos objetivos a veces contradictorios: su compromiso con las instituciones básicas de la dominación de clase, incluyendo la familia; y su necesidad de mantener o fortalecer su influencia en la clase trabajadora si quieren contener las luchas obreras dentro de los límites de las relaciones de propiedad capitalistas.

El auge del movimiento feminista obligó a los estalinistas y a los socialdemócratas a adaptarse a la situación política en proceso de cambio. En particular, en el año 1975 se produjo una ola de apresuradas tomas de posición, en parte como respuesta a las iniciativas tomadas por la burguesía en el contexto del Año Internacional de la Mujer.

3. Bajo la presión de su propia base, los partidos socialdemócratas han respondido en general al auge del movimiento feminista más rápidamente que los partidos comunistas. Incluso aunque los burócratas de los PS oficialmente se han resistido a reconocer la existencia del movimiento autónomo de mujeres, las mujeres militantes de los PS a menudo han participado activamente en las nuevas organizaciones que han aparecido.

Las posiciones formales que han tomado los PS, frecuentemente han sido más progresistas que las de los partidos estalinistas, especialmente en relación al aborto como un derecho de la mujer. Dondequiera que los partidos socialistas han tenido la oportunidad de mejorar su imagen declarándose a favor de la liberación de las leyes sobre el aborto, no han dudado en hacerlo. Kreisky en Austria y Brandt en Alemania tuvieron inicialmente esta posición. El Partido Laborista australiano, frente a un creciente movimiento feminista en Australia, trató de ganar apoyo político dando financiación a numerosos pequeños proyectos iniciados por el movimiento feminista, como centros de salud y refugios para mujeres. Estos movimientos les suponían poco a los socialdemócratas en términos económicos, y a la vez servían para desviar temporalmente la atención de las mujeres de la completa insuficiencia de su política general (sobre el aborto y las guarderías por ejemplo), y contribuyó a que el PLA (Partido Laborista Australiano) presentara su gobierno como un gobierno favorable a las mujeres.

Pero cuando vieron los primeros signos de reacción de parte de sectores de la burguesía, los partidos socialdemócratas han retrocedido rápidamente.

Este ha sido el caso con el gobierno laborista en Inglaterra. Aunque la conferencia del Partido Laborista votó por el derecho al aborto por simple petición, el Partido Laborista se ha callado ante las propuestas reaccionarias del parlamento dirigidas a hacer retroceder los derechos de aborto a su situación de antes de 1967. Introducidas inicialmente por un miembro laborista del parlamento en 1965, las nuevas propuestas restringirán el período de tiempo en que se permite a las mujeres acceder al aborto, limitan el acceso al aborto de las mujeres inmigrantes e impondrían fuertes multas por las infracciones de la ley. No es hasta 1975, después de una campaña de masas impulsada por el movimiento autónomo de mujeres a través del NAC "National Abortion Campaign" y bajo la presión de su propia base que en Congreso del Partido Laborista adopta una resolución en defensa de la ley de 1967.

Los socialdemócratas han demostrado ser especialmente útiles a los patrones cuando llega el momento de imponer medidas de austeridad, para reducir el nivel de vida de la clase trabajadora. A pesar de sus ruidosas protestas de compromiso para aliviar las cargas de la mujer trabajadora, los gobiernos socialdemócratas no han dudado en hacer los cortes presupuestarios en los servicios sociales que pedía la burguesía. De un plumazo, en Dinamarca, recientemente eliminaron de las plantillas de funcionarios del Estado a 5.000 trabajadores de guarderías.

4. A partir de los años 30, después de que la burocracia estalinista consolidara su control en la URSS y transformara a los partidos de la III Internacional en apologistas de la política contrarrevolucionaria del Kremlin, la defensa de la familia como el contexto ideal de las relaciones humanas ha sido la línea de los partidos estalinistas en todo el mundo. Esto no sólo servía a las necesidades de la casta burocrática en la misma Unión Soviética, sino que además coincide con la necesidad de defender el status quo capitalista en el resto del mundo. Las teorías abiertamente reaccionarias del PC francés sobre la familia, aparecieron por primera vez cuando se introdujo el nuevo código familiar en la URSS y se prohibió el aborto en 1936.

Independientemente de lo demagógico que puedan resultar a veces respecto de la doble jornada de trabajo de las mujeres, la intención de las reivindicaciones que levanta el PC es generalmente reacomodar las cosas de forma que a las mujeres les resulta más fácil cumplir con las tareas que tienen que realizar en la casa. Desde mejores condiciones laborales para la maternidad, hasta mejores condiciones de trabajo para la mujer, la lucha se justifica generalmente por la necesidad de liberar a las mujeres para sus tareas domésticas, y no de ellas, socializando las cargas domésticas que soportan las mujeres. La única solución distinta que a veces proponen es pedir que los hombres compartan más equitativamente la carga del trabajo en casa.

Pero el auge del movimiento de la mujer, los intentos de la burguesía de capitalizarlo y las respuestas de otras corrientes en el movimiento obrero, la presión dentro de sus propias filas han obligado a los partidos comunistas a modificar y ajustar su línea. Hasta los más limitados y rígidos seguidores del Kremlin, como el Partido Comunista de EE.UU., se han visto finalmente obligados a abandonar algunas de sus posiciones más reaccionarias, como la oposición a una enmienda a la constitución por la igualdad de derechos.

Cuando más se profundizaba la radicalización más hábilmente tenía que maniobrar el PC formando él mismo dentro del movimiento y adoptando una palabrería más radical.

Los PC han permitido a sus militantes entrar en discu-

siones públicas y desarrollar ardientes condenas de la responsabilidad del capitalismo en la lamentable situación de la mujer. Pero cuando llegan al programa y a la acción, la oposición de los PC a la liberación de la mujer reproduce su oposición a toda lucha desde posiciones de clase por las reivindicaciones del conjunto de la clase obrera. Están dispuestos a desviar cualquier reivindicación, cualquier lucha en aras de consolidar o preservar cualquier alianza de colaboración de clase para la que están trabajando. Así, a pesar del giro formal del PC italiano y su decisión de apoyar la liberalización de las leyes respecto del aborto en 1976, los diputados del PC en el parlamento hacen bloque con los demócratas cristianos para impedir la reforma a la ley del aborto, porque constituía un obstáculo en el avance hacia el "compromiso histórico".

Además existe a menudo un conflicto entre las posiciones de los PCs a nivel local —donde han apoyado a veces luchas por la puesta en funcionamiento de guarderías y centros de aborto y contracepción— y la política estatal de los PCs que apoyan las medidas de austeridad tendentes a recortar los presupuestos de los servicios sociales.

La discrepancia entre las posiciones formales de los partidos comunistas y sus traiciones a la lucha de clases ya han hecho aparecer algunas fuertes tensiones en el seno de estos partidos, y en los sindicatos que controlan. Esto es especialmente cierto porque la ausencia de democracia interna profundiza las frustraciones de muchas mujeres que comienzan a ver las contradicciones entre su propio compromiso personal con la liberación de la mujer y la línea de su partido. No tienen ningún medio para influir en las posiciones de su organización. Así cuando el PC español firmó el pacto de colaboración de clases, de la Moncloa, las mujeres formaron un grupo de oposición en el PC de Madrid para luchar por la democracia interna.

En Francia, cuando se empezaron a formar núcleos de oposición en el PC en 1978, militantes de este partido se reagruparon alrededor del periódico "Ellas ven en rojo". Con esto intentaron defender sus puntos de vista y luchar contra la política sectaria del partido que rechazaba toda unidad de acción con otras fuerzas políticas, tanto con respecto al aborto como sobre otros objetivos de lucha.

Organizativamente, también los estalinistas se han visto obligados a ajustarse. En muchos países, los estalinistas formaron sus propias organizaciones de mujeres después de la II Guerra Mundial. Frente a la nueva radicalización de las mujeres, invariablemente han tratado de hacer pasar estas organizaciones a los ojos de la clase trabajadora como los únicos verdaderos movimientos de la mujer. El movimiento autónomo ha puesto en cuestión su pretensión de ser el partido que habla en nombre de las mujeres trabajadoras, y su reacción inicial ha sido la de profundizar su actitud sectaria.

En España, por ejemplo, el MDM (Movimiento Democrático de la Mujer) controlado por el PC declaró que solamente él **era** el movimiento de la mujer y el PC se autoproclamaba que era el partido de la liberación de la mujer. Pero a pesar de la fuerza del PC, el MDM no pudo dominar la radicalización de las mujeres, que se expresó en el surgimiento de grupos de mujeres a todos los niveles en todo el estado español. Incapaz de establecer el MDM como el único movimiento de mujeres, el PC se vio obligado a reconocer la existencia de otros grupos y a trabajar con ellos.

5. El compromiso en el movimiento de la mujer ha producido también contradicciones similares en los partidos socialdemócratas. Pero al mismo tiempo, la capacidad tanto de los estalinistas como de los socialdemócratas de adaptarse a algunos de los problemas planteados por las mujeres radicalizadas ha aumentado sus posibilidades de influir al movimiento. Cuando estos partidos deciden apoyar las movilizaciones de masas como han hecho recientemente en numerosos países en relación al aborto, sus posiciones reformistas han logrado un mayor impacto en el movimiento de las mujeres. Sería un error subestimar su peso político.

6. Las organizaciones maoístas y centristas han adoptado generalmente posiciones sectarias y economistas sobre el movimiento de liberación de la mujer, considerándolo como pequeño-burgués y en contradicción con su concepto del movimiento obrero. Entre estas organizaciones sin embargo, ha habido básicamente, dos tipos de respuesta. Algunas se han negado a participar en las organizaciones y actividades independientes del movimiento de liberación de la mujer. Muchas de estas sectas han levantado sus propios grupos de mujeres subordinadas a ellos y que oponen al verdadero movimiento de mujeres, planteando que esta línea es la única estrategia auténticamente revolucionaria.

Otros grupos maoístas y centristas se han orientado hacia la participación en el movimiento de mujeres. Pero les falta un análisis marxista claro del carácter que la opresión de la mujer ocupa en la revolución socialista. Rechazan toda política de frente único y son seguidistas en relación al movimiento de mujeres. Este ha sido un factor importante en las crisis que han hecho estallar a muchos de estos grupos a finales de los años 70.

7. El movimiento sindical también ha sentido el impacto de la radicalización de las mujeres y sus burocracias se han visto obligadas a responder a las presiones de las mujeres dentro y fuera del movimiento obrero organizado.

Como los estalinistas y los socialdemócratas, incluso en el mejor de los casos las direcciones sindicales tratan de limitar la responsabilidad del sindicato en las reivindicaciones de las mujeres a problemas puramente económicos, como salario igual o permisos de maternidad, se resisten a comprometer al movimiento obrero organizado en la lucha por problemas como el aborto. Sin embargo, el carácter de masas de los sindicatos, el número creciente de mujeres en los sindicatos, muchas de las cuales son cada vez más activas en comisiones de mujeres, dificultan esta actitud de las burocracias sindicales. Esto ha aparecido claramente en octubre de 1979 cuando el TUC (Confederación nacional de sindicatos) de Gran Bretaña, bajo la presión creciente de su propia base, llamó a una manifestación nacional en defensa del derecho al aborto. Participaron más de 50.000 personas —hombres y mujeres—.

Problemas como el cuidado de los niños y la socialización del trabajo doméstico, el aborto y el derecho de la mujer a controlar su propio cuerpo mejores condiciones para quienes trabajan a tiempo parcial, y programas de admisión preferente en el trabajo para las mujeres se plantean con mucha frecuencia hoy en el movimiento sindical. En algunos casos las mujeres plantean específicamente estas demandas en el contexto general de la necesidad de romper la división tradicional del trabajo entre los hombres y las mujeres.

Al imponer la consideración de estos problemas, las mujeres trabajadoras ponen en cuestión los intentos de los reformistas para mantener una división entre las luchas económicas y políticas, y de limitar toda lucha susceptible de desarrollarse. Contribuyen a que la clase obrera sitúe los problemas en términos colectivos y no individuales, y movilizar a la base del sindicato volviéndose ellas mismas hacia sus organizaciones de clase y apoyándose en ellas para desarrollar la lucha por todas las reivindicaciones sociales.

Conforme las mujeres tratan de ganar apoyo para sus demandas, en los sindicatos se ven obligados a plantear el problema de la democracia sindical también. Tienen que luchar por el derecho de expresarse libremente, de or-

ganizar sus propias reuniones, de estar representadas en la dirección del sindicato y para que el sindicato dé ciertas facilidades, como guarderías durante las reuniones, que permitan a las mujeres participar plenamente en las organizaciones obreras.

Algunos sindicatos han sacado publicaciones especiales, han reactivado las moribundas comisiones de mujeres, han organizado reuniones intersindicales de mujeres, y han establecido cursos especiales para entrenar a mujeres como dirigentes sindicales.

En muchos países las direcciones sindicales han organizado comités intersindicales especiales de mujeres a nivel nacional regional o local. Estos se han creado bajo la presión de la base. La radicalización de las mujeres y la profundización de la crisis económica también han traducido un aumento en la sindicalización de las mujeres trabajadoras en algunos países capitalistas avanzados.

En la mayoría de los casos la creación de comisiones de mujeres dentro de los sindicatos se ha producido con la bendición de las burocracias sindicales. Esperaban contener la radicalización de las mujeres en los sindicatos y desviar sus energías de forma que no amenacen el cómodo status en ningún nivel del sindicato, desde el monopolio masculino de los puestos de dirección sindical hasta el entendimiento entre la burocracia y la patronal para dar la espalda a las necesidades especiales de las mujeres trabajadoras. Pero esto refleja el impacto enorme que ya ha tenido el movimiento de liberación de la mujer sobre el movimiento obrero.

Estas comisiones de mujeres en los sindicatos son producto del movimiento de las mujeres en la misma medida en que forman parte del movimiento obrero. Están en la inserción de ambos, y con una dirección adecuada pueden abrir el camino a los dos.

LA LIBERACION DE LA MUJER EN EL MUNDO COLONIAL Y SEMICOLONIAL

1. La liberación de la mujer no es un problema de interés sólo para las mujeres relativamente privilegiadas de los países capitalistas avanzados. Por el contrario, es de vital importancia para las masas de mujeres en todo el mundo. Los países coloniales y semicoloniales no son ninguna excepción.

Existe una gran diversidad en las condiciones sociales y económicas y en las tradiciones culturales en los países coloniales y semicoloniales. Van desde condiciones extremadamente primitivas en algunas áreas hasta una industrialización considerable en países como Puerto Rico y Argentina. Sin embargo, todos los países coloniales y semicoloniales, se definen por la dominación imperialista que sufren en común. Esto también tiene efectos específicos sobre las mujeres de estos países.

La dominación imperialista ha significado que en muchos sectores del mundo semicolonial las relaciones de producción capitalista se han superpuesto y combinado con modos de producción y relaciones sociales de producción arcaicos, precapitalistas. En Europa Occidental, el auge del capitalismo estuvo señalado en los países más avanzados por las revoluciones democrático-burguesas que rompieron el poder político y económico de las antiguas clases dominantes feudales. Pero en los países coloniales, la penetración imperialista reforzó en la mayor parte de los casos los privilegios, jerarquías, y tradiciones reaccionarias de las clases dominantes precapitalistas, que utilizaron donde les fue posible para mantener la estabilidad y aumentar la explotación imperialista.

Por medio de la tortura, el exterminio, la violación y otras formas de terror a escala masiva, y en Africa a través de la esclavización abierta de los pueblos nativos, el capitalismo europeo en expansión colonizó brutalmente América Latina y partes de Asia y Africa, y las empujó al mercado mundial.

Con los conquistadores también llegó el cristianismo, que constituía frecuentemente uno de los principales medios de dominación.

Para las mujeres en el mundo colonial y semicolonial la penetración de la economía capitalista de mercado tiene un impacto contradictorio: por una parte introduce nuevas relaciones económicas que comienzan a crear la base para que las mujeres superen su opresión de siglos; pero por otra parte toma y utiliza las tradiciones arcaicas, los códigos religiosos, y los prejuicios contra las mujeres reforzándolos inicialmente con nuevas formas de discriminación y sobreexplotación.

En general, la situación de las mujeres está directamente relacionada con el grado de industrialización. Pero el desarrollo desigual y combinado en algunas sociedades puede producir notables contradicciones, como la relativa independencia económica de las mujeres que dominan la agricultura muy primitiva en algunas partes de Africa.

2. En los países coloniales, el desarrollo de la producción capitalista procede de acuerdo a las necesidades del imperialismo. Por esta razón la industrialización, cuando se produce lo hace lentamente, de una forma desequilibrada y distorsionada. En la mayoría de los países semicoloniales, la mayor parte de la población aún vive en el campo y se ocupa en los cultivos de subsistencia, con métodos extremadamente atrasados. La familia (que generalmente incluye varios tíos y tías, sobrinos, sobrinas y abuelos) es la unidad básica de la pequeña producción agrícola.

Las mujeres cumplen un papel económico decisivo. No sólo porque trabajan en el campo muchas horas sino también, por la producción de niños que más tarde compartirán la carga del trabajo y les den seguridad económica en la vejez. Se casan en la adolescencia y a menudo tienen tantos hijos como físicamente les es posible. Su valor se determina en general por el número de hijos que producen. Una mujer estéril es considerada como una desgracia social y un desastre económico. A menudo la esterilidad es base para el divorcio.

Debido a su papel productivo, el peso de la familia sobre todos sus miembros, y específicamente sobre las mujeres, es muy grande. Combinado con un nivel primitivo de desarrollo económico, esto produce una privación y degradación extremas para las mujeres campesinas en las áreas rurales. En la práctica no tienen ningún derecho legal ni social como individuos y frecuentemente apenas se las considera humanas. Viven virtualmente bajo la completa dominación y control de parte de los hombres de su familia. En muchos casos, los escasos recursos de la unidad familiar se distribuyen primero entre los miembros hombres; no es extraño que las niñas reciban menos comida y cuidado, lo que produce desarrollo limitado, o la muerte prematura por desnutrición. El infanticidio de las mujeres, ya sea deliberado o por negligencia aún se practica en muchos lugares. Frecuentemente el analfabetismo de las mujeres se acerca al 100 por ciento.

3. La incorporación al mercado mundial capitalista inevitablemente tiene un impacto sobre las áreas rurales. La inflación y la incapacidad de competir con unidades productivas más amplias, con mejores métodos de producción, producen contínuas olas de migración del campo a las ciudades. A menudo esta migración comienza con los hombres de la familia, que dejan a la mujer, los niños y los ancianos con una carga aún más pesada, al tratar de arrancar una miserable existencia de su propia tierra.

La búsqueda desesperada de trabajo conduce eventualmente a millones de trabajadores a abandonar su país de nacimiento y emigrar a los países industriales avanzados donde, si tienen la suerte suficiente de encontrar trabajo,

será en condiciones miserables de sobreexplotación.

El aislamiento y las tradiciones atrasadas de las áreas rurales tienden a ser puestas en cuestión y rotas no sólo por la migración a las ciudades, sino también por la difusión de los medios de comunicación de masas, como la radio y/o la televisión.

4. Con la migración a las ciudades, las nuevas condiciones de vida y de trabajo comienzan a poner en cuestión las normas y mitos tradicionales sobre el papel de la mujer.

En las ciudades, la familia pequeño-burguesa como unidad productiva desaparece rápidamente. Cada miembro de la familia se ve obligado a vender su fuerza de trabajo en el mercado como individuo. Sin embargo, dada la situación extremadamente precaria del empleo, y las responsabilidades económicas que los habitantes de las ciudades tienen a menudo respecto de sus parientes en el campo, la familia inmediata a menudo incluye tías, tíos, primos, hermanos y hermanas y sus hijos, además del padre, la madre y los hijos.

Entre la clase media y los sectores más estables del proletariado, sin embargo, la unidad familiar comienza a volverse cada vez más restringida.

Con la emigración a las ciudades, las mujeres tienen mayores oportunidades de educación, de contactos sociales más amplios, y de independencia económica. Las necesidades del capitalismo, que arrastran cada vez más a mujeres fuera del aislamiento familiar, entran en conflicto con las viejas ideas sobre el papel de la mujer en la sociedad. Tomando empleos como trabajadoras industriales o de servicios, las mujeres comienzan a ocupar posiciones que anteriormente les estaban prohibidas por prejuicios y tradiciones atrasados. Las que pueden asegurarse una educación que les permite irrumpir en profesiones como la enseñanza y la enfermería también sirven como ejemplos que contradicen las actitudes tradicionales, incluso a los ojos de las mujeres que no trabajan, la subordinación milenaria de la mujer se resquebraja por efecto de esta realidad, que pone en cuestión el mito de la inferioridad femenina.

Las condiciones de la ciudad contribuyen a dar posibilidad de escape a la prisión mental que el aislamiento de la familia rural les impone, incluso a las mujeres que no pueden conseguir educación ni trabajar fuera de la casa. Esto se produce a través del mayor impacto de los medios de comunicación de masas, la proximidad de la vida y las luchas políticas, la existencia de los electrodomésticos modernos, lavanderías, etc.

5. En los países coloniales y semicoloniales, las mujeres generalmente constituyen un porcentaje mucho más bajo de la fuerza de trabajo que en los países imperialistas. Tiende a variar entre el 8 y el 15 por ciento, a diferencia de los países capitalistas avanzados, en que las mujeres constituyen aproximadamente del 30 al 40 por ciento.

Como puede esperarse, las mujeres se concentran en los trabajos menos cualificados, peor pagados y menos protegidos por la ley en lo que se refiere a condiciones de seguridad, salarios mínimos, etc. Esto es especialmente cierto para el trabajador agrícola, el trabajo a destajo en la casa, y el trabajo como empleadas domésticas, en que una gran proporción de mujeres están empleadas. El salario promedio de las mujeres trabajadoras suele ser de un tercio a la mitad del de los hombres trabajadores. Cuando las mujeres pueden conseguir una educación y adquirir algunas capacidades, están confinadas más estrictamente que en los países capitalistas avanzados a ciertas ocupaciones "femeninas", como la enfermería y la enseñanza.

Pero las mujeres también están concentradas en industrias como las textiles, de confección, de alimentación, y partes de la industria eléctrica y a menudo constituyen la mayoría de la fuerza de trabajo empleada en estos sectores. Dado el predominio aplastante de este tipo de industria ligera en los países coloniales más industrializados, esto significa que, aunque sean un porcentaje bajo de la fuerza de trabajo en su conjunto, las mujeres trabajadoras pueden ocupar un lugar estratégicamente importante. En Puerto Rico, por ejemplo, las mujeres son la mayoría de la fuerza de trabajo en las industrias eléctricas y farmacéuticas, que son las principales industrias del país.

El empleo de mujeres en estas industrias es crucial para las superganancias de los imperialistas, tanto porque son una fuente de trabajo más barato, como porque el empleo de mujeres con salarios más bajos en trabajos menos pagados permite a los capitalistas dividir y debilitar a la clase obrera y mantener baja la escala general de salarios. El proceso de acumulación imperialista no puede comprenderse claramente sino se explica el papel que juega la sobreexplotación de los trabajadores en los países semicoloniales.

En todo el mundo colonial, el desempleo y el subempleo tienen proporciones críticas, y la mayor parte de esta carga cae sobre las mujeres. Para ayudar a que su familia sobreviva, las mujeres se ven a menudo obligadas a recurrir a fuentes de ingreso precarias y desesperadas como la venta en la calle de artesanía o de comida hecha en su casa o lavando ropa a domicilio. La prostitución es frecuentemente el único recurso. El desempleo endémico también aumenta el alcoholismo y la adicción a las drogas, lo que tiene como resultado mayor violencia contra las mujeres, así como una pobreza aún más desesperada.

6. En muchos países coloniales y semicoloniales, las mujeres aún no han conquistado algunos de los derechos democráticos más elementales que ganan las mujeres en los países capitalistas avanzados a finales del siglo XIX y principios del XX. Numerosos países aún mantienen leyes que ponen a las mujeres bajo el control legal de los hombres. Entre ellas hay, por ejemplo leyes que exigen el permiso del marido para que una mujer trabaje, leyes que dan al marido el control sobre el salario de su mujer, y leyes que dan al marido la custodia automática de los niños y control sobre la residencia de su esposa. En algunos países aún se venden las mujeres para el matrimonio. Pueden ser asesinadas impunemente por violar el "honor" de sus maridos.

En los países donde se han hecho reformas del código legal, dando más derechos a las mujeres, a menudo estas reformas se mantienen en un plano puramente formal. Las mujeres no pueden ejercer estos derechos en la práctica debido al peso aplastante de la pobreza, el analfabetismo, la desnutrición, la dependencia económica y las tradiciones arcaicas que limitan sus vidas. Así, el imperialismo agonizante representa un obstáculo para los derechos democráticos más elementales de las mujeres en el mundo colonial.

7. El poder y la influencia de la religión es especialmente fuerte en los países coloniales y semicoloniales, debido al atraso económico dominante y debido al refuerzo y la protección que da el imperialismo a las jerarquías religiosas.

En muchos países no hay ninguna separación entre las instituciones religiosas y el estado. Incluso donde existe una separación oficial, los dogmas y costumbres religiosos conservan un gran peso. Por ejemplo, muchas de las leyes antimujer más bárbaras se basan en los códigos religiosos. En la India, la miseria de millones de mujeres se ve acentuada por el sistema de castas que, aunque ya no

esté sancionado por ley, se basa en la religión hindú. En los países musulmanes, la tradición de velar a las mujeres, que aún se practica ampliamente, está destinada a prohibir totalmente a las mujeres la vida pública y negarles toda individualidad. En los países católicos, el derecho al divorcio es frecuentemente muy limitado o no existe en lo absoluto.

8. La violencia contra las mujeres, que ha sido inherente a su degradación económica, social y sexual a lo largo de todas las etapas del desarrollo de la sociedad de clases, se acentúa por las contradicciones que alimenta la dominación imperialista. El mayor acceso de las mujeres a la educación, y al trabajo, junto con su participación más amplia en la sociedad en general, les da la oportunidad de llevar una vida menos confinada y más pública, en ruptura con las viejas tradiciones y valores. Pero los intentos de las mujeres por aprovechar estas oportunidades y romper los viejos moldes, a menudo producen reacciones de sus parientes hombres o de otros que pueden tomar la forma de ostracismo, mutilaciones o incluso asesinato. Esta bárbara violencia en contra de las mujeres está frecuentemente sancionada por la ley. Incluso en los lugares en que es ilegal, a menudo es tan ampliamente aceptada en la práctica, que queda impune.

9. Las oportunidades educativas de las mujeres en los países coloniales y semicoloniales, siguen siendo extremadamente limitadas en comparación con los países capitalistas avanzados. Esto se refleja en la alta tasa de analfabetismo femenino.

Del nivel de la escuela primaria al nivel universitario, la matrícula de mujeres es menor que la de hombres, y el desnivel generalmente, crece conforme aumenta el nivel educativo.

El sistema educativo en los países coloniales y semicoloniales está organizado —a menudo más flagrantemente en los países imperialistas— para reforzar la exclusión de la mujer de la vida social y para reforzar la imposición del papel madre-ama de casa-esposa en todas las niñas. La coeducación es mucho menos frecuente e invariablemente las escuelas de niñas reciben menos presupuesto, menos profesores y peores instalaciones. Donde existe la coeducación, aún se les exige a las niñas que sigan cursos de estudio separados, como cocina, costura, y trabajos domésticos.

A pesar de estas discriminaciones, la presión del mercado mundial ha producido algunos cambios en las oportunidades educativas que se les abren a las mujeres. Los avances del capitalismo hacen necesaria también una mano de obra más calificada, y esto ha implicado un mayor acceso de las mujeres a la educación, aunque esto solamente ha afectado capas relativamente pequeñas.

10. Las mujeres en el mundo colonial tienen incluso menos control sobre sus funciones reproductivas que las mujeres en los países imperialistas. Las escasas oportunidades educativas que se les ofrecen a las mujeres, combinadas con la fuerte influencia de la religión sobre el contenido de la educación, implican que las mujeres tienen poco o ningún acceso a la información científica acerca de la reproducción o el sexo. Económica y socialmente, están bajo presión personal para producir más y no menos hijos. Donde existe acceso a la información y dispositivos de control de la natalidad, es casi siempre en el contexto de programas racistas de control de población impuestos por el imperialismo. En algunos países el gobierno ha realizado la esterilización forzosa de masas de mujeres. En Puerto Rico, se estima que un tercio de las mujeres en edad de reproducirse han sido esterilizadas. Los planes de esterilización forzosa se aplican también a los grupos oprimidos dentro de esos países como la población india de Bolivia.

Incluso en los países donde la esterilización forzosa no es la política oficial, la propaganda racista de control de población impregna la sociedad y constituye un obstáculo en la lucha de las mujeres para conquistar el control de sus propios cuerpos.

Las mujeres en los países coloniales y semicoloniales han sido ampliamente utilizadas como conejillos de indias, sin saberlo, para probar instrumentos y medicamentos de control de la natalidad. Y también el acceso al aborto está unido a la coerción, no a la libertad de elección. Todos los años, millones de mujeres en el mundo colonial se ven obligadas a recurrir a los abortos ilegales en las condiciones menos higiénicas y más degradantes posibles, que producen un número no determinado de muertes.

De todas estas maneras, se les niega a las mujeres el derecho a elegir si tienen hijos y cuándo.

En condiciones de crisis económica, los planes de control de población se extienden más y habrá más casos como el de Puerto Rico. Se culpará a la llamada "explosión demográfica" de las dificultades económicas de los países coloniales para desviar la atención de la responsabilidad del imperialismo en causar y mantener esta miseria.

El racismo y el sexismo también le son impuestos al mundo colonial por medio de la propagación de criterios culturales ajenos. Si los criterios de "belleza" de los comerciantes de cosméticos para Europa y Norteamérica son opresivos para las mujeres en esos países, lo son tanto más cuando imponen los mismos criterios a las mujeres de los países coloniales y semicoloniales por medio de los anuncios, las películas y otras formas de propaganda de masas.

11. La fuerte influencia de la religión refuerza un extremado atraso respecto de la sexualidad, que tiene como resultado una privación y degradación especial de las mujeres. El supuesto general de que las mujeres sean asexuales, y al mismo tiempo, esclavas sexuales satisfactorias para sus maridos, se impone más brutalmente a las mujeres de los países coloniales y semicoloniales que en los países imperialistas, por medio de tradiciones, leyes y el uso de la violencia, que incluye las mutilaciones sexuales de las niñas. Las mujeres deben conservar su virginidad para un solo hombre, su marido. En muchos casos, si las mujeres no les dan satisfacción sexual a sus maridos, o si se les acusa de no ser vírgenes en el momento del matrimonio, esto es base para el divorcio. El doble patrón de conducta sexual para el hombre y la mujer está más estrictamente reforzado que en los países imperialistas. La práctica de la poligamia es simplemente un ejemplo extremo.

Otro reflejo del extremado atraso respecto de la sexualidad es la brutal represión contra los homosexuales, tanto hombres como mujeres.

12. El hecho de que el desarrollo capitalista en el mundo colonial se superpusiera a relaciones económicas y sociales precapitalistas, muchas de las cuales sobreviven en formas distorsionadas, significa que para conquistar su liberación, las mujeres así como los oprimidos y los explotados, se enfrentan a tareas combinadas. La lucha contra la dominación imperialista y la explotación capitalista a menudo comienza con los problemas no resueltos de la reforma agraria y otras tareas democráticas.

Reivindicaciones democráticas elementales, como las que dan a las mujeres derechos como individuos independientes del control de su marido, tendrán un gran peso en la lucha por la liberación de la mujer en los países colonia-



les y semicoloniales. Al mismo tiempo, plantearán inmediatamente y se combinarán con problemas económicos y sociales cuya solución requiere la reorganización de toda la sociedad sobre líneas socialistas. Entre estos problemas se encuentran el aumento de los precios, el desempleo, las instalaciones inadecuadas de salud y educación, y la vivienda. También incluyen las demandas generales que ha levantado el movimiento feminista en los países capitalistas avanzados, como guarderías, derechos y facilidades médicas que aseguren a las mujeres la capacidad de controlar su vida reproductiva, el acceso al trabajo y a la educación. Pero ninguna de estas demandas, ni siquiera las más elementales, se pueden conquistar sin la movilización y la organización de la clase obrera, que constituye la única fuerza social capaz de dirigir estas luchas hasta el triunfo.

13. Debido a la debilidad del capitalismo y de las clases capitalistas dominantes en los países coloniales y semicoloniales, las libertades civiles, donde existen, son en el mejor de los casos débiles y de corta vida. La represión política está generalizada. Cuando las mujeres comienzan a luchar —como cuando otros sectores de la población comienzan a rebelarse— a menudo se enfrentan rápidamente con la represión y con la necesidad de luchar por libertades políticas como el derecho de reunión, de organización, de tener un periódico u otras publicaciones, de manifestarse.

La lucha por la liberación de la mujer no se puede separar de la lucha más general por las libertades políticas.

La creciente participación de las mujeres en las luchas políticas y sociales ha tenido como consecuencia que las mujeres sean una proporción creciente de los prisioneros políticos en los países coloniales y semicoloniales. En las cárceles, las mujeres se enfrentan a formas de tortura particularmente brutales y humillantes. La lucha por la liberación de todos los presos políticos, denunciando la difícil situación de las mujeres en particular, ha sido y será una parte importante de la lucha por la liberación de la mujer en esos países.

Esta lucha tiene una dimensión internacional particularmente clara. Los presos políticos no existen solamente en el mundo colonial, sino también en los países imperialistas. Las demandas por su liberación continuarán siendo un punto de unión pora la solidaridad internacional del movimiento feminista.

14. La lucha por la liberación de la mujer siempre ha estado entrelazada con la lucha de la liberación nacional. Cualquier cosa que hagan las mujeres, las coloca contra la fuerza del control imperialista y la necesidad de deshacerse de las cadenas de esta dominación es una tarea urgente para todos los oprimidos en estos países, como los ejemplos de Irán y Nicaragua han demostrado una vez más. Gran número de mujeres participan en política por primera vez en movimientos de liberación nacional. En el proceso de desarrollo de la lucha, se hace evidente que las mujeres pueden y deben tener un papel aún mayor para poder triunfar. Las mujeres se transforman al hacer cosas que les estaban prohibidas por las viejas tradiciones y costumbres. Se vuelven combatientes, dirigentes, organizadoras y pensadoras políticas. Las profundas contradicciones en que viven las estimula a rebelarse contra su opresión como sexo, así como a exigir mayor igualdad dentro del movimiento revolucionario. En Vietnam, Argelia, Cuba, Palestina, Sudáfrica, el Sahara y otros lugares, las luchas de las mujeres para terminar con las formas más brutales de la opresión que sufren han estado estrechamente vinculadas con el desarrollo de las luchas antiimperialistas.

En Nicaragua las mujeres organizadas en AMPRONAC han jugado un papel decisivo en la preparación de la insurrección final contra la dictadura de Somoza. El 30% de las fuerzas del FSLN estaban compuestas de mujeres.

En Irán, la participación de las mujeres en la lucha por derrocar al Sha las llevó por millones a participar por primera vez en la vida política y social, lo que despertó su deseo de cambiar su status. A pesar del peso de las ideas religiosas reaccionarias y de las medidas tomadas contra las mujeres, el avance de la conciencia y de la lucha antiimperialista de las masas iraníes mejorarán las condiciones de lucha de las mujeres por una mayor igualdad y libertad.

La participación de las mujeres en las luchas de liberación nacional, también comienza a transformar la conciencia de los hombres sobre las capacidades y el papel de las mujeres. En el proceso de la lucha contra su propia explotación y opresión, los hombre pueden sensibilizarse más hacia la opresión de las mujeres, hacerse más conscientes de la necesidad de combatirla, y de la importancia de las mujeres como fuerza combatiente aliada.

15. También existen minorías nacionales oprimidas dentro de los países coloniales y semicoloniales. En Irán, por ejemplo, las nacionalidades oprimidas constituyen el 60 por ciento de la población. En América Latina, la población india nativa es una minoría oprimida. Las mujeres de estas minorías se enfrentan a una doble dimensión de opresión nacional. Una vez que comiencen a moverse, su lucha se puede desarrollar de manera explosiva.

Las demandas de las mujeres y de las minorías oprimidas a menudo van a ir emparejadas y se van a reforzar mutuamente. Por ejemplo, la reivindicación de todas las mujeres del derecho a la educación se combinará con la demanda de los hombres y mujeres de las nacionalidades oprimidas por el derecho a la educación en su propio idioma.

16. Desde el auge de la revolución colonial a comienzos de siglo, las mujeres han participado en los levantamientos antiimperialistas, pero no ha habido ninguna tradición de organización de las mujeres como tales, alrededor de sus demandas específicas, como un componente diferenciado de estas luchas. Sin embargo, el desarrollo del sistema capitalista mundial desde la II Guerra Mundial ha agudizado las contradicciones sociales, políticas y económicas en los países coloniales y semicoloniales, lo que con el tiempo empujará a las mujeres a luchar por sus propias demandas.

a. En el período posterior a la II Guerra Mundiual hubo un aumento de la industrialización en los países coloniales y semicoloniales, aunque la amplitud de esta industrialización varió mucho de un país a otro en función de las necesidades de las potencias imperialistas. Esto produjo un mayor acceso de las mujeres a la educación y al trabajo.

b. Las mejoras tecnológicas en el terreno de las tareas domésticas y el control de la reproducción —aunque menos accesibles que en los países desarrollados— comenzaron a conocese y mostraron la posibilidad de liberar a las mujeres de las tareas domésticas y permitirles controlar uno de los elementos más importantes de su vida, su función reproductora.

c. La crisis económica del capitalismo mundial que señaló la depresión internacional de 1974-75 ha tenido un efecto ampliado en el mundo colonial, ya que los imperialistas trataron de transferir el peso de la crisis sobre las espaldas de las masas de estos países. Un peso despro-

porcionado de la crisis económica cae sobre las mujeres, en la forma de aumentos de precios, cortes en los presupuestos de las instalaciones rudimentarias de salud y educación que existen, y aumento de la miseria en el campo. Así, la brecha entre lo que es posible para las mujeres y lo que existe se ensancha.

d. El impacto de esta contradicción sobre la conciencia de las mujeres se refuerza en la actualidad por el impacto del movimiento internacional de liberación de la mujer, que ha inspirado a las mujeres de todo el mundo y ha popularizado y legitimado sus demandas.

Estos factores llevan a la conclusión de que las luchas de las mujeres tienen que llegar a ser el componente más importante de las luchas revolucionarias que se avecinan en los países coloniales y semicoloniales.

Estas luchas de las mujeres pueden tomar dimensiones explosivas dada la brecha que existe entre las normas y valores y las posibilidades para la liberación de la mujer que abren los avances tecnológicos del capitalismo. Al mismo tiempo, las normas y valores religiosos y tradicionales que mantienen los imperialistas y sus servidores están en contradicción constante con las vidas de un número cada vez mayor de mujeres. Esto implica, que una vez que las mujeres comiencen a cuestionar su opresión, aún a nivel elemental, esto puede combinarse con otras formas de explosión social y llevar muy rápidamente a la movilización de masas de mujeres en lucha que tomen una dirección radical anticapitalista.

17. Las actitudes y la política respecto de las demandas y necesidades de las mujeres en los países coloniales y semicoloniales son uno de los test decisivos del carácter revolucionario, de la perspectiva y el programa de cualquier organización que aspire a dirigir la lucha contra el imperialismo. El papel y la importancia que le damos a la lucha por la liberación de la mujer en estos países, y el programa que planteamos para terminar con ella, nos separa de las fuerzas no proletarias que luchan por la dirección de la lucha de liberación nacional.

Desde largo tiempo, este ha sido un rasgo distintivo del programa del marxismo revolucionario, como se refleja en las resoluciones del III Congreso de la Internacional Comunista. Estas resoluciones llaman especialmente la atención sobre el trabajo ejemplar de los comunistas chinos en organizar y dirigir las movilizaciones de mujeres que precedieron a la segunda revolución china de 1925-27.

Si el partido marxista revolucionario no ve la importancia de la organización y la movilización de las mujeres y de ganar la dirección de la lucha por la liberación de ésta, quedará el campo libre para que fuerzas burguesas y pequeño-burguesas ganen la dirección de los movimientos de mujeres y los desvíen por cauces reformistas o incluso en movimientos contra la clase obrera.

18. Solo la vía de la revolución socialista puede llevar a una transformación cualitativa en la vida de las mujeres en los países semicoloniales. Los ejemplos de Cuba, Vietnam y China son referencias importantes para las mujeres de Asia, Africa y América Latina. Estas revoluciones socialistas ofrecen la prueba evidente de que cambios rápidos son posibles cuando la clase obrera aliada al campesinado, rompe las cadenas de la dominación imperialista. Cuando las leyes de la acumulación capitalista se reemplazan por las de la economía planificada basada sobre la nacionalización de los sectores claves de la producción, es posible incluso en los países pobres del mundo semicolonial dedicar recursos masivos al desarrollo de la educación, de guarderías, de servicios médicos y de la vivienda.

Con la eliminación del capitalismo, desaparecen el paro y el sub-empleo. Se desarrolla una reducción del tiempo de trabajo que permite a las mujeres salir del hogar e integrarse a todos los sectores del trabajo productivo. Las costumbres y las tradicciones sociales enraizadas en los modos de producción capitalista y precapitalista, desaparecerán progresivamente a medida que se cumpla esta transformación.

19. Debido a la extrema opresión a que se enfrentan, y al hecho de que no existe la posibilidad de mejorar sus vidas bajo el capitalismo, las mujeres de los países coloniales y semicoloniales se verán empujadas a la vanguardia de la lucha por el cambio social. Por medio de escuelas internas y actividades educativas, las secciones de la IV Internacional tienen que preparar sistemáticamente a sus miembros para comprender la importancia de la lucha por la liberación de la mujer, aunque todavía no aparezcan luchas de masas en el horizonte político. Debemos tener una actitud consciente para ganar mujeres al socialismo y educar e integrar a las más decididas como dirigentes de nuestro movimiento.

LA MUJER EN LOS ESTADOS OBREROS Y LA REVOLUCION TRAICIONADA

1. La revolución de octubre de 1917 en Rusia, y todas las subsiguientes victorias socialistas produjeron conquistas significativas para las mujeres, incluyendo derechos democráticos e integración dentro de la fuerza productiva. Las medidas que tomaron los bolcheviques bajo la dirección de Lenin y Trotsky mostraron claramente que la revolución proletaria significaba pasos adelante inmediatos para las mujeres.

Entre 1917 y 1927 el gobierno soviético aprobó una serie de leyes que por primera vez daban a las mujeres la igualdad legal respecto de los hombres. El matrimonio se convirtió en un simple proceso de registro que tenía que basarse en el mutuo consentimiento. Se abolió el concepto de ilegitimidad de los hijos. Se hizo del aborto legal y gratuito un derecho de toda mujer. En 1927, los matrimonios no se tenían que registrar y el divorcio se conseguía a simple petición de cualquiera de los cónyuges. Se eliminaron las leyes contra los homosexuales.

Se estableció para todos los niños de ambos sexos la educación gratuita y obligatoria hasta los 16 años. La legislación daba beneficio especiales de maternidad a las mujeres trabajadoras.

El programa de 1919 del Partido Comunista declaraba: "La tarea del partido en el momento actual es principalmente trabajar en el terreno de las ideas y de la educación con el fin de destruir hasta el fondo todas las huellas de la desigualdad y los prejuicios anteriores, particularmente entre las capas atrasadas del proletariado y el campesinado. Sin limitarse a conseguir la igualdad formal de las mujeres, el partido lucha por liberarlas de las cargas materiales del trabajo doméstico obsoleto sustituyéndolo por casas comunales, comedores públicos, lavanderías centrales, guarderías, etc.". Este programa se realizó en la medida de lo posible, dado el atraso económico y la pobreza de la nueva república soviética, y a la devastación producida por casi una década de guerra imperialista y guerra civil.

Se hizo un esfuerzo consciente por comenzar a combatir las normas y actitudes sociales reaccionarias hacia las mujeres, que reflejaban la realidad de un país cuya po-

blación aún era aplastantemente campesina, en que las mujeres eran un porcentaje relativamente pequeño de la fuerza de trabajo, y en que el peso muerto de las tradiciones y costumbres feudales se ejercía sobre todas las relaciones sociales. En semejantes condiciones, como podría esperarse, las actitudes atrasadas hacia la mujer se reflejaban también en el seno del Partido Bolchevique, sin exceptuar a su dirección. El Partido no era homogéneo en ningún sentido en su comprensión de la importancia de llevar a cabo las medidas concretas y profundas necesarias para realizar el programa de 1919.

2. La masacre y el agotamiento de la vanguardia proletaria, y el aplastamiento de los levantamientos revolucionarios de la postguerra en Europa Occidental, pusieron las bases para el triunfo de la casta burocrática contrarrevolucionaria, encabezada por Stalin, en los años 20. Aunque no se destruyeron las bases económicas del estado obrero, una capa social privilegiada que se apropió para sí misma de muchos de los beneficios que trajo consigo el nuevo orden, creció rápidamente en el suelo fértil de la pobreza de Rusia. Para proteger y ampliar sus nuevos privilegios, la burocracia eliminó la política de Lenin y Trotsky en practicamente todas las esferas, desde el gobierno basado en la democracia soviética hasta el control de los trabajadores sobre la planificación de la economía, el derecho de las nacionalidades oprimidas a la autodeterminación, y la política exterior internacionalista proletaria.

A finales de los años 30, la contrarrevolución había aniquilado físicamente todo lo que sobrevivía de la dirección bolchevique y había establecido una dictadura que hasta hoy mantiene a cientos de miles de personas en campos de concentración, hospitales psiquiátricos, y en el exilio, y que aplasta sin piedad todo murmullo de oposición.

Respecto de las mujeres, la contrarrevolución estalinista cumplió una política de resucitar y fortalecer el sistema familiar.

Trotsky describió ese proceso como sigue: "la verdadera emancipación de la mujer es inconcebible sin un florecimiento general de la economía y la cultura, sin la destrucción de la unidad económica familiar pequeño-burguesa, sin la introducción de la preparación de comidas y la educación socializadas. Mientras tanto, guíada por su instinto conservador la burocracia ha dado la alarma sobre la "desintegración" de la familia. Comenzó cantando panegíricos a la comida en familia y a la lavandería familiar, es decir, a la esclavitud doméstica de la mujer. Para complementar, la burocracia ha restaurado el castigo criminal por el aborto, devolviendo oficialmente a las mujeres a la situación de animales de carga. En completa contradicción con el ABC del comunismo, la casta dominante ha restaurado de este modo el núcleo más reaccionario y trasnochado del régimen de clases, es decir, la familia pequeñoburguesa". **(Escritos de León Trotsky, 1937-38)**.

3. El factor más importante que facilitó esta regresión fue el atraso cultural y material de la sociedad rusa, que no contaba con los recursos necesarios para construir guarderías adecuadas, suficientes casas, lavanderías públicas e instalaciones y servicios de comidas y limpieza de las casas como para eliminar la base material de la opresión de la mujer. Este atraso también contibuyó a perpetuar la división general social del trabajo entre hombres y mujeres heredada del periodo zarista.

Pero a pesar de estas limitaciones objetivas, la burocracia estalinista reaccionaria abandonó conscientemente la perspectiva de avanzar de forma sistemática en la socialización de las cargas que soportan las mujeres, y en vez de ello comenzó a glorificar el sistema familiar, tratando de unir a las familias por medio de restricciones legales y obligaciones económicas.

Como señalaba Trotsky en **"La Revolución Traicionada"**, "... el retroceso no sólo toma formas de hipocresía repugnante, sino que también está yendo infinitamente más lejos de lo que requieren las férreas necesidades económicas".

La burocracia reforzó el sistema familiar por una de las mismas razones que hacen que lo mantenga la sociedad capitalista: como un medio de inculcar actitudes de sumisión a la autoridad y de perpetuar los privilegios de una minoría. Trotsky explicó que "el motivo más acuciante del actual culto a la familia es indudablemente la necesidad de la burocracia de una jerarquía estable de relaciones, y del disciplinamiento de la juventud por medio de cuarenta millones de puntos de apoyo de la autoridad y el poder".

Como parte de esta contrarrevolución, se desempolvaron y se pusieron de nuevo en vigor las antiguas leyes zaristas contra la homosexualidad.

El mantenimiento de la familia permitió a la burocracria perpetuar una importante división en el seno de la clase obrera: la división entre el hombre "cabeza de familia y ganador del sustento" y la mujer como responsable de las tareas de la casa, y de la compra, además de cualquier otra cosa que pudiera hacer. A un nivel más general, esto implicaba mantener la división entre la vida privada y la vida pública con el aislamiento resultante que afecta tanto a los hombres como a las mujers. El mantenimiento del núcleo familiar también reforzó a la burocracia al impulsar la actitud de "cada familia para sí misma" y, dentro del contexto de una política de planificación general que tiene poca relación con la satisfacción de las necesidades de los trabajadores, permite a la burocracia reducir al mínimo los costos de los servicios sociales.

Las condiciones que crearon la revolución proletaria y la contrarrevolución estalinista en la Unión Soviética no se han reproducido mecánicamente en cada estado obrero que se formó desde 1917. Existen importantes diferencias, reflejo de variaciones históricas, culturales, económicas y sociales de un país a otro, incluso de una región a otra. Sin embargo, a pesar de las diferencias en el grado de participación de las mujeres en el proceso de producción, o de la extensión de guarderías y servicios sociales similares, el mantenimiento de la inferioridad económica y social de la mujer y el fortalecimiento de la institución familiar como norma de relaciones sociales de la política oficial existe en todos los Estados obreros deformados.

4. Según el censo oficial de 1970 de la Unión Soviética, el 90 por ciento de todas las mujeres de las ciudades entre las edades de 16 y 54 años tenían trabajo fuera de la casa. Y sin embargo, la mujer soviética promedio emplea de cuatro a siete horas diarias en el trabajo doméstico, además de las ocho horas en un trabajo fuera de la casa.

La perpetuación de la responsabilidad de las mujeres en las tareas domésticas asociadas con la crianza de los niños, la cocina, la limpieza, el lavado y la atención de las necesidades personales de los demás miembros de la unidad familiar es la base social y económica de las desventajas y perjuicios a que se enfrentan, y de la resultante discriminación en trabajos y salarios. Esto afecta profundamente a la forma en que las mujeres se ven a sí mismas, su papel en la sociedad, y los fines que tratan de alcanzar.

Una encuesta realizada en Checoslovaquia a finales de los años 60 reveló que aproximadamente el 80 por ciento de todas las mujeres entrevistadas aceptaban la idea de permanecer en la casa hasta que sus hijos alcanzaran la

edad de 3 años, si su marido estaba de acuerdo y si el ingreso era suficiente para llenar las necesidades de la familia. Más nos podría sorprender esto si consideramos que, en el mismo período, de 500 mujeres entrevistadas que tenían puestos de supervisión en sus trabajos, la mitad dijeron que tenían que realizar todo el trabajo doméstico en sus casas (cuatro o cinco horas al día).

Aunque el 50 por ciento de la población asalariada en la Unión Soviética son mujeres, se concentran de una forma desproporcionada en los trabajos menos cualificados, peor pagados y de menos responsabilidad, y en los sectores tradicionalmente femeninos de la producción y los servicios. Por ejemplo, el 43.6 por ciento de todas las mujeres aún trabajan en la agricultura, mientras otra cuarta parte está empleada en la industria textil. El 80 por ciento de todos los maestros de escuela primaria y secundaria y el 100 por ciento de todos los maestros de preescolar son mujeres. En 1970 solamente el 6.6 por ciento de todas las empresas industriales estaban dirigidas por mujeres. Según las estadísticas de 1966, el salario promedio de la mujer en la Unión Soviética era el 69.3 por ciento del de los hombres, eso desde el 64.4 por ciento que era en 1924.

En 1970, en los países de Europa Oriental en su conjunto, el diferencial de salarios oscilaba entre el 27 y el 30 por ciento, a pesar de las leyes sobre la igualdad de salarios que han estado en vigor durante décadas en estos países. Esto refleja el hecho de que las mujeres no trabajan en los mismos empleos que los hombres. No sólo continúan siendo empujadas hacia las "ocupaciones femeninas" peor pagadas, estando frecuentemente sobre cualificadas para el trabajo que realizan, sino que muy pocas de las que completan los programas de aprendizaje para puestos mejor pagados y de mayor cualificación (sobre todo en la industria pesada) continúan trabajando en estos sectores. Las responsabilidades domésticas hacen difícil seguir el ritmo de los nuevos desarrollos en la especialidad de uno. También las leyes protectoras que establecen condiciones especiales para permitir al trabajo de las mujeres a menudo tienen efectos discriminatorios que les impiden tener los mismos puestos que los hombres.

En la Unión Soviética en 1976, más del 40 por ciento de todos los científicos eran mujeres, pero solamente 3 de 243 miembros plenos de la Academia Soviética de la Ciencia eran mujeres. En el terreno de la política nacional, solamente 8 de los 287 miembros plenos del Comité Central del Partido Comunista eran mujeres. No hay mujeres en el Buró político.

En la Unión Soviética y Europa Oriental, así como en los países capitalistas avanzados existe en la actualidad suficiente riqueza material y tecnológica como para aliviar de manera significativa la doble carga de las mujeres. Y sin embargo, las distorsiones introducidas en la planificación de la economía y el proceso productivo debido a la ausencia de control democrático sobre la producción de parte de los trabajadores y la dominación de la casta burocrática privilegiada son una fuente de resentimientos. Las mujeres sienten aún más que los hombres el peso muerto de la burocracia, porque ellas se ven obligadas a compensar las distorsiones de la economía por medio de la doble jornada de trabajo que realizan.

En la última década, estos resentimientos potencialmente explosivos han obligado a la burocracia a planificar un aumento de la producción de bienes de consumo y un aumento de los servicios sociales. Pero las existencias de bienes de consumo continúan estando muy por debajo de las crecientes necesidades y expectativas. Los servicios sociales también continúan siendo penosamente insuficientes. Por ejemplo, aunque las instalaciones de guarderías están más extendidas que en los países capitalistas avanzados, según cifras oficiales a principios de 1978, las guarderías en la Unión Soviética tenían la capacidad para solamente 13 de los 35 millones de niños de edad preescolar.

En Polonia y Checoslovaquia, a comienzos de los años 70, solamente el 10 por ciento de los niños de menos de tres años podían encontrar plaza en las guarderías; de los niños entre 3 y 6 años, solamente había plazas para el 37 y 45 por ciento respectivamente. Y eso sucede a pesar de que las mujeres constituyan entre el 40 y 45 por ciento de la fuerza de trabajo en estos dos países. A pesar de todas las dificultades que crean estas condiciones para las mujeres trabajadoras, algunos de los burócratas estalinistas de estos países están resucitando la teoría de "división natural del trabajo" entre los hombres y las mujeres. En Checoslovaquia y Hungría, la solución que plantean para aliviar la falta de servicios sociales y al mismo tiempo para tratar de revertir la tasa decreciente de natalidad, es en esencia un "salario por el trabajo doméstico" que se les concede a las madres de uno o dos niños hasta que tienen la edad de tres años. En Checoslovaquia este sistema va acompañado de un aumento en las bonificaciones familiares para el tercer y cuarto hijo, así como un aumento sustancial en los bonos de natalidad por cada hijo (que es aproximadamente el equivalente de un mes de salario). Obviamente, estas medidas sólo pueden tener el efecto de presionar a las mujeres a quedarse en casa, dado el doble día de trabajo que acompaña a un empleo fuera de la casa.

El número de lavanderías públicas es insignificante en la mayoría de los estados obreros (en Checoslovaquia, Polonia y la URSS las lavanderías existentes sólo satisfacen entre el 5 y el 10 por ciento de las necesidades).

De forma parecida, el número de hombres y mujeres trabajadores que comen en cafeterías públicas ha disminuído agudamente desde los años 50. Debido a los altos precios y la mala calidad, solamente el 20 por ciento de la población de Checoslovaquia come su comida principal fuera de la casa, en constraste con el 50 por ciento de años anteriores.

Todas estas condiciones apuntan en la dirección de enterrar a las mujeres en sus casas, tendencia que fortalece la propaganda de la burocracia a favor del trabajo de medio tiempo para las mujeres. Esto se expresa en Alemania del Este, por ejemplo, en el día libre extra que se le da cada mes a las mujeres para que puedan realizar sus trabajos domésticos. Desde luego, solamente a las mujeres se les da este "privilegio especial".

En octubre de 1977 la misma tendencia reaccionaria se incorporó de hecho, a la constitución soviétiva revisada, como una enmienda al artículo 35, que se supone garantiza iguales derechos a las mujeres. La constitución enmendada prevee "el acortamiento general de la jornada de trabajo para las mujeres con niños pequeños". Los dirigentes soviéticos explicaron que esta nueva cláusula constitucional reflejaba la línea del partido y del Estado soviético para mejorar la posición de las "mujeres como trabajadoras, madres, criadoras de niños, y amas de casa".

Este refuerzo de la división social del trabajo entre hombres y mujeres también se expresa en la política del gobierno de estos países dirigida a aumentar la tasa de natalidad para enfrentarse a la escasez de mano de obra. (Alemania del Este es actualmente la única excepción). Al mismo tiempo que el aborto se ha hecho accesible para las mujeres de los países capitalistas, el intento de acelerar el crecimiento de la población ha producido medidas restrictivas respecto del aborto en toda Europa Oriental.

De hecho, las burocracias estalinistas han dado la

espalda a la política que siguieron Lenin y otros dirigentes de la revolución rusa sobre el aborto como un derecho democrático elemental al que todas las mujeres deberían tener acceso sin ninguna limitación. Aunque el aborto legal es en general accesible en la Unión Soviética y Europa Oriental, las castas dominantes han amenazado muchas veces este derecho, imponiendo con frecuencia condiciones humillantes y multas económicas a las mujeres que recurren al aborto (como por ejemplo no pagar la ausencia por enfermedad cuando se aborta, o no incluir el aborto en los procedimientos médicos gratuitos).

La educación sexual y la amplia información sobre los métodos anticonceptivos se rechazaron explícitamente en la mayoría de los países de Europa Oriental hasta hace muy poco tiempo, con la excepción de Polonia. Los centros de planificación familiar no existían, y el acceso a los métodos anticonceptivos, como la píldora o la esterilización estaba estrictamente limitado (en Checoslovaquia a comienzos de los años 70, solamente el 5 por ciento de las mujeres usaban estos métodos). Pero ninguna de estas medidas ha conseguido alterar el estancamiento continuo de la tasa de natalidad, ni que disminuya el número de abortos. Frente a este "problema", la burocracia ejercita una gran imaginación en inventar métodos para animar a las mujeres a tener más hijos. Lo toman todo en consideración **excepto** las medidas para la socialización de las tareas domésticas. En Polonia, están considerando la posibilidad de un "salario doméstico" o un impuesto sobre los ingresos de las amas de casa que se niegan a tener hijos, o elevar la edad de retiro de las mujeres de 60 a 65 años para conseguir dinero para un fondo de maternidad, posiblemente rebajando la edad de retiro de la mujer hasta los 55 años para que así puedan ayudar a cuidar a los niños pequeños. En China, la burocracia estalinista ha introducido medidas económicas especiales que penalizan a las parejas que tengan más de dos hijos, intentando impedir el crecimiento de la población. El derecho a escoger está subordinado a las decisiones económicas de la burocracia.

En todos los países de Europa Oriental y en China, la burocracia promueve políticas que refuerzan la represión sexual. La gran escasez de vivienda, el tipo de educación que se les da a los niños desde la más tierna infancia, la frecuente negativa a alquilar habitaciones de hoteles a parejas no casadas, todo ello refleja las costumbres sociales dominantes y la oposición de la burocracia a cualquier forma de liberación sexual. Dado su lugar en el seno de la familia, desde luego que las mujeres son las primeras en sentir el peso de estas normas y políticas represivas.

5. Las mujeres en los estados obreros deformados y degenerados no conquistaran su completa liberación a no ser por medio de una revolución política que elimine a la casta burocrática del poder y restablezca la democracia obrera. Aunque hasta ahora hay pocos signos de aumento de conciencia respecto de la opresión de la mujer, no existe ninguna barrera impenetrable entre los países capitalistas avanzados y los estados obreros, especialmente entre Europa Oriental y Occidental. Las mujeres en los estados obreros se verán inevitablemente afectadas por la radicalización de las mujeres y las reivindicaciones que levantan en otras partes del mundo.

La lucha de las mujeres por su liberación será un componente significativo en el proceso de crisis y derrocamiento de los regímenes burocráticos privilegiados para establecer la democracia socialista. La reivindicación de la socialización del trabajo doméstico en particular es un aspecto importante del Programa de Transición para la revolución política que se avecina.

En algunos aspectos, en comparación con los países capitalistas, el balance de la situación y la independencia económica de la mujer en los estados obreros es positivo. Pero la historia soviética también confirma claramente el hecho de que la institución familiar es la piedra de toque de la opresión de la mujer. Mientras la política oficial sea alimentarla y mantenerla, mientras sus funciones no se trasladen completamente sobre instituciones sociales superiores, la auténtica igualdad de la mujer en la vida productiva es imposible. La responsabilidad de las mujeres en el trabajo doméstico es el origen de la discriminación a que se enfrentan en la vida diaria, en la educación, en el trabajo y en la política.

6. Los efectos de la contrarrevolución estalinista en la mujer y la familia, y el mantenimiento de la desigualdad de la mujer en los Estados obreros, representa en la actualidad un obstáculo para ganar a mujeres radicalizadas en el resto del mundo al marxismo revolucionario. Igual que en otros problemas, la política del estalinismo se identifica frecuentemente con el leninismo y no se reconoce como lo que es: la negación del leninismo. Las mujeres que luchan por su liberación en otras partes del mundo miran a menudo hacia los estados obreros y dicen: "Si esto es lo que hace el socialismo por las mujeres, no lo necesitamos". Muchos antimarxistas señalan la situación de la mujer en los estados obreros como "prueba" de que el camino de la liberación de la mujer no pasa por la lucha de clases. Así, la lucha por ganar la dirección de las feministas en otras partes del mundo está directamente vinculada con el desarrollo de la revolución política en los estados obreros deformados y degenerados, así como en nuestra capacidad de dar una imagen diferente del socialismo por el que nosotros, como verdaderos marxistas, luchamos.

LA IV INTERNACIONAL Y LA LUCHA POR LA LIBERACION DE LAS MUJERES

NUESTRA PERSPECTIVA

1. La IV Internacional saluda la aparición de una nueva ola de luchas de las mujeres para terminar con su opresión de siglos y se pone a la cabeza de estas luchas. Al luchar en primera línea en todas estas batallas, demostramos que el Partido Mundial de la Revolución Socialista puede dar una dirección capaz de llevar la lucha de liberación de la mujer hasta el triunfo. Nuestro objetivo es ganar la confianza y la dirección de las masas de mujeres mostrando que nuestro programa y nuestra política de lucha de clases llevará a la eliminación de la opresión de la mujer en el camino de la revolución proletaria y de la reconstrucción socialista de la sociedad.

2. Esta perspectiva de la IV Internacional forma parte de la larga tradición del marxismo revolucionario. Se basa en las siguientes consideraciones:

a. La opresión de la mujer apareció en una transición de la sociedad preclasista a la sociedad de clases. Es indispensable para el mantenimiento de la sociedad de clases en general y del capitalismo en particular. Por lo tanto, la lucha de las masas de mujeres contra su opresión es una forma de la lucha contra la dominación capitalista.

b. Las mujeres son un importante componente y un

poderoso aliado potencial de la clase obrera en la lucha por derribar al capitalismo. Sin la revolución socialista, las mujeres no pueden establecer las precondiciones de su liberación. Sin la movilización de las masas de mujeres en la lucha por su propia liberación, la clase obrera no puede realizar sus tareas históricas. La destrucción del Estado burgués, la consolidación de un nuevo poder del estado basado en la organización democrática de la clase obrera y de sus aliados, la transformación de las bases económicas y las prioridades de la sociedad, y la lucha continua por eliminar todas las formas de relaciones sociales opresivas heredadas de la sociedad de clases sólo se puede realizar con la participación consciente y la dirección de un movimiento autónomo de la liberación de la mujer.

Así, nuestro apoyo para la construcción de un movimiento feminista autónomo forma parte de la estrategia del partido revolucionario de la clase obrera. Surge del mismo carácter de las divisiones sociales que el mismo capitalismo crea, de la forma en que éstas se utilizan para dividir y debilitar a la clase obrera y a sus aliados en la lucha por terminar con la sociedad de clases.

c. Todas las mujeres están oprimidas como tales. Las luchas alrededor de aspectos específicos de la opresión de la mujer necesariamente afecta a mujeres de diferentes clases y sectores sociales. Incluso algunas mujeres burguesas, rebelándose contra su opresión como mujeres, pueden romper con su clase y ser ganadas al lado del movimiento obrero revolucionario por ser ésta la única forma de conquistar su liberación.

Como señalaba Lenin en sus discusiones con Clara Zetkin, "la acción alrededor de los aspectos de la opresión de la mujer, puede alcanzar el corazón de la clase enemiga, fomentar y aumentar el descontento, la incertidumbre, las contradicciones y los conflictos en el campo de la burguesía y sus amigos reformistas... Todo debilitamiento del enemigo es lo mismo que un aumento de nuestras fuerzas".

El hecho de que el resentimiento contra su opresión como mujeres pueda ser a menudo el punto de partida de la radicalización de sectores decisivos de mujeres pequeño burguesas, cuyo apoyo debe ganar la clase obrera, es aún más importante desde el punto de vista del partido marxista revolucionario.

d. Aunque todas las mujeres están oprimidas, los efectos de esta opresión son diferentes para las mujeres de distintas clases. Las que sufren la mayor explotación económica son también generalmente las que sufren más por su opresión como mujeres. Así, el movimiento de la liberación de la mujer proporciona una forma de llegar y movilizar a las mujeres más explotadas y oprimidas, que de otra forma no se verían afectadas tan rápidamente por las luchas de la clase obrera.

e. Aunque todas las mujeres sufren la opresión como mujeres, el movimiento de masas de liberación de la mujer que aspiramos a construir tiene que ser básicamente obrero en su composición, en su orientación y en su dirección. Solamente este movimiento podrá llevar sin compromisos hasta el fin la lucha por la liberación de la mujer, aliándose con las fuerzas sociales cuyos intereses son paralelos o coinciden con los de la mujer. Sólo este movimiento podrá tener un papel progresivo en situaciones en que la polarización de clases se agudice.

f. Dentro de esta perspectiva a largo plazo, las luchas de las mujeres en los sindicatos y en el trabajo tienen una importancia especial, ya que reflejan la interrelación del movimiento de la mujer y el movimiento obrero, el impacto que ejerce el uno sobre el otro. Esto se ve reflejado en la radicalización creciente de las mujeres de la clase obrera, en la comprensión cada vez más grande de las fuerzas del movimiento de liberación de la mujer que deben orientarse hacia las luchas de las trabajadoras y en la voluntad de ciertos sectores de la burocracia sindical de muchos países de empezar a tomar iniciativas a propósito de las reivindicaciones de las mujeres. Todos estos elementos indican el carácter y la composición futura del movimiento de liberación de las mujeres, así como la naturaleza de clase de las fuerzas que se pondrán a su frente para darle una dirección.

g. Las luchas de las mujeres contra su opresión como sexo tienen relación con las luchas de los trabajadores como clase, pero no son totalmente dependientes o idénticas a ellas. Las mujeres no pueden conquistar su liberación mas que en alianza con el poder organizado de la clase obrera. Pero esta necesidad histórica no significa en modo alguno que las mujeres deban posponer ninguna de sus luchas hasta que la actual burocracia obrera sea sustituida por una dirección revolucionaria que recoja la bandera de la liberación de la mujer. Ni tampoco deben esperar las mujeres hasta que la revolución socialista haya creado la base material para terminar con su opresión. Por el contrario, las mujeres en lucha por su liberación no tienen que esperar que nadie les enseñe el camino. Deben tomar la iniciativa de comenzar la lucha y de llevarla adelante. De este modo, pueden tener un papel de dirección dentro del movimiento obrero en su conjunto, contribuyendo a crear una dirección de lucha de clases indispensable para progresar sobre todos los frentes.

h. El sexismo es una de las armas más poderosas que utiliza la clase dominante para dividir y debilitar el movimiento obrero. Pero no divide simplemente a los hombres contra las mujeres. Se enraiza en la sociedad de clases, y en todo lo que la ideología burguesa inculca desde el nacimiento. Los patrones enfrentan a diferentes sectores de la clase obrera, difunden la idea de que la igualdad de las mujeres no puede obtenerse sino a expensas de los hombres, quitándoles los empleos, bajando sus salarios, quitándoles confort doméstico. Las burocracias animan estas divisiones para mantener su control. Es un freno que afecta tanto a los hombres como a las mujeres. Educar a las masas de trabajadores, hombres y mujeres, por medio de la propaganda, la agitación y la acción alrededor de las necesidades de las mujeres, es parte esencial de la lucha para romper el peso asfixiante de la ideología reaccionaria burguesa en el seno de la clase obrera. Forma parte indispensable de la politización y la educación revolucionaria del movimiento obrero.

i. Todo el poder y la fuerza unida de la clase obrera sólo se podrá mostrar plenamente si el movimiento obrero comienza a superar sus profundas divisiones internas. Esto solamente se conseguirá cuando los trabajadores lleguen a comprender que sus intereses de clase coinciden con las demandas y necesidades de los sectores más oprimidos y explotados de la clase: las mujeres, las nacionalidades oprimidas, los trabajadores inmigrantes, los jóvenes, los desorganizados y los desempleados. El movimiento de la mujer tiene especial importancia en la educación de la clase obrera para que comprenda esta verdad.

j. Conseguir que el movimiento obrero organizado luche por las demandas de las mujeres forma parte de la educación de la clase obrera para pensar socialmente y actuar políticamente. Es un eje central de la lucha por transformar los sindicatos en instrumentos de lucha revolucionaria en interés de toda la clase obrera. Combatiendo los esfuerzos de los patronos que quieren mantener la división en la clase obrera, nos esforzamos en ganar la base de los sindicatos y en particular a los jóvenes más combativos. Cuanto más adelante llevemos esta batalla, más veremos dividirse a la burocracia sindical. Los que no quieren defender los intereses de la gran mayoría de los más oprimidos y de los más explotados se

verán cada vez más relegados.

La lucha del partido revolucionario por ganar la hegemonía y la dirección de los trabajadores es inseparable de la batalla por convencer a la clase obrera y a sus organizaciones de que reconozcan y defienzan las luchas de las mujeres como suyas.

k. La lucha contra la opresión de la mujer no es un problema secundario ni periférico. Es un problema de vida o muerte para el movimiento obrero, especialmente en los periodos en que se agudiza la polarización de clases.

Debido al lugar que la mujer ocupa en la sociedad de clases y al peso de la ideología que fomenta su situación inferior, las mujeres son uno de los blancos favoritos de todas las organizaciones clericales, reaccionarias y fascistas. Ya sean los socialcristianos, la falange o los opositores de aborto, la reacción busca apoyo haciendo llamada especial a las mujeres diciendo que se dirigen a las necesidades particulares de la mujer, apoyándose en su dependencia económica bajo el capitalismo y prometiendo aliviar la carga desproporcionada que soportan las mujeres durante cualquier período de crisis social.

Desde la propaganda de "kinder-kirche-kuche" (niños-iglesia-cocina) del movimiento nazi, hasta la movilización de mujeres de clase media que realizó la democracia cristiana en Chile para la "marcha de las ollas vacías" en 1971, la historia ha mostrado una y otra vez que la mística reaccionaria de maternidad y familia es una de las armas conservadoras más poderosas con que cuenta la clase dominante.

Chile mostró una vez más de forma trágica que si el movimiento de los trabajadores no levanta y lucha por un programa y una perspectiva revolucionaria que responda a las necesidades de las masas de mujeres, muchas mujeres pequeño-burguesas y hasta obreras pueden movilizarse del lado de la reacción, o ser neutralizadas como aliadas potenciales del proletariado.

Los cambios objetivos en el papel económico y social de la mujer, y la nueva radicalización de las mujeres, junto con los cambios de conciencia y actitudes que ésta ha producido, hacen más difícil que prevalezca la reacción. Esta es una nueva fuente de optimismo revolucionario para la clase obrera. La explosión masiva de conciencia feminista en España como uno de los componentes más significativos el auge de la lucha de clases en la era posterior a Franco, es también una muestra de la velocidad con que el peso ideológico de la Iglesia y el estado pueden comenzar a derrumbarse en un período de ascenso revolucionario, incluso en los sectores de la población donde había sido más fuerte.

l. Aunque el triunfo de la revolución proletaria puede crear las bases materiales para la socialización del trabajo doméstico y poner los fundamentos de la completa igualdad económica y social de la mujer, esta reconstrucción socialista de la sociedad, que coloca sobre nuevas bases todas las relaciones humanas, no se podrá realizar de forma inmediata y automática. Durante el periodo de la transición al socialismo continuará la lucha por erradicar todas las formas de opresión heredadas de la sociedad de clases. Por ejemplo, la división social del trabajo entre tareas femeninas y masculinas debe eliminarse de todas las esferas de la actividad, desde la vida diaria hasta las fábricas. Habrá que tomar decisiones respecto de la distribución de los escasos recursos. Habrá que desarrollar un plan económico que refleje las necesidades sociales de las mujeres y permita la socialización más rápida posible de las tareas domésticas. La existencia de una organización autónoma de mujeres será una precondición para llegar democráticamente a las decisiones económicas y sociales correctas. Así, incluso después de la revolución, el movimiento autónomo de liberación de la mujer tendrá un papel indispensable para asegurar que la clase obrera en su conjunto, hombres y mujeres, lleve este proceso hasta un final victorioso.

Nuestra estrategia clasista, nuestra lucha contra la opresión de las mujeres, nuestra respuesta de cómo movilizar a las masas de mujeres junto a la clase obrera, tiene tres facetas: nuestras reivindicaciones políticas, nuestros métodos de lucha y nuestra independencia de clase.

NUESTRAS REIVINDICACIONES

A través de la totalidad del sistema de demandas que planteamos, que tratan de todos los problemas desde la libertad de asociación política hasta el desempleo y la inflación, el aborto y las guarderías, el control obrero y el armamento del proletariado, tratamos de construir un puente entre las necesidades y luchas actuales de las masas trabajadoras y su nivel de conciencia hasta el punto culminante de la revolución socialista. Como parte de un programa de transición, planteamos demandas que tratan de la opresión específica de la mujer.

Nuestro programa señala los problemas alrededor de los cuales las mujeres pueden comenzar a luchar para aflojar los lazos de opresión y amenazar las prerrogativas de la clase dominante. Reconoce y da respuesta a todos los aspectos de la opresión de la mujer: legal, económica, social y sexual.

Dirigimos nuestras demandas contra los responsables de las condiciones económicas y sociales a partir de las que surge la opresión de la mujer: la clase dominante, su gobierno y sus agentes. Orientamos el movimiento de liberación de las mujeres hacia objetivos políticos claros. Presentamos nuestras demandas y nuestra propaganda para mostrar que una sociedad que ya no se base en la propiedad privada, en la explotación y en la opresión, transformaría radicalmente en todos los aspectos las vidas de las mujeres.

El conjunto interrelacionado de nuestras tareas y nuestras consignas incluye demandas inmediatas, democráticas y transitorias. Algunas pueden ser y serán arrancadas a la clase dominante en el curso de la lucha que lleve hacia la revolución socialista.

Estas victorias elevarían el ánimo, la seguridad y la confianza en las propias fuerzas. Otras demandas se cumplirán parcialmente. Los que controlan la propiedad y la riqueza se opondrán hasta el final a las más fundamentales. Estas podrán conquistarse sólo durante la toma del poder y la reconstrucción socialista de la sociedad.

En la lucha por estas demandas —tanto las que dan soluciones a la opresión específica de la mujer, como las que responden a otras necesidades de las nacionalidades oprimidas y la clase en su conjunto— masas de mujeres llegarán a comprender su opresión como una consecuencia de la dominación de clase.

Entre nuestras demandas, las que se dirigen a eliminar la opresión específica de la mujer se centran en los puntos siguientes:

1. PLENA IGUALDAD POLITICA, LEGAL Y SOCIAL PARA LAS MUJERES

Ninguna discriminación en base al sexo. Igualdad de derechos, para la mujer en el voto, en la participación en actividades públicas, en formar o unirse a asociaciones políticas, en vivir y viajar donde quieran, en emprender las ocupaciones que escojan. Fin de todas las leyes y regulaciones que imponen castigos especiales a la mujer. Extensión a las mujeres de todos los derechos democráticos conquistados por los hombres.

2. POR EL DERECHO DE LAS MUJERES A CONTROLAR SUS FUNCIONES REPRODUCTIVAS

Solamente la mujer tiene el derecho a escoger si va a evitar o terminar un embarazo, o si lo va a continuar. Esto implica la condena de los planes de control de población, que son instrumentos del racismo o de los prejuicios de clase y que tratan de culpar por los males de la sociedad de clases, a las masas de trabajadores y campesinos.

a. Por el fin de todas las restricciones gubernamentales sobre el aborto y la anticoncepción, incluida para las menores, las trabajadoras inmigrantes y otras que no gozan de los derechos civiles.

b. Aborto libre y gratuito; alto a la esterilización forzosa y a cualquier otra interferencia gubernamental en el derecho de las mujeres de elegir si tener hijos y cuándo. Por el derecho a escoger el método, que la mujer prefiera, el aborto o anticoncepción.

c. Que la información y los métodos de control de la natalidad sean libres, gratuitos y estén ampliamente difundidos. Control de natalidad y centros de educación sexual financiados por el estado en las escuelas, los barrios, los hospitales y las fábricas.

d. Prioridad en la investigación médica al desarrollo de anticonceptivos totalmente seguros, efectivos en un 100 por ciento para hombres y mujeres; por el fin de toda la experimentación de medicamentos sobre las mujeres sin su consentimiento pleno y bien informadas; nacionalización de la industria farmacéutica.

3. POR EL FIN DE LA HIPOCRESIA, LA HUMILLACION Y LA COERCION DE LAS LEYES FAMILIARES FEUDALES Y BURGUESAS

a. Separación de la iglesia y el estado.

b. Supresión de todos los matrimonios obligatorios, de la venta y compra de mujeres. Derogación de todas las leyes contra el adulterio. Abolición de las leyes que dan a los hombres "derechos conyugales" sobre sus esposas. Supresión de todas las leyes seculares y religiosas que mantienen los abusos, la violencia física, o incluso el asesinato de las esposas, hermanas e hijas culpables de pretendidos crímenes contra el "honor masculino".

c. Abolición de todas las leyes que prohíben el matrimonio entre hombres y mujeres de diferentes razas, religiones o nacionalidades.

d. Matrimonio por libre consentimiento y registro civil.

e. Derecho al divorcio automático a petición de cualquiera de los cónyuges. Financiación del estado para manutención y la capacitación laboral de las mujeres divorciadas.

f. Abolición del concepto de "ilegitimidad". Alto a la discriminación contra las madres solteras y sus hijos. Alto a las condiciones carcelarias de los centros especiales del gobierno para cuidar de las madres solteras y otras mujeres que no tienen otro lugar donde ir.

g. Que la crianza, el bienestar social y la educación de los niños sea responsabilidad de la sociedad y no la carga individual de los padres. Abolición de todas las leyes que conceden a los padres derechos de propiedad y completo control sobre sus hijos. Por leyes estrictas contra el maltrato a los niños.

h. Por el fin de todas las leyes que persiguen a las prostitutas. Por el fin de todas las leyes que refuerzan un doble criterio moral para hombres y mujeres en asuntos sexuales. Por el fin de todas las leyes que persiguen a los jóvenes por sus actividades sexuales.

i. Abolición de las mutilaciones a mujeres a través de la práctica de la infibulación o de la clitorectomía.

j. Derogación de todas las leyes contra los homosexuales. Por el fin de toda discriminación contra los homosexuales en el empleo, la vivienda y la custodia de los hijos. Por el fin de todos los estereotipos que insultan a los homosexuales en los libros de texto y los medios de comunicación de masas, que describen las relaciones homosexuales como perversas y contranatura.

k. La violencia contra las mujeres —a menudo sancionada por las leyes familiares reaccionarias— es una realidad diaria que experimentan las mujeres de una forma u otra. Si ésta no se produce en el aspecto extremo de violaciones y palizas, la amenaza está siempre presente de asalto sexual, implícita en los gestos y comentarios obscenos que constantemente sufren las mujeres en el trabajo y en la calle.

Exigimos la eliminación de las leyes que se ejercen en la suposición de que las mujeres que son víctimas de violación son las culpables; el establecimiento de centros —independientes de la policía y los tribunales— destinados a acoger, aconsejar y ayudar a las esposas golpeadas, a las víctimas de violaciones y otras mujeres víctimas de la violencia sexual; la mejora del transporte público, la iluminación de las calles, y otros servicios públicos que hagan más seguro para las mujeres salir solas.

La violencia contra las mujeres es un producto maligno de las condiciones sociales y económicas generales de la sociedad de clases. Inevitablemente aumenta durante los periodos de crisis social. Pero nosotros luchamos por educar a las mujeres y a los hombres en que la violencia sexual no se podrá erradicar sin cambiar la base de la que surge la degradación económica, social y sexual de la mujer. Denunciamos el uso racista de las leyes contra la violación para perseguir a los hombres de las nacionalidades oprimidas. Nos oponemos a las demandas que levantan algunas feministas de imponer penas extremas a los violadores condenados o de fortalecer el aparato represivo del estado, cuyos policías están entre los que maltratan a las mujeres de forma más destacada.

Nos oponemos a toda censura literaria incluso cuando toma como pretexto la necesidad de luchar contra la pornografía.

4. PLENA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA MUJER

a. Garantía de empleo con salario mínimo sindical para

todas las mujeres que quieran trabajar, con escala móvil de salario y horas de trabajo para combatir la inflación y el paro. Menos tiempo de trabajo para todos.

b. Eliminación de las leyes que discriminen a las mujeres en el derecho de recibir y disponer de sus propios salarios y propiedades.

c. Salario igual por trabajo igual. Por un salario mínimo nacional basado en una escala salarial de los sindicatos.

d. Contra toda discriminación de la mujer en cualquier rama de la actividad económica, en cualquier profesión, categoría laboral, programa de aprendizaje o entrenamiento.

e. Contratos, entrenamiento, acceso a puesto y pagos de antigüedad con prioridad para las mujeres y otros sectores superexplotados de la fuerza de trabajo, para superar los efectos de décadas de discriminación sistemática en contra de ellos. No a medidas preferenciales para los hombres de los sectores tradicionalmente masculinos del comercio y de la industria.

f. Ausencias por maternidad pagadas sin ninguna pérdida del trabajo ni la antigüedad. Que el padre en vez de la madre tenga la posibilidad, si así lo desea, de tener un permiso pagado para cuidar de un niño recién nacido.

g. Permisos pagados para cuidar a los hijos enfermos y que se den por igual a hombre y mujeres.

h. Extensión de las leyes especiales de protección (que imponen condiciones especiales de trabajo a las mujeres) para que cubran a los hombres, para que así mejoren las condiciones de trabajo de hombres y mujeres, e impedir que la legislación protectora se utilice para discriminar a las mujeres.

i. Edad de retiro uniforme para hombres y mujeres, con la libertad de cada individuo de pensionarse o no.

j. Que se garantice a los trabajadores de medio tiempo los mismos salarios por hora y los mismos beneficios que a los trabajadores a tiempo completo.

k. Compensación en la proporción que determine el sindicato durante los periodos de desempleo, para hombres y mujeres, incluyendo a los jóvenes que no pueden encontrar un puesto de trabajo, independientemente de su estado civil.

Que se proteja la compensación por desempleo contra la inflación por medio de aumentos automáticos.

5. IGUALDAD DE OPORTUNIDADES EN LA EDUCACION

a. Admisión gratuita y libre para todas las mujeres en todas las instituciones educativas y en todos los programas de estudio, incluyendo los programas de entrenamiento dentro del trabajo. Admisiones especiales con preferencia para animar a las mujeres a entrar en los campos tradicionalmente dominados por los hombres y para aprender profesiones y especialidades de las que hasta ahora han sido excluidas.

b. Por el fin de todas las formas de presión sobre las mujeres para que se preparen en un "trabajo de mujeres", como decoración, trabajo secretarial, enfermería y enseñanza.

c. Educación y cursos de repaso especiales para ayudar a las mujeres a entrar de nuevo al mercado de trabajo.

d. Alto a las descripciones en los libros de texto y los medios de comunicación de masas que presentan a las mujeres como objeto sexual y criaturas estúpidas, débiles y emocionalmente dependientes. Por cursos destinados a enseñar la verdadera historia de la lucha de las mujeres contra su opresión. Cursos de educación física para enseñar a las mujeres a desarrollar su fuerza y a estar orgullosas de sus capacidades atléticas.

e. Ninguna expulsión de estudiantes embarazadas o madres solteras, ni segregación en los centros especiales.

6. REORGANIZACION DE LA SOCIEDAD PARA ELIMINAR LA ESCLAVITUD DOMESTICA DE LA MUJER

Contraponemos estas demandas a la propaganda y agitación ultraizquierdista por la "abolición" de la familia. La familia como unidad económica no se puede "abolir" por decreto. Sólo se puede sustituir después de largo tiempo. El objetivo de la revolución socialista es crear alternativas económicas y sociales superiores a la actual institución familiar y más capaces de llenar las necesidades que actualmente, aunque de forma extremadamente pobre y limitada, llena la familia, de modo que las relaciones personales sean un asunto determinado por la libre elección y no por la obligación económica.

a. Guarderías y escuelas gratuitas, financiadas por el gobierno las 24 horas del día, en lugares cómodos y abiertos a todos los niños desde el nacimiento hasta la adolescencia, independientemente de los ingresos de la padres o de su situación civil; personal capacitado femenino y masculino; eliminación de todas las prácticas sexistas en la educación, que la política de las guarderías sea decidida por los que utilizan los centros.

b. Atención médica gratuita para todos, e instalaciones de guarderías especiales para los niños enfermos.

c. Desarrollo sistemático de servicios sociales de bajo costo y buena calidad como cafeterías, restaurantes y centros de venta de comida preparada accesibles para todos; instalaciones colectivas de lavanderías; servicios de limpieza de las casas organizadas con métodos industriales.

d. Un programa masivo y rápido, financiado por el gobierno para el desarrollo de viviendas sanas y amplias para todos; que ningún alquiler sea superior al 10 por ciento de los ingresos; ninguna discriminación contra madres solteras o mujeres con hijos.

Estas demandas indican los problemas alrededor de los cuales las mujeres lucharán por su liberación, y mostrarán como esta lucha tiene una estrecha relación con las demandas que levantan otros sectores oprimidos de la sociedad y con las necesidades de la clase obrera en su conjunto. Con ello se educará la clase obrera en la lucha a lo largo de estas líneas para comprender y luchar contra el sexismo en todas sus formas y expresiones.

El movimiento de liberación de la mujer plantea muchos problemas. El desarrollo del movimiento ya ha demostrado que no todos ellos aparecerán en escena con la misma fuerza en un momento determinado. ¿Qué demandas levantarán en el curso de una lucha particular, cuál es la mejor forma de formular demandas específicas para que sean comprensibles a las masas y capaces de movilizarlas en la acción, cuándo plantear nuevas demandas para hacer avanzar la lucha?. La respuesta a todos estos problemas tácticos es la función del partido revolucionario, el arte mismo de la política.

NUESTROS METODOS DE LUCHA

1. Utilizamos métodos proletarios de movilización y acción para conseguir estas demandas. Todo cuanto está orientado a llevar a las mismas masas a movilizarse, a luchar, cualquiera que sea su nivel de conciencia en ese momento. Las masas no aprenden simplemente por la exposición de ideas que se les haga o por la acción ejemplar de otros. Solamente a través de su propia experiencia millones de mujeres serán ganadas como aliadas de la lucha revolucionaria y llegarán a comprender la necesidad de deshacerse de un sistema económico basado en la explotación.

Nuestro objetivo es enseñar a las masas a confiar en su propio poder unido. Contraponemos la acción extraparlamentaria de masas —manifestaciones, mítines, huelgas, ocupaciones— a la confianza en las elecciones, los organismos del estado, las legislaciones y los políticos burgueses que pululan en ellos.

Nuestros métodos de lucha de clases tienen por fin suscitar las iniciativas de la gran mayoría de mujeres, unirlas, romper su aislamiento en la casa, combatir su falta de confianza en sus propias capacidades, su inteligencia, su independencia y su fuerza. Luchando a su lado intentamos mostrar que la explotación de clase es la raíz de la opresión de la mujer y que su eliminación es la única vía para la emancipación.

Del mismo modo intentamos desarrollar la conciencia de clase del movimiento de liberación de las mujeres esforzándonos para que el movimiento obrero haga suya la lucha contra todos los aspectos de la opresión de las mujeres.

En todas las luchas, hacemos los mayores esfuerzos para educar a las mujeres en la comprensión de la desigualdad de clases que agudiza la opresión de las más explotadas. Tratamos de conducir el movimiento a que se dirija en primer lugar a la movilización de las mujeres de la clase obrera y las nacionalidades oprimidas. A través del sistema de demandas que avanzamos y la propaganda que realizamos, tratamos de mover la lucha en una dirección anticapitalista. Destacamos las implicaciones sociales de las demandas y denunciamos la lógica de las ganancias y las condiciones de la sociedad de clases que limitan la capacidad de la clase dominante hasta para poner en práctica las concesiones que se le arrancan en la lucha.

2. La opresión de la mujer como sexo constituye la base objetiva para la movilización de las mujeres en lucha por medio de sus propias organizaciones. Por esta razón, la IV Internacional apoya y contribuye a construir el movimiento de liberación de la mujer.

Cuando hablamos del movimiento de la mujer, entendemos por esto todas las mujeres que se organizan a cualquier nivel para luchar contra la opresión que les impone esta sociedad: los grupos de liberación de la mujer, los grupos de conciencia, los grupos de barrio, los grupos estudiantiles, los grupos que se organizan en los lugares de trabajo, las fracciones sindicales, las organizaciones de mujeres de las nacionalidades oprimidas, los grupos feministas de lesbianas, las coaliciones para la acción alrededor de demandas específicas. El movimiento de la mujer se caracteriza por su heterogeneidad, su penetración en todas las capas de la sociedad, y por el hecho de que no está unido a ninguna organización política en particular, aunque diferentes corrientes realicen actividades en su seno.

Además, algunos grupos y coaliciones para la acción, aunque estén dirigidos por mujeres, están abiertos también a los hombres, como la National Organization for Women (Organización Nacional de Mujeres) en los Estados Unidos y la Campaña Nacional por el Aborto en Inglaterra. Al principio los grupos de mujeres aparecieron mayoritariamente al margen de las organizaciones de masas de la clase obrera. La creciente radicalización de las trabajadoras ha llevado a un número cada día mayor en las organizaciones de clase. En el Estado Español muchas mujeres se han afiliado a las CC.OO. impulsando comisiones de trabajo mujer. En Francia, millones de mujeres participan en comisiones sindicales femeninas y en los grupos del Planing familiar, y también en grupos de mujeres en general. En Bolivia las mujeres de los mineros han formado comités de amas de casa afiliados a la COB. Se trata de formas de una realidad cambiante y poco estructurada aún que se llama el movimiento independiente o autónomo de las mujeres.

Al decir independiente o autónomo no queremos decir que sea independiente de las necesidades de la clase obrera o de la lucha de clases. Al contrario, solo la fusión de los objetivos y de las reivindicaciones del movimiento de mujeres con las luchas de la clase obrera permitirá unir las fuerzas necesarias para conseguir los objetivos de las mujeres. Queremos decir que el movimiento está organizado y dirigido por mujeres; que toma la lucha por los derechos y necesidades de las mujeres como su primera prioridad, negándose a subordinar esta lucha a cualquier otro interés; que no está subordinado a las decisiones o las necesidades políticas de cualquier tendencia política o de cualquier otro grupo social, que quiere realizar la lucha por los medios que sea, y junto con las fuerzas que demuestren ser necesarias.

Obviamente, no todos los grupos dentro del movimiento entran en estos criterios de forma igual ni completa, pero este es el carácter del movimiento de liberación de las mujeres que tratamos de construir.

3. La forma organizativa dominante en el movimiento feminista ha sido la de grupos solamente de mujeres. Estos grupos han aparecido en prácticamente todos los terrenos, desde las escuelas e iglesias hasta las fábricas y los sindicatos. Esto es expresión de la determinación de las mujeres de tomar la dirección de sus propias organizaciones, en las que pueden aprender, desarrollar y dirigir sin temor de verse rebajadas o recibir órdenes de los hombres, o teniendo que competir con ellos desde el principio.

Antes de que las mujeres puedan dirigir a otros, deben desterrar todos sus sentimientos de inferioridad y autohumillación. Tienen que aprender a dirigirse a sí mismas. Los grupos feministas que conscientemente y deliberadamente excluyan a los hombres contribuyen a que muchas mujeres den los primeros pasos para descargar su propia mentalidad de esclavas, ganen confianza, orgullo y valor para actuar como seres políticos.

Los pequeños grupos "de conciencia" que han aparecido por todas partes como una de las formas más frecuentes de la nueva radicalización, ayudan a muchas mujeres a darse cuenta de que sus problemas no surgen de limitaciones personales, sino que son creados socialmente y son comunes a los de otras mujeres.

A menudo ponen la base necesaria para que las mujeres rompan su aislamiento, ganen confianza y avancen hacia la acción. Al mismo tiempo estos grupos pueden convertirse en un obstáculo para el mayor desarrollo político de las mujeres que se encuentran en ellos, si permanecen vueltos hacia adentro y se limitan a los círculos de discusión como sustitutos de la unión a otras mujeres para actuar.

El deseo de las mujeres de organizarse en grupos solo

de mujeres no tiene nada que ver con la práctica de muchos partidos estalinistas de masas que organizan por separado a hombres y mujeres en las organizaciones juveniles con el propósito de reprimir la actividad sexual y reforzar el comportamiento estereotipado de los sexos, es decir, la inferioridad de la mujer. Los grupos independientes solo de mujeres que han aparecido en la actualidad expresan en parte la desconfianza que muchas mujeres radicalizadas sienten hacia las organizaciones reformistas de masas de la clase obrera, que tan miserablemente han evitado luchar por sus necesidades.

Nuestro apoyo y nuestro trabajo para contribuir al movimiento independiente de liberación de la mujer distingue en la actualidad a la IV Internacional de muchos grupos sectarios que se reclaman de la ortodoxia marxista tal y como la representan sus interpretaciones de las resoluciones de los cuatro primero congresos de la Internacional Comunista. Estos grupos rechazan la construcción de organizaciones de mujeres, excepto las que están ligadas directamente y bajo el control político de su partido.

Apoyamos y construimos grupos de liberación de la mujer organizados solamente con mujeres. A los "marxistas" que afirman que estas organizaciones y reuniones solamente de mujeres dividen a la clase obrera sobre líneas de sexo, les decimos que no son las que luchan contra su opresión las responsables de crear o mantener las divisiones.

El capitalismo divide la clase obrera por la raza, por el sexo, por la nacionalidad, por los niveles de capacitación y por todos los medios posibles.

Nuestra tarea es organizar y apoyar las batallas de los sectores más oprimidos, que levantan demandas que representan los intereses de toda la clase y que dirigirán la lucha por el socialismo. Los que más sufren de lo viejo serán los que más enérgicamente luchen por lo nuevo.

4. Las formas por medio de las que trabajamos pueden variar en gran medida, dependiendo de las circunstancias concretas en que nuestras organizaciones se encuentran. Entre los factores que hay que tener en cuenta se encuentran la amplitud de nuestras propias fuerzas; el tamaño, carácter y nivel político de las fuerzas de liberación de la mujer; la fuerza de los liberales, los estalinistas, los socialdemócratas y otras fuerzas de tipo centrista contra las que debemos luchar; y el contexto político general en el que estamos trabajando. Determinar si debemos organizar grupos de liberación de la mujer sobre un amplio programa socialista, trabajar en las organizaciones existentes dentro del movimiento de liberación de la mujer, construir amplias coaliciones de acción alrededor de problemas específicos, trabajar en las fracciones femeninas sindicales, combinar varias de estas actividades o trabajos por medio de formas completamente diferentes, son problemas tácticos.

No importa cuál sea la forma organizativa que adoptemos, el problema fundamental que hay que decidir es el mismo: ¿Qué problemas y demandas específicas debemos levantar en las circunstancias dadas para movilizar de la forma más efectiva a las mujeres y sus aliados en la lucha?.

5. No existe ninguna contradicción entre el apoyar y construir organizaciones solamente de mujeres que luchen por la liberación de la mujer, o luchar por demandas específicas relacionadas con la opresión de la mujer, y la construcción simultánea de coaliciones de acción de masas que envuelvan tanto a hombres como a mujeres para luchar por las mismas demandas. Las campañas alrededor del derecho al aborto han dado un buen ejemplo de esto. Las mujeres serán la columna vertebral de estas campañas, pero ya que la lucha está dentro de los intereses de las masas trabajadoras en su conjunto, nuestra perspectiva es ganar el apoyo para el movimiento de todas las organizaciones de la clase obrera y oprimidos.

6. En el periodo actual la mejor forma de movilizar a las masas de mujeres en la acción es a menudo la organización de campañas de acción del tipo de frente único, que movilizan el apoyo más amplio posible alrededor de demandas concretas. Esto es tanto más cierto, dada la relativa debilidad de las secciones de la IV Internacional y la relativa fuerza de los liberales y de nuestros oponentes reformistas. Para muchos hombres y mujeres la participación en las acciones organizadas por estas campañas ha sido su primer paso hacia el apoyo de los objetivos políticos del movimiento de liberación de la mujer. Las campañas por el aborto de tipo de frente único en Francia, EE.UU. e Inglaterra, dan un ejemplo de este tipo de acciones.

A través de estas acciones del tipo de frente único podemos concentrar la mayor potencia contra el gobierno capitalista y educar a las mujeres y a los trabajadores respecto de su propia fuerza. En la medida en que los liberales "amigos" de la mujer, los estalinistas, los socialdemócratas y los burócratas sindicales se nieguen a apoyar estas campañas por las necesidades de las mujeres, se aislarán y denunciarán ellos mismos por su propia inactividad, oposición o voluntad de subordinar las necesidades de las mujeres a su busca de alianza con los sectores supuestamente "progresistas" de la clase dominante. Y si la presión de masas realmente les obliga a apoyar estas acciones, esto solamente puede ampliar el atractivo de masas de las campañas y aumentar las contradicciones en el seno de las fuerzas reformistas.

Estas campañas de acción del tipo frente único son de particular importancia para profundizar la relación entre el movimiento independiente de la mujer y el movimiento obrero, ya que ponen la mayor presión sobre la burocracia obrera para que responda.

7. Porque nuestra orientación es construir un movimiento feminista que sea básicamente obrero en su composición y en su dirección, y debido a la interconexión entre la lucha por la liberación de la mujer y la transformación de los sindicatos en instrumentos que defiendan efectivamente los intereses de toda la clase, damos especial importancia a las luchas de las mujeres en los sindicatos y en el trabajo.

Nuestro objetivo es que las mujeres participen activamente en los sindicatos y en el movimiento de liberación de la mujer.

Aquí como en otros sectores de la sociedad capitalista, las mujeres están sometidas a la dominación del hombre, a la discriminación como un sexo inferior que está fuera de su "lugar natural". Pero el número creciente de mujeres en la fuerza de trabajo y los cambios que se han producido por la extensión de la conciencia feminista ya han comenzado a alterar las actitudes de las mujeres trabajadoras, fortaleciendo su inclinación a organizarse, a sindicalizarse y a luchar por sus derechos.

Las mujeres trabajadoras están implicadas en muchas luchas por demandas generales de las necesidades económicas y las condiciones de trabajo de todos los trabajadores. Estos frecuentemente luchan por las necesidades especiales de las mujeres trabajadoras, como salario igual, beneficios de maternidad, guarderías y contratación y entrenamiento preferente.

Ambas luchas son centrales tanto para la lucha de libe-

ración de la mujer, como para la clase obrera en general. Estas luchas y demandas de las mujeres trabajadoras tendrán cada vez mayor peso con la profundización de la lucha de clases bajo el impacto de la crisis económica. Tendrán un impacto cada vez mayor en el movimiento de liberación de la mujer.

La mayoría de las mujeres que participan en estas luchas no comienzan como feministas. Por el contrario, a menudo afirman vigorosamente que no son feministas. Simplemente piensan que tienen derecho a que se les pague lo mismo por hacer el mismo trabajo que un hombre, o creen que tienen el derecho de ser empleadas en algunas áreas de trabajo tradicionalmente "masculinas".

Las mujeres trabajadoras que participan en luchas en su trabajo se enfrentan a los mismos problemas y condiciones que ha impulsado el movimiento feminista. A menudo se enfrentan a agresiones sexistas y a abusos organizados y provocados por sus jefes y encargados. Incluso cuando provienen de compañeros de trabajo son producto del clima creado por el patrón. A veces se confrontan a la difícil tarea de convencer al sindicato para que las defienda contra las agresiones. Tienen que convencer a sus compañeros de trabajo que cuando hacen la vida difícil a una mujer en su trabajo, están haciéndole el juego al patrón y a su política de "divide y vencerás". Conforme comienzan a tener un papel activo, a tomar responsabilidades de dirección, a demostrar sus capacidades de dirección a sí mismas y a los demás, a ganar confianza y a tener un papel independiente, desarrollan una comprensión mayor de por qué está luchando el movimiento feminista. La presentación correcta de demandas y objetivos claros y concretos por parte del movimiento feminista es indispensable para llegar y comprometer a millones de mujeres trabajadoras cuyo desarrollo político consciente comienza cuando tratan de enfrentar sus problemas como mujeres que además necesitan trabajar para vivir.

8. El peso y el papel creciente de las mujeres en el movimiento obrero tiene un importante impacto en la conciencia de muchos hombres trabajadores, que comienzan a ver a la mujer más como compañera igual que lucha y menos como una criatura débil a la que hay que cuidar y proteger.

En este contexto las demandas por la contratación, entrenamiento y promoción laboral preferente para las mujeres en los sectores de la economía tradicionalmente dominados por hombres tienen una importancia especial.

a. Ponen en cuestión la división en el seno de la clase trabajadora sobre líneas de sexo, divisiones que los patrones alimentan y mantienen para debilitar a la clase obrera y mantener bajos los salarios y las condiciones de trabajo de toda la clase.

b. Contribuyen a educar a los trabajadores tanto hombres como mujeres en apreciar los efectos materiales de la discriminación contra las mujeres, y la necesidad de medidas conscientes para superar los efectos de siglos de subyugación forzosa.

c. Conforme las mujeres comienzan a romper la división tradicional del trabajo sobre líneas de sexo y establecen su igualdad de derechos en el empleo y su capacidad de realizar trabajos "masculinos" igual que los hombres, las actitudes y los prejuicios sexistas en el seno de la clase obrera se ven minados y se pone en cuestión la división del trabajo en todas las esferas.

Las luchas que abren a las mujeres la puerta para entrar en los campos educativos, las ocupaciones y los puestos de dirección anteriormente dominados por los hombres plantea de la forma más clara posible la erradicación de la situación social inferior de la mujer. Esto, junto con las demandas que se dirigen a la socialización del trabajo doméstico que realizan las mujeres, como la expansión y la mejora de las instalaciones de guarderías, tienen un poderoso impacto educativo en la clase obrera.

9. Estas demandas también tienen una importancia especial como parte de la lucha para transformar los sindicatos en instrumentos revolucionarios de la lucha de clases y para romper la actitud machista de la burocracia sindical. La burocracia sindical se basa en los sectores más privilegiados de hombres trabajadores de más edad, que en general ven las demandas que dan preferencia a las mujeres y otros sectores oprimidos, como una amenaza a sus prerrogativas inmediatas. Así, los elementos más conscientes de la burocracia se oponen firmemente a estas demandas que levantan los sectores más oprimidos y más explotados de la clase obrera, que se dirigen a destruir las profundas divisiones en el seno de la clase. Una parte importante de nuestra orientación estratégica para desarrollar un ala izquierda de clases en el movimiento sindical es utilizar el peso creciente de fuerzas como el movimiento de liberación de la mujer para plantear los problemas claves sociales y políticos en los que el movimiento obrero debería tener un papel de dirección. La denuncia de la política reaccionaria anti-mujer, y por lo tanto antiobrera, de la dirección del movimiento sindical, y la lucha por cambiar esta política y la dirección que la defienda, es un eje crucial de nuestra orientación en los sindicatos.

10. Existen muchas dificultades para organizar a las mujeres trabajadoras. Precisamente debido a su opresión como mujeres, tienen menos posibilidades de sindicalizarse o de tener una fuerte conciencia de clase. Su participación en la fuerza de trabajo es frecuentemente más esporádica. Su doble carga de responsabilidades y tareas en la casa es agotadora, consume tiempo y les deja menos energía para la actividad política y sindical. La tremenda insuficiencia de las instalaciones de guarderías hace especialmente difícil la participación de las mujeres en reuniones.

Por estas razones, la lucha por convencer a los sindicatos de que tomen las demandas especiales de las mujeres, quitando a los dirigentes traidores que se nieguen a unirse a la orientación social y política que conllevan estas demandas, es inseparable de la lucha por la democracia sindical. La democracia sindical no solo incluye problemas como el derecho de los miembros de votar sobre todos los problemas, a elegir todos los miembros de dirección y el personal y a formar tendencias. También incluye medidas especiales que permita a las mujeres participar con plena igualdad: instalaciones de guarderías organizadas por el sindicato durante las reuniones, derecho de reunirse en fracciones de mujeres, cláusulas especiales para reunirse durante horas de trabajo, y medidas que aseguren la adecuada representación de las mujeres en todos los organismos de dirección. Dentro del movimiento obrero la lucha contra las actitudes y las prácticas machistas es parte integal de la lucha por la democracia sindical y solidaridad de clase.

11. Si damos especial importancia a las luchas de las mujeres que trabajan fuera de la casa no se debe a que despreciemos la opresión que sufren las amas de casa. Por el contrario, lo comprendemos y adelantamos un programa que responde a los profundos problemas a que se enfrentan las mujeres en sus casas, la gran mayoría de las cuales son mujeres de la clase obrera, que pasarán una parte de su vida en el mercado de trabajo además de reali-

zar sus responsabilidades domésticas. Ofrecemos una perspectiva para salir de la carga embrutecedora del trabajo doméstico, del aislamiento que imponen sobre cada mujer individual, de la dependencia económica de las amas de casa y el temor y la inseguridad que ésta produce. Contraponemos nuestro programa de socialización del trabajo doméstico y la integración de las mujeres a la fuerza de trabajo productivo sobre una base igual, a la alternativa que ofrece la reacción: la glorificación del trabajo doméstico y la maternidad, y las propuestas para compensar a las mujeres por su esclavitud doméstica por medio de salarios de trabajo doméstico, o esquemas de parecido encanto superficial.

Conforme el capitalismo en crisis pasa más cargas economicas sobre la familia individual, son a menudo las amas de casa, responsables de tratar de estirar los ingresos de la familia para cubrir sus necesidades básicas, quienes primero salen a la calle para protestar por los racionamientos de comida y la inflación galopante. Estos movimientos pueden ser un primer paso hacia la conciencia política y la acción colectiva de miles de mujeres. Ofrecen una apertura y desafían al movimiento obrero para que se una y contribuya a dar dirección a estas protestas, que se pueden desarrollar con rapidez explosiva. Las demandas de comités de vigilancia de precios conjuntos de trabajadores y consumidores, dan una base común para el movimiento obrero, las amas de casa en protesta y otros consumidores.

A diferencia de las amas de casa, sin embargo las mujeres trabajadoras ya están semi-organizadas, por el mercado de trabajo. Su lugar en la clase obrera, en el movimiento obrero y su situación económica las pone en una posición en que pueden tener una dirección central en las luchas de las mujeres y de la clase obrera en su conjunto.

12. No existe ninguna contradicción entre la construcción del movimiento autónomo de liberación de la mujer, la construcción de sindicatos y la construcción de un partido marxista revolucionario de hombres y mujeres.

La lucha por el socialismo necesita a los tres. Cada uno tiene diferentes funciones. El primero moviliza a las mujeres en la lucha alrededor de sus necesidades y a través de sus propias formas independientes de organización. Los sindicatos son las organizaciones elementales para la defensa económica de la clase obrera en su conjunto.

El partido marxista-revolucionario ofrece una dirección a través del programa y de la acción a la clase obrera y sus aliados, incluyendo a las mujeres, y orienta sin compromiso todas las facetas de la lucha de clases hacia un impulso combinado para destruir el capitalismo, y establecer un gobierno obrero.

No existe ninguna base objetiva para una organización marxista revolucionaria de mujeres por separado. El partido nunca podrá dirigir a la clase obrera en el cumplimiento de sus tareas históricas a menos que los hombres y las mujeres compartan en condiciones de igualdad los derechos y las responsabilidades de la militancia y la dirección en un partido que desarrolle un programa político y unas actividades que representen los intereses de todos los oprimidos y los explotados.

Sostenemos que no existen problemas exclusivamente femeninos. Todo problema que concierne a la mitad femenina de la humanidad es asimismo un amplio problema social de vital interés para la clase obrera en su conjunto. Si bien levantamos reivindicaciones referidas a la opresión específica de las mujeres, no tenemos un programa especial para la liberación femenina. Nuestras reivindicaciones son parte integrante de nuestro programa de transición para la revolución socialista.

13. El programa del partido revolucionario sintetiza las lecciones de las luchas contra todas las formas de explotación y opresión económica y social. El partido expresa los intereses históricos del proletariado por medio de su programa y su acción. De este modo, no sólo aprende de la participación de sus militantes en el movimiento de la liberación de la mujer. También tiene un papel indispensable que jugar. Por medio de nuestro trabajo para construir el movimiento feminista independiente, profundizamos la comprensión del partido de la opresión de la mujer y de la lucha contra ella. Y también luchamos por ganar fuerzas aún mayores para una estrategia efectiva para la liberación de la mujer, es decir, para una perspectiva de lucha de clases.

No ponemos el acuerdo con nuestro programa como condición para construir el movimiento autónomo de la mujer. Por el contrario, un movimiento con una amplia base, en cuyo seno se puedan encontrar una amplia gama de experiencias, personas y perspectivas políticas en el contexto de debate y discusión democrática, solo puede fortalecer la confianza política y la combatividad del movimiento feminista. Luchamos por la unidad más amplia posible **en la acción** sobre la base de las demandas y las actividades que reflejan verdaderamente las necesidades objetivas de las mujeres, que también es el programa de los intereses de la clase obrera.

Tratamos de construir el ala más fuerte posible dentro del movimiento de liberación de la mujer de quienes comparten nuestra perspectiva de lucha de clases. Luchamos por reclutar a las más conscientes y combativas al partido revolucionario. La lucha resuelta contra todas las formas de opresión incluye combatir todo intento de desviar las luchas de las mujeres en los impases reformistas, la gestión de la austeridad o las soluciones individualistas.

Nuestro objetivo es ganar la dirección del movimiento de liberación de la mujer mostrando en la práctica a las mujeres que tenemos el programa y las perspectivas que pueden conducir a su liberación. Esta no es una posición sectaria. Ni tampoco indica un intento manipulador para dominar o controlar al movimiento de masas. Por el contrario, refleja nuestra convicción de que la lucha contra la opresión de la mujer, solamente se puede ganar si el movimiento feminista desarrolla una dirección anticapitalista. Esta evolución no es automática. Depende de las demandas que se avancen, de las fuerzas de la clase hacia las que se oriente el movimiento feminista, y las formas de acción que emprenda. Solamente la acción consciente del partido revolucionario y su capacidad de ganar la confianza y la dirección de las mujeres que luchan por su liberación ofrece alguna garantía de que la lucha de las mujeres será victoriosa.

14. Nos preocupan todos los aspectos de la opresión de la mujer. Sin embargo, como partido político basado sobre un programa que representa los intereses históricos de la clase trabajadora y todos los oprimidos, nuestra tarea principal es contribuir a que el movimiento de liberación de la mujer se dirija hacia la acción política que pueda efectivamente llevar a la erradicación de la propiedad privada en la que tiene sus raíces esta opresión. Alrededor de cada faceta de la opresión de la mujer tratamos de desarrollar demandas y acciones que se enfrentan a la política económica y social de la burguesía y apunten hacia las soluciones que serían posibles si no fueran por el hecho de que todas las políticas sociales se deciden con el criterio de aumentar al máximo las ganancias privadas.

Nuestra aproximación a la lucha por la liberación de la mujer como un problema eminentemente político a menudo nos pone en conflicto con las corrientes feministas radicales pequeño-burguesas, que

contraponen el desarrollo de nuevos "estilos de vida" individuales a la acción política dirigida contra el estado. Culpan a los hombres en vez de al capitalismo. Contraponen la reforma de los hombres como individuos tratando de hacerles menos machistas, a la organización contra el gobierno burgués que defiende y mantiene las instituciones de la sociedad de clases responsables de la supremacía del hombre y la opresión de la mujer. Tratan de construir "contrainstituciones" utópicas en medio de la sociedad de clases.

Como revolucionarios reconocemos que los problemas que muchas mujeres tratan de resolver en esta forma son reales y preocupantes. Nuestra crítica no se dirige contra los individuos que tratan de encontrar una salida personal a las intolerables presiones que la sociedad capitalista ejerce sobre ellos. Pero señalamos que para las masas de trabajadores no existe solución "individual". Tienen que luchar colectivamente para cambiar la sociedad antes de que su "estilo de vida" se altere de forma significativa. En último término, no existen las soluciones puramente privadas para ninguno de nosotros. El escapismo individual es una forma de utopismo que sólo puede terminar en la desmoralización y la dispersión de las fuerzas revolucionarias.

NUESTRA INDEPENDENCIA DE CLASE

1. La independencia política es la tercera faceta de nuestra estrategia de lucha de clases en la lucha contra la opresión de la mujer. No diferimos ni subordinamos ninguna demanda, acción ni lucha de las mujeres a las necesidades y preocupaciones políticas de las **fuerzas burguesas o reformistas** en sus comedias parlamentarias y sus maniobras electorales.

2. Luchamos por mantener las luchas y organizaciones de liberación de la mujer independiente de todas las fuerzas y partidos burgueses. Nos oponemos a los intentos de desviar las luchas de las mujeres hacia la construcción de fracciones de mujeres dentro de, u orientadas hacia los partidos capitalistas o los políticos burgueses, tal y como ha ocurrido en los EE.UU., Canadá y Australia. Nos oponemos a la formación de un partido político de mujeres, como los que surgieron en Bélgica y han defendido algunos grupos feministas en España y otras partes del mundo. La elección de más mujeres a cargos oficiales en base a un programa **liberal o radical pequeño burgués**, aunque refleje un cambio de actitudes, no puede hacer nada por avanzar en la conquista de los intereses de las mujeres.

La liberación de la mujer forma parte de la lucha histórica de la clase obrera contra el capitalismo. Luchamos por hacer consciente este vínculo entre las mujeres y la clase obrera. Pero no rechazamos el apoyo de figuras o políticos burgueses, si declaran su acuerdo con cualquiera de nuestras demandas u objetivos. Esto fortalece a nuestro lado, no el suyo. Es su contradicción, no la nuestra.

3. Intentamos crear unidades de acción sobre puntos específicos con las fuerzas más amplias posibles, principalmente con los partidos de masas de la clase obrera, pero rechazamos las perpectivas reformistas de los partidos estalinistas y socialdemócratas. La política y la conducta de estas corrientes en el seno de la clase obrera se basan en la preservación de las instituciones del sistema capitalista, incluyendo la familia, independientemente de cualquier palabrería que puedan dedicar a las luchas de las mujeres contra su opresión. Ambos están dispuestos a subordinar las necesidades de las mujeres a cualquier pacto de colaboración de clases que estén tratando de negociar en el momento, ya sea con la monarquía como en España, con los democratacristianos en Italia, o con los partidos burgueses de oposición, en Alemania Occidental o Inglaterra. Los estalinistas nunca se cansan de decirle a las mujeres que el camino de la felicidad pasa por la "democracia avanzada" o la "coalición antimonopolista". Aconsejan a las mujeres que no pidan más de lo que la democracia (es decir, el capitalismo) puede dar. Los socialdemócratas, especialmente cuando están administrando programas de "austeridad" para la burguesía, nunca se niegan a los cortes de presupuestos en los servicios sociales que exige la clase dominante, medidas que con frecuencia golpean a las mujeres más duro que a nadie.

4. Solamente por medio de una ruptura sin compromisos, tanto programática como organizativa con la burguesía y con todas las formas de colaboración de clase conseguirán la clase obrera y sus aliados, incluyendo a las mujeres, que luchan por su liberación, movilizarse como una fuerza poderosa y con confianza en sí misma, capaz de realizar la revolución socialista hasta el fin. La tarea del partido marxista revolucionario es dar la dirección que eduque a las masas trabajadoras, incluyendo el movimiento de la mujer, por medio de la acción y la propaganda en esta perspectiva de lucha de clases.

LAS TAREAS DE LA IV INTERNACIONAL

1. El nuevo auge del movimiento de liberación de la mujer se ha desarrollado desigualmente a escala mundial, y la conciencia feminista ha tenido diferentes grados de impacto. Pero la velocidad con que las ideas revolucionarias y las lecciones de las luchas se transmiten de un país a otro, y de un sector a otro de la revolución mundial, aseguran que las luchas de liberación de la mujer continuarán extendiéndose. Una oposición cada vez más extendida al papel tradicional de la mujer crea una atmósfera que es buen conductor para la educación y la propaganda marxista, así como para la acción concreta en apoyo de la liberación de la mujer. Por medio de nuestra prensa y nuestra propaganda la IV Internacional tiene oportunidades cada vez mayores de explicar el origen y la naturaleza de la opresión de la mujer, nuestro programa para erradicar esta opresión, junto con la sociedad de clases en la que se basa, y la dinámica revolucionaria de las luchas de las mujeres por su liberación.

2. La participación de nuestras secciones y grupos simpatizantes en el movimiento de liberación de la mujer en numerosos países ha mostrado que existen grandes posibilidades de contribuir a organizar y dirigir las campañas de acción alrededor de problemas que aparecen en la lucha contra la opresión de la mujer. Estas campañas a menudo dan oportunidades para que nuestras camaradas mujeres adquieran una valiosa experiencia y tengan un papel de dirección en el movimiento de masas. Son frecuentemente un camino a través del cual incluso números relativamente pequeños de camaradas pueden tener un papel político significativo, ganar influencia entre fuerzas mucho más amplias.

Nuestro apoyo y nuestra participación activa en el movimiento de liberación de la mujer, ya nos ha ganado muchos nuevos miembros.

La orientación de las secciones y las organizaciones simpatizantes de la IV Internacional es dedicar nuestras fuerzas a construir el movimiento de liberación de la mujer en campañas de acción alrededor de problemas específicos como el aborto, guarderías y otros aspectos de nuestro programa.

También alentamos la solidaridad internacional en el movimiento de la mujer, y donde es posible, la coordinación internacional de campañas de acción alrededor de problemas comunes.

3. Además de participar en todas las diferentes formas organizativas independientes que han aparecido como parte de la radicalización de las mujeres, tenemos que integrar la propaganda y la actividad sobre la liberación de la mujer en todas nuestras áreas de trabajo, desde los sindicatos al medio estudiantil. Especialmente sobre la juventud —estudiantes, jóvenes trabajadores, jóvenes amas de casa— encontramos la mayor receptividad hacia nuestras ideas y nuestro programa y la mayor disposición para la acción.

El trabajo de liberación de la mujer no es la responsabilidad sólo de las camaradas mujeres, aunque sean ellas quienes lo tienen que dirigir. Como en cualquier otro problema, toda la militancia y la dirección del partido tiene que tener conocimiento de nuestro trabajo, participar colectivamente en la determinación de nuestra línea política, y tomar la responsabilidad para realizar nuestras campañas y nuestra propaganda en todas las áreas de la lucha de clases donde intervenimos, los camaradas hombres y mujeres ayudaran a hacer progresar este objetivo.

4. Para organizar y realizar un trabajo sistemático de liberación de la mujer, las secciones de la IV Internacional deben establecer comisiones o fracciones formadas por los que están comprometidos en ese trabajo. Esas fracciones incluirán tanto camaradas hombres como mujeres, dependiendo de las actividades en las que participen.

5. Se debe organizar dentro de las secciones de la IV Internacional la educación sistemática sobre la historia de la opresión de la mujer y sus luchas, y los problemas teóricos y políticos implicados.

Esta educación no se debe limitar a escuelas especiales de vez en cuando, sino que tiene que llegar a formar parte de la vida diaria de la organización. Tiene que formar parte de la educación política básica de todos los miembros, conforme van adquiriendo, profundizando su compresión de las posiciones fundamentales del marxismo revolucionario.

No tenemos ninguna ilusión en que las secciones puedan ser islas de la futura sociedad socialista flotando en la charca capitalista, ni en que los camaradas individuales puedan escapar plenamente a la educación y el condicionamiento que supone el esfuerzo diario de sobrevivir en la sociedad de clases. Actitudes sexistas se expresan a veces en la IV Internacional. Pero es una condición para la pertenencia a la IV Internacional el que la conducta de los camaradas y las secciones esté en armonía con los principios que defendemos. Educamos a los miembros de la IV Internacional en una plena comprensión del carácter de la opresión de la mujer y de todas las formas perniciosas en que se expresa. Luchamos por crear una organización en la que el lenguaje, los chistes, la violencia personal y otros actos que expresan un fanatismo machista hacia las mujeres no sean tolerados, de igual modo que no se permitiría que pasaran las expresiones de fanatismo racista sin oponerse a ellas.

6. Los miembros mujeres de nuestras organizaciones se enfrentan a problemas especiales, tanto materiales como sicológicos, que surgen de su opresión en la sociedad de clases. A menudo se enfrentan a responsabilidades domésticas, que les consumen tanto tiempo como las demás mujeres, especialmente si tienen hijos. Están señaladas por la misma falta de confianza en sí mismas, timidez y temor de dirección en que se educa a todas las mujeres desde su nacimiento para que los consideren "naturales". Estos obstáculos para el reclutamiento, la integración, y el desarrollo de dirección de las camaradas mujeres se tienen que discutir y enfrentar conscientemente en el seno del partido.

Como en todos los demás problemas, la dirección tiene la responsabilidad de dirigir:

a) Se tiene que dar atención consciente a la educación, el desarrollo político y el acceso a la dirección de las camaradas mujeres. Esto debe ser una preocupación constante de todos los organismos de dirección a todos los niveles de las secciones y de la Internacional. Hay que dar la seguridad de que se anime a las mujeres, y más importante, que se les ayude a tomar responsabilidades que las estimulen a desarrollar sus capacidades; dar clases, escribir artículos, dar informes políticos, ser personajes públicos del partido y candidatos de la organización, dirigir áreas de trabajo. Sólo tomando estas medidas conscientes y deliberadas podemos conseguir el máximo desarrollo de nuestros cuadros mujeres y asegurar que cuando sean elegidas a organismos de dirección a todos los niveles, esto refleje una verdadera expansión de un cuadro de dirección fuerte y con confianza en sí mismo, y no una medida artificial, que puede resultar destructiva, tanto para las camaradas individuales como para la organización en su conjunto.

Dentro de este contexto general de desarrollo de una dirección consciente, luchamos por tener el máximo número de mujeres en los organismos centrales de dirección internacional y en los de nuestras secciones y organizaciones simpatizantes. Este proceso será facilitado porque muchas camaradas se encontrarán en la vanguardia de las trabajadoras que luchan por tener acceso a los empleos de los que se les ha excluido tradicionalmente en la industria. La confianza en ellas mismas que ganan al formar parte de los sectores más poderosos y mejor organizados de la clase obrera; el respeto hacia ellas que esto conlleva; la experiencia que adquieren como dirigentes obreras, son elementos decisivos para transformar la conciencia del partido y para formar a las camaradas como dirigentes del partido.

b) Especialmente para las camaradas mujeres, las dificultades creadas por la completa insuficiencia de las guarderías que instala el estado son a menudo una barrera para su plena participación en reuniones y actividades.

A medida que las secciones crecen y que su composición es más obrera, habrán más camaradas que tienen hijos.

En nuestras actividades públicas y en nuestra intervención en el movimiento intentamos concienciar a amplias fuerzas sociales de la necesidad de las guarderías. Intentamos ganar el apoyo del movimiento obrero y priorizamos la lucha por equipamientos colectivos (guarderías...) organizados y subvencionados por el Estado.

Luchamos porque organizaciones como los sindicatos hagan las reuniones a horas que faciliten la participa ción de las mujeres y que utilicen recursos para organizar guarderías.

Internamente tenemos que ser conscientes de las cargas y obstáculos adicionales que surgen de la desigualdad económica y social, especialmente para los camaradas de las nacionalidades oprimidas y las mujeres. Tenemos que tener en cuenta todos estos problemas. En este sentido, las direcciones deben buscar, con las camaradas que tienen responsabilidades familiares, soluciones colectivas que les permitan salvar los obstáculos a los que se confrontan en su actividad política.

Por ejemplo, cuando pedimos a un/a camarada que sea permanente, la dirección es responsable de intentar resolver los problemas que se plantean, sean o no financieros. Reconocemos que hay límites en lo que el partido puede hacer. El partido no puede hacerse materialmente responsable de tratar de eliminar las desigualdades económicas y sociales que crea el capitalismo.

No es la responsabilidad del partido como política general organizar el cuidado de los niños de las camaradas, ni puede el partido imponer tareas de cuidado de los niños a los/as camaradas.

Lo que nos une es nuestra determinación común de destruír el sistema que perpetúa la desigualdad, nuestro acuerdo sobre el programa para realizar este objetivo y nuestra lealtad al partido que se base en ese programa. El mismo partido no puede volverse el vehículo para tratar de asegurar los servicios sociales que el capitalismo no puede proporcionar, sin cambiar el propósito y el carácter del partido como organización política. El proceso de educación de los militantes será facilitado por la creciente implantación de las secciones en la lucha por la liberación de la mujer. El impacto de estas luchas sobre las conciencias de los camaradas es bastante profundo. El lugar que ocupa la cuestión de la opresión de la mujer en la Internacional tiene importancia histórica. La seguridad, la madurez política y las crecientes capacidades de dirección de las camaradas de la IV Internacional representan un importante avance de las fuerzas efectivas de la dirección revolucionaria a escala mundial.

El auge de las luchas de mujeres y el surgimiento de un poderoso movimiento de liberación de la mujer que precede a las luchas revolucionarias por el poder, es un acontecimiento de primera magnitud para el partido mundial. La potencia política de la clase obrera se acentua, y también las probabilidades de éxito de la revolución internacional en el cumplimiento final de sus tareas de reconstrucción socialista. El auge del movimiento de liberación de la mujer es una garantía suplementaria contra posibles desviaciones burocráticas en próximas revoluciones.

La lucha por liberar a la mujer de la servidumbre en que la coloca la sociedad de clases es una lucha para liberar a todas las relaciones humanas de las trabas de las contradicciones económicas, para hacer avanzar a la humanidad en la vía de un orden social superior.

Noviembre 1979

RESOLUCION SOBRE LAS REUNIONES INTERNAS DE MUJERES

En los últimos años, algunas secciones han adoptado resoluciones autorizando que se celebren reuniones no-mixtas, es decir, reuniones internas abiertas solamente a las camaradas.

Defendemos el derecho de las mujeres a tener estas reuniones en las organizaciones no-leninistas, pero nos oponemos a estos agrupamientos en el partido revolucionario.

La aparición de estas reuniones en varias secciones reflejaba la existencia de problemas políticos muy reales y también carencias de la dirección.

Esto se expresaba por una falta de sensibilidad frente a la amplitud de los problemas específicos que tienen las camaradas; por una incapacidad para comprender la importancia del movimiento de liberación de la mujer y el lugar que tenga en la lucha de clases; porque ha habido lentitud a responder al auge del movimiento o resistencia a dar tareas a las camaradas en el movimiento y a integrar nuestra intervención en él al conjunto de nuestra actividad. Por estos errores hemos perdido valiosos cuadros y oportunidades políticas. Estas situaciones han preocupado amargamente a bastantes camaradas, mujeres particularmente, que eran conscientes de que muchas veces eran actitudes sexistas las que hacían cometer estos errores, lo que complicaba las tareas para corregirlos.

Otro resultado ha sido que las camaradas mujeres en muchas secciones han pedido el derecho de reunirse en fracciones de donde estén excluídos los camaradas hombres para discutir la situación interna del partido.

En el movimiento de masas apoyamos y luchamos por el derecho de las mujeres a formar este tipo de fracciones. Nuestra posición surge del hecho de que otras organizaciones no están basadas en el programa marxista revolucionario que representa los intereses históricos de las mujeres y la clase trabajadora. Sus direcciones no se eligen democráticamente para defender este programa. Existe una contradicción, por ejemplo, entre los intereses de la burocracia sindical y las necesidades de los miembros del sindicato y las mujeres. En esta situación, el derecho de organizar fracciones de mujeres se vuelve una cuestión de democracia elemental y forma parte de la lucha para dar a los sindicatos una línea política de lucha de clases.

El partido marxista revolucionario puede realizar las tareas históricas que se ha planteado solamente si es capaz de unir en sus filas y en su dirección a los representantes más conscientes y combativos de la clase obrera y especialmente de sus sectores más explotados y oprimidos. Para hacer esto, tiene que superar las profundas divisiones que alimenta el capitalismo y forjar cuadros que tengan una profunda confianza en su compromiso común y en la comprensión de las tareas. Esto se concretiza en el programa del partido marxista revolucionario que sintetiza las experiencias, demandas y la interrelación de las luchas de todos los explotados y los oprimidos y las integra en una línea estratégica que se dirige hacia la revolución proletaria.

A partir de este programa derivamos nuestras normas organizativas. El partido tiene solamente un programa y una clase de militancia, con iguales derechos y responsabilidades para cada camarada, hombre o mujer, blanco o negro, obrero o pequeño burgués, joven o viejo, culto o analfabeto. El programa político del partido y su línea de intervención se tiene que discutir y definir democráticamente con las participación de todos los miembros y la toma de responsabilidades en su puesta en práctica de parte de todos. Todas las comisiones, tendencias o fracciones internas, u otras formaciones, se tienen que organizar democráticamente, es decir, deben estar abiertas a todos los miembros destinados a un aspecto particular del trabajo o a todos los militantes que están de acuerdo con la plataforma de una tendencia, independientemente de su sexo, raza, edad, idioma, origen de clase, o lo que sea.

Pero en un partido marxista revolucionario, cualesquiera que sean sus insuficiencias y debilidades, no existe ninguna contradicción inherente entre el programa, la dirección y la base. Por tanto, la organización de fracciones solamente de mujeres se encuentra en contradicción con el carácter político del partido y con nuestros principios organizativos centralistas democráticos, que surgen de nuestro programa.

En la medida que se crean con el objetivo explícito de

discutir únicamente problemas internos, las reuniones no-mixtas son incapaces de impulsar un proceso que permita resolver las contradicciones internas. Esto solo es posible a través de adoptar una línea correcta y una intervención en el movimiento de masas para construir el partido. Solo esto permitirá educar a los militantes.

Pero repetidas experiencias han mostrado en la práctica y en la teoría, que estas formaciones no contribuyen a resolver los problemas que llevaron a su formación; en vez de ello, crean una dinámica centrífuga, alimentando la impresión de que el partido es una federación de grupos de interés en conflicto. A menudo profundiza las frustraciones de las camaradas mujeres que participan en ellos, y pueden apresurar más bien que evitar su salida de la organización. Refuerzan la actitud que afirma que incumbe solo a las camaradas la resolución de los problemas. Empujan a las camaradas a replegarse en sí mismas de manera negativa. Como no están basadas en la democracia interna, las reuniones no-mixtas se confrontan con el centralismo en la acción. Están en contradicción con nuestro programa y con nuestras normas organizativas.

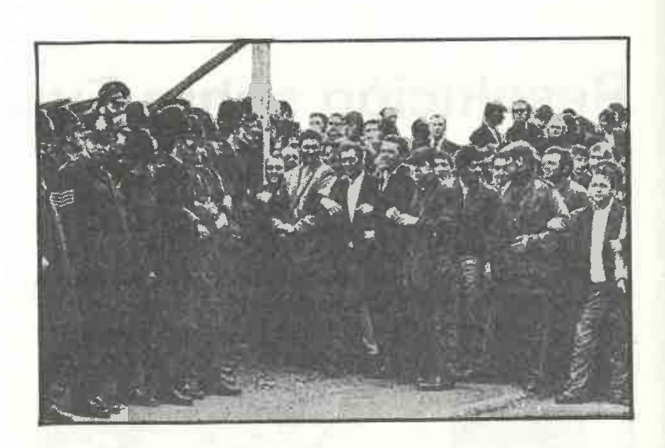
Una fuerte presión para organizar estas fracciones es un signo de peligro que muestra que **la dirección** no ha sabido enfrentarse al reto político de educar al partido en todos los aspectos de la lucha por la liberación de la mujer, dando a este problema el lugar que debe tener en el trabajo del partido. Los problemas no se resolverán condenando a las camaradas mujeres que buscan una solución. La respuesta debe ser fundamentalmente política, no organizativa, y la dirección debe tomar la responsabilidad de educar y dirigir.

Los problemas que existen se pueden resolver solamente por medio de una completa discusión política que lleve: a) La puesta en práctica de un trabajo coherente de liberación de la mujer, integrado en el conjunto de las áreas de actividad y b) Medidas conscientes para el desarrollo de cuadros que puedan integrar a las camaradas mujeres y superar los hábitos y actitudes sexistas.

NOVIEMBRE 1979

Resolución sobre Europa





La Europa capitalista en crisis y las tareas actuales de la IV Internacional

Esta Resolución fue adoptada por el Congreso mundial por: 89 votos a favor, 12,5 votos en contra, 7,5 abstenciones y 4 NPV.

1. Mayo de 1968 marcó un giro fundamental de las relaciones de fuerzas entre clases en la Europa capitalista. Este giro se produjo dentro de un contexto de acentuación conjunta de la crisis del estalinismo y del imperialismo: la conmoción de la dominación burocrática y el nuevo resurgir de la lucha de las masas en los Estados obreros deformados (Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, China), el desarrollo de la revolución indochina y la aceleración de la lucha de liberación nacional en las colonias portuguesas. En un momento en que el Kremlin y el imperialismo firmaban acuerdos que ratificaban la división de Europa, instaurada en Postdam y Yalta (acuerdos de los cuatro en Berlín, tratado entre la RFA y la RDA, la URSS, Polonia), la clase obrera de la Europa capitalista y de las "democracias populares" volvía a poner en tela de juicio este statu quo.

El periodo abierto en 1968

2. Los rasgos fundamentales de este giro y de la larga crisis que siguió en Europa capitalista se desprenden de la forma siguiente:

2.1. El nuevo ascenso de las luchas obreras traduce la modificación cualitativa de las relaciones de fuerzas entre las clases. Hunde sus raíces en la exacerbación de las contradicciones del modo de producción capitalista, después de más de dos decenios de expansión que había reforzado socialmente a la clase obrera.

2.2. La Europa capitalista está marcada por una crisis profunda de todas las relaciones sociales e instituciones burguesas. Los primeros efectos de esta crisis se hicieron sentir anteriormente en mayo de 1968 y se han profundizado desde entonces. Una de sus expresiones más significativas fué la radicalización de la juventud, con su primer portavoz, el movimiento estudiantil. Este estaba nutrido, tanto por la crisis social del sistema de educación, como por el progreso del combate anti-imperialista de los pueblos cubano, argelino, indochino y africano. Fué durante las movilizaciones estudiantiles cuando adquirieron forma los primeros signos del movimiento de liberación de la mujer, movimiento que alcanzará un gran desarrollo en los años siguientes. (Ver la resolución del Congreso Mundial, titulada: "La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer").

2.3. A principios de los años 1960 —Bélgica 1960-1961, España en 1962, Francia en 1963, Italia en 1962, Gran Bretaña en 1962— la combatividad obrera conoció un nuevo impulso. Estas luchas expresaban la resistencia de los trabajadores frente a las reestructuraciones de los sectores en crisis estructural (minas) y el potencial de movilizaciones de las capas obreras concentradas en ramas en pleno desarrollo (metalurgia, automóvil, química y petro-química). Estas movilizaciones, aunque fueran seguidas de retrocesos o de pausas, anunciaban el giro de 1968-1969.

Mayo en 1968 en Francia y el otoño de 1969 en Italia no solo se expresan por la explosión del número de huelgas, por la amplitud de la participación obrera, por el ascenso impetuoso y semi-espontáneo del movimiento de masas, por la tendencia a enfrentarse a la burocracia obrera y a sus métodos, sino también por la naturaleza de las reivindicaciones y las formas de estas luchas.

Las reivindicaciones salariales siguen estando en el primer puesto, pero la reivindicación por un aumento igual para todos adquiere un lugar cada vez más relevante. A estas últimas se suma una puesta en tela de juicio de los aspectos más despóticos de la organización capitalista del trabajo (elementos de control obrero), de la función y del poder de la patronal, de las condiciones y de la inseguridad del trabajo. Ya empiezan a perfilarse luchas sobre el empleo y sobre la intensificación de la explotación mediante nuevas técnicas y nuevas formas de organización del trabajo. De forma más general, las batallas para defender y ampliar las libertades de actividad sindical en las empresas constituyen un rasgo permanente de la movilización obrera en la mayoría de los países de la Europa Capitalista. La ocupación de fábricas y las tendencias a la auto-organización (comités de huelga, comités de fábrica, etc.) —a pesar de todas sus limitaciones— dan cuenta de las aspiraciones de las masas y de la profundidad de la crisis de las relaciones de producción capitalistas.

2.4. La existencia o la maduración creciente de crisis pre-revolucionarias en Francia en mayo-junio de 1968, en Italia en el otoño de 1969, en Portugal entre marzo y noviembre de 1975, en España a finales de 1976,

así como la tendencia a la concomitancia de los ascensos revolucionarios entre 1974 y 1976 en estos cuatro países de la Europa meridional expresan en su forma más aguda la naturaleza del periodo abierto por el Mayo francés. El combate contra el imperialismo británico en Irlanda del Norte, que se inició en octubre de 1968, se inserta en este contexto.

La revolución socialista está de nuevo al orden del día en la Europa capitalista, en un sentido no solamente histórico, sino más inmediato.

Sin embargo este ascenso obrero se ha desarrollado de forma muy desigual entre los diferentes países. Ha variado en función de las diversas experiencias efectuadas por los trabajadores en el periodo que condujo a 1968, de la diversidad de las tradiciones obreras y de la organización política, así como de las reservas históricas de las que disponían algunas burguesías. Además, está muy lejos de ser lineal. No obstante, en la mayoría de los países, las luchas obreras tienen tendencia a oscilar en torno a un nivel superior al del periodo anterior. Allí donde se produjeron retrocesos, las masas manifestaron una gran capacidad de recuperación.

2.5. Un refuerzo del movimiento obrero organizado se ha manifestado en todos los países de Europa capitalista. Los sindicatos han incrementado su influencia en las ramas industriales claves. La industrialización creciente del conjunto de las actividades económicas suscitó una proletarización creciente de los sectores de las llamadas "nuevas clases medias". Estas capas asalariadas entraron en las organizaciones sindicales. Se identificaron progresivamente con la clase obrera (empleados de banca, de seguros, de servicios públicos, técnicos). La fuerza de atracción de las organizaciones de masa se ha afirmado y sus iniciativas, cuando corresponden a las necesidades y aspiraciones de las masas son seguidas ampliamente, incluso cuando el grado de sindicalización no es muy elevado (en Francia, por ejemplo). El reconocimiento legal y la formación de un importante movimiento sindical en Portugal, en España, así como su refuerzo en Grecia y en Turquía, han completado el dispositivo de combate de la clase obrera a escala europea. Esto constituye una ratificación organizativa del cambio de periodo. Conjuntamente con el reforzamiento del movimiento obrero organizado se han modificado, dentro de las organizaciones, las relaciones de fuerzas entre los aparatos burocráticos y una amplia capa de trabajadores avanzados.

Naturalmente, sigue habiendo insuficiencias importantes dentro del sistema de defensa de la clase obrera: la marginación o la no integración en los sindicatos de millones de trabajadores inmigrados; la débil tasa de organización de la mano de obra femenina, mayoritaria en algunas ramas (textiles, confección, sanidad, servicios), a pesar de los progresos efectuados. Estas brechas se han ampliado a continuación de la recesión y el estancamiento prolongado.

2.6. Esta progresión del nivel de organización de los trabajadores asalariados y el ascenso de las luchas también han encontrado una expresión en la tendencia general de crecimiento de los partidos obreros y en el incremento de su audiencia electoral entre los sectores de masas que accedían por primera vez al terreno político. Su influencia se extiende. Incluso si es más reducida que durante el periodo anterior a 1968, su control sobre el movimiento de masas sigue siendo dominante, ante todo en el plano electoral y político de conjunto. No obstante, el proceso de politización que refleja su propio crecimiento mina potencialmente su influencia. Una capa creciente de trabajadores avanzados que han afilado sus armas en numerosas luchas, que disponen de una experiencia sindical, y muchas veces política, ha hecho su aparición. En varias ocasiones han rechazado las directrices de los aparatos burocráticos. Representan un factor decisivo para la construcción de un partido revolucionario dentro de la clase. En el plano electoral este fenómeno se ha expresado parcialmente en los resultados obtenidos en diversos países por las organizaciones centristas o trotskistas, en favor de las cuales se pronunciaron, incluso algunos obreros organizados o influenciados por los PS y PC. De esta forma traducían su protesta contra la orientación de las direcciones.

2.7. La modificación del equilibrio entre las clases ha provocado una serie de crisis de régimen y de gobierno (crisis del centro-izquierda en Italia, del bonapartismo gaulista en Francia, del gobierno conservador en Gran Bretaña en 1972-1974, del régimen CDU/CSU y de la "gran coalición" en RFA, disolución del Stormont en Irlanda del Norte, crisis de las dictaduras en España, Portugal y Grecia).

Las formaciones y partidos burgueses han sido atravesados por tendencias y, a veces, se han desgarrado. El motor de estos conflictos no se sitúa en las divergencias relativas a vías tecnico-económicas diferentes, sino en respuestas contradictorias sobre la forma de responder al ascenso obrero. Este rasgo no solo se limita a las democracias burguesas. También se encontraban en Grecia, en Portugal o en España, antes de la desaparición de los regímenes dictatoriales y anunciaba su próximo fin.

2.8. Los límites de los ascensos impetuosos del movimiento de masas no se encontraron en la fuerza intrínseca de las instituciones de la burguesía. Claro está que esta última disponía de una experiencia política considerable en el manejo de todos los mecanismos de la democracia burguesa. Las reservas acumuladas durante la larga fase de expansión han podido aprovecharse así para frenar el impulso de las movilizaciones. Sin embargo, el elemento determinante residía en la política de los aparatos burocráticos, de los sindicatos y de los partidos. Con diversas variantes, han desarrollado su política de colaboración de clases, han fragmentado las movilizaciones y han limitado fuertemente su desarrollo. En todos los momentos fuertes de los ascensos obreros, han proporcionado lo esencial de sus municiones a la burguesía, entre otras cosas sosteniendo las instituciones de la democracia burguesa y alabando sus pretendidas virtudes para bloquear el desarrollo de comités de empresa que pudieran convertirse en consejos obreros. Para llevar a cabo estos objetivos, juegan con las ilusiones de las masas que identifcan las libertades democráticas con las ventajas obtenidas de la democracia burguesa. Estas ilusiones han sido reforzadas por los efectos combinados del estalinismo y del fascismo y porque la clase obrera ha conquistado desde 1945, numerosas ventajas dentro del marco de regímenes democráticos burgueses.

Así es como se ha confirmado que las direcciones reformistas representan el obstáculo central para una victoria proletaria. A pesar de su oportunismo y de sus compromisos, la clase obrera solo estará en condiciones de desembarazarse de ellas cuando exista en su seno, previamente a grandes confrontaciones entre clases, un número importante de cuadros obreros reconocidos y organizados en un partido revolucionario —capaz ya por su implantación y por su fuerza numérica de aparecer ante los ojos de amplias capas como instrumento de recambio—, y los elementos esenciales de una tendencia de lucha de clases en el plano sindical.

La recesión capitalista en Europa, las contradicciones interimperialistas y la ofensiva de la burguesía

3. En 1974-1975, todas las grandes potencias imperialistas se vieron afectadas simultáneamente por la recesión. Es el resultado de una fase de caída de la

tasa de beneficio, localizable en el conjunto de las economías capitalistas, que se combina con una extensión de las capacidades excedentarias (sobreproducción), dentro de un número creciente de ramas industriales claves. Esta crisis de sobreproducción se entrelaza con el final del largo periodo de expansión consecutivo a los años 1948-1949.

Si bien su amplitud no puede compararse con la de 1929-1932, sus principales manifestaciones seguirán siendo un dato constante de los próximos años.

Desde 1976 el relanzamiento es desigual entre los diversos países europeos. También lo es entre los diversos sectores de la actividad económica. La demanda en el mercado mundial crece muy lentamente y las inversiones productivas siguen estando a un nivel muy bajo en la mayoría de las ramas. De esta forma se encuentran contrarrestados los efectos acumulativos de un nuevo arranque. Una nueva recesión, que afecta a los principales países imperialistas, vuelve a anunciarse.

Incluso en el punto más alto del relanzamiento, la producción industrial sigue estando ligeramente o bien por encima o bien por debajo del nivel alcanzado durante el último "boom". El límite de la recuperación, combinado con las medidas de reestructuración y la subida de la productividad, hace que el paro se mantenga e incluso que crezca en la mayoría de los países. La inflación sigue siendo importante sobre todo si se la compara con la media de los años 1950-1960.

3.1. La recesión ha modificado el contexto en el que se desarrolla la lucha de clases en la Europa capitalista.

La burguesía ya no tiene las mismas posibilidades de hacer concesiones importantes para intentar atajar las movilizaciones. Económicamente se ve obligada a lanzar un amplio ataque contra las conquistas arrancadas por los trabajadores durante los años de expansión. Estos golpes deben darse prioritariamente en los sectores decisivos de la economía capitalista (industria, transportes, telecomunicaciones). Al principio de la crisis pudo seleccionar los sectores más débiles para iniciar su ofensiva. Actualmente debe dirigir su ataque en dirección del grueso de las filas obreras.

Esta batalla se libra en un contexto marcado por una nueva modificación de las relaciones de fuerzas entre las clases a escala internacional a expensas del imperialismo, resultante sobre todo del debilitamiento del capitalismo internacional debido a la derrota del imperialismo norteamericano en Indochina y a la primera recesión generalizada de la economía capitalista internacional desde 1937-1938.

La recesión estalló dentro del marco de las relaciones de fuerzas entre clases que se modificaron en beneficio del proletariado a partir de 1968-1969, en Europa capitalista. Con los desarrollos de la crisis económica y el lanzamiento de las políticas de austeridad, la clase obrera europea no ha sufrido ninguna derrota política de envergadura, similar a la de los años 45-47 ó incluso a la de 1958 en Francia. A pesar del paro, los ataques a su nivel de vida, los trabajadores siguen teniendo confianza en sus fuerzas y sus organizaciones de masas. La clase capitalista emprende pues su ofensiva a partir de una posición de debilidad, lo que explica su dificultad para trasladar a terreno social ciertos éxitos políticos parciales que ha podido obtener, así como la permanencia de la inestabilidad gubernamental.

La credibilidad de las proposiciones de reforma de las direcciones burocráticas está minada objetivamente por la gravedad y la duración de la crisis. Por otra parte, tienden todas ellas a optar por la austeridad presentándola como la única solución para salir de la crisis y "reformar el sistema". En esta nueva situación social y económica, los límites de una respuesta espontánea del movimiento de masas se hacen sentir. La necesidad de una salida política de conjunto impregna todas las movilizaciones obreras de importancia.

La recesión ha debilitado las posiciones de la burguesía. La clase obrera mantiene sus fuerzas para responder al ataque del capital. En ningún lugar ha sufrido serios fracasos, en ningún lugar ha logrado la burguesía imponer sus "soluciones" a la crisis. Por lo tanto las grandes batallas siguen estando ante nosotros.

4. La recesión, el relanzamiento rampante, la estagnación relativa del mercado mundial han exacerbado la lucha entre las potencias imperialistas para la búsqueda de salidas. Mientras que todas las burguesías imperialistas ponen el acento sobre un relanzamiento de las exportaciones como "solución a sus dificultades", sopla el viento del proteccionismo. Estas prácticas se suman a los obstáculos para una recuperación acumulativa.

La crisis de 1974-1975 ha suscitado esta ola proteccionista, pero lo esencial de los acuerdos comerciales internacionales se ha mantenido. A pesar de la amplitud de la crisis, la CEE ha resistido, no se ha desencadenado en su seno el proteccionismo.

Ciertamente la crisis ha frenado la concretización o el desarrollo de diversos proyectos, ya sea la Unión económica y monetaria o el Fondo europeo de desarrollo regional. El origen de estas dudas y bloqueos reside efectivamente en las diferentes evoluciones de las situaciones sociales, económicas (entre otras, las tasas de inflación y la balanza de pagos) y monetarias de los países miembros.

La crisis de las dictaduras griega, portuguesa y española ha puesto al orden del día el problema de su entrada en la CEE. Las burguesías de estos tres países exigen su inserción rápida en el Mercado Común. Pero más de uno de los países miembros de la CEE son reticentes, y en su seno son fuertes las oposiciones a la entrada de estos tres candidatos.

No obstante, el mantenimiento del semi-estancamiento, las oposiciones en el plano de los acuerdos comerciales con los Estados Unidos, los efectos de la caída del dólar y las ventajas que constituiría la formación de un mercado que totaliza la cuarta parte del comercio mundial, pueden acelerar decisiones que van en el sentido de una integración progresiva de los tres países del sur de Europa, comportando cláusulas especiales sobre un largo periodo y siempres susceptibles de sufrir parones. Por el momento la mayor contradicción en la CEE consiste en la desincronización entre los progresos efectuados en la interpenetración comercial e incluso bancaria y la correspondiente en el campo monetario y político. No obstante, bajo el impulso del gobierno de la RFA, de acuerdo con el gobierno francés, se ha dado un paso en la integración mediante la creación del Sistema monetario europeo. La elección del Parlamento europeo, en 1979, cuyo poder es ampliamente ficticio, tiene como meta sin embargo el coordinar más abiertamente la política de las burguesías frente a los trabajadores que rehusan pagar la crisis, dar una fachada democrática a las decisiones reales tomadas por los comisarios europeos, y finalmente, abrir una vía a la integración de las organizaciones obreras con el fin de asegurar su colaboración en la política europea de la burguesía marcada también por el sello de la austeridad.

Pero, las disparidades de situaciones sociales, económicas y políticas seguirán siendo obstáculos para pasos decididos y eficaces hacia una integración europea incrementada.

5. La obtención de la independencia por parte de las

colonias portuguesas marcó una nueva etapa en la crisis histórica de las potencias colonialistas tradicionales de Europa. De 1948 a 1975, Gran Bretaña, Francia, Países Bajos, Bélgica, España y Portugal, han perdido la casi totalidad de sus antiguas colonias.

Este retroceso de la dominación directa de las potencias imperialistas europeas no ha impedido la organización de una red de dominación indirecta. A medida que se reforzaban las principales economías capitalistas europeas, especialmente la de la RFA, se ampliaba el campo de acción de los imperialismos europeos, en competencia con los de los Estados Unidos y Japón.

Desde los años 1960, el rasgo dominante de la evolución histórica de las relaciones interimperialistas entre Europa y Estados Unidos, consistió en la modificación del equilibrio económico en favor de los imperialismos europeos y, entre ellos, el imperialismo alemán. Este cambio puede captarse en el debilitamiento de las posiciones de las grandes firmas americanas con relación a los trusts multinacionales de los diversos países europeos, durante los veinte últimos años, en sectores industriales importantes (química, automóvil, máquinas, equipamientos eléctricos, productos farmacéuticos). Estas transformaciones también se han traducido por el lugar adquirido por el imperialismo alemán dentro del comercio mundial. Desde 1974, obtuvo el primer puesto en la exportación de los bienes manufacturados en el mercado mundial y ha conquistado fuertes posiciones en el comercio con la URSS y las "democracias populares". La RFA y Japón se baten para conquistar el segundo puesto entre las potencias imperialistas en el plano económico. La RFA ha lanzado en los últimos años una verdadera ofensiva de exportación de capitales. La tasa de crecimiento anual de sus inversiones en el extranjero, desde 1970, se ha situado entre el 20 y el 30%. Se benefició del declive del dólar para incrementar sus inversiones en Estados Unidos, imitada en ésto por los Británicos, los Suizos, los Holandeses y los Franceses.

Con el imperialismo francés, la RFA se reparte actualmente los puestos de honor en el mercado de exportación de armas. Ocupa los primeros puestos en la instalación de infraestructuras nucleares, al lado de Francia. En este terreno compite seriamente con Estados Unidos.

La burguesía alemana ha multiplicado las intervenciones políticas con el fin de sostener las fuerzas capitalistas frente al ascenso de la clase obrera en Europa: este fue el caso en Italia, en Portugal y en España. La estabilidad social en la RFA ha dejado el campo libre a la burguesía y a su portavoz del momento, el SPD, para desplegar tales actividades. Pero el principio de la renovación militante de la clase obrera en la RFA, frente a la permanencia del paro y a las reestructuraciones en curso, podría restringir en el futuro el margen de maniobra del imperialismo alemán.

Sin embargo, a pesar de su arrogancia, las intervenciones del imperialismo alemán no han desempeñado en ningún lugar un papel determinante dentro del desarrollo de los acontecimientos políticos. La orientación de colaboración de clases que imprimieron los aparatos burocráticos fue lo que pesó de forma realmente decisiva.

5.1. Las potencias imperialistas europeas se han aprovechado de las instituciones de la CEE para garantizar todas las ventajas de la presencia imperialista en el marco de la pretendida descolonización. Los acuerdos de Lomé, en 1975, con 46 países de Africa, del Caribe y del Pacífico no solamente tenían como meta prolongar las adquisiciones de la convención de Yaoundé (1963) a nivel comercial, financiero e industrial, sino también establecer un sistema que asegurase a las potencias imperialis tas de la CEE un acceso regular a las fuentes de materias primas.

Si los regímenes militares latino-americanos ofrecieron posibilidades de inversiones a los capitalistas de Europa, Africa es un terreno de intervención directo y privilegiado para diferentes imperialismos europeos, especialmente francés, británico, alemán y belga.

Aprovechando las dificultades americanas después de la derrota en Indochina, el imperialismo francés ha afirmado sus pretensiones en Africa y ha multiplicado allí sus intervenciones militares. Ha podido utilizar el márgen que le concedían las dudas de Washington, para defender mejor sus propios intereses. Pero su grado de autonomía sigue estando en relación con la estrechez relativa de sus recursos. Su política, especialmente en el plano militar, se inscribe en el marco general del imperialismo dominante, el de Estados Unidos.

En cuanto a la RFA, si bien juega de forma especial la carta económica, no duda en proporcionar una ayuda y un entrenamiento militar tanto a Somalia, como a Irán, Argentina y Chile.

El imperialismo británico ha reforzado su ocupación militar en Irlanda del Norte. Un tercio de los efectivos combatientes del ejército británico se encuentra estacionado en los Seis Condados. Concentra sus esfuerzos en Africa del sur para evitar que la crisis de los regímenes de la región se profundice. Dada la importancia del problema para el imperialismo mundial —cualesquiera que sean las luchas de influencia entre Washington, Londres y Bonn—, a lo que se asiste en el sur de Africa es a una operación contrarrevolucionaria combinada.

Este nuevo despliegue de las potencias imperialistas europeas está amenazado sin cesar por la explotación de movilizaciones obreras y populares en los países semi-coloniales y por la profundidad y la amplitud de la crisis en el Africa austral (ver "La situación política mundial y las tareas de la IV Internacional", resolución del XI congreso mundial).

5.2. Las contradicciones inter-imperialistas entre las potencias europeas, Japón y Estados Unidos han recibido un nuevo impulso a raíz de la crisis de 1974-1975 y de las oscuras perspectivas de la economía capitalista internacional. No obstante, la Europa capitalista, principal punto de contacto entre el bloque militar del imperialismo y el de los Estados obreros burocratizados, sigue estando dentro de la trama del sistema capitalista creado a finales de la Segunda Guerra Mundial. Fué elaborado por los Acuerdos de París de 1954, que aseguraron la integración de la Europa capitalista en la OTAN. Bajo este punto de vista, la hegemonía política y militar de los Estados Unidos sigue manteniéndose.

La RFA ha incrementado considerablemente su potencial militar en el campo convencional. Pero colocada en la avanzadilla del dispositivo militar imperialista frente a las fuerzas del Pacto de Varsovia, al no disponer de un potente dispositivo nuclear, solo puede situar su estrategia en el marco de la OTAN.

Francia, después de la decisión de De Gaulle, en 1966, de retirar al mando de la OTAN las fuerzas militares francesas, ha desarrollado su propio armamento nuclear. En la actualidad, incrementa de nuevo su colaboración, que nunca rompió del todo, con las instancias de dirección de la OTAN.

La OTAN sigue siendo por lo tanto, el marco insustituible de la política militar de las potencias imperialistas europeas. Como mucho intentan instaurar un equilibrio que les sea un poco más favorable en el Consejo Atlántico en el que los Estados Unidos conservan la dirección. También se comprometen en un esfuerzo de coordinación y de racionalización de su industria de armamento (armas, aviación, electrónica) que debe consolidar sus posiciones frente a los Estados Unidos, incluyendo la batalla en el mercado mundial de la venta de armas y de aviones.

6. El relanzamiento vacilante y el estancamiento relativo de las inversiones productivas se deben a que el crecimiento de la plusvalía no ha sido de una amplitud tal que pueda provocar un aumento suficiente de la tasa de beneficio. El origen de este fracaso para el capital es de orden social y político. El resultado es que, para la clase capitalista, el objetivo central a alcanzar, en los próximos años, será una subida sustancial y brutal de la tasa de explotación de la clase obrera, en primer lugar en las ramas decisivas de la economía.

La austeridad, respuesta del capital a la crisis de sus sistema fué y seguirá siendo la orientación fundamental de los gobiernos de la burguesía europea. Como de costumbre, la burguesía ha intentado hacer funcionar la crisis en su provecho, pero el grado de organización y la combatividad de la clase obrera han contrarrestado hasta ahora este mecanismo. Por este motivo es por lo que la burguesía debe centralizar sus fuerzas para atacar con más fuerza y llevar a cabo sus planes.

Recurre a la complicidad o a la colaboración de las burocracias de los PS y de los PC, así como de los sindicatos para llevarlos a buen fin. La aparición en el escenario político de los representantes de la patronal ha revelado a la vez de que forma busca la burguesía una solución rápida y las dificultades de encontrar esta solución debido a las relaciones de fuerzas entre las clases.

6.1. Un ataque —que combina una agresión a los salarios directa e indirecta y a los gastos sociales, con la reconstitución de un ejército de reserva industrial— va tomando forma, en grados diversos, en todos los países de la Europa capitalista. Esta combinación traduce la nueva dimensión de la estrategia patronal desde la crisis de 1974-1975. Los salarios directos constituían el primer blanco, ya que desde finales de los años 1960 hasta mediados de los años 1970, aprovechando una situación de pleno empleo, las movilizaciones obreras consiguieron aumentos salariales sustanciales. Finalmente, la patronal utiliza la amenaza del paro para acelerar e intensificar el trabajo.

Gran Bretaña y Portugal fueron los puntos avanzados de puesta en marcha de las políticas de austeridad.

A partir de julio de 1975, los gobiernos Wilson, y más tarde Callaghan, en colaboración con la Trade Union Congress (TUC) lanzaron la política de limitación drástica de los aumentos salariales. En 1979, el nuevo gobierno conservador de Margaret Thatcher, desencadenaba un nuevo gran ataque contra el nivel de vida de los trabajadores, el conjunto de los gastos e infraestructuras sociales y las organizaciones sindicales.

En 1977, las rentas reales de los asalariados descendieron al nivel de 1970. No obstante, en el sector industrial, desde el primer semestre de 1978 y en 1979, los trabajadores recuperaron lo que habían perdido, a nivel de los salarios reales, entre 1975 y 1977.

Fueron necesarios dos gobiernos sucesivos del socialdemócrata portugués Soares y la complicidad de hecho de la CGTP-Intersindical, para desencadenar, a partir de febrero de 1977 un ataque importante contra las adquisiciones de los trabajadores portugueses. A finales de 1977 ya se encontraban sus salarios a un nivel cercano al que existía la víspera del 25 de abril de 1974. Desde mediados de 1978, los gobiernos llamados de gestión técnica acentuaron aún más la presión sobre los salarios, llevándolos a niveles comparables a los de antes de la revolución.

Sin embargo, ni en Portugal, ni en Gran Bretaña se produjo un relanzamiento significativo de las inversiones.

En Francia, en España, en Italia o en Bélgica, la aplicación de los planes de austeridad no dieron los resultados esperados por la burguesía.

Los diversos planes Barre, que se han sucedido desde 1976, han logrado frenar el crecimiento de los salarios pero no han podido imponer un descenso significativo de los salarios reales.

En España, gracias a los buenos oficios de las direcciones del PSOE-UGT y del PCE-CC.OO., se pudo instaurar el Pacto de la Moncloa. Pero a pesar de las ventajas parciales políticas y económicas que pudo sacar la burguesía, estaba muy lejos de satisfacer al capital que exige medidas "más firmes". El "Programa económico del Gobierno" propuesto por la UCD y la patronal en otoño de 1979, debe responder a estas exigencias.

En Italia, ha sido necesario que el PCI y las tres centrales sindicales tomen la cabeza de la campaña en favor de la austeridad para que los proyectos de los gobiernos demócrata-cristianos, reformulados una y otra vez, tomen cuerpo. Sin embargo, la resistencia obrera y las recaidas de todos los mecanismos de ajuste automático de los salarios y de las prestaciones sociales han limitado grandemente la baja de los salarios reales para los trabajadores de las principales ramas industriales. No es una casualidad que los patronos y su gobierno concentren sus ataques contra este sistema de escala móvil ganado después de 1969.

En países como la RFA, Suiza y Austria, la política patronal, con la complicidad de la social-democracia y los sindicatos, se ha centrado sobre todo sobre una limitación del incremento de los salarios reales que es ampliamente inferior al incremento de la productividad industrial. Así es como queda asegurada una redistribución de las rentas en favor del capital.

Como en la mayoría de los demás países, la presión fiscal directa e indirecta ha atacado por primera vez desde hace veinte años al crecimiento del poder adquisitivo de los asalariados.

El ataque al salario indirecto (desmantelamiento de la Seguridad social, limitación de las prestaciones, aumento de las cotizaciones, fiscalización de las cargas sociales de las empresas en Italia y en los Países Bajos) tiene como función el disminuir las "cargas sociales" de la patronal. También resulta atacado el salario social. Así se reducen los gastos en el campo de la sanidad, de la educación, de las viviendas sociales, y de forma más general de todas las infraestructuras sociales. Es otra forma de ataque al nivel de vida de los asalariados.

Todas estas medidas indican los proyectos reales de la burguesía para los próximos años. Sin embargo, para alcanzar los objetivos adecuados para un relanzamiento efectivo de la acumulación capitalista, sería precisa una redistribución de la renta nacional a expensas de los salarios y en favor de los beneficios de una amplitud y de una brutalidad que los planes actuales solo auguran tímidamente.

6.2. La función de la crisis para la burguesía no es otra que la de acabar con el "pleno empleo", sus efectos en el mercado del trabajo y por lo tanto sobre los salarios. La crisis debe reintroducir el paro permanente. He aquí una de las palancas sobre las que debe apoyarse el capital para hacer pasar, a medio plazo, sus planes de austeridad e imponer la "disciplina del trabajo".

En el punto más bajo de la recesión en las economías capitalistas europeas, según los datos oficiales, el paro afectaba a siete millones de trabajadoras y de trabajadores; en "pleno relanzamiento", en 1977, afectaba a ocho millones. En la Europa de los "Nueve", el paro representaba un porcentaje del 2,9% de la población activa en 1974, del 5% en 1975, del 5,3% en 1977 y del 5,6% en 1978 y 1979.

El origen de este paro es el siguiente: las inversiones de racionalización y de reestructuración capitalistas, propias de los periodos de crisis, suscitan un incremento de la productividad fuertemente superior al de la producción;

de esto se derivan no solamente despidos, sino también una disminución drástica de la creación de nuevos puestos de trabajo industriales en un momento en que se restringen las salidas en los servicios. Así es como masas de jóvenes que llegan al mercado del trabajo no encuentran empleo. Las mujeres, o bien están apartadas de la producción (teniendo en cuenta especialmente las reorganizaciones en los servicios o la crisis en las ramas, como el textil, la confección); o bien siguen siendo "solicitantes de un puesto de trabajo" sin respuesta.

Trabajadores sin cualificación, jóvenes y mujeres son candidatos designados al paro. En la CEE, la proporción de mujeres dentro del número de parados declarados pasa del 29,2% en 1971 al 41% en 1977. En las mismas fechas, la proporción de jóvenes de menos de 25 años pasa, a su vez, del 27 al 37,4% mientras que solo representan el 17% de la población activa. Los trabajadores que han alcanzado cierta edad, incluyendo los técnicos, también encuentran grandes dificultades para encontrar un puesto de trabajo después de su despido.

La recesión también ha puesto de relieve la utilización que hace el capital de los países imperialistas de los trabajadores inmigrados. Se han convertido en una parte estructural y permanente de la mano de obra en los países capitalistas altamente industrializados. En una serie de ramas (automóvil, siderurgia, minas, textil, construcción, etc...), en Francia, en la RFA o en Suiza representan más del 25% de los trabajadores. Sirven de "amortiguador" frente a la explosión del paro. Francia, Bélgica, Suiza o la RFA exportan parados y disminuyen de esta forma el coste social y político de sus medidas llamadas anti-inflacionistas. Entre 1973 y principios de 1976, 1,3 millones de trabajadores inmigrados han perdido su puesto de trabajo (600.000 en la RFA, 300.000 en Suiza y en Francia). La mayor parte de ellos se han visto obligados a volver a su país de origen en donde ya hace estragos el paro y el subempleo. Algunas burguesías de los países imperialistas europeos han tomado medidas que permiten a la vez incrementar la flexibilidad del funcionamiento de este ejército de reserva industrial móvil y responder a las necesidades estructurales de mano de obra. La burguesía británica ha adoptado fundamentalmente la misma línea. Al mismo tiempo que intenta mantener para sí las ventajas de la Commonwealth, también querría deshacerse de todas las trabas legales que supone para una política de inmigración que responda de forma más estricta a los intereses de un imperialismo en declive.

6.3. La amplitud y la permanencia del paro empiezan a minar las ilusiones de amplias capas de asalariados y de jóvenes en la posibilidad del sistema actual para responder a las necesidades sociales fundamentales. El fracaso patente de las "políticas de empleo" de todos los gobiernos ha agrietado el mito propagado por la social democracia del "Estado providencia". En efecto, el número de trabajadores que ha experimentado, a veces repetidamente, un periodo de algunos meses de paro es considerable; aquéllos que se instalan de forma duradera en el paro aumentan lentamente. Pero, a diferencia de lo ocurrido en 1930, todavía disponen de un número de garantías sociales resultantes de las conquistas del movimiento obrero en los dos decenios anteriores. Además, la esperanza de encontrar un nuevo puesto de trabajo sigue estando aún presente en numerosos parados.

No obstante, en los países afectados tardíamente por el "boom" de los años 1960 (Portugal, Grecia, España) y en algunas regiones subdesarrolladas o afectadas por la crisis estructural de una rama industrial (sur de Italia, Pais de Gales, Lorena en Francia, Hainaut belga, etc.) el paro ha empezado a debilitar estructuralmente a la clase obrera. Han aparecido amplios focos de miseria. También existen en las regiones suburbanas de las metrópolis industriales.

Finalmente, el paro de los jóvenes, las mujeres y los inmigrados ha creado un "mercado secundario del empleo" (trabajo negro, trabajo precario, trabajo a tiempo parcial, trabajo a domicilio) que permite una ofensiva brutal del capital (inexistencia de toda protección social, arbitrariedad patronal, descualificación, ningún respeto por las condiciones de seguridad en el trabajo, prohibición o imposibilidad de una actividad sindical).

La reorganización internacional de la producción es una de las armas utilizadas por el capital para atacar el empleo. Los grandes monopolios, a la búsqueda de bajos salarios, llevan a sus empresas bien hacia los países semicoloniales, bien hacia aquellas regiones de Europa en donde un índice alto de paro y un bajo nivel de sindicalización aseguran una alta tasa de explotación.

6.4. Otro aspecto de la política de austeridad está representada por: la rentabilización de los sectores industriales nacionalizados (entre otros en Francia, en Gran Bretaña, en Italia), la vuelta al sector privado de sectores nacionalizados rentables (en Portugal, esto representa un objetivo de primer orden para la burguesía), la rentabilización de los servicios públicos (correos, ferrocarriles), con las consecuencias que de ello se derivan sobre las prestaciones, sobre el empleo y los salarios de sus empleados.

6.5. Muchas veces, con la ayuda directa de la burocracia, la esfera de intervención de los órganos propios de los trabajadores a nivel de la empresa se ha reducido. Este fue el caso de las comisiones de trabajadores en Portugal a partir de 1976. En Gran Bretaña, la burocracia del TUC intenta perjudicar la libertad de acción de los shopstewards, debilitando sus competencias e integrándolos en estructuras de cogestión así como en el aparato sindical. En España, los comités de empresa, legitimados por las elecciones sindicales, se enfrentan a intentos de reglamentación restrictiva. En Italia, Los consejos de delegados están desprovistos de una parte de sus funciones por medio de una concentración de las decisiones en los ejecutivos controlados estrechamente por la burocracia. En Francia, en Portugal y en España, la patronal intenta restringir los derechos reconocidos a los delegados sindicales y multiplican sus despidos. El despido, en 1979 de 61 militantes obreros de la FIAT, así como el despido, en noviembre de 1979, de un delegado central de los shopstewards de la British Leyland suponen una nueva ofensiva de la patronal para asestar un golpe a la actividad sindical en Italia y en Gran Bretaña.

En algunos países, las burocracias sindicales han aceptado una prolongación de los periodos de aplicación de los convenios concluidos con anterioridad, difiriendo la renegociación, aceptando la fijación de periodos durante los cuales no puede tener lugar ninguna discusión salarial, etc. En todas partes se pone en tela de juicio, bajo diversas formas, la libertad de negociación salarial, y de forma más general de los convenios. El derecho de huelga, también está afectado.

La utilización de los cuerpos represivos contra los piquetes de huelga y la ocupación de las fábricas se ha extendido. En Bélgica, en Francia, en España, gendarmes, CRS y Guardia civil intervienen con frecuencia. En la RFA, con motivo de la huelga de los trabajadores de imprenta (1977) o en Gran Bretaña, cuando la huelga de Grunwick (1977), las fuerzas de la policía entraron en acción. En Portugal, la GNR intervino brutalmente contra los trabajadores agrícolas y los pequeños campesinos del Alentejo dentro del marco del ataque gubernamental contra las conquistas de la reforma agraria; del mismo modo reprimió a los trabajadores que ocuparon algunas empresas.

Finalmente, bajo el pretexto de "lucha contra el terrorismo", se puso en vigor —a veces con el beneplácito de las direcciones reformistas— una legislación de excepción que constituye una amenaza directa contra los miembros

activos del movimiento obrero. Podría utilizarse a escala mayor en caso de retroceso de la clase obrera.

Una vez más, la crisis del capitalismo ha revelado la tendencia inherente de los regímenes burgueses a perjudicar los derechos democráticos y a reforzar sus aparatos represivos. Pero, por el momento, en ningún país europeo, la burguesía ha conseguido debilitar lo suficiente a la clase obrera o reunir fuerzas sociales y políticas entre las capas pequeño-burguesas, las llamadas nuevas capas medias, o entre los parados, que le permitirían lanzarse a una confrontación con el fin de imponer un régimen fuerte, incluso una dictadura.

Las organizaciones fascistas, aún aumentando sus actividades, no han conseguido reunir una base social de masas y tienen una influencia limitada, por el momento, exceptuando Fuerza Nueva en España, que saca su fuerza y sus recursos de los vestigios franquistas y se aprovecha de la cobardía de las direcciones reformistas.

Sin embargo, en la medida en que la crisis económica y social persiste, el resurgimiento de fuerzas de extrema derecha significativas y activas, que pueden adquirir diversas formas, sigue siendo un peligro para el movimiento obrero.

6.6. El clima de recesión y el ascenso del paro facilitan las campañas racistas y xenofobas que intentan acreditar la idea de que la raíz del paro se encuentra en la "superpoblación extranjera". Este ataque se lanza a propósito en el momento en que una serie de luchas por el puesto de trabajo (ocupaciones contra los cierres de empresas y reivindicaciones por importantes disminuciones del horario de trabajo) hacen surgir en la conciencia obrera la convicción de que el paro no es una fatalidad.

La extrema derecha fascista se ha hecho el principal propagador de estos temas racistas y xenofobos, tal es el caso del National Front en Gran Bretaña o del Partido de fuerzas nuevas en Francia.

Por su parte, el Partido conservador británico, bajo el báculo de Margaret Thatcher, lanzó en 1978 una vasta campaña contra los trabajadores inmigrados con el fin de reconstruir su base entre las capas sociales intermedias y las capas atrasadas de asalariados.

La resistencia obrera ante el ataque del capital

7. Los efectos de la recesión generalizada de 1974-1975 y del fin del periodo de expansión de la postguerra sobre la actividad y la radicalización política de las masas, dependen, por un lado, del conjunto de los beneficios obtenidos por los trabajadores, incluyendo en el terreno organizativo, durante el periodo anterior de desarrollo económico, y por otro lado, de la agudeza y de la propia duración de esta crisis. Además, la primera ola de reacciones obreras se vió fuertemente influenciada por el contexto político y social de cada país en el momento de la explosión de la recesión, lo cual explica la desigualdad en la respuesta obrera en Europa.

La clase obrera afronta la crisis con un peso social, que se ha incrementado en los ultimos decenios. El número de trabajadores asalariados ha aumentado fuertemente. La sindicalización se ha desarrollado tanto en las ramas claves de la industria como en numerosas ramas ligadas a la esfera de la reproducción o en la administración pública.

En la nueva situación económica, la clase obrera que ha obtenido conquistas sustanciales durante los años anteriores, siente su fuerza.

Su poder de negociación contractual todavía es alto. La resistencia de las capas organizadas ante las medidas de despido colectivo es fuerte. Las garantías sociales en caso de despido hacen que la mayoría de los parados no se hayan visto precipitados hacia la pobreza, hacia los efectos disgregadores sobre la unidad y resistencia del conjunto de la clase, tal y como ocurrió en el periodo de entreguerras.

Además, en una serie de países se ha forjado, en el transcurso de las luchas de varios años, una capa de trabajadores avanzados. En ningún país de Europa, la clase obrera ha perdido una batalla decisiva antes y durante la recesión. El ataque contra el poder adquisitivo y sobre todo contra el empleo, aparece ante ella como una ver dadera agresión. La crisis no ha engendrado en el seno de la gran mayoría de la clase obrera el desaliento y la desorganización. Impulsa una radicalización política en el conjunto de países capitalistas con ritmos y formas de expresión muy diferenciados.

El mantenimiento o el crecimiento del paro en "pleno" relanzamiento, la acentuación de la crisis de ramas enteras, el esfuerzo encarnizado de la patronal para expulsar trabajadores del proceso productivo, la agresividad del ataque gubernamental, modifican la mentalidad de capas cada vez más amplias de trabajadores. En formas más o menos diversas restablecen un lazo entre esta crisis, la anarquía capitalista y la política de los patronos y de su Estado.

De esta forma, en el propio seno de la clase obrera más numerosa de la Europa capitalista, la de la RFA, que había manifestado una notable pasividad ante los acontecimientos en el momento del cambio de clima coyuntural, empiezan a manifestarse cambios profundos. La crisis se presenta como algo estructural, permanente, al contrario de lo que afirmaban en un principio patronos y dirigentes sindicales. El continuo ataque contra las ventajas adquiridas —especialmente contra el empleo— transforma las reacciones de la clase obrera, incluyendo sus bastiones tradicionales (metalurgia). El temor a perder el puesto de trabajo no impide a los obreros responder con firmeza a los intentos de arrancarles conquistas consideradas como definitivamente adquiridas.

A escala europea, la radicalización política hunde sus raíces en la imbricación, por un lado de un ciclo de luchas de una clase obrera fuerte organizativamente, iniciado en 1968-1969 y, por otro lado, del fin del periodo de expansión económica del capitalismo a escala internacional. Esto implica que las posibilidades de canalizar el movimiento de masas mediante concesiones substanciales se han reducido a medio plazo. He aquí una de las diferencias importantes con la dinámica del ascenso obrero en la inmediata postguerra que iba a desembocar en una fase económica ascendente que permitiría a la patronal hacer concesiones a las reivindicaciones de una clase obrera que surgía de un periodo de derrota y cuyo nivel de vida era bajo.

8. Las líneas de fuerza de las reacciones y del estado de ánimo de la clase obrera resurgen en la evolución de los efectivos de las organizaciones sindicales, a pesar del aumento del paro.

Así, en Italia, de 1973 a 1977, las tres centrales sindicales (CGIL, CISL y UIL) han seguido conociendo un crecimiento de sus efectivos. En 1977, el índice de sindicalización de los trabajadores asalariados alcanzaba el 45,5% por 31% en 1967. Desde 1978, se manifiesta un estancamiento de los efectivos. La CGT ha conocido en Francia desde 1973 un estancamiento de sus miembros e incluso una erosión desde 1978, debido a su papel de correa de transmisión del PC, en el momento de las elecciones de marzo de 1978. Por el contrario la CFDT ha visto cómo se engrosaban fuertemente sus filas desde 1968, aún cuando sufra un estancamiento relativo desde 1976. Pero el rasgo más significativo de la evolución del movimiento sindical en Francia reside en la multiplicación de las secciones sindicales de empresas, cuyo ritmo de creación

se ha acelerado aún más entre 1974 y 1978. En la RFA, en 1978, a pesar del paro y la salida de los trabajadores inmigrados, los efectivos sindicales han alcanzado un nivel récord desde la Segunda Guerra mundial. La misma tendencia se revela en Gran Bretaña, en donde, de 1974 a 1977, el crecimiento de los efectivos del TUC fue de 14,7%; por otra parte, desde 1975 el número de shop stewards ha aumentado sensiblemente.

En España, la conquista de la legalidad sindical en junio de 1977, dió lugar a un proceso muy rápido de construcción de las centrales sindicales CC.OO. y UGT. Sin embargo, la política de colaboración de las direcciones sindicales y la suma fragilidad de su aparato (el patrimonio de la CNS sigue estando en manos del gobierno) han provocado un retroceso importante del número de afiliados desde finales de 1978. En Portugal, después de la explosión de 1975 y el giro de noviembre del mismo año, la construcción del movimiento sindical adquirió todo su desarrollo. Cuenta con 2 millones de afiliados, de los cuales 1.600.000 están organizados en la CGTP-Intersindical; y esto para una población asalariada de 3 millones de personas. Una erosión se manifestó en 1979.

Incluyendo aquellos países en los que la actividad de las masas sigue estando a un bajo nivel, la reacción natural de los trabajadores frente a la crisis los lleva a unirse a las organizaciones sindicales.

Finalmente, la experiencia demuestra que cuando las organizaciones sindicales llaman efectivamente a la movilización, la respuesta de los trabajadores es generalmente masiva.

9. Para captar de una forma más completa la fisionomía del movimiento obrero cuatro años después del cambio profundo del clima económico, deben resaltarse cuatro fenómenos.

En primer lugar los sectores tradicionales del movimiento sindical se han debilitado. Este asentamiento es el producto de la crisis estructural que afecta a algunas ramas, a veces desde hace más de diez años (y que se ha profundizado con la recesión), de la reestructuración violenta mediante la introducción masiva de nuevas técnicas de producción, o de ambas a la vez (minas, textiles, calzado, siderúrgia, sectores navales, imprenta y prensa, construcción desde 1973/1974). Sin embargo la situación de la clase obrera está diferenciada por las mismas ramas, según los países, e incluso según las regiones de un mismo país. El potencial de respuesta, frente a un ataque masivo, es muchas veces importante, tal y como se reveló en RFA (imprenta) o en Francia (siderurgia o construcción naval).

En segundo lugar, el aumento de los efectivos de las centrales sindicales está ligado parcialmente a la afluencia de miembros en sectores poco sindicalizados con anterioridad y que no disponían de una larga experiencia de lucha (por ejemplo, seguros, banca). En varios países, la tradición de lucha de clases es escasa, el grado de conciencia proletaria bastante desigual y el número de cuadros sindicales restringido.

En tercer lugar, los parados, y de forma más particular los jóvenes parados y las jóvenes paradas, no han sido organizados en las filas del movimiento sindical. Del mismo modo, los trabajadores inmigrados están muy poco sindicalizados o bien no forman parte activa de la vida sindical.

En cuarto lugar, si bien se comprueba que en todos los países existe un realce de la sindicalización de las mujeres, sin embargo, en numerosas empresas y ramas con mano de obra mayoritariamente femenina, la sindicalización sigue siendo escasa.

Estos cuatro elementos no han mermado fundamentalmente la combatividad de la clase obrera en su conjunto. No obstante, pueden, a largo o incluso a medio plazo, abrir brechas en el sistema de defensa de los trabajadores. Constituyen un obstáculo para la realización de la unidad obrera. La patronal puede utilizarlos para intentar llevar a cabo maniobras de división del movimiento sindical.

10. La capacidad de resistencia y el mantenimiento de la combatividad obrera en la mayoría de los países capitalistas europeos también se reflejan en el desarrollo general del movimiento de huelgas, más allá de sus fluctuaciones coyunturales.

La expresión de esta tenacidad está moldeada por los cambios aparecidos en la situación económica y social. Los obstáculos producidos por la situación objetiva y planteados por los aparatos burocráticos, hacen mucho más difícil la iniciación de amplios movimientos semiespontáneos del tipo de los que tuvieron lugar en 1968-1969 e inmediatamente después.

Una cosa es responder inmediatamente a los ataques patronales más duros contra los salarios, las condiciones de trabajo e incluso los despidos. Otra es oponerse eficazmente a una política gubernamental de austeridad que se desarrolla en todos los terrenos, impedir los cierres de las fábricas en las ramas en crisis, hacer frente al avance general del paro o incluso dar una salida victoriosa a luchas contra los despidos masivos.

En estos terrenos, el movimiento semi-espontáneo de las masas encuentra su límite. A este nivel se hace sentir con fuerza la necesidad, para ir más allá de las victorias puntuales posibles, de una orientación de recambio a la defendida por aparatos que se hacen instrumentos de la política de austeridad en la clase obrera y sacan su fuerza esencial de su capacidad material de dispersar las oposiciones.

Por su debilidad numérica, por su heterogeneidad política y por su falta de organización en el seno de una tendencia de lucha de clase a nivel sindical, la vanguardia de los trabajadores, todavía no está en condiciones de ofrecer una solución de recambio coherente y creíble a la política de las direcciones.

Las oscilaciones del movimiento de huelga no coinciden por lo tanto mecánicamente con el estado de ánimo y la confianza de las masas trabajadoras en sus propias fuerzas.

La reacción de las diferentes clases obreras en Europa, dentro del marco de la crisis, fue muy diferenciada. En los Países Bajos, en Austria, en Suiza, en Suecia y en Noruega, la combatividad obrera no ha hecho progresos cualitativos.

En estos países, esta situación tiene su origen en una serie de factores más o menos afirmados según los casos: las reservas económicas de las que dispone la burguesía y que permitieron limitar en una primera fase el ataque a las condiciones de existencia de las masas trabajadoras; las ilusiones de la clase obrera en la posibilidad de mantener su nivel de vida gracias al poder de las organizaciones sindicales, a los mecanismos de la concertación y de la cogestión así como a la acción gubernamental de los partidos social-demócratas; un grado de combatividad y de conciencia del conjunto de la clase todavía bajo en el momento de la entrada en la crisis, en función de largas tradiciones de colaboración de clases, de la hegemonía de la ideología social-demócrata y parlamentaria, en las experiencias limitadas y fragmentadas de luchas desde 1968. No obstante, bajo el efecto de la crisis económica, numerosos militantes sindicales empiezan a poner en tela de juicio la orientación de los aparatos.

Por el contrario, en Francia, en España, en Italia y en Portugal, el estallido de la crisis aparece en una fase ascendente mucho más clara de las luchas de masas. La ofensiva económica de los gobiernos y la resistencia patronal a las reivindicaciones de salarios y la disminución

del tiempo de trabajo aceleraron el movimiento de huelga, acentuaron la dinámica anticapitalista de las luchas obreras y profundizaron la radicalización política. Para amplias masas, la satisfacción de sus reivindicaciones empieza a aparecer como algo ligado a un cambio político.

Este desarrollo de la actividad obrera alcanzó un nivel muy alto en 1975-1976; pero la influencia de los aparatos reformistas, así como las consecuencias de su política influirán sobre el ritmo y la amplitud de la acción directa de las masas.

La clase obrera de estos países debe reajustar su dispositivo de combate frente a una nueva fase de la ofensiva económica de la burguesía que intenta trasladar al plano social los puntos que ha podido obtener en el plano político.

En Gran Bretaña fué necesaria la colaboración estrecha entre un gobierno laborista y la burocracia sindical, incluyendo su pretendida izquierda, para hacer que la ola de huelgas entrase en los cauces de la política de concertación. En 1975 y sobre todo en 1976, el declive de las huelgas es claro. Pero el nivel de las luchas en 1977 y 1978 indicaba que el potencial de combate de la clase obrera todavía era grande; el número de días de huelga de 1979 —uno de los más altos desde hace diez años— lo confirma.

La capacidad de resistencia se manifestó también en Dinamarca (huelga política contra el gobierno en 1978), en Bélgica (movilización contra el plan de austeridad del gobierno en otoño de 1979) e incluso en la RFA.

En 1979, en Italia, en el momento de la renovación de los convenios de categorías tan importantes como son las de los trabajadores de la metalurgia y de la química, el grado de movilización y las formas de lucha reanudaron con la tradición de 1969.

Durante los primeros meses de 1979, y esencialmente sobre objetivos salariales, estalló en España una ola de huelgas que afectó a sectores importantes de la economía. En otoño, las movilizaciones obreras alcanzaron de nuevo cierto desarrollo.

En Francia, la clase obrera, que no se desmoralizó en profundidad por la derrota electoral de marzo de 1978, se niega a pagar los gastos de la crisis, lo que se demuestra con los movimientos de huelga de 1979 en la siderurgia, el metal, los servicios públicos (PTT, SNCF —Correos y Ferrocarriles—), etc.

11. La crisis impone a los trabajadores cierto número de reivindicaciones que se refieren esencialmente a la defensa del puesto de trabajo y del poder adquisitivo. Una tendencia a la homogeneización de las reivindicaciones sale a la luz en todos los países capitalistas europeos. Así, en menos de dos años, la reivindicación de las 35 horas o de las 36 horas, bajo la presión de una aspiración profunda de los trabajadores y de luchas sobre este objetivo, ha debido ser recogida por una gran parte de las centrales sindicales. Naturalmente, las direcciones tienen mucho cuidado para no hacer de esta reivindicación un objetivo de lucha inmediato y prolongan el calendario de su concretización.

El marco económico requiere objetivos defensivos, muchas veces las tradiciones reivindicativas del periodo anterior a la recesión se combinan con las necesidades de la lucha para el mantenimiento de lo adquirido. Frente a las medidas de ataque contra el puesto de trabajo se utilizan experiencias de lucha contra la organización capitalista del trabajo, y a veces con elementos de control obrero. En la defensa del poder adquisitivo, en el momento en que el paro tiende a acentuar las divisiones, se extiende la reivindicación de aumento uniforme de los salarios o del subsidio de desempleo.

Frente a la multiplicación de los cierres o los intentos de despidos colectivos, la exigencia de la nacionalización, particularmente en las ramas en crisis estructural, se plantea cada vez con más frecuencia. Aquí aparece la misma tendencia hacia una profundización del aspecto objetivamente anticapitalista de las reivindicaciones.

Un rasgo característico de los últimos años consiste en la integración en el seno del patrimonio reivindicativo de las organizaciones obreras de una serie de objetivos de luchas que responden a las necesidades específicas de las trabajadoras. Estas reivindicaciones se han desarrollado en seis terrenos: salario (a trabajo igual, salario igual), empleo (contra el estatuto de auxiliar, despidos prioritarios, eventualidad), formación profesional, condiciones de trabajo, equipamientos colectivos, aborto.

La participación creciente de las mujeres trabajadoras en las huelgas y en las movilizaciones, el peso incrementado de las reivindicaciones contra la explotación y la opresión de las mujeres trabajadoras, estimula la unión entre las luchas de defensa de las conquistas adquiridas y la nueva puesta en tela de juicio de las relaciones sociales burguesas. Esto hace converger en las filas del movimiento obrero las reivindicaciones defendidas, en un primer tiempo, por un movimiento que evolucionó al margen de las organizaciones de masa de los asalariados.

La crisis del conjunto de las relaciones sociales y los movimientos de masas

12. El largo periodo de expansión del capitalismo introdujo un profundo cambio en la formación y la naturaleza de la fuerza del trabajo: incremento sensible de la escolarización en la enseñanza media y superior, necesidad de elevación del nivel de cualificación en numerosas categorías de asalariados, penetración masiva de las mujeres en las escuelas superiores e institutos universitarios, incremento del empleo femenino, desarrollo de los flujos migratorios de los países menos desarrollados de Europa del Sur hacia los centros industriales. La concentración rápida del capital redujo considerablemente las categorías de la pequeña burguesía tradicional. Todos estos cambios tienen repercusiones profundas en la conciencia de extensas franjas sociales. Los movimientos de la juventud escolarizada, de liberación de la mujer y las movilizaciones parciales de los trabajadores inmigrados expresan estos cambios.

La entrada de la economía de los países imperialistas en una fase de estancamiento de las fuerzas productivas tiene por lo tanto implicaciones que van mucho más allá de la esfera económica. Recesión y restricciones presupuestarias de los gobiernos burgueses agravan una crisis social global que traduce el declive histórico de todo un sistema y de un modo de producción. Además, una multitud de necesidades sociales que se afirmaron durante el "boom" son negadas hoy, a veces brutalmente.

12.1. En el campo de la sanidad, las restricciones presupuestarias tales como el desmantelamiento de la Seguridad Social han puesto al desnudo la miseria del sistema sanitario en los países capitalistas más avanzados. Las movilizaciones de los trabajadores de la sanidad no solamente se han referido a las condiciones de trabajo del personal hospitalario, sino también a la organización capitalista de la sanidad. Esto ha facilitado la inclusión en las plataformas sindicales, de reivindicaciones (medicina gratuita y de calidad) que ponen en tela de juicio la organización sanitaria de la sociedad capitalista. Por otra parte, la interrelación entre estas movilizaciones y las relativas a los ataques contra la salud de los trabajadores en su puesto de trabajo desemboca en una contestación más radical de las relaciones sociales de producción.



12.2. El desencadenamiento de la especulación inmobiliaria, la decadencia de estructuras urbanas, tanto como las limitaciones de los gastos públicos en favor de las infraestructuras y las viviendas sociales, han dado nacimiento a movimientos que unen las reivindicaciones sobre el habitat, los equipamientos colectivos y los transportes. Se organizan generalmente a nivel de barrios. Algunas veces se establecen lazos con organizaciones sindicales que conceden un lugar más importante a estos objetivos dentro de sus programas de reivindicaciones.

13. Desde 1974, la población escolar y estudiantil ha seguido creciendo generalmente, aunque aparezca una tendencia al estancamiento en algunos países desde 1978.

La composición social del medio estudiantil sigue modificándose, el porcentaje de la población universitaria de origen burgués disminuye, aunque los estudiantes procedentes de la clase obrera siguen formando una parte muy pequeña. Para hacer frente a sus necesidades, una parte cada vez mayor de estudiantes debe trabajar a medio tiempo. Las salidas se hacen cada vez menores dentro de un número creciente de ramas; el paro constituye un camino cada vez más frecuentado para entrar en la "vía profesional". El puesto de trabajo que encuentran muchos diplomados de estudios superiores o bien no corresponde a la formación que han recibido, o bien acarrea un desnivel importante entre su cualificación y la utilización de su fuerza de trabajo.

Los ataques contra el sistema de formación, la multiplicación selectiva de los niveles de formación en el marco de los estudios medios, la limitación muchas veces brutal del acceso a estudios superiores, han asestado un serio golpe a las ilusiones reformistas sobre la "democratización de los estudios" y "la igualdad ante la escolaridad". La parte de la juventud escolarizada que se ve afectada por las medidas de selección, por las perspectivas de paro y por la reducción de las ayudas sociales no deja de aumentar. Todo esto ha dado origen a movilizaciones de escolares y estudiantes que han tenido lugar en una serie de países.

Naturalmente el peso del paro, las amenazas de selección, la represión a veces, pueden provocar entre los escolares y los estudiantes la búsqueda de soluciones individuales y frenar con ello las movilizaciones. Además, la política de las direcciones reformistas hace más difícil el desarrollo de movimientos de masa que, habida cuenta de la situación económica y política gubernamental, se enfrentan rapidamente a la necesidad de un cambio político de conjunto. La orientación de las direcciones reformistas provoca así una división creciente de las filas de la juventud e incluso una marginación de algunos sectores de la juventud escolarizada y estudiantil. Este hecho se manifiesta de la forma más clara en Italia y también en España.

Sin embargo, en numerosos países —Francia, Italia, Bélgica, Portugal, etc.— se ha comprobado en estos últimos años, la posibilidad de explosión de la juventud escolar y estudiantil. El peso que tenían en estos movimientos las reivindicaciones ligadas a las condiciones materiales y el porvenir profesional de los escolares y los estudiantes, no solo indica una nueva etapa en el desarrollo de la radicalización de la juventud escolarizada desde 1968, sino también la necesidad, afirmada muchas veces, de una unión con el movimiento obrero.

Cualesquiera que sean las fluctuaciones de las movilizaciones escolares y estudiantiles en los diferentes países capitalistas, las corrientes reaccionarias no han podido reconquistar posiciones importantes, a pesar, a veces, de algunas victorias parciales.

Los cimientos de la crisis ideológica en la juventud escolar y estudiantil siguen estando sólidamente implantados. Esta crisis toma múltiples vías de expresión. La participación de los escolares y los estudiantes en los movimientos contra la destrucción capitalista del medio ambiente o contra los peligros de la utilización civil de la energía nuclear es una de ellas. La radicalización feminista entre las escolares y las estudiantes, como rechazo de las normas hipócritas de la moral burguesa, es otra. Además, la participación de amplias capas de jóvenes en movilizaciones anti-imperialistas y anti-militaristas —aún siendo inferior a lo que fué en la primera mitad de los años 1970— sigue siendo un dato revelador de la permanencia de los cambios ocurridos desde principios de los años sesenta.

14. La lucha de la clase obrera, su rechazo creciente del poder patronal, su negativa a pagar los gastos de la recesión, su rechazo del paro como una fatalidad, han reforzado y extendido en amplios sectores de la juventud una rebelión contra las múltiples opresiones producidas y reproducidas por el propio funcionamiento del sistema. Este rechazo apunta hacia las instituciones de socialización y de reproducción social de la sociedad burguesa, particularmente la familia y la escuela. La incertidumbre que planea sobre el futuro de importantes franjas de jóvenes no puede sino exacerbar la crisis de los valores burgueses. El rechazo de la ideología productivista, de la jerarquización, así como, de forma más general, de las normas sociales tradicionales se extiende.

El cambio de la situación económica hace resurgir con fuerza la incapacidad de la sociedad capitalista para responder a las necesidades económicas, sociales y culturales, a veces incluso elementales, de amplio sectores de la juventud escolarizada, de los jóvenes trabajadores o de los jóvenes parados. La política de austeridad asesta duros golpes a importantes franjas de la juventud. Paro y sobreexplotación (condiciones de aprendizaje, trabajos temporales, empleo aleatorio, trabajo negro, discriminaciones salariales) resumen la situación de un gran número de jóvenes. Esto no hace sino poner aún más de relieve el estatuto de menor que les atribuye la sociedad burguesa: mantenimiento de la "mayoría de edad" a 18 ó 20 años, prohibición o limitación del derecho a organizarse en el plano sindical y político, represión sexual y discriminaciones sexistas en la escuela y en el trabajo, dependencia ante la familia con todas las coacciones que de ella se desprenden.

El potencial de radicalización de amplias capas de jóvenes sigue siendo importante. Las formas de expresión de esta radicalización tanto como su dinámica dependen fundamentalmente de la capacidad de la clase obrera en afirmarse como clase capaz de modificar radicalmente la sociedad.

15. Las transformaciones del lugar de las mujeres en la sociedad, y de forma más específica en el proceso de trabajo, han creado una situación que hace similares los factores objetivos de su radicalización en el conjunto de los países capitalistas europeos. La crisis los ha exacerbado. Las agresiones a la educación, al puesto de trabajo, a los equipamientos colectivos pesan particularmente sobre las mujeres.

El movimiento de mujeres que empezó su desarrollo en todos los países europeos desde principios de los años 1970, sigue estando todavía muy diferenciado, a la vez en su desarrollo propio y en su impacto así como en su aparición en el propio seno del movimiento obrero. Este es el resultado de una correlación compleja de factores ideológicos, culturales, sociales, institucionales y del desarrollo general de la lucha de clases.

Sin embargo, existe en todas partes una tendencia a que el movimiento de mujeres deje de ser totalmente externo al movimiento obrero, a sus luchas y a sus reivindicaciones. Su amplitud y su impacto social han acelerado su emergencia en el seno de las filas de las trabajadoras. Las iniciativas independientes de las mujeres en las organizaciones de masas de la clase obrera, especialmente los sindicatos, se han multiplicado desde 1975-1976.

Por un lado, el movimiento de mujeres está estimulado fuertemente y reforzado por el desarrollo de las lucha y de las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras organizadas sindicalmente. Por otro lado, la incidencia, en el movimiento sindical, del movimiento de liberación de la mujer y sus exigencias, contribuye en reforzarlo y en profundizar la conciencia anticapitalista de sus miembros.

El movimiento de mujeres mantiene toda su capacidad de movilización independiente. Las batallas por la libertad y la gratuidad del aborto, como contra las resistencias a aplicar los aspectos más favorables para las mujeres de las leyes que la burguesía se ha visto obligada a promulgar revelan este enorme potencial. El movimiento independiente de mujeres puede estimular la radicalización de amplias capas de mujeres, estudiantes y asalariadas, que siguen estando todavía ajenas a la actividad y a la organización del movimiento obrero.

15.1. No existe ningún factor social que impulsaría inevitablemente a los diversos movimientos sociales ya sea a entrar en conflicto con los trabajadores o sus organizaciones, o bien a diferir en sus intereses históricos y en sus luchas. Pero, ninguno de estos movimientos sociales, por sí mismos, puede asestar golpes decisivos a la dominación burguesa y a su Estado. Sin integrar sus fuerzas en el conjunto del dispositivo de lucha de los trabajadores, sin que el movimento obrero tome a su cargo sus reivindicaciones —respetando y defendiendo su independencia organizativa (movimiento de liberación de la mujer, por ejemplo)— el potencial anticapitalista que representa puede deshacerse y desviarse hacia iniciativas e ideologías que o bien los encerrarán en un ghetto o bien los reintegrarán en el marco del mundo burgués. Una de las condiciones imprescindibles para asegurar esta convergencia, es la emergencia de una dirección alternativa a la de los aparatos reformistas. El surgimiento de estos movimientos sociales —cuyo refuerzo está condicionado, en última instancia, por las relaciones de fuerzas entre las clases— es un factor suplementario de la prolongación de la inestabilidad social y de la crisis de dirección política burguesa.

16. Debido a la subida de los precios del petróleo en 1973 y frente a las presiones de los trusts para invertir en el sector electro-nuclear, los proyectos de construcción de centrales nucleares y la apertura de las obras se han multiplicado.

Esto no podía sino provocar el florecimiento de un movimiento de masas contra las centrales nucleares (Francia, RFA, Austria, Suiza, Dinamarca, Suecia, España, Bélgica).

Este movimiento de masas tiene sus bases en el peligro real que representa para la humanidad, habida cuenta del nivel general de los conocimientos tecnológicos y científicos, de la utilización de las centrales nucleares, en el sistema anárquico del capitalismo.

Este movimiento se ha alimentado con las denuncias de estos peligros dramáticos por parte de un gran número de personalidades científicas. Por primera vez en la historia del capitalismo, da lugar a un amplio debate sobre la organización del desarrollo de la sociedad. Oponiéndose a la apertura o a la implantación de instalaciones nucleares, el movimiento se enfrenta a la colusión entre el Estado burgués garantía del beneficio y los grandes trusts electro-nucleares. Hay aquí uno de los fundamentos concretos para imprimirle una dinámica anticapitalista. Además, tiende a desvelar la naturaleza de la democracia burguesa que tiene su límite fundamental en la propiedad privada de los medios de producción y en el derecho de una minoría de capitalistas a decidir, por sí solos, las inversiones que ponen en causa el propio futuro de la mayoría de la población.

Cualesquiera que sean sus variaciones coyunturales, este movimiento está apto para integrar en sus filas a importantes sectores de la población, y ello por un largo periodo.

Estos movimientos de masas contra las instalaciones nucleares han nacido generalmente fuera de las organizaciones obreras. Además, la ideología "anticrecimiento" y a veces anticientífica extendida en este movimiento, las posiciones de las direcciones reformistas que garantizan

(cuando no son las principales protagonistas, como en la RFA) las opciones de desarrollo del gran capital, así como la pretendida neutralidad de las tecnologías utilizadas, no pueden sino hacer difícil una conjunción espontánea entre las organizaciones de masas de los trabajadores y el movimiento antinuclear. Sin embargo el eco popular de reivindicaciones adelantadas por el movimiento —tal y como lo demostró el referendum en Austria en noviembre de 1978— así como los llamamientos lanzados por medios científicos y a veces por trabajadores y técnicos sindicados del sector electronuclear, multiplican las tensiones en el seno de los partidos reformistas y han obligado incluso a algunas de sus direcciones a mitigar su sostén abierto a los planes de desarrollo nuclear. En diferentes países, sectores del movimiento sindical y partidos reformistas han empezado a aportar su ayuda al movimiento antinuclear.

El movimiento contra las centrales nucleares solo podrá desarrollar su potencial de lucha contra el sistema que conduce a la utilización de estas tecnologías homicidas en la medida en que forme parte activa de la lucha anticapitalista de la clase obrera.

17. Movilizaciones de pequeños y medianos agricultores, así como de trabajadores agrícolas han marcado, en diversos grados, la situación social y política de los últimos años en una serie de países capitalistas europeos (Portugal, España, Grecia, Italia, Francia en particular).

Más allá de los rasgos específicos que moldean la situación agraria en los diversos países capitalistas europeos, se destacan algunos rasgos importantes. Bajo el impacto de la penetración incrementada del capital en la agricultura y la política de los gobiernos, la población rural activa conoce un rápido declive, acelerándose aún más en estos últimos años. Una capa de pequeños agricultores no ha podido integrarase en el movimiento de modernización técnica de la producción agrícola. Forman una capa social pauperizada.

Ya sea que se encuentren en situación de aprovechamiento directo o de arrendamiento rústico, los pequeños agricultores que han intentado sumarse al avance de la agricultura moderna están endeudados y aplastados entre las firmas capitalistas situadas por encima de la producción (abonos, maquinaria agrícola) y las situadas por debajo (trusts del agro-alimentario). Se han convertido en un eslabón dependiente de la cadena de una verdadera industria agro-alimentaria. Sus condiciones de vida son cada vez más difíciles.

La explotación de los miembros de la familia se endurece. El tiempo de trabajo se prolonga. El pluriempleo se convierte muchas veces en el único medio de vida. El poder adquisitivo declina.

Las movilizaciones de los pequeños y medianos agricultores se han desarrollado en torno a reivindicaciones relativas a: el precio de compra de los productos y la seguridad de sus salidas, la función de las grandes empresas de distribución y de conservas, la diferencia entre los precios de los productos agrícolas y la de los productos industriales, el crédito, los contratos de arrendamiento rústico.

Para los trabajadores agrícolas, las condiciones de vida (duración del trabajo, vacaciones, seguridad social, salario, etc.) y la garantía del puesto de trabajo están en el centro de sus luchas.

En España, en Portugal, en Grecia, en Irlanda, así como en el Sur de Italia, el problema agrario tiene un peso social y político cualitativamente superior al de los demás países de la Europa capitalista. En estos países la tendencia fundamental de las movilizaciones plantea el problema de una verdadera reforma agraria, tal y como fué el caso, de forma ejemplar, en Portugal.

Una característica nueva de las movilizaciones campesinas durante los últimos años consiste en la unión, todavía muy fragmentaria bien es verdad, que se llevó a cabo en el momento de las luchas entre trabajadores industriales y trabajadores del campo.

No obstante, a pesar del proceso de diferenciaciones sociales acentuadas en el mundo agrícola, las organizaciones que incorporan a los pequeños agricultores siguen estando dominadas todavía ideológicamente por los representantes de la agricultura capitalista. Además, la orientación general de las direcciones reformistas del movimiento obrero y también el ejemplo nefasto de la colectivización de la tierra en URSS y en algunas "democracias populares", no pueden sino frenar la adhesión de los campesinos pobres a las luchas y a los objetivos de la clase obrera y retrasar así la conclusión de una alianza sobre una base anticapitalista.

18. Desde principios de los años 1970, se han reforzado, reavivado o nacido movimientos nacionales o regionales en el seno de varios Estados capitalistas europeos que acentúan la crisis social y de dirección política de la burguesía.

En España, a los movimientos nacionales históricos de Euskadi y Catalunya —que expresan de la forma más aguda la explosividad de la cuestión nacional— se han sumado movimientos diversos en Galicia, País Valenciano, Andalucía y en las islas Canarias. En Francia, se ponen de manifiesto en Córcega, en Bretaña, y también en Occitania y en Alsacia. En Gran Bretaña, en Escocia y en el País de Gales. En Italia, en Cerdeña. En Austria en Carintia. En Bélgica, las cuestiones valona y flamenca, siguen estando al orden del día, aún cuando los desarollos económico y social de los dos últimos decenios hayan modificado los términos históricos.

Estos movimientos tienen sus raíces muchas veces en el proceso de formación de los Estados burgueses de Europa que implicó una asimilación violenta de diversas nacionalidades que no obstante mantuvieron rasgos culturales y lingüísticos propios. Socialmente están alimentados en la mayoría de los casos por las disparidades del desarrollo y de la distribución de la riqueza social en el plano regional producidas por el tipo de desarrollo capitalista de los treinta ultimos años.

La larga fase de crecimiento suscitó una distribución geográfica dispar de las inversiones, una implantación selectiva de las empresas industriales en función de los costes salariales, una transferencia de recursos (capital y mano de obra) de una región a otra, de un país a otro. Las empresas multinacionales, particularmente desde la creación del Mercado Común, han desempeñado un papel motriz en la realización de este desarrollo desigual.

La crisis social generalizada liberó las fuerzas de rechazo de las opresiones culturales, lingüísticas y sociales que se combinaban con los efectos de subdesarrollo regional. Estos movimientos, ya sea que se presenten como nacionales o regionales, ya sea que reivindiquen la autonomía o la separación, constituyen para los trabajadores y los campesinos pobres y otros pequeñoburgueses que participan en ellos la envoltura de su indignación social.

Su raíz social y sus raíces históricas están muy diversificadas. Existen movimientos de origen reciente que reflejan esencialmente las desigualdades en el desarrollo económico con todas sus repercusiones sociales. Traducen así también su oposición a la centralización burocrática y discriminatoria de la administración estatal. A partir de la permanencia de rasgos culturales y lingüísticos distintos, formulan la oposición a la sobreexplotación y a la opresión en términos nacionales y disponen de una influencia de masa. La juventud forma una gran parte de las fuerzas vivas en estos movimientos que les ofrecen el terreno de su radicalización.

En Catalunya y en Euskadi existen movimientos nacionales que hunden sus raíces históricas en las contradicciones irreconciliables en el propio seno de la burguesía, creadas en el momento de la revolución burguesa y la formación del estado español. Sobre este telón de fondo es sobre el que se han desarrollado y evolucionado estos dos movimientos nacionales que combinan las reivindicaciones democráticas ligadas a la lucha contra el régimen franquista. El movimiento nacional en Caalunya y en Euskadi no puede asimilarse a aquellos otros salidos de crisis económicas regionales y estructurales. En efecto, Catalunya y Euskadi, con ritmos, y según modalidades diferentes, se han convertido en los puntos avanzados del capitalismo en el Estado español.

Algunas formaciones políticas que desempeñan un papel importante en varios de estos movimientos disponen de una base social pequeñoburguesa y burguesa. Por ejemplo es el caso en Carintia, en Escocia (con el SNP), en el País de Gales (con el Paid Cymru), en Córcega (UPC), en Valonia y en Flandes (con el RW y la VU), etc. Finalmente, en el seno de los movimientos nacionalistas históricos de Euskadi y de Catalunya, a partir mismo de su origen y de las formaciones sociales catalana y vasca, el peso de los partidos burgueses que son el PNV y CDC es muy importante. Se utiliza contra los intereses de las masas trabajadoras que se movilizan para defender sus derechos democráticos, sus aspiraciones nacionales y sus intereses de clase.

Algunos grupos, valiéndose de la estrategia de lucha armada, como ETA en Euskadi, desempeñan a veces un papel significativo en el marco de estos movimientos. Reflejan la exasperación de sectores de la población (que como en Euskadi, también se expresa en los resultados electorales obtenidos por la organización radical Herri Batasuna) y un enfoque pequeñoburgués que ponen el acento en las acciones de grupos restringidos frente a una orientación proletaria de movilización de masas.

La influencia de las formaciones burguesas, pequeñoburguesas y de su ideología sobre las masas trabajadoras posee tantas más posibilidades de mantenerse cuanto que las direcciones burocráticas del movimiento obrero, con su política de colaboración de clases, no dan respuestas efectivas a los problemas sociales que están en la base de la aparición de estos movimientos y movilizaciones, que no luchan efectivamente por las reivindicaciones democráticas y que se hacen los defensores de las instituciones estatales a las que se enfrentan muchas veces los movimientos nacionales.

18.1. La lucha secular del pueblo irlandés contra la dominación británica tiene una importancia especial. Irlanda sigue estando dividida en dos estados desde 1921. Uno de ellos, bajo el control directo del imperialismo británico, está aislado del resto del país; el otro está bajo las garras del imperialismo y bajo la dominación política indirecta. La obtención de la independencia formal por una parte de la isla representó una victoria parcial para el movimiento de liberación nacional. Pero la interrrupción de este proceso permitió al imperialismo restablecer su control por medio de la burguesía irlandesa.

Un nuevo ascenso de la lucha del pueblo irlandés empezó a finales de los años 1960. Se basó en las discriminaciones puestas en pie por el imperialismo en el Norte, así como la represión que allí mantiene. Londres respondió a este levantamiento enviando miles de hombres para reforzar la ocupación militar de los Seis Condados. En 1972, se vió obligada a abandonar el régimen de Stormont. Entonces, la credibilidad de la burguesía católica del Norte —organizada en el Partido social-demócrata y el Partido laborista— se derrumbó. Una gran parte de la población católica apoyó al Movimiento republicano. Algunos sectores de algunas ciudades (los barrios "no go") cayeron bajo el control de la población católica. La burguesía del sur se encontró situada bajo una fuerte presión.

No obstante la dirección pequeñoburguesa de la resistencia fue incapaz de organizar y dirigir a las masas para llevar a cabo un nuevo asalto al control imperialista de la isla. A pesar de sus profesiones de fe socialistas, las dos principales alas del Movimiento republicano desarrollaron una orientación errónea. Los Oficiales del IRA renunciaron al combate anti-imperialista y adoptaron una línea cada vez más reformista y economicista. Los Provisionales siguieron oponiendo su campaña "militar" a la movilización de masas en objetivos sociales, económicos y anti-imperialistas. Algunas veces se opusieron incluso a tentativas de reunificación del movimiento de masas de la resistencia. De esta forma, dejaron el campo libre a algunos políticos burgueses que no tienen ningún interés en poner fin a la opresión nacional.

El imperialismo conquistó un margen de maniobra y propuso el sistema de "reparto del poder" en el marco de la división. Su finalidad consistía en integrar a las masas católicas en el seno del Estado de los Seis Condados dando a sus representantes burgueses la posibilidad de opinar sobre la manera de llevar los asuntos gubernamentales. Esta tentativa fracasó. El ala extrema de la burguesía unionista —los Legitimistas— incrementó su audiencia entre las masas católicas. Una huelga reaccionaria de los trabajadores protestantes liquidó, en mayo de 1974, el sistema que acababa de ser instaurado.

Desde entonces, el imperialismo ha acentuado su represión contra las masas nacionalistas. A pesar de la desorientación producida por la inexistencia de una dirección revolucionaria proletaria, las masas mantienen sus capacidades de emprender combates tal y como lo demuestran las huelgas del Sur —en donde se profundiza la crisis económica y social— y las nuevas movilizaciones en el Norte.

Irlanda sigue siendo un país importante para el imperialismo británico. La lucha contra este último no es solamente central en la revolución proletaria irlandesa, sino que también es un elemento clave de la revolución en Gran Bretaña.

La crisis de dirección política de la burguesía

19. La profundización de la crisis económica y social así como el alto nivel de combatividad de las masas trabajadoras han hecho tambalearse las formas de dominación de la burguesía dentro de su propio estado. Van acompañados muchas veces por una inestabilidad gubernamental, un desequilibrio en el plano parlamentario y una multiplicación de los conflictos en el seno de las formaciones burguesas.

Para asegurarse un relanzamiento de las inversiones productivas, la burguesía tendría que tener las manos libres para llevar a cabo una profunda y brutal reestructuración del capital y elevar considerablemente el índice de explotación. La relación de fuerzas actual entre clases impide el cumplimiento, por lo menos a corto plazo, de esta empresa. Esta es la raíz de la crisis de dirección política burguesa.

La burguesía sigue estando prisionera de una contradicción fundamental. No dispone de reservas suficientes para desencadenar contra las conquistas obreras una operación de gran envergadura que los imperativos de la acumulación del capital exigen de forma urgente. No posee tampoco las reservas que le permitirían hacer concesiones suficientes para hacer más fácil la tarea de las direcciones burocráticas en su orientación de colaboración de clases. De esta forma, estas últimas tienen dificultades para sostener la política de los gobiernos, ya que no reciben nada a cambio. Deben hacer frente a los

conflictos con sectores de clase en los sindicatos que controlan y en sus propios partidos. Esto favorece también la inestabilidad política en el plano gubernamental.

20. Las disensiones en el seno de los partidos burgueses, y entre sí, participan de la crisis de dirección de la burguesía. Bajo los efectos de la alteración del marco económico, de la concentración y centralización aceleradas del capital frente a la impotencia de los partidos burgueses para ofrecer una salida a la crisis, durante la primera mitad de los años 1970, algunos sectores de la pequeña burguesía o de las "nuevas clases medias" retiraron sus votos a algunas formaciones que ocupaban desde hace mucho tiempo un papel dirigente. Dieron sus votos tanto a otros partidos burgueses, como a la socialdemocracia e incluso al PCI en Italia. Este hecho debilitó entonces las posiciones electorales de partidos bien situados (la DC italiana o los gaulistas en Francia), comprometidos muchas veces en escándalos. Estos desplazamientos de votos introdujeron incertidumbre en el plano parlamentario. Las batallas de clanes en el interior de estas formaciones aumentaron. A veces, se entrecruzan también intereses contradictorios de sectores capitalistas y los de los aparatos políticos parasitarios del Estado. Desde hace dos años, se ha llevado a cabo cierto desplazamiento de los votos de la pequeña burguesía, lo cual ha permitido una nueva ganancia limitada de las posiciones electorales de las formaciones burguesas (Italia, Francia, Portugal).

21. Sin embargo, esta crisis de dirección política de la burguesía no se salda automáticamente para la clase obrera con un refuerzo de sus posiciones. Los fallos del sistema de dominación de la clase dirigente están tapados por las direcciones de los PS y de los PC. La integración desde hace largos años de la burocracia sindical en los diversos engranajes del aparato de Estado burgués los ha preparado para acudir en ayuda de los regímenes burgueses en dificultad o a la deriva.

La clase burguesa, que dispone de una experiencia política secular, demuestra una vez más su destreza para recurrir a la predisposición de las burocracias obreras en impedir que se hunda el barco. Sobre esta base, la clase dominante puede hacer funcionar los mecanismos integradores de la democracia burguesa y utilizar los recursos económicos restantes para llevar a cabo algunos reajustes. Esta situación revela menos la fuerza se las instituciones de la democracia burguesa que la falta de conciencia, de organización y de dirección revolucionaria del proletariado.

22. La burguesía intensifica el movimiento de centralización del poder emprendido desde hace mucho tiempo. La esfera de decisión efectiva de los parlamentos se reduce. El poder de los ejecutivos crece, y en su seno se afirma la preponderancia de una serie de comisiones o comités que tratan las líneas de fuerza de la orientación en los terrenos claves (política económica, industrial y financiera a escala nacional e internacional, política militar, aparato represivo). En este periodo de conmociones y de giros abruptos se pone de relieve mejor aún la función de estos órganos que se escapan a las incertidumbres de la vida política y parlamentaria y que aseguran una representación directa de los intereses del gran capital. Pero, una buena parte de las decisiones tomadas en estos cenáculos se vuelven a poner no obstante en tela de juicio por la realidad testaruda de las relaciones de fuerza entre clases.

A partir de ello, la colaboración de los partidos reformistas es una pieza maestra para asegurar la eficacia mayor de este poder centralizado. Con su asentimiento o por su acción, la clase dirigente prepara el arsenal legislativo, judicial y represivo propio a una confrontación con los trabajadores y su vanguardia, una vez que se hayan reunido las condiciones políticas.

Así, comprobamos de qué forma la función y la organización del Estado burgués en el periodo del declive del capitalismo, se unen a las dos tendencias de fondo de la política burguesa: una de ellas va en el sentido de una integración abierta de los aparatos de las organizaciones obreras, la otra en el de un refuerzo de los instrumentos de represión. Un movimiento pendular y una combinación existen entre estos dos aspectos.

23. Una crisis aguda de las instituciones del Estado burgués se desarrolla. Es el resultado de la modificación de las relaciones de fuerzas entre clases y de sus subproductos: la conmoción de las relaciones sociales, la incapacidad de la clase dominante para salir de la crisis —y a veces de su semi-parálisis de iniciativa, así como del clima de corrupción que reina en los círculos dirigentes—, la radicalización de las nuevas capas asalariadas empleadas por un estado que ha ampliado considerablemente su campo de intervención. En grados diversos afecta al ejército —soldados e incluso suboficiales—, a la policía, a la magistratura, sin hablar de las instituciones escolares de la mass media, o de las Iglesias. La crisis fiscal que corroe a la mayoría de los Estados, con las restricciones presupuestarias que de ella se deriven, contribuye a exacerbarla.

Esta crisis de las instituciones del Estado burgués es una causa y también un efecto de la crisis de dirección política de la clase dominante. Sin embargo hay que combatir la ilusión de que esta crisis pueda conducir a una parálisis de las iniciativas reaccionarias y represivas del Estado así como de las capacidades de maniobra de una burguesía experimentada. No lleva en absoluto a una especie de disgregación de la función de reproducción de una estructura social determinada, la de la dominación del capital sobre el trabajo, función propia del Estado burgués. Como mucho, esta crisis puede proporcionar la ocasión de acentuar la denuncia de los límites cualitativos de la democracia burguesa (ver las tomas de posición de los "sindicatos de la magistratura" en Francia y en Italia) de enseñar la necesidad y el significado de la destrucción del Estado burgués.

La crisis de dirección proletaria

24. El periodo abierto en 1968-1969 se prolonga mucho más de lo que lo hicieran los periodos similares de crisis en el pasado.

A medida que esta situación continúa, que los engranajes de la sociedad burguesa se atascan, que crece el descontento entre las masas, que se perfilan en el horizonte los enfrentamientos, las direcciones burocráticas —para defender sus propios intereses— levantan el muro de la colaboración con la burguesía, con el fin de intentar escapar a cualquier batalla frontal, canalizar y fragmentar un avance obrero.

Para ayudar a hacer pasar esta política, ante todo en los países en los que los trabajadores han cuestionado de forma más abierta el orden burgués, las direcciones sindicales y las de los PS y los PC, debido a la recisión, tomaron por su cuenta los temas de los economistas y políticos burgueses sobre la austeridad, han hecho desaparecer muchas veces de su propaganda las referencias al "paso pacífico al socialismo" e incluso algunas veces lanzaron una campaña ideológica enfocada a demostrar que es imposible que la clase obrera liquide al capitalismo y derroque al Estado burgués.

Un exámen sobre la actividad de las masas, los objetivos que se han asignado amplias capas de vanguardia durante sus luchas, del contraste entre éstas y la

orientación de las direcciones reformistas, de los desbordamientos limitados pero efectivos del marco fijado por los aparatos, lleva a una conclusión bien diferente. Revela la importancia, para la evolución de estos diez años de la lucha de clases, de factores tan concretos como los partidos y los sindicatos, su programa, su dirección, su control mantenido sobre la clase obrera en ausencia de un partido revolucionariuo que hubiera reunido, en el momento de las diversas oleadas de lucha, a un número importante de cuadros obreros que dispusieran de una autoridad en las empresas, las organizaciones de masas y capaces de ofrecer una dirección a una oposición sindical de lucha de clases.

La característica del periodo no está en la sumisión de las masas a los objetivos de los aparatos reformistas, aún cuando hubieran conservado una influencia ampliamente mayoritaria sobre estas últimas. La dominante, es la crisis de dirección proletaria; ella es la que bloquea la transformación de las crisis pre-revolucionarias en situaciones revolucionarias. El ejemplo portugués lo ha confirmado.

25. Para proteger los mil lazos que han tejido con la sociedad burguesa, las direcciones reformistas han acudido en ayuda de una clase cuya dominación era cuestionada o estaba en peligro.

Así, los dirigentes de la social-democracia, en la RFA, en Gran Bretaña, en los países escandinavos, en Bélgica, en los Países Bajos, en Suiza, en Portugal, así como en España, se han hecho los defensores encarnecidos de la "economía de mercado", de la rentabilización del sector público, de la limitación del salario directo e indirecto y de los gastos públicos, de las restricción del derecho de huelga.

En la casi-totalidad de estos países desempeñaron un papel determinante en la adopción de una política de austeridad por parte de las direcciones de los sindicatos, a pesar de las resistencias de algunos de sus sectores.

Debido a las exigencias de la aritmética parlamentaria y, sobre todo, debido a la desconfianza de los capitalistas en la propia capacidad de la social-democracia (a causa de sus lazos con la clase obrera y los sindicatos) de adoptar el tipo de medidas anti-obreras que corresponde a la gravedad de la crisis económica, los partidos social-demócratas han sido rodeados de vigilantes liberales (RFA, Dinamarca) o bien han sido integrados en gobiernos de coalición más amplios (Países Bajos, Bélgica, Portugal, Suiza).

26. Las direcciones de los partidos comunistas han ido también en auxilio de los regímenes burgueses en dificultad o al borde de la quiebra. Si ponemos a un lado los aspectos propiamente italianos del "compromiso histórico", la línea de los partidos comunistas de Europa occidental se mueve en este marco estratégico. Si bien el contexto político internacional es diferente, si el periodo mismo no es en absoluto similar y si bien las causas determinantes de esta orientación no son idénticas, no es menos cierto que las líneas de fuerza de la estrategia siguen siendo las trazadas por la Internacional estalinista en su VII congreso (1935).

Bajo la influencia de la agresividad creciente del capital, se ha despertado en el seno de las masas trabajadoras una tendencia a emprender una respuesta unitaria y a avanzar objetivos anticapitalistas. La función misma de la política de los PC es la de desviar este movimiento hacia objetivos y formas de gobierno compatibles con los intereses de la burguesía, con la supervivencia de la propiedad privada y de sus instituciones estatales.

Sin embargo, exceptuando Portugal —y poniendo a parte el caso finlandés motivado por razones de política internacional—, los PC no han llegado al gobierno. Por un lado, la burguesía no se veía coaccionada por un ascenso impetuoso. No quería pagar el precio de ello y movilizó sus filas con firmeza frente a esta eventualidad, sostenida en ello por el imperialismo americano. Por otro lado, en el contexto económico presente, las direcciones de los PC veían con recelo su acceso al gobierno sobre la ola de un movimiento reivindicativo de amplitud que hubieran debido estimular para obligar a la burguesía a renunciar a su oposición, a su participación en el gobierno.

Incluso se adelantaron para desarticular la movilización. La división política, sindical y la existente entre las diversas categorías en lucha es un instrumento importante de esta operación. Las peripecias de la Unión de la Izquierda en Francia o del Compromiso Histórico en Italia beben en este sentido de una fuente idéntica.

Evidentemente, en caso de explosiones masivas que pudieran volver a poner en tela de juicio el marco del régimen capitalista, la entrada de los PC en una coalición gubernamental sigue siendo un medio que puede servir para canalizar el movimiento de masas y, por este hecho, asegurar el mantenimiento en el poder de la clase dominante.

26.1. La política del PCI, desde 1973 a 1978, ilustra perfectamente la lógica del "compromiso histórico". De hecho, Berlinguer pasa de la perspectiva de un gobierno de coalición con la Democracia Cristiana al apoyo puro y simple a un gobierno demócrata cristiano. El PCI se convirtió en el principal defensor público de una política de austeridad, de mantenimiento del orden público, de la autolimitación de las huelgas, de la restricción de la libertad de acción sindical. Esta política contribuyó a debilitar las posiciones conquistadas por la clase obrera en 1975-1976. Dejó el campo libre a una democracia cristiana carcomida cuyo fin no era otro que desgastar al PCI en una interminable espera en el umbral del gobierno, al servicio de la "Unión Nacional", lo cual por otra parte se tradujo en el retroceso electoral del PCI, en Junio de 1979.

26.2. En España, las direcciones burocráticas permitieron a Juan Carlos y Suárez efectuar la transición entre el régimen franquista y uno de democracia burguesa parlamentaria, cuyo eje es el ejército, el aparato de represión heredado del franquismo y la monarquía. En 1975, el régimen franquista estaba agonizando: el capitalismo español estaba hundido en el marasmo, el ascenso de las luchas obreras se acentuaba y la delicada cuestión de la sucesión fue planteada por la muerte de Franco. La burguesía se debatía en una crisis de dirección política aguda, prisionera entre los gruñidos del "búnker" y el impulso del movimiento de masas. Se vió obligada a diferir todas las iniciativas de cualquier tipo en el plano económico, a pesar de la gravedad de la recesión.

La reforma del franquismo se jugará desde entonces en dos escenas aparentemente separadas. Pero todo pasó como si los protagonistas de cada una de estas escenas conociera el guión de la otra. Las luchas de masas obligaron a veces a modificarlas, pero el desenlace buscado por las dos partes —por el gobierno Suárez y por las direcciones reformistas— permaneció inalterable: había que evitar el enfrentamiento, salvar el régimen capitalista.

En cada etapa decisiva, las direcciones del PSOE y del PCE ampliaron su política de colaboración de clases. Después de haber fusionado la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática para formar la Coordinación Democrática, en marzo de 1976, instalaron la comisión de enlace de la oposición democrática, en setiembre de 1976, reagrupando a la casi totalidad de los partidos burgueses de oposición.

Los aparatos burocráticos se esforzaron en fragmentar los movimientos de huelgas que adquirieron una gran extensión a fines de 1976. Negociando directamente con Suárez, el PCE y el PSOE facilitaron la primera victoria

política de la monarquía en ocasión del referéndum sobre la Ley de Reforma Política (diciembre de 1976); su apoyo a la nueva constitución (Referendum de Diciembre de 1978) confirmó esta orientación.

Las elecciones de Junio de 1977, en las cuales la UCD consiguió la mayoría relativa, reforzaron las posiciones gubernamentales. Pero los resultados reflejaron también la amplitud de las movilizaciones proletarias. En los grandes centros industriales, los partidos obreros lograron una neta mayoría. En el otoño de 1977, el movimiento huelguístico se intensificó. El pacto social se convierte desde entonces en el objetivo número uno de la burguesía. Los aparatos burocráticos se plegaron a ello. En Octubre de 1977 firmaron el pacto de la Moncloa, lo cual abrió el camino al Gobierno de la UCD para lanzar, en 1979, su programa económico y proponer un Estatuto de los trabajadores antiobrero, que niega o limita los derechos sociales y sindicales más elementales.

Con ocasión de las elecciones sindicales (comienzos de 1978), la política de división aplicada por las direcciones de UGT-PSOE y CC.OO.- PCE se articulan con la de la "unidad nacional": ello desorienta a los trabajadores y no hace sino limitar y parcializar las respuestas a la política de austeridad.

La UGT-PSOE ofrecen la "negociación" para oponerse al nuevo plan económico del Gobierno y no se oponen al Estatuto de los Trabajadores. Las CC.OO., proclamando su oposición, se niegan a coordinar y generalizar una respuesta.

26.3. En Portugal, el papel de las direcciones del PS y PCP en el ascenso revolucionario explicita perfectamente la función de la política de colaboración de clases: contener el impulso del movimiento de masas, desorientarlo, reducir su independencia y hacer sus objetivos compatibles con la supervivencia de la economía de mercado y de las instituciones del Estado burgués.

Inmediatamente después del 25 de abril de 1974 las direcciones del PS y del PCP se niegan a llamar a la formación de una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal y proporcional. Le concedieron el tiempo a la burguesía para que esta última pudiera organizar sus fuerzas políticas a la sombra de la jerarquía militar. En nombre de la "unidad nacional" el PS y el PCP participaron en los diversos gobiernos de coalición apoyaron a Spinola, incluso después de la tentativa de golpe de estado civil de setiembre de 1974 y se plegaron a los dictados del "pacto partidos-MFA".

Después de las elecciones de abril de 1975, renunciaron a traducir al plano gubernamental la mayoría obrera absoluta de la que disponían en la Asamblea Constituyente. Eran perfectamente conscientes que un gobierno del PS y del PC sin los militares, reforzaría la ofensiva unitaria de las masas y alentaría a la clase obrera a actuar políticamente de forma independiente.

Frente al surgimiento masivo de comisiones de trabajadores y de comisiones de barios, después de la respuesta de masas al golpe de Estado abortado del 11 de marzo, la dirección Soares se puso a la cabeza de la contraofensiva burguesa. En nombre de la lucha contra el "anarco-populismo", Soares tendió a quebrar el movimiento de autoorganización que se desarrollaba entre los trabajadores y también en el ejército. Adoptó abiertamente la defensa de la democracia burguesa y de la propiedad privada. La campaña del PS amplió la división introducida en el seno de las masas trabajadoras por las maniobras sectarias del PCP.

La orientación de este último hacía el juego a la del PS. En nombre de la defensa de la revolución democrática y nacional, la dirección Cunhal subordinó el ascenso del movimiento de masas al apoyo del MFA, es decir, a un sector del ejército imperialista en crisis. La dirección del PCP saboteó la formación de comisiones de soldados buscando someterlas al MFA. Intentó transformar las comisiones de trabajadores en instrumento de la "batalla de la producción": La multiplicación de sus maniobras sectarias, los atentados al derecho de expresión de otras tendencias del movimiento obrero y la manipulación de todas las coordinaciones embrionarias, especialmente bajo el quinto gobierno provisional, se convirtió en un obstáculo para la ampliación y centralización de estos órganos potenciales del poder obrero. Las direcciones del PS y del PC, cada una a su manera, han hecho todo por bloquear el desarrollo y la coordinación de las comisiones de trabajadores y de soldados e impedir que se transformen en amplias organizaciones de frente único. Así, las masas no pudieron sacar todas las ventajas posibles de la crisis extrema del aparato del estado burgués para reforzar posiciones. El desnivel fue mantenido entre esta crisis de las instituciones estatales y el nivel de desarrollo de la autoorganización. La burguesía se aprovechó de ello para reagrupar sus fuerzas, para recuperar su capacidad de iniciativa, como habría de demostrar el 25 de noviembre de 1975. Se encontró entonces en situación de restaurar su poder y volver a poner en marcha los mecanismos de la democracia burguesa parlamentaria y del régimen presidencial.

La política de los grupos centristas osciló entre el ultraizquierdismo y el seguidismo con respecto al MFA, el PCP e incluso al V° Gobierno. A veces combinó los dos aspectos. Facilitaron así la tarea de las direcciones del PS y del PCP.

Por su caracterización del PS como partido "social-fascista", por su sectarismo y su desprecio de los principios de la democracia obrera, por las ilusiones que difundieron sobre el MFA, contribuyeron a reforzar la división de las filas obreras. Su incapacidad para desarrollar una política correcta de frente único y su incomprensión de la naturaleza de clase del gobierno fueron un obstáculo político importante para la organización y la movilización de las masas, que buscaban respuestas diferentes de las dadas por las direcciones del PS y del PCP. También su aventurerismo facilitó la operación del 25 de noviembre de 1975.

A continuación, no solamente los Gobiernos del PS iniciaron la política de austeridad, sino que también dieron la base legal (en Agosto de 1977) para un ataque contra la Reforma Agraria, que desarrollaron los Gobiernos dirigidos por Nobre da Costa, Mota Pinto y María de Lourdes Pintasilgo. Por otra parte, por su apoyo y su abstención, PS y PC permitieron la formación de estos Gobiernos antiobreros, pese a que disponían de una mayoría en el Parlamento. Durante los últimos, años, la división se mantuvo como una constante de su política.

26.4. En Francia, se trataba para las direcciones reformistas de prevenir la repetición del Mayo de 1968, que las había tomado por sorpresa, de transformar en su provecho la maduración de la radicalización y asegurar su control. Es a este fin que respondió la constitución de la Unión de la Izquierda sobre la base del programa común de gobierno firmado en 1972. Era una coalición entre dos partidos obreros y un pequeño partido burgués, el Movimiento de los Radicales de Izquierda. Este programa no cuestionaba ni los mecanismos esenciales de la economía capitalista, ni la constitución bonapartista nacida del golpe de estado del 13 de mayo de 1958.

Los partidos reformistas van a utilizar los éxitos electorales alcanzados durante las elecciones presidenciales (1974), cantonales (1976) y municipales (1977), para desalentar y parcializar la respuesta de la clase obrera a los ataques patronales y gubernamentales. En nombre de la ampliación de la Unión de la Izquierda, los aparatos rebajaron el nivel de las reivindicaciones. Apelaron a la paciencia de los trabajadores alegando la victoria próxima de marzo de 1978. La unión de la izquierda subordinó la movilización, la actividad y la organización de los trabajadores a las perspectivas parlamentarias y de colaboración

de clases.

La conjunción entre los efectos de la recesión, que evidenciaban la impotencia de las propuestas de reforma contenidas en el programa común y la profundización de la radicalización y de la politización de los trabajadores, introdujo un elemento de desequilibrio en los proyectos de las direcciones del PS y del PCF. En efecto podía resaltar de ello un cuestionamiento del control exclusivo de la burocracia del PCF sobre la CGT, una oposición acentuada a la dirección de Maire en la CFDT, como dificultades en las relaciones entre esta última y el PS.

La dirección del PS dió entonces garantías a la burguesía reafirmando su respeto de los imperativos de la "economía de beneficio", "del medio económico internacional" y de la competencia interimperialista. La burocracia de la CFDT tomó el relevo privilegiando las reivindicaciones llamadas cualitativas en detrimento de las llamadas cuantitativas, lo que anunciaba el "recentrado" de 1979.

La dirección del PCF concentró el fuego sobre el pretendido "giro a la derecha" del PS. Con la misma facilidad con que atacó demagógicamente la austeridad preconizada por Mitterrand, se cuidaba mucho de organizar cualquier respuesta de amplitud contra la austeridad practicada por Barre. La burocracia de la CGT le siguió las huellas y alineó la central sindical tras las posiciones del PCF. La división de las filas obreras después de varios meses de intercambio de insultos fue profunda, pues los aparatos sindicales fueron los promotores y se aprovecharon de ello para renunciar a toda movilización.

La división destilada por las direcciones del PCF y del PS, especialmente desde setiembre de 1977 tuvieron por efecto no solamente sofocar la contraofensiva obrera, sino también trabar la dinámica electoral de la Unión de la Izquierda. La campaña electoral se inició bajo el signo del rechazo de Marchais de comprometerse al desestimiento a favor de los candidatos mejor votados del PS en el segundo turno. Para justificar esta orientación, el PCF se proclamaba como el único partido de la clase obrera. Tomó a su cargo abiertamente el riesgo de la derrota electoral de la Unión de la Izquierda a fin de proteger sus intereses de aparato burocrático que podía ser perjudicado por los efectos en la clase obrera de una gestión gubernamental en periodo de crisis económica profunda. La estrecha victoria de la UDF y del RPR, en marzo de 1978, fue el producto de esta política de división y colaboración de clases del PCF y del PS.

Desde marzo de 1978, la voluntad unitaria de las masas se manifestó con ocasión de las elecciones parciales, dándole la mayoría a los partidos obreros, a costa del PCF y en provecho del PS, esta tendencia se confirmó en las elecciones a los Consejos Generales en marzo de 1979.

La política de división de las direcciones sindicales estalló de nuevo, en la primavera de 1979, cuando se negaron a centralizar la lucha de los siderúrgicos y a organizar una ofensiva de conjunto contra el paro y los planes del Gobierno Barre.

Después de haber organizado la división, la han utilizado como pretexto para desmovilizar a los trabajadores. Acusaciones mutuas entre PS y PC, revisión a la baja de los objetivos por la CFDT y la CGT, movilizaciones limitadas y fragmentadas, pretendidas "unidad" y "acción" por la base, todo eso, de hecho, manifiesta la voluntad de las direcciones de adaptar su política a la crisis del capitalismo con el fin de evitar un enfrentamiento con el poder.

26.5. En un contexto de polarización de clases creciente, la política de las direcciones reformistas, no habiendo provocado hasta ahora ninguna derrota significativa de la clase obrera, ha tenido en todo caso una serie de efectos negativos que permitieron a la burguesía volver a ganar un poco de terreno en ciertos países y de infringir algunas derrotas al movimiento obrero.

Esto se ha concretado en el curso de los tres últimos años por:

a) repliegues parciales de las movilizaciones, en ciertos países, respecto a las que habían tenido desarrollo durante los años precedentes (1974-1976); la aceptación sin resistencia efectiva de medidas de reestructuración que implican despidos masivos (por ejemplo en la British Leyland en Gran Bretaña);

b) fracasos y retroceseos de los partidos obreros en elecciones legislativas (Francia, Portugal, Gran Bretaña, Italia);

c) el estancamiento y, en ciertos casos, el retroceso del número de los adherentes a los sindicatos (Italia, España, Portugal, Francia);

d) el declive de la fuerza de atracción del movimiento obrero sobre capas radicalizadas, a menudo surgidas de la pequeña burguesía como también sobre el movimiento estudiantil que ha conocido a veces una crisis profunda;

e) la aparición en sectores de la juventud de ideologías que, intentando oponerse a las ideas dominantes, entran en contradicción con los objetivos generales del movimiento obrero;

f) un declive de la influencia del marxismo entre los intelectuales y un impacto de la ofensiva burguesa antimarxista.

Un periodo de cambios bruscos

27. Durante los diez últimos años, en el curso de luchas cuya línea frecuentemente cortó bajo un cierto ángulo la de las direcciones reformistas, se ha forjado una capa de trabajadores avanzados.

En parte, se renueva y se amplía en las experiencias de luchas sindicales y políticas del conjunto de la clase obrera. Así surgen nuevos dirigentes que se ponen a la cabeza de las luchas y ganan la confianza de los trabajadores en sus empresas, en sus sindicatos, y a veces pueden estimular movilizaciones significativas. En la práctica, a menudo, rompen con las directrices de los burócratas. De manera parcial se oponen a su orientación de colaboración de clases.

Estos trabajadores de vanguardia, obligaron más de una vez a la burocracia a operar giros de adaptación para mantener sus posiciones. Cuando las direcciones sindicales mostraron sus cartas a favor de la austeridad, generalmente estos trabajadores han manifestado su rechazo frente a esta capitulación, lo que ha llevado a sectores intermedios de los aparatos sindicales a rechazar también la política de las direcciones centrales. Pero en ninguna parte estas oposiciones tuvieron una coherencia política, una consistencia organizativa, una autoridad reconocida en toda la estructura sindical, ni aún en amplios sectores, que les proporcionara los medios para oponerse eficazmente a los aparatos burocráticos y hacer creíble, en la práctica, otra estrategia.

Esta debilidad se reveló claramente, cuando se planteó la cuestión del poder, en forma de recambio gubernamental. Para una parte esencial de esta capa de trabajadores, las soluciones políticas propuestas por las direcciones reformistas seguirán siendo el marco de referencia de una solución política de conjunto. Tal fue el caso de Portugal durante el verano y el otoño de 1975; en Italia durante las elecciones de 1975 y 1976; en Francia en vísperas de las elecciones de marzo de 1978; en España durante el periodo del pacto de la Moncloa; en Gran Bretaña, cuando en otoño de 1975 el gobierno laborista decretó sus medidas antiobreras.

En todo caso son numerosos los que han comenzado a extraer un balance de la estretegia de los PS, de los PC y de las direcciones sindicales y de sus resultados en el plano político global y en el de la situación material del proletariado. La orientación de las burocracias no es percibida solamente como un freno a la organización democrática de las luchas, a su extensión, a su continuación o a la profundización de sus objetivos. Comienza a ser vista bien como una ayuda directa al mantenimiento de los regímenes o gobiernos existentes (España, Portugal, Italia, Francia, Bélgica), bien como una gestión leal de los intereses de la burguesía o incluso como un medio ineficaz de defender las conquistas frente a una patronal cada vez menos dispuesta a la apertura (R.F.A., Gran Bretaña, Dinamarca).

Las limitaciones de esta vanguardia obrera en el plano sindical y político provienen, en parte, de la débil implantación actual de las organizaciones marxistas revolucionarias en los sectores clave del proletariado industrial y por consiguiente, de un reagrupamiento muy reducido de cuadros obreros revolucionarios en sus filas, aptas para contrarrestar los efectos negativos en el plano político y teórico que ha provocado un largo periodo de dominación incontestada de los aparatos socialdemócrata y estalinista.

Si el programa de las organizaciones marxistas revolucionarias no logra enraizarse más en la clase, el proceso de organización de esta capa de trabajadores de vanguardia en el seno de una tendencia clasista quedará limitado, y el potencial de las corrientes que evolucionen de derecha a izquierda en los partidos reformistas no se concretará. Las direcciones burocráticas no tendrán que hacer frente al desafío de una dirección alternativa.

27.1. Todo esto explica porqué los aparatos reformistas han podido llevar adelante hasta ahora su empresa de salvamente del sistema capitalista. Trotsky escribía al respecto: "Al igual que los liberales, nuestros sabios admiten tacitamente, el axioma según el cual cada clase tiene la dirección que se merece. En realidad, la dirección no es en absoluto el 'simple reflejo' de una clase o el producto de su propia capacidad creadora. Una dirección se construye a través de enfrentamientos entre las diferentes clases o de fricciones entre las diferentes capas en el seno de una misma clase. Pero, tan pronto como aparece la dirección se eleva inevitablemente por encima de su clase y corre el riesgo, por ello, de sufrir la presión y la influencia de otras clases. El proletariado puede 'tolerar' durante largo tiempo a una dirección que ha sufrido ya la total degeneración interna, pero que no tuvo la ocasión de manifestarse en el curso de grandes acontecimientos. Es necesario un gran golpe histórico para revelar de manera aguda la contradicción que existe entre la dirección y la clase. (...) Pero, aún cuando la vieja dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase obrera no puede improvisar inmediatamente una dirección nueva, sobre todo si no ha heredado del período precedente sólidos cuadros revolucionarios capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente (...) Cuando se trata de una nueva dirección, las posibles opciones son muy limitadas. Solamente poco a poco, y sobre la base de su propia experiencia, a través de diversas etapas, las capas más amplias de las masas terminarán por convencerse de que la nueva dirección es más firme, más segura, más leal que la antigua. No cabe duda que, en el curso de una revolución, es decir, cuando los acontecimientos se suceden a un ritmo acelerado, un débil partido puede rápidamente convertirse en un partido fuerte, con la única condición de que comprenda lúcidamente el curso de la revolución y cuente con cuadros probados que no se dejen confundir por palabras, ni aterrorizar por la represión. Pero es necesario que tal partido exista mucho antes de la revolución, en la medida de que el proceso de formación de cuadros exige plazos considerables y que la revolución no da tiempo para hacerlo". (Clase, partido, dirección; Cuestiones de teoría marxista, 1940).

27.2. Los tantos obtenidos por la burguesía gracias a la ayuda de los aparatos burocráticos no implican ninguna modificación cualitativa de la relación de fuerzas. Pero el contexto político resultante —golpe de mano del 25 de noviembre de 1975 en Portugal; bloqueo de la situación política después de junio de 1976 en Italia; firma del Pacto de la Moncloa y apoyo al proyecto de constitución (octubre de 1977, julio de 1978) en España; derrota electoral de la Unión de la Izquierda en Francia en 1978; victoria electoral de los conservadores en Mayo del 79 en Gran Bretaña— facilita la puesta en práctica de planes gubernamentales antiobreros y hace más dificil un contrataque general de los trabajadores.

Pero la resistencia proletaria sigue siendo fuerte y algunas respuestas de un ramo o de un sector importante pueden obtener algunas ventajas y son susceptibles también de provocar crisis en el plano político. Toda lucha seria en torno a un objetivo parcial puede desembocar rápidamente en una batalla de conjunto. El desarrollo de luchas en un ramo industrial afectado menos intensamente por la crisis puede rápidamente estimular el comienzo de movilizaciones de sectores obreros que estuvieron ya comprometidos en combates sin haber obtenido resultados significativos. Esto refleja el estado de ánimo del conjunto de la clase obrera. Los esfuerzos desplegados por los gobiernos para integrar a las organizaciones sindicales a través de una política contractual, no obstante el endurecimiento de la patronal, reflejan a su manera la naturaleza del periodo.

La burguesía no puede pues, a corto plazo, cambiar a su favor el equilibrio de fuerzas instaurado desde hace años. La burguesía necesita de los aparatos reformistas políticos y sindicales para contener al movimiento de masas, para tratar de agotar a la larga una resistencia obrera que la crisis debe servir para corroer, antes que arriesgarse en la batalla frontal. Podría también lograr algún éxito relativo en la aplicación de sus planes de austeridad, pero en cada nueva etapa de esta ofensiva pueden producirse profundas sacudidas.

La incapacidad de las dos clases principales para imponer a corto plazo su solución de conjunto en un contexto de crisis económica, social y política, que tiende a profundizarse, conduce a un periodo relativamente prolongado de importantes luchas de clases, periodo caracterizado por crisis pre-revolucionarias, ofensivas burguesas de envergadura en ciertos países y por bruscos y rápidos cambios políticos. Es en el curso de estos enfrentamientos que, por una parte, la burguesía intentará reunir las fuerzas necesarias para realizar plenamente sus proyectos y que, por otra parte, existirá la posibilidad de avanzar en el camino de la resolución de la crisis de la dirección proletaria.

La vanguardia obrera va a atravesar, pues, numerosas fluctuaciones agudas. Hay aquí un terreno favorable para el aprendizaje de la estrategia y la táctica, en momentos en que se agrieta la fachada de las organizaciones reformistas mayoritarias en la clase. Este periodo ofrece muchas posibilidades para una mayor implantación en la clase obrera, de las secciones de la IV Internacional, para el reclutamiento y la formación de cuadros obreros revolucionarios y la aplicación de una política consciente y a largo plazo, de formación de equipos de dirección de estas secciones.

La crisis de las organizaciones del movimiento obrero

28. Un amplio abanico de diferenciaciones de la conciencia de la clase obrera se ha desplegado durante

esta última década. Capas de asalariados han accedido por primera vez a un nivel de conciencia sindical. Otros han alcanzado una conciencia política elemental, llegando a afiliarse a un partido obrero. Sobre la base de sus experiencias de lucha, franjas de trabajadores inscriben su adhesión a estos partidos y su actividad sindical en la perspectiva de un cambio radical de la sociedad. Algunos de ellos no aceptan más las campañas de los aparatos contra las organizaciones centristas, marxistas revolucionarias y sus militantes. Practican ya, y a veces reclaman, la unidad de acción con estos últimos. Sin embargo, su trayectoria política no los ha llevado todavía a perder su confianza en las direcciones reformistas, aunque militan por un cambio de la vida interna y de la línea de su partido.

En realidad, estos niveles de conciencia son más numerosos y su imbricación más rica que la enumeración aquí. Lo esencial es que el reforzamiento, las contradicciones internas, y el surgimiento de corrientes de oposición en los partidos y sindicatos tenga su origen en este proceso de transformación de la conciencia de las masas trabajadoras.

La implantación y la audiencia que han ganado las organizaciones centristas y marxistas revolucionarias en la clase es también parte integrante de esta remodelación del estado de ánimo del proletariado. Con este telón de fondo se desarrolla una crisis generalizada de las organizaciones obreras burocráticas, partidos y sindicatos. Provienen de la interrelación entre dos factores: la crisis del imperialismo y la del stalinismo.

La crisis del imperialismo mina las bases materiales del reformismo. La estrategia y los métodos de acción de las burocracias comienzan a mostrarse ilusorios para sectores significativos de la clase. Los aparatos burocráticos tienen cada vez más dificultades para escapar del callejón sin salida donde lo condujo la coexistencia de un clima de coyuntura económica degradada y una fuerte combatividad obrera.

La nueva etapa de la crisis del stalinismo trajo aparejada, en la mayoría de los partidos comunistas europeos, el fin del monolitismo del "movimiento comunista internacional".

Uno de los rasgos importantes de esta fase de recomposición del movimiento obrero reside también en la adaptación de las corrientes u "oposiciones de izquierda" en los PS, PC y en los sindicatos, ante la ideología y la política de austeridad defendidas por los aparatos. A veces han encubierto esta capitulación con un discurso sobre la "austeridad de izquierda" como instrumento de reforma. El vacío dejado por el repliegue de estas corrientes tiende a ser llenado hoy por una nueva generación de militantes que han participado en numerosas luchas o las han dirigido. Por último, la juventud, que no sufre el peso de las derrotas del pasado y que está preocupada por su futuro, expresa una gran desconfianza hacia las prácticas burocráticas y la ideología pequeño-burguesa de las direcciones reformistas, dudas sobre la eficacia de la orientación de colaboración de clases de los PS y de los PC y un neto rechazo de la barbarie imperialista, como de la dictadura burocrática. Los partidos socialistas y los PC se enfrentan pues con dificultades para organizar amplia y sólidamente a la juventud estudiantil y trabajadora. Por otra parte, son numerosos los elementos críticos en el seno de las organizaciones de la juventud de la socialdemocracia y de los PC.

La Socialdemocracia

29. La función objetiva de la socialdemocracia se ha confirmado una vez más durante este periodo.

Su papel contrarrevolucionario no se limita a propagar la ideología burguesa y pequeño-burguesa en las filas del proletariado, a canalizar el empuje de los asalariados y a integrar a los trabajadores y sus organizaciones en los mecanismos del sistema capitalista. Los partidos socialdemócratas preconizan, ya sea la cogestión a la alemana, a la sueca o a la inglesa, ya sea la "autogestión" a lo Rocard, que no es sino una gestión corresponsabilizada; ya sea el tipo de "control obrero" preconizado por el partido socialista portugués en 1974-1975.

La socialdemocracia, en su papel de escudo del orden burgués, tomó más de una vez medidas directas de represión contra los trabajadores.

En la tradición de su defensa del imperialismo —que la condujo a masacrar a los pueblos de las colonias que luchan por su liberación— la socialdemocracia ha tomado la batuta del neocolonialismo. Desde Suecia a la RFA, pasando por Suiza y Bélgica, da facilidades a los grandes trusts para la exportación de capitales a los países capitalistas subdesarrollados. Esta asistencia a las superganancias imperialistas se encubre también bajo la máscara de la "ayuda al tercer mundo".

En Asia y en América Latina, desempeña el papel de embajadora democrática de las potencias imperialistas europeas. Trabaja para forjar soluciones de recambio (creación de PS apoyado sobre sectores de la burguesía local, o integración de partidos burgueses en la Segunda Internacional), a las dictaduras, siempre susceptible de ser quebradas por las explosiones populares.

Esta misión de agente político del imperialismo, adquiere mayor significación en vista del impacto y del peso que las luchas de clases en Europa capitalista tienen en el equilibrio de las fuerzas a escala mundial.

29.1. Los partidos socialdemócratas sirven a la burguesía imperialista pero se apoyan en los trabajadores. Son los "lugartenientes obreros del capital". De ello resulta que su lugar en el aparato del estado y sus múltiples relaciones con la sociedad burguesa dependen ampliamente de las relaciones de fuerzas entre las clases, como del grado de organización y actividad de los trabajadores.

Estos dos elementos determinan, en última instancia, las fluctuaciones electorales del PS sueco o del SPD. Desmovilizar por un largo periodo a los trabajadores y negarse a llamarlos a un apoyo activo como lo hizo el SPD en ocasión de la campaña de 1976, puede entrañar una erosión de su audiencia electoral.

Esto vale igualmente para explicar el crecimiento desde inicios de los años 70 de los PS francés, español y portugués. Además, los siguientes factores esclarecen más precisamente su renacimiento.

Primero, franjas importantes de trabajadores entran por primera vez en la vida política bajo los efectos de una crisis que sucede repentinamente después de 20 años de expansión capitalista. Una parte de ellas se vuelcan hacia el PS, al que los lazos históricos con el movimiento obrero la presencia en ciertas luchas y sus profesiones de fe confieren la imagen de un gran partido de los trababadores, susceptible de introducir reformas que asegurarían el mantenimiento o la mejora de su nivel de vida.

Segundo, la experiencia traumatizante del fascismo y del estalinismo convierte en candente la cuestión de las libertades democráticas y de la relación entre democracia y socialismo. Los partidos socialdemócratas han podido demagógicamente canalizar estas aspiraciones democráticas.

Tercero, la extensión de sectores tales como el de la distribución, de los bancos, seguros, enseñanza secundaria y superior, como más ampliamente la tendencia a la introducción del trabajo intelectual en el trabajo productivo (técnicos, ingenieros), dió nacimiento a nuevas capas

de trabajadores asalariados, en las cuales los PS encuentran una parte de su base social. Estas categorías generalmente no poseen una tradición de lucha de clases. Gozan de una posición material privilegiada. Son particularmente sensibles a la ideología difundida por los PS sobre las posibilidades de utilizar el aparato del estado para introducir reformas gracias a "un mayor rigor en la política económica" y a la "utilización de competencias" desaprovechadas por un sistema arcáico de jerarquías.

Cuatro, frente a la imagen y al modo de funcionamiento promovido por las direcciones burocráticas de los PC, los PS han aparecido abiertos a un debate más amplio, a la expresión de una abanico de opiniones, comprendiendo la existencia de corrientes públicas. Naturalmente, preservando al máximo posible esta fachada democrática, las direcciones socialdemócratas se aseguran un estricto control de todos los centros de decisión política.

Como producto de décadas de incrustación en el aparato del estado burgués, estos partidos obrero-burgueses sufren un cambio en el equilibrio de los diversos componentes de su dirección. Si las relaciones con los sindicatos —con excepción de Portugal— siguen siendo el principal nexo con la clase obrera, el lugar conquistado por el conjunto de funcionarios del estado, ministros, consejeros y tecnócratas es cada vez más preponderante. Esta transformación en el seno de los PS repercute en diversos niveles. La degeneración ideológica se ha profundizado aún más. Las direcciones están cada vez más llenas de políticos burgueses, para los cuales la socialdemocracia es el trampolín de su carrera.

La independencia adquirida por estos sectores de dirección de los PS frente al movimiento obrero sigue siendo, no obstante, relativa. Su electorado continua siendo mayoritariamente asalariado. Esto puede conducir a estos partidos, en ciertas circunstancias, a apelar a la movilización de la clase obrera. Se ha visto en la RFA en 1972, cuando la tentativa de golpe parlamentario de Barzel. En Bélgica, cuando el PSB renegociaba su entrada al gobierno (huelga de febrero-marzo de 1977). En Portugal, en julio de 1978, Soares, frente al ultimatum del CDS y a su destitución por el presidente Eanes, agita la amenaza de la movilización en la calle frente a la amenaza de la derecha. Ciertamente, renunció de prisa y pagó, en el terreno electoral, en Diciembre del 79, el precio de una política de austeridad, de desmovilización y división de los trabajadores.

29.2. La coherencia interna de la social democracia puede ser resquebrajada si en un momento dado se produce un desequilibrio acentuado entre el nivel de actividad, de conciencia, de organización de la clase y la función objetiva cumplida por su dirección. Así las tensiones internas en el partido laborista, por una parte, y la calma que reina en la socialdemocracia austríaca, por otra, tienen su origen en el nivel diferente de combatividad y de organización de los trabajadores británicos en comparación con el de la clase obrera austriaca.

Aprehender este mecanismo fundamental permite a la vez evitar académicos debates sobre el "grado de aburguesamiento" de la socialdemocracia y de aprovechar todas las ocasiones del diálogo con los trabajadores influenciados y organizados por ella. Las formas que adoptan las contradicciones entre el papel cumplido por las direcciones y la expresión de la radicalización obrera en las filas y en la periferia de los partidos socialdemócratas, varían también si estos últimos poseen desde hace tiempo la hegemonía sobre la clase obrera o se deben hacer frente a la competencia del partido comunista en la direción de los sindicatos.

En países como Noruega, Suecia, la RFA, Austria, Dinamarca, Gran Bretaña o Bélgica, Holanda y Suiza, los partidos socialdemócratas ejercen una influencia política y sindical sobre la aplastante mayoría del proletariado o sobre una parte decisiva de él.

En estos PS, las tensiones y las oposiciones internas pueden estar causadas por: los conflictgos entre los sindicatos y la gestión gubernamental del partido, o entre sectores sindicales y las esferas dirigentes del partido como de los sindicatos; el desarrollo de movimientos huelguísticos salvajes dirigidos por los cuadros obreros de base de estos partidos: la crítica de las fracciones parlamentarias, que se resista ante la adaptación, muy frecuente de la cúspide del partido, a las necesidades del Capital.

En Francia, en Portugal, en España y en Italia, los partidos socialistas se ven obligados a tener en cuenta a los partidos comunistas. Su adaptación circunstancial a un ascenso de masas, sus declaraciones demagógicas tienden a poner en aprietos a los PC, no cambiando en nada su naturaleza socialdemócrata. Electoralmente, estos partidos buscan conquistar las bases más amplias posibles a fin de adquirir una posición clave de toda combinación gubernamental. Pero, aún cuando han adquirido una potencia electoral significativa (Francia, España, Portugal), continúan en una posición inestable. Se ven abocados a un dilema que atraviesa las filas del partido y de los sindicatos: alianza que incluya al PC o coalición con partidos burgueses excluyendo al PC.

Estas opciones contradictorias alimentan debates y provocan enfrentamientos internos en torno a la estrategia política de conjunto y sobre cuestiones como la unidad de los partidos obreros y del gobierno (lo que se ha confirmado en el PSOE y el PS portugués).

Estos PS tienen necesidad de dotarse de un equipo sindical sin el cual les es imposible imponer su política, adquirir credibilidad a los ojos de la burguesía como candidatos al gobierno, y disputar perdurablemente a los PC su influencia en el movimiento obrero. Esta empresa es aleatoria (como lo demuestra la audiencia muy reducida en la clase obrera del a UGTP, lanzada en Octubre del 78 en Portugal), y cuando se ve coronada por el éxito, como en España con la UGT o aún parcialmente en Francia con la CFDT, continúa siendo frágil. Estos PS no poseen una implantación militante estable en las empresas que podrían servirle de columna vertebral para una fracción sindical.

En estos PS, las corrientes que tienen sus raíces en los sindicatos pueden convertirse en portavoces de una oposición, combinando un cuestionamiento de la estrategia política y de la línea sindical de la cúspide del partido. En grados diversos, se encuentra esto en España, en Portugal y en Francia.

En general, bajo el impacto del desarrollo de la lucha de clases, pueden surgir en los PS corrientes que se desplacen hacia la izquierda.

Las actuales "tendencias de izquierda" que hacen alardes de desarrollar una estrategia original de recambio a la de las direcciones socialdemócratas, están bastante influenciadas por el gradualismo, reducen todo a "procesos", a "movimientos" y eluden el fin: la conquista del poder. Con esto liquidan de hecho la estrategia y, al menos, replantean la cuestión de la revolución socialista como una combinación de modificaciones de la organización del trabajo, del modo de vida, de las instituciones ("descentralización", "regionalización") y una "hegemonía" cultural de los partidos obreros que transformaría la conciencia de las masas.

Tienden así a colocar un signo de igualdad entre las rupturas parciales y coyunturales que un movimiento de masas puede introducir en ciertas esferas periféricas de las instituciones estatales burguesas (por ejemplo, la escuela), y las rupturas efectivas en los terrenos centrales: el poder privado de decisión sobre las inversiones, el funcionamiento de la economía de mercado, los vínculos con el mercado capitalista mundial, los aparatos de represión del estado burgués (ejército y policía). La

crisis revolucionaria y la dualidad de poderes son descartadas por estas tendencias en beneficio de un ilusorio "proceso prolongado de reformas de estructura".

Los partidos comunistas

30. En el marco histórico de extensión de la revolución mundial, el resquebrajamiento del sistema stalinista se produce en tres planos interdependientes: la degradación de las relaciones de la burocracia del Kremlin con la de los partidos comunistas en el poder, la crisis del control de la burocracias sobre la sociedad en los estados obreros degenerados y deformados; las tensiones entre el PCUS y los PC de los países capitalistas.

La política del "socialismo en un solo país" condujo, entre otras cosas, a transformar los partidos comunistas en instrumentos de la diplomacia del Kremlin y a estimular en su seno las tendencias chovinistas. La instalación progresiva en los ayuntamientos, los gobiernos y consejos regionales, en los engranajes de la máquina del estado como en los aparatos burocráticos de los sindicatos, en la dirección de una vasta red de cooperativas (PCI) y por último, la infiltración en las capas de funcionarios, ampliaron la integración de los PC europeos en la sociedad burguesa. Se encuentra aquí la base material de las tendencias centrífugas nacionalistas en esta parte del "movimiento comunista obrero internacional", la razón por la cual toman distancia las burocracias de los PC (eurocomunistas) con relación del Kremlin, la razón de los conflictos limitados entre su dirección y la del PCUS, como las disensiones entre ellas.

En la conferencia de Berlín de junio de 1976, apoyados por el PC rumano y la Liga Comunista Yugoslava, el PCI, el PCE y el PCF pusieron en cuestión la utilidad misma de tales reuniones, última instancia comunitaria desde la disolución del Kominform.

30.1. Por una parte, los PC mantienen aún lazos con la burocracia soviética aunque en algunos casos sean muy débiles; por otra parte, dependen cada vez más de la base conquistada en la sociedad burguesa. Los procesos de mutación que sufren la mayoría de los PC de Europa capitalista —a excepción del PC portugués, del PC de la RFA, agencia de la RDA y del PC austriaco— refleja esta situación contradictoria en la cual se encuentran sumergidos.

De manera creciente desde 1968, las direcciones de los PC multiplicaron la toma de distancias y las condenas contra las medidas de represión más conocidas en la URSS y en las democracias populares. Han sido llevadas a cuestionar públicamente el carácter de modelo que la burocracia soviética quiso conferir al "socialismo real".

La dominación burocrática y la represión stalinista no eran ignoradas por ellas. Fueron obligadas a adoptar esta actitud por cuatro razones. Primero, la sensibilidad democrática de amplias franjas del movimiento obrero de Europa Occidental se ha profundizado en el curso de las luchas. En estas ocasiones las masas han expresado la voluntad de tomar en sus manos directamente el aparato de producción, una fuerte tendencia a la autoorganización, un poderoso empuje antijerárquico y han exigido el respeto de la democracia sindical. Así, las direcciones de los PC no podían continuar encubriendo totalmente la dictadura burocrática y la supresión de toda democracia en la URSS y en "Europa del Este", sin arriesgarse en pagar un precio elevado. Segundo, la competencia con los PS les obligó igualmente a convertirse en "defensores de las libertades democráticas" y no solamente en Europa capitalista. Tercero: la preocupación por ampliar su credibilidad como partido de gobierno a los ojos de la burguesía, los obligó a demostrar una cierta autonomía con respecto al Kremlin. La burocracia de los PC de Europa Occidental que se apoya ampliamente sobre sus propias bases materiales no está dispuesta más a ser descalificada por un simple gesto del Kremlin. La suerte de Dubcek les confirmó sus prevenciones hacia los amos de Kremlin.

La orientación estratégica de los PC se nutre de las revisiones estalinistas que eran necesarias para justificar la defensa del orden burgués y las maniobras diplomáticas del Kremlin. En este sentido, la línea del "compromiso histórico" en Italia y de la "Unión del pueblo en Francia", se inscriben en la continuidad de la política de "unión nacional" aplicada en estos dos países tras la segunda guerra mundial.

No obstante, el vacío creado por el abandono de la referencia al "socialismo en la URSS" como fin de alcanzar y modelo a seguir, obliga a las direcciones de los partidos comunistas a franquear un nuevo paso en la sistematización de su revisión del marxismo. Deben dar una cobertura ideológica a su práctica extrema de colaboración de clases. Deben consolidar su identidad política. Deben forjar los cuadros en un crisol modificado.

Después de haber cumplido la formalidad de retirar del programa el concepto de dictadura del proletariado —que, desde hacía tiempo, era totalmente extraño a su práctica y a su línea— lanzaron una ofensiva ideológica revisionista sobre otros aspectos. Con toda lógica, el ataque se dirige hacia dos puntos esenciales: la naturaleza del Estado burgués que habría perdido o podría perder todo contenido de clase, y el origen de la crisis del capitalismo. El fin es evidente: justificar una "solución" a esta crisis en el marco de la economía del mercado. El PCI y el PCE actúan como avanzadilla en este terreno.

En el seno de los partidos comunistas, la ola de reclutamiento posterior a 1968 y la renovación de los efectivos redujeron considerablemente el peso relativo de los miembros formados en la escuela de la resistencia y de la guerra fría. En el aparato y en las direcciones, la presencia de gestoras de ayuntamientos, regiones, cooperativas y empresas públicas o mixtas, se acrecentó con relación a los sectores directamente surgidos del movimiento obrero. Militantes provenientes de la "intelligentsia" ocupan muchos más puestos que en el pasado. La mezcla entre las referencias a las tradiciones históricas del partido a la Revolución de Octubre, a la URSS y las nuevas posiciones, convierten en inestable la educación política de los miembros. La cohesión ideológica de las filas es difícil de cimentar.

30.2. Las direcciones de los partidos eurocomunistas pretenden romper con el estalinismo. Sin embargo, se niegan a cuestionar elementos decisivos de su filiación con la casta burocrática y el patrimonio "teórico" stalinista. Su determinación a tomar distancia cada vez mayor con la burocracia soviética como con su pasado, y la necesidad de no divorciarse completamente con esta URSS surgida de la revolución de octubre, refleja el dilema en el cual los encierra la crisis del estalinismo en el presente periodo.

Cualquiera que sea la amplitud de las críticas dirigidas contra el régimen represivo de la burocracia y el cuestionamiento de la validez universal del "modelo soviético", las direcciones de los PC, en tanto que tales, continúan hasta hoy caracterizando a la URSS y a las democracias populares como "estados socialistas". Rechazando toda concepción de un estado obrero basado sobre consejos obreros democráticos, los dirigentes justifican la existencia de esta "variante del socialismo", por la herencia de la sociedad zarista, el "atraso cultural", "la ausencia de una revolución industrial y de una burguesía esclarecida". Este género de argumentación objetivista posee para ellos un doble mérito. Sirve para respaldar una estrategia de transformación gradual de las democracias burguesas parlamentarias. Les permite combinar el rechazo del "mo-

delo de la URSS" con una legitimación de los proyectos reformistas del tipo Dubcek sostenidos por fracciones de la casta burocrática.

Ninguno de los partidos eurocomunistas ha cesado de reivindicarse de la teoría del "socialismo en un solo país" con sus implicaciones, en especial la coexistencia pacífica. En este terreno desde la conferencia de Moscú en 1969 a la de Berlín de junio de 1976, la permanencia y no el cambio de los análisis de la situación internacional, continúa siendo la característica. Según estos PC, la URSS y el "campo socialista" representa una fuerza decisiva para quienes luchan "contra el imperialismo, por la independencia y la paz, por la democracia y el socialismo". La buocracia soviética y la de los PC reconocen la convergencia de sus intereses en la defensa del statu quo internacional. La primera teme ver sus bases minadas por los efectos de una apertura revolucionaria en Europa capitalista. Los segundos, quieren salvaguardar su aparato y sus innumerables lazos con la sociedad burguesa y tratan de lograr un "compromiso histórico" con el capital. Además, las direcciones del PCI, del PCE, del PCF, como la del PC portugués comprenden bastante bien su papel en el mantenimiento del statu quo internacional. Su política de "unión nacional" y de apaciguamiento del movimiento de masas se inscriben en este marco. Pero tienen conciencia de la importancia de mantener lazos con la burocracia en el poder para la negociación de sus relaciones con la burguesía. Estos lazos pueden diferenciarse, no pasar más por el canal único del Kremlin —a fin de ampliar su margen de maniobra— y tomar el camino de Bucarest, de Belgrado, de Budapest y aún de Pekín. No obstante mantienen tales lazos en el plano político e ideológico, e incluso material.

El acuerdo en torno a las opciones principales de la política internacional, entre la burocracia del Kremlin y las direcciones de los PC, expresa esta realidad.

No obstante, los antagonismos entre los proyectos internacionales del Kremlin y las opciones en política nacional de los PC de Europa capitalista podrían provcar conflictos; incluso sobre cuestiones internacionales. Las declaraciones oficiales de Berlinguer sobre la OTAN y sobre todo la proclamada solidaridad de uno de los principales miembros del BP, Giancarlo Pajetta, con la política del gobierno Andreotti, sobre el cuerno de Africa, testimonian la agudeza de este problema.

Si las direcciones de los PC eurocomunistas condenan las relaciones que el PCUS había entablado con ellas, se cuidan muy bien de denunciar públicamente el régimen interior del PC de la URSS. Continúan reivindicando los méritos del centralismo burocrático, presentandolo fraudulentamente como centralismo democrático.

La estrechez de sus críticas en este terreno proviene del peligro que constituiría para su propia supervivencia política y para la estabilidad de su aparato, cualquier reconocimiento del derecho de tendencia o de fracción, del derecho al debate interno y público.

30.3. Los desgarramientos que atraviesan los PC de Europa Occidental difieren de las sacudidas precedentes por la interacción entre los efectos generales de la crisis del reformismo y aquellos particulares a la nueva fase de la crisis del estalinismo.

La cohesión política de los partidos estalinistas se apoyaba en la articulación entre la afirmación del papel del PC como único partido dirigente de la clase obrera, como reunificador del pueblo bajo la bandera de las tradiciones y del interés nacional y, en fin, como defensor de la "patria del socialismo", patrón según el cual debía ser modelado el socialismo en cada país.

Invocar este "modelo socialista", así como los imperativos de la "defensa de la URSS", permitía hacer avalar más fácilmente los compromisos con la burguesía y justificar simultáneamente sus pretensiones de encarnar, exclusivamente ellos, la defensa de los intereses de la clase obrera.

La obligación de abandonar la referencia al "modelo socialista de la URSS", sacude todo el edificio de los PC. El peligro acecha pues a aquellas direcciones cuya orientación de colaboración de clases es más claramente similar, en lo fundamental a la de los PS. El rechazo permanente de toda similitud con la socialdemocracia por parte de los Carrillos o los Berlinguer es una forma de confesar este peligro.

Para sustraerse de esta incómoda posición política y para preservar sus propios intereses de aparato, los PC redoblan el sectarismo. Reiteran sus declaraciones de ser el único partido de la clase obrera, especialmente al nivel de empresa, y los verdaderos defensores de los intereses nacionales. Además, más allá de todas las críticas, los lazos históricos, políticos, ideológicos y materiales de los PC con la burocracia soviética, aún si no revisten más la forma de una sumisión al Kremlin, constituyen aún un aspecto importante de su identidad de burocracia obrera frente a la de los partidos socialdemócratas.

Este sectarismo entra en contradicción con sus profesiones de fe en favor del pluripartidismo y, de rebote, suscita contradicciones en sus propias filas.

El credo democrático de los PC resulta también inválido por su comportamiento sectario y burocrático en los organismos de masas. Ahogan toda democracia en los sindicatos que controlan y multiplican las manipulaciones para asegurar su control sobre los movimientos de masas. En este terreno comienzan también a pagar un precio como lo demuestran los debates en la CGT francesa antes y después de las elecciones de 1978. El mismo fenómeno se abre camino en las CC.OO. españolas.

Sin cesar, las direcciones de los PC reafirman su "adhesión a la independencia de cada partido, el respecto al principio de la no ingerencia en los asuntos internos, su igualdad de derechos". Al mismo tiempo proclaman la necesidad de "reforzar y proseguir la cooperación fraternal y la solidaridad recíproca". Estas proclamaciones deben servir hoy, a sus militantes, como sucedáneos del internacionalismo. Los dirigentes eurocomunistas utilizan sus reuniones internacionales para apoyarse en sus delicadas negociaciones con Moscú. Les sirven también para perfilarse como los partidos de la clase obrera frente a la socialdemocracia. No obstante, su chovinismo y la creciente adaptación de los PC a la defensa de los intereses de cada una de sus burguesías, causan abiertos antagonismos entre ellos. A pesar de sus intentos de coordinación, se encuentran en la imposibilidad de armonizar sus violines en varios terrenos (trabajadores inmigrantes, elecciones al Parlamento europeo, entrada de algunos países a la CEE).

Estas fricciones y querellas públicas no hacen sino minar la credibilidad de sus afirmadas intenciones de "colaboración a escala europea", ante los ojos de una capa de adherentes que sienten la necesidad de la coordinación de sus combates a partir de su experiencia sindical.

Las perspectivas de acceso al gobierno, que parecían al alcance de la mano para más de un PC de masas a mediados de 1970, se han alejado. Por ahora, las burocracias de los PC se limitan a hacer cualquier cosa para mantener su audiencia electoral, estrechar su control sobre los sindicatos y desarrollar un proyecto de política de "unidad nacional", cuya concreción es aleatoria. Una crisis de estrategia se abre en los PC. Los discursos sobre la "nueva estrategia eurocomunista" comienzan ya a tomar cuerpo, tanto en el seno del PCI, del PCE o del PCF.

En el terreno sindical, la línea de los PC se enfrenta a una oposición entre sus militantes obreros. Esta resistencia de los militantes sindicales de los PC no toma la forma

inmediata de un cuestionamiento de la orientación política de las direcciones. No obstante, hace más difícil su aplicación; empuja a cuestionar el ahogo de toda democracia sindical que implica obligatoriamente una política a favor de la austeridad o una práctica que no permite ninguna respuesta seria, alimenta discusiones, fragmentadas pero permanentes, sobre la eficacia de los caminos escogidos por las direcciones. Por último, puede desembocar sobre un cuestionamiento de la estrategia política global de los PC frente a la crisis.

En el último periodo han estallado en diversos PC movimientos de protesta conducidos por militantes feministas. La reticencia de los burócratas a entablar una batalla efectiva por la satisfacción de las reivindicaciones del movimiento de mujeres —especialmente la libertad y gratuidad del aborto— provocó la rebelión a iniciativas independientes de sus militantes en el movimiento de masas (PCI, PCE, PCF). Tales diferencias fueron también causadas por el lugar y los derechos concedidos a estas militantes, que generalmente se afiliaron directamente a los movimientos de mujeres desafiando las directrices de los PC, como también por las manifestaciones más groseras de machismo en el interior mismo de los PC.

30.4. Las posiciones públicamente adoptadas por diversos militantes o grupos de militantes contra elementos de la línea y del régimen interno, son el signo más visible de la crisis que se abre en los PC.

No existen aún corrientes políticas cristalizadas. El abanico de opiniones es muy extendido. Algunos opositores se inspiran abiertamente en el gradualismo bernsteiniano. Ponen en duda la justeza de la creación de la III Internacional y preconizan la reunificación orgánica de los PC y PS. Más de uno de ellos se encuentran en las esferas dirigentes del PCI o del PCE; abiertamente toman partido por un proceso de socialdemocratización.

Otros tratan de conciliar la transformación gradual del Estado burgués y la intervención directa del movimiento de masas. Para ello sirven los platos recalentados del austromarxismo. Otros rechazan la liquidación de la dictadura del proletariado y las innovaciones teóricas sobre el Estado. Pero rechazan la concepción de un estado de consejos obreros democráticos y el derecho a la exis tencia de varios partidos, o en el mejor de los casos, guardan silencio sobre estas cuestiones. Esto permite que a veces se les acerquen corrientes nostálgicas del estalinismo.

Todas estas oposiciones carecen de consistencia. En el mejor de los casos pueden objetar puntualmente el análisis sobre el Estado burgués o el capitalismo de los monopolios. Todas avalan no obstante, la estrategia del frente popular. Aún aquellas que quieren hacer una crítica de izquierda se resisten a retomar las normas del centralismo democrático defendidas por Lenin y Trotsky. Además, retoman las declaraciones de las direcciones sobre la inutilidad o lo perjudicial de un "centro internacional único". Con esta cobertura, rechazan la necesidad de una Internacional y abrazan la teoría del "socialismo en un solo país".

La crisis de los PC no puede ser reducida a la irrupción de estas corrientes limitadas esencialmente aún a los medios intelectuales de los PC. No son sino los percusores de fuerzas que se agitan en las profundidades de los partidos eurocomunistas y que pueden surgir bajo otras formas o emprender otros caminos (especialmente las oposiciones sindicales).

No obstante, la existencia de las actuales corrientes de opinión favorece el renacimiento de una discusión, que es uno de los factores favorables para la maduración de verdaderas corrientes críticas que se desplacen hacia la izquierda. Disponen actualmente de un cierto margen de maniobra, pues el aparato, después de todas las promesas de no reincidir en los errores pasados, no puede recurrir a las purgas de antaño. El centralismo monolítico se encuentra pues, resquebrajado. Pero sería ilusorio creer que no utilizará todos los medios para aislar, sofocar y excluir las oposiciones cuando se le presente la ocasión.

30.5. El PCUS interviene más o menos abiertamente en la crisis actual de los PC. Lo que exaspera a los burócratas de Moscú son las condenas, reiteradas por las direcciones de los PC, de la represión en la URSS, las declaraciones sobre el carácter inseparable de la democracia y del socialismo y sobre el derecho de huelga, así como el principio proclamado sin cesar de la "no ingerencia en los asuntos internos de cada partido". Todas estas declaraciones tienden a expresar el reconocimiento, por parte del movimiento obrero de Europa occidental, de las luchas y reivindicaciones de los trabajadores de la URSS y de las democracias populares en torno a la independencia sindical y el derecho de huelga. Alientan los procesos centrífugos en el interior mismo de las burocracias de Europa oriental.

A pesar de estos serios inconvenientes, que explican el vigor de los ataques de Moscú, el PCUS no desea romper con los PC eurocomunistas. Sus vínculos con ellos, aún laxos, le permiten valerse de una relación privi legiada con una parte importante del movimiento obrero de Europa capitalista. Los puede utilizar en su política internacional, entre otros, con el "tercer mundo".

La burocracia soviética duda a su vez en fomentar escisiones, pues sus consecuencias son más que aleatorias. Aún prefiere actuar con flexibilidad a dos niveles: el primero, entablar la polémica y atizar el descontento de los nostálgicos del periodo del monolitismo estalinista; el segundo, tratar de conciliar con unas direcciones que "respeten los intereses generales de la URSS".

La evolución de la crisis de los PC no será lineal. Desde 1967/1968, una serie de escisiones afectaron a numerosos PC: los PC griego, austriaco, suizo, noruego, como últimamente los PC sueco, finlandés y británico. A pesar de su importancia numérica, generalmente limitada, estas escisiones acreditan el resquebrajamiento del monolitismo de los PC. Esta crisis será uno de los rasgos característicos del periodo y dejará su sello en la recomposición política del movimiento obrero.

Las organizaciones centristas y mao-estalinitas

31. Desde 1968/1969 existe un terreno favorable para la aparición en el escenario político de organizaciones que se definieron como "fuerzas antirreformistas". Generalmente fueron el fruto de la conjunción entre núcleos de militantes salidos de los partidos socialdemócratas o comunistas durante los años 1960 y sectores de la juventud radicalizada.

Durante un periodo, tuvieron un cierto eco en sectores del movimiento de masas, pues se oponían a las direcciones de los partidos reformistas (movimiento estudiantil, movimiento anti-militarista, anti-imperialista y ciertas movilizaciones en el terreno social: transporte, vivienda).

A fines de los años 60 y comienzos de los 70, a veces jugaron un papel significativo en el apoyo o impulso de luchas obreras radicales a nivel de una empresa. Generalmente, los rasgos ultraizquierdistas dominaban su orientación política, sin excluir posiciones oportunistas frente a la política de los partidos obreros tradicionales.

Estas organizaciones tropezaron con problemas de estrategia puestos al orden del día por la recesión y por sus efectos en el terreno político. Desde su origen sufrieron una crisis ante todo programática que generalmente



se prolongaba en una erosión organizativa. La incapacidad de las organizaciones centristas y maoestalinistas para responder a la política de los aparatos burocráticos, constituyó el foco central de la conmoción que habrían de sufrir.

31.1. En Italia, frente a la estretegia del "compromiso histórico" del PCI, las organizaciones centristas (Lotta Continua, Avanguardia Operaria y Manifesto—PDUP) ignoraron durante un tiempo el problema gubernamental, el de la salida política. Preconizaron luego la formación de un "gobierno de izquierdas". Este slogan recubría una perspectiva de alianza entre los partidos obreros (PCI y PSI) y un partido burgués representativo de sectores capitalistas importantes: el Partido Republicano. A la política de alianzas con fuerzas burguesas, formulada por el PCI, oponían de hecho otro sistema de alianzas con otras fuerzas burguesas. Sus argumentos se basaban en una simple aritmética parlamentaria.

En España, el PT, la ORT y el MC ingresaron en los organismos de coalición entre partidos obreros y fuerzas burguesas y nacionalistas burguesas: unos en la Junta Democrática, otros en la Plataforma de Convergencia Democrática. Todos se reencontrarán en la Coordinación Democrática. Previamente estas organizaciones se habían integrado en todos los cártels regionales que permitían presagiar la formación de estos frentes: las "mesas democráticas" y la Asamblea de Catalunya.

En respuesta a la política de unidad nacional del PCE y del PSOE, y a las propuestas de gobierno "de concentración democrática" de Carrillo, el PT agitó el slogan de "gobierno de salvación democrática", la ORT el de "gobierno de las fuerzas obreras y populares" y por último, el MC, el de "gobierno de unidad de la izquierda". Estas fórmulas justifican combinaciones con las fuerzas burguesas (para el PTE y la ORT), ante todo en las nacionalidades, o bien les dejan la puerta abierta (para el MC).

En Francia, desde 1976, el PSU se plegó a la Unión de la Izquierda. La OCT, caracterizando al PS como un partido burgués y al PC como entrando en la misma categoría, si bien manteniendo "relaciones diferentes con la clase obrera", llama a votar a la Unión de Izquierda en 1978, es decir, indistintamente por los candidatos del PCF, del PS, los radicales y gaullistas de izquierda.

31.2. La actitud de estas organizaciones frente a los partidos reformistas, las condujo en su mayoría a la bancarrota política y a veces, organizativa.

Fueron incapaces de comprender las relaciones dialécticas entre el desarrollo desigual de la conciencia de clase y de los partidos tradicionales del movimiento obrero. Se dieron de narices con el crecimiento espectacular del PS en Francia, en Portugal y en España, con el mantenimiento en medio de la crisis del control de la clase obrera por parte de la socialdemocracia en los países de Europa del Norte o, también, con los progresos de la influencia del PCI en Italia.

En la mayoría de los casos manifestaron una total incomprensión de la naturaleza de estos partidos. Creyendo así eliminar las dificultades, los calificaron de partidos burgueses y a veces de partidos "socialfascistas".

La posición de la burocracia china sobre el "socialimperialismo ruso" y sus diversos análisis sobre el "capitalismo de Estado" en la URSS llevaron naturalmente a las organizaciones maoístas a ver en los PC partidos burgueses o "social fascistas".

De estos dos desconocimientos —crecimiento contradictorio de los partidos reformistas y su naturaleza— se deducía lógicamente la ignorancia de una política de Frente Unico. Esta ausencia de método y de criterios para abordar el problema central del proyecto de los reformistas, los redujo a zigzaguear del sectarismo triunfalista a la adaptación, bien atribuyendo méritos al PC contra el PS, bien al PS contra el PC.

En diversas ocasiones, muchas de estas organizaciones se orientaron hacia un desbordamiento espontáneo y prolongado de los partidos tradicionales por las masas y también al inminente desmoronamiento de los PC. Partiendo de esta perspectiva, aportaron su grano de arena a la división obrera.

De la caracterización efectuada de los partidos tradicionales por parte de las organizaciones maoístas, resulta la división o el abandono del movimiento obrero organizado a las direcciones reformistas.

Para ellas, los PS representan, en el mejor de los casos, a la burguesía democrática con la cual es posible una alianza contra el fascismo y el "socialfascismo". Los PC siguen siendo el enemigo principal, en cuanto agencias del socialimperialismo ruso. Tales son los fundamentos de una línea de "reconstrucción del movimiento obrero" en torno de cada una de estas organizaciones. El sectarismo que de ellas emana, es tanto más grande, en cuanto no tienen divergencias sustanciales con una línea del tipo de Frente Popular o Unidad Nacional defendida por los PC. Esto las conduce, frecuentemente, a dividir el movimiento sindical (PTE y ORT en España, PCP (ML) en Portugal, etc.) y a intentar construir "sindicatos rojos", o llamados "de clase".

Para la mayoría de las organizaciones surgidas después de 1968 y a las cuales el maoísmo y su mito de la "gran revolución cultural proletaria" les proporcionaban su matriz política, la política exterior de la burocracia china y las peripecias de sus luchas internas van a ampliar su crisis política o acentuar su degeneración en sectas mao-stalinistas. Todo el sistema de referencia sobre el cual fundamentaban su visión del mundo se ha dislocado aún más como consecuencia de los conflictos entre Vietnam y Camboya, Vietnam y China, entre China y Albania.

31.3. Desde 1976/1977, toma cuerpo un realineamiento político entre estas organizaciones y corrientes centristas de diversas procedencias.

Una de las líneas maestras de este proceso se apoya en el análisis que algunas de ellas hacen del periodo abierto en 1968. Tienden a atribuir a la fuerza intrínseca de la democracia burguesa y de sus instituciones la causa de los fracasos y de las limitaciones encontradas en el ascenso del movimiento de masas. Así soslayan el papel de los aparatos burocráticos en el desarrollo de la lucha de clases. Pero esta posición entraña una lógica desastrosa. Si el análisis es correcto, hay que tener entonces una estrategia tendiente a "introducir contradicciones en el seno de las instituciones del estado burgués" y a llevar allí la lucha.

El gradualismo toma la delantera y se trata de subordinarle, el movimiento de masas. De allí se pasa rápidamente a una orientación que presta una creciente atención a las sirenas del eurocomunismo, al menos en sus versiones de izquierda.

Este fenómenos amenaza con ampliarse aún más en el futuro. Confirma la crisis estratégica de las organizaciones centristas. Para cubrir su retirada, más de una lanza una ofensiva sobre "la crisis del marxismo". Los PC que han comprendido esta evolución han optado conscientemente por librar un ataque ideológico en esta dirección.

Por las esperanzas frustradas el 25 de Noviembre de 1975 en Portugal, de las elecciones del 20 de junio de 1976 en Italia, por el fracaso electoral de marzo de 1978 en Francia, otra tendencia toma cuerpo en el interior o en la periferia de las organizaciones centristas. Se expresa en una retirada del terreno político y tiende a fetichizar los

movimientos de masas en torno a cuestiones como las centrales nucleares o el medio ambiente.

A esta posición se agrega un cuestionamiento de la posibilidad objetiva de construir un partido revolucionario en el actual periodo.

En Italia, la disolución de Lotta Continua (en 1976) indica la eclosión en gran dimensión de estas posiciones. El "movimiento de 1977" en Bolonia, Roma y en otras ciudades fue otra expresión de ello. En otros países este fenómeno caracterizó la vida interna de varias organizaciones.

Las organizaciones mao-estalinistas acentúan su curso sectario. Siguiendo las líneas divisorias de los enfrentamientos entre China y Albania, fueron atravesadas por nuevas escisiones y profundas divisiones existen entre ellas a escala europea. La lógica del "socialismo en un sólo país", una vez más, hace sentir sus efectos.

Conforme a los imperativos de la diplomacia de Pekín, estas organizaciones reclaman el reforzamiento de la OTAN y la defensa nacional de los países imperialistas contra el "social imperialismo ruso". Esto los conduce a encontrarse al lado de los sectores más reaccionarios de la burguesía.

Rápidamente, algunas de ellas, o fracciones en su interior, podrán proceder a revisiones desgarrantes, tanto sobre la naturaleza de China que se convertiría en capitalista luego de la liquidación de la "banda de los cuatro", como sobre la misma posibilidad de la existencia del socialismo.

La desocupación masiva de la juventud, comprendiendo la juventud estudiantil, y la marginación social que de ellos se deriva, la disgregación y la pérdida de la influencia de las organizaciones centristas, y sobre todo, la política de austeridad de los aparatos burocráticos, dieron nacimiento a una corriente calificada de "autónoma", una de cuyas fracciones tomó el camino de "la acción militar".

Una parte de esta corriente tiene analogías con aquello que Lenin describía así en la "Enfermedad Infantil": "Pequeños burgueses 'rabiosos' ante los horrores del capitalismo... La inestabilidad de estos revolucionarios, su esterilidad, la capacidad que tienen para cambiar rápidamente en sumisión, en apatía, en vana fantasía... todo esto es de pública notoriedad". Alejarse del movimiento obrero, formar coro con la campaña anticomunista de la burguesía y cultivar el nihilismo constituyen características que en ellos toman la delantera.

Los "grupos armados" que provienen de la misma corriente, por sus acciones y su ideología, tienden a oponerse abiertamente y a veces directamente al movimiento obrero y sus organizaciones.

Este fenómeno afecta prioritariamente a Italia, pero según la evolución social y política, podría alcanzar una extensión análoga en otros países.

En el curso de esta crisis y en la redistribución de cartas, en el interior de las organizaciones centristas y maoístas y entre ellas, todas las cuestiones importantes de estrategia son ampliamente debatidas.

En ese contexto, se desprenden una serie de militantes que expresan sus dudas sobre el conjunto de la orientación pasada y están abiertos a las explicaciones y respuestas que dan los trotskistas.

Las organizaciones trotskistas

31.4. Las dos corrientes que se sitúan en la tradición del trotskismo y que no son miembros de la IV Internacional están representadas por el Comité de Organización para la Reconstrucción de la Cuarta Internacional (CORCI) y "LUTTE OUVRIERE".

• El CORCI no dispone de ninguna sección significativa en Europa capitalista fuera de su organización francesa, la OCI, que representa la componente determinante del CORCI.

El CORCI fue creado en 1972, después del estallido de una corriente que rechazó en 1963 la reunificación de lo esencial de las fuerzas que se encontraban en la Cuarta Internacional cuando su escisión de 1953.

Este rechazo de la reunificación se basaba sobre desacuerdos profundos que se referían a la comprensión del proceso de la revolución permanente en Argelia y en Cuba y las conclusiones prácticas que se derivaban de ello para la actividad de apoyo y solidaridad con estas revoluciones en marcha. el CORCI —y la OCI— no han caracterizado jamás al Estado cubano como un Estado obrero.

Durante su evolución, la OCI ha desarrollado un análisis de la burocracia y del estalinismo que la lleva a comprender la crisis de los PC como la simple reflexión de los conflictos entre las diversas fracciones (entre las cuales una "fracción restauracionista") de la burocracia soviética. Tiende a introducir una diferencia cualitativa entre los PS, "partidos obreros-burgueses parlamentarios" reformistas y los PC "contrarrevolucionarios". Esto en la práctica, lleva a la OCI y a las organizaciones del CORCI a cometer errores oportunistas respecto a la social democracia (en Portugal, en Francia, en Alemania, en España, en Bélgica).

Las organizaciones del CORCI en Europa, niegan el carácter de sindicato obrero de organizaciones sindicales tan importantes como la DFDT (Francia), la CILS (en Italia), la CSC (en Bélgica), las CC.OO. (en España), lo que tiene graves implicaciones en la lucha por la unidad de las filas obreras.

En fin, la OCI adopta un enfoque del frente único que combina llamamientos a la unidad con la realización de "Comités por la Unidad", "Asambleas democráticas", que no tienen por objetivo movilizar sobre reivindicaciones concretas al conjunto de los trabajadores y elevar su nivel de conciencia, sino que son instrumentos sustituístas con el objetivo del reclutamiento. De esta concepción del frente único se deduce, a menudo, un enfoque sectario y manipulador de la intervención en el movimiento de masas. Igualmente, se niega a construir un movimiento de masas independiente de mujeres.

En 1977-1978, la OCI supo captar el sentimiento unitario entre los trabajadores cuando la ruptura de la Unión de la Izquierda; su campaña por el desestimiento tuvo un eco innegable, pese a que ella puso en segundo plano toda batalla por el programa.

Para justificar, después de 1963, su proyecto de "reconstrucción de la Cuarta Internacional", el CORCI desarrolló una orientación sectária hacia la Cuarta Internacional combinada con la construcción de una fracción internacional (que funciona según las reglas de la unanimidad y no del centralismo democrático) dentro de la cual los debates desembocaron más de una vez en rupturas organizativas.

Sin embargo la naturaleza del periodo en Europa y las tareas que se deducen de ello para los marxistas revolucionarios, plantean en el seno del CORCI la cuestión de sus relaciones con la Cuarta Internacional y sus secciones y el problema de la reunificación de las fuerzas que se proclaman del trotskismo.

• "Lutte Ouvriere", organización francesa, nunca se ha comprometido efectivamente en la construcción de la Cuarta Internacional. Todas sus tentativas de organizar una corriente internacional no centralizada a través de "conferencias abiertas" se han saldado por fracasos.

Esta situación ha alimentado una visión "nacional" de los desarrollos de la lucha de clases a escala mundial y ayuda a reforzar su incomprensión del ascenso revolucionario, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en los países coloniales y semi-coloniales (donde ninguna revolución socialista, según esta organización, se ha producido) y de la profundización de la crisis del estalinismo en los países de Europa del Este que, con excepción de la URSS, no son considerados como Estados obreros.

En su intervención política, LO liquida de hecho toda orientación de frente único, con su prolongación al nivel de la consigna de gobierno, y su economicismo la lleva a relegar a un segundo plano las reivindicaciones transitorias.

Sobre la base de una cierta evolución política de su intervención, LO mantiene relaciones de colaboración con la LCR (sección francesa) que puede suministrar la base para una modificación de su enfoque de la construcción de la Cuarta Internacional.

El movimiento sindical

32. La extensión de los sindicatos, que en general reagrupan un porcentaje del proletariado más elevado que en todo su pasado implica al mismo tiempo que abarcan a trabajadores de muy diferentes niveles de conciencia y de tradiciones muy desiguales.

En este sentido, Trotsky subrayaba: "Cuanto más amplias son las masas (organizadas), tanto más cerca están los sindicatos de haber realizado su tarea. Pero lo que la organización gana en extensión, lo pierde en profundidad. Las tendencias oportunistas, nacionalistas, religiosas, en los sindicatos y en su dirección son la expresión de que los sindicatos abarcan no solamente a la vanguardia, sino también a las grandes reservas. Así, el lado débil de los sindicatos proviene de su lado fuerte". (La ofensiva económica de la contrarrevolución y los sindicatos, 1933).

En el periodo actual, el movimiento sindical constituye, pues, el crisol donde amplias capas puedan hacer su experiencia y elevar su conciencia. Es allí donde las masas pueden acceder a la vanguardia. Pero la extensión misma de los sindicatos hace que este proceso no pueda ser sino largo y contradictorio.

Inicialmente, la mayor parte de los burócratas percibieron la crisis económica como un accidente en el camino. Debieron abandonar sus ilusiones: la crisis era duradera. En consecuencia, en todos los países han intentado negociar —directa o indirectamente— la gestión de esta crisis con la patronal y el gobierno. Más allá de las diferencias ideológicas, es este el rasgo común que resalta de la práctica de las direcciones en el curso de los últimos años. En este plano, el paralelismo entre el DGB alemán y la CGIL italiana salta a la vista.

Como corolario de la participación en los planes de la burguesía, la burocracia sindical debe consolidar los instrumentos adecuados para domesticar las filas sindicales y sus fracciones más activas. En todos los sindicatos las direcciones se esfuerzan en limitar el poder de decisión de los órganos de base. Intentan vaciarlos de la posibilidad de intervención al nivel del conjunto del sindicato y tratan de que el aparato tome el control de ellos.

En otros países tratan de impedir la aparición de tales instancias de base o de oponerles órganos de participación en los cuales la burocracia dispone de un peso determinado. Por último, las direcciones sindicales no vacilan en adoptar medidas de exclusión contra los militantes críticos.

32.1. Esta orientación no prospera sin provocar oposiciones y contradicciones en el interior de las organizaciones sindicales y en el seno de sus aparatos.

Primero, la participación en la "gestión de la crisis" se enfrenta a las experiencias acumuladas en un pasado y a las necesidades más inmediatas de los trabajadores. La determinación de la patronal de no hacer concesiones significativas revela el vacío de fórmulas tales como "reformas de estructura" o mejoras cualitativas que jalonan los discursos sindicales. Salario, empleo y prestaciones sociales aparecen más importantes a los ojos de los trabajadores que los proyectos de cogestión o de participa ción.

Segundo, desde 1968/1969, en una serie de países (Italia, España, Francia, Portugal, Gran Bretaña, Bélgica, Dinamarca), una nueva generación de militantes ha accedido a puestos sindicales de responsabilidad a nivel de las empresas en el plano local o en algunas federaciones. Son más sensibles a las exigencias de las masas, más receptivos a los impulsos de las bases y frecuentemente toman la cabeza de las respuestas. Una parte de entre ellos está enraizada en las unidades de base de los sindicatos, en el lugar de trabajo. Tejen así una estrecha red que tiende a no coincidir siempre con las estructuras del aparato sindical (delegados de personal en Francia, delegados de taller en Italia, shop-stewards en Gran Bretaña, por ejemplo).

Son un elemento constante de fricciones de la máquina burocrática y punto de apoyo a las diferenciaciones internas del equipo de dirección sindical.

La circunstancia de que tal capa de militantes no sea más que embrionaria en los sindicatos alemanes, suecos, daneses, suizos y austríacos explica también el mayor control burocrático en el movimiento sindical en estos países.

Tercero, la burocracia no debe tener en cuenta, solamente, las presiones de las bases. Puede encontrarse bajo el fuego de verdaderas provocaciones de la patronal y del gobierno que la obligan a reaccionar, a movilizar a los tra bajadores para defender su influencia y sus cimientos. Esto se vió en la RFA, en Bélgica, en Dinamarca.

Cuarto, tras décadas de integración y de "paz social", algunos aparatos sindicales sufren una esclerosis en extremo grado. Esto provoca una especie de crisis de dirección que puede salir a luz en oportunidad de las huelgas salvajes en respuesta a brutales agresiones de la patronal. Entonces se pueden dar importantes desbordamientos de los aparatos sindicales. Pero la experiencia muestra —en la RFA, en Suiza, en Suecia— que la capacidad de adaptación y aún de utilización de los sectores de izquierda hasta entonces marginados en los sindicatos, permite una recuperación bastante rápida de la burocracia. Sin embargo, estos movimientos pueden ser el trampolín para el surgimiento de nuevos cuadros e incluso de oposiciones entre los permanentes sindicales.

Quinto, una serie de discordancias surgen como consecuencia de los rasgos nuevos propios a los recientes desarrollos de los sindicatos: el crecimiento de su tamaño; la modificación de su composición (sindicalización de mujeres y de inmigrantes); el lugar central que éstos ocupan en un contexto estructurado para una política de austeridad que afecta a todas las facetas de la vida social y política. Se refleja así en los sindicatos el conjunto de los problemas nacidos de la crisis generalizada de la sociedad burguesa. Por lo tanto, su plataforma debe cubrir un número creciente de materias discutidas en su seno. El abismo entre economía y política tiende a ser suprimido. Hay allí un catalizador de importantes contradicciones internas.

Bajo los efectos de la crisis y de la ofensiva patronal, franjas intermedias de la burocracia (en la RFA, por ejemplo) pueden jugar un papel importante en el aliento a las luchas obreras (huelga metalúrgica en 1978 en la RFA) y

oponerse a los sectores más duros de la burocracia sindical central. El apoyo que pueden dar a movilizaciones sobre diversos temas (nuclear, aborto, especialmente) pueden ser decisivos para evitar su aislamiento y asegurar la unión con el movimiento obrero organizado.

En el vacio político creado por la orientación de "unidad nacional" de los partidos reformistas, un sector sindical y aún una federación en un momento dado puede convertirse en la representante activa de la oposición obrera a la estrategia de las direcciones reformistas. Es lo que pasó en Italia, en Diciembre de 1977, cuando la FIM organizó la huelga general de los metalúrgicos, o en 1978, cuando adoptó una plataforma reivindicativa en oposición a la política de austeridad de las direcciones del PCI y de la CGIL.

La presión unitaria expresada durante el ascenso de las luchas obreras y confirmada frente a la ofensiva del capital durante la crisis, y allí donde existen varias centrales sindicales, ha planteado el problema de la unidad de acción o el de la unificación sindical (Francia, España, Italia, Bélgica, por ejemplo). El carácter unitario y de democracia directa de los órganos constituidos en el curso de las grandes luchas (comisiones de trabajadores en Portugal en 1975, comités de empresa en España en 1976-77, consejos de delegados en Italia en el 69-70) alimenta la exigencia de la unificación sindical.

32.2. La concentración y la centralización internacional del capital —cuya expresión son las empresas multinacionales—, la ampliación del Mercado Común, la intensificación del flujo migratorio de mano de obra y la similitud de la política gubernamental y patronal, constituyen la base objetiva para el establecimiento de lazos más estrechos entre los sindicatos de Europa capitalista.

La Confederación Europea de Sindicatos (CES) fue creada en 1973; reagrupaba en 1979 a los sindicatos de dieciocho países, que comprenden cuarenta millones de trabajadores. En abril de 1978, la CES lanzó una jornada de lucha simbólica contra el paro.

Esta organización está impregnada, al más alto grado, del carácter burocrático de las direcciones que la componen. Tiene un carácter más formal que real.

La FSM —que reunía además de los sindicatos de Europa del Este a los dirigidos por los PC en Europa capitalista— sufrió las consecuencias de la crisis del estalinismo. De las confederaciones de los países capitalistas, solamente la CGT francesa es aún miembro. Desde el último congreso de la FSM en 1978, la CGT está en vías de ruptura con la organización con sede en Praga. La CGIL sólo tiene el estatuto de observadora. Por otra parte, es miembro de la CES a la cual la CGT, las CC.OO. y la CGTP solicitan su adhesión.

La CES, a pesar de todas sus limitaciones, expresa las necesidades y posibilidades de una coordinación efectiva de las luchas obreras contra la austeridad en Europa y contra las maniobras de las multinacionales.

Los ejes de una estrategia revolucionaria

33. En el conjunto de Europa capitalista, con diversos grados de agudeza, la recesión y sus prolongaciones hacen más evidente a los ojos de las masas trabajadoras que el sistema capitalista no está en condiciones de responder al conjunto de sus necesidades económicas, sociales y culturales. En más de un país, las exigencias más elementales de una parte importante de la población no están en absoluto satisfechas.

Comienza a imponerse la idea entre un número creciente de asalariados de que la única solución para satisfacerlas reside en una organización racional de la economía, en un control directo del aparato de producción por la clase obrera, en un gobierno de los trabajadores.

La ofensiva del capital pone en evidencia la precariedad de las conquistas del proletariado durante los años anteriores. Los resultados de las luchas obreras son cuestionados sin cesar, mientras que la burguesía continua disponiendo de los medios de producción de la fuerza de trabajo y de la máquina del Estado, poder político del capital.

La experiencia del ascenso revolucionario en Portugal mostró igualmente que los trabajadores no podían transformar las relaciones de producción a nivel de las empresas (ocupación y control obrero) dejando intacto el poder estatal. La burguesía rápidamente se apoyó en esto para reconquistar sus posiciones en las fábricas y en los campos. El modo de producción capitalista posee una estructura que liga indisolublemente las relaciones de producción y la maquinaria estatal.

Todo esto indica el callejón sin salida al que conduce una estrategia cuyo horizonte se limita a la acumulación de reivindicaciones inmediatas y que no impide a la burguesía retomar con una mano lo que se vió obligada a dar con la otra. Todo esto indica el callejón sin salida al que nos conduce una estrategia que reduce la conquista del poder a una serie de modificaciones de las condiciones de los asalariados en su lugar de trabajo. Todo esto indica el fracaso de una estrategia que confía en la transformación gradual del Estado burgués y de sus instituciones.

La crisis generalizada de las relaciones sociales burguesas y las movilizaciones de las capas oprimidas demuestran la madurez de las condiciones objetivas para la reconstrucción socialista de la sociedad. En efecto, una señal de que una sociedad ha cumplido su papel histórico y está madura para ser reemplazada, reside en el hecho de que no solamente la clase revolucionaria —la que jugará el papel determinante en la construcción de un nuevo orden social: el proletariado— sino otras capas sociales no tienen nada más que esperar de lo progresivo de la sociedad actual. Corresponde a la clase obrera dar respuesta a las necesidades de estas capas. Incumbe a la vanguardia indicar las vías que permitan integrar el potencial revolucionario de todos los oprimidos en una lucha común con el proletariado por el socialismo. Este proyecto se enfrenta a la política de los reformistas que proponen alianzas, en base a la conservación del orden social, con las "capas medias" o con los partidos que pretenden representarlas.

La crisis de las relaciones de producción no se manifiesta únicamente a nivel de empresas (oposición a la organización capitalista del trabajo), sino que afecta también al Estado burgués nacional en los países imperialistas. Desde hace mucho tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivias ha sobrepasado el marco estrecho de este Estado. La concentración y la centralización del capital son cada vez más internacionales. La internacionalización de la propiedad del capital y de toda la vida económica produce a su vez una internacionalización de la lucha de clases. Las luchas de los mineros, de los siderúrgicos, de los trabajadores de la petroquímica o de los portuarios, o la necesidad inmediata de una respuesta a las maniobras de la burguesía a nivel de la CEE, testimonian que no puede haber otra estrategia socialista que la internacional.

La amplitud y el alcance de las luchas obreras en una serie de países de Europa capitalista han sentado las bases para reducir el desnivel entre la madurez de las contradicciones internas del sistema capitalista y el nivel de conciencia de las masas trabajadoras. Sin embargo la desproporción existente entre los factores objetivos y el factor subjetivo —nivel de conciencia de la clase, su organización, su dirección— ha permitido que el ascenso del movimiento de masas pueda ser fragmentado o

canalizado por los aparatos burocráticos. No obstante, sectores más o menos amplios de militantes obreros desconfían de manera creciente de las direcciones reformistas. Esta desconfianza se transformará en una adhesión a un partido revolucionario si las organizaciones de la IV Internacional son capaces de luchar eficazmente por un programa que responda a las tareas centrales objetivamente planteadas por la etapa presente de la lucha de clases.

Para ello, la presencia y la intervención de una vanguardia trotskista en las fábricas, en los lugares de trabajo y en el seno de los sindicatos es prioritaria.

34. Por encima de las fluctuaciones coyunturales, quedan por librarse las batallas decisivas. El proletariado dispone de fuerzas que le permitirán salir vencedor de estas pruebas. En la situación actual, no es el momento de hacer una retirada estratégica, sino de preparar una contraofensiva estratégica en el curso de las luchas por la defensa y la extensión de las conquistas de las masas trabajadoras y por las reivindicaciones de todas las capas oprimidas.

"La tarea estratégica del próximo periodo —periodo prerrevolucionario de agitación, de propaganda y de organización— consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas y la inmadurez del proletariado y de su vanguardia. (...) Es necesario ayudar a las masas en el proceso de su lucha cotidiana a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa socialista de la revolución. Este puente debe incluir un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones y de la conciencia actuales de amplias capas de la clase obrera, que conduzcan invariablemente a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado". (Programa de transición).

Este programa debe manifestar los intereses y las tareas objetivas de la clase obrera en el periodo. No debe partir de su mentalidad en un momento dado, sino basarse en las necesidades de las masas de cara a la crisis económica, social y política del capitalistmo.

Estas necesidades objetivas han sido modeladas por las tres décadas transcurridas de desarrollo de las fuerzas productivas con el conjunto de sus efectos en el plano social, económico y cultural. Estas necesidades no se han petrificado desde hace medio siglo. En el curso de los movimientos de masas, muchas de ellas se han manifestado bajo nuevas formas (reivindicaciones defendidas por el movimiento de liberación de la mujer) o han surgido por primera vez (movimiento contra las centrales nucleares, contra la destrucción del medio ambiente).

La política de austeridad hace resurgir las necesidades del proletariado en tanto que vendedor de su fuerza de trabajo (empleo, salario, seguridad social) y pone también de relieve la necesidad de una defensa de los derechos democráticos (libertad de acción del movimiento obrero, etc.). Pero la forma bajo la cual se presentan estas necesidades hoy resulta de las condiciones sociales y económicas del periodo pasado y de las conquistas de las luchas desde 1968-1969. Hay en ello una base que aumenta la actualidad y el eco de las reivindicaciones transitorias.

34.1. En la elección de las reivindicaciones concretas, de su formulación y de las formas de acción a poner en práctica en un contexto preciso, es necesario tener en cuenta el nivel de conciencia de las masas y de su evolución en el curso mismo de las experiencias de lucha. Por ejemplo, la exigencia de las 35 horas de trabajo sin reducción de salario, aparecida en múltiples congresos sindicales, permite explicar hoy la reivindicación de escala móvil de horas de trabajo y de salarios. Es a partir de esta reivindicación como se puede emprender una batalla, hacer progresar la idea fundamental de repartir entre todos el trabajo disponible y de esta manera la conciencia de los trabajadores puede elevarse y responder a las condiciones objetivas. Una lucha eficaz contra el paro impone tal reivindicación que indica la organización socialista de la sociedad.

Partiendo de las condiciones objetivas, la organización revolucionaria propone las reivindicaciones transitorias, las mide en la práctica, comprueba su audiencia entre las masas para seleccionarlas mejor, para organizar campañas de propaganda y agitación. No renuncia a plantear las reivindicaciones que la situación exige aunque éstas se enfrenten a los prejuicios o el atraso de las masas trabajadoras.

La lucha por las reivindicaciones exige ante todo la movilización directa del proletariado y de sus aliados. No debe someterse a los avatares electorales o a combinaciones parlamentarias como lo hacen permanentemente los aparatos burocráticos. Solo una acción independiente de las masas puede permitirles construir una relación de fuerzas favorable, tener confianza en su capacidad de llevar sus candidatos al poder, de captar para su causa los sectores vacilantes del proletariado y de las capas oprimidas y en fin neutralizar sectores de la pequeña burguesía, ganar los sectores oprimidos y desposeídos.

A partir de las reivindicaciones democráticas y de las reivindicaciones más inmediatas de defensa del puesto de trabajo, salarios, de las condiciones de trabajo o de las relativas a cuestiones sociales y políticas, es preciso intentar también elevar el nivel de organización —incluido el sindical— de la clase, de la creación de estructuras democráticas (comités de huelga, de lucha de fábrica, etc.) con el fin de aumentar la eficacia del combate y enriquecer la práctica de lucha de clases de un número creciente de trabajadores.

Partiendo del mismo punto puede hacerse una propaganda y hasta agitación por el control obrero, en la perspectiva de demostrar cómo y hasta qué punto el régimen capitalista está en la raíz de las dificultades que sufre el proletariado, y para hacer evidente a sus ojos la incompatibilidad de este control con la dirección de la producción por los capitalistas.

En su punto más alto, las movilizaciones en torno a las reivindicaciones del programa de transición, conducen a una comprensión combinada de la necesidad de la organización sindical, de la organización política autónoma frente a la burguesía, del establecimiento de un gobierno de los trabajadores, de la formación de consejos obreros que forjen la unidad más amplia de los trabajadores en la acción y que son incompatibles con el mantenimiento de las instituciones del Estado burgués, por el derrocamiento del capitalismo y por el advenimiento del socialismo.

La intervención del partido revolucionario y su influencia creciente son factores indispensables para la maduración política de este proceso.

Esta estrategia se opone enteramente a la de los aparatos reformistas que tiende a canalizar el movimiento de masas o a destruirlo para evitar cualquier enfrentamiento, no obstante inevitable, a partir de la resistencia obrera al ataque patronal y gubernamental. La estrategia basada en el programa de transición tiene en cuenta la inevitabilidad de tal prueba de fuerza. Busca en el curso de múltiples combates que preceden este enfrentamiento forjar una dirección y preparar una amplia capa de trabajadores para hacer frente a las tareas ligadas a la necesidad de derrocar el sistema y de reemplazar el Estado burgués por un Estado de consejos obreros democráticamente elegidos.

La lucha contra la austeridad

35. En un contexto de crisis económica y de imposición de austeridad, las movilizaciones de masas pueden partir de reivindicaciones inmediatas o democráticas y desembocar rápidamente en reivindicaciones transitorias.

A partir de ello, no sólo hay que buscar combinar las diversas reivindicaciones, sino también captar el momento en el cual algunas se hacen caducas y cuando hay que poner el acento en otras. La naturaleza misma del periodo con sus variaciones repentinas y abruptas, en el plano social y político, exige evitar la rutina en la determinación de las consignas y de las formas de organización.

Además el método del programa de transición es contrario a la linea que opone las reivindicaciones calificadas como "revolucionarias" a las reivindicaciones calificadas como "reformistas"; al contrario, opone una orientación de lucha de clases a la colaboración de clases. En efecto, en esta época de descomposición de la sociedad burguesa, este método permite aprovechar las reivindicaciones inmediatas más elementales y a partir de aquí presentar una alternativa a las ideas difundidas por los aparatos burocráticos y a los métodos de lucha y de organización subordinados a la colaboración de clases.

35.1 La respuesta obrera a la política de austeridad de los gobiernos, a los golpes asestados por la patronal y a los atentados a los derechos democráticos será el pilar en torno al cual se organizará la batalla entre las clases en los próximos años.

Las secciones de la IV Internacional desarrollan un trabajo de explicación sistemática contra las ideologías difundidas por las direcciones reformistas, políticas y sindicales, sobre la naturaleza de la crisis económica. Denunciamos las explicaciones sobre la necesidad que tendría el movimiento obrero de "administrar la crisis con rigor", sobre el deber de proponer una versión propia de la austeridad que permitiría escapar del desbarajuste capitalista sin romper con la economía de mercado, sin atentar al mismo tiempo contra los intereses de los trabajadores. Nos valemos de todos los hechos de la vida económica y social para demostrar que la crisis está inmersa en las contradicciones del capitalismo y que solo el derrocamiento de este sistema permite a las masas escapar de ella.

En el mismo orden de ideas, hay que denunciar todas las leyes y proyectos que tratan de consolidar o de introducir la cogestión, la codecisión u otras formas de participación encubiertas bajo el lema de la "democracia industrial". Es posible demostrar con ayuda de ejemplos concretos, que estas "soluciones" no ofrecen de ninguna manera un instrumento de defensa eficaz del puesto de trabajo, del nivel de vida o de las condiciones de trabajo, sino todo lo contrario. La cogestión llevará forzosamente, en una economía de mercado, a atar a los trabajadores a la rentabilidad de "su" empresa, a introducir en sus filas la competencia capitalista contra los principios elementales de la solidaridad de clase. Es por tanto un instrumento de división de los trabajadores y de debilitamiento de la clase en su conjunto, frente al ataque patronal.

Hay que oponerle —partiendo de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores, de la denuncia del secreto impuesto a los delegados en los órganos de cogestión y del poder ficticio de estos últimos —una estrategia de lucha que haga de la movilización y del control obrero los instrumentos seguros para hacer realidad las reivindicaciones y defenderlas.

Para hacer frente a las divisiones agravadas por la política de austeridad, de la que son cómplices las direcciones reformistas, la formulación de reivindicaciones unitarias es un elemento clave de toda respuesta eficaz. Hay que emprender una campaña sistemática para que las organizaciones de la clase obrera asuman las reivindicaciones de los sectores del proletariado más violentamente golpeados por el ataque del capital y sometidos a múltiples discriminaciones (mujeres trabajadoras, trabajadores inmigrantes, parados, jóvenes con empleo precario y aprendices). Para hacer progresar esta perspectiva, los trotskystas apoyan las movilizaciones y reivindicaciones específicas de estas capas más explotadas y oprimidas.

Luchan además para que las organizaciones de masas del proletariado apoyen las movilizaciones en terrenos como la escuela, la sanidad, la vivienda, los transportes, contra las centrales nucleares, o por el derecho al aborto, etc., y asuman estas reivindicaciones. Las secciones de la IV Internacional militan para que las organizaciones de los trabajadores actuen unitariamente con los diversos movimientos sociales de masas o que los comités de movilización se batan por objetivos que favorezcan el desarrollo de lucha anticapitalista y la elevación del nivel de conciencia general del proletariado. En efecto, no es sino formando parte integrante de estas luchas como la clase trabajadora podrá superar las divisiones originadas por el capitalismo y movilizar todas sus fuerzas.

Realmente es necesario utilizar como trampolin para la intervención de las secciones, las reivindicaciones inmediatas y todas las luchas contra la austeridad, por restringidas que éstas sean. No es menos cierto que hay que explicar que estas luchas no podrán hacer fracasar las medidas gubernamentales si no desembocan en una verdadera movilización conjunta nacional. Sobre la base de batallas de masas deben ser propagados la extensión, la centralización de las luchas y un plan de acción de las organizaciones obreras contra la crisis. Esta es una vía para concretar el objetivo de una movilización a escala nacional y de la huelga general.

Por último, la lucha contra la austeridad debe encuadrarse en el marco de soluciones políticas que dan un sentido y una salida a las movilizaciones nacionales. Sólo un gobierno de los trabajadores puede permitir la introducción de cambios reales y ofrecer una salida a la crisis favorable a los intereses de todos los trabajadores. Poner el acento sobre estas respuestas políticas globales permite también influenciar y convencer a los militantes obreros que pierden sus ilusiones en la orientación de las direcciones reformistas, que podrían encerrarse en una agitación sindicalista y economicista, o ser atraidos por soluciones políticas propuestas por corrientes reformistas de izquierda o centristas.

Así, insertando nuestra lucha contra la austeridad en una perspectiva política global dispondremos de un instrumento para ganar a nuestras filas a los trabajadores que buscan una alternativa a la política de colaboración de clases de los aparatos reformistas.

35.2. En la situación actual, una respuesta de clase a la austeridad se articula alrededor de los siguientes temas principales. Su enumeración no es, evidentemente, exhaustiva.

La lucha contra toda política de rentas, de acuerdos y de "paz social negociada" será central en el próximo período. Los trabajadores no pueden tener las manos libres para defender eficazmente su nivel de vida y entablar una lucha para imponer sus soluciones contra la clase dirigente si no rechazan todas estas formas de colaboración de clases.

De esto se desprende el rechazo de cualquier limitación de salarios, de toda subordinación del aumento de salarios al de la productividad, de convenios colectivos de una duración cada vez mayor y de toda claúsula de "paz social" que se introdujera en ellos.

Sobre esta base, es posible organizar una lucha efectiva para la defensa y el aumento del poder adquisitivo de los trabajadores; por un salario mínimo garantizado en base a un presupuesto tipo sindical; por aumentos iguales para todos; por la aplicación del principio "a trabajo igual, salario igual", especialmente para las traba-

jadoras; por la escala móvil de salarios basada en un índice de precios elaborado por las organizaciones sindicales; por la subordinación a esta escala móvil de los impuestos indirectos y de las diversas prestaciones sociales (jubilación, subsidios familiares y de paro, etc.); por la supresión de todos los impuestos indirectos que afecten al consumo de las masas; por la aplicación de índices a los baremos fiscales para los impuestos que afectan a los salarios; por un impuesto directo muy progresivo sobre el conjunto de las rentas y del capital; contra el desmantelamiento de la seguridad social y las restricciones de los gastos sociales.

Frente a la decisión del capital de reconstruir un gran ejército de reserva industrial, la lucha contra el paro se convierte en una tarea prioritaria para el movimiento obrero. No se puede hacer fracasar el ataque contra el empleo sin movilizaciones muy concretas, utilizando todos los recursos adquiridos por la experiencia de la lucha del movimiento obrero a escala internacional.

La lucha contra el paro comienza por la lucha contra el derecho patronal al despido. Esto significa por ejemplo: derecho de veto a los trabajadores contra los despidos; ningún despido sin rehabilitación previa en las mismas condiciones de salario y en la misma región.

La reabsorción del paro exige una disminución masiva del tiempo de trabajo. El objetivo de las 35 horas semanales, sin disminución de salario, debe ocupar un lugar central en las reivindicaciones a propugnar. Esta disminución del tiempo de trabajo acompañada de una reducción de los ritmos y de un aumento de plantillas puede asegurar una seria disminución del paro. Junto con esta consigna puede hacerse una explicación sistemática sobre la necesidad de efectuar importantes trabajos públicos para responder a las necesidades sociales, no satisfechas, de las masas trabajadoras y de las capas más desheredadas (equipamientos colectivos, sociales, hospitalarios, viviendas, trabajos para la protección del medio ambiente, etc.)

Al mismo tiempo que la lucha contra el paro, hay que prestar la mayor atención a todos los medios adecuados para organizar a los parados en el marco de los sindicatos. La inexistencia de una organización de parados, llevará a la larga, a debilitar las organizaciones sindicales y puede ofrecer oportunidades para organizar campañas racistas y fascistas. Hay que poner en pie reivindicaciones específicas para los parados, tales como la gratuidad de los transportes públicos, una moratoria sobre sus deudas (crédito al consumo y a la vivienda), una indemnización igual al salario mínimo reivindicado por los sindicatos para los jóvenes y las mujeres que buscan su primer empleo, mantenimiento del salario anterior para los parados, formación profesional pagada.

Cada reivindicación concreta en defensa del aumento del poder adquisitivo y contra los ataques al empleo puede ser dirigido hacia el control obrero y la organización de los trabajadores para su puesta en práctica (Comités de Fábrica, Comités de trabajadores-consumidores, Comités de parados en el marco del Sindicato, Comités Sindicales democráticos, etc.) Por ejemplo. para participar directamente en la elaboración de un índice sindical único, el control obrero de los precios en la producción y en el consumo es una necesidad inmediata. Lo mismo sucede para asegurar la aplicación del principio "a trabajo igual, salario igual". Para reducir estos ritmos, para oponerse a todo despido, para hacer aplicar las 35 horas, para imponer el empleo de las mujeres, de los jóvenes y de los inmigrados, para aplicar la escala móvil de horas de trabajo...es necesario un control obrero sobre las condiciones de trabajo, sobre el volumen y sobre la composición de las contrataciones, sobre los stocks, las demandas, la capacidad de producción de las máquinas, sobre la formación profesional, sobre los libros de contabilidad. Toda iniciativa de control obrero y de organización de los trabajadores necesaria para llevarlo a la práctica constituye el verdadero comienzo del aprendizaje de la democracia obrera y de la gestión obrera.

Para vencer la crisis y el paro, es necesaria una respuesta global, un verdadero plan de soluciones obreras, que conduzcan a una planificación de la producción, a una organización de ramas enteras de la economía bajo el control de los trabajadores. Para esto hay que expropiar al capital. Frente a las maquinaciones del capitalismo, de los especuladores, de los banqueros, de las multinacionales, hay que abolir el secreto comercial y bancario e instaurar un sistema bancario unificado así como el monopolio del comercio exterior.

Uno de los pilares de este plan reside en la nacionalización de las industrias clave, una nacionalización sin indemnización (con excepciones posibles para los pequeños accionistas) y bajo control obrero. Para popularizar esta reivindicación, es posible por ejemplo, apoyarse en las exigencias de los trabajadores que ocupan una empresa y reclaman la seguridad del empleo, en la decisión patronal de despedir en una empresa habiendo obtenido ayudas diversas del estado burgués, la investigación y la denuncia de un patrón descubierto en flagrante delito de fraude fiscal o de sabotaje de una empresa a fin de "justificar" su cierre. Es posible partir de las reivindicaciones sindicales que piden la nacionalización de ciertas industrias. Pero para acabar con la dominación capitalista de la economía hay que atacar los fundamentos de un sistema basado en la apropiación privada de los grandes medios de producción y de cambio de los grandes bancos. Esto implica que nuestro programa tiende a la nacionalización de todos los sectores claves para la vida social y económica.

En la batalla por las nacionalizaciones, el control obrero es el único medio eficaz para hacer fracasar a los saboteadores, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución portuguesa en 1975. Es por otra parte un instrumento que permite establecer las necesidades reales de extensión de las nacionalizaciones contra las trampas legales tendidas por los trusts entre las diferentes sociedades y filiales. Por último es una herramienta fundamental para hacer efectuar un balance de los recursos de un país y de las necesidades de las masas trabajadoras. La organización de los trabajadores para ejercer el control obrero les compromete, en el transcurso de la lucha de clases, a dar los primeros pasos para la gestión de los asuntos públicos.

Las reivindicaciones democráticas

36. La lucha en la unidad y sin exclusiones para la defensa de los derechos democráticos es una tarea de máxima importancia. El movimiento obrero es el primer afectado por las amenazas o las medidas restrictivas de las libertades democráticas. Luchamos sin tregua por la formación de un frente único contra la represión y contra todas las jurisdicciones de excepción que afectan siempre a los militantes obreros: legislación anti-huelga, vetos profesionales, restricciones a la libre circulación de las personas y de las ideas, medidas de censura, supresión del derecho de asilo, tribunales militares. Nosotros organizamos campañas por la disolución de los cuerpos represivos o contra su constitución. En general defendemos encarnizadamente y tratamos de extender todos los derechos de organización, de expresión, y de reunión del movimiento obrero en el campo sindical y político y denunciamos la dominación capitalista sobre los medios de comunicación de masas.

El desarrollo del movimiento de liberación de la mujer ha visto claro también la importancia de la movilización de masas —que tiende a adquirir una dinámica anticapitalista— contra todas las formas de opresión sexista y por una serie de reivindicaciones democráticas (aborto, contracepción, divorcio, derechos jurídicos iguales para las mujeres, supresión de la legislación reaccionaria sobre la familia, etc.)

La dureza de la ofensiva patronal contra los trabajadores inmigrados, la importancia de su integración en el sistema de lucha de los trabajadores, el rol que pueden jugar en las movilizaciones y la necesidad de una respuesta contra los manejos xenofóbicos y racistas dan una importancia muy particular a la reivindicación "iguales derechos sindicales y políticos para todos los trabajadores, inmigrados o no".

Las movilizaciones de los jóvenes han puesto tambien de relieve la aspiración de un amplio sector de la juventud a acabar con una serie de vejaciones y discriminaciones (derecho de voto, responsabilidad jurídica, contracepción y aborto, derecho a la formación profesional, etc.)

Las movilizaciones de los homosexuales contra las diversas medidas de represión, las discriminaciones profesionales y sociales son parte integrante de la lucha por las libertades democráticas y contra estas manifestaciones reaccionarias de la ideología dominante.

En algunos paises (Italia, España, Portugal, Irlanda del Sur por ejemplo), bien se plantea aún el problema de la separación completa de la Iglesia y del Estado, bien se mantiene una influencia preponderante del clero en el sistema de educación. En estas condiciones pueden surgir reivindicaciones contra el oscurantismo religioso por la enseñanza laica. Tales exigencias se combinan a veces con reivindicaciones sobre el derecho de aborto, a la información sexual, al divorcio.

Una de las expresiones más crudas del declive del capitalismo y de la decadencia de la democracia burguesa, reside en la utilización de la tortura como un instrumento de represión contra los militantes obreros, anti-imperialistas o nacionalistas. Los métodos científicos utilizados a este respecto por el ejército británico en Irlanda, indican hasta qué punto la burguesía, para salvar sus privilegios, está dispuesta a pisotear sus propios códigos y a utilizar los métodos "menos civilizados".

Esta sociedad que segrega violencia por todos sus poros, multiplica las agresiones contra aquellos que encierra por "delincuencia" (reformatorios y otros centros de educación vigilada, prisiones).

Las presiones reaccionarias, frecuentemente orquestadas por los gobiernos, a favor del restablecimiento o mantenimiento de la pena de muerte son elocuentes a este respecto.

Es deber de las secciones de la IV Internacional denunciar constantemente todos estos atentados contra los derechos humanos, proponerlo en el movimiento sindical, en los partidos obreros y a las asociaciones profesionales (sindicatos de la magistratura, agrupamientos de médicos progresistas), iniciativas concretas para sacar a la luz estas transgresiones de los derechos fundamentales de la persona y todas las complicidades con estas prácticas por parte de los miembros del cuerpo médico, de la magistratura y de la policía.

36.1. Las luchas extraparlamentarias por consignas democráticas pueden constituir un canal para hacer asimilar a las masas trabajadoras parte del programa de transición y conducirlas, según métodos de lucha análogos, a rebelarse contra el estado burgués y la propiedad capitalista. Las consignas democráticas son pues instrumentos de movilización de masas para mejorar la relación de fuerzas entre las clases.

Esta concepción se opone completamente a una orientación defendida por los PCs y ciertos grupos centristas que se limitan a levantar algunas consignas democráticas particularmente en el terreno político con el pretexto que la lucha por el socialismo no está a la orden del día, y subordinan su realización a maniobras parlamentarias. Sin embargo renuncian de hecho a entablar una lucha eficaz por estas reivindicaciones democráticas. Nuestra concepción se enfrenta también a las ideas según las cuales las ilusiones democrático-parlamentarias constituyen trabas a las acciones directas de amplias masas. De hecho, las movilizaciones extraparlamentarias por temas democráticos pueden conducir a luchas de una amplitud que no dejan preveer a primera vista las ilusiones en la democracia burguesa producidas por la historia y la política de los reformistas. Hay aquí un ejemplo clásico de las relaciones dialécticas entre la situación objetiva, la experiencia adquirida de la lucha de clases y el desarrollo contradictorio de la conciencia de clase.

Enfocamos la lucha por los derechos democráticos desde el punto de vista de la defensa de la independencia política de la clase obrera y de sus organizaciones, así como del mantenimiento y de la extensión de todos los derechos adquiridos por el movimiento obrero en el seno de la democracia burguesa. Toda identificación entre derechos democráticos y régimen democrático burgués debe ser combatida. No se trata de mantener viva una democracia burguesa decadente e imperialista, de proteger sus instituciones, sino de acabar con la dominación de la burguesía bajo todas sus formas con el fin de reemplazarla por un gobierno de los trabajadores y una democracia socialista de los consejos obreros.

Mientras se lucha por tal o cual eslogan democrático hay que tener cuidado de desenmascarar todas las formas de mistificación democrática. Precisamente porque los trabajadores atribuyen una gran importancia a los derechos democráticos es necesario denunciar todas las limitaciones de la democracia burguesa.

Al mismo tiempo que se hace una campaña centrada sobre cualquiera de las reivindicaciones democráticas, que pueden ser el pilar de la actividad de masas, es necesario, a partir del ritmo de la movilización no aislarlas de las reivindicaciones transitorias. Hay que priorizar la puesta en práctica de los métodos proletarios de lucha para su realización y no aceptar someter la movilización extraparlamentaria a las artimañas parlamentarias. En algunos casos, estas consignas —por ejemplo la de elecciones inmediatas a Asamblea Constituyente en abril de 1974 en Portugal— pueden servir para trazar una linea divisoria inmediata entre una política de coalición y de unidad nacional por un lado y una linea de independencia de clase por otro. Las consignas democráticas centrales a nivel político corresponden a un momento de la actividad de masas contra lo que se levanta como un obstáculo en el camino de su emancipación sin que esté claro el resultado final de esta movilización. En general es por esto que dejamos abiertas, por ejemplo, las condiciones exactas de instauración de una Asamblea Constituyente. Es por esto también que combinamos consignas democráticas y reivindicaciones transitorias que permiten superar el marco de la sociedad capitalista. El curso mismo de la lucha de clases por estas reivindicaciones indicará la etapa siguiente.

36.2 En varios paises de Europa capitalista, han ocupado un espacio creciente las luchas ligadas a cuestiones históricas de nacionalidades, por distintos movimientos de carácter nacional. En estos países, la revolución tiene pues planteada la tarea democrática de la autodeterminación nacional y la satisfacción de una serie de reivindicaciones propias de estos movimientos.

En el acercamiento a estos problemas, los trotskystas no parten de principios abstractos y formales sino en primer lugar de una clara comprensión de las circunstancias históricas, sociales y económicas existentes en el nacimiento de cada uno de estos problemas, después, de una clara distinción entre los intereses reales de las masas trabajadoras y los supuestos "intereses nacionales" que encubren los de la clase dominante y por último de la realidad efectiva de la movilización popular.

La tarea de las secciones de la IV Internacional es defender el derecho a la autodeterminación de las minorias nacionales. Apoyamos la lucha por todas las

reivindicaciones concretas que la acompañan en el plano político, cultural y lingüistico, incluyendo, en ciertas condiciones la de la independencia.

Por ejemplo, la sección británica de la IV Internacional se pronuncia por la reunificación y la independencia de Irlanda, luchan por la retirada inmediata del ejército de ocupación británico de Irlanda del Norte. Se pronuncia por el derecho a la autodeterminación de Escocia, contra toda limitación de los poderes de la Asamblea Nacional Escocesa, por el derecho del pueblo de Escocia a determinar la naturaleza de sus relaciones con el Estado británico.

La sección de la IV Internacional en el Estado español se pronuncia por el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, particularmente de Euskadi, de Catalunya, de Canarias y de Galicia y por el derecho a la autonomía de las regiones por ejemplo en Andalucía. Sin embargo nosotros explicamos a los trabajadores que una unidad económica, con una amplia autonomía para las nacionalidades, presentaría ventajas en todos los terrenos tanto sociales como económicos y culturales. Así la rama vasca (LKI) de la sección española propone una Federación que permitiría asegurar una autonomía en el marco de una unidad económica.

En la medida que el fundamento económico y social de muchos de estos movimientos reside en el desarrollo regional desigual y en una crisis económica regional acentuada, es de máxima importancia incluir, en la elaboración de un plan obrero para salir de la crisis, un conjunto de reivindicaciones específicas que respondan a las exigencias económicas, sociales, linguísticas y culturales de estas regiones.

Visto el peso del proletariado en la mayor parte de las regiones donde surgen estos movimientos y vista la política centralista y represiva del estado burgués, la dinámica anticapitalista proletaria tiende a tomar la delantera. Luchando sin reticencia por los derechos democráticos planteados por las masas, hay que articularlos con un conjunto coherente de reivindicaciones transitorias. Apoyando y participando sin restricciones en estas luchas y poniendo en primer plano las cuestiones sociales —¿quién dispondrá de los medios de producción, qué sucederá con la tierra, quien decidirá las orientaciones económicas y políticas?—, esposible combatir las ilusiones nacionales pequeñoburguesas. Estas últimas pueden representar un obstáculo para la independencia política de la clase obrera, pueden dividir al proletariado de un pais en "sectores nacionales" y a partir de ello debilitarlo.

De ello se deduce que las secciones de la IV Internacional luchan conjuntamente por el derecho a la autodeterminación, por la independencia política de la clase obrera y por el frente único de los partidos obreros frente a los partidos burgueses (por ejemplo, contra los conservadores y el SNP de Escocia, contra el PNV y la UCD en Euskadi). Paralelamente buscan la unidad de acción con las organizaciones nacionalistas radicales con el fin de estimular la movilización independiente de las masas.

Impulsan la solidaridad obrera en otras partes del país con las movilizaciones por las reivindicaciones ligadas al derecho de autodeterminación. Alientan igualmente toda confluencia que se efectúe entre los trabajadores y los pequeños campesinos en el curso de estas luchas en las regiones desfavorecidas y empobrecidas por la política del capital.

La unidad de clase, el Frente Unico y los aliados del proletariado

37. La unidad del proletariado, construida en la acción, es la clave de una estrategia hacia la revolución socialista en los países imperialistas europeos.

La unificación de sectores clave del proletariado —esencialmente los de la industria, los transportes y las comunicaciones— constituyen la llave maestra de la construcción de esta unidad y de la adhesión a la causa proletaria de las capas oprimidas y explotadas de todos aquellos que no tienen intereses objetivos en el mantenimiento de la propiedad privada de los grandes medios de producción.

Una orientación de alianza con las llamadas capas medias en base al respeto de la propiedad privada de los medios de producción y de la economía de mercado, como consecuencia de una política de colaboración de clases provoca la división en las filas de los trabajadores asalariados. En efecto, una parte de entre ellos, incluso para defender sus reivindicaciones elementales —contra los despidos, por ejemplo— se ven abocados a querer acabar con la propiedad capitalista.

Tienden inmediatamente a negarse a subordinar sus intereses a las condiciones de una alianza con los "sectores antimonopolistas" o incluso con la burguesía monopolista, como es el caso del "compromiso histórico" italiano. La orientación de los aparatos rompe por lo tanto sus aspiraciones, puede desmoralizarles e impedir que ganen a su causa a las franjas más atrasadas.

Otros sectores obreros, que no afrontan las mismas dificultades, que no disponen de la misma experiencia de lucha y que no han sido todavía ganados a una práctica de independencia de clase pueden esperar resultados de una política así. Pero su esperanza será frustrada con los consiguientes riesgos de desgaste de sus fuerzas.

Se demuestra por tanto que toda estrategia de alianzas, sobre una base conservadora, con las "capas medias", que toda política de colaboración de clases introduce una ruptura en el seno mismo del proletariado. La unidad de los trabajadores está así indisolublemente ligada a la independencia de clase.

37.1. Esta estrategia es contraria a cualquier subordinación de la movilización propia de las capas explotadas y oprimidas por la satisfacción de sus reivindicaciones, a la realización previa de la unidad de las organizaciones obreras y de sus direcciones. Al contrario, todo movimiento de masas real puede ser un catalizador de la unificación del proletariado.

Por ejemplo, la lucha y la organización de los parados contribuye por un lado a dar confianza en su fuerza a sectores del proletariado tendencialmente marginados por la crisis y por el otro a plantear en las organizaciones de masas de los trabajadores, el problema de la unificación del proletariado.

Es más, la entrada en acción de los trabajadores inmigrados por la defensa de sus reivindicaciones específicas constituye también la base para plantear en términos prácticos la necesidad de una integración de clase, es decir, la inserción de los inmigrados en el mecanismo de lucha de todos los trabajadores. En estas movilizaciones, nosotros defendemos las reivindicaciones y las formas de acción que facilitan la conexión con el movimiento obrero.

37.2. La alianza con los sectores de la pequeña burguesía —pequeños comerciantes, pequeños campesinos, artesanos— continua siendo un problema importante. La alianza con los pequeños campesinos sigue siendo una cuestión estratégica en primer lugar en base al peso social que tienen en una serie de países (Irlanda, Portugal, Grecia, España, sur de Italia, ciertas regiones de Francia).

pero también en base a su papel en el aprovisionamiento de las concentraciones urbanas en el seno de la mayoría de los países de Europa.

Hay que convencer a los pequeños campesinos, a los artesanos y comerciantes —muchos son expropiados por el gran capital— que la expropiación de los expropiadores no busca confiscar la pequeña propiedad. Se trata de demostrar que en el marco de un plan de soluciones obreras a la crisis están reunidos los medios de respuesta a sus propias necesidades. En Portugal, en los sectores de los campesinos del norte, de los pequeños comerciantes y de los artesanos, la esperanza de recibir créditos a largo plazo y a intereses muy bajos en el momento de la nacionalización de la banca condujo a una predisposición favorable durante un periodo, hacia la naciente revolución. Lo mismo sucedió cuando la nacionalización, acompañada del control obrero, del trust de la petroquímica portuguesa (Sacor) indicó la posibilidad —realizada a pequeña escala— de entregar abonos a precios y en condiciones crediticias sin precedente.

Por todos los medios hay que probar ante estas capas, que no hay antagonismos entre, por una parte el control obrero sobre los bancos y la industria, la supresión del secreto bancario y comercial, el monopolio del comercio exterior, la creación de un sistema bancario unificado, y por otra parte, la distribución de las tierras, la posibilidad de explotarlas (abonos, máquinas), buenas condiciones de crédito, de compra de materias primas y de distribución de los productos, para los artesanos, los pequeños comerciantes y los pequeños campesinos, lo que puede estimular su organización en cooperativa sobre una base voluntaria.

Una serie de reivindicaciones obreras pueden responder también a las necesidades más urgentes de estas capas: la mejora o la creación de un sistema real de seguridad social, el desarrollo de infraestructuras colectivas y sociales (hospitales, viviendas, guarderías, etc.) la educación y la formación profesional en todos los campos (artesanal, industrial, agrícola).

La determinación del movimiento obrero de responder positivamente a problemas socio-económicos cruciales, tales como la destrucción del medio ambiente, el despilfarro capitalista del potencial energético, tales como la anarquía de la investigación científica y su subordinación a los estrechos imperativos de los monopolios como del complejo militar-industrial, tales como la miseria del sistema de salud pública, puede atraer al lado de los trabajadores a fracciones de las "nuevas capas medias asalariadas" (ingenieros, científicos, profesores universitarios, médicos de hospitales, etc.)

38. Para forjar la unidad del proletariado en la acción y hacer progresar a la clase obrera en el camino de la independencia de clase, la táctica de frente único ocupa un lugar importante.

La estrategia de unificación del proletariado para la conquista del poder no puede ser reducida únicamente a esta táctica. Requiere un conjunto complejo de acciones, de métodos, de consignas combinadas entre sí.

De todas formas, la táctica de frente único obrero se destaca hoy entre las tareas a llevar adelante por las secciones en razón de los factores siguientes: la ofensiva económica de la burguesía; la división objetiva que ésta engendra en las filas de la clase obrera con la complicidad de los aparatos burocráticos; los atentados cada vez mayores a las libertades democráticas; la división impulsada directamente por las direcciones reformistas en el plano sindical y político; la necesidad de movilizaciones de envergadura para hacer fracasar la política de austeridad de los gobiernos y de la patronal en el curso de las cuales amplios sectores de masas pueden hacer la experiencia de la validez de la alternativa política que nosotros levantamos; la urgencia de ofrecer un punto de centralización a las luchas de diversos movimientos sociales.

La táctica de frente único no se reduce a los acuerdos entre organizaciones mayoritarias del movimiento obrero. Sin embargo, estos acuerdos son frecuentemente decisivos para movilizar a la clase, vistos los sentimientos unitarios provocados por el ataque del capital que animan a las nuevas capas de trabajadores que entran en lucha. Este aspecto adquiere toda su agudeza en los países donde las divisiones del movimiento obrero (PS,PC) se repercuten desde los partidos, pasando por las empresas, hasta los sindicatos.

No hay que oponer este nivel de frente único a la unidad de acción en la base o sectorial, bajo diversas formas. Lo importante es partir de las necesidades objetivas de las masas trabajadoras y dotar esta actividad de una orientación en dirección a las organizaciones obreras, en la cúspide y en la base.

Los trotskystas no adoptan una actitud de espera que someta sus iniciativas al acuerdo previo de las organizaciones obreras mayoritarias o a un compromiso entre ellas. Solos o con otras organizaciones pueden y deben impulsar las movilizaciones. Pero la formulación de las consignas y la elección de las formas de acción combinarán el doble objetivo de : ampliar al máximo la movilización integrando si es posible a los militantes y sectores de las organizaciones tradicionales; mantener el criterio de frente único respecto a estas últimas aunque las posibilidades de su realización sean escasas.

Las diferenciaciones en el seno de los partidos reformistas así como las modificaciones de las relaciones de fuerza entre aparatos y vanguardia obrera pueden aumentar las posibilidades de concretar las propuestas de unidad de acción a todos los niveles avanzados por las secciones.

En función de las relaciones de fuerza y de la situación política concreta, la propaganda y la agitación por el frente único obrero pueden tener como centro prioritario el frente único entre las organizaciones mayoritarias de la clase en el terreno nacional; por ejemplo la unidad del PS y del PC y de las organizaciones sindicales que dirigen para luchar contra un plan de austeridad.

38.1. Nosotros popularizamos sin cesar nuestro programa en su conjunto y lo oponemos al de los reformistas.

Pero esto no sería suficiente para sustraer amplias capas de trabajadores de la influencia de los reformistas e incluso de los centristas. Sólo la experiencia adquirida en la acción puede hacer progresar la conciencia de franjas importantes de la clase obrera. Esta les hace medir en la práctica el obstáculo que la política reformista representa para el desarrollo del movimiento en el cual están comprometidos.

Desde luego, nosotros no hacemos de la aceptación de nuestro programa una condición para la realización del frente único. Basamos nuestras iniciativas de frente único en las tareas que se desprenden de las necesidades de las masas dictadas por la situación objetiva. Con este fin levantamos reivindicaciones inmediatas, democráticas o transitorias que permitan la unidad de acción de las masas y de las organizaciones del movimiento obrero dentro y fuera de la empresa. Hacemos campaña al mismo tiempo para que las organizaciones obreras rompan con la burguesía. Esto puede tomar diversas formas según los países, la situación del movimiento: ruptura con un partido burgués, contra las restricciones del derecho de huelga, contra la participación (de los sindicatos o de los par-

tidos) en los órganos de cogestión en el terreno económico, etc. Nuevamente, aunque esta ruptura no pueda ser completa mas que sobre la base del programa revolucionario y que los trotskystas lo expliquen públicamente, no hacen una precondición para promover movimientos en este sentido.

En el marco de esta batalla por la unificación de la clase obrera y por su independencia política, nosotros defendemos la necesidad de la construcción del partido revolucionario como factor que favorece la acción unida de las masas y sus iniciativas en el plano político.

La táctica de frente único no es un fin en sí, sino un medio para movilizar a las masas, ganar una influencia sobre ellas y arrancarlas al control de las direcciones reformistas. Nuestro fin continúa siendo el desarrollo de las movilizaciones unitarias de amplias masas y militantes, democráticamente organizados. El punto culminante de esta unidad de clase es concretizado en la puesta en pie en la extensión y la coordinación de consejos y de comités. Es entonces cuando el poder de la clase dominante, a nivel de estado y de gobierno, será efectivamente cuestionado.

La cuestión del gobierno

39. La cuestión del gobierno de los trabajadores o del gobierno obrero y campesino ocupa un lugar primordial en la batalla por la independencia política del proletariado.

En la fase actual, esta consigna tiene una doble función. Primero, da una perspectiva política a las luchas parciales y facilita la tarea de hacer desembocar las reivindicaciones de masas en el terreno político, de politizar las reivindicaciones económicas y sociales, de educar al mayor número de trabajadores a pensar en términos políticos. Debe estimular las iniciativas de los trabajadores en el terreno político. Debe conducir a las masas trabajadoras en su lucha por las reivindicaciones del programa de transición, a romper con los partidos de la burguesía, a desafiar su dominación, a constituir su propio gobierno, a establecer su propio poder. Segundo, es un instrumento para precipitar la ruptura con las direcciones reformistas, para desenmascarar su política de colaboración de clases.

Hay que levantar una consigna de gobierno a partir de los problemas concretos económicos, sociales y políticos. Los trabajadores se movilizan por objetivos reivindicativos que afectan a sus condiciones materiales de vida, por la defensa de sus derechos democráticos, por cuestiones sociales de envergadura. Pueden también esperar la obtención de una mayoría parlamentaria. Los trotskystas afirman claramente que luchan con ellos por la satisfacción de sus exigencias y que por ejemplo harán todo por ayudarles a conquistar una mayoría obrera en el parlamento. Pero para levantar a los trabajadores, para mejorar las relaciones de fuerza que permitan alcanzar estos objetivos, es necesario dar a las masas trabajadoras una consigna capaz de unificarlas, de fortalecerlas: la del gobierno de los trabajadores.

Al mismo tiempo explicamos, sobre la base de ejemplos sacados del programa y de la actividad tanto presente como pasada de los partidos obreros tradicionales que no tenemos ninguna confianza ni en la voluntad de las direcciones reformistas de luchar efectivamente por obtener la satisfación de las reivindicaciones de masas, ni en la eficacia de los medios parlamentarios para alcanzarlos.

Sin embargo estamos dispuestos, puesto que las masas depositan aún su confianza en estos partidos y direcciones a hacer la experiencia con ellas de un gobierno de estos partidos. Pero para asegurar el desarrollo de las movilizaciones ponemos el acento en la necesidad de una ruptura de todos los lazos de los partidos obreros mayoritarios con la burguesía. Mostramos que estas movilizaciones presentan la única garantía para conseguir las exigencias económicas y sociales, para derrocar al gobierno burgués y reemplazarle por un gobierno de estos partidos con motivo de eleccones o por la acción directa, para estar preparados a exigir de este gobierno la satisfacción de sus reivindicaciones, como para responder a las tentativas de la reacción.

Las secciones de la IV Internacional no hacen de la adopción de su programa un requisito previo o una condición de la lucha por un gobierno del o de los partidos mayoritarios de la clase obrera. Pero al mismo tiempo, desarrollan una agitación constante en torno a las reivindicaciones transitorias que en su opinión deberían formar el programa de un gobierno obrero que permita el acceso al poder de los trabajadores. Además los trotskystas insisten en la importancia de la organización unitaria e independiente de las masas (comités, consejos) para lograr sus exigencias y sus aspiraciones y para tomar todas las iniciativas necesarias para la defensa de sus intereses frente a la política del gobierno.

39.1. La perspectiva general de orientar políticamente a la clase obrera frente a la burguesía y de denunciar pedagógicamente la política de colaboración de clases de los PCs y de los PSs, puede concretarse bajo múltiples formas, según la situación de los distintos países, las relaciones entre los partidos reformistas y la clase, el nivel de conciencia y de actividad del proletariado.

En los países donde una parte importante del proletariado mantiene vínculos o está todavía fuertemente influenciado por los partidos burgueses (Grecia, Países Bajos, Bélgica, Suiza, Irlanda por ejemplo), una doble batalla se hace indispensable. Por una parte es necesario en diversas ocasiones (elecciones, referendums, debates parlamentarios, conflictos sociales), explicar por qué, con el fin de favorecer su lucha, es urgente que los trabajadores retiren su apoyo a los partidos burgueses, voten por sus partidos de clase y les apoyen. Esta retirada del apoyo de fuerzas obreras a un partido burgués puede concretarse también en una consigna que reivindique la ruptura de los vínculos que atan los sindicatos a un partido burgués y la creación de un partido obrero que se apoye en estos sindicatos (por ejemplo, la CSC en Bélgica). Por otra parte, hay que llevar una campaña para que los partidos obreros contribuyan a esta desvinculación de los partidos burgueses, retomando activamente las exigencias de todos los trabajadores. Paralelamente es indispensable acompañar esta propaganda de una agitación para demostrar que una política de independencia de clase pasa por la ruptura de la "paz social" y el desarrollo de la acción directa.

En los países donde la socialdemocracia forma el gobierno sola, hay que exigir que dé satisfacción a las exigencias de los trabajadores que la han mandatado y no a los imperativos del beneficio capitalista.

Simultáneamente, los trotskystas, contra la amenaza esgrimida, por ejemplo, por las direcciones del SPD o del Partido Laborista británico, de la vuelta al poder del CDU/CSU o de los Conservadores, explican que los trabajadores deben luchar por sus reivindicaciones pues las movilizaciones representan el mejor medio para luchar contra el retorno eventual de los partidos burgueses al gobierno. Esto debe combinarse con una campaña sobre un conjunto de reivindicaciones que permitan hacer frente a la política de austeridad del capital y del gobierno.

En una situación como la que se dió en Gran Bretaña en 1977-1978, para determinar su actitud sobre la cuestión gubernamental en vista de los acontecimientos electora les, los trotskystas partían de las consideraciones siguientes. La burguesía no ha logrado modificar las

relaciones de fuerzas entre las clases, pero ha obtenido algunas victorias gracias a la colaboración de las direcciones burocráticas. La fuerza de la burguesía no está por tanto en el vigor de sus propios partidos, sino en la politización limitada del conjunto de la clase obrera y la debilidad de su vanguardia. En estas condiciones, una derrota laborista no representaría de ninguna forma un paso adelante para los trabajadores. Al contrario, un gobierno conservador optaría por una política más reaccionaria, no solo en el terreno económico sino en el terreno social y de los derechos democráticos. Sobre esta base nacerían nuevas ilusiones entre las masas comprendiendo una parte de los trabajadores avanzados, sobre el rol y la naturaleza de un gobierno laborista. Es por tanto la tarea de los trotskystas, en el momento de las elecciones, llamar a un gobierno del Partido Laborista al que los trabajadores exigirán la satisfacción de sus reivindicaciones. Adoptarán una actitud análoga en Alemania frente al SPD, poniendo el acento en la necesidad de romper la coalición con los liberales.

En los países donde PS y PC detentan la mayoría de la clase obrera (Italia, España, Portugal, Francia) entablamos la batalla siguiente. Contra la política de austeridad, se trata de construir la unidad de los trabajadores y sus organizaciones sobre la base de reivindicaciones que respondan a las exigencias de los trabajadores, de derrocar el gobierno burgués, de imponer un gobierno de los partidos mayoritarios de la clase obrera, el PS y el PC. Para realizar esta unidad en la acción, PS y PC deben romper políticamente con la burguesía, con sus partidos, con sus instituciones, con la defensa de sus intereses.

39.2. Según las circunstancias, la utilización en nuestra propaganda de una consigna gubernamental puede tener como fin principal preparar a los cuadros obreros a hacer frente a los problemas políticos centrales que las masas encontrarán en el curso mismo de su lucha. Desde luego, tal consigna ocupa un lugar importante en la propaganda pero las reivindicaciones y las consignas que corresponden a las tareas de los trabajadores en su respuesta inicial a la ofensiva del capital deben estar en primer plano.

Por el contrario, la propaganda y la agitación por la consigna gubernamental y por un sistema de reivindicaciones transitorias pueden ocupar el primer lugar en la intervención. En caso de crisis gubernamental, de convocatoria electoral, o de una lucha generalizada, es posible que la agitación sobre la consigna solamente del gobierno, tome circunstancialmente un rol central. La consigna de ruptura de alianzas entre partidos de la clase obrera y partidos burgueses no puede resumir en sí misma la cuestión de la ruptura de la clase obrera con la clase buguesa. Sin embargo esta consigna debe permitir explicar concretamente a los trabajadores cómo estas alianzas entre las direcciones reformistas y uno o varios partidos burgueses son los medios para aplicar una política de colaboración de clases,cómo se oponen al avance de las exigencias obreras y a la mejora de las relaciones de fuerzas en favor de los trabajadores.

Nuestro criterio de utilización de la consigna gubernamental está guiado por la voluntad de explicar a los trabajadores la necesidad de romper políticamente con la burguesía. La forma de levantarla debe tener estrictamente en cuenta la situación política concreta, la dinámica del movimiento de masas, la posibilidad o no de que los trabajadores se comprometan a corto plazo con una lucha extraparlamentaria contra un gobierno de los partidos burgueses o de coalición, etc.

Situación prerrevolucionaria y crisis revolucionaria

40. Mayo 1968 en Francia, el otoño de 1969 en Italia y especialmente el verano y el otoño de 1975 en Portugal han demostrado que una crisis prerrevolucionaria no se puede reducir a un movimiento huelguístico, a una huelga general, sino que es el producto de una interrelación entre la acción directa de las masas que entran en la escena política, y una crisis de los mecanismos de dominación burguesa que no pueden reducirse a una crisis gubernamental.

Cuanto más aumenta el grado de iniciativa propia de las masas trabajadoras más se multiplican las experiencias de autoorganización —a nivel de las empresas y de las localidades—, y el control obrero que desborda el marco estricto del lugar de trabajo, más se amplía el terreno donde se ejerce un comienzo de poder proletario. A partir de aquí se agudizan los conflictos no solamente con el aparato represivo del Estado burgués, utilizado para hacer retroceder al movimiento de masas y de las bandas armadas, sino también con las instituciones de la democracia burguesa representativa.

Burguesía y direcciones reformistas tratan de oponer la legitimidad de estas instituciones a la naciente soberanía de los comités o de los consejos, con el fin de reducir su esfera de poder, de ahogar su desarrollo y finalmente liquidarlos. La apertura de tal situación conduce inevitablemente a enfrentamientos más o menos generales que unas veces desembocan en un retroceso del movimiento de masas, que puede ser momentáneo, y otras en avances decisivos hacia una centralización efectiva de los órganos de poder obrero y del surgimiento de una verdadera situación de doble poder.

40.1. Así, a partir del grado de actividad de las masas y de la crisis de la sociedad burguesa en cada país, los marxistas revolucionarios prepararán conscientemente a los obreros avanzados para hacer frente a las tareas planteadas por el surgimiento de una situación prerrevolucionaria.

Para ello insistirán en:

* la democracia sindical, la elección de comités de huelga responsables ante las asambleas generales de los huelguistas y revocables por ellas;

* la coordinación y la generalización de las luchas obreras parciales con el fin de superar su falta de eficacia y para hacer de ellas el instrumento de lucha contra la política gubernamental de austeridad;

* la posibilidad de coordinaciones locales, sectoriales, regionales, de comités de huelga, de comités de lucha, de comités de fábrica, hasta el llamamiento a la convocatoria de una asamblea nacional de comités de huelga;

* la ampliación de las tareas de los diversos comites (de huelga, de fábrica, comités sindicales, etc.) más allá de la gestión propia de la lucha o del estricto territorio de la empresa hacia funciones que implican una dimensión de contestación del poder del Estado (organización de servicios públicos durante una huelga general, organización de la vigilancia popular como en septiembre de 1974 y marzo de 1975 en Portugal, organización del abastecimiento, etc.);

* la necesidad de proteger las luchas y las organizaciones de los trabajadores contra la acción de las bandas armadas y de las fuerzas represivas de la burguesía que no dudará en utilizar todas las formas de violencia para mantener su dominación.

* la importancia vital de que las organizaciones del movimiento obrero apoyen totalmente la lucha de los soldados contra la jerarquía militar y por sus derechos democráticos.

A partir de un cierto grado de desarrollo de las estructuras de autoorganización (consejos obreros de diversos tipos) y de la extensión de su campo de intervención, su

coordinación y su centralización a escala regional y nacional se convierte en una tarea primordial. Deben basarse en las necesidades objetivas de los trabajadores: extensión y articulación del control obrero (vinculación entre los sectores bancarios, industriales y agrícolas), establecimiento de un plan de soluciones obreras a la crisis, organización de la respuesta contra la represión o los manejos reaccionarios, así como el sabotaje económico, etc.

Esto debe venir acompañado de una orientación de frente único que ponga en primer plano la defensa de la independencia y de la unidad de acción de la clase. El llamamiento al frente único de las organizaciones políticas y sindicales mayoritarias de la clase —condición para mantener y consolidar la acción unida de las masas trabajadoras— debe combinarse con la explotación de todas las posibilidades de concretarlo a nivel de comités, de consejos.

En la prolongación de esta orientación de frente único, la propaganda y la agitación por una consigna gubernamental deben popularizar la necesidad para la clase obrera de enfocar la solución de sus problemas en términos de poder.

Para asegurar el desarrollo de las estructuras de autoorganización, para garantizar la unidad de las clase obrera, la lucha por el respeto más estricto de la democracia obrera en el seno de los comités, de los consejos, tienen una importancia capital.

40.2. La aparición de una situación de doble poder implica un proceso combinado de descomposición del poder burgués —aunque se mantenga una autoridad central de la burguesía basada en el aparato represivo del Estado— y de emergencia del poder obrero que para afirmarse exige estar centralizado.

Pero el derrocamiento del poder estatal de la burguesía y la afirmación del poder de los consejos exigen previamente que la crisis de legitimidad, a los ojos de las masas, de las instituciones burguesas alcance un punto de ruptura. Es necesario que las masas hagan la experiencia práctica de luchas y de movilizaciones durante las cuales puedan comprobar los límites que ponen a su libertad de acción las instituciones burguesas y donde se pone de manifiesto el carácter represivo del régimen burgués, defensor de la propiedad privada. Es necesario que en sus luchas puedan hacer el aprendizaje de formas superiores y nuevas de democracia.

El desarrollo mismo de los consejos y de su esfera de actividad provoca una disgregación del Estado burgués, en el sentido de una reducción del ámbito sobre el cual se ejerce directamente el control del poder central de la burguesía (telecomunicaciones, transportes, medios de comunicación de masas, red bancaria, etc.).

El proceso de descomposición del aparato de Estado capitalista alcanza también al ejército. Bajo el impulso de las movilizaciones obreras, del trabajo antiimperialista en el seno del ejército burgués y de la lucha por los derechos democráticos de los soldados, pueden aparecer comités de soldados que pongan fuertemente trabas al funcionamiento del aparato militar y permitan ganar los soldados a la causa de los trabajadores.

Contra la violencia legal e ilegal que la burguesía desatará, las masas deben organizarse para la protección de sus actividades, de las organizaciones obreras, de sus locales y de su prensa. En los sindicatos y en los consejos planteamos la necesidad de formar grupos obreros de autodefensa y plantearemos en un momento dado, la consigna de la creación de milicias obreras.

Una situación de doble poder conduce inevitablemente a un enfrentamiento decisivo entre las clases; la suerte de la sociedad depende de su resultado. La condición irremplazable para asegurar la posibilidad del establecimiento del poder de los consejos reside en la existencia de un partido revolucionario arraigado en la clase obrera industrial, capaz de arrancar la dirección política de la aplastante mayoría del proletariado a los aparatos reformistas.

41. Las tentativas de refuerzo y de centralización del poder de la clase capitalista a nivel de Europa no pueden más que estar en contra de los intereses de la clase obrera, del desarrollo de sus luchas y de la revolución socialista.

Nuestra propaganda contra la Europa de los monopolios y de los bancos, contra las instituciones europeas de la clase capitalista debe ser desarrollada a partir de la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Tal orientación se basa a la vez en las exigencias de las masas trabajadoras y en la necesidad histórica de superar el marco del Estado nacional que es, desde hace decenios, una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas en Europa.

La lucha por los Estados Unidos Socialistas de Europa plantea inmediatamente la cuestión de la dialéctica entre la revolución socialista en Europa capitalista y la revolución política en los Estados obreros burocratizados. El ascenso de las luchas obreras en las "democracias populares" posee hoy un enorme eco entre los trabajadores de Europa occidental. Contribuye a agravar la crisis de los PCs y a su vez, crea nuevas posibilidades para las iniciativas de solidaridad de los trabajadores de Europa capitalista con la lucha antiburocrática. Además las reivindicaciones surgidas en el transcurso de las movilizaciones de masas en Checoslovaquia, en Polonia, en Yugoslavia, en Rumania, etc., comienzan a concretar ciertos aspectos del programa de la revolución política. Estas luchas permiten también explicar los vínculos fundamentales existentes entre los objetivos históricos de la clase obrera de los países capitalistas y los de los trabajadores de los Estados obreros burocratizados. Igualmente, las luchas anticapitalistas y la larga discusión que se desarrolla en el movimiento obrero occidental sobre las relaciones entre democracia y socialismo contribuyen a reforzar la lucha antiburocrática. Revolución política y revolución socialista están dialécticamente ligadas.

En la Alemania dividida en dos Estados que responden a sistemas sociales diferentes, el de la RFA y el de la RDA, es donde esta cuestión aparece de forma más tangible. La división de Alemania ejerce todo su peso en el mantenimiento del statu quo; permite frenar el ascenso de la actividad del proletariado más poderoso de Europa. Pero cualquier impulso de las movilizaciones de masas en una parte de Alemania repercute sobre la otra y generalmente sobre Europa entera.

Nosotros unimos el fin de la división de la nación alemana a la unificación socialista de Alemania, basada en la revolución política en RDA y en la revolución social en RFA. En efecto, nos oponemos a cualquier unificación que desmantele los fundamentos económicos del Estado obrero de la RDA.

Defendemos la consigna de retirada de las tropas de ocupación de la RFA y de la RDA, respectivamente las tropas aliadas, en particular las fuerzas americanas, y las de la URSS. En efecto, esta doble ocupación militar tiene como misión asegurar de una parte y de otra, en esta región clave de enfrentamiento entre el campo imperialista y los Estados obreros burocratizados, la estabilización de la situación social y política. Llegado el caso, su objetivo es impedir tanto la revolución socialista en la RFA como la revolución política en la RDA.

La presencia de poderosos ejércitos dotados de un gigantesco armamento nuclear en las dos partes de Alemania, representa un peligro de guerra nuclear, con las consiguientes consecuencias catastróficas para el futuro del conjunto de la humanidad.

La construcción de las secciones de la IV Internacional

42. La construcción de las secciones de la IV Internacional y la defensa del conjunto de su orientación política exigen concentrar sus fuerzas en torno a campañas centrales. La implantación en la clase obrera y el trabajo de masas sistemático no están en contradicción con esta orientación. Estas campañas de gran intensidad permiten combinar la difusión de los análisis y de las posiciones generales de los trotskystas con la defensa de las reivindicaciones y de las consignas que corresponden a las exigencias de los trabajadores y cuya adopción favorece la elevación del nivel de su conciencia y de su actividad. Hacen converger las fuerzas de las secciones con los objetivos prioritarios. Dotan a las secciones de un marco de intervención unificado. Facilitan el reclutamiento.

Estas campañas se articulan a diversos niveles.

* Las secciones deben desarrollar una propaganda y una agitación específica en torno a consignas o reivindicaciones que sinteticen su respuesta ante los acontecimientos políticos y sociales que caracterizan la coyuntura. La prensa de las secciones y la publicación de un material adecuado juegan un papel importante en el lanzamiento y el progreso de tales campañas políticas. Son numerosos los ejemplos: campañas por la disolución de la Asamblea Nacional y por un gobierno PS-PC en Francia después de las elecciones municipales de marzo de 1977; campaña por las elecciones inmediatas y por una Asamblea Constituyente en Portugal después del 25 de abril de 1974; campaña contra la política de "compromiso histórico" y por un gobierno PS-PC en Italia después de las elecciones regionales de 1975; campaña por una huelga general organizada por el frente común sindical a principios de 1977 en Bélgica; campaña por la amnistia total de todos los presos políticos y la disolución de los cuerpos represivos en España en 1975, etc.

* Las secciones pueden tomar la iniciativa de frente único orientada hacia los partidos mayoritarios de la clase obrera, las organizaciones sindicales y los grupos centristas, con el fin de constituir organismos unitarios o cártels que favorezcan la lucha por ciertas consignas. Emprenden esta tarea con todas las personas u organismos que estén dispuestos a cumplirla. No someten el lanzamiento de tal campaña a la posibilidad previa de incluir en ella a los partidos obreros mayoritarios. La experiencia prueba una vez que esta acción unitaria es puesta en práctica, ejerce un poder de atracción sobre los sectores influenciados u organizados por los partidos reformistas. Esto puede obligar a estos últimos o a algunos de sus sectores a unirse a tales campañas si las secciones multiplican estas iniciativas de agitación prolongada en favor del frente único de las organizaciones de la clase obrera.

* Estas campañas pueden tener repercusión en las organizaciones de masas, en los sindicatos, los militantes de las secciones se esfuerzan por hacer adoptar mociones y hacer tomar iniciativas que permitan reforzar estas movilizaciones. Estas propuestas deben contribuir a estimular una discusión durante la cual podrán ligar la explicación de la validez de las consignas propuestas con su programa político de conjunto.

42.1. Los rasgos comunes que revelan la evolución de la lucha de clases en Europa capitalista, más allá de sus desigualdades, indican la posibilidad para las secciones de emprender campañas en torno a diversos temas. A título de ejemplo:

* Una campaña por una respuesta coordinada de los salarios a escala europea contra las maniobras de los trusts multinacionales y por una coordinación permanente de los delegados sindicales de las compañías multinacionales.

* Una campaña por una ofensiva común de las organizaciones sindicales a escala europea por las 35 horas sin disminución del salario, como medida inmediata de lucha frente al paro.

* Una campaña en favor del derecho al aborto libre para todas, comprendidas las menores y las inmigrantes, y para que existan posibilidades materiales de que este derecho sea ejercido, debe proporcionar la base de una reactivación del movimiento de mujeres y de su unión con las organizaciones obreras. Esta campaña puede dar forma a amplias iniciativas unitarias que pueden coordinarse a escala europea.

* El desarrollo de un movimiento de masas desde 1974-1975, contra la construcción o la puesta en marcha de centrales nucleares o por la desactivación de centrales en funcionamiento, ofrece grandes posibilidades de intervención coordinada por las secciones.

Con nuestra intervención nos esforzamos por desarrollar un movimiento de masas —estructurado democráticamente y apoyado por las organizaciones obreras— capaz de hacer surgir todo el potencial de movilización que puede suscitar esta lucha. Las formas de acción deben estar subordinadas a este objetivo.

Intentaremos también, por diversas formas tácticas (moratorias, referendums, etc.) implicar al movimiento obrero organizado o sectores de éste, en estas luchas y ampliar el movimiento antinuclear. Combinamos la oposición a la construcción o puesta en marcha de centrales nucleares y de planta de recuperación, nuestra reivindicación de clausura de las plantas en servicio, con las consignas de nacionalización bajo control obrero del sector de producción de energía y de reorientación de este último. Unimos estas reivindicaciones con todas aquellas que intentan aclarar el embrollo de los intereses capitalistas privados y de la participación estatal en la construcción de centrales (apertura de libros de cuentas, etc.) con aquellas que permitan tomar todas las medidas de control referentes a la seguridad de los trabajadores y la lucha contra la polución.

* Una campaña para denunciar el rol represivo del ejército utilizado contra los pueblos en lucha en los países semicoloniales y contra la clase obrera en los Estados imperialistas de Europa. Impulsamos la formación de comités de soldados, independientes de la jerarquía militar, formados en base a la defensa de la libertad de organización y de expresión de la tropa. En los sindicatos, tomamos todas las iniciativas que puedan favorecer la ligazón de estos comités con el movimiento sindical. Combatimos para que el movimiento obrero asuma la defensa de los soldados en lucha por sus derechos.

* En varios países de Europa el desarrollo de la crisis ha vuelto a dar un cierto vigor a las organizaciones de extrema derecha o fascistas. Cualesquiera que sean los límites actuales, estas organizaciones constituyen no obstante un peligro real que las secciones de la IV Internacional deben combatir permanentemente.

La actitud de los trotskystas en este terreno se basa fundamentalmente en la necesidad de movilizar al movimiento de masas por la lucha antifascista. Esta línea de acción de masas es ajena a una orientación que sustituya la amplia movilización por la actividad de algunos grupos de militantes. Se opone también a la línea de los partidos reformistas que ocultan generalmente su pasividad bajo estridentes declaraciones exigiendo del Estado burgués que reprima a los fascistas. Trotsky estigmatizaba así esta actitud: "los trabajadores no pueden dejar que el puño de acero del Estado burgués sustituya la lucha que ellos deben librar a través de sus propias organizaciones y su propia prensa. Hoy, el Estado puede aparecer "amablemente" dispuesto ante la organizaciones obreras; mañana el gobierno puede caer, caerá en manos de los elementos burgueses más reaccionarios. En este caso, toda la legislación restrictiva en vigor se volverá contra los

trabajadores. Sólo los aventureros, que no piensan mas que en función de los intereses del momento, pueden negarse a evitar este peligro". ("La clase obrera y la libertad de prensa", 1938).

En esta lucha, no debemos dar pretextos para la restricción por la burguesía de cualquier derecho de expresión o de organización —aunque estos sean utilizados por las organizaciones de extrema derecha o fascistas— que servirá de hecho para luchar contra la clase obrera. La lucha contra la peste fascista debe ser tarea de las organizaciones obreras unidas en la acción y arrastrando a las masas.

* La reanimación de la actividad militar y política del imperialismo europeo, especialmente en Africa así como la explosión de un movimiento de masas en países dominados por el imperialismo marcan la importancia de las movilizaciones antiimperialistas.

Las secciones de la IV Internacional deben mantener una propaganda permanente sobre estos problemas y cada vez que sea necesario, trabajar por la constitución de comités unitarios antiimperialistas. Las secciones de los países donde la burguesía interviene militarmente contra la lucha de liberación de un pueblo, tienen además la responsabilidad particular de tomar iniciativas para la constitución de organizaciones de masas que exijan la retirada inmediata de las tropas imperialistas y defiendan el derecho de estos pueblos a disponer de sí mismos. Las intervenciones militares en el Zaire, en el Líbano, en el Chad, en Mauritania, y las respuestas que tales intervenciones provocaron son ejemplos de este tipo de trabajo internacionalista, en el cual las organizaciones de la juventud unidas a la IV Internacional pueden también desempeñar un papel motor. La lucha por la retirada de las tropas británicas de Irlanda es otro ejemplo.

En el marco de nuestras campañas antimilitaristas y antiimperialistas, propagamos la consigna de ruptura de los vínculos de cada Estado con la OTAN y de ruptura de todas las alianzas interimperialistas en el seno mismo de la Europa capitalista.

* La represión estalinista de la que son víctimas los trabajadores, intelectuales y militantes, especialmente las minorías nacionales, en la URSS y en las "democracias populares" reclama una campaña en favor de los derechos democráticos en los Estados obreros degenerados o deformados. Pronunciándose por la liberación de todas las víctimas de la represión burocrática, nos empeñamos especialmente en impulsar la organización por el movimiento obrero de los prisioneros políticos que se reivindican del socialismo y del comunismo. Un ejemplo de estas campañas fue la que se lanzó con éxito por la liberación de Rudolf Bahro; es con la misma fuerza con que debe ser organizada la solidaridad con Petr Uhl y sus camaradas prisioneros en Checoslovaquia. Desarrollamos una campaña particular dirigida a los PCs y los sindicatos que controlan con el fin de que se pronuncien a favor de la liberación inmediata de estos prisioneros. Nos empeñamos también en ganar el apoyo de las organizaciones obreras para una acción por el derecho de huelga y la independencia sindical en los Estados obreros burocratizados.

* El número de víctimas de la lucha de clases, prisioneros y torturados, aumenta constantemente. El trabajo de defensa de los prisioneros políticos, desarrollado desde hace muchos años por las secciones de la IV Internacional en los comités unitarios de lucha contra la represión, debe ser periódicamente reanimado por campañas centrales sobre casos particularmente simbólicos que permitan sensibilizar amplios sectores del movimiento obrero con este trabajo de elemental solidaridad de clase. La defensa de las organizaciones de la IV Internacional o de sus militantes debe ocupar evidentemente un lugar prioritario en los esfuerzos de los militantes trotskystas.

Campañas electorales

43. En el periodo actual, en el seno de los países capitalistas de Europa, las consultas electorales reflejan claramente la polarización entre las clases. Colocan en el centro de los debates todas las cuestiones políticas, sociales y económicas clave: problemas de gobierno, de política de austeridad, de alianzas entre partidos burgueses y partidos de la clase obrera, etc.

Por regla general, debemos aprovechar tales situaciones, presentar candidatos a fin de difundir nuestras soluciones políticas de conjunto, ampliar nuestra audiencia y construir nuestras secciones.

Debemos insistir de forma simple y pedagógica, en los elementos decisivos del programa que reponde a la crisis social y económica. Las campañas electorales deben ser la oportunidad para nosotros de popularizar la orientación de independencia política de la clase obrera, especialmente en términos de gobierno de los partidos obreros mayoritarios.

Además recurriremos a todos los ejemplos de lucha, de manifestaciones de opresión, y de los acontecimientos sociales y económicos que permitan ilustrar la actualidad de un sistema de reivindicaciones transitorias.

Según las circunstancias, puede ser útil concluir una alianza electoral con otras organizaciones del movimiento obrero. Una tal decisión táctica no debe conducir a excluir de una plataforma electoral común, los elementos decisivos de nuestras soluciones políticas de conjunto, y mucho menos plegarnos a una plataforma electoral que incluya soluciones políticas que den un aval a fórmulas de colaboración de clases. Como tampoco, concluir acuerdos que incluyan, por ejemplo una caracterización de clase errónea de los partidos obreros mayoritarios, que puedan impedirnos llegar con nuestro programa a las filas de estos partidos y a las masas en general.

Cuando las secciones no presentan candidatos o solamente lo hacen en ciertas circunscripciones o no se presentan en la segunda vuelta, en las elecciones a dos vueltas, se pronuncian en general por un voto de clase en favor de los candidatos de los partidos obreros. Esta consigna de voto no implica ni la aprobación, ni el apoyo crítico al programa o a la orientación de estos partidos. Se basa, por una parte, en la defensa de una política de independencia de clase que se expresa en esta ocasión por un voto de clase y, por otra en un juicio sobre los efectos objetivos de una posible derrota electoral de los partidos burgueses o de un refuerzo, siquiera en este terreno, de los partidos de la clase obrera. La consigna de voto es una cuestión táctica, pues su formulación está evidentemente ligada al análisis de la situación política concreta. El único principio reside en nuestro rechazo absoluto de votar a favor de formaciones burguesas o pequeño-burguesas, pues esto se opone a una política de independencia de clase.

La intervención sindical

44. La tarea prioritaria de las secciones de la IV Internacional consiste en ligarse al movimiento de centenares de millares y de millones de trabajadoras y trabajadores —ante todo en los sectores decisivos de la industria—, que buscan en los sindicatos los instrumentos de defensa de sus intereses y de lucha por la protección y mejora de su nivel de vida frente a la ofensiva patronal y gubernamental.

El trabajo sindical de los trotskystas tiene por fin reforzar la organización sindical, incrementar el espíritu de lucha de los trabajadores afiliados, de hacer de los sindicatos herramientas eficaces del combate diario y permanente de proletariado contra la explotación capitalista, a fin de preparar a amplias masas obreras —a través

de la experiencia de la gestión y dirección de sus luchas— para tomar en sus manos la dirección y la gestión de toda la sociedad. Cualesquiera que sean las diversas tácticas dictadas por las condiciones específicas de lucha, nuestro trabajo tiene por perspectiva elevar el nivel de conciencia de los afiliados, armarlos con un programa y una dirección, hasta evidenciar ante ellos el irreconciliable antagonismo entre sus intereses y aspiraciones de terminar con la explotación y la opresión, por una parte, y por la otra, la política de colaboración de clase de los aparatos burocráticos. Cualesquiera que sean las múltiples mediaciones, también en el terreno sindical, los militantes marxistas revolucionarios se orientan desde el punto de vista de que únicamente la revolución socialista puede dar solución a las necesidades fundamentales de las masas trabajadoras.

La combinación entre tal orientación y una tenaz actividad en el curso mismo de las luchas en que se encuentra empeñado el movimiento sindical, puede ganar para los militantes trotskistas la estima de amplias capas de trabajadores sindicados así como la confianza política de los elementos más avanzados insertos en los sindicatos. El trabajo sindical es un elemento esencial en la construcción de un partido revolucionario del proletariado. Su desarrollo permite medir los avances realizados en este sentido.

44.1. El eje de nuestra estrategia sindical es la defensa encarnizada de la independencia del movimiento sindical frente al Estado burgués. Esto implica:

1) Una batalla por el derecho de organización y actividad sindical en la empresa, una lucha por el derecho de huelga contra las medidas que tiendan a restringir la libertad de acción y de negociación de los sindicatos, contra el sistema de preaviso de huelga y de conciliación obligatoria antes de la iniciación de un conflicto laboral, contra las multas por "uso abusivo" del derecho de huelga, contra el arbitraje obligatorio impuesto por vía legislativa, contra los referéndums organizados por el Estado para decidir sobre la continuación de una huelga, contra las restricciones al derecho a organizar piquetes de huelga,etc.

2) Un combate por la democracia sindical a todos los niveles, incluido el derecho de tendencia; esto es necesario para movilizar toda la fuerza de la base sindical contra la patronal y el gobierno y para demostrar la potencia de las organizaciones sindicales. Denunciamos cualquier limitación por la burocracia sindical del derecho de huelga que tiene a legitimar el argumento de que las luchas de los trabajadores están en el origen de la profunda crisis del sistema capitalista. En este marco, las secciones prestarán atención especial al combate contra las tentativas de los burócratas de expulsar de las filas sindicales a los militantes revolucionarios.

Para defender con eficacia estos dos elementos centrales de nuestra estrategia sindical, es necesario ligarlos completamente a nuestras propuestas de acción contra la política de austeridad.

Ante todo, el sindicato debe convertirse efectivamente en el arma de todos los trabajadores y trabajadoras. Es por ello que somos partidarios de que las organizaciones sindicales asuman las reivindicaciones formuladas por todas las capas explotadas y oprimidas.

Batallamos por la plena participación de las trabajadoras, de los inmigrantes, de los parados, de los jóvenes trabajadores, en la vida sindical, y defendemos su derecho a disponer de instancias propias para la discusión y elaboración de sus reivindicaciones específicas, facilitando así la movilización del máximo de fuerzas frente a la ofensiva del capital. Al mismo tiempo denunciamos los intentos burocráticos de burlar las exigencias de las mujeres trabajadoras, de los inmigrantes o de los jóvenes, encerrándolos en el ghetto de unas comisiones sindicales que funcionan en punto muerto, separadas de las instancias regulares del sindicato, que a su vez se vacían y son más fáciles de someter a la tutela de los aparatos.

El empuje instintivo de los trabajadores a forjar su unidad, en los momentos de ascenso de las luchas, para mejor hacer frente a los ataques capitalistas, plantea con mayor fuerza la cuestión de la unidad de acción y de la unificación sindical.

En los países donde existen varias confederaciones sindicales nacionales, los trotskistas luchan en todos los sindicatos en que militan por la unidad de acción entre ellos, a todos los niveles. Asimismo, luchan por la transformación en auténticos sindicatos de las organizaciones corporativas de determinados sectores asalariados (asociaciones de enfermeras, organizaciones de empleados) y por su integración en las centrales sindicales.

Igualmente avanzan la perspectiva de la constitución de una central única independiente y democrática, de los trabajadores. Las burocracias sindicales perpetuan la división organizativa con el fin de defender sus privilegios de aparatos separados y de frenar la organización de una respuesta de conjunto de todos los trabajadores asalariados.

Los militantes marxistas revolucionarios insisten constantemente en la necesidad de la democracia en los sindicatos; sin embargo, no hacen del derecho de tendencia una condición previa para la fusión sindical.

44.2. Los mismos problemas a que se enfrentan los trabajadores en sus movilizaciones por sus reivindicaciones inmediatas, así como la orientación general de los aparatos burocráticos, ponen de manifiesto la insuficiencia de las críticas parciales contra tal o cual aspecto de su línea.

Además, el reflejo en los sindicatos de los problemas políticos generales subrayan la necesidad de una alternativa global a la política de colaboración de clases de las direcciones. Por último, la fuerza de los aparatos se basa en su capacidad para mantener la fragmentación de las oposiciones a su política.

Todos estos factores señalan la importancia de una estrategia de construcción de una tendencia de lucha de clases a fin de arrebatar la dirección de los sindicatos a los aparatos del PS y del PC, para asegurar su independencia completa frente al Estado burgués y para hacer de ellos instrumentos de la emancipación del proletariado.

No existe en ningún sindicato europeo una verdadera tendencia de lucha clasista, ni aún en su estado inicial. A pesar de ello, amplias capas de trabajadores buscan nuevas respuestas a los problemas a que se enfrentan y pueden ser ganados a esta perspectiva.

En numerosos sindicatos se ha esbozado la constitución de reagrupamientos de militantes opositores que manifiestan su oposición a la línea de los aparatos. Se han manifestado en el plano local, regional o al nivel de toda una federación. Su grado de organización es muy variable.

Estas oposiciones se han expresado con ocasión de congresos sindicales. Son impulsados a veces por direcciones intermedias, con motivo de las discusiones que preceden a la renovación de un convenio o durante el debate sobre la orientación del conjunto de los sindicatos frente a la política de austeridad.

Por ejemplo, en Italia, han aparecido bajo la forma de la organización de iniciativas que reunían a centenares de delegados de empresas (en marzo de 1977, en Milán), para discutir una alternativa frente a la política de las direcciones confederales. Igualmente, amplios reagrupamientos de delegados se pronunciaron a favor de las mociones que se oponían a la plataforma propuesta por

los tres sindicatos durante las asambleas regionales de preparación del congreso sindical de enero de 1978, que debía adoptar una posición abiertamente favorable a la austeridad.

De nuevo, corrientes de oposición se han manifestado cuando las movilizaciones por la renovación de los contratos de trabajo en 1978.

En Francia, estas oposiciones se revelaron durante los congresos de la CFDT. Existen de manera más permanente en distintas federaciones de la CGT y de la CFDT.

En Portugal, con ocasión de las elecciones de las direcciones sindicales, en varias federaciones se formaron reagrupamientos de oposición alrededor de listas de candidatos con plataformas de oposición a la línea de las direcciones reformistas.

En España, durante los congresos de la UGT y de las CC.OO. (1978), un importante porcentaje de delegados se reagrupó en torno de mociones en contradicción más o menos abierta con la orientación general propuesta por la burocracia. El potencial de oposición entre los delegados sindicales de empresas y también de las direcciones intermedias se manifestó con motivo de las discusiones sobre la firma del pacto de la Moncloa o de las que precedieron a su renovación o sobre el programa económico del Gobierno y el Estatuto de los Trabajadores.

En Gran Bretaña, en Bélgica, en Dinamarca y aún en la RFA, se ha desarrollado el mismo tipo de fenómeno, bajo formas más restringidas y con un grado inferior de politización.

El desarrollo de estas corrientes opositoras no pueden desembocar, por simple crecimiento numérico, en la formación de una verdadera tendencia. No hay que confundir una coyuntural oposición contra una dirección o un simple reagrupamiento de militantes revolucionarios en un sindicato con una tendencia de lucha de clases. Esta última exige una orientación y una plataforma de lucha de clases alternativa a la política de colaboración de clases de los reformistas, como también un grado relativamente elevado de organización y de dirección. No puede sino resultar de un proceso de diferenciación interna —incluso en el interior de las direcciones sindicales— que permita reagrupar a sectores enteros de los sindicatos, y hacer aparecer en la lucha una dirección revolucionaria alternativa creíble a los ojos de los afiliados. La maduración de este proceso depende de la interconexión de los siguientes factores: los progresos en la conciencia de la vanguardia obrera lograda en el curso de la intensificación de la lucha de clases, las relaciones de fuerzas entre esta vanguardia y los aparatos burocráticos, la capacidad de los militantes obreros organizados en las filas de nuestras secciones para ganar cada vez más trabajadores avanzados a tal orientación. Sin embargo, la aparición de las corrientes de oposición descritas más arriba es un eslabón importante en la formación de una tendencia de lucha de clases. En efecto, proponen reivindicaciones que forman parte del programa de lucha de clases, muestran la necesidad y la posibilidad de organizarse para formular propuestas alternativas a la política de colaboración de clases de las direcciones; revelan la importancia clave de la lucha por la democracia sindical en los procesos de transformación de los sindicatos en un instrumento de combate eficaz para todos los trabajadores; permiten a capas importantes de trabajadores avanzados elevar su nivel de conciencia y afirmarse como potenciales dirigentes revolucionarios de los sindicatos.

En la fase actual, nuestra intervención sindical debe prestar una atención particular a los diversos casos de reagrupamientos de oposición,. Teniendo en cuenta los ritmos posibles de su evolución luchamos por precisar y completar su base programática, por mostrar que la batalla contra el aparato burocrático pasa prioritariamente por la definición de una estrategia alternativa concreta de lucha contra la política del capital y del gobierno, para evitar la inclinación a perpetuar actitudes de "oposición permanente" y para defender nuestro objetivo estratégico, que consiste en dar una dirección revolucionaria al movimiento sindical. De ello se desprende que estas corrientes deben organizarse en base a las estructuras sindicales y cuando las relaciones de fuerzas con la burocracia lo permitan, ganar posiciones dirigentes. La tendencia de lucha de clases que luchamos por construir comprenderá a los actuales dirigentes sindicales ganados a esta perspectiva, a partir de que las instancias en las que se encuentran, presenten sus posiciones al conjunto del sindicato.

Lucharán por conquistar la dirección de los sindicatos a todos los niveles a fin de exprear todo el potencial de la movilización y de la orgánización sindical en la lucha anticapitalista. Esta tendencia no es una estructura separada del sindicato que resultaría del reagrupamiento sobre una plataforma revolucionaria, lanzada por algunos militantes, de miembros que afirmaran su acuerdo político con ella. En nuestra intervención con miras a estimular estos procesos de diferenciación, para hacer progresar la formación de reagrupamientos que cuenten con elementos de un programa de lucha de clases, podemos hacer bloques con corrientes que defiendan posiciones progresistas. Igualmente, ante una confrontación en el aparato sindical entre un sector crítico y las direcciones, podemos aportarle un apoyo a aquél a partir de nuestra valoración sobre la importancia de este conflicto para la evolución del conjunto del sindicato, por una parte, y por la otra, sobre los puntos precisos sobre los cuales se entabla esa batalla. Lo esencial, en situaciones como éstas, consiste en negarnos a ocultar nuestra propaganda sobre las resuestas que se correspondan a las exigencias de la lucha anticapitalista y en el firme mantenimiento de la propia organización de nuestra fuerza en el sindicato.

Podemos también contribuir a acentuar estos procesos de diferenciación y de cuestionamiento de una orientación de colaboración de clases, impulsando iniciativas y reagrupamientos en torno a temas tales como la lucha por el derecho al aborto o contra la construcción o puesta en marcha de centrales nucleares.

Cualesquiera que sean las formas impuestas por la represión burocrática, la lucha por la aparición de una tendencia de lucha de clases incluye la explicación política de nuestra concepción de la democracia sindical: Corrientes sindicales basadas sobre plataformas sindicales diferentes y no en base a la referencia a un partido político; aplicación por los sindicatos de la democracia obrera en el movimiento de masas, aceptando las decisiones democráticas de los comités de lucha, de los comités de huelga o de fábrica y de las asambleas soberanas del personal. En estas estructuras democráticas los sindicatos deben desempeñar un papel motor.

El papel clave del trabajo sindical en la construcción de las secciones de la IV Internacional, implica que sea puesto bajo la responsabilidad directa de la dirección cotidiana de la organización. Esta estrecha relación entre la dirección política de una sección y la intervención sindical debe facilitar al conjunto de las militantes sindicales la tarea de desarrollar en su intervención el conjunto de la línea política de la organización. Esto no significa adoptar una posición ultimatista o sectaria, sino que, a partir de los problemas concretos planteados en la vida sindical, ser capaces de popularizar con respecto a los otros militantes sindicales, los análisis y orientaciones políticas de los trotskistas.

Además, a fin de evitar la adaptación a posiciones economicistas o a las ideologías pequeño-burguesas, es importante que sea difundida una educación política sistemática y que los militantes estén organizados en fracciones sindicales, lo que ayudará a acrecentar la eficacia de su intervención permitiéndoles actuar colectivamente.

La intervención en dirección a los PS y los PC

45. La orientación de las secciones europeas de la IV Internacional en dirección a las masas influenciadas u organizadas por los partidos reformistas y, en consecuencia, a estos partidos mismos, tiende a presentar una estrategia alternativa a las de las direcciones reformistas.

De ninguna manera, esta orientación se opone a una intervención que tienda a desarrollar el movimiento de masas en terrenos donde los reformistas tienen menor presencia o son ignorados. Al contrario, el surgimiento de estos movimientos puede facilitar nuestra intervención en dirección a los partidos reformistas y acentuar sus tensiones y debates internos, con crecientes posibilidades de concretar el frente único.

45.1. En los países donde el partido socialdemócrata dispone de una influencia hegemónica o muy amplia en la clase obrera, es inevitable que un cambio en la actividad de los trabajadores y en el clima político se exprese en las filas mismas de este partido. Pueden surgir debates, conflictos internos, corrientes nacionales o locales más o menos estructuradas. Esto hace aún más importante una decidida orientación de frente único en base a propuestas concretas de unidad de acción planteadas en diversos terrenos.

Las formas de organización de los partidos socialdemócratas facilitan la realización de esta unidad en el terreno local o regional. Igualmente la naturaleza de las relaciones entre las organizaciones de la juventud socialdemócrata y los partidos favorecen la materialización de acciones comunes con éstas. Sobre estas bases puede resultar muy fructífero un debate de orientación con las oposiciones o corrientes críticas. En estos debates, debe ser puesto el acento sobre una crítica a la línea actual de las direcciones, ligándolas con un balance histórico de la socialdemocracia y de su función en salvaguardia de la sociedad capitalista. Se trata, pues, de luchar contra todas las ilusiones de reorientación o de degeneración de estos partidos.

Es esencial en los debates con las "tendencias de izquierda" de la socialdemocracia, hacer valer el conjunto de nuestras respuestas estratégicas y nuestras críticas, con el fin de demostrar la necesidad imperativa de la construcción de un partido revolucionario.

45.2. La nueva etapa de la crisis del stalinismo abre posibilidades muy importantes para la intervención y el desarrollo de las secciones de la IV Internacional.

En los PC, los debates versan sobre: la historia de la Internacional comunista, su estalinización y la de los PC, la naturaleza del "socialismo real" en la URSS y en las "democracias populares", la política internacional de la burocracia del Kremlin. Tales debates van acompañados de interrogantes crecientes sobre la línea y la práctica actuales de las direcciones de los PC frente a la política de austeridad de los gobiernos. Ademas, las tentativas de las esferas dirigentes de los PC de darse una nueva legitimidad a los ojos de los militantes, en momentos en que se instalan relaciones conflictivas con la burocracia soviética, los obligan a revisar la historia oficial de sus partidos, del PCUS y de la III Internacional. Así, se ven forzados a reevaluar el papel de las diversas corrientes y tendencias en el PC de la URSS como a abordar el problema de rehabilitación de dirigentes del Partido Bolchevique liquidados por Stalin. De tal manera, se sumergen en nuevas contradicciones dificilmente disimulables a pesar de sus esfuerzos en encontrar formulaciones sibilinas.

La táctica de frente único debe ser un instrumento privilegiado de una ofensiva de las secciones en dirección a los PC. Debe permitir a las secciones ser reconocidas como una corriente del movimiento obrero y crear las condiciones propicias para un debate sobre la línea del PC, partiendo de la experiencia de la unidad de acción a diversos niveles.

Debemos entablar una prolongada batalla polémica orientada hacia los PC, sabiendo establecer constantemente la relación entre su política actual de colaboración de clases y sus orígenes en la contrarrevolución thermidoriana y el ascenso del estalinismo.

Las secciones puede aprovechar las declaraciones autocríticas de las direcciones para sacar a luz las contradicciones de una gestión que consiste en enumerar una serie de "errores" sucesivos cuyo origen sería siempre accidental y que serían ajenos a una línea específica. Así, los PC, afirmando haber roto con el estalinismo, no efectúan ninguna crítica real de su propio "pasado" estalinista. El acento debe ser puesto en esta incoherencia a la que no pueden escapar.

Es desde el mismo ángulo que las secciones deben llevar una sotenida campaña por la rehabilitación de la "vieja guardia" bolchevique, y en primer lugar de Trotsky. Esta campaña debe ser la oportunidad para exigir a las direcciones de los PC que reclamen públicamente al gobierno soviético y al PCUS la rehabilitación de los dirigentes del partido bolchevique asesinados por Stalin; de subrayar que una verdadera rehabilitación requiere el reconocimiento explícito de la ruptura entre el partido de Lenin y Trotsky y el dirigido por la burocracia estalinista, es decir, la discontinuidad del leninismo y el estalinismo; exigirles poner a luz los métodos imperantes para la liquidación de los opositores en su propio partido; mostrar los lazos entre la eliminación de los dirigentes que defendían las ideas y llevaban un combate contra la usurpación burocrática de Stalin y la liquidación de los principios democráticos del centralismo revolucionario en el partido ruso y en la III Internacional.

Mientras se elevan voces en los PC reclamando más democracia y cuando en el seno mismo de los aparatos estos discursos son a veces retomados tácticamente, las secciones deberán llamar la atención contra todas las ilusiones que asimilen la "democratización" de los PC y una pretendida reorientación revolucionaria. Insistirán en las raíces de la política de colaboración de clases de las direcciones de los PC y en los vínculos existentes entre su desconfianza burocrática del movimiento de masas y el centralismo burocrático. Paralelamente, defenderán el centralismo democrático que implica el derecho a tendencia y de fracción, clarificando la función de la centralización política a escala nacional a internacional y por una estrategia revolucionaria de la conquista del poder por el proletariado.

Las críticas hechas por las direcciones o los dirigentes de los PC eurocomunistas al régimen de la URSS y de las "democracias populares" deben ser desarmadas por su incoherencia teórica. Pero se trata sobre todo de hacer una prueba práctica llevando una doble campaña. Primero, exigiendo que los PC pongan en claro su apoyo a las principales reivindicaciones aparecidas en los comienzos de las revoluciones políticas en la RDA en 1953, en Polonia y Hungría en 1956 o en Checoslovaquia en 1968, a saber, la separación del partido del Estado, el reconocimiento del derecho de huelga, la independencia de los sindicatos, la supresión de la censura, la supresión de la policía política, el derecho a la existencia de varios partidos, por la integridad de los derechos civiles y democráticos, el poder y la democracia de los consejos, etc, Segundo, interpelándolos sobre su respeto, en su propio país, de la democracia obrera en los sindicatos y comités de huelga, sobre el mantenimiento de vetos hacia otras corrientes del movimiento obrero, etc.

Frente a las corrientes críticas que hacen su aparición

en los PC, las secciones debe entablar un debate sobre los problemas estratégicos fundamentales. Se orientarán a demostrar concretamente la oposición irreductible entre una estrategia revolucionaria y la orientación pasada y presente de estos partidos burocratizados. A partir de allí, plantearán la imposibilidad de reorientar estos partidos y la necesidad de la construcción de un partido y de una internacional revolucionarios, aptos para arrancar a los trabajadores de la influencia de las direcciones reformistas de los PC. En caso de represión burocrática contra las oposiciones o corrientes críticas, debemos aportarle nuestro apoyo contra estas medidas, sin hacerles concesión política alguna.

45.3. Una tal orientación hacia los trabajadores organizados o influenciados por los partidos reformistas mayoritarios debe ser concebida a largo plazo. El periodo permite a las secciones reforzar su intervención independiente, mejorar las relaciones de fuerzas con los partidos obreros tradicionales y acrecentar así el impacto de sus concepciones políticas entre sectores de estos partidos. Corresponde a las direcciones de las secciones otorgar la máxima importancia a la formación política del conjunto de los militantes, a fin de prepararlo para este trabajo sistemático, que exige también un material de propaganda adecuado.

En algunas circunstancias, un trabajo de fracción puede ser promovido en estos partidos o en sus organizaciones de juventud. Tal trabajo requiere una gran estructuración y preparación política de los militantes.

Puede ser inciado a veces, con mayores posibilidades de éxito en las organizaciones de la juventud, y puede ser tomado a su cargo por las organizaciones de la juventud de las secciones. En Gran Bretaña, la naturaleza del partido laborista impone desarrollar un trabajo de fracción a largo plazo en combinación con un trabajo sindical, en los sectores clave de la industria y con un refuerzo de la aparición independiente de los trotskystas.

Proletarización y construcción del partido

46. Las relaciones de fuerza entre las clases, así como entre los aparatos burocráticos y los trabajadores avanzados, y la combinación entre experiencias de lucha y politización, otorgan posibilidades importantes a las secciones de la IV Internacional para cumplir decisivos progresos en su implantación en el seno de la clase obrera, ante todo en el proletariado industrial.

En muchos países, la mayoría de nuestros camaradas son miembros de los sindicatos, pero aún quedan por construirse sólidas fracciones sindicales en la industria. Las secciones deben centralizar y planificar sus esfuerzos para asegurar un progreso cualitativo de su implantación en sectores clave de la clase, comprometiendo en ello a militantes reclutados en el periodo anterior. En muchos países, muchos de nuestros militantes no están aún enraizados en la clase obrera industrial. Deben ser persuadidos para que hagan este giro sin demora. Si las direcciones no organizan conscientemente esta etapa, estos camaradas naturalmente tendrán la tendencia a trabajar en sectores no industriales, frecuentemente a causa de su formación. Es necesario proporcionarles motivaciones políticas subrayando la contribución capital que pueden aportar hoy al reforzamiento cualitativo de nuestro trabajo en el seno del proletariado, perspectiva que los empujó a comprometerse en la construcción del partido revolucionario.

Orientarse hacia el crecimiento de nuestra implantación en la clase obrera industrial, es el resultado de nuestra perspectiva política general: tanto para acrecentar la eficacia de una táctica de frente único como para realizar una intervención eficaz en dirección a los partidos reformistas, por ejemplo.

Si nosotros no nos dedicamos a esta tarea corremos el riesgo de ver nuestra actividad reducirse a la de comentaristas, al margen de los grandes combates de clase que tendrán lugar.

La construcción de fuertes fracciones en los sindicatos industriales ayudará a nuestro trabajo en todos los terrenos, incluido en los sindicatos de empleados de banca, de enseñantes y otros sindicatos de empleados, de los trabajadores hospitalarios, etc. Como lo afirma el proyecto de tesis titulado "La situación política mundial de la IV Internacional", construir tales fracciones puede "... incrementar de manera sensible el éxito de las campañas políticas del partido —como Trotsky lo señalara en sus discusiones en torno al programa de transición—, demostrando a los trabajadores cómo hay que pensar de manera social y actuar de manera política. Ello estimulará los esfuerzos para construir las alas de izquierda de lucha de clases. Acentuará los progresos del trabajo similar entre los aliados del proletariado, ayudará a desarrollar los vínculos con las luchas de las capas superexplotadas, mujeres, jóvenes, nacionalidades oprimidas, trabajadores emigrados. Agudizará la sensibilidad de la organización hacia el estado de ánimo de los trabajadores y estabilizar a las secciones y su trabajo".

Esta proletarización no puede efectuarse al mismo ritmo y con idénticos medios en todas las secciones. Su aplicación dependerá de la situación social y política y del nivel de acumulación de nuestras fuerzas. De todas manera, significa que desde ya debe existir una preparación organizativa y política consciente para operar esta transformación. Un esfuerzo centralizado y decidido será necesario para reorientar nuestros recursos y nuestros miembros en esta perspectiva, privilegiando el trabajo sindical en el funcionamiento de las direcciones centrales, ayudando a los camaradas a encontrar empleo y a reclutar en los sectores clave, estableciendo un sistema educativo de material interno y de propaganda que permitan asegurar la homogeneización política de nuestros camaradas obreros, haciendo de ellos cuadros políticos de la clase obrera, asegurando un funcionamiento que permita a los trabajadores y trabajadoras participar plenamente en la actividad normal de la organización.

El fin consiste en construir partidos de cuadros obreros bolcheviques, portavoces de todos los oprimidos, cada vez más reconocidos como dirigentes naturales de su clase y de sus aliados, por los compañeros de trabajo y de barrio, como capaces de presentar soluciones de conjunto a todos los aspectos de la crisis económica, social y política capaces de unificar al proletariado y ganar a su lado a sus aliados potenciales; capaces de dirigir las masas hacia la toma del poder.

47. Simultáneamente a estos esfuerzos sistemáticos de implantación en la clase obrera, debe desarrollarse la intervención de masas en la juventud, donde las posibilidades de reclutamiento son importantes. Por ello, hay que prestar gran atención a la ayuda por parte de las secciones a las organizaciones existentes de la juventud o estudiar la posibilidad de creación de tales organizaciones. Asimismo, el trabajo en el medio universitario, en las organizaciones estudiantiles, debe continuar teniendo una dimensión importante para la construcción de las secciones.

48. El programa es la base de la acción del partido. Asegura la cohesión de sus filas, una orientación estratégica común sobre la cual se puede organizar la vanguardia. Es en este sentido que las secciones de la IV Internacional representan el embrión del partido revolucionario a construir. El programa de la IV Internacional constituye la síntesis de las experiencias de la clase obrera

a escala internacional. La capacidad de las secciones de la Internacional y del partido mundial de enriquecer esta síntesis a la luz del desarrollo de la lucha de clases, es la prueba, a su vez, de sus estrechos vínculos con las grandes movilizaciones del proletariado y de las capas oprimidas, como de la validez del método del programa de transición.

Sobre la base de este programa se trata de construir una dirección capaz de ponerlo en práctica, de aprehender todas las oportunidades, de dar pasos adelante en la construcción del partido, comprender rápidamente los cambios de situación política, de hacer progresar la elaboración política y teórica. De lo que se desprende que la construcción de una dirección no puede ser sino el producto de un proyecto consciente a largo plazo.

La formación de tal dirección implica que su unidad se hace sobre la base del programa y del desarrollo de una comprensión común de las tareas estratégicas de construcción del Partido y no sobre un acuerdo táctico coyuntural. Debe ser una dirección colectiva cuya función es la de ampliar el número de cuadros responsables capaces de dirigir la actividad de la organización en su conjunto. De ahí que uno de los aspectos del trabajo de una dirección consiste en otorgar una atención permanente a la formación de un conjunto siempre más amplio de cuadros, a la integración regular de militantes a tareas de responsabilidad nacional e internacional, centrando sus esfuerzos prioritariamente en la formación de cuadros femeninos y obreros. Para ello, es imperativo que las direcciones desarrollen un método, basado en criterios objetivos, de trabajo en común.

El establecimiento de una dirección que se forme y funcione según estos criterios es la condición sine qua non para que el partido dirija la actividad de todos sus sectores de intervención, que asegure la centralización política permitiendo al mismo tiempo acrecentar su eficacia en la acción y elaborar su línea gracias a una discusión democrática en su interior. Solamente así podrá ser combatido el sectorialismo que amenaza con hacer perder a un sector de la organización, la perspectiva política revolucionaria de conjunto y conducir al desarrollo de posiciones que entran en contradicción con el programa y la línea general de la organización.

La construcción consciente de las direcciones es, en el fondo, un aspecto del proceso de proletarización, que exige una concentración de energías y una centralización política creciente.

El reforzamiento del aparato de las organizaciones, bajo la responsabilidad directa de la dirección política, debe contribuir a acrecentar la ayuda dada a la intervención diaria en los sindicatos, en las empresas y en la aparición política central.

Las secciones deben lanzar campañas políticas de verdaderos planes de reclutamiento; este reclutamiento será facilitado por la cohesión organizativa y la homogeneidad política de las secciones que deben permitirle volcarse resueltamente hacia el exterior.

49. La construcción del partido revolucionario no puede ser el producto de un crecimiento lineal de sus fuerzas. Necesariamente pasará por reagrupamientos y fusiones. Esto refleja los procesos de diferenciación de los niveles de conciencia de las masas y la recomposición de las fuerzas del movimiento obrero que de ellos se deduce.

Pero todo proceso de fusión en la perspectiva de un reforzamiento cualitativo del partido sobre la base del programa de la IV Internacional, necesita por una parte, la proyección resuelta de la línea política de la sección y por otra, una batalla política que en nada es contradictoria con la búsqueda de la unidad de acción y con la flexibilidad en la preparación de posibles fusiones.

En esta etapa, las unificaciones pueden facilitar nuestra intervención en dirección a los partidos obreros, constituyendo un polo de atracción para los militantes obreros, incluso en el seno de los partidos de masas.

49.1. En diversos países, la crisis de las organizaciones centristas y su evolución política pueden dar actualidad a las ofensivas de reagrupamiento orientadas hacia ellas.

Hay que evitar en este caso un enfoque abstracto solamente basado en las declaraciones y documentos circunstanciales de estas organizaciones centristas. Ante todo, hay que tomar la historia de su desarrollo, la dirección de su movimiento y leer sus posiciones bajo este enfoque. Además hay que saber apreciar concretamente cuestiones como las relaciones de fuerzas, la homogeneidad política y organizativa de estos grupos y también la cohesión y la preparación política de la sección. De esto depende no el enfoque político general sino las modalidades específicas y los ritmos de una ofensiva de reagrupamiento o de fusión.

El éxito de estas operaciones está condicionado por la claridad de sus intenciones establecidas desde el comienzo por la sección. No se trata de negociar aspectos esenciales de su programa, sino de determinar las vías de una acción y de debates comunes que aceleren la evolución en curso en estas organizaciones centristas y, después de un cierto tiempo, coloquen la discusión programática sobre otras bases. No hay pues recetas hechas para las fusiones y reagrupamientos. Para evitar el sectarismo hay que partir precisamente de una conjunción entre la afirmación clara de nuestro programa, la valoración de las tendencias del desarrollo político de estas organizaciones, y la capacidad de proponer, sobre esta base, las iniciativas comunes adecuadas.

49.2. El SWP británico, a pesar de sus alianzas con los centristas ultraizquierdistas en Portugal y en Italia, no se ha comprometido en una vía idéntica. Durante el último decenio, evolucionó hacia posiciones revolucionarias en la lucha de clases. Se reivindica de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, pero tiene desacuerdos importantes con el Programa de Transición. Una organización unificada, formada por la sección británica de la IV Internacional y el SWP, daría nacimiento a un importante polo de atracción para los militantes en Gran Bretaña. Nosotros somos por consiguiente favorables a comprometer una batalla política para ganar al SWP a la IV Internacional.

La situación mundial y más específicamente, la crisis conjunta del imperialismo y el estalinismo, abren objetivamente nuevas perspectivas que permiten proseguir la política sancionada por el Congreso de reunificación de 1963, unificando al movimiento trotskista mundial en la IV Internacional, es decir las organizaciones que se reclaman del trotskismo, en particular el Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional (CORCI) y la corriente animada por LO.

Durante todo un periodo, el CORCI se aproximó a la IV Internacional y aceptó discutir con ella sobre la base de los proyectos de resolución para el XI Congreso Mundial, en la perspectiva de una fusión. La víspera del Congreso Mundial, sin embargo, el CORCI hizo bloque con una corriente que trataba de escisionar la IV Internacional. Se lanzó entonces a una campaña contra la IV Internacional, acusándola de "liquidacionismo" y de otros crímenes. Evidentemente, una modificación del curso actual del CORCI se impone, antes que una discusión fructífera pueda reanudarse y que puedan ser planteados progresos hacia una fusión.

Dando prioridad a una maniobra sectaria y una política de corto alcance, el CORCI optó por ventajas frágiles y limitadas, dando la espalda a la necesidad objetiva de la unificación de las fuerzas del trotskismo.

Una fusión con estas fuerzas podría reforzar la IV Internacional como partido mundial de la revolución socialista y en un cierto número de países conduciría a un reforzamiento notable de las secciones. Una tal fusión podría, en efecto, comenzar a modificar las relaciones de fuerzas entre los marxistas revolucionarios y las direcciones reformistas y acentuar los procesos de diferenciación en curso en las organizaciones reformistas o centristas. Estos procesos no podrán encontrar una salida en el plano organizativo y político mas que en la medida en que exista una organización cuantitativamente más fuerte que las organizaciones trotskistas actuales y cualitativamente mejor implantadas en el proletariado, capaz de reagrupar no solamente individuos, sino corrientes numéricamente importantes.

La fusión en el seno de la IV Internacional de las organizaciones que se reclaman del trotskismo sólo podrá ser el resultado de una batalla política que permita a la vez clarificar los acuerdos y desacuerdos posibles en el terreno programático, las convergencias polĺticas, sus relaciones con la intervención en la lucha de clases y, en fin, la concepción de la organización revolucionaria a construir, según el centralismo democrático tanto a escala nacional como internacional.

Por consiguiente se trata de proceder según el método empleado en la unificación de 1963: a partir de un acuerdo sobre las tareas estratégicas centrales, verificar el contenido real de un acuerdo sobre el programa de la IV Internacional, es decir la comprensión común de los acontecimientos y de las tareas que se deducen de la experiencia y de los grandes acontecimientos de la lucha de clases a escala mundial.

Léxico de las siglas empleadas

Bélgica

CSC: Confederación de Sindicatos Cristianos.
CGTB: Federación General del Trabajo de Bélgica.
RW: Reunión Valona.
VU: Unión del Pueblo.

Córcega

UPC: Unión del Pueblo Corso.

Francia

CFDT: Confederación Francesa Democrática del Trabajo.
CGT: Confederación General del Trabajo.
OCT: Organización Comunista de Trabajadores.
PSU: Partido Socialista Unificado.
RPR: Reunión por la República.
UDF: Unión por la Democracia Francesa.

Italia

CGIL: Confederación General Italiana del Trabajo (relaciones con el PCI).
CISL: Confederación Italiana Sindical del Trabajo (católica).
UIL: Unión Italiana del Trabajo (relaciones con el Partido Socialista Italiano y el Partido Social Democrático Italiano).
FLM: Federación de Trabajadores de la Metalurgia (Sindicato Unitario).

Portugal

CDS: Centro Democrático y Social.
CGTP: Confederación General de los Trabajadores Portugueses.
MFA: Movimiento de las Fuerzas Armadas.
PCP (m-l): Partido Comunista Portugués (Marxista Leninista).
PSD: Partido Social Demócrata.
UGTP: Unión General de los Trabajadores Portugueses.

España

CC.OO.: Comisiones Obreras.
CDC: Convergencia Democrática de Catalunya.
MC: Movimiento Comunista.
ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores.
PDC: Partido Demócrata Cristiano.
PNV: Partido Nacionalista Vasco.
PSOE: Partido Socialista Obrero Español.
PT: Partido del Trabajo.
UCD: Unión de Centro Democrático.
UGT: Unión General de Trabajadores.

República Federal de Alemania

CDU: Unión Democrática Cristiana.
CSU: Unión Socialcristiana.
DGB: Federación Alemana de Sindicatos.
SPD: Partido Socialdemócrata de Alemania.

Resolución sobre América Latina



Resolución sobre América Latina

Resolución adoptada por el Congreso mundial. Esta resolución obtuvo 94 votos a favor, 11 votos en contra, 3,5 abstenciones y 4,5 NPV.

NOTA

La siguiente resolución fue redactada en noviembre de 1978. Han sido incluidos unos cuantos ejemplos relevantes sobre acontecimientos posteriores a esa fecha que son significativos para su argumentación. El acontecimiento más importante desde que se escribió el documento es la revolución nicaragüense. La experiencia nicaragüense no se ha incorporado al cuerpo central de esta resolución, y se le ha dedicado una resolución por separado. La resolución sobre Nicaragua adoptada por la mayoría del Congreso se titula: *"Nicaragua, una revolución en marcha"*. La resolución minoritaria se titula: *"Tesis sobre la revolución nicaragüense"*.

Un balance amplio y general de la revolución cubana no ha sido incluido en esta resolución debido a que está programada una discusión especial sobre este tema en las instancias de dirección de la IV Internacional. El contexto básico de tal discusión lo indican los puntos 23 y 24 de esta resolución.

INTRODUCCION

A pesar de la gran desigualdad entre los diferentes países de América Latina y dentro de cada país, el continente en su conjunto es el más desarrollado, económicamente, de todas las regiones semicoloniales del mundo. En los años recientes, el desarrollo econó mico se ha acelerado significativamente, en particular en Argentina, Brasil y México, países que en su conjunto constituyen la gran mayoría de la población del continente. Esto se ha visto, en particular, en la elevación creciente de la parte del producto nacional correspondiente a la producción industrial, en el crecimiento del proletariado y en la importancia creciente del bloque de clase dominante integrado por la burguesía industrial nacional y los sectores financieros.

A pesar de la creciente industrialización, las burguesías nacionales no han sido capaces de realizar las necesarias tareas democráticas y antiimperialistas de la revolución latinoamericana. No pueden ni quieren realizar una reforma agraria radical, lograr la auténtica independencia económica, ni ganar la liberación nacional del imperialismo, premisas fundamentales para garantizar el mejoramiento de las condiciones de vida de las masas. La dominación imperialista persiste, teniendo como socios dependientes a los capitalistas y terratenientes condenando a las masas a una vida de explotación, represión y miseria.

Como resultado de lo anterior, todas las contradicciones básicas producidas por la ley del desarrollo desigual y combinado se manifiestan en una forma concentrada en América Latina. Por una parte, ha habido un crecimiento explosivo de las ciudades, el desarrollo de la industria moderna, y la mecanización de sectores de la población agrícola. Pero las ciudades son habitadas por grandes masas de pobres, desempleados o parcialmente empleados; al lado de la gran industria moderna existe un sector considerable de pequeña manufactura; y la producción industrial todavía beneficia solamente a una pequeña minoría; la producción agrícola todavía no satisface las necesidades humanas, al mismo tiempo que los campesinos, incapaces de competir, apenas sobreviven. Las perspectivas a las que se enfrentan las masas latinoamericanas en el capitalismo son sombrías.

Pero el mismo progreso realizado por el desarrollo industrial capitalista está creando condiciones cada vez más maduras para el derrumbamiento de las relaciones de propiedad capitalistas. Por una parte, las clases dominantes latinoamericanas, incluídos los sectores burgueses financieros e industriales cada vez más importantes, todavía dependen del imperialismo y son menos capaces que en el pasado de promover desafíos populistas burgueses al imperialismo y de usar las movilizaciones de masas para sus intereses nacionalistas y burgueses.

Por otra parte, el desarrollo económico reciente ha determinado un notable crecimiento tanto numérico como en peso específico social de la clase obrera latinoamericana, surgiendo una serie de nuevos sectores en las grandes industrias de alta concentración de capital (como la automotriz), que en su conjunto significan la aparición de un joven y poderoso proletariado latinoamericano. Este proletariado, cuyo empuje es la base para renovar los métodos y las formas de la organización obrera en relación con las viejas direcciones sindicales subordinadas a tendencias reformistas y nacionalistas

burguesas y al Estado, se implanta y crece combinándose con el antiguo proletariado y con su larga tradición de lucha y de organización sindical. Esta combinación particularmente notoria en países como Argentina, México, Brasil, Colombia, Perú y otros ha producido ya algunos procesos masivos de crecimiento a todos niveles de la organización obrera como es el caso de Brasil.

El proletariado avanza hacia la dirección del proceso de la lucha de clases en su conjunto, y cada vez más tiende a emplear las formas más avanzadas y poderosas de lucha. Los llamados "planes de austeridad" no sólo afectan al proletariado industrial, sino también al conjunto de los sectores de asalariados (sobre todo a los trabajadores urbanos) que han crecido enormemente, enfrentando a las masas con el imperialismo y la burguesía, así como a su Estado, que es cada vez más considerado como portador y garante de esta política. Se crean así condiciones para una nueva alianza, que se encamina en una dirección antiimperialista y anticapitalista, alianza con la cual el proletariado puede organizar en torno a un programa socialista al resto de los sectores asalariados y oprimidos de la población.

La victoria de la revolución cubana y la creación del primer Estado obrero en el hemisferio occidental demostraron que nuevas posibilidades enteramente diferentes, se abren a las masas de América Latina. La revolución cubana demostró que las masas trabajadoras pueden realizar las más amplias y radicales medidas antiimperialistas, antilatifundistas y anticapitalistas, cuando su movilización se combina con la lucha por objetivos socialistas dirigida por el proletariado. La revolución cubana demostró que una reforma agraria profunda se puede realizar y que es posible un rompimiento genuino de la dominación imperialista. Demostró que la miseria puede terminarse, que regímenes asesinos como el de Fulgencio Batista pueden ser eliminados y que es posible derrocar a un sistema social basado en la explotación.

La perspectiva socialista, que continuamente surge en las luchas de todos los países, de los menos desarrollados hasta los más desarrollados, y que fue verificada para todo el continente latinoamericano por la revolución cubana, es, objetivamente, de una actualidad mayor en los países semiindustrializados, como Argentina, Brasil y México.

La revolución cubana desencadenó en América Latina una lucha de dimensión histórica. La experiencia cubana aterrorizó a los imperialistas y a la burguesía nacional y desde entonces han seguido una política consecuente de tratar de evitar a cualquier precio la victoria de otra revolución socialista en la región.

Bajo el impacto de la revolución cubana hubo un auge de la lucha de clases en toda América Latina que condujo a varios países a situaciones prerrevolucionarias. Pero la estrategia de guerra de guerrillas impulsada por Fidel Castro y Ernesto Guevara fracasó en lograr la extensión de la revolución socialista. La estrategia guerrillera fue incapaz de romper el dominio de los falsos dirigentes nacionalistas burgueses, estalinistas y socialdemócratas sobre el movimiento de masas y así se perdieron oportunidades llenas de promesas.

Comenzando con el golpe militar en Brasil en 1964, una serie de graves derrotas fueron infringidas al proletariado y a los pueblos oprimidos de América Latina. Estos reveses fueron particularmente graves en los países del cono sur: Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina.

El golpe militar en Argentina en 1976 propinó un duro golpe al proletariado. Fue seguido por masacres, despidos, arrestos en masa, destruyendo gran parte de las capas más combativas del proletariado que habían jugado el papel más importante en el levantamiento semiinsurreccional de Córdoba en 1969 —el "Cordobazo"— y que siguieron en la vanguardia de la lucha tanto en la huelga general de 1975 como en otras luchas que se desarrollaron antes del golpe de 1976.

Pero el golpe de Videla no logró destruir el espíritu combativo de los trabajadores argentinos ni del movimiento obrero organizado en el mismo grado sufrido por los trabajadores bajo los golpes en Brasil, Uruguay y Chile. El proletariado argentino ha podido montar una resistencia organizada, como quedó demostrado por las huelgas de 1977 y 1978.

El fracaso del intento de aplastar a la clase obrera argentina marca un giro significativo. Después de 1976 se presencia un claro auge de la recuperación del movimiento de masas de América Latina. En Brasil, un poderoso movimiento huelguístico en 1978-79 marcó el despertar de la clase obrera más grande e importante del continente. En Perú, la dictadura militar fue profundamente sacudida por una serie de movilizaciones de masas y de huelgas, seguidas, al nivel electoral, de importantes victorias de la clase obrera en las elecciones de la Asamblea Constituyente en 1978. En Colombia y Bolivia, el paro cívico de 1977 y las huelgas de 1978, respectivamente, señalan la misma tendencia. Nuevos desafíos a la dominación imperialista se desarrollaron en el Caribe, particularmente en Granada, involucrando a esta zona en los procesos de América Latina en su conjunto. La nueva etapa del ascenso de la lucha de clases llegó a su punto más alto en la lucha victoriosa que derrumbó a la tiranía de Somoza en 1979; la cual ha tenido un impacto inmediato en el reforzamiento de la lucha en El Salvador y en los demás países de América Central.

Nicaragua ha demostrado la actualidad de las perspectivas revolucionarias en el continente. El proceso que se inició en Nicaragua como una lucha guerrillera radical contra el imperialismo y Somoza, culminó en una insurrección urbana victoriosa en la cual el papel del proletariado y las masas plebeyas aliadas a él desempeñaron el papel decisivo en el derrumbamiento de Somoza.

Esta aguda crisis política continental ha coincidido con la grave situación económica del capitalismo mundial iniciada con la recesión generalizada de 1974-75. La combinación entre la crisis económica de largo alcance del capitalismo a escala mundial y latinoamericana, las consiguientes crisis interburguesas, el crecimiento numérico y organizativo del proletariado y la radicalización de la pequeña burguesía, determinan que la superación y liquidación de las dictaduras existentes en América Latina y, en general, de la política llamada de "austeridad" seguida por todos los Estados latinoamericanos, sólo sea concebible mediante un proceso tumultuoso y violento de movilizaciones y luchas de masas, de enfrentamientos con el imperialismo y con el Estado, de organización de la clase obrera y de combinación entre diversas formas de lucha: huelga generalizada, movilizaciones democráticas, lucha armada, insurrección popular, etc.

Este es un proceso de bruscos virajes, en el cual los periodos democráticos pueden combinarse con la subsistencia o el renacimiento de formas dictatoriales, nuevamente cuestionadas por la resistencia y las movilizaciones de masas. No hay más estabilización de las dictaduras, pero también está excluída la estabilización de regímenes democráticos burgueses. La conquista de las libertades democráticas, uno de los objetivos principales de la lucha del movimiento obrero, sólo podrá lograrse y mantenerse en tanto la asegure y confirme cotidianamente la lucha y la movilización de las masas y el crecimiento de sus formas de organización en todos los sectores de la sociedad. El núcleo fundamental de esas formas es la organización

obrera en el lugar de producción, en las fábricas y minas.

El próximo paso fundamental de la clase obrera es la conquista de la independencia política de clase y la creación de una dirección clasista consecuente del movimiento obrero que pueda desafiar a las direcciones traidoras que el movimiento obrero y las masas explotados han tenido a su cabeza: los nacionalistas burgueses y pequeñoburgueses, los estalinistas y los socialdemócratas. Si esto se logra, la clase obrera puede organizarse y movilizarse para conducir a todos los explotados a la lucha contra las clases dominantes imperialistas y nacionales.

El proletariado es el guía histórico de todos los sectores oprimidos. Es el portador del programa socialista de la revolución latinoamericana. La vía de su organización, de la extensión de su programa, de su alianza con otros sectores explotados y oprimidos, del derrocamiento del capitalismo y de la construcción de su propio Estado obrero, pasa, sin embargo, por formas y combinaciones diversas del método de lucha y de organización que los marxistas revolucionarios han heredado del ejemplo leninista.

Las perspectivas para la construcción de partidos revolucionarios de masas de corte leninista serán cada vez mayores en la medida en que nuevas fuerzas revolucionarias surjan de las luchas democráticas y antiimperialistas y en que se incrementen las movilizaciones de la clase obrera, en particular, del proletariado industrial. Los marxistas revolucionarios, firmemente enraizados en las minas, las fábricas y en la agricultura estarán en la mejor posición posible para crecer y ganar a sus filas estos nuevos combatientes revolucionarios.

Sin duda alguna, se abren oportunidades importantes para el desarrollo del marxismo revolucionario en América Latina. Sin embargo, para mejor aprovecharlas es necesario resolver el problema clave: la construcción de un partido de masas de tipo leninista. Esto requiere que se examinen las limitaciones de la estrategia de la guerra de guerrillas impulsada por Castro y Guevara y una crítica marxista del papel de las corrientes estalinistas, centristas, socialdemócratas y nacionalistas burguesas y pequeñoburguesas.

Ante todo hay que desarrollar un programa marxista revolucionario que precise las tareas principales a las que se enfrentan el proletariado y sus aliados en la lucha por el socialismo en el periodo venidero.

CAPITULO I

CAMBIOS ECONOMICOS Y SOCIALES RECIENTES EN AMERICA LATINA

1. Las economías capitalistas latinoamericanas han sido envueltas por las contradicciones agudas del capitalismo a nivel mundial. La recesión global de la economía capitalista en 1974-75 golpeó fuertemente a América Latina, especialmente por el aumento de los precios del petróleo y la contracción del mercado de los países imperialistas. Disminuyó el ritmo del crecimiento económico; se incrementaron la inflación y el desempleo; se deterioraron la inflación y el desempleo; se deterioraron los términos del intercambio en el comercio internacional; la deuda externa y los intereses pagados a los bancos imperialistas alcanzaron niveles sin precedentes; se aceleró la penetración imperialista.

Una minoría de las economías de los países latinoamericanos se beneficiaron del aumento en los precios del petróleo. Los gobiernos de Venezuela, Ecuador, Trinidad-Tobago y Bolivia en 1974-76 y México en 1977-78, lograron mediante la exportación del petróleo, reducir levemente sus tradicionales déficits en el comercio exterior. Sin embargo, el petróleo no ha disminuído la brecha existente entre el atraso económico y social de estos países y el desarrollo de los países imperialistas.

América Latina salió de la recesión de 1974-75 con una deuda externa enorme. Por primera vez desde la crisis de los años treinta, se ha planteado la posibilidad de que algunos países como Perú, recurran a una moratoria en sus pagos a los bancos imperialistas. Además de esto, los déficits comerciales en 1975-76 fueron mayores que nunca, con la excepción del petróleo, y esto a pesar de la disminución del ritmo tanto del crecimiento económico como de las importaciones.

Estas enormes deudas obligan a algunos países de América Latina a utilizar la mayor parte de los ingresos para mantener sus pagos al corriente. En estas condiciones, los gobiernos latinoamericanos son víctimas fáciles de la política de austeridad impuesta por los bancos imperialistas mediante el Fondo Monetario Internacional (FMI).

2. El fin del periodo de la expansión capitalista posterior a la Segunda Guerra Mundial está afectando lenta pero seguramente a la región.

No obstante los periodos ocasionales de crecimiento económico significativo en algunos países, la superexplotación económica fundamental de la sociedad semicolonial latinoamericana continúa, definiéndose principalmente por el desempleo y subempleo estructurales de la fuerza de trabajo. En México, por ejemplo, se ve afectada más del 50 por ciento de la población económicamente activa. En algunas industrias la producción se ha quedado muy por debajo de la capacidad productiva, problema que hasta ahora había sido de poca importancia relativa en América Latina. Ha habido una marcada expansión de los sectores no productivos, parasitarios, de la economía. Esto es principalmente cierto en lo que se refiere a los gastos militares cuyo porcentaje en el ingreso nacional crece aceleradamente. Este hecho está ligado directamente al objetivo principal de las clases dominantes: mantener a las masas trabajadoras sujetas bajo las condiciones más favorables para la explotación de su fuerza de trabajo.

La inflación permanente también alcanza niveles

mucho más altos en América Latina que en los países imperialistas. En 1977 la tasa anual de inflación llegó al 100 por ciento en Chile, y al 176 por ciento en Argentina (la más alta de todo el mundo). La tasa media de inflación de América Latina en el periodo de junio de 1977 a junio de 1978 fue del 44% que contrasta con un promedio del 6.5% durante el mismo periodo en los países capitalistas industrialmente desarrollados.

Las economías capitalistas latinoamericanas continuan siendo dependientes del imperialismo. Pero los sectores hegemónicos del capital imperialista no son ya los vinculados a las actividades agrarias, mineras y petroleras, orientadas a la exportación, sino que han surgido nuevos sectores. Ahora han invertido en mayor medida los monopolistas industriales de los países imperialistas, exportadores de maquinaria y de equipo pesado. Por lo tanto, a ellos les interesa que los países latinoamericanos logren cierto nivel de industrialización. El índice de la producción industrial en Brasil aumentó de una base de 100 en 1970, a 164 en 1975, en gran medida como consecuencia de esto. La principal área de estas inversiones está en los bienes de consumo duradero, y los modernos bienes alimenticios empacados. Por ejemplo, en Brasil en 1977 los monopolios y "trusts" imperialistas controlaban el 100 por ciento de la producción automovilística y el 94 por ciento de la producción farmaceútica. En México, el 74% de las inversiones extranjeras estaban en la industria, llegando a abarcar el 40% de la producción industrial en sectores como la química y la maquinaria.

La competencia interimperialista ha desempeñado un papel decisivo en este cambio de las estructuras de inversiones imperialistas. Los imperialistas de Estados Unidos siguen siendo la fuerza preponderante en América Latina, pero han perdido terreno ante los imperialistas de Europa Occidental y Japón, quienes frecuentemente han sido los iniciadores de la penetración de esta nueva forma de industrialización.

Pero esta industrialización parcial no elimina la diferencia de productividad entre los centros imperialistas y los países latinoamericanos, semicoloniales y dependientes. Esta diferencia en productividad no sólo persiste, sino que crece como consecuencia del monopolio imperialista de la producción de tecnología moderna. Tampoco ha cambiado la posición básica de los países latinoamericanos relativamente industrializados con relación al mercado mundial. Por ejemplo, aunque Brasil exporte productos manufacturados (la gran mayoría de los cuales van a otros países latinoamericanos), continúa dependiendo de los productos agrícolas para recibir el 60 por ciento de sus ingresos por exportación.

Las condiciones comerciales en el mercado mundial son tan desiguales como lo fueron en periodos anteriores del imperialismo, si no más. Estas condiciones son para los imperialistas una fuente de superganancias, debido, entre otras razones, a los pagos por los bienes de tecnología moderna.

3. El proceso de "sustitución de importaciones", esto es la producción doméstica de productos que habían sido tradicionalmente importados, que comenzó a partir de la Segunda Guerra Mundial impulsó cierta industrialización, principalmente en los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, hay que subrayar el carácter limitado de esta industrialización. Gran parte de la producción continúa realizándose en sectores artesanales y de manufactura a pequeña escala. En comparación con los países imperialistas, la producción industrial de los países de América Latina conforma una parte relativamente pequeña de su producción total. Además, el desarrollo industrial tiende a concentrarse en unos cuantos países y dentro de éstos en regiones limitadas. En Brasil, por ejemplo, la mitad de la industria está concentrada en Sao Paolo y partes de Río de Janeiro. Hay que señalar que esta industrialización parcial ha conocido un crecimiento en términos absolutos y que esto ha tenido y tiene un impacto creciente, desproporcionado con su peso real, sobre la realidad económica, social y política de la región.

El proceso de acumulación capitalista, estimulado y acompañado por esta rápida industrialización, favoreció a sectores de la burguesía nacional vinculados a la industria. De esta manera, la burguesía industrial y los sectores financieros ligados a ella, tienden a destacar como los sectores más dinámicos del bloque de clase nacional dominante en el poder. En México, están el "Grupo Monterrey", el grupo Banamex (Banco Nacional de México) y el grupo Bancomer (Banco de Comercio); en Brasil, el grupo Bradesco (Banco Brasileiro de Desconto), el grupo de Itúa, el grupo de Banco Nacional, y el grupo Simonsen.

No obstante esta tendencia, la estructura social de estos países continúa siendo la de una semicolonia; no se han convertido en potencias "subimperialistas" ni en potencias semiimperialistas. La industrialización parcial, de hecho, significa que la dependencia tecnológica de estos países con respecto al imperialismo es más grande hoy que nunca; sus burguesías "nacionales" emprenden más "proyectos conjuntos" *(joint ventures)* con las compañías imperialistas, y aumentan constantemente sus deudas a los bancos y otras instituciones monetarias imperialistas.

Estas transformaciones económicas, resultado del expansionismo imperialista en el periodo del vertiginoso crecimiento económico después de la Segunda Guerra Mundial, han producido una creciente diferenciación entre los diversos países semicoloniales de América Latina. Según el tamaño de la clase obrera, el peso de la producción industrial, el monto de las exportaciones, la tasa de acumulación de capital y el desarrollo del sistema bancario, Argentina, Brasil y México podrían ser clasificados como países semiindustrializados. En un punto intermedio entre estos tres y los países económicamente más atrasados, están Venezuela, Chile, Perú, Colombia y Uruguay, siendo Venezuela el país con el proceso de industrialización más rápido como resultado del gran ingreso de las exportaciones petroleras.

En general, la clase obrera industrial es aún pequeña en proporción a la población activa total de América Latina y en comparación al mismo porcentaje de los países imperialistas. Pero su tamaño absoluto y su peso específico han aumentado considerablemente como resultado de estos procesos económicos. Debido a su concentración en grandes empresas y en áreas de gran importancia económica, el papel político y social que juega la clase obrera es mucho más importante que lo que su peso numérico indicaría.

De este modo, el peso de la clase obrera industrial en Brasil, Argentina y México es cada día más decisivo en la dinámica política del continente en su conjunto.

4. El capital —tanto nacional como imperialista— ha penetrado de manera masiva en ciertos sectores de la agricultura. Además del noreste y el noroeste de México y las áreas alrededor de Sao Paulo y el sur de Brasil, ha habido un desarrollo cada vez mayor de la agricultura de tipo capitalista en Centroamérica, Colombia, Venezuela y Perú.

En este proceso, la economía campesina de

subsistencia va siendo destruída, pero la producción agrícola en su conjunto no ha sido transformada de manera equilibrada. Por el contrario, en muchos casos se agrava el problema de la producción de alimentos.

El Estado burgués se convierte cada vez más en el agente político de los intereses del capital financiero imperialista en el campo, en la medida en que las actividades agrícolas se integran al proceso de la acumulación de capital mundial. Las materias primas producidas en América Latina por las empresas agroindustriales imperialistas se integran directamente al mercado mundial sin que se interesen en la producción de alimentos y materias primas requeridas nacionalmente.

En México, en los cuatro estados norteños de Sonora, Sinaloa, Baja California y Tamulipas, donde predomina la agricultura capitalista para la exportación, entre el 80 y el 90 por ciento de la producción alimenticia depende de la mecanización y la gran mayoría de las tierras son abonadas con fertilizantes químicos. Esto no sucede en las regiones menos desarrolladas del sur del país. El agrocapitalismo ha producido un crecimiento espectacular de nuevas cosechas para la exportación, como son la soya y el sorgo, mientras que al mismo tiempo México ha tenido que importar alimentos de consumo popular.

La destrucción de las viejas comunidades campesinas y el desarrollo del agrocapitalismo han creado un moderno proletariado rural, explotado bajo condiciones diferentes a las de los pequeños propietarios que cultivaban su propia parcela. Sin embargo, el aspecto dominante del campo en América Latina sigue siendo un panorama variado que combina diferentes relaciones de producción. La gran mayoría de la población rural no ha sido proletarizada, y dista mucho de serlo. La agricultura de subsistencia continúa siendo minifundista, dueños de su propia tierra o con tan poca tierra que, además de trabajar sus parcelas, tienen que buscar empleo en otros lugares para poder sobrevivir.

5. El proceso de urbanización se ha acelerado considerablemente, creando algunas de las ciudades más grandes del mundo. La Ciudad de México creció de 2.8 millones de habitantes en 1950 a 10.9 millones en 1975 y a 12.7 millones en 1977; Sao Paulo de 2.4 a 9.9 millones; Rio de Janeiro de 2.8 a 8.3 millones; Lima, Bogotá y Caracas, ciudades que en 1950 tenían todas ellas solamente 600.000 habitantes, tenían en 1975 3.9, 3.4 y 2.6 millones respectivamente. Según las proyecciones oficiales se espera que estas ciudades crecerán por más del doble en los próximos 25 años. Buenos Aires, con un crecimiento un tanto más "lento", aún así creció de 4.5 millones en 1950 a 9.3 millones en 1975.

El porcentaje de la población económicamente activa en el sector agrícola en México cayó de 57.8% en 1950 a 39.4% en 1975; en Brasil de 57.5% a 44.3%; y en la ya urbanizada Argentina, de 25.2% a 14.8%. Pero el crecimiento industrial ha sido insuficiente para dar empleo productivo a las grandes masas que dejan el campo en busca de mejores condiciones de vida y sobre todo en busca de la posibilidad de ganar un salario. La vivienda y los servicios municipales tampoco van a la par con el extraordinario crecimiento urbano y se da una situación de crisis permanente en estas áreas.

Gran parte de la población urbana está compuesta por un sector desempleado o subempleado que a duras penas vive en las barriadas, favelas, "pueblos jóvenes" o "colonias" de las grandes ciudades. Además del tradicional artesanado urbano, nuevas formas de artesanado han surgido como resultado del desarrollo industrial desigual, por ejemplo, los servicios alrededor de la reparación de automóviles, maquinarias, etc. Miles y decenas de miles de personas están condenadas a ser vagos, vendedores ambulantes o estacionarios, limosneros o prostitutas y a la desesperación.

CAPITULO II

CAMBIOS Y CRISIS POLITICA EN LAS INSTITUCIONES POLITICAS DE LA DOMINACION BURGUESA

6. Las transformaciones económicas y sociales en América Latina señaladas anteriormente han dado mayor urgencia a la necesidad de ampliar las estructuras administrativas y militares del Estado capitalista, para que éste juegue un papel cada vez mayor en la sociedad. Estas necesidades se expresan en: a) la expansión de los sectores nacionalizados de la economía, b) la mayor intervención en el ámbito económico; y c) los ataques contra el nivel de vida de las masas trabajadoras para facilitar la acumulación de capital. La expansión de los sectores nacionalizados de la economía, especialmente en el campo de la industria pesada y la producción de materias primas se han desarrollado debido a que el capital privado es incapaz de suministrar las enormes inversiones que son necesarias. El sector estatal así ampliado subsidia indirectamente al sector privado. Estas necesidades, a su vez, requieren cambios y expansión de las estructuras y las burocracias gubernamentales. Pero el Estado burgués refortalecido y militarizado continúa operando con su estatuto semicolonial con respecto al capital monopolista imperialista.

La vieja oligarquía terrateniente y sus aliados comerciales (la burguesía comercial tradicional), que dominó por tanto tiempo los gobiernos latinoamericanos, ha perdido influencia ante el ascenso de los nuevos sectores de capital industrial y banquero autóctonos. En México, uno de los países donde este proceso ha avanzado más, los viejos sectores burgueses terratenientes y compradores han sido prácticamente eliminados del poder gubernamental. Aunque en otros países dicho proceso no se haya desarrollado a tal grado, la tendencia queda clara: una concentración creciente del poder ejecutivo en manos de la burguesía industrial y los sectores bancarios

relacionados con ella; la necesidad creciente de utilizar este poder para llevar adelante una industrialización rentable.

Con la excepción de algunos sectores de la economía, como el petrolero, y otros casos excepcionales, las formaciones capitalistas parcialmente industrializadas de América Latina son demasiado débiles para darse el lujo de otorgar importantes concesiones económicas a los trabajadores. Por otra parte, ante la aguda competencia internacional y las restricciones del mercado, se ven forzadas a atacar constantemente los salarios reales de los trabajadores. Para llevar a cabo esta política ante la oposición de las clases trabajadoras cada día más grande y poderosa, ha sido necesario un incremento en la intervención del Estado. Se han empleado dos métodos fundamentales: a) intentos de controlar el movimiento obrero mediante la integración de las burocracias sindicales en los partidos burgueses y en el aparato del Estado burgués. Ejemplos claros de esto son el férreo control que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) ejerce sobre el movimiento sindical mexicano y el control por parte del peronismo sobre el movimiento sindical argentino; b) intentos de aplastar el movimiento obrero en forma totalitaria, como en Chile, Brasil, Argentina y Uruguay.

Como resultado de esta mayor participación del gobierno en la vida económica y social, han pululado enormes burocracias estatales en países como México, Brasil, Perú, Colombia y Venezuela.

Las burocracias las componen especialistas técnicos y administradores del sector nacionalizado de la economía, un sector que crece en importancia. También forman parte de las burocracias los funcionarios políticos y militares en el gobierno y el ejército. Surgidas de los nuevos sectores industriales y de la clase media, estas burocracias aprovechan sus posiciones para acumular capital.

La ideología cada vez más corriente en los más altos niveles del Estado en América Latina está estrechamente ligada a su papel de fomentar la industrialización y de garante de las relaciones de dependencia con respecto al imperialismo. En vez del tradicional "nacionalismo antiimperialista" sostenido por la naciente burguesía nacional en la primera fase de la industrialización de América Latina, aparecen ahora los nuevos temas del modernismo, de la eficiencia, y de la capacidad técnica, en alianza con el imperialismo.

7. El golpe militar de 1964 en Brasil marcó la pauta para toda una serie de dictaduras sangrientas que habrían de establecerse más tarde en Chile, Uruguay y Argentina. Estas dictaduras, todas ellas gozando del apoyo del imperialismo norteamericano, se han caracterizado por un alto grado de totalitarismo, superior al que era usual en las formas tradicionales de despotismo militar y policiaco. El asesinato político, el uso constante de la tortura, la acumulación de aparatos represivos y de terror y el uso de las más modernas técnicas policiacas reflejan en el fondo la necesidad de la burguesía de recurrir a los métodos modernos de poder dictatorial, para así evitar que se organice un proletariado cada vez más numeroso y más fuerte. En Bolivia, este tipo de métodos también fue utilizado para derrotar al ascenso revolucionario encabezado por los combativos mineros.

El régimen brasileño logró impulsar el crecimiento económico y establecer una base de apoyo entre una reducida capa de la sociedad, fundamentalmente entre sectores de la pequeña burguesía urbana, a la vez que les impuso condiciones de miseria a los trabajadores (cuyo poder adquisitivo cayó un 30 por ciento después de 1964) y a las masas urbanas y rurales. Sin embargo, la mayoría de los "exitos económicos" de la dictadura ocurrieron en el período que procedió a la recesión económica mundial de 1974-75. Desde entonces las fallas económicas del "modelo brasileño" se han hecho más evidentes. La deuda externa brasileña es una de las más altas del mundo y el régimen ha perdido en cierta medida su imagen anterior de éxito económico. Ante esta situación, la lucha de clases en Brasil está cobrando nueva vida, hecho que queda demostrado tanto por las luchas estudiantiles a favor de los derechos democráticos en 1977, como por las huelgas masivas en 1978 exigiendo alzas de salarios en las que participaron más de 200.000 obreros industriales, además de maestros y trabajadores de la salud.

Aún mediante el uso de métodos draconianos contra los trabajadores, la dictadura en Chile no ha podido estabilizar la economía capitalista ni impulsar el crecimiento económico en los primeros cinco años de su gobierno. El poder adquisitivo de las masas chilenas cayó en un 45 por ciento en los primeros dieciocho meses de la dictadura militar. Ante esto, en 1978 ya se destacaban los rasgos iniciales de un renacimiento de las luchas obreras.

En Argentina, a pesar de que la clase obrera sufrió la derrota más profunda de su historia, la dictadura de Videla no ha sido capaz de lograr éxitos económicos. Tampoco ha logrado aplastar el movimiento obrero tan rotundamente como sus vecinos en Chile, Brasil y Uruguay. Los trabajadores argentinos en 1977 y 1978 se mostraron capaces de emprender importantes luchas defensivas.

La señal inicial de las luchas obreras y estudiantiles indica que estas duras dictaduras se enfrentarán a dificultades crecientes en el próximo período. Por una parte, una escalada renovada de represión puede fracasar en la detención de la oposición creciente, minando aún más sus bases sociales de apoyo. Por otra parte, si relajan la represión, corren el riesgo de crear una situación que aliente todavía más el surgimiento de luchas de masas.

8. En general, en el conjunto de América Latina se asiste a una crisis de las instituciones políticas que han mantenido la dominación burguesa en la región. Algunos de los casos más notables son los siguientes:

a. En **Nicaragua**, la dictadura de más de cuarenta anos de la familia Somoza fue sacudida hasta sus fundamentos en 1977-78 y derrumbada en julio de 1979 por la victoria del FSLN. (Una resolución por separado adoptada por el Congreso Mundial analiza con detalle este acontecimiento fundamental).

b. En **Perú**, una década de dictadura militar de Velasco Alvarado y Morales Bermúdez comenzó a derrumbarse. Al inicio del régimen, su demagogia populista y algunas medidas populares (una reforma agraria limitada, ciertas nacionalizaciones y concesiones económicas) le dieron algún apoyo de masas. Pero las medidas de austeridad gubernamentales erosionaron dicho apoyo y empezando en 1976-78 una serie de huelgas generales y ascensos de masas habían llevado a Perú a una situación prerrevolucionaria en 1978. Las elecciones de junio de 1978 para la Asamblea Constituyente y después de la misma asamblea —concebidas por la burguesía como una maniobra para ganar tiempo— se convirtieron en nuevos factores que minaron la legitimidad del régimen militar ante las masas.

c. En **Argentina**, el peronismo, el movimiento nacionalista burgués que ha controlado a las masas durante 30 años, entró en una profunda crisis. Las condiciones materiales que prevalecieron en los años 40, cuando llegó al poder el primer régimen peronista, que permitieron a la burguesía argentina hacer algunas concesiones económicas a las masas, desaparecieron durante el régimen peronista de 1973-76. Este último, por el contra-



ric, debió poner en practica medidas de austeridad. Aunque llegó al poder tras una aplastante victoria electoral, el régimen peronista fue incapaz de imponer las medidas de austeridad a los combativos obreros argentinos. Así, la mayoría de la burguesía argentina, imposibilitada de usar a los peronistas para poner en práctica su política de austeridad y viendo que algunos sectores del movimiento comenzaban a escapar al control peronista, recurrió al golpe militar de Videla, demostrándose incapaz la burocracia sindical de defender el gobierno peronista. El resultado ha sido una pérdida enorme de prestigio de los peronistas dentro de la clase obrera y una erosión sustancial de su capacidad de control del movimiento obrero.

d. En **Colombia**, el "frente nacional", el sistema de dominación burguesa establecido con el acuerdo de los partidos Conservador y Liberal en 1958 y que establecía un cuadro institucional de división bipartita de los puestos de la administración y una alternación cuatrienal de los gobiernos, entró en graves dificultades. Los términos del pacto del "frente nacional" llegaron oficialmente a su fin en 1974 y se han continuado desde entonces de modo informal. Pero no se ha logrado construir un nuevo ámbito institucional estable que tome en cuenta los cambios en las relaciones de clases y en el seno de la misma clase dominante. Paralelamente, la burguesía se ha apresurado a imponer una legislación reaccionaria y hacer una reforma política reaccionaria del Estado con el objeto de garantizar una dominación estable, por ejemplo, por medio del "estatuto de seguridad" del recientemente electo Presidente Turbay Ayala, que endurece las condiciones represivas.

Pero en el mismo período, las masas, con la clase obrera a la cabeza, surgieron a la arena política con un imponente Paro Cívico Nacional en septiembre de 1977, abriendo la posibilidad de un gran ascenso de la lucha de clases.

e. En **México**, la burguesía se ha visto obligada a hacer cambios a su cincuentenario sistema político de presidencialismo exacerbado, en el que el PRI dominó completamente la vida política del país, prohibiendo la existencia de toda real oposición. El sistema se ha venido desgastando ante la oposición creciente, primero de sectores de la pequeña burguesía y después, cada vez con más fuerza, de los sectores de la clase obrera que luchan por el rompimiento del férreo control que tienen los burócratas sindicales oficiales (los "charros") sobre los sindicatos. El régimen ha anunciado una "reforma política", concediendo el registro legal a varios partidos de oposición. Aunque la burguesía mexicana tropezará con muchas dificultades para establecer un sistema pluripartidista y, de hecho, continúa muchas de sus medidas represivas, la clase obrera y sus aliados pueden aprovechar muy bien la apertura democrática para promover sus propios intereses.

f. En **Puerto Rico**, una colonia de Estados Unidos, la falsa autonomía que representa el "status" de "Estado Libre Asociado" y el fracaso del "milagro económico" se están haciendo cada vez más evidentes a las masas. En 1977, al mismo tiempo que los imperialistas sacaron de la isla la cifra sin precedentes de 2.200 millones de dólares en ganacias, rentas e interés (además de lo que reinvirtieron en la isla), el desempleo real era del 50 por ciento, y más de la mitad de la población dependía del "mantengo" (biestar social) para sobrevivir. El gobierno "autónomo" de Puerto Rico no puede hacer nada más que mendigar subsidios ante el gobierno de Washington. La insatisfacción de las masas

se reflejó en las elecciones de 1976, en las cuales los "estadolibristas" del Partido Popular Democrático (PPD) fueron derrotados completamente. El Partido Nuevo Progresista ganó las elecciones, no por su posición estadista, sino debido a sus promesas de mejorías económicas. Pero estas promesas no han sido cumplidas. Este fracaso está conduciendo a Puerto Rico a una situación de gran inestabilidad, proceso que comenzó en 1968, cuando el PPD fue derrotado después de 28 años en el poder. El PNP es incapaz de resolver los problemas económicos y está desarrollando toda una campaña para imponerle a Puerto Rico el "status" de Estados Unidos. El PPD reaccionó exigiendo más autonomía (aunque este gesto es pura demagogia de su parte). Algunos dirigentes sindicales también han comenzado a plantear la posibilidad de formar un partido obrero basado en los sindicatos. Aunque no se han dado pasos concretos en este sentido, esta situación ofrece grandes oportunidades a los marxistas revolucionarios para luchar por la independencia de Puerto Rico y para propagandizar sobre la necesidad de la acción política independiente de la clase obrera.

Los acontecimientos en estos países, que reflejan una amplia variedad de condiciones de la lucha de clases, son testimonios de la profunda inestabilidad de la dominación burguesa en América Latina. El movimiento de las masas trabajadoras pueden hacer importantes avances en el próximo periodo, pero las condiciones sociales y económicas descartan la perspectiva de aperturas democrático-burguesas estables y duraderas. El ascenso de la lucha de clases conducirá al agravamiento de las polarizaciones de clase que culminarán o con sangrientas derrotas, tal y como lo muestra la amarga experiencia del cono sur. Pero la experiencia también muestra que incluso las soluciones dictatoriales son inestables y que se iniciarán de nuevo un ciclo de combates de clase y de ascensos revolucionarios. La única forma de que termine el ciclo es a través de la victoria de la clase obrera en la revolución socialista.

CAPITULO III

LA POLITICA IMPERIALISTA EN AMERICA LATINA HOY

9. Después de la Segunda Guerra Mundial se presenciaron en América Latina enormes movilizaciones populares, siendo las más importantes las de Colombia en 1948, Guatemala en 1954, y, la más profunda de todas, la revolución boliviana de 1952. Pero estas movilizaciones, que fueron dirigidas por fuerzas nacionalistas burguesas, fueron derrotadas sin excepción.

Esta etapa de derrotas terminó bruscamente con la revolución cubana, la que impulsó un nuevo ascenso en la lucha de clases en América Latina. Se vio que existían posibilidades para la victoria de la revolución socialista, y que no obstante el poderío del imperialismo norteamericano, se le podía derrotar.

Ante esto se dio un incremento de las intervenciones directas e indirectas del imperialismo en la región, para prevenir la repetición de la experiencia cubana. La política de los imperialistas a partir de la revolución ha sido la de aplastar desde un inicio cualquier movimiento que ponga en peligro o que pudiera poner en peligro la estabilidad o la existencia del sistema capitalista. Esta ha sido la esencia de la política de la Casa Blanca, pese al uso de la demagogia como la de la "Alianza para el Progreso".

El imperialismo norteamericano ha podido depositar su confianza en gobiernos democrático-burgueses suficientemente estables para salvaguardar sus intereses solamente en casos excepcionales. Más que nada, el período que siguió a la revolución cubana se define por los programas de "contrainsurgencia" a gran escala en la década de los años sesenta, por la invasión directa a la República Dominicana por los marines norteamericanos y por la promoción de brutales golpes militares en una serie de países.

El golpe militar de 1964 contra Goulart, llevado a cabo por los generales brasileños en estrecha alianza con el Departamento de Estado, inaguró una larga y brutal dictadura en el país más grande de América Latina. Con la noción de que el desarrollo y la "seguridad nacional" estaban indisolublemente combinados, el golpe marcó la pauta para las dictaduras militares y la dura represión impuestas en Bolivia en 1971, en Uruguay en 1972, en Chile en 1973 y en Argentina en 1976. Este curso dejó a la mayoría de los países y a la gran mayoría de la población de América Latina bajo gobiernos militares.

La actitud de los imperialistas hacia el estado obrero cubano ha sido y sigue siendo agresiva: hostigamiento y sabotaje económicos; invasión directa en 1961; bloque naval y peligro de guerra mundial en 1962; un prolongado boicot económico; continuos sabotajes; provocaciones y conspiraciones de la CIA; y las nuevas amenazas militares surgidas a raíz del presente papel de Cuba contra el imperialismo en Africa.

10. La recesión mundial de 1974-75 y su derrota histórica en Vietnam debilitaron al imperialismo norteamericano. La habilidad de Washington para contener la lucha de clases es hoy en día más restringida de lo que fue en el pasado. Esto se debe a los límites tanto financieros como militares de sus "obligaciones" internacionales y a las crecientes repercusiones políticas, particularmente dentro de Estados Unidos, que tendría una intervención militar directa. Los otros factores que pesan sobre la política de Washington en América Latina son la recuperación continua —pese a las derrotas sufridas— de la lucha de clases, particularmente en cuanto a las acciones de masas por parte del proletariado urbano, y la erosión de la estabilidad de algunas de las dictaduras militares en que Washington se había apoyado principalmente.

Sin abandonar su línea de agresión contra la revolución cubana y contra el movimiento revolucionario latinoamericano, el imperialismo ahora tiene que ser más cuidadoso en cuanto a las formas que puede tomar su intervención.

Al mismo tiempo, Washington está pesando las posibilidades de contener la lucha de clases mediante proyectos de "liberalización". Existen, sin embargo, dos limitaciones inherentes que restringen dichos proyectos: 1. la incapacidad de otorgar concesiones económicas importantes a las masas; de hecho, se han impuesto mayores medidas de austeridad; 2. La creciente dificultad de contrarrestar las movilizaciones de la clase obrera;

cuya fuerza va en aumento.

Las contradicciones de la política exterior imperialista les brindan oportunidades de lucha a las masas trabajadoras. Un ejemplo de esto es la retórica de los "derechos humanos" de la administración Carter. El principal objetivo de esta ofensiva ideológica no está en América Latina, sino que su propósito es fomentar el sentimiento antisoviético. Sin embargo, ha colocado a Washington en una posición pública un tanto delicada con relación a algunas de las brutales dictaduras latinoamericanas, forzàndolo a veces a tomar distancias públicamente ante ellas. La clase obrera podrìa utilizar en su lucha por los derechos democráticos tales posturas públicas.

Desde los años sesenta algunos de los imperialistas europeos y los imperialistas japoneses han incrementado su penetración en América Latina. En gran parte esta penetración ha sido en el campo de las inversiones. También han aumentado sus ventas de equipo militar. Entre las áreas principales de sus intervenciones están las nuevas industrias tales como la producción automotriz, de productos químicos y de algunos productos alimenticios. Esto ha llevado a una creciente influencia política. Pese a la competencia económica, en la estrategia general de la región sus intereses son idénticos a los de los imperialistas norteamericanos. Tratan de darse una imagen liberal para contrarrestarla con la de los desacreditados imperialistas norteamericanos. Esto les permite jugar un papel en los intentos de contener la lucha de clases mediante el apoyo a los proyectos de "liberalización" de las clases dominantes.

Los conflictos entre los imperialistas y los diversos sectores de la burguesía nacional son inevitables. En ciertas ocasiones la burguesía nacional puede aprovechar las rivalidades interimperialistas, por ejemplo, en cuanto a la venta de armamento o de reactores nucleares. Sin embargo, los vínculos cada vez más estrechos de dependencia con respecto al imperialismo también merman la capacidad de maniobra de los burgueses nacionalistas, haciendo de sus posturas "antiimperialistas" mera demagogia. El caso de Torrijos en Panamá es aleccionador al respecto, y más si se compara con los de ciertos nacionalistas burgueses del pasado como Arbenz en Guatemala y Cárdenas en México, que realizaron medidas antiimperialistas reales aunque limitadas: nacionalizaciones, etc. Tras la fachada opositora de Torrijos se escondía una actitud capituladora fundamental que buscaba preservar los aspectos esenciales del dominio imperialista sobre Panamá y el Canal.

CAPITULO IV
LA CLASE OBRERA VA A LA CABEZA DE LA LUCHA DE CLASES

11. En los años siguientes a la derrota argentina de 1976, ha habido un ascenso constante en las luchas de las masas explotadas en América Latina, bajo condiciones diferentes en cada país. Las luchas más profundas fueron las enormes movilizaciones de masas de 1977-78 que culminaron en situaciones prerrevolucionarias en Nicaragua y Perú. Las huelgas de la clase obrera argentina en 1977-78; de los trabajadores y estudiantes brasileños en 1977-78; y una serie de huelgas generales en Bolivia y en Ecuador en 1977 son señales de recuperación después de las derrotas sufridas en esos países. El paro cívico nacional en Colombia en 1977 y las grandes movilizaciones sindicales en México en 1975-77 han minado la estabilidad política de estos países.

En el contexto de esta recuperación y este ascenso del movimiento de masas se puede detectar una tendencia: la iniciativa y el papel de vanguardia del proletariado en la lucha de clases con respecto al conjunto de las masas populares. El proletariado, en la medida que afirme su independencia de clase, se convertirá en la dirección de las masas revolucionarias (el campesinado, los pobres del campo y la ciudad y la pequeña burguesía pobre) y podrá ser capaz de evitar las derrotas y el colapso de prometedores movimientos de masas, como ha ocurrido tantas veces en el pasado. De esta manera, la experiencia de la revolución rusa de 1917 es cada vez de mayor vigencia para los revolucionarios latinoamericanos.

12. El movimiento sindical en América Latina se centró inicialmente en la industria de la construcción, textil y las industrias orientadas a la exportación tales como los ferrocarriles, el comercio marítimo y la minería. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años sesenta, los sindicatos crecieron en las industrias que aparecieron para producir para el mercado interno en expansión, como son las industrias enlatadoras y de envase de alimentos, nuevas industrias textiles y las industrias eléctricas y metalúrgicas. A partir de los años sesenta aparecieron sindicatos en nuevas industrias como la automotriz, la petroquímica y la de nuevos aparatos eléctricos.

Los burócratas sindicales se aliaron con la burguesía nacional en base a su interés común en el desarrollo de un mercado interno. Durante décadas esta alianza contribuyó a mantener al movimiento obrero subordinado políticamente a la burguesía y dominado ideológicamente por concepciones burguesas nacionalistas. Los ejemplos más destacados de esto son el peronismo en Argentina y el "charrismo" en México.

Los partidos comunistas, con su concepto estalinista de forjar alianzas con sectores de la burguesía, jugaron un papel decisivo para permitir la consolidación de las burocracias sindicales nacionalistas burguesas. Durante la Segunda Guerra Mundial y en el periodo de la posguerra, los PCs impulsaron una línea de "frentes antifascistas" y de "unidad nacional" de acuerdo con la búsqueda de alianzas diplomáticas por parte de Moscú. En Brasil, Chile, México y Cuba, esto los llevó a atar al movimiento obrero a los regímenes autoritarios que empleaban una demagogia populista. En este mismo periodo, en Argentina y Bolivia, la versión estalinista del "antifascismo" llevó a los PCs a unirse con fuerzas oligárquicas y proimperialistas y a caracterizar al peronismo y al MNR como fascistas. Esta política les dejó el campo libre a los peronistas y al MNR, quienes pudieron presentarse ante los trabajadores como los únicos defensores de la lucha

antiimperialista.

Por ende, los estalinistas nunca pudieron lograr avances en el campo sindical de acuerdo con sus propias posibilidades. En la mayor parte de los países de América Latina son fuerzas abiertamente políticas burguesas las que controlan gran parte de los sindicatos.

13. El crecimiento de la industria de bienes de consumo durable en los países relativamente industrializados ha traído consigo el desarrollo de nuevos sectores del proletariado concentrado en grandes complejos industriales. Como se vió en la semiinsurrección en Córdoba, Argentina, en 1969 y en las enormes huelgas de Brasil en mayo y noviembre de 1978, iniciadas por los trabajadores automotrices, y en la serie de huelgas generales en las ciudades y provincias cuya chispa fueron las luchas de los mineros metalúrgicos y los trabajadores de los astillereos en Chimbote, Perú, en 1978, los trabajadores en estos centros industriales comienzan a definirse como la vanguardia de la clase.

Los trabajadores en los grandes centros industriales y mineros son los que están mejor preparados para afirmar su fuerza, con confianza en sí mismos, actuando tanto a través de las estructuras oficiales del sindicato como por medio de comités **ad hoc** en las plantas.

Estos sectores de la clase obrera pueden movilizarse desafiando a las clases dominantes en todo un amplio frente económico y político y comenzar a impugnar efectivamente el control de los burócratas sindicales para combatir a los patrones.

La continua extensión de la tecnología y la resultante proletarización de los empleados oficinistas también han ensanchado el sector organizado de la clase obrera. Estos trabajadores, organizados en nuevos sindicatos que frecuentemente están menos burocratizados que los antiguos sindicatos, muchas veces han llevado a cabo luchas combativas, por ejemplo, los maestros, los bancarios y los trabajadores de la salud en Colombia. A pesar de que su peso social y su importancia política es menor a la de los trabajadores industriales, también están jugando un papel en esta etapa de recuperación de la combatividad de la clase obrera. En Perú, por ejemplo, se dieron grandes huelgas de los trabajadores de la salud y de los hospitales, así como de los mineros del cobre y metalúrgicos en diciembre de 1977. En julio de 1978, los maestros y los trabajadores de la salud estuvieron en la primera línea, y en agosto y septiembre los empleados públicos se movilizaron junto con los mineros y trabajadores metalúrgicos. La ola de huelgas de obreros industriales en Brasil en mayo y junio de 1978 fue seguida en agosto y septiembre por grandes luchas de maestros y empleados bancarios.

En México en 1977-78, golpeados duramente por una crisis económica y un intento por parte del gobierno de imponer medidas de austeridad, los trabajadores electricistas, de teléfonos, ferrocarrileros y mineros han sido la punta de lanza de una respuesta obrera al ataque de la burguesía. Esto ha presionado considerablemente a la poderosa y corrupta burocracia que controla los sindicatos. Como resultado de esto, el "charrismo", sin abandonar su línea agresiva, incluso de violencia física contra las bases, ha tenido que adoptar una postura verbal más agresiva ante la patronal y ha amenazado con llamar grandes movilizaciones por primera vez en cuarenta años. Los trabajadores están siendo atraidos a los sindicatos, y los buscan transformar en instrumentos de lucha contra los patrones.

14. Es necesario una dirección consecuentemente proletaria para reemplazar a los burócratas colaboracionistas de clase y convertir a los sindicatos en instrumentos de lucha revolucionaria. Este proceso no será automático ni meramente espontáneo. En la medida que no surja una alternativa clasista de masas, las antiguas direcciones, a pesar de sus traiciones, seguirán apareciendo ante los trabajadores como su único recurso y las burocracias podrán reafirmarse con la ayuda, claro está, de los gobiernos burgueses. Incluso en los países donde los sindicatos han sido aplastados, como en Brasil, Uruguay y Chile, aún quedan elementos de las viejas burocracias sindicales ellas mismas víctimas de la represión y, por lo tanto, capaces de preservar cierto prestigio ante los trabajadores; estas burocracias son una carta en la mano de los capitalistas, y la jugarán cuando sea necesario en el futuro. En otros países, aún cuando exista un recrudecimiento de las luchas proletarias, o donde se está dando un resurgimiento después de las derrotas, se puede observar que la recuperación de las burocracias desacreditadas marcha a la par con el desarrollo de un espíritu combativo de la clase obrera: éste es ya parcialmente el caso de lo que sucede con la dirección sindical peronista en Argentina y es el caso de la dirección de Lechín entre los mineros bolivianos. En Perù, mientras que el APRA ha sido singularmente incapaz de restablecer su posición, otrora hegemónica, en los sindicatos, el Partido Comunista sí ha podido mantener su control del aparato del principal centro sindical, la Confederación General de Trabajadores de Perú (CGTP).

Por otra parte, la experiencia de luchas obreras ha tenido como resultado el desarrollo de una nueva capa de activistas y organizadores. Esta capa la componen muchos delegados y comités de fábrica, representantes de coordinadoras, activistas de varias corrientes sindicales y en algunos casos dirigentes de los sindicatos de las fábricas individuales. En su conjunto representan la dirección reconocida de la clase en los centros de producción. En diversas ocasiones se ha visto que tienen un peso decisivo en los momentos claves de la lucha de clases en cuanto a la formación de las actitudes de sus compañeros de trabajo y en el desarrollo de organismos de lucha. En muchos casos esta capa ha podido tener continuidad a lo largo de los años, a pesar de los altibajos de las organizaciones de masas. Esta vanguardia proletaria ha podido actuar, en cierta medida, como la "memoria" de la clase, transmitiéndole las experiencias adquiridas en la lucha a una nueva generación de militantes.

Entre los ejemplos de este fenómeno están el núcleo dinámico de la corriente conocida como el "peronismo clasista" en Argentina, que mantuvo formas clandestinas de organización en las plantas durante las dos décadas de proscripción política del peronismo; la vanguardia de los mineros en Bolivia, que ha evitado la consolidación de varias dictaduras en ese país; los sectores de vanguardia de los mineros del carbón y del cobre y de los trabajadores metalúrgicos en Chile; los mineros metalúrgicos de vanguardia y las tendencias militantes clasistas en los sindicatos en Perú; los sectores más combativos de los trabajadores electricistas, telefonistas, ferrocarrileros y mineros en México.

Pero estas tendencias clasistas carecen de claridad política y estabilidad organizativa. El proceso de organizar la lucha contra la clase dominante y de remover a los falsos dirigentes para reemplazarlos con una dirección clara y consecuentemente proletaria que incluya las capas combativas descritas anteriormente, requiere de la participación y dirección política de partido marxista revolucionario.

15. En la interrelación entre el partido marxista revolucionario, la vanguardia militante del proletariado y la clase en su conjunto, el partido le presta atención especial a la vanguardia. Pero el programa y la política en torno a las

cuales busca organizar a esta vanguardia no son nada diferentes al programa y política que plantea para la clase en su conjunto. El objetivo es simplemente impulsar un programa de acción que le permita a la vanguardia proletaria, organizada en una ala consecuentemente clasista, organizar, movilizar y dirigir a la clase y sus aliados contra los ataques de la clase dominante, y en el curso de este proceso reemplazar a los burócratas que propugnan la colaboración de clase.

Es necesaria la movilización en torno a un programa amplio de acción, que corresponda a los problemas más agudos de todos los obreros y los oprimidos, para enfrentarse a la ofensiva patronal. Tomando como punto de partida la defensa de los sindicatos, de las condiciones de trabajo y del nivel de vida de las masas, este programa apuntará al control obrero de la producción y a un gobierno de los obreros y campesinos. Los trabajadores deben aprender a pensar en términos sociales y a actuar políticamente; para comprender las grandes cuestiones sociales y políticas a las que se enfrentan todos los oprimidos y explotados, para defender sus intereses tanto como los de los trabajadores y para unirlos y conducirlos a la acción independiente en el campo político tanto como en el económico. Al defender los intereses de la clase obrera y de todos los oprimidos, y al luchar por movilizarlos en este sentido, surgirá una corriente consecuentemente proletaria que podrá convertir a los sindicatos y a las otras organizaciones de masas en instrumentos de lucha revolucionaria.

Este será un proceso desigual. Inicialmente surgirán tendencias y luchas combativas en torno a algunos, pero no todos, los puntos de un programa completo de acción. Los marxistas revolucionarios apoyarán estas luchas como un paso adelante, a la vez que buscarán ganar adherentes a un programa de acción más avanzado y más completo.

Un ejemplo de la desigualdad de este proceso es el desarrollo de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas mexicanos, que ha estado en la vanguardia de muchas luchas. En 1975, un mitin masivo de trabajadores electricistas en México, iniciativa de la Tendencia Democrática, adoptó la declaración de Guadalajara que planteaba una amplia plataforma sindical de reivindicaciones económicas y de democracia sindical, pero que no rompía claramente, al nivel político, con el gobierno burgués del PRI. Al mismo tiempo que los marxistas revolucionarios apoyan los avances de la Tendencia Democrática, libran una batalla para que rompa con el PRI y adopte un programa de acción que se dirija a las necesidades de todos los oprimidos.

La construcción de una tendencia consecuentemente proletaria requiere la dirección del partido marxista revolucionario. Esto, a la vez, requiere que el partido mismo está enraizado en los sectores claves de la clase obrera, particularmente entre los obreros industriales, quienes serán la piedra de toque de una dirección consecuentemente proletaria para la clase en su conjunto. En el curso de la lucha por forjar de esta manera una dirección clasista, el partido crecerá hasta ser un partido proletario de masas.

CAPITULO V
LA MOVILIZACION DE LOS ALIADOS DE LA CLASE OBRERA

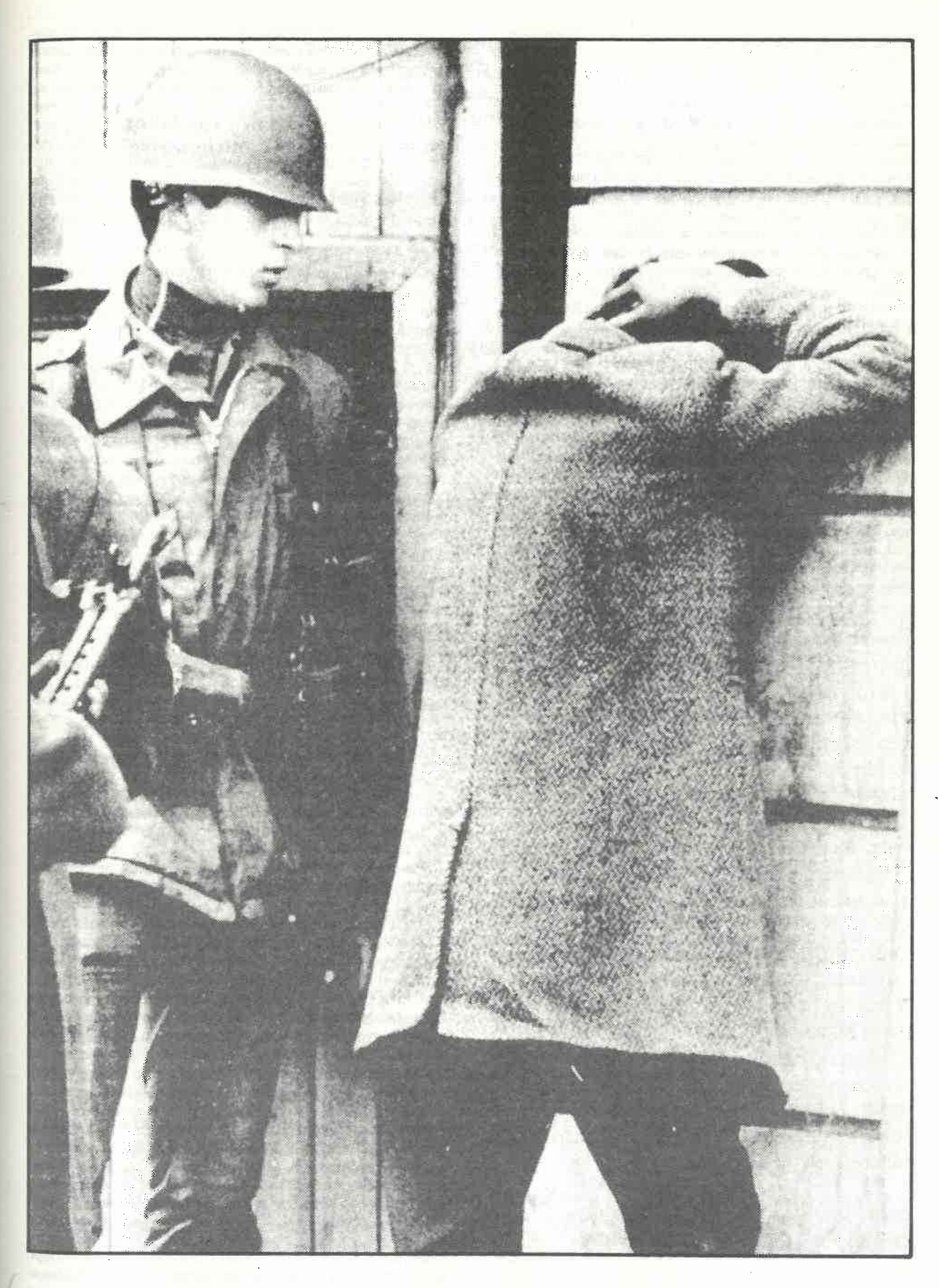
16. El capitalismo penetró los sectores de la agricultura destruyendo o absorbiendo las economías agrarias primitivas. Pero este fue un proceso incompleto. De manera que hoy en día existe una extensa gama de relaciones sociales en el campo, desde aquellas en las que los campesinos sobreviven en una base agrícola de subsistencia, que incluye en algunos casos formas prehispánicas de subsistencia, hasta las modernas empresas agrocapitalistas.

Las contradicciones que se desarrollaron en América Latina han unido a las empobrecidas masas campesinas, al proletariado agrícola, al semiproletariado y a los trabajadores migratorios contra el bloque de las clases dominantes compuesto de los terratenientes, la moderna burguesía agraria y las compañías propiedad de los imperialistas. Todos ellos en el marco de la dominación financiera imperialista.

El objetivo principal de las masas campesinas que no pueden subsistir por medio del cultivo de sus pequeñas parcelas (los minifundistas), o de los que han sido despojados, sigue siendo la tierra. Todas las reformas agrarias burguesas, hayan sido logradas mediante movilizaciones de masas, como en Perú, o iniciadas desde arriba por regímenes burgueses con el propósito de modernizar la agricultura, han demostrado su incapacidad total de satisfacer las necesidades de la mayoría de los campesinos latinoamericanos. Como resultado de esto se dan constantemente las ocupaciones de tierra.

Las reformas agrarias logradas por las revoluciones boliviana y mexicana tampoco han podido satisfacer las necesidades de las masas. La reforma agraria en México fue la más radical de todas las reformas agrarias llevadas a cabo bajo el capitalismo en América Latina. La tierra que los campesinos conquistaron en sus luchas fue declarada propiedad de la nación por el gobierno burgués; estas tierras (los ejidos) se suponía recibirían protección legal para que no volvieran a pasar a manos de latifundistas —mientras la tierra estuviera bajo cultivo, le pertenecería a quien la trabajaba, quien la podría arrendar o traspasar a sus herederos, pero no vender. Pero los ejidatarios no pudieron resistir el avance arrollador de la agricultura capitalista mecanizada ni, como fue el caso especialmente en el norte de México, de los crecientes "agrobusiness" vinculados al imperialismo, el cual mantiene su dominación mediante el control de la maquinaria agrícola, los fertilizantes químicos, la industria alimenticia y la venta de los productos. Así, los ejidatarios se han visto cada vez más forzados a "arrendar" sus parcelas a los "agrobusiness", y luego a trabajar como asalariados agrícolas. En el Estado de Sonora se arriendan el 70% de los ejidos, en Sinaloa más del 40%. En México en 1970, 2,5 millones no poseían tierra (comparado con los 1,5 millones sin tierra en 1950).

De manera que la realización de una nueva reforma agraria se presenta como una de las tareas del campesinado mexicano. Esta se deberá basar en lo logrado anterior-



mente, pero ir mucho más lejos. La revolución socialista en Cuba es el único ejemplo de una reforma agraria que ha tenido éxito en América Latina.

Millones de campesinos en América Latina ven amenazada su existencia ante el avance de las empresas agrícolas capitalistas a gran escala y los procesos de modernización en el campo, que se llevan a cabo para beneficio del imperialismo.

Han surgido por toda América Latina una enorme masa de campesinos pauperizados, escasamente sobreviviendo al margen del proceso de producción. Emigran a las ciudades en grandes números, ensanchando las filas de los desempleados y los pobres de las urbes, o se quedan en el campo como un ejército de reserva de trabajadores

migratorios que serán usados para satisfacer las necesidades temporales de la agricultura capitalista.

En varios países la clase dominante ha iniciado una contrarreforma agraria cuyo propósito ha sido cambiar los limitados logros de los periodos anteriores. Por ejemplo en Chile, Pinochet no solamente devolvió a sus antiguos dueños casi todas las tierras que les habían sido expropiadas a los grandes propietarios durante el gobierno de Allende sino que también ha tomado medidas para revertir las distribuciones de tierra llevadas a cabo anteriormente bajo gobiernos demócrata cristianos. Los marxistas revolucionarios, al mismo tiempo que explican el carácter limitado de las presentes reformas agrarias, defienden lo que las masas ya han conquistado.

Una reforma agraria radical es necesaria hoy más que nunca. Esta requiere no sólo la nacionalización de las gigantescas haciendas y latifundios y la distribución de la tierra a los que no la tienen, sino también el establecimiento de los mecanismos necesarios para ayudar a los pequeños agricultores, tales como la concesión de crédito barato a los pequeños propietarios, el desarrollo de proyectos de irrigación y otros tipos de ayuda tecnológica. Las medidas para romper el control de los intermediarios que se benefician de los campesinos y que deben mantener los precios bajos, son especialmente importantes para forjar la alianza entre los obreros y los campesinos.

El proceso contradictorio de la expansión capitalista en el campo está creando un sector cada vez más numeroso de trabajadores agrícolas, principalmente en los sectores de la agricultura y de la ganadería más vinculados con el desarrollo del "agrobusiness". En muchos casos el trabajo es temporal, y los trabajadores agrícolas son condenados por el resto del año a una existencia marginal como desempleados o trabajando parcelas mínimas.

Estos trabajadores pueden ser movilizados junto con los campesinos en ocupaciones de tierra y otras formas de lucha en torno a la tierra. También pueden ser movilizados en torno a reivindicaciones específicamente relacionadas con su posición como trabajadores agrícolas (aumento de salarios, salarios por hora en vez de a destajo, límites al día de trabajo, prestaciones de servicio médico y de cesantía). Particularmente importante es el derecho a la organización sindical, el cual ha sido uno de los ejes principales de los ataques de la clase dominante.

Los regímenes burgueses han empleado una variedad de métodos en sus intentos para impedir la organización de los campesinos en su lucha por la tierra. Estos van desde la represión abierta como el caso de Chile, donde se prohíbe cualquier tipo de organización campesina independiente, a la manipulación de las organizaciones agrarias como en el caso del "Pacto campesino-militar" en Bolivia y la Confederación de Asentamientos Campesinos en Panamá, en ciertos casos el gobierno ha fomentado el desarrollo de direcciones campesinas locales vinculadas a él.

Bajo estas condiciones la lucha por la independencia de las organizaciones campesinas ante las manipulaciones de la burguesía y los terratenientes es un paso fundamental en la lucha por la liberación de las masas campesinas en América Latina.

Casos ejemplares de este tipo de luchas fueron las luchas que libraron los sindicatos campesinos en los valles de Convención y Lares en Perú en 1962-63, las de las Ligas campesinas en el noreste de Brasil en 1961-62, y las luchas de 1975-76 de los campesinos mexicanos que hoy se organizan en la Coordinadora Campesina Revolucionaria Independiente.

Las luchas guerrilleras basadas en ascensos de las masas campesinas han sido endémicas en América Latina como en Colombia en 1948 y después. Son algo bien diferente a las aventuras foquistas de los años 60, en las que pequeños grupos de guerrilleros trataron de establecerse en el campo. Pero en la mayoría de los casos, aún las guerrillas vinculadas a las masas campesinas han demostrado su incapacidad de impulsar a las masas de campesinos y semiproletarios a avanzar hacia organizaciones nacionales, hacia la independencia política del Estado burgués y hacia la unidad orgánica con el proletariado en las ciudades.

Solamente bajo la dirección del proletariado se puede forjar la alianza entre los obreros y los campesinos y avanzar en la lucha victoriosa contra el enemigo común, la burguesía.

Esta alianza basada en reivindicaciones democráticas, adquiere cada vez más una dinámica anticapitalista. Los ciclos de las luchas campesinas tienden a coincidir con los de las luchas obreras. No es posible, sin embargo, sellar esta alianza en forma espontánea. La acción de los revolucionarios, con un programa que expresa la convergencia fundamental de las dos clases en su lucha contra la burguesía y su Estado, es fundamental. El coronamiento de la acción y de propaganda de los revolucionarios es el gobierno obrero y campesino.

17. La lucha contra la opresión nacional y el racismo dentro de América Latina constituye un punto clave en la lucha de clases, y en varios países es de importancia decisiva para la revolución socialista.

Existen dos grupos principales de pueblos nacionalmente oprimidos en América Latina: los negros y los indios. Cada uno de estos grupos tiene muchos componentes.

a) Los indios. Existen casi 30 millones de indios en América Latina, en su mayoría concentrados en lo que fueron los centros de las civilizaciones precolombianas: México y Guatemala; Perú, Bolivia y Ecuador. En otras partes tienen importancia numérica en ciertas regiones.

Y en todas partes su lucha tiene un gran peso moral, debido a la historia del continente.

Los indios en su mayoría continúan viviendo en el campo y conforman la capa más pobre de los trabajadores agrícolas, aparceros, campesinos pobres y sin tierra. Un creciente número de ellos, sin embargo, se han visto forzados a emigrar a las ciudades y vivir en las barriadas, en las favelas, las colonias populares y campamentos urbanos. Sus bajos ingresos, su analfabetismo, su tasa de mortalidad infantil, sus promedios de vida...todos estos hechos y otros más demuestran la agudeza de la opresión contra los indios. El despojo de sus tierras, la supresión de sus lenguas y otras herencias culturales, su carencia de derechos cívicos (tales como el derecho al voto) refuerzan y ayudan a perpetuar su extrema explotación. Es esencial que el movimiento obrero comprenda la lucha contra estas terribles condiciones de vida de los indios: su lucha por la tierra, etc.

En aquellos países donde la población indígena es baja, como en Chile y Argentina, su existencia ha sido deliberadamente ignorada por los regímenes burgueses, y no se ha llevado a cabo ningún tipo de medidas que permitan a los indios, si así lo desean, preservar sus lenguajes y culturas. Los indios que habitan en las selvas (tal vez un millón) son los que más sufren. En Brasil y Paraguay, la clase dominante los ha visto como obstáculos al desarrollo capitalista de la región, siendo, por lo tanto, víctimas de la más salvaje represión, incluso del genoci-

dio, hambrunas intencionales y epidemias producidas artificialmente. En Paraguay todavía existen hoy indios que son forzados a vivir bajo condiciones de virtual esclavitud.

Las revoluciones en México y Bolivia trajeron las consigo reformas sustanciales para los indios. Pero la política del "indigenismo" desarrollada bajo los auspicios de los gobiernos burgueses es esencialmente paternalista mediante el uso de proyectos de servicio social y la preservación de ciertos aspectos de la cultura indígena, se busca integrar al indio a la sociedad capitalista. Dada la ausencia de mejoras socioeconómicas y significativas, esta política ha fracasado y en algunos casos le ha cedido el terreno a medidas represivas, como por ejemplo la masacre de los indios mexicanos en el Estado de Hidalgo, México en 1977.

La opresión de los indios sólo será abolida mediante su movilización independiente, como parte de un auge revolucionario más amplio. Las revoluciones en México y Bolivia, los mismo que el ascenso en Guatemala al principio de los años 50, fueron acompañados de movilizaciones indígenas, que se manifestaron principalmente en las medidas de reforma agraria y en los avances iniciales para la eliminación de la discriminación contra las lenguas nativas, así como también en las luchas contra otras formas tradicionales de su opresión. Esto trajo como resultado una mayor participación de los indígenas en la vida política en el curso de esas luchas. Ejemplo aleccionador de la manera de impulsar las movilizaciones indígenas es el de los movimientos campesinos en Perú en 1962-63. Mientras que hasta entonces el movimiento obrero se había limitado a dar apoyo verbal a los indios, Hugo Blanco y otros líderes vieron la necesidad de desarrollar una dirección autóctona quechúa que pudiera fomentar en las masas campesinas indias de la Convención y Lares el orgullo y la confianza en su propia fuerza y de esta manera organizar la lucha por la tierra de la manera más eficaz.

b) Los negros. Los negros llegaron a América Latina como esclavos y en la actualidad continúan siendo víctimas de todo un sistema de prácticas racistas aún después de la abolición legal de la esclavitud. Esto los ha convertido en minorías que sufren la opresión nacional en el continente.

La concentración más grande de la población negra es en Brasil según cifras de 1950, el 11 por ciento de todos los habitantes se identificaron como negros y el 26,6 por ciento como mulatos. En ciertas regiones importantes del país estos dos grupos juntos conforman la mayoría de la población. La clase dominante brasileña es tan sensible a esta cuestión candente en un país de 115 millones de habitantes, que desde 1950 se han eliminado totalmente de los censos todas las referencias que indiquen la raza.

La opresión racial es un factor inherente a la estructura social del capitalismo en Brasil. La población blanca tiene un monopolio de los mejores trabajos, viviendas y servicios sociales. En las áreas rurales del país los negros conforman los sectores más pobres y más oprimidos de los campesinos y trabajadores. Las estadísticas del censo de 1950 en lo referente a la educación presentan esta opresión en la manera más dramática. Los que se identificaron como negros formaban solamente el 4,2 por ciento de los diplomados de escuelas primarias, el 0,6 por ciento de los diplomados de escuelas secundarias, y el 0,2 por ciento de los diplomados de las universidades. Los que se identificaron como de raza mixta formaban solamente el 10,2 por ciento de los diplomados de escuelas primarias, el 4,2 por ciento de los diplomados de escuelas secundarias y el 2,2 por ciento de los diplomados de universidades.

Todavía está por desarrollarse un movimiento negro de masas en Brasil, y cualquier intento de los negros a organizarse independientemente se ha enfrentado con la actitud hostil del gobierno. Sin embargo, bajo el impacto de la revolución africana y de las luchas de los negros en Estados Unidos han surgido las primeras expresiones de un movimiento negro. El 7 de julio de 1978, más de 1.000 negros se manifestaron en Sao Paulo contra la opresión racial. Se ha formado una organización llamada el Movimiento Unido Contra la Discriminación Racial, siendo la primera organización de este tipo desde 1937, año en que el gobierno de Vargas prohibió al Frente Negro. Otra manera en que la renaciente conciencia nacionalista negra se manifiesta, es mediante el trasplante de ciertos aspectos culturales de los negros en Estados Unidos.

La opresión nacional de los negros es también una cuestión importante en América Central, las islas del Caribe, Ecuador, Colombia y Venezuela. Los trabajadores negros son importantes en ciertas industrias, como en aquellas relacionadas al funcionamiento del Canal de Panamá. Hasta en países donde los negros son un sector muy pequeño de la población, a menudo viven concentrados en ciertas regiones en las que por lo tanto tienen mayor peso social, como en el área de Limón en Costa Rica y la costa pacífica y atlántica de Colombia.

Además de la cuestión de la opresión en el trabajo, la vivienda, la educación, etc., se deben tener en cuenta tres particularidades:

1. En América Central hay muchos negros cuyo primer idioma es el inglés, el cual es suprimido en las escuelas y en los medios de comunicación.

2. Uno de los legados del colonialismo británico en la Guyana y en el Caribe, especialmente en Trinidad, y del colonialismo holandés en Surinam, se manifiesta en las tensiones existentes entre las poblaciones negras y las de origen hindú, ambas estando oprimidas.

3. Además de influencia de la revolución africana y de la lucha de los negros en Estados Unidos (y también en Gran Bretaña), el impacto de la revolución cubana es de gran importancia en el área del Caribe. Las profundas medidas llevadas a cabo en Cuba para eliminar la opresión racial contra los negros resaltan ante las prácticas racistas en los países capitalistas de la región.

El racismo es un componente integral de la sociedad de clases en América Latina a todos los niveles. Existe una escala de color, según la cual aquéllos que se aproximen más a las normas raciales europeas ocupan posiciones de privilegio con relación al resto. La base de este racismo generalizado es la discriminación institucionalizada que se ha usado contra las poblaciones indígenas y negras.

Las direcciones reformistas del movimiento obrero han traicionado a los pueblos oprimidos negros e indios de América Latina. Los marxistas revolucionarios son los únicos que apoyarán las luchas de los negros e indios que luchará contra su opresión en donde y cuando sea que ésta se manifieste.

Teniendo en cuenta el peso social de las minorías nacionales oprimidas, prestar gran atención a este tema y elaborar una política correcta para la lucha por la eliminación de la opresión racial son puntos claves para el éxito de la revolución socialista.

La experiencia histórica ha demostrado que el ascenso de las luchas contra la opresión nacional es acompañado por un orgullo creciente y una autoconfianza reforzada de parte de los oprimidos y por una insistencia también creciente de parte de los oprimidos de la necesidad de solucionar sus problemas de acuerdo a sus intereses. Aunque

es prematuro predecir las formas políticas exactas que serán necesarias para garantizar el fin del racismo y de la opresión nacional contra los indios y los negros, la revolución socialista tendrá que suministrar los medios requeridos para lograrlo; incluida la posibilidad de autonomía territorial o estados autónomos. Sólo reivindicando estos derechos de autodeterminación podrán los marxistas revolucionarios ganar a los oprimidos racialmente para el combate por el socialismo.

Existe otro aspecto de la cuestión nacional en América Latina: los guatemaltecos en el sur de México, los colombianos en Venezuela, los haitianos en la República Dominicana, los paraguayos y bolivianos en Argentina y otros. Todos son víctimas de la discriminación basada en su raza o en su nacionalidad. La lucha contra esta opresión es un aspecto importante de la lucha por la unidad de la clase obrera.

El contingente más importante de trabajadores inmigrantes latinoamericanos son los mexicanos en Estados Unidos, junto con los puertorriqueños, los colombianos, los dominicanos, los haitianos y otros. En Gran Bretaña y en Canadá hay un gran número de negros del Caribe y en Francia también hay trabajadores inmigrantes de las Antillas. Las luchas contra la deportación o la discriminación de estos y otros trabajadores migratorios es un medio a través del cual se puede educar y establecer vínculos con el movimiento obrero en los países imperialistas y de asestarle duros golpes a las potencias imperialistas.

18. Las recientes e inmensas concentraciones de gente pobre en las ciudades son un factor social de importancia inmensa. Netzahualcóyotil, por ejemplo, una de las "colonias populares" de la ciudad de México, ha crecido en los últimos veinte años, de una zona de invasión ilegal de tierras a ser una población de más de 2 millones de personas. La mitad de la población de Lima metropolitana vive en las barriadas o "pueblos jóvenes" que rodean la capital peruana.

En Puerto Rico, la "vitrina de la democracia" según Washington, decenas de miles de personas viven en los arrabales, en casas de cartón, hoja de lata o madera, sin servicios sanitarios, agua o electricidad. Ejemplos similares son comunes a todas las ciudades del continente.

Hay dos puntos claves de importancia especial para los pobres de las ciudades:

a) Empleos. La gran masa de los pobres de las ciudades, muchos de los cuales han sido forzados a emigrar recientemente del campo por falta de tierra o de trabajo, se encuentran desempleados o subempleados en las ciudades. Siendo el desempleo un problema estructural creeciente (en Lima, por ejemplo, casi el 50% de la fuerza de trabajo en la ciudad era considerada como desempleada o subempleada en 1977), no hay perspectivas para su resolución bajo el sistema capitalista.

b) Vivienda y servicios públicos. El rápido crecimiento de estas enormes concentraciones urbanas se ha dado sin una planificación urbana ni de crecimiento industrial equilibrado. Por lo tanto hay una falta crítica de vivienda y de servicios tales como agua, electricidad, alcantarillado, transporte, educación, salud, etc.

Estas concentraciones son una dinamita social que puede estallar fácilmente, como sucedió en Lima en febrero de 1975, cuando, después de un año de rápidas alzas en los precios, las masas se aprovecharon de un conflicto entre el ejército y la policía para desencadenar una ola de saqueos e incendiar las oficinas de los periódicos gubernamentales. La falta de transporte público barato ayudó a que estallara una explosión popular en Managua, Nicaragua, a fines de 1977. (Importantes áreas residenciales obreras construídas después del terremoto de 1972, están situadas tan lejos de la zona industrial que los trabajadores tenían que gastar hasta el 15% de sus ingresos en transporte).

Una tarea fundamental del movimiento obrero es dar dirección y orientación política al descontento de las masas urbanas. El potencial para las iniciativas obreras en esto quedó demostrado en el paro cívico nacional y de un centenar de paros cívicos regionales y locales en el mismo periodo en Colombia, organizados por el movimiento sindical en septiembre de 1977, y por los éxitos de las sucesivas huelgas generales en Perú en 1977-78.

19. Como en el resto del mundo semicolonial, la opresión de las mujeres en los países latinoamericanos ha sido más intensa en comparación con los países capitalistas desarrollados. Los sistemas sociales y económicos relativamente atrasados no les han permitido a las mujeres obtener las posibilidades de independizarse económicamente, lo cual significa la preservación de muchas más prácticas sociales arcáicas dirigidas contra las mujeres y para preservar la familia, incluso la familia numerosa. Dos de las características específicas de la opresión de la mujer en América Latina son el peso de la Iglesia Católica y la omnipresencia de la práctica e ideología social del machismo.

Transformaciones objetivas, tales como las discutidas anteriormente en cuanto a la situación económica y social en América Latina, están sentando las bases para el desarrollo de un movimiento de las mujeres. Entre estos cambios se incluyen: la expansión de la educación para las mujeres y su participación en el proceso de producción fuera del hogar; el creciente proceso de urbanización; el deterioro de las relaciones tradicionales socioeconómicas en el campo; el debilitamiento de la ideología católica tradicional; y la influencia del nuevo movimiento internacional de liberación de la mujer.

Los enraizados prejuicios contra la participación de mujeres en la vida polírica ha impedido el desarrollo de un movimiento de liberación de la mujer que se pueda comparar al que ha surgido en los países capitalistas desarrollados. Es sólo una cuestión de tiempo, sin embargo, para que se desarrolle este movimiento. La agudeza de la opresión y el gran peso social que tiene este sector social ha creado la posibilidad para el desarrollo de un movimiento masivo de la mujer, con gran potencial político.

Ya se pueden ver las primeras indicaciones del desarrollo de un movimiento de la mujer en América Latina:

a) El surgimiento en muchos países de grupos de mujeres que se consideran francamente organizaciones feministas. Aunque sean pequeños y su composición y ámbito de acción sean principalmente estudiantiles o pequeñoburgueses, sin duda alguna se desarrollarán organizaciones feministas entre las mujeres de las clases explotadas.

b) La creciente participación de las mujeres en la vida política. En este proceso han aparecido algunos grupos específicamente de mujeres, como los comités de amas de casa en las áreas mineras de Bolivia, los comités de mujeres dentro de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas en México. Estos hechos reflejan un creciente nivel de confianza por parte de las mujeres. Aunque estos grupos no estén organizados como grupos francamente feministas, y aunque no tengan como eje necesariamente cuestiones de la mujer, sí anuncian el surgimiento de un movimiento masivo de liberación de la mujer.

Se desarrollarán una serie de luchas particulares de las



mujeres en torno a diversas cuestiones. Dentro de los puntos claves que se podrían enumerar están: plenos derechos cívicos y jurídicos (derecho al divorcio e igualdad jurídica); el derecho al aborto y contra la esterilización forzada; a guarderías infantiles; contra la discriminación en las oportunidades de empleo y en el propio trabajo; igualdad de salarios por igual trabajo, y contra la discriminación en el trabajo.

20. En contraste con los maestros, los trabajadores de la salud, los técnicos y los varios tipos de empleados oficinistas quienes viven por medio de la venta de su fuerza de trabajo y forman parte del proletariado, la pequeña burguesía urbana, hablando en términos estrictos, está compuesta de varias capas como son los artesanos, los tende-

ros, los propietarios de pequeñas empresas, los ingenieros y científicos muy calificados, los administradores en el gobierno y en las grandes empresas y los profesionales liberales. Estos sectores no son aliados consecuentes del proletariado, pero muchos podrían ser ganados a su lado.

La importancia de estos sectores para la lucha de clases fue demostrada en Chile en el período de Allende. A medida que se intensificó la polarización de clases, y a medida que se profundizó la crisis económica (incrementada por el sabotaje de la economía por parte del imperialismo y la burguesía chilena), estas capas pequeñoburguesas no vieron más que la conciliación y las vacilaciones por parte de los principales partidos obreros, el PC y el PS. No vieron que los partidos obreros presentaran una solución clara a la crisis. Poco a poco se alejaron del proletariado y se unieron a la histeria anticomunista de la derecha. Las huelgas reaccionarias de los propietarios de camiones y de los tenderos, ocurridas en octubre de 1972 y julio de 1973, y la manifestación contra Allende en septiembre de 1973 en la que participaron mujeres de clase media, fueron momentos significativos en el proceso que culminó en el golpe de Pinochet.

Esta experiencia no tiene que repetirse en otras partes. Aunque algunos sectores de la pequeña burguesía, especialmente en las capas más altas y en aquéllas más íntimamente ligadas a la tarea del mantenimiento de las relaciones de producción capitalista no se pueden ganar al movimiento obrero, las clases medias pueden ser divididas. Una clara solución obrera a la crisis económica puede ganar a los artesanos, los pequeños comerciantes, los tenderos, camioneros, etc. al lado del proletariado. La perspectiva de poner sus conocimientos al servicio del pueblo puede ganar a los médicos, ingenieros y científicos, como ha sido el caso con muchos médicos rurales que han apoyado las luchas campesinas. La audacia política de una dirección proletaria capaz puede lograr atraer a su lado a amplios sectores de la clase media urbana y neutralizar a los otros.

21. La importancia de ganar a los marineros y soldados rasos a la causa del proletariado también fue evidente en la experiencia de Chile. A medida que se intensificó la crisis en ese país, se desarrollaron divisiones entre los cuerpos de oficiales, con tendencias crecientes hacia un golpe reaccionario, y los marineros y soldados, atraídos hacia sus hermanos proletarios y campesinos. Pero el PS y el PC tenían vanas esperanzas que la mayoría de los oficiales permanecerían leales al régimen de Allende. Estos partidos permanecieron al margen mientras que los soldados rasos y los marineros, especialmente los marineros de Valparaíso, trataban de organizarse contra el golpe que se avecinaba y por tanto fueron víctimas de la represión de los oficiales. Las bases fueron abandonadas por los partidos obreros y por el gobierno que luchaban por defender. Esto selló el desenlace reaccionario.

Mientras que el movimiento revolucionario de los trabajadores busca ganar a su lado a las bases de las fuerzas armadas, no busca tratar de ganarse a la policía ni a los cuerpos represivos especializados como la Guardia Nacional en Nicaragua. Estas fuerzas policíacas no están formadas por campesinos u obreros temporalmente uniformados. A pesar de que individuos en la policía pueden ser influídos por las luchas obreras y campesinas, la abrumadora mayoría de la policía no lo será. Han sido corrompidos y transformados a lo largo de los años, convirtiéndose en capas sociales hostiles al proletariado y sus aliados, quienes deben tomar las medidas adecuadas para defenderse de estas fuerzas represivas policíacas.

22. Como producto de la creciente falta de trabajadores calificados, técnicos, de servicios y administración, ha habido una expansión tremenda en la educación superior en muchos países de América Latina. Las inmensas universidades como la Universidad Nacional Autónoma de México, con más de 200.000 estudiantes, es ejemplo vivo de la transformación que ha ocurrido. Bajo el antiguo sistema universitario "liberal" la composición del estudiantado se limitaba en su mayoría a los hijos de la élite de la burguesía y de las altas capas de la pequeña burguesía. En la universidad de masas del presente, muchos estudiantes provienen de las capas bajas de la pequeña burguesía y los sectores privilegiados del proletariado.

Sin embargo, el desarrollo económico no ha ido a la par con el crecimiento de la educación, de manera que la perspectiva con la que se enfrentan estos jóvenes es muchas veces la del desempleo. Concentrados en grandes números, y teniendo muchos vínculos sociales con los sectores menos privilegiados de la sociedad, radicalizados por las cuestiones sociales más amplias como también por sus propias perspectivas sombrías en el capitalismo, el estudiantado puede jugar hoy un papel más importante que nunca como aliado del proletariado y de las masas oprimidas.

Las luchas estudiantiles surgen constantemente en torno a una gran variedad de cuestiones. En Brasil en 1977-78 las rebeliones estudiantiles masivas a nivel nacional fueron la punta de lanza de la lucha por los derechos democráticos. En Panamá en 1977-78, los estudiantes estuvieron al frente de la lucha contra los tratados del Canal de Panamá. En la República Dominicana en 1977, los estudiantes se manifestaron contra las medidas de austeridad que hacían peligrar el presupuesto para la Universidad de Santo Domingo. En México, en 1977, enormes contingentes de estudiantes participaron en las manifestaciones de apoyo a las huelgas de los trabajadores universitarios. En 1978, los estudiantes de secundaria en Perú se unieron en apoyo a la combativa huelga de maestros que duró 80 días.

Los estudiantes deben vincular sus luchas y sus necesidades con el movimiento obrero. Sectores claves donde esto puede suceder son: la lucha por empleos, las luchas de los maestros y empleados de la educación, las iniciativas que el movimiento obrero tome en las luchas sociales más amplias.

CAPITULO VI
UN BALANCE MARXISTA REVOLUCIONARIO DE OTRAS CORRIENTES POLITICAS

23. La estrategia de la guerra de guerrillas que, debido en parte a una incomprensión de la dinámica de la revolución cubana, fue impulsada por un gran número de militantes revolucionarios en América Latina durante la

década de los años sesenta, ha demostrado ser un fracaso.

Las corrientes guerrilleras cobraron importancia a través de América Latina en el período que siguió a la revolución cubana. Esta revolución y las perspectivas de repetir sus éxitos en otras partes de América Latina, inspiraron y radicalizaron a toda una generación. Muchos rechazaron la teoría de la revolución por etapas que, debido a la influencia stalinista, hasta entonces predominaba en la izquierda. Vieron en Cuba la confirmación de la posibilidad de la revolución socialista, aún frente a los intentos de los imperialistas a aplastar la revolución. Rechazaron la vía pacífica y la colaboración de clases promovidas por los stalinistas y o por otras corrientes reformistas.

Pero la estrategia guerrillera, en sus variantes rural y urbana, continuó marginada de las necesidades y preocupaciones de las masas. La característica principal de la línea guerrillera fue su dependencia total en actos ejemplares de pequeños grupos. Las corrientes guerrilleras no lograron forjar un programa apto para dar dirección al proletariado y para unir a éste con los campesinos y las masas oprimidas en una lucha consecuente contra las clases dominantes. Cayeron víctimas del incremento de la represión. Se aislaron de las masas en el momento en que se desencadenaban inmensas movilizaciones proletarias.

Esto sucedió por ejemplo en Argentina, en donde el PRT desarrolló una lucha prolongada de guerra de guerrillas en ese país altamente urbanizado y proletario; esta estrategia incluía el concepto del establecimiento de un poder dual por medio de un control sobre áreas geográficas; la revolución fue concebida como una guerra de liberación nacional, según ellos, ya en marcha en las acciones guerrilleras.

La dirección castrista buscó extender la revolución por toda América Latina. Pero malinterpretando las lecciones de su propia revolución, en la que las movilizaciones masivas de los obreros y los campesinos derrocaron al Estado capitalista, los castristas usaron su enorme prestigio para promover la línea que en vista de las condiciones políticas explosivas los actos de pequeños grupos armados impulsarían a las masas a la acción. La generación de revolucionarios que encontró inspiración y que se radicalizó gracias al ejemplo de la dirección cubana, siguió la linea de ésta y se perdió o fue aplastada en el curso de actos valerosos pero políticamente inoperantes. Gran parte de la responsabilidad por estas derrotas recae sobre la dirección castrista.

Algunos elementos de las corrientes guerrilleras, cuyas divergencias con los partidos comunistas se limitaban al aspecto de la lucha armada versus la vía pacífica, siguieron aceptando la teoría de la revolución por etapas y otros puntos fundamentales de la estrategia stalinista. Esto explica la facilidad con la cual muchos partidarios de la guerrilla, como Héctor Béjar en Perú y la ALN en Brasil, colaboraron después con fuerzas políticas burguesas y reformistas.

La experiencia del marxismo revolucionario, que ha sido confirmada por las experiencias de las últimas dos décadas, incluso en el caso de la revolución cubana, surge del hecho de que la revolución no será obra de una vanguardia armada, apartada de las masas, sino del proletariado consciente, organizado y a la cabeza de millones de masas explotadas. Es ésta la única fuerza que puede enfrentarse a las fuerzas represivas del Estado burgués.

Así, la guerra de guerrillas es incorrecta como estrategia; es una táctica subordinada a la movilización de masas y a la construcción de un partido leninista.

La historia ha demostrado que en su camino hacia la revolución socialista, los trabajadores tendrán que defenderse contra una violenta contrarrevolución burguesa y que la organización de esta autodefensa no puede considerarse aparte de la organización y movilización de las masas. La autodefensa, como actividad de las masas, no puede ser impuesta desde afuera del movimiento. Tiene que corresponder al grado de movilización, organización y conciencia de las masas. El partido tiene que concebirla y dirigirla de tal manera que sean las masas quienes, organizadas democráticamente, decidan sobre las medidas necesarias para su autodefensa. La autodefensa contra las amenazas cotidianas que confronta la clase obrera es una forma esencial por la cual ésta se prepara para defender un gobierno de los trabajadores contra la contrarrevolución burguesa. Depender de las acciones de pequeños grupos de militantes organizados al margen de las estructuras del movimiento de masas, e ignorando las tareas políticas centrales, conduce al aislamiento y a la derrota.

Las lecciones de Chile nos enseñan mucho en este sentido. Los trabajadores chilenos se organizaron a escala masiva y construyeron sus propias estructuras de organización y de movilización, los cordones industriales, que podrían haberse convertido en instrumentos de poder obrero. Los obreros, sin embargo, todavía seguían a la dirección política del PC y el PS, y estos partidos impulsaron la política de colaboración de clases, de subordinar el proletariado al gobierno burgués de Allende, en el cual participaban. En vez de orientarse hacia la creación de un gobierno obrero-campesino basado en los cordones, aconsejaron que se confiara en el gobierno que dependía de y que incluía a algunos de los generales que más tarde llevarían a cabo el golpe. De manera que las masas quedaron sin dirección frente a la contrarrevolución y cayeron víctimas de la ofensiva de los militares. Con una orientación hacia un gobierno obrero-campesino, el curso adecuado de la autodefensa contra el golpe hubiera sido claro; el armamento de los trabajadores a través de sus propias organizaciones como los cordones, y el desarrollo y el crecimiento de consejos similares en las fuerzas armadas.

El MIR, el MAPU y los sectores del ala izquierda del PS con un enfoque similar no presentaron una estrategia revolucionaria alternativa ante la línea de Unidad Popular del PC y el PS; de hecho, generalmente apoyaron al gobierno de Allende, aunque trataban de flanquearlo por la izquierda, y se demostraron incapaces de proveer la dirección que las masas necesitaban en el instante crucial. Pretendían prepararse como una organización de vanguardia, que podría emprender la lucha armada después del golpe de estado y dieron así la espalda a la tarea candente de preparar a las masas a organizar sus organismos de defensa contra el golpe que se avecinaba a través de las organizaciones de masas tales como los **cordones industriales**. Aunque se jactaron de su "especialización" en actos armados, su respuesta a pequeña escala fue totalmente ineficaz, y ellos también fueron aplastados por el golpe.

Una de las tareas de los marxistas revolucionarios en América Latina es la explicación de las lecciones cruciales de Chile con respecto al curso correcto a través del cual los trabajadores pueden organizarse para defenderse contra la contrarrevolución burguesa. Sólo una clara comprensión de esto puede prepararlos para las tareas concretas que surgirán en la medida en que la lucha de clases se exacerba y para evitar otra aplastante derrota como la de Chile.

Todos los gobiernos burgueses latinoamericanos —ya sean dictaduras militares o democracias burguesas— han usado tradicionalmente métodos represivos muy duros

contra cualquier movimiento de masas que han desbordado los canales establecidos del reformismo y el populismo. Pero como la victoria de la revolución nicaraguense ha demostrado, la lucha contra estos regímenes burgueses, una vez que ha hecho una raíz profunda en las masas, toma una dinámica que va a la confrontación con el aparato del Estado burgués (el ejército, la policía, el sistema judicial, etc), a través de la combinación de huelgas generales, el armamento de las masas y la insurrección popular.

La victoria del FSLN y el pueblo de Nicaragua en julio de 1979 no fue la obra de una minoría heróica o una élite de especialistas en lucha armada. Fue la culminación de un proceso en el que las masas trabajadoras profundizaron su autoorganización y recurrieron a diversas formas de lucha contra la dictadura de Somoza.

Estas formas incluyeron huelgas generales y levantamientos armados en las ciudades que involucraron a obreros, masas plebeyas de las ciudades, jóvenes y sectores de la pequeña burguesía; ocupaciones de tierra de los campesinos pobres, dirigidos e impulsados por el FSLN, y acciones de guerrilla de creciente eficacia. En el curso de la lucha de masas se organizaron comités en los lugares de trabajo y en los barrios, así como en el campo, para emprender no sólo la autodefensa armada, sino también algunas tareas administrativas en algunos sectores (tareas sanitarias, de atención médica, de distribución de alimentos, etc.). La victoria final vino con la insurrección popular en las ciudades.

Una de las tareas de los marxistas revolucionarios en América Latina es explicar las lecciones anteriores que muestran que la insurrección de las masas fue la clave de la victoria en Nicaragua.

24. La IV Internacional promovió una orientación política incorrecta en América Latina durante varios años. La más clara y desarrollada expresión de esta línea incorrecta contenido en los siguientes informes y resoluciones sobre América Latina fue adoptada por voto mayoritario en los congresos mundiales de la IV Internacional en 1969 y 1974 (noveno y décimo congresos mundiales — tercer y cuarto congresos mundiales después de la reunificación):

a) En el Congreso Mundial de 1969; el informe y la resolución sobre América Latina.

b) En el Congreso Mundial de 1974: el informe y la resolución de balance y orientación de la revolución boliviana; el informe y la resolución sobre Argentina; crisis política y perspectivas revolucionarias; y el informe y la resolución sobre la lucha armada en América Latina.

Como resultado de esta línea equivocada, muchos camaradas y partidos de la IV Internacional se desarmaron píolíticamente ante la extensión de la falsa idea de que un pequeño grupo de revolucionarios capaces y audaces podrían poner en práctica un proceso hacia la revolución socialista. El proceso de enraizamiento de nuestros partidos en la clase obrera y en las masas oprimidas fue detenido. La linea que se siguió no sólo redujo las posibilidades de ganar cuadros de las tendencias guerrilleras al programa marxista revolucionario, sino que además produjo acciones aventureras y pérdidas en nuestras propias filas. Las consecuencias para nuestro pequeño movimiento fueron muy graves en Argentina y Bolivia.

Por consiguiente la IV Internacional revoca esta línea errónea adoptada en los congresos mundiales de 1969 y 1974. La línea de la presente resolución sobre América Latina reemplaza por tanto, la línea anterior.

Una de las tareas centrales para la educación de las fuerzas marxistas revolucionarias en América Latina es hacer una evaluación crítica de toda esta experiencia. Hoy que ha terminado el debate, los documentos podrán ser examinados de una manera educativa como parte de la historia de nuestro movimiento.

25. Durante el período inicial que siguió a la revolución cubana, los partidos comunistas sufrieron una serie de contratiempos debido a la ola de radicalización que produjo y fortaleció a las corrientes de la izquierda de los PCs —proceso alentado por la dirección castrista. En algunos casos, notablemente en Venezuela, los PCs quedaron marginados o aislados, pero en la mayoría de los países los stalinistas pudieron mantener un número significativo de cuadros y aparato e influencia en los sindicatos y otras organizaciones de masas.

Preservando esta base, los PCs se pudieron recuperar parcialmente de sus reveses iniciales debido a:

a) El fracaso de la estrategia guerrillera, que no dejó tras sí organizaciones fuertes y que condujo en última instancia a desilusión de muchos cuadros guerrilleros y a un giro por parte de éstos hacia el reformismo en su variante PC, al que veían como la única alternativa coherente.

b) La debilidad de los partidos marxistas revolucionarios, tanto organizativa como políticamente. Estos no tuvieron la fuerza suficiente como para atraer al creciente número de militantes revolucionarios que comenzaban a hacer una revaluación de la línea guerrillera. Tampoco tuvieron la fuerza suficiente para presentarse como una alternativa viable a la izquierda de los PCs, que fuera capaz de ganar a las masas que comenzaban a radicalizarse nuevamente bajo el impacto del reciente auge en la lucha de clases en los centros proletarios urbanos.

c) Después del fracaso de la estrategia guerrillera, la dirección cubana tomó medidas para salvar las rupturas anteriores con los partidos comunistas latinoamericanos. Este giro de los cubanos quedó plasmado en la Conferencia de Partidos Comunistas Latinoamericanos en La Habana en 1975, donde fue adoptado un documento conjunto hacia América Latina, compatible con las posiciones tradicionales de colaboración de clases de los PCs. Los partidos comunistas lograron recobrar en parte la autoridad que habían perdido, gracias al prestigio de estar asociados con la dirección cubana.

d) En algunos países —Guatemala, El Salvador, Paraguay, Chile y Uruguay, por ejemplo— los PCs, a pesar de haber sufrido una brutal represión bajo las dictaduras burguesas, lograron avances relativos en el movimiento obrero como resultado de su papel en la resistencia. En otras partes, como en Perú y México, los PCs se beneficiaron del desgaste del apoyo a las corrientes nacionalistas burguesas dentro de la clase obrera. El PC argentino, también busca aprovechar este fenómeno. En Panamá y México, los stalinistas han podido aprovechar las condiciones del levantamiento de ciertas restricciones a los derechos democráticos.

Todos los partidos comunistas latinoamericanos persiguen la política contrarrevolucionaria de apuntalar al orden burgués. Bajo varias formas —"frente popular", "frente antifascista", "unidad democrática", etc.— el denominador común es la búsqueda de alianzas con uno u otro sector de la burguesía. Algunas de las traiciones stalinistas han sido totalmente vergonzosas; por ejemplo, el PC argentino da apoyo a la dictadura militar de Videla, alegando que es el mal menor en Argentina y porque el régimen ha expandido sus relaciones comerciales con la Unión Soviética.

Sólo los PCs mexicano y dominicano han avanzado tímidamente en la dirección de los PCs "eurocomunistas". Los otros partidos stalinistas latinoamericanos siguen defendiendo la tradicional postura acrítica hacia la

burocracia soviética.

A pesar de haberse recuperado parcialmente de sus reveses anteriores, los partidos comunistas del continente, incluso cuando son muy fuertes, no gozan de una influencia predominante en el movimiento obrero. Corrientes a la izquierda de los stalinistas, incluyendo los marxistas revolucionarios, tienen abierta la posibilidad de competir con los PCs y de ganar esta influencia. Esto se vio dramáticamente en las elecciones en Perú en 1978, en las que la lista del Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular (FOCEP) recibió el doble del número de votos que los recibidos por el PC. Aunque el PC peruano es todavía mucho más fuerte que los trotskistas en cuanto a su tamaño y su peso en los sindicatos, se enfrenta a un desafío cada vez mayor.

La política de los PCs contra los trotskistas se lleva a cabo ya sea por medio de tácticas que buscan hacer caso omiso de nuestra existencia, o respondiendo a nuestras ideas políticas por medio de la calumnia y la violencia, como en Costa Rica. Sin embargo, conforme vamos creciendo, a los stalinistas les resultan contraproducentes dichos métodos; los trotskistas les pueden asestar golpes políticos cada vez que recurren a semejantes tácticas.

En varios países la fuerza creciente de los marxistas revolucionarios nos ha permitido forzar a los PCs a realizar acciones conjuntas, como por ejemplo en la asamblea constituyente en Perú y en la campaña por el registro de los partidos obreros en México. Este tipo de acciones de frente único avanzan la lucha de clases y también contribuyen a la creación de un ambiente favorable a la discusión objetiva de nuestros respectivos puntos de vista dentro del movimiento obrero.

26. El maoismo tuvo poca influencia organizada en la mayoría de los países latinoamericanos durante el período inicial del rompimiento entre Moscú y Pekín. Pero creció a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta conforme aumentó la desilusión entre los partidarios de la variante castrista-guevarista de la guerra de guerrillas. La línea maoista fue adoptada como una alternativa por aquellos que seguían pensando que la lucha armada era la cuestión central y permanecían hostiles a los PCs pro soviéticos. La demagogia populista de los grupos maoistas y su énfasis en la "guerra popular" parecía dar respuesta a la cuestión de cómo vincularse a las masas.

El maoismo creció principalmente en Colombia, Perú, Brasil, Bolivia y la República Dominicana. Pero los diversos grupos maoistas, aún en su periodo de auge, nunca lograron unirse en una sola organización. Con el deterioro del maoismo a finales de los años 60 con motivo de la crisis de la casta burocrática china, esta fragmentación se hizo aún más evidente. Muchos grupos maoistas estallaron en mil pedazos, perdiendo miembros e influencia. Impulsados a un caos ideológico por las maniobras de la política exterior y los giros internos de la burocracia china, algunos de estos grupos evolucionan de la ortodoxia maoista hacia el centrismo, mientras que otros se refugian en las posiciones pro albanesas. Las tendencias maoistas son más débiles que los partidos comunistas pro Moscú, pero en algunos países tienen mayor fuerza que los marxistas revolucionarios y representan, aún debilitados, un serio desafío a nuestras organizaciones. En Bolivia, a diferencia de otros países, los maoistas sí pudieron fortalecerse en el período reciente, agrupando a la mayoría de las corrientes en una sola organización, el Partido Comunista (Marxista-Leninista).

Los maoistas impulsan una política stalinista de colaboración de clases, siguiendo las mismas líneas fundamentales que los partidos comunistas pro Moscú, si bien con un sectarismo más pronunciado, por ejemplo, escindiendo el movimiento sindical. Este sectarismo hace difícil obligar a los maoistas participar en acciones conjuntas con otras corrientes del movimiento obrero. De cualquier manera, este objetivo puede lograrse con cierto éxito, como se vio en la lucha por la inscripción del FOCEP para participar en la campaña electoral en Perú en 1978.

27. Bajo el impacto de la revolución cubana y la radicalización de los años sesenta y principios de los años setenta, surgió en América Latina toda una gama de grupos centristas de diversos orígenes: por ejemplo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Perú, que evolucionó del populismo burgués pasando por el maoismo; y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile, en cuya creación participó un sector del movimiento trotskista.

Con una línea política que ha oscilado entre posiciones revolucionarias y posiciones reformistas, las organizaciones centristas son políticamente inestables por definición y de corta duración. Nunca han podido organizar una estructura continental o regional que perdure. El intento más importante en este sentido fue la creación de la Junta Coordinadora Revolucionaria en 1974, que agrupaba al MIR chileno, el PRT, ERP argentino, a los Tupamaros uruguayos y al FLN boliviano. Este proyecto se demostró de corta duración en la medida que sus integrantes entraron en crisis. La mayor parte de los grupos centristas importantes que surgieron en los años sesenta y setenta han desaparecido o caído definitivamente en el reformismo. El MIR de Chile, víctima tanto de la severa represión como del comprobado fracaso de su estrategia política, se encuentra en crisis abierta, agravada por un giro pro Moscú de parte de la dirección. El PRT-ERP también dió un giro de este tipo. Otros grupos centristas que siguen siendo importantes, como el MIR de Venezuela, están sufriendo presiones reformistas de tipo tanto socialdemócrata, como stalinista.

Aunque las organizaciones centristas son heterogéneas políticamente, con acciones que van desde el ultraizquierdismo hasta el oportunismo, algunas se dirigirán hacia las posiciones revolucionarias bajo el impacto de la lucha de clases. Esto presentará posibilidad de realizar acciones conjuntas. A la vez que es necesario destacar el adaptarnos a ellos o el ceder en lo programático, sería un error que los marxistas revolucionarios adoptasen una actitud sectaria hacia corrientes centristas de izquierda, o que llegaran a la conclusión fatalista de que no queda otra posibilidad más que se degeneren y caigan en el reformismo. Por lo contrario, experiencias recientes han confirmado la posibilidad de ganar formaciones centristas de izquierda al marxismo revolucionario. Ejemplo de esto son el Bloque Socialista y los Comandos Camilistas en Colombia.

28. Los partidos reformistas de tipo socialdemócrata han existido en alguna época u otra en la mayoría de los países de América Latina. Pero con excepción de Argentina, Uruguay y Chile, no se han construido partidos socialdemócratas fuertes que hayan perdurado, con orígenes proletarios y basados en la clase obrera. El Partido Socialista argentino se desplomó, perdiendo terreno ante los peronistas en los años cuarenta, mientras que en Uruguay el impacto del ascenso de la postguerra en América Latina y después la revolución cubana provocaron rompimientos entre el partido y su base en la burocracia sindical derechista. Para fines de los años sesenta, la socialdemocracia organizada se había convertido en un fenómeno marginal en ambos países. Sin embargo, en Chile el PS adoptó una postura más izquierdista que el PC y atrajo hacia sí a corrientes influenciadas por la revolución cubana. Logró implantarse en la Central unica de Trabajadores (CUT) con una base equivalente a la del PC y contando con un electorado mayor.

La Segunda Internacional en los años recientes ha

hecho grandes esfuerzos para expander su influencia en América Latina, incluyendo la profundización de sus relaciones con partidos burgueses. Por ejemplo, en una reunión internacional en Caracas en mayo de 1976 asistieron dirigentes socialdemócratas, tales como Romulo Betancourt y Carlos Andrés Pérez de Acción Democrática de Venezuela, Victor Raul Haya de la Torre, dirigente del APRA peruano y Ricardo Balbín del Partido Radical argentino. Esto fue seguido por un congreso mundial de la Segunda Internacional en Ginebra en noviembre de 1976 en el que por primera vez se prestó gran atención al problema de vincularse con Asia, Africa y América Latina. En ese congreso, el Partido Revolucionario Dominicano y el Partido de Liberación Nacional (PLN) de Costa Rica, ambos partidos burgueses, fueron aceptados formalmente como miembros de la Segunda Internacional y se establecieron vínculos muy estrechos con el Partido Independentista de Puerto Rico, un partido con composición peuqeño burguesa. La tendencia fue profundizada a lo largo de esta línea en la conferencia internacional de Vancouver a fines de 1978. La creciente influencia de la socialdemocracia en América Latina se ha desarrollado como consecuencia de la penetración incrementada del capital imperialista europeo. Los socialdemócratas están subordinadas al imperialismo y a la burguesía nacional y promueven una linea antiproletaria que debe ser desenmascarada con el objetivo de hacer avanzar el marxismo revolucionario.

Esta orientación de la Segunda Internacional representa un intento por parte de los dirigentes de los partidos socialdemócratas de facilitar el aumento de la intervención económica y política de los diversos imperialismos europeos en América Latina, poniéndose al servicio de sus propias clases dominantes imperialistas. La orientación tiene dos aspectos: 1) el tratar de establecer partidos socialdemócratas basados, de ser posible, en las burocracias sindicales; 2) el atraerse a los partidos y figuras burguesas populistas nacionalistas y liberales, en particular cuando tengan control sobre algunos sindicatos. La Segunda Internacional espera sacar provecho de las crisis de los partidos burgueses nacionalistas, pero las perspectivas para el crecimiento de los partidos socialdemócratas en América Latina son bastante reducidas debido a la oposición de la burguesía y al hecho de que ésta no puede otorgar concesiones económicas a los trabajadores.

29. La desintegración de la estructura social en el campo, junto con el mpacto de la creciente urbanización sobre las relaciones sociales, ha tenido grandes repercusiones sobre los niveles inferiores de la iglesia católica romana. Un sector ha intentado desarrollar una expresión ideológica para la radicalización de amplias capas del campesinado, la pequeña burguesía urbana y parte del proletariado. Un ejemplo de lo anterior son los curas y estudiantes católicos radicalizados que ayudaron a organizar las Ligas Campesinas en el noreste de Brasil. El arzobispo de Recife, Helder Cámara, intentó canalizar esta radicalización hacia el reformismo social-cristiano. En cambio Camilo Torres en Colombia rompió con las posiciones social-cristianas y se pronunció a favor de la revolución socialista.

En los países donde las organizaciones del movimiento de masas han sido aplastadas o paralizadas por dictaduras, en muchos casos ha sido posible que debido a la radicalización de sectores de la Iglesia, las organizaciones obreras inclusive las más combativas, y políticamente avanzadas, operen bajo la protección de las estructuras de la iglesia. Así ha ocurrido en Brasil, Argentina, Chile y América Central.

Los marxistas revolucionarios no deben descuidar este campo de acción. Deben buscarse los caminos y los medios para realizar acciones comunes con los activistas católicos en defensa de la calse obrera y de las masas oprimidas. Durante el curso de tales acciones comunes es posible ayudar a los elementos más avanzados a superar posiciones social cristianas y avanzar hacia una política proletaria, el socialismo científico y el movimiento marxista revolucionario.

30. La posición que la IV Internacional adoptó con relación a Cuba en síntesis es la siguiente:

a) La revolución culminó con el derrocamiento del capitalismo en Cuba y el establecimiento de un Estado obrero. Esto significó un avance histórico para las masas cubanas, que redundó en beneficios económicos y sociales inmediatos en gran escala e hizo de Cuba un ejemplo para toda América Latina.

b) La dirección castrista de la revolución provino de capas radicalizadas de la pequeña burguesía, independiente del estalinismo. En el proceso de la realización de las masas cubanas en una revolución socialista, actuó como una dirección revolucionaria.

c) El Estado obrero cubano careció, desde un principio, de instituciones de democracia obrera, especialmente de consejos democráticos de los trabajadores como base fundamental del gobierno. Aunque desde el principio existieron deformaciones burocráticas en Cuba, no fueron de gran importancia ni tan profundas que indicaran la existencia de una casta burocrática endurecida o la necesidad de emprender una revolución política.

Después de casi veinte años, se hace necesaria una nueva evaluación de los logros y problemas a los que se enfrenta la revolución cubana. Este documento no intenta realizar tan importante evaluación, pero las dos cuestiones claves a considerar son las siguientes:

a) ¿Existen privilegios económicos parasitarios para la capa dirigente y en qué medida se han reforzado dichos privilegios? Para cambiar el análisis previo habría que probar que existe una capa burocrática cristalizada, cuyos intereses son contrarios a los de los trabajadores de Cuba y del mundo. Habría que mostrar cómo se realizó este cambio cualitativo. Si se demostrara ello, la conclusión sería entonces que esta casta sólo podría ser derribada por un proceso de revolución política.

b) ¿Debe la IV Internacional seguir actuando en base de la suposición de que la dirección cubana, bajo el impacto de los avances revolucionarios en la lucha de clases, especialmente en América Latina, y bajo la influencia de una IV Internacional fortalecida, presenciará diferenciaciones en su seno y que componentes importantes puedan evolucionar, hacia una política leninista y hacia normas de democracia obrera?

31. En su política internacional la dirección castrista desde un comienzo fue objeto de las presiones que emanaban tanto del imperialismo yanqui como de la burocracia soviética, cuyos propósitos eran impedir que los cubanos continuaran impulsando el desarrollo revolucionario. La dirección castrista, sin embargo, desafió estas presiones y buscó extender el ejemplo de la revolución cubana por toda América Latina y también en Africa. La dirección cubana impulsó la estrategia de la guerra de guerrillas, estrategia fundamentalmente inadecuada, que terminó en el fracaso.

El retraso en la extensión de la revolución y el fracaso de la línea guerrillera incrementó los efectos de las presiones objetivas del imperialismo norteamericano y de la burocracia soviética.

Como resultado de estas presiones, la dirección castrista tomó algunas posiciones contrarias al internacio-

nalismo proletario; en particular, apoyó la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 (aunque Castro haya hecho críticas fuertes a Moscú en esa ocasión). Errores cometidos anteriormente fueron reforzados y continuados, en particular el apoyo a regímenes burgueses como el de Díaz Ordaz y Echeverría en México, Velasco en Perú y Torrijos en Panamá, y el no buscar oportunidades para impulsar la lucha de clases en los países imperialistas avanzados. En lugar de sus intentos iniciales de alentar corrientes alternativas a la izquierda de los partidos comunistas de América Latina, la dirección cubana pasó a entablar relaciones de colaboración y a llevar a cabo acuerdos políticos con los PCs de América Latina, como se vio en la conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos en La Habana en 1975.

La dirección de Castro desempeñó un papel importante en Africa negra a mediados de los años setenta. Sin importarle el posible mejoramiento de las relaciones económicas y diplomáticas con Washington y corriendo el riesgo de nuevas medidas agresivas, incluso militares, contra la propia Cuba, la dirección de Castro desafió al imperialismo de EUA y envió considerables recursos para ayudar a la derrota de la intervención militar imperialista en Angola. Los invasores surafricanos fueron expulsados de Angola y se le dio un gran impulso a la lucha de liberación de Africa del Sur. Nuevas amenazas imperialistas fueron lanzadas contra Cuba, oponiéndose a su involucramiento en el cuerno de Africa.

El contraste entre la posición de Cuba revolucionaria y la contrarrevolucionaria del imperialismo de EUA entre los pueblos insurgentes de Africa, no puede ser más dramático.

La creciente agresión imperialista contra la revolución africana y la escalada de amenazas imperialistas contra Cuba hace imperativo que todas las fuerzas antiimperialistas y marxistas revolucionarios se conjuguen en defensa de la revolución africana, con un fuerte apoyo al derecho de independencia del pueblo de Eritrea. El gobierno cubano, debe rechazar participar en cualquier intento del Dergue de restablecer el dominio etiope en Eritrea o en cualquier invasión de territorio eritreo. El reconocimiento cubano del derecho de los eritreos a decidir su propia suerte fortalecerá la defensa del Estado obrero cubano contra el imperialismo.

El incremento de las amenazas imperialistas contra Cuba indican una vez más que la defensa de la revolución cubana es una tarea clave del movimiento obrero y revolucionario en América Latina.

La revolución cubana y sus avances siguen siendo una fuente de inspiración y acción para los pueblos de América Latina. Los marxistas revolucionarios, en sus acciones y en su propaganda, son continuos defensores y propagandistas de esta experiencia.

CAPITULO VII

LA ESTRATEGIA DE LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS EN AMERICA LATINA

32. Los cambios económicos y sociales señalados anteriormente demuestran que después de un período en el que destacó el papel de las luchas campesinas o de los experimentos pequeño burgueses de guerra de guerrillas, la tendencia del desarrollo revolucionario en América Latina está orientándose en términos generales según las siguientes líneas: la clase obrera comienza a ponerse a la vanguardia, comienza a encabezar las luchas de las masas campesinas, de los pobres de la ciudad, de las minorías nacionales oprimidas, de las mujeres y de todas las capas oprimidas y explotadas de la sociedad. Esto concuerda con la experiencia de la revolución rusa, la cual demostró que la clase obrera, teniendo una dirección capaz, puede llevar a todos los oprimidos a la victoria. El éxito de esto depende de la construcción de partidos proletarios, revolucionarios y de masas, basados en un programa leninista de lucha. Los partidos de la IV Internacional son núcleos de revolucionarios que aspiran a transformarse en estos partidos de tipo leninista.

Los puntos centrales de la estrategia marxista revolucionaria se encuentran en las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y **La agonía de muerte del capitalismo y las tareas de la IV Internacional** (el "Programa de Transición"). Tomando como punto de partida la necesidad de defender los derechos democráticos y las conquistas sociales de la clase obrera y las otras capas oprimidas, y la necesidad de luchas por nuevas conquistas, este programa avanza una clara línea de independencia clasista y una serie de reivindicaciones inmediatas, democráticas y de transición fácilmente comprensibles, que pueden llevar finalmente a la movilización de las masas para la revolución socialista.

Son tres los ejes que se intervinculan en esta estrategia en América Latina en la actualidad: 1. Las demandas que expresan las necesidades más sentidas de la clase obrera, entre las cuales la independencia de clase es la fundamental; 2. Las demandas democráticas, que corresponden ante todo, a las necesidades de los obreros y los sectores más oprimidos de la sociedad, principalmente los campesinos, los habitantes marginados de las ciudades, las minorías nacionales oprimidas y las mujeres; 3. Las demandas que surgen contra la dominación imperialista de los de América latina.

Las luchas consecuentes por demandas que se centren alrededor de esos ejes rápidamente conducen a la confrontación con los regímenes burgueses y toman una dinámica anticapitalista. En la actualidad en América Latina sólo la clase obrera puede encabezar las luchas democráticas y antiimperialistas en una dirección auténticamente anticapitalista.

En base a estos puntos centrales, muchas de las tácticas particulares variarán de país a país. Pero hoy día, en la elaboración de un programa revolucionario, es necesario prestar gran atención a un problema sobresaliente en la experiencia de la lucha de clases en América Latina: mientras que repetidas veces han habido extraordinarias movilizaciones de masas, y mientras que la voluntad de lucha de las masas ha sido tremendamente elevada, las organizaciones de la clase obrera y sus aliados se han visto gravemente debilitados debido a su subordinación política a la clase capitalista.

La clave a la superación de esta contradicción tiene dos aspectos: a) La creación de partidos obreros de masas independientes de la burguesía; b) La transformación de los sindicatos en instrumentos consistentes en la lucha de clases.

33. Los planes de austeridad de la burguesía impulsarán a los trabajadores a buscar formas de lucha contra ellos.

La experiencia muestra que los trabajadores que luchan se orientarán, primero que todo, hacia las organizaciones de masas existentes, en particular, los sindicatos. Sin embargo, los sindicatos, las organizaciones obreras más poderosas en la actualidad, están controlados en la mayoría de los casos por direcciones burocratizadas y conciliadoras, las cuales constituyen el obstáculo que impide que los primeros desarrollen todas sus potencialidades para defender los intereses de la clase obrera y de sus aliados de los ataques de la clase dominante. Por lo tanto, la necesidad de construir una dirección alternativa clasista y consecuentemente proletaria, que logra transformar los sindicatos en instrumentos poderosos de lucha, es una tarea crucial. En este proceso se estimulará el desarrollo de otros instrumentos de lucha, como los comités de huelga, los comités de fábrica, los comités de acción, y la creación, en los ascensos revolucionarios, de los consejos de obreros, campesinos y soldados que puedan desafiar al poder del Estado burgués.

La dirección clasista se construirá fundamentada en un claro programa de acción destinado a unificar, independientemente de la burguesía, al proletariado de acuerdo a sus intereses de clase y a movilizar a todos los sectores oprimidos alrededor de los obreros. En este proceso de construcción de la alternativa consecuentemente proletaria, surgirán diversas tendencias militantes clasistas y se desarrollarán luchas parciales que convergirán hacia el mismo objetivo. Es necesario generalizar y profundizar tales procesos para que pueda surgir una corriente clasista de izquierda, madura políticamente, y para que luche y se convierta en la dirección mayoritaria de los sindicatos.

Algunos de los ejes fundamentales que definirán la plataforma de estas direcciones clasistas son los siguientes:

a)**Por la democracia sindical.** La corrupción de la burocracia sindical, la supresión de la democracia en la vida interna de los sindicatos y el uso que hace de la violencia contra la base obrera, todo ello surge de los vínculos de la burocracia con la burguesía y su Estado. El requisito fundamental para la movilización del poderío del movimiento sindical contra la patronal es garantizar que las bases tengan en sus manos todo el poder de decisión de sus organizaciones. La democracia sindical no sólo incluye el derecho de voto, sino también el derecho de pleno acceso a la información que afecta a los trabajadores, la realización regular y frecuente de congresos nacionales y demás reuniones de los miembros, de remover dirigentes, de formar tendencias, etc. El funcionamiento democrático interno, desde la elección de la dirección hasta la definición de la política, no es un principio moral abstracto, sino un requisito necesario para garantizar que la fuerza de los sindicatos sea usada plenamente. Sólo una base sindical consciente de sus intereses y de sus tareas es capaz de desplegar toda la fuerza de la organización y de atraer a la lucha a los aliados no sindicalizados.

Un ejemplo que muestra la importancia de lo anterior es el de los trabajadores electricistas en México. A finales de 1971, el Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM) que agrupaba a una minoría militante de los electricistas organizados en el país, fue atacado duramente por los burócratas "charros" del sindicato electricista mayoritario, el Sindicato Nacional de Electricistas Similares y Conexos de la República Mexicana (SNESCRM). Los trabajadores del STERM se movilizaron y demandaron solidaridad a las más amplias capas de obreros, estudiantes, desempleados y campesinos, que se identificaron con la lucha contra los charros. Estos debieron retroceder y propusieron un compromiso de unificación que fue aceptado. En el nuevo sindicato electricista unificado, Sindicato unico de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), el deseo de más democracia interna se demostró contagioso, los cual condujo a la creación de la Tendencia Democrática, que fue capaz de lanzar un serio desafío a los charros, los obreros electricistas y sus aliados se movilizaron en grandes manifestaciones que llegaron a integrar a más de 150.000 personas en los años de 1975-76. Estas movilizaciones fueron el inicio de uno de los períodos de luchas obreras más combativas de los años recientes en México.

Una de las conquistas organizativas del movimiento obrero en argentina, donde los sindicatos han tenido gran fuerza pero son férreamente controlados por la burocracia peronista, son los Cuerpos de Delegados y las Comisiones Internas. Estos comités de fábrica, considerados como órganos de todos los obreros y sometidos en gran medida al control de las bases, fueron los que articularon las combativas luchas obreras del período entre 1969 y 1976.

En ambos casos, la lucha por la democracia sindical se centró correctamente alrededor de la cuestión de cómo convertir a los sindicatos en instrumentos efectivos de lucha contra los patrones.

b) **Por plenos derechos sindicales.** El derecho elemental de huelga y de organización es una conquista fundamental que se ve constantemente pisoteada, no sólo por los patronos individuales, sino también por el Estado burgués. Los ejemplos en que la policía y el ejército han roto huelgas y en que se prohibe a los trabajadores públicos sindicalizarse, son numerosos. En los países gobernados por dictaduras, los sindicatos virtualmente no tienen derechos.

Para contrarrestar el control o la represión gubernamentales, surgirán una serie de organismos como las comisiones obreras que se han desarrollado como comités ad hoc en algunas de las fábricas más importantes de Brasil. Estos organismos pueden ayudar a regenerar a los sindicatos o convertirse en los embriones de la organización sindical independiente, especialmente en la medida en que cobren una existencia y vida interna regulares.

En México, la lucha contra la interferencia y el control gubernamentales de los sindicatos toma la forma, en algunos casos, de oposiciones democráticas sindicales, a través de las cuales las bases luchan por recuperar el control de los sindicatos de los charros, burócratas sindicales vinculados a la burguesía.

Otro eje fundamental es la lucha contra los intentos por parte de la clase dominante de imponerles a los sindicatos el arbitraje obligatorio (con el Estado burgués, por supuesto, como árbitro final), para extraerles garantías de que no irán a la huelga o compromisos para la aceptación de las medidas de austeridad del gobierno, incluídos los topes salariales.

En otro nivel, es necesario emprenser la lucha contra la interferencia imperialista descarada en el movimiento obrero, frecuentemente llevada a cabo en complicidad con la dirección burocrática de la AFL-CIO norteamericana.

c) **Por la ampliación y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales.** Con la excepción de Argentina, Chile, México y Brasil y de algunas industrias específicas de otros países —como los mineros en Bolivia— la organización sindical en América Latina históricamente ha sido muy débil, incluyendo sólo a una parte pequeña de la clase obrera. En los años recientes, sin embargo, la organización de los obreros en sindicatos reconocidos en Perú se elevó de 500 en 1955 a 5.000 en 1978, siendo en Lima donde este crecimiento se concentró, ya que allí el 25% de la fuerza de trabajo está actualmente sindicalizado. Pero esta es todavía una debilidad del movimiento obrero latinoamericano. El objetivo de reorganizar a los sindicatos en Brasil, Chile y Uruguay y de construir un fuerte movimiento sindical independiente y combativo en países como Colombia, Venezuela, Ecua-

dor y en América Central es de una gran importancia. En Perú, México y Argentina, fuertes sectores de la clase obrera deben todavía organizarse en sindicatos.

Vinculada a la tarea de la sindicalización está la de organizar las unidades básicas de los sindicatos de acuerdo al criterio del lugar de trabajo, y no sólo bajo el criterio geográfico o industrial, como usualmente es el caso. Las unidades de planta de los sindicatos, en las cuales los trabajadores se pueden reunir y decidir democráticamente sus problemas, son esenciales para que se ejerza el poder de las bases. La carencia de esta forma de organización fue en muchos casos una debilidad de la Central Unica de Trabajadores (CUT) de Chile en 1971-73.

Igualmente importante es la necesidad de crear sindicatos **industriales**, en vez de los sindicatos por fábrica o por gremio que, a excepsión de Argentina, han predominado en América Latina. Esta es la debilidad de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), por ejemplo, y de muchos sindicatos en Puerto Rico. La única forma de organizar efectivamente a las nuevas grandes plantas industriales es partiendo de los sindicatos industriales, en particular en los casos en que toda la fuerza de trabajo de la planta puede ser incorporada al sindicato.

d) **Por la unidad sindical.** En Colombia tenemos un ejemplo claro de cómo la división del movimiento sindical —en este caso la existencia de cuatro grandes federaciones sindicales, así como de varios sindicatos importantes no afiliados a ninguna de las anteriores— es un gran obstáculo para organizar efectivamente a la fuerza de la clase obrera. Cuando los sindicatos se pueden unificar en la acción, como ocurrió en septiembre de 1977, se le da un poderoso impulso a la lucha de clases y las más amplias capas de la población pueden ser atraídas a la lucha. La presión de las bases obligó a la dirección de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), las grandes centrales vinculadas a los partidos Conservador y Liberal, al llegar a un acuerdo con la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC), la Confederación General de Trabajadores (CGT) y otros sindicatos independientes para emprender grandes movilizaciones planeadas por estos últimos, constituyéndose el Consejo Nacional Sindical y el primer pliego de peticiones unificado. Este acuerdo sentó el clima para la huelga nacional.

En Perú, la presión de las bases fue esencial para lograr el éxito de las grandes huelgas generales de julio de 1977 y febrero y mayo de 1978. Estas huelgas fueron la consecuencia de la unidad de acción de la Confederación General de Trabajadores de Perú (CGTP), dominada por los stalinistas, los grandes sindicatos independientes y las federaciones más pequeñas (la Confederación de Trabajadores Revolucionarios de Perú y la Confederación Nacional de Trabajadores).

Un error común de muchas corrientes de oposición antiburocrática en los sindicatos ha sido la formación de sindicatos separados. A pesar de que estos puedan a veces organizar sectores de la clase obrera, en general están separados del conjunto de la clase obrera. En otros casos, los sindicatos independientes han surgido en algunos sectores de la clase obrera debido al fracaso de las grandes centrales sindicales de llevar a cabo su tarea de organización de campañas de sindicalización. La lucha por la unidad sindical incluye la necesidad de llevar a los sindicatos independientes hacia el movimiento sindical organizado más importante.

En general, será necesaria la movilización de las bases para imponer una unidad sindical duradera en los países en que el movimiento está fuertemente dividido. La lucha por la unidad sindical en Colombia y en Perú está vinculada estrechamente con la lucha por la independencia política de la clase obrera.

e) **Por la unidad de la clase obrera.** La sociedad capitalista ha creado una serie de divisiones dentro de la clase obrera en América Latina: los empleados y los desempleados; los sindicalizados y los no sindicalizados; los calificados y los no calificados; los hombres y las mujeres; los trabajadores de las nacionalidades opresoras y los trabajadores de las minorías oprimidas; los trabajadores manuales y los empleados de oficinas; los trabajadores de las ciudades y los del campo; los viejos y los jóvenes; los ciudadanos y los inmigrantes.

Las clases dominantes tratan de preservar las divisiones exietentes esperando que los demás privilegiados con relación a los demás les vuelvan la espalda a sus compañeros. De esta manera se debilitaría la solidaridad y la unidad obrera, y con ello la fuerza del movimiento en general. En América Latina un gran problema es evitar que los sindicatos se conviertan en los bastiones de los obreros calificados, relativamente privilegiados, insensibles al destino de las más amplias capas de trabajadores pobres y no calificados.

Los ataques de la política de austeridad que conduce la burguesía, golpean más duramente a los sectores más oprimidos y explotados de la clase obrera. Al mismo tiempo, la capacidad de la burguesía para asestar estos golpes a los sectores mencionados le facilita el ataque a los sectores obreros más poderosos. Así, el interés de todos los trabajadores reside en que la más amplia unidad de clase se pueda dar para luchar contra la austeridad.

Una caracterización fundamental de una dirección clasista y consecuentemente proletaria de los sindicatos será su posición firme en cuanto a superar estas divisiones dentro de la clase obrera. Este objetivo sólo se puede lograr sobre la base de la defensa consecuente de las demandas de los sectores más oprimidos. Esto implica luchar no sólo contra la discriminación dondequiera que esta ocurra, sino también luchar por la puesta en práctica de programas especiales para superar los efectos de discriminaciones pasadas. En muchos casos, esta lucha política se dará contra los prejuicios más profundos de los sectores más privilegiados. Pero esta lucha es fundamental para superar dichos prejuicios. Un ejemplo entre muchos es la lucha de las obreras textiles argentinas por obtener una representación proporcional en los comités de fábrica.

Ya que los sindicatos latinoamericanos agrupan generalmente solamente una parte de la clase, frecuentemente sólo una parte minoritaria, la tarea de unir a los trabajadores sindicalizados y no sindicalizados se vuelve fundamental. Una de las principales maneras en que este objetivo se puede cumplir es por medio de la creación de comités de fábrica en las plantas; estos pueden comenzar a surgir, por ejemplo, a partir de las luchas en torno a las condiciones de trabajo, la seguridad y la aceleración de los ritmos de trabajo, o en luchas políticas de un contenido más amplio.

En la gran planta de Volkswagen en Puebla, México, los obreros tomaron la iniciativa para organizar y coordinar los comités departamentales de fábrica en torno a tales cuestiones. Estos comités reforzaron la capacidad de lucha de los obreros y del sindicato, el cual previamente había sido débil.

En los períodos de ascenso, el ejemplo de los comités de fábrica, en tanto organismo que unifican a **todos** los obreros, se puede extender a un nivel más amplio, más allá de los límites de la fábrica.

Formaciones aún más avanzadas aparecerán, tales como los **cordones industriales** en Chile y la Asamblea



Popular en Bolivia, al principio de los años setenta. La lucha para transformar los sindicatos no se contradice, sin embargo, con la perspectiva de organizar formaciones clasistas más amplias, tipo soviético, sino que es un complemento necesario de ellos y se inscribe en esa perspectiva.

f) **Que los sindicatos tomen la iniciativa en todas las cuestiones sociales y políticas.** Si los sindicatos han de transformarse en instrumentos combativos de la lucha de clases, deben romper el estrecho marco que los limita a ocuparse sólo de los intereses económicos de sus propios miembros. Deben solidarizarse y vincular sus luchas con las de los campesinos y las minorías nacionales oprimidas, de las mujeres, los desempleados y las masas urbanas pauperizadas. Esta política también incrementará la fuerza de los sindicatos.

Los sindicatos, bajo una dirección clasista y consecuentemente proletaria, en tanto constituyen las organizaciones obreras más poderosas en la actualidad, deben desempeñar un papel clave en la lucha por los plenos derechos democráticos y contra el imperialismo. Con la posibilidad que tienen de establecer relaciones internacionales con sindicatos en otros países, pueden lograr que la solidaridad con las luchas de sus países se extienda por toda América Latina. Además, pueden desempeñar un papel fundamental en la tarea de separar a los obreros de los países imperialistas de sus propias clases dominantes y de lograr que apoyen las luchas de los oprimidos y explotados de América Latina.

g) **Por la independencia política de clase.** La debilidad política más importante del movimiento obrero de América Latina es la ausencia de partidos obreros de masas, con la excepción de Chile, en donde el PC y el PS sí lograron una influencia mayoritaria dentro de las masas, pero promoviendo siempre una política de colaboración de clase. En algunos países, en donde los sindicatos son más fuertes, como en Argentina y México, su fuerza

nunca ha sido usada plenamente debido a su subordinación a los partidos nacionalistas burgueses: las organizaciones peronistas y el PRI. En Bolivia, el poderoso sindicato minero ha sido atado, por medio de la burocracia de Lechín, al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el partido nacionalista burgués del país.

La experiencia colombiana en 1977-78 ofrece una ilustración clarificadora de la magnitud del problema. Los sindicatos fueron capaces de llamar a la realización de un paro cívico nacional a escala masiva que desafió a la clase dominante en toda una serie de cuestiones cruciales tanto al nivel económico como social. Pero esta demostración de fuerza independiente no se tradujo en la arena política. Tres de las cuatro centrales sindicales principales siguieron directamente vinculadas a los partidos políticos burgueses y la cuarta, dirigida por el PC, promovió el frente-populismo como su estrategia política. En las elecciones de 1978, a excepción de las relativamente pequeñas campañas por los candidatos socialistas postulados por UNIOS (Unidad Obrera y Socialista) y el PST (Partido Socialista de los Trabajadores), no se presentó ninguna otra alternativa de clase importante y, por tanto, las masas no pudieron expresar su repudio a la clase dominante al nivel político. El resultado fue un golpe para las masas que habían emprendido, sólo meses antes, una lucha militante ejemplar.

La lucha por la independencia política de clase se puede emprender en torno a un paso inicial, como es la lucha dentro de los sindicatos mexicanos contra la afiliación obligatoria al PRI. Se puede continuar en una forma más avanzada, como en Brasil o Argentina, a través de la lucha de los sindicatos para organizar un partido obrero de masas. Se puede dar en una situación en que se plantea el rompimiento con la clase dominante al nivel de gobierno durante un período prerevolucionario, como era crucialmente necesario en Chile durante el régimen de Allende para adelantar la tarea de desarrollar todo el potencial de los cordones industriales como formaciones de tipo soviético que organizaran a los obreros para la toma del poder. Pero cualquiera que sea la forma apropiada en un momento dado, se trata de una cuestión central que siempre debe plantearse.

El eje unificador de la lucha por una dirección consecuentemente proletaria en el movimiento obrero es la lucha por la independencia de clase con respecto a la burguesía, en particular, la lucha por la construcción de partidos obreros de masas que desafían a la clase dominante en todos los niveles políticos. Esto será el mejor modo de permitir que la clase obrera encabece las luchas de todos los sectores oprimidos de la sociedad, en particular, para forjar una fuerte alianza entre los obreros y campesinos pobres contra el enemigo de clase común. Sólo la clase obrera, organizada independientemente, puede encabezar esta lucha, pero debe atraer hacia sí a las masas campesinas. El combate por esta perpectiva es fundamental para avanzar en la movilización de las masas hacia el derrocamiento de los gobiernos capitalistas y su reemplazo por gobiernos obrero-campesinos.

34. El objetivo final en el curso de la lucha por la independencia política de la clase obrera es la construcción de un partido marxista revolucionario de masas capaz de conducir la revolución socialista a la victoria. Pero las organizaciones marxistas revolucionarias todavía son pequeños núcleos y no se pueden presentar ante las amplias masas como una alternativa creíble a los partidos burgueses. Tampoco es probable que en las primeras fases de los próximos ascensos de la lucha y la radicalización de los trabajadores, estos núcleos se transformen en partidos obreros de masas.

Por esto, la forma en que posiblemente se expresará la necesidad de la independencia de clase será a través de las organizaciones que los trabajadores consideran hoy en día como sus instrumentos de clase. En algunos casos esto significará la presión a los PCs (u otros partidos obreros que sean considerados como partidos propios por amplios sectores de los trabajadores) para que rompan con la colaboración de clase y emprendan un camino independiente. Sin embargo, a excepción de Chile, los PCs representan sólo una fracción de la clase y no tienen gran autoridad ante ella. En la mayoría de los casos, las únicas organizaciones obreras con carácter de masas son los sindicatos. De este modo, la lucha por la independencia política de la clase obrera tiende a converger con la presión a los sindicatos en este sentido; esto es, para que los sindicatos tomen la iniciativa en la creación de partidos obreros de masas.

Esta no es una fórmula universal para aplicar en cada país y en cada situación, pero la experiencia pasada y presente señala que es una perspectiva clave que es necesario impulsar. Los trabajadores han presionado muchas veces a sus sindicatos para que impulsen iniciativas que desborden los límites económicos y para que se enfrenten a la burguesía en el frente político más amplio. La deficiencia de estas acciones políticas hasta ahora es que sólo han sido temporales y parciales.

Un ejemplo de lo anterior es la huelga general de junio de 1975 en Argentina, la primera que se enfrentó a un gobierno peronista. La huelga logró derrumbar al odiado ministro López Rega, hombre fuerte del régimen y consiguió un considerable aumento de salarios. Pero aunque la burocracia sindical peronista fue obligada por la presión obrera (especialmente encarnada en los comités de fábrica) a convocar oficialmente la huelga general, sí fue capaz de impedir que ésta se convirtiera en una movilización política generalizada contra el gobierno peronista.

En estos casos, la necesidad de hacer que la ruptura con la burguesía sea permanente y completa es una tarea crucial.

Los acontecimientos de 1978-79 en Brasil y Bolivia también confirman la tendencia de las organizaciones sindicales a tomar cada vez mayores compromisos políticos. El movimiento por un Partido de los Trabajadores (PT) —claramente diferenciado de la burguesía— es impulsado por una capa de dirigentes y cuadros sindicales que han participado de lleno en las enormes luchas y huelgas que ha emprendido el proletariado industrial del sur de este país. Es una expresión directa de este impulso de organización clasista.

En Bolivia, la Central Obrera (COB) ha sido el polo de oposición y resistencia más importante de la serie de golpes de estado que se han sucedido en este país desde principios de 1978 en que cayó la sangrienta dictadura de Bánzer. Precisamente esta acción ha impedido la estabilización de los militares. Pero la COB debe expresar esta oposición en forma más adecuada y acabada, esto es, a través de un partido clasista.

La exhortación para que los sindicatos se movilicen políticamente de ninguna forma significa tener confianza en las direcciones conciliadoras que dominan actualmente al movimiento obrero organizado. Por lo contrario, la lucha para que los sindicatos inicien la construcción de partidos obreros de masas se vincula con la lucha más amplia por la creación de una dirección alternativa que pueda transformar a los sindicatos en instrumentos combativos de la lucha de clases. En otras palabras, la lucha por la creación de partidos obreros de masas se vincula con la lucha por un programa global de acción capaz de unificar a la clase obrera y sus aliados contra la dominación capitalista.

Como sucede en todos los niveles de la lucha de clases, es posible que el movimiento emprendido por los sindica-

tos en dirección de la independencia política sea desigual, especialmente en la medida en que las direcciones burocráticas mantengan su dominio. Pero todo paso en tal dirección, a pesar de lo parcial y defectuoso que pueda ser, merece nuestro apoyo.

Cualquiera que sea la dirección inicial de tal partido obrero de masas, su propia formación impulsará una dinámica que será muy difícil confinar al colaboracionismo de clases. En el proceso del establecimiento y crecimiento de tales partidos obreros de masas y de forjar un programa de lucha de clases, la influencia política de los marxistas revolucionarios crecerá y llegarán a una posición en que podrán competir por la dirección de la clase en su conjunto.

De esta forma, los dos procesos —la construcción del partido marxista revolucionario y la construcción de un partido obrero de masas basado en los sindicatos— no son contradictorios, sino complementarios.

Las elecciones para la asamblea constituyente de 1978 en Perú nos dieron un atisbo del potencial de tal desarrollo. A pesar de las trabas antidemocráticas, más del 20 por ciento de los votos fueron a los candidatos de la clase obrera; el 12 por ciento fueron para el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular (FOCEP) y su posición clasista. Esta fue una de las expresiones electorales más claras que se hayan visto en América Latina en favor de la independencia política de la clase obrera. El gran apoyo que recibió el FOCEP mostró igualmente que cuando se expresa el sentimiento por una alternativa de clase independiente, no necesariamente beneficia a los reformistas. De esta manera, un partido obrero de masas no será dirigido **a fortiori** por ellos. La dirección se decidirá en la lucha. En condiciones en que los PCs u otras fuerzas conciliadoras no sean excepcionalmente fuertes, los marxistas revolucionarios se pueden colocar en una posición favorable desde el principio para competir por la dirección del partido obrero de masas.

Desde el punto de vista de la educación política, la experiencia del FOCEP también suministra una lección positiva que se puede contraponer a la de la Unidad Popular en Chile y a la del Frente Amplio de Uruguay. Estas dos últimas experiencias no fueron ejemplos de la independencia política de la clase obrera, sino de la colaboración de clases.

Tanto la UP como el FA fueron bloques políticos multiclasistas que incluían a fuerzas burguesas. El desenmascaramiento de lo incorrecto y estéril de promover un voto por los bloques multiclasistas es una tarea importante en el proceso de propaganda de la independencia política de clase.

Un partido obero independiente de masas lanzará candidatos a las elecciones. Pero estas no serán la razón de su existencia. El partido que necesitamos no es un partido electorero, sino una organización que moviliza a los obreros y a sus aliados **en la acción**: en las huelgas, en las manifestaciones, etc., un partido que desafía a la clase dominante en todos los aspectos políticos de la vida nacional. Dentro de este contexto, las participación en las elecciones es útil para los fines propagandísticos.

La educación política en favor de un partido obrero de masas es inseparable de la propaganda a favor del establecimiento de gobiernos obrero-campesinos como alternativas a los gobiernos capitalistas existentes. Así, un partido obrero de masas se tendrá que presentar como el vocero de todas las luchas sociales progresistas y el líder de todas las clases oprimidas en particular del campesinado.

35. Las condiciones sociales y políticas existentes en América Latina no permiten el desarrollo de aperturas democrático-burguesas estables y de larga duración. Por ello, la lucha por los derechos democráticos es uno de los principales ejes de la lucha de clases en la región.

La lucha por los derechos democráticos concierne directamente a la organización y a la movilización del movimiento obrero; por ejemplo, el derecho de huelga y de organizar sindicatos. Constituye una parte integrante de la lucha por la reorganización y la recomposición del movimiento obrero en los países sometidos a las dictaduras militares. Es un factor en la lucha por la sustitución de las direcciones burocráticas clasistas en las organizaciones. de masas. En síntesis, las libertades democráticas suministran las condiciones más favorables para la defensa de las condiciones de vida y la promoción de la organización de los trabajadores.

La lucha por los derechos democráticos implica la necesidad de que las masas tomen medidas de autodefensa contra los ataques legales y extralegales de la burguesía. La necesidad de formas de autodefensa surge naturalmente en la medida que los ataques terroristas del ejército, la policía o las bandas paramilitares ligados a los anteriores se producen contra las manifestaciones populares, los sindicatos, las huelgas y otras actividades sindicales, de los barrios y las acciones de protesta en general de la población. El recurso de la autodefensa toma lugar dentro de un proceso a través del cual las masas logran adquirir conciencia cada vez más profunda de sus intereses, profundizando y ampliando sus luchas democráticas, sindicales y civiles de todo género.

La forma específica de la autodefensa organizada por el movimiento de masas ya sea a través de piquetes o formas de autodefensa armada, es una cuestión táctica. Uno de los aspectos más importantes y efectivos contra los ataques legales y extralegales es la preparación política: a través del apoyo masivo amplio, el uso de formaciones políticas defensivas y otros métodos de intervención y lucha política proletaria que hagan más difícil la represión de la burguesía. En esto, como en todas las demás actividades de masas, los marxistas revolucionarios proponen las medidas apropiadas a la situación concreta.

En la lucha por los derechos democráticos, son posibles diversas formas de **acciones** comunes que reivindiquen demandas **específicas** entre la amplia gama de las fuerzas políticas que se despliegan en el movimiento de masas. Estas oportunidades deben buscarse sin sectarismos. Estas actividades comunes, en algunos momentos, será posible realizarlas también con grupos burgueses, como en el caso de la defensa de los presos políticos. Alianzas de este tipo son valiosas siempre y cuando no impidan o confronten la independencia organizativa y política de la clase obrera, subordinándola a las fuerzas burguesas.

La importancia que tiene la lucha por los derechos democráticos fue meridianamente palpable en Argentina en 1975-76. En la medida en que la lucha de clases se intensificaba y exacerbaba, el peligro del golpe militar contra el régimen democrático-burgués se hacía cada vez más patente. De hecho, los derechos democrático burgueses habían sido severamente socavados incluso en el período anterior al golpe, cuando el gobierno de Isabel Perón se fue desplazando cada vez más hacia la derecha, preparando de esta manera el terreno para su propio derrumbamiento. El objetivo principal del golpe fue arrebatar a las masas las conquistas democráticas que habían logrado y aplastar así su movimiento.

Ante estos peligros, entendiendo que seguramente estas experiencias se repetirán, es vital para el movimiento obrero movilizarse contra la amenaza reaccionaria como la lección de Chile lo demuestra palpablemente. Es posible tener acuerdos tácticos limitados con cualquier tipo de fuerzas para evitar que un régimen democrático-burgués sea derribado por un golpe militar. Pero es un gran error identificar esto con un apoyo político al régimen democrático-burgués, con alianzas a largo plazo o con la adopción de programas o estrategias políticas comunes de carácter global con fuerzas burguesas. La tarea es presentar una línea de independencia de clase y promover el uso de métodos de lucha proletarios y de autodefensa. Esto debe constituir un elemento constante de la propaganda marxista revolucionaria de América Latina.

En algunas situaciones, la crisis obliga a las dictaduras a buscar una salida a través de aperturas electorales. Estas coyunturas, a pesar de lo restrictivo que sean, ofrecen grandes oportunidades para organizar al movimiento de las masas trabajadoras.

En general, las campañas por candidatos obreros independientes en las elecciones ofrece una oportunidad para elevar el nivel de comprensión de las masas. La participación de los marxistas revolucionarios en las elecciones o en los parlamentos burgueses en el caso de que sean elegidos, no significa la legitimación de las pretensiones democráticas de la burguesía. Por el contrario, esta participación puede utilizarse como una tribuna para desenmascarar el verdadero carácter del dominio burgués y para ayudar a las masas a romper con las instituciones burguesas y abandonar sus ilusiones en la ideología democrático-burguesa.

La crisis de las dictaduras pone a la orden del día la consigna de la asamblea constituyente. El movimiento obrero deberá usar frecuentemente la lucha por la asamblea constituyente como un medio para contraponer la soberanía popular a la dictadura militar y para plantear la necesidad de un gobierno obrero-campesino.

La consigna por una asamblea constituyente también se puede utilizar efectivamente en países que no estén sometidos por dictaduras militares descaradas, pero en las cuales las masas estén en condiciones de ver rápidamente la importancia de luchar por la soberanía popular. La lucha contra la aplicación continua de "estados de emergencia", "de sitio", contra las leyes reaccionarias de todo tipo que coartan los elementales derechos ciudadanos, contra la censura de prensa, por la legalidad de los partidos obreros, contra los crimenes políticos y las torturas de los disidentes políticos, obreros y campesinos, etc..., se puede entonces generalizar en la consigna por una asamblea constituyente.

La experiencia de Perú en 1978, en la que los marxistas revolucionarios aprovecharon, utilizándola efectivamente, la apertura que se abrió alrededor de las elecciones para una asamblea constituyente, ofrece muchas lecciones para el movimiento obrero.

La dictadura militar peruana, enfrentada a un gran ascenso de la lucha de clases en los años de 1976-78, decidió convocar a elecciones para la asamblea constituyente. De acuerdo a los planes del régimen militar, el objetivo era que esta asamblea redactara el proyecto de una nueva constitución, ostensiblemente para preparar el camino a un gobierno civil dos años más tarde. Esta operación no era una garantía real del restablecimiento de los derechos democráticos, sino más bien una maniobra de la clase dominante para neutralizar al movimiento de masas y ganar tiempo.

En estas condiciones los marxistas revolucionarios fueron capaces de llegar a amplias capas con una política independiente de clase en base a las siguientes líneas:

a) La participación en las elecciones por medio del FOCEP, que se mantuvo independiente de la burguesía y que contrapuso la lucha de clasaes a la colaboración de clases. Al mismo tiempo, desenmascararon el carácter fraudulento de la asamblea contituyente, tal y como era concebida por los generales, y denunciaron el carácter



antidemocrático de las elecciones: los requisitos legales para presentar candidaturas, que constituían un obstáculo para la participación obrera; la negación del voto a los analfabetos, en su mayoría indios y otros de los sectores más oprimidos; y la deportación de los dirigentes de las masas populares, incluídos algunos candidatos. De esta manera, los marxistas revolucionarios se mostraron como los defensores más fuertes y consecuentes de los derechos democráticos.

b) Los marxistas revolucionarios fueron capaces de utilizar la campaña electoral como una tribuna de propaganda para el planteamiento de las soluciones consecuentemente proletarias para los problemas candentes del momento. Estas incluían la propaganda por una constitución socialista y por un gobierno obrero y campesino.

c) Después de la elección de los diputados obreros, la propia asamblea constituyente se utilizó como tribuna. Fue posible entonces promover que la asamblea constituyente no estuviera limitada por las restricciones impuestas por el gobierno militar, que ejerciera sus poderes en favor de las masas, repudiando por ejemplo, la deuda externa, ordenando la instalación de los activistas sindicales despedidos y dando la tierra a los campesinos. Fue posible delinear una política para desenmascarar a los usurpadores militares de la soberanía popular, así como de los partidos burgueses que dieron un apoyo indirecto a la continuación de la dictadura militar. Se pudieron hacer proposiciones en la asamblea constituyente para derrocar al gobierno militar, para que la asamblea se declarase soberana, convocando a elecciones generales basadas en sufragio universal y para contraponer el gobierno obrero campesino a todas las formas de dominación burguesa.

De esta forma fue posible combinar una defensa consecuente de los derechos democráticos con demandas específicas vinculadas a los intereses de clase de los obreros, de los campesinos y de todos los oprimidos.

En la medida en que los partidos burgueses, que constituían la mayoría de la Asamblea Constituyente, dudaron o rechazaron estas propuestas, empezaron a perder la confianza de las masas. Esto fue particularmente importante en el caso del APRA que tenía un amplio apoyo popular. Era pues necesario, buscar medios para ayudar a las masas a romper con el APRA, y comprender la necesidad de un partido obrero de masas y de un gobierno obrero y campesino.

Así se pudo utilizar la Asamblea Constituyente para hacer avanzar la idea de la unidad de clase entre los diputados de todos los partidos obreros, contribuyendo a dar un importante ejemplo al conjunto del movimiento de masas.

d. El objetivo esencial de esta intervención no era el de marcar puntos en el terreno electoral o parlamentario, sino el hacer presión para la plena utilización y ampliación de las libertades democráticas, y conseguir que la tribuna que es el parlamento, se convierta en un instrumento de educación, de organización y de movilizaciones extraparlamentarias de masas.

36. Con la excepción de Cuba, todos los países al sur del Rio Bravo están dominados por el imperialismo mundial, en especial por el norteamericano. Existen todavía, colonias de los imperialistas norteamericano, inglés, francés y holandés, destacando en particular, Puerto Rico, donde los imperialistas norteamericanos tienen cerca de 20 mil millones de dólares en inversiones, y que ha usado la isla como una base militar del imperialismo de EUA en América Latina. La lucha por la plena liberación nacional contra la dominación imperialista y la superexplotación es una cuestión candente en la política de las masas latinoamericanas. Por lo tanto, la lucha antiimperialista constituye una parte fundamental de la lucha general de las masas trabajadoras.

Las tendencias nacionalistas burguesas latinoamericanas se han presentado como los campeones del combate antiimperialista y sobre estas bases han podido desorientar a amplios sectores del movimiento de masas. El peronismo en Argentina, el MNR en Bolivia, el APRA en Perú, la AP en Venezuela, y el PRI en México son los ejemplos clásicos. En los últimos años algunos sectores militares, como los encabezados por Torrijos en Panamá, Torres en Bolivia, y Velasco Alvarado en Perú, se han reivindicado como fuerzas antiimperialistas. Pero ninguna de las tendencias nacionalistas burguesas nunca ha sido capaz de romper completamente con el imperialismo; ni lo harán, por temor a que las masas emprendan un curso que ellos no puedan controlar. En el mejor de los casos, usarán la presión de las masas para arrancarle algunas concesiones a los imperialistas.

La experiencia de Cuba muestra que una lucha consecuente por la independencia del imperialismo debe convertirse inexorablemente en una revolución socialista. Pero las masas llegarán a esta comprensión de la dinámica de la lucha antiimperialista a través de su propia experiencia. La clase obrera, por lo tanto, debe organizarse para colocarse a la cabeza del movimiento antiimperialista y debe contraponer, al programa y a la dirección nacionalista burguesa, un programa y una alternativa consecuentemente proletaria. De esta forma, se logrará superar la brecha entre la conciencia antiimperialista de las masas y la comprensión más profunda requerida de la necesidad de la revolución socialista y sus formas de lograrla.

En la medida en que las tendencias nacionalistas burguesas clásicas se han demostrado incapaces de romper con el imperialismo y que el sector hegemónico industrial del nuevo bloque de poder se alía abiertamente con el imperialismo, la bandera de las reivindicaciones antiimperialistas tiende a quedar cada vez más en manos de las fuerzas obreras, pero sólo a condición de que una dirección consecuentemente proletaria surja a la cabeza de esta lucha antiimperialista.

Tal dirección tratará de lograr la unidad en la acción con cualquier tipo de fuerzas que estén dispuestas a participar en acciones específicas contra el imperialismo. Acuerdos tácticos **ad hoc** pueden ser realizados con elementos pequeño burgueses a condición que participen de hecho en tales acciones, aunque en este último caso no es probable que tales acuerdos sean de larga duración. Se puede dar apoyo crítico a medidas prácticas, distintas de la mera retórica, contra el imperialismo que tomen gobiernos burgueses (por ejemplo, nacionalización de compañías imperialistas).

La diferencia radical entre la concepción consecuentemente proletaria y la burguesa o reformista del antiimperialismo es que éstas detienen la lucha en nombre de la "unidad" al nivel que es aceptable para la burguesía nacional.

Por el contrario, una dirección clasista será no sólo el campeón más consecuente e intransigente de las luchas antiimperialistas, sino que promoverá al mismo tiempo los intereses de clase del proletariado y de las masas oprimidas.

Las luchas antiimperialistas se desarrollan generalmente en la forma de movilización alrededor de temas y problemas específicos. Las formas organizativas usadas para llevar a cabo y dirigir estas movilizaciones serán general-

mente frentes **ad hoc** para la acción que no mantienen una existencia permanente. Pero la orientación a la acción antiimperialista es un eje permanente de la estrategia revolucionaria en América Latina.

Las consignas principales a incluir en las acciones antiimperialistas son:

a) Defensa de Cuba contra las amenazas militares y las presiones económicas de Estados Unidos. Cese del bloqueo económico. Fuera el imperialismo yanqui de la base naval de Guantánamo. Por el reconocimiento diplomático de Cuba por todos los gobiernos latinoamericanos.

b) Independencia para Puerto Rico. Por el desmantelamiento incondicional e inmediato de las instalaciones militares de EUA en Puerto Rico. Por la salida inmediata de la marina yanqui de la isla de Viequez. Independencia para todos los países que siguen sometidos a la opresión colonial de los imperialistas norteamericano, inglés, francés, y holandés.

c) Reincorporación total de la zona del canal a Panamá. Salida de todas las fuerzas militares norteamericanas del territorio panameño. Abrogación de los tratados Torrijos-Carter.

d) Retiro inmediato de América Latina de todas las misiones militares y policíacas así como de las bases imperialistas. Cese de la intervención de la CIA. Cese del financiamiento y del armamento imperialista de las dictaduras.

e) Repudio de la deuda externa. Contra los privilegios económicos especiales en el comercio y las inversiones. Contra las maniobras y el chantaje económicos del Fondo Monetario Internacional.

f) Expropiación de todas las empresas imperialistas. Defensa de las empresas nacionalizadas contra la penetración económica del imperialismo.

g) Contra las deportaciones de los trabajadores latinoamericanos de Estados Unidos. Defensa de las luchas de los latinoamericanos en Estados Unidos, de los antillanos en Inglaterra, Canadá y Francia.

h) Apoyo a las luchas antiimperialistas del mundo.

La diversidad y el desarrollo desigual existentes en América Latina se integran en un ámbito social y económico unificado por la evolución histórica del continente. La dominación imperialista tiende a exacerbar las divisiones artificiales, mientras que los ascensos revolucionarios tienden a unificar a los pueblos de América Latina. Las masas darán pasos gigantescos realizando la unidad económica y social de sus recursos regionales y haciendo de la tendencia a la unidad una realidad viviente.

La revolución socialista tendrá su propio ritmo y peculiaridades en cada uno de los países de América Latina. Pero la culminación del proceso revolucionario se dará con la organización de la federación de las repúblicas socialistas latinoamericanas, los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Este es el objetivo programático e histórico del movimiento trotskista latinoamericano.

CAPITULO VIII

LAS TAREAS INMEDIATAS DE LA IV INTERNACIONAL EN AMERICA LATINA HOY

37. La tarea estratégica central de la IV Internacional en América Latina es la construcción de partidos revolucionarios enraizados en las masas trabajadoras.

La lucha por la construcción de estos partidos es, en última instancia, la de superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas para la revolución socialista en América Latina, como ha sido evidente en los repetidos ascensos revolucionarios que han tenido lugar en la región, y la carencia de una dirección marxista revolucionaria del proletariado capaz de dirigir las masas a la victoria.

Aunque las fuerzas de la IV Internacional todavía son débiles con relación a la magnitud de las tareas que nos proponemos realizar, y aunque hemos sido duramente golpeados por la represión en varios países, podemos contar favorablemente con las aperturas que se abren en el próximo período. Si se aprovechan estas oportunidades, se darán pasos decisivos en la resolución de la crisis de dirección revolucionaria en América Latina.

La realización de esta tarea implica la combinación de tres procesos: a) La defensa y el enriquecimiento sistemático del programa marxista revolucionario; b) La formación y la educación teórica y práctica de cuadros marxistas revolucionarios; y c) La conquista de una influencia de masas.

La situación política y económica, así, como la lucha de clases, de los países de América Latina varía considerablemente entre uno y otro país. Así, cada partido de la IV internacional debe tomar en consideración la situación concreta que enfrenta en su propio país al aplicar nuestra orientación estratégica común. Dentro de este ámbito, sin embargo, se pueden establecer líneas generales para nuestro trabajo.

A continuación señalamos algunas de las tareas inmediatas más importantes de los partidos de la IV Internacional en América Latina:

a) El enraizamiento de la clase obrera. Para conquistar una influencia decisiva entre los obreros y las masas explotadas y oprimidas, y para conducirlos a la victoria sobre las clases dominantes, se requiere de un partido que no sólo sea proletario en su programa, sino también en su composición. Sólo un partido de este tipo puede ganar el respeto de los obreros por su papel de dirección de la lucha de clases, por la forma en que les enseñe a los obreros y a sus aliados a pensar socialmente y a actuar políticamente. Sólo tal partido puede comprender plenamente las necesidades y las preocupaciones de los obreros, ofreciéndoles la orientación en concordancia con ellas.

El desarrollo de partidos enraizados en la clase obrera hará que nuestro trabajo avance en todos los sectores del movimiento de masas y entre los aliados del proletariado; los campesinos y los trabajadores agrícolas, las minorías nacionales oprimidas, los pobres de la ciudad, las mujeres y la juventud.

Tal y como lo demuestra el análisis anterior de las tendencias sociales y políticas de América Latina, la clase obrera, en particular su sector industrial, está cada vez más en el centro de la lucha de clases. Por eso no es sólo, estratégicamente correcto, sino también es el momento adecuado, de hacer un gran esfuerzo para la construcción de nuestros partidos de composición proletaria. El PST argentino ha avanzado bastante en este proceso, y en otros países, como en Brasil y en México, los trotskistas también han dado pasos en este sentido.

Es especialmente importante desarrollar fracciones partidarias que funcionen en las industrias en que los obreros han desempeñado un papel de vanguardia en la lucha de clases. La IV Internacional, al reivindicar una dirección consecuentemente proletaria para la clase obrera de acuerdo a los ejes desarrollados anteriormente en este documento, ganará influencia y cuadros en el próximo período. Las células o fracciones en las industrias más importantes no surgirán espontáneamente, pero el esfuerzo consciente de la dirección puede ser el factor que superará este obstáculo y permitirá que nuestros partidos realicen el giro hacia el enraizamiento de sus cuadros en la clase obrera industrial. Lo crucial es inspirar y convencer a nuestros partidos de la posibilidad y la necesidad política de tomar medidas en esta dirección.

b) La conquista de influencia política en las luchas de los campesinos, las minorías nacionales oprimidas y los pobres de la ciudad. La mayoría de nuestras organizaciones no tienen todavía las fuerzas para desarrollar una amplia base en estos movimientos aunque algunas oportunidades específicas surgirán en las cuales los marxistas revolucionarios se verán activamente involucrados, como sucedió con los trotskistas mexicanos en su participación en el movimiento campesino de Sonora y de otros lugares, las iniciativas del FOCEP en Perú en la organización de los habitantes de la periferia de Lima y la experiencia de los trotskistas costarricenses en las luchas de la comunidad negra de Limón. Todas las organizaciones de la IV Internacional pueden, sin embargo, desarrollar actividades de solidaridad con estas luchas y presentar nuestras soluciones programáticas a los problemas que confrontan, de acuerdo a las proposiciones desarrolladas en este documento.

En los sindicatos y en las demás organizaciones de masas, nuestras fuerzas pueden proponer acciones que impulsen las alianzas entre los obreros y los campesinos. Una atención especial se le deberá prestar a la organización de los trabajadores agrícolas y migratorios.

c) Continuar la participación activa en el movimiento estudiantil y en los sectores más amplios de la juventud. Esta ha sido una de las principales arenas del trabajo político y el reclutamiento de nuestras organizaciones hasta la fecha, y continuará ofreciéndonos oportunidades considerables para nuestro crecimiento. La experiencia del movimiento estudiantil en México y en Brasil ilustra estas oportunidades y señala la necesidad de que los marxistas revolucionarios intervengan en la forma organizada más efectiva posible. La formación de organizaciones juveniles trotskistas, independientes del partido sería una ayuda considerable en nuestro trabajo estudiantil y juvenil en general. Nos permitiría, igualmente fortalecer nuestro trabajo en el seno de la juventud obrera y entre los estudiantes de las escuelas técnicas.

d) Participación en el naciente movimiento de liberación de la mujer. Nuestras organizaciones cuentan ya entre sus filas con muchas camaradas experimentadas políticamente que pueden desempeñar un papel dirigente en el desarrollo y orientación del movimiento de liberación de la mujer que hoy surge en América Latina. Los marxistas revolucionarios se encuentran en una excelente posición para lograr triunfos en este campo en comparación con otras tendencias políticas de izquierda que ignoran o subestiman al movimiento de la mujer. Pero este potencial político solo se realizará si todo el partido —hombres y mujeres— asume la responsabilidad de dirigir nuestro trabajo en el movimiento de la mujer e integra el problema de la liberación de la mujer a todos los niveles de su trabajo político. La dirección partidaria deberá desarrollar programas internos de educación sobre este tema y asegurar que se combate cualquier manifestación del machismo dentro del partido.

e) Defensa de los derechos democráticos. La organización de amplias campañas internacionales en defensa de las víctimas de la represión en países bajo el yugo de las dictaduras como las de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay es una tarea fundamental. Esta clase de campañas de defensas son de gran valor para evitar que las dictaduras actúen impunemente. Aún bajo condiciones menos restrictivas, las campañas de defensa son de gran importancia, como en México, en donde decenas de miles de personas se manifestaron en julio y octubre de 1978 exigiendo la libertad de todos los presos políticos y el cese de los actos represivos del gobierno.

Importantes victorias se han ganado como resultado del trabajo llevado a cabo por nuestro movimiento en este sentido. Por ejemplo, la campaña en defensa de los militantes socialistas brasileños encarcelados y en defensa del conocido dirigente campesino trotskista peruano, Hugo Blanco.

La lucha por la legalización de las organizaciones trotskistas es una parte importante de nuestra lucha por los derechos democráticos en América Latina. Como lo demuestran las experiencias de Brasil y de México, no sólo se trata de un procedimiento legal, sino principalmente de lanzar una gran campaña política, lo cual en sí mismo ayuda a construir la organización.

f) Campañas internacionales de solidaridad. Son de gran valor político y educativo las campañas de solidaridad internacional en favor de los ascensos revolucionarios como los de Perú y Nicaragua en 1977-78. Igualmente importante es popularizar sus lecciones. Otros desarrollos revolucionarios en el mundo tienen profundo impacto en América Latina y requieren iniciativas especiales. En especial, la defensa de la lucha revolucionaria en Africa, vinculada con la defensa de Cuba, contra el imperialismo.

Será cada vez más importante la colaboración entre las diferentes organizaciones trotskistas de países afectados por las repercusiones de los mismos acontecimientos políticos, como en los casos de las acciones conjuntas llevadas a cabo por los trotskistas de Estados Unidos y Panamá contra los tratados Carter-Torrijos sobre el canal de Panamá, o el de los trotskistas de Puerto Rico y Estados Unidos por la independencia de Puerto Rico.

La defensa de los millones de trabajadores indocumentados mexicanos, colombianos, haitianos y de otros países en Estados Unidos es de gran importancia, especialmente en vista del incremento de la represión de Washington, que deporta a casi un millón de trabajadores cada año. El caso de Héctor Marroquín y su lucha contra el peligro de ser deportado a México ha sido importante para denunciar ante la opinión pública esta situación. En Europa Occidental hay varios cientos de miles de refugiados políticos que son un sector fundamental no sólo para llevar a cabo campañas de defensa de los derechos democráticos en América Latina, sino también en defensa de los latinoamericanos en Europa.

g) Campañas electorales. En el seno de las organizaciones del movimiento de masas, hacemos la propuesta de que impulsen candidaturas obreras, y popularizamos vigorosamente las campañas clasistas independientes

cuando surjan, al mismo tiempo que promovemos un claro programa clasista para ella, Esto es prioritario, y va a la par con los análisis precedentes que fundamentan la necesidad de construir partidos obreros de masas capaces de desafiar a la clase dominante en todos los niveles políticos.

En los últimos años nuestro movimiento en América Latina ha adquirido más experiencia en la construcción de campañas electorales trotskistas. Estas campañas nos ofrecen un medio para popularizar nuestras ideas y ganar influencia como una corriente política seria ante las masas. Las campañas electorales también nos ayudan a preservar nuestros derechos legales.

La selección de los candidatos puede ser muy útil para la popularización de la imagen de los partidos trotskistas como participantes activos en todos los frentes de la lucha de clases. Estas han sido las experiencias del PST argentino en su campaña electoral de 1973, de los trotskistas del FOCEP en Perú en 1978, de la campaña de UNIOS y los candidatos del PST en Colombia en 1978, y de la OST en Costa Rica en 1977. Los partidos impulsaron las candidaturas de dirigentes conocidos por sus actividades revolucionarias e identificados con las posiciones de las organizaciones marxistas revolucionarias en los movimientos sindicales, campesinos, de la mujer y otros. A través de este tipo de campañas, nuestro movimiento y algunos de sus dirigentes se han dado a conocer ante las masas en sus respectivos países, así como en otras partes de América Latina.

En ocasiones será posible participar en alianzas electorales con otros sectores proletarios y socialistas, con la condición de que las bases de tales alianzas sean claramente independientes de la clase capitalista, presenten una clara línea clasista opuesta a la colaboración de clases, y que los marxistas revolucionarios pueden defender su propio programa sin ninguna clase de restricciones. Los marxistas revolucionarios apoyan todo paso real hacia la independencia política de clase que emprendan sectores importantes de la clase obrera, incluso si estos esfuerzos son acompañados por debilidades programáticas.

38. Las fuerzas del movimiento trotskista en América Latina han sufrido serias divisiones en los últimos años. Esta es una de las consecuencias nocivas de las luchas fraccionales en el seno de la IV Internacional. El proceso de unificaciones de 1976-77 en México, que condujeron al surgimiento del PRT unificado, ofrece un ejemplo de cómo se resolvió este problema. En Colombia y Perú se han dado pasos importantes para la unificación de nuestras divididas fuerzas.

Pueden darse grandes pasos en la construcción del partido revolucionario si se evitan las escisiones no principistas y se impulsan las unificaciones principistas, de tal modo que la IV Internacional pueda dirigirse a las masas con la autoridad de organizaciones unificadas en cada país.

Nuestras guías tradicionales para lograr unificaciones exitosas, incluyen acuerdos básicos sobre el programa y sobre los ejes de trabajo más importantes, así como la garantía de la existencia de democracia interna. Dentro de este contexto, hay amplio margen de discusión y debate sobre cuestiones teóricas y sobre cuestiones tácticas menos inmediatas.

También son posibles nuevos reagrupamientos. Como producto de la crisis del nacionalismo pequeño-burgués y de las estrategias centristas y reformistas, agrupaciones con perspectivas revolucionarias se orientarán hacia nuestras posiciones anticapitalistas, socialistas. Los marxistas revolucionarios deberán aprovechar al máximo las oportunidades que se presenten para participar activamente con estas corrientes, teniendo como objetivo ganarlas a nuestro movimiento.

A medida que nuestras organizaciones crezcan, será cada vez mayor la necesidad de garantizar normas sólidas de funcionamiento organizativo, que incluyan una prensa regular y frecuente y el financiamiento autosuficiente adecuado que permita y garantice la puesta en práctica de las principales tareas partidarias. De particular importancia es la necesidad de desarrollar trabajo de equipo en la dirección del partido, así como en todos los niveles de la organización para potenciar las capacidades y los conocimientos disponibles.

Es una responsabilidad de las direcciones el lograr que se creen las condiciones para que se pueda funcionar en un marco de represión. Pero el objetivo central continua siendo el de buscar todas las formas de funcionar lo más abiertamente posible:

Concentrarse en las tareas políticas más apropiadas, reforzar nuestras capacidades de intervenir en la lucha de clases, definir normas organizativas estrictas, son tres aspectos fundamentales de la construcción del partido, íntimamente ligados y que se complementan.

Para desarrollar los cuadros capaces de pensar por sí mismos y de actuar conscientemente en la lucha de clases se necesita una educación práctica y teórica continua. Se requerirá dedicar atención especial para que los compañeros obreros, las mujeres y los miembros de las minorías nacionales oprimidas logren desarrollarse como dirigentes del partido. Para lograr esto se debe garantizar una vida partidaria interna totalmente democrática.

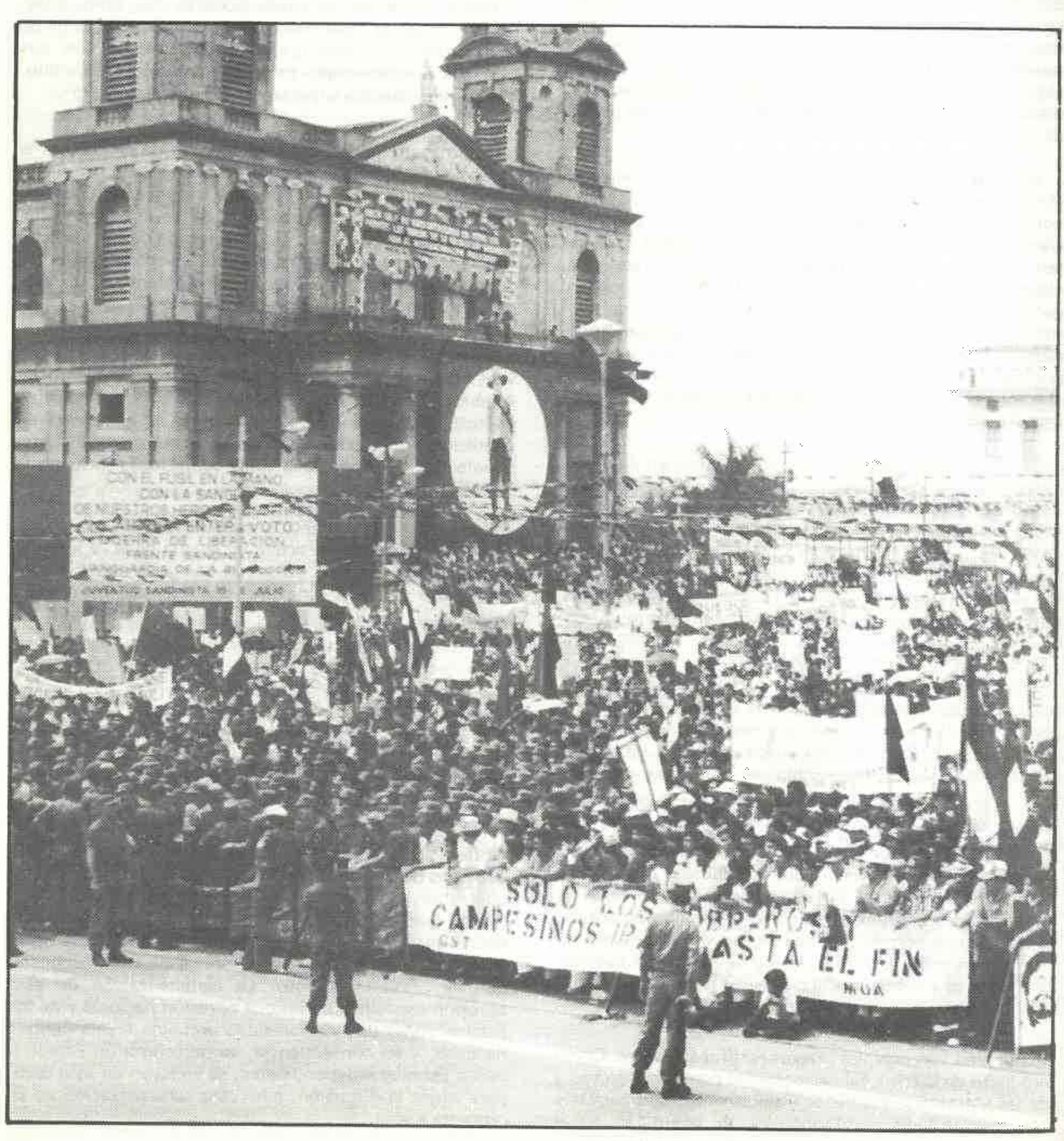
Estas sólidas normas y estructuras organizativas son de vital importancia debido a que nuestro movimiento en América Latina, como consecuencia de la inestabilidad política de la región, frecuentemente se encuentra en condiciones que exigen ajustes bruscos en su funcionamiento. En algunos casos estas condiciones incluyen la represión más dura.

Deben hacerse esfuerzos específicos para permitir a todos los militantes participar en la vida de la IV Internacional. Deben hacerse esfuerzos comunes para publicar una revista y boletines de discusión internacional en castellano.

---

(1) Este punto (17 B) plantea nuevos problemas importantes al movimiento marxista revolucionario que debemos discutir a fondo. La línea general de este punto, que subraya la importancia de la lucha contra la opresión racista que sufren los negros en América Latina y que define nuestra orientación para luchar contra esta opresión, forma parte de la línea general de esta resolución que se presenta a voto. La caracterización de esta opresión específica como una opresión nacional y de los Negros como una nacionalidad oprimida o una minoría nacional, y en consecuencia, su derecho a un Estado o varios Estados independientes, se incluyen en este texto para lanzar la discusión, pero esta caracterización no se presenta a voto.

Resoluciones y enmiendas sobre Nicaragua





Una revolución en marcha

Resolución adoptada por el Congreso mundial. Esta resolución, sometida a voto por la mayoría del secretariado unificado, obtuvo: 66,5 votos a favor, 35 votos en contra, 10 abstenciones y 1,5 NPV.

1. — El derrocamiento revolucionario de la dictadura de Somoza, en julio de 1979, abre la vía a la revolución socialista en América Central. Constituye el golpe más grave dado al imperialismo americano en América Latina desde el ascenso de la revolución cubana en 1959.

El Pentágono considera coto privado la zona comprendida en el radio que partiendo de Florida, pasa por el Caribe, Cuba (con la base de Guantànamo), Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, América Central, incluida Nicaragua, y que termina en el sur del canal de Panamá.

Desde la victoria de la revolución cubana, el imperialismo americano había ampliado su control sobre esta zona, especialmente sobre América Central. Las dictaduras militares fueron integradas, todavía más estrechamente, en el plano político y militar, en el sistema contrarrevolucionario imperialista. En 1961, los invasores de Cuba, que sufrieron la tremenda derrota de Bahía Cochinos, partieron de la Nicaragua de Somoza. La campaña de prensa anticubana fue organizada por la Sociedad Interamericana de prensa, cuyo vicepresidente no era otro que Pedro Joaquín Chamorro, dirigente de la oposición burguesa a Somoza.

La revolución nicaragüense estalla en el momento en que se intensifica la crisis de los regímenes dictatoriales de América Central, en primer lugar el del Salvador.

La victoria sobre el régimen de Somoza de las masas nicaragüenses, dirigidas por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), posee una gran fuerza de atracción sobre los trabajadores, los campesinos y los revolucionarios de toda América Latina. La caída del régimen somocista se inscribe en un relanzamiento de la actividad de las masas trabajadoras del continente: movilizaciones obreras y populares en 1977 en Colombia, ascenso obrero en Brasil en 1978 y 1979, huelga general y radicalización política expresada en los resultados de la FOCEP en las elecciones en Perú en 1978, acentuación de la resistencia política en Argentina, levantamiento del pueblo de Granada en 1979.

Los estrategas y políticos imperialistas harán todo lo posible por canalizar, y luego romper la revolución en marcha en Nicaragua.

2. — La agonía del somocismo se prolongó durante cerca de dos años. Desde septiembre de 1977, progresivamente, las acciones de la guerrilla, las huelgas, las manifestaciones, los levantamientos urbanos se multiplicaron, culminando con una insurrección popular de un mes y medio de duración.

Esta actividad del movimiento de masas, tanto por su grado de organización como por sus objetivos, demuestra la tendencia a afirmar su papel independiente, a no subordinarse a las exigencias de clase de la burguesía opositora. Esta última concentrará toda su energía en encontrar una solución negociada a la crisis del somocismo, con el fin de asegurar, a pesar de algunas modificaciones, la continuidad de las estructuras del Estado, ante todo de la Guardia Nacional (GN).

El Estado somocista era en su casi totalidad una creación del imperialismo americano. Presentes militarmente en Nicaragua desde 1911, los Estados Unidos colocarán en 1933 a Anastasio Somoza García a la cabeza de la GN. En 1936, por medio de un golpe de fuerza ratificado por unas elecciones fraudulentas, éste accederá a la presidencia.

El origen del somocismo, como un régimen impuesto y sostenido por la mano de los Estados Unidos, es un factor importante en la combinación entre lucha antidictatorial y lucha antiimperialista que aparece inmediatamente en cualquier movimiento de oposición de una cierta amplitud.

Intentando reforzar su legitimidad, la dictadura permitirá la existencia de un partido burgués de oposición, el Partido Conservador. El control estricto del aparato del Estado, de la GN y del Partido Liberal por la familia Somoza, aclara el contenido real de este sistema bipartidista. La dictadura tuvo que utilizar falsas elecciones (1957-1967), maniobras constitucionales (1953), estado de sitio (1974-1977), y una represión feroz para intentar responder a la crisis endémica de su sistema de dominación.

La burguesía opositora reforzó sus posiciones económicas en el curso de los años sesenta. Se benefició del proceso de integración económica de América Central (Mercado común centroamericano), que favoreció el desarrollo de sectores agro-exportadores e industriales. Importantes grupos burgueses ampliaron su base en la industria, en la agroindustria y en la banca. Se opusieron a la familia Somoza y a sus aliados, que actuaban como competidores "desleales". Necesitaban sin embargo de la fuerza del ejército del régimen, para asegurar las condiciones de sobreexplotación de los obreros y de los trabajadores agrícolas y para responder a las iniciativas militares del FSLN.

El Estado de sitio promulgado en diciembre de 1974, después de la captura de numerosos dignatarios del régimen por el FSLN, acentuará la crisis interburguesa, estimulada ya por la incapacidad de la dictadura para responder a los terribles problemas creados por el terremoto de 1972 y por las múltiples estafas a las que se dedicó el dictador en esa ocasión. Al mismo tiempo, el estado de sitio permitía a la burguesía en su conjunto abortar el movimiento reivindicativo

(huelgas en la construcción y en los hospitales en 1973 y 1974). Le era útil para poder realizar las transformaciones estructurales que la recesión internacional del capitalismo hacía necesarias. Pero las leyes de excepción y los tribunales militares fueron utilizados de forma unilateral por la camarilla somocista para monopolizar operaciones especulativas y participar en los negocios más rentables. Este juego, por ser demasiado desigual, no podía proseguirse en un clima de crisis económica cada vez más clara.

Ningún opositor podía considerarse a salvo de la represión, cuya ferocidad quitó al régimen cualquier elemento de legitimidad, en el mismo momento en que esa misma represión legitimaba la utilización de la lucha armada por las masas, como componente de la acción política. La burguesía opositora tuvo que distanciarse más claramente y pedir la retirada del dictador. En septiembre de 1977, el régimen somocista estaba políticamente aislado a nivel nacional y su declive en el plano internacional se aceleraba.

3. — Desde finales de 1977 a finales de 1978, las diferentes fracciones de la burguesía opositora intentaron en vano ponerse a la cabeza del movimiento de masas, al mismo tiempo que multiplicaban sus iniciativas para obtener la retirada de Somoza y sus fieles.

El 10 de enero de 1978, el asesinato por los somocistas de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, propietario del gran diario *"La Prensa"*, desencadena un proceso acumulativo. La burguesía opositora y el imperialismo se vieron privados de una dirección alternativa a Somoza que tuviera audiencia en capas amplias de la pequeña-burguesía, e incluso entre las masas populares. Chamorro, desde 1974, había reunido en el seno de la Unión Democrática de Liberación (UDEL) a sectores significativos de la burguesía. A la cabeza de *"La Prensa"*, se había forjado una personalidad de opositor resuelto. Su desaparición acentuaba la crisis interburguesa y hacía más difícil el encauzamiento del movimiento de masas.

UDEL lanzó un llamamiento, el 24 de enero, a una "huelga de patronos", que paralizó una gran parte de la economía. Bajo esta presión, el Partido Conservador rompió su acuerdo con el Partido Liberal. A pesar de la represión las manifestaciones de masas se desarrollaron en Matagalpa y Managua, donde el FSLN afirmó su presencia política. Las iniciativas armadas del FSLN adquirieron una nueva dimensión, a principios de febrero, con los ataques a los cuarteles de la GN **en las ciudades de Rivas y Granada.**

Cuando la UDEL suspende esta "huelga de patronos", el 6 de febrero, la tentativa de las direcciones sindicales de hacer una huelga obrera fracasa. Esto expresaba las relaciones de fuerza que modelaban el movimiento de oposición en esta etapa. Pero, dos semanas más tarde, los levantamientos populares de Monimbo (barrio de Masaya) y de Subtiava (barrio de León), prefiguraban la dinámica insurreccional que caracterizó la última fase de la lucha contra la dictadura. La crisis prerrevolucionaria se acentuaba.

Espoleada por la actividad de las masas y el prestigio cada vez mayor del FSLN, la burguesía opositora reorganizó sus fuerzas e intentó negociar de nuevo la salida del dictador. En julio de 1978, se creó el Frente Amplio de Oposición (FAO), que incluía entre otros al Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN) de Alfonso Robelo Callejas, a la UDEL y al Grupo de los doce (personalidades ligadas a la industria, al comercio y a las profesiones liberales). Este último grupo tenía lazos con una corriente del FSLN, la tendencia "tercerista"; veía en la lucha armada el medio más seguro para convencer a Somoza a que se retirase y estaba de acuerdo en la constitución de un gobierno con la integración del FSLN. Las dos fracciones del Partido Socialista Nicaragüense (PSN), partido estalinista, participaron también en el FAO. La Iglesia católica tomó posición abiertamente en favor de la retirada de Somoza.

Pero la resistencia de Somoza —que utilizaba la autonomía relativa que le confería su dominio durante varios decenios sobre el aparato de Estado, el ejército y una parte de la economía del país— colocó a la oposición burguesa en una situación difícil. Tanto más cuanto las acciones armadas del FSLN —especialmente la ocupación espectacular del Palacio Nacional del 22 al 24 de agosto, que terminó con la liberación de los prisioneros del FSLN— le configuraban a los ojos de las masas como el único polo claramente alejado de las transacciones para la sucesión del régimen y decidido a terminar con Somoza.

El FAO, entre la espada y la pared, lanzó un nuevo llamamiento a la interrupción de toda actividad económica, el 25 de agosto. Las asociaciones de industriales —al contrario que en la huelga de protesta del mes de marzo convocada por la UDEL— siguen el movimiento. Las consecuencias fueron triples: la crisis económica se profundizó, y los trabajadores fueron los primeros en pagar las consecuencias, lo que acentuó la polarización de clases en el frente antisomocista; el movimiento de masas demostró una independencia creciente frente a la dirección burguesa, en comparación con la "huelga patronal" de enero; apoyándose en este ascenso el FSLN lanzó la ofensiva militar del 9 de septiembre en las ciudades de León, Esteli, Masaya y Chinandega, en las cuales las sublevaciones populares terminarán con la toma de las ciudades por la población.

El contraataque de la GN fue rápido y brutal, su victoria militar se confirmó a finales de septiembre. Se desencadenó una verdadera masacre contra la juventud y contra todos los sospechosos de simpatizar con los sandinistas. Pero las fuerzas del FSLN no fueron liquidadas. Crecerán por el aflujo de centenares de jóvenes, que se unirán a su combate para escapar de la represión y vengar a los que habían caído. La insurrección popular combinada con la lucha armada, se presentó a todas las corrientes del FSLN y a amplios sectores de masas como el camino a seguir para derrotar a la tiranía.

Somoza había ganado una batalla militar, pero políticamente, salía debilitado y muy aislado en el plano internacional. La burguesía de oposición intentó utilizar esta debilidad y el retroceso momentáneo del movimiento de masas, para comprometerse de nuevo una última negociación con el objetivo de establecer lo que el FSLN calificó como "somocismo sin Somoza".

Bajo la égida de una comisión de mediación —en el seno de la que los EEUU estaban acompañados por Guatemala y la República dominicana— el FAO comienza el "diálogo" con la dictadura.

La intervención directa del imperialismo americano en estas negociaciones llevó, en octubre de 1978, a la tendencia tercerista del FSLN a tomar la iniciativa de rechazar la mediación y romper sus relaciones con el FAO. Fue seguida por el "grupo de los doce". Esto limitó la capacidad de negociación del FAO. El "diálogo" con la dictadura fracasa a mitad de enero del 79, a pesar de las múltiples concesiones hechas por el FAO.

Se abrió una nueva etapa en la organización del frente antisomocista después de esta ruptura. Se constituye el Frente Patriótico Nacional (FPN). La dirección burguesa perdía terreno en el frente antisomocista. En el FPN se encontraban reunidas algunas formaciones burguesas de poca importancia, el "grupo de los doce", el Movimiento del Pueblo Unido (MPU), que agrupaba diversas organizaciones de masas, a menudo influenciadas por el FSLN, y sobre todo las confederaciones sindicales.

El 10 de enero de 1970, en el primer aniversario del asesinato de Chamorro, al llamamiento de FPN, decenas de miles de manifestantes salieron a la calle en Managua. Por la tarde, los trabajadores realizaron una huelga hasta el final de la jornada.

Tres cambios subyacían en esta nueva fase de la lucha: en primer lugar, los objetivos del FPN hacían suyas más directamente las reivindicaciones de las masas populares golpeadas por la crisis y por primera vez se pedía la expropiación de los bienes del clan Somoza y la disolución de la GN; en segundo lugar, la organización política del movimiento de masas por el FSLN se consolidaba con la creación del MPU, preparando de esta forma la organización de comités populares; en tercer lugar, la convergencia entre las tres tendencias del FSLN se hizo más fácil a partir de la ruptura de los "terceristas" con el FAO. El movimiento contra Somoza combinaba de nuevo de forma indisoluble el combate antidictatorial y el antiimperialista. Maduraban las condiciones para la insurrección generalizada.

4. — El derrocamiento revolucionario del régimen de Somoza por medio de una huelga general que se transformó

en insurrección en las principales ciudades del país, fue preparado y precedido por una ofensiva militar de conjunto lanzada por el FSLN.

Las fuerzas sociales que sostuvieron y participaron en este combate heroico contra el imperialismo y la dictadura, se concentraban en las masas populares de las ciudades, el proletariado, el proletariado agrícola, el campesinado semiproletario y empobrecido y en fracciones de la pequeña burguesía radicalizada (el movimiento estudiantil y el movimiento de mujeres organizadas en la *Asociación de mujeres frente a la problemática nacional* AMPRONAC). Una gran parte de estas fuerzas se encontraban representadas y organizadas en las organizaciones que se reagrupaban bajo las siglas MPU.

La penetración del capital imperialista y local en el campo durante las dos últimas décadas y el desarrollo de un sector agro-industrial —centrado en torno al cultivo y a la exportación de algodón, café, azúcar y carne— tuvieron una doble consecuencia: por un lado, la expulsión del campo del campesinado pobre; y por otro, la ampliación de las filas del proletariado agrícola que trabajaba en las grandes propiedades modernizadas.

El desarrollo industrial estaba ligado a la agricultura de exportación (conservas, y agro-alimentación), a industrias dirigidas hacia el Mercado Común centroamericano (Textil, pesticidas, abonos, alimentación) y a una nueva ola de inversiones imperialistas (fábricas de montaje y acabado, entre otras, en la "zona franca" de Managua, donde se concentraban el 85% de las actividades secundarias). El proletariado industrial se había consolidado en los últimos años, a pesar de seguir siendo relativamente débil. Con los obreros de la construcción (sector muy desarrollado inmediatamente después del terremoto de 1972), y los transportes, este proletariado representaba una fuerza de alrededor de 75.000 personas sobre una población económicamente activa de cerca de 700.000 en 1978.

La población de las ciudades creció un 50% entre 1970 y 1978. Este año ascendió un total de 1.265.000 personas sobre una población total de 2.400.000. Esto no expresaba sólo el crecimiento del proletariado, sino también de las masas semiproletarias, subempleadas o sin empleo, que se aglutinaban en torno a las principales ciudades. El papel central de las insurrecciones urbanas en el combate contra la dictadura está en relación directa con estas modificaciones en la estructura social.

El proletariado agrícola contaba en sus filas con cerca de 300.000 trabajadores, la mayor parte en el cultivo del algodón. En su gran mayoría eran trabajadores temporeros. Mujeres y niños constituían una gran parte de esta mano de obra, que emigraba según los ritmos impuestos por el ciclo agrícola. Brutalmente explotados, estos trabajadores veían cómo sus menguados salarios eran recuperados por sus patronos, que controlaban la venta de los bienes que necesitaban.

El grado de concentración de la propiedad agrícola era muy elevado: en 1972, el 0,6% de los propietarios —los que poseían más de 1.000 manzanas, es decir, más de 670 hectáreas— acaparaban el 30,5% de las tierras cultivables. Entre estos latifundistas, la familia Somoza ocupaba un lugar preponderante, pues poseía del 25 al 30%. Al otro extremo, el 50,8% de los propietarios —los que poseían menos de 10 manzanas, es decir menos de 6,7 hectáreas— ocupaban sólo 3,4% de las tierras. Entre ellos un gran contingente de campesinos muy pobres, que trabajaban su pedazo de tierra y se veían obligados a vender su fuerza de trabajo para subsistir. Estas cifras demuestran también la existencia de una capa intermedia no despreciable, de pequeños campesinos menos pobres y de medianos propietarios.

La crisis económica que se acentuó desde 1975, golpeó muy fuerte a la clase obrera, al proletariado rural y a los pequeños campesinos semiproletarios que se encontraban ya en una situación de miseria de las más duras de América Central. El derrumbamiento económico en 1978-79, la ruptura del ciclo agrícola debido a la guerra, la devaluación en un 43% del córdoba en 1979, que provocó la explosión de la inflación, hizo insoportable la vida de las masas trabajadoras, entre las que un porcentaje cada vez más alto —cercano al 50% de la población económicamente activa a mitad del 79— estaba condenada al paro. La pequeña burguesía urbana fue también duramente golpeada. A esto se añadía la represión masiva, que era el único instrumento del gobierno desde el fracaso de las negociaciones con el FAO. Entre la espada y la pared, las masas veían en el derrocamiento de la tiranía el único medio de supervivencia. La polarización social se hizo extrema.

En Nicaragua, la clase obrera, como el proletariado agrícola y el campesinado pobre, no tenía una larga tradición de luchas *organizadas* como en Cuba o Guatemala, por ejemplo. Sin embargo, desde 1973-74, el movimiento sindical hizo progresos significativos. En 1977, la creación de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) significó un paso adelante en la organización de esta capa social.

En los últimos meses que precedieron a la caída del régimen, las ocupaciones de tierras, las huelgas generales, los levantamientos urbanos, combinados con los ataques militares a las ciudades por el FSLN y con las operaciones de sus columnas de guerrilleros, expresaban la entrada conjunta en una lucha frontal contra Somoza, de estas capas sociales explotadas y oprimidas que fueron y siguen siendo el motor de la revolución nicaragüense.

Los dos años de combate abierto contra la dictadura actuaron como un potente estimulante sobre el desarrollo del nivel de conciencia de las masas. El proceso de autoorganización, bajo la forma de Comités de barrio u órganos de autodefensa, imprimió un distintivo a los últimos diez meses de lucha. Fue un factor desencadenante de la dinámica de revolución permanente.

El sandinismo daba una cohesión ideológica y política al combate contra la dictadura. El poder de las clases poseedoras nicaragüenses dependía estrechamente de la voluntad del imperialismo americano y aparecía así a los ojos de las masas. Desde la desposesión de Santos Zelaya por los Estados Unidos en 1909, ningún sector significativo de la oligarquía local había opuesto resistencia al dominio americano. De esta forma, la lucha militar de 1927 a 1933 de Augusto César Sandino contra el imperialismo, se identificaba con la lucha contra la dictadura instalada por los "marines". Lucha antiimperialista, lucha antidictatorial y lucha armada correspondían, pues, a una diferenciación de clase y recubrían los rasgos esenciales del sandinismo, un nacionalismo revolu**cionario de origen pequeño-burgués pero con raíces populares muy profundas.**

5. — EL FSLN, desde su creación en 1961, bajo el impacto de la revolución socialista cubana, supo captar en favor de su lucha la tradición de este movimiento antiimperialista radical, lo que le confiere una fisonomía particular en comparación con otros movimientos de lucha armada que surgieron en América Latina en la misma época. Esto es lo que explica su influencia entre las masas cuando éstas entraron en acción.

Por otro lado, el mismo origen de la dictadura, el papel fundamental de la GN en el aparato de dominación somocista, la incapacidad del régimen para ampliar su base social y adquirir una legitimidad, la imposibilidad para la pequeña burguesía de encontrar un lugar mínimo en ese sistema político, crearán un terreno favorable para la actividad del FSLN.

Desde la segunda mitad de los años setenta, todos estos factores fueron puestos de relieve, bajo el telón de fondo de la crisis económica. Esto provocó la integración masiva, desde mediados de 1978, de jóvenes trabajadores, de campesinos pobres, de trabajadores agrícolas, de estudiantes, de jóvenes parados, en la acción militar del FSLN. Un gran número de mujeres trabajadoras y de estudiantes se integraron en el combate.

La división del Frente en tres tendencias (cada cual con su propia organización), desde 1975, expresa la profundidad de los debates sobre las modalidades de la lucha contra la dictadura. Sin embargo, su contenido traducía la maduración de las condiciones objetivas favorables para la lucha por el derrocamiento de Somoza. En efecto, estas discusiones se centraban en las relaciones entre lucha armada y movilización de masas, el papel respectivo de las movilizaciones de masas urbanas y de las campesinas, el lugar y el alcance de la radicalización de las fracciones de la pequeña burguesía, las

relaciones entre el trabajo militar y el trabajo político, la función y la importancia de los acuerdos con la burguesía opositora.

Dos tendencias se reclamaban del marxismo: la tendencia "guerra popular prolongada" y la tendencia "proletaria" (marxista-leninista). La primera, refiriéndose a la experiencia china y, sobre todo, vietnamita, planteaba una guerra de liberación prolongada que se apoyaría sobre una fuerte implantación en las zonas rurales y podría dar entonces golpes decisivos en las ciudades. La segunda ponía el acento en el trabajo urbano, sobre todo a nivel de los barrios populares, en la implantación en el movimiento obrero, el movimiento estudiantil y el movimiento de mujeres, preparando de esta forma un movimiento de insurrección urbana combinado con acciones armadas del FSLN. Esta última era la más reticente hacia una política de alianzas con la burguesía y no ahorraba críticas hacia la tercera tendencia: los "terceristas". Estos representaban la fuerza numérica más importante. Fueron los más activos en los golpes de mano **militares, pero también los más comprometidos en las relaciones con sectores de la burguesía reunidos en la FAO.** Una parte de su dirección tenía lazos con la II Internacional.

Ninguna de las tres tendencias expresaba una comprensión clara de la dinámica de revolución permanente que se abriría tras el derrocamiento revolucionario de la dictadura; mientras unos defendían la necesidad de limitar los objetivos de la lucha al establecimiento de una "etapa democrático burguesa", otros la veían simplemente como un paso intermedio en la vía de la revolución socialista.

El debate político que realizaron estas tendencias favoreció la maduración política del Frente en su conjunto.

Una importante transformación se operó en el FSLN después de su unificación, en diciembre de 1978. Según la declaración común del FSLN, estaba destinada a *"garantizar que nuestro pueblo no sea desposeido de su heróica lucha por maniobras del imperialismo yanqui y de sectores de la burguesía local dispuesta a vender la patria".*

A partir de las necesidades organizativas provocadas por la dirección de la guerra civil y de la insurrección popular, las estructuras de las antiguas tendencias estallaron y la unificación llevó a una fusión de las instancias dirigentes de las ex-tendencias. La amplitud de las movilizaciones de masas y el auge semiespontáneo de los comités y de las milicias estimularon la evolución ideológica de los cuadros del FSLN que dirigían este movimiento, cuya impetuosidad les obligó a reajustes permanentes. El derrumbamiento de las instituciones somocistas determinó un proceso revolucionario que no cuadraba con los esquemas preestablecidos de la *"etapa democrática".* El FSLN sufría así una profunda mutación que en gran parte hacía caducas las antiguas diferencias.

La historia heróica del combate sin compromisos del FSLN, su papel dirigente en la primera fase de la revolución y los lazos establecidos con sus fuerzas vivas, las lecciones que esta dirección pragmática y heterogénea ha sacado ya de este formidable ascenso de la lucha de clases, expresan el potencial de desarrollo político de los cuadros del FSLN.

6. — A finales de mayo de 1979, el FSLN lanza una nueva ola de ataques militares. Abre varios frentes, lo que tiende a dispersar las fuerzas de la GN y a disminuir el control del aparato de represión sobre las ciudades.

El 4 de junio, la huelga general, convocada esta vez por el FSLN, paralizaba todo el país.

En los días que siguieron, estallaron insurrecciones en Chinandega, León, Matagalpa, Estelí, Masaya, Granada y Carazo.

De hecho, desde el mes de marzo la dirección del FSLN preparaba cuidadosamente esta insurrección: los Comités de defensa civil (CDC) emprendieron una campaña política y de preparación de las masas para la insurrección. Respondía así a una de las debilidades constatadas por el FSLN en septiembre de 1978. Los CDC debían permitir la integración de sectores crecientes de masas en la organización de la insurrección. Los CDC debían recoger el material necesario para la construcción de barricadas así como municiones de distinto tipo (cócteles Molotov, explosivos), crear grupos de vigilancia en los barrios, poner en pie dispensarios y enfermerías clandestinas, abastecerlos de medicamentos, establecer casas operativas e imprentas secretas dotadas de un material de impresión somero, asegurar los lazos con las unidades del FSLN y aprovisionarlas, informar al FSLN sobre los desplazamientos de la GN y las actividades de los partidarios de Somoza. En las empresas surgieron los Comités de defensa de los trabajadores (CDT), que debían tomar el control de las fábricas de importancia estratégica, ayudar a la fabricación de armamento, intentar controlar los medios de comunicación, establecer lazos entre los trabajadores y la población de los barrios. En las haciendas se construyeron también Comités.

Un movimiento insurreccional espontáneo estalló el 10 de junio en los principales barrios populares de Managua. En la capital surgieron zonas "liberadas". La GN tuvo que concentrar en ella sus fuerzas más importantes, lo que facilitó las operaciones militares del FSLN en los distintos frentes y el avance de las tropas del frente norte hacia la capital. El pueblo de Managua, y en primer lugar la juventud, sostuvo un asedio de 18 días contra la aviación, la artillería y los tanques de la GN. Su coraje y determinación hicieron posible la resistencia a pesar de lo débil de su armamento. El 28 de junio, el FSLN organizó la retirada ordenada de 6.000 personas hacia Masaya, ciudad distante 26 km. Esto era una prueba clara de la autoridad y prestigio del FSLN entre la población trabajadora y los habitantes de los barrios populares, al mismo tiempo que demostraba un elevado grado de autodisciplina.

El 17 de junio, se constituyó la Junta de Gobierno de reconstrucción nacional de Nicaragua (GRNN). Este gobierno de coalición con un sector de la burguesía reflejaba los agrupamientos de fuerzas que se habían operado en el FPN; sus cinco miembros eran: Violeta Chamorro, la viuda de Pedro Joaquin Chamorro (dirigente de la UDEL), Sergio Ramirez Mercado (del grupo de los doce), Alfonso Robelo Callejas (industrial e iniciador del MDN), Daniel Ortega (representante del FSLN) y Moisés Hassan (representante del MPU).

El 24 de junio la OEA declaró su oposición a Somoza, cuyo **"búnker" simbolizaba su aislamiento en el plano nacional.** Internacionalmente, sólo encontraba apoyo en las dictaduras de Chile, Uruguay, Argentina, Paraguay, Honduras, El Salvador y Guatemala. Israel le enviaba armas. El imperialismo solo tomó algunas distancias distancias de Somoza con reticencias y dudas. Permitir que Somoza golpeara ferozmente a los trabajadores y campesinos continuaba siendo un elemento de su política, pues desde su punto de vista representaba una preparación necesaria para una transición sin cambios bruscos hacia un nuevo regimen burgués.

Las burguesías nacionales de Venezuela, México, Costa Rica y Panamá, con el consentimiento del imperialismo americano, hicieron todo lo que estaba a su alcance para que el desarrollo de la guerra civil no rompiera la continuidad **institucional del Estado y para que un sector de la GN se fusionara con las tropas "regulares" del FSLN. Con esta perspectiva reconocieron al GRNN.**

La guerra civil y el ascenso insurreccional tuvieron un profundo impacto en la organización de las masas y en las fuerzas armadas del FSLN.

Los CDC, en las ciudades liberadas, se convirtieron en órganos de poder popular. Sustituyeron a las estructuras administrativas del régimen somocista, que han estallado. Asumieron múltiples tareas ligadas a la distribución de víveres, a la organización de asistencias, al mantenimiento del orden, a la neutralización de somocistas y a la administración mínima de la ciudad.

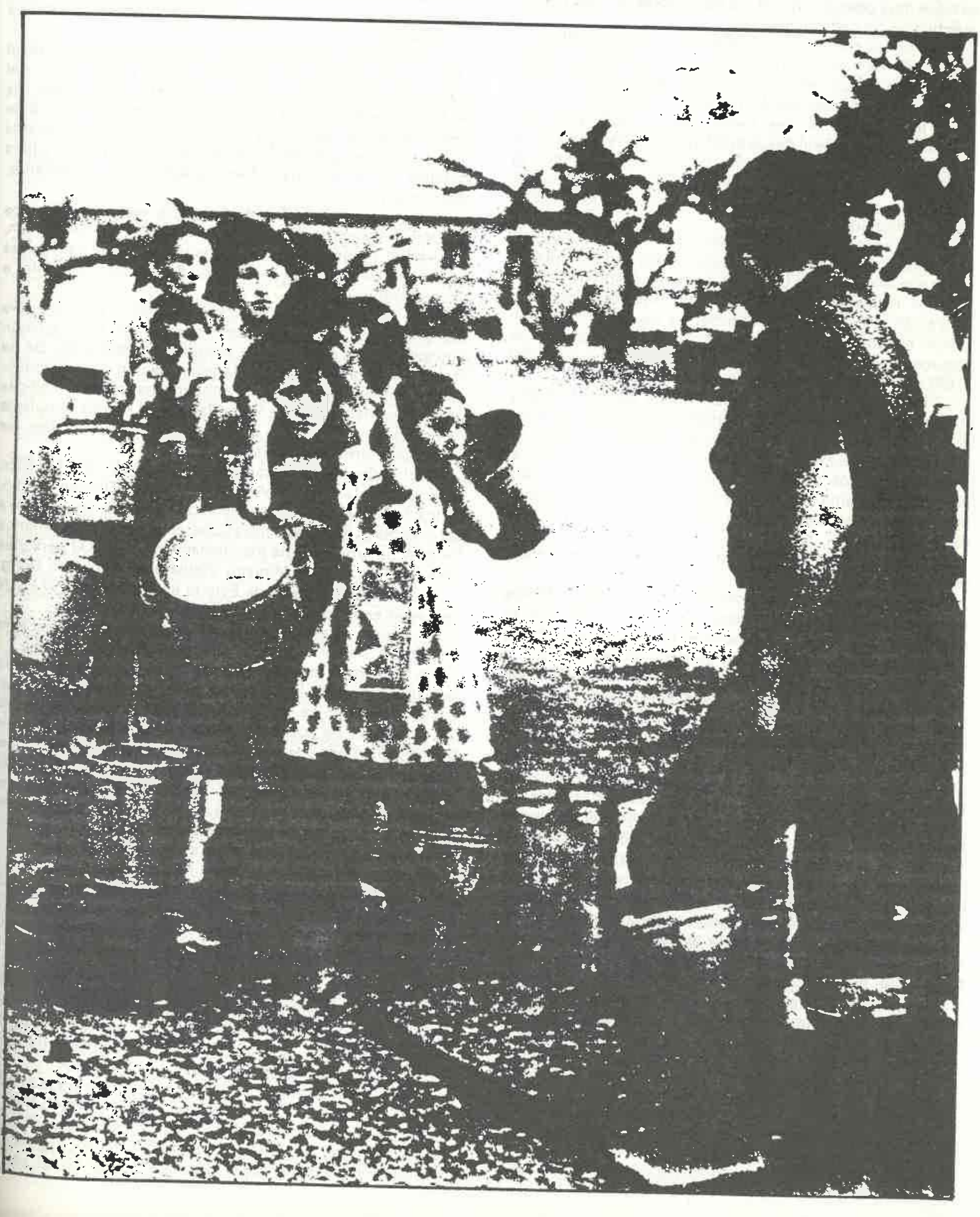
Se formaron milicias populares en el curso de la insurrección —también aparecieron en ciertas zonas rurales— y reforzaron el potencial militar del FSLN, a pesar de su armamento artesanal. Aunque surgieron espontáneamente a partir de la necesidad de resistencia a los contraataques de la GN, estuvieron generalmente encuadradas por miembros del FSLN y se pusieron bajo la dirección del Frente. Aparecieron bajo diversas siglas: Comités de acción popular (CAP), Comandos revolucionarios del pueblo (CRP), Brigadas revolucionarias de la Juventud (BRJ). Por último, se reforzaron las tropas regulares del FSLN.

En los frentes Norte y Sur, las fuerzas del FSLN adquirían cada vez más los rasgos de un ejército regular, cuyo

armamento permitió enfrentamientos a un nivel superior con la GN. Esta última poseía un núcleo duro de unos 7.000 hombres, pero a partir de septiembre de 1978, por medio de un llamamiento a filas obligatorio había llegado a la cifra de 15.000. Por el contrario, las tropas del FSLN, que tenían armas de guerra ligeras, no sobrepasaban mucho los 5.000 miembros, a los que se añadían algunos millares de combatientes, a menudo muy jóvenes, de las ciudades. La sincronización de las insurrecciones urbanas, la encarnizada resistencia de la población de los barrios populares de Managua, los ataques coordinados del FSLN en distintos frentes, obligaban cada vez más a la GN, cuya moral se desmoronaba, a tareas de estricta defensa de sus cuarteles y del "búnker".

La huida de Somoza, el 17 de julio, abrió la fase final del derrocamiento del régimen. El somocista Francisco Urcuyo, diputado del Congreso, debía transferir el poder a la Junta del GRNN. Pero ante todo, debía permitir –según los planes americanos– una transición que asegurara un lugar a la GN, o al menos a una fracción importante de la misma, en la organización militar del nuevo régimen. Sus llamamientos a los combatientes para que depusieran las armas, así como su voluntad proclamada de mantenerse en el puesto hasta la fecha de las elecciones presidenciales de 1981, provocaron una viva reacción del FSLN e hicieron derrumbarse el castillo de naipes de un "cambio en la continuidad".

El FSLN lanzó una nueva ofensiva militar para tirar a Urcuyo. La población de Managua se sublevó de nuevo masivamente. Milicianos y habitantes de los barrios populares se apoderaron del "bunker", se repartieron las decenas de miles de armas de guerra que recuperaron. La GN estalló en pedazos. Una gran parte huyó con armas y pertrechos, hacia Honduras, Guatemala y El Salvador. Las tropas del FSLN entraron en la



capital y permitieron la instalación de la Junta de GRNN en Managua.

7. — El FSLN ha heredado un país exangüe: alrededor de 40.000 personas murieron durante la guerra civil. Los heridos llegan a 80.000. Una parte de las infraestructuras sociales (escuelas, hospitales) ha sido destruida. El aparato de producción ha sido dañado seriamente y muchas empresas han tenido que interrumpir sus actividades. El desarrollo del ciclo de producción agrícola se ha visto fuertemente dificultado, lo que acentúa la falta de productos alimenticios. La penuria se acentuará todavía más en los primeros meses del año 1980; un millón de personas deben ser alimentadas, de las cuales un 45% son niños menores de 15 años. El paro y el subempleo son muy elevados. Todavía crecerán, a partir de enero de 1980, es decir desde el final del periodo de cosechas. **La deuda exterior de 1.500 millones de dólares se hace muy pesada, ya que los somocistas no han dejado prácticamente nada en las cajas.**

Los diversos decretos adoptados por la Junta de GRNN, en el curso de los tres primeros meses de su existencia, indican la dirección del proceso de revolución permanente desencadenado por la insurrección popular victoriosa.

— El conjunto de los bienes de Somoza y de los somocistas se expropió desde el 20 de julio. Estaban situados en sectores tan distintos como la banca, la industria, el comercio, los transportes, la pesca, la agricultura, las inmobiliarias, las instalaciones portuarias, la prensa y los medios de comunicación.

— Los bancos y las cajas de Ahorro están nacionalizados jy las operaciones de los bancos imperialistas son controladas estrechamente. Esto es un primer paso necesario para canalizar los recursos, dirigirlos hacia sectores tales como la educación y los hospitales e iniciar las medidas de planificación económica. La nacionalización de las empresas de seguros, desde finales de octubre, acentuó el control del Estado sobre el sector financiero.

— En el plano monetario, la retirada de billetes de 500 y 1.000 córdobas permitió descapitalizar parcialmente a los somocistas y golpear a quienes habían utilizado el período de guerra para actividades especulativas. Los depósitos que no sobrepasaban los 3.000 córdobas fueron devueltos. Esta medida tanía también una función antiinflacionista. Desde finales de octubre, esta masa monetaria comenzó a ponerse en circulación.

— Se nacionalizó lo esencial de los transportes terrestres, marítimos y aéreos.

— El conjunto de las minas, que en gran medida pertenecían a compañías imperialistas, fue nacionalizado, lo que refuerza claramente las medidas de control ya tomadas sobre el conjunto de recursos naturales del país.

— La televisión y una parte de las cadenas de radio han sido expropiadas y sirven de canales de expresión del FSLN. La imprenta que antes publicaba el periódico de Somoza se utiliza actualmente para imprimir *Barricada,* diario del FSLN.

— La reforma agraria ha sido iniciada mediante la expropiación por el Estado de: las tierras y los latifundios pertenecientes a la familia Somoza, las tierras distribuidas por Somoza a sus aliados, las propiedades abandonadas por sus dueños, los latifundios que tenían deudas con las instituciones financieras y que gozaban de tolerancia gracias al apoyo directo de Somoza, las tierras cuyos propietarios están acusados de fraude fiscal. Todo esto representa aproximadamente el 40% de las tierras cultivadas y no cultivadas.

Las tierras son confiscadas y puestas bajo control del Instituto Nicaraguense de la reforma agraria (INRA). El INRA ha puesto en marcha fincas del Estado y cooperativas (Unidades asociativas), que explotan la tierra pero no la **pueden dividir. Por otro lado, el INRA estimula la formación** de cooperativas de producción y venta de los pequeños campesinos. La distribución de parcelas de tierra se ha hecho cuando lo reclamaban los pequeños campesinos. Sin embargo el INRA no es favorable a este tipo de "reforma agraria" reclamado por sectores de la burguesía. Por último, el gobierno ha suprimido el derecho de expropiar a los pequeños campesinos por deudas.

— Han sido creadas empresas del Estado para la comercialización en el mercado interior y exterior de los productos agrícolas esenciales: algodón, café, azúcar, carne, productos del mar. Una empresa del Estado (ENABAS) es la encargada de comercializar los cereales de base. Lo mismo ocurre con los productos agroquímicos.

— Todo el sistema escolar ha sido reestructurado y asegurada la gratuidad de la enseñanza. Una amplia campaña de alfabetización, que afecta a cerca de 700.000 personas se prepara para comienzos del año 1980. El analfabetismo está muy extendido en Nicaragua, pero afecta sobre todo a la población rural. Todos los estudiantes que han superado el sexto grado son movilizados para la "cruzada de alfabetización". Se cerrarán las escuelas durante cuatro meses con el fin de permitir la participación del mayor número de profesores y de estudiantes. Cuba presta una ayuda técnica, material y en enseñantes para esta empresa que se ajusta explícitamente al modelo de la experiencia cubana de principios de los años 60. Una campaña como ésta puede ser un instrumento importante para ganar a los campesinos pobres a la revolución.

— Un sistema de sanidad único se ha puesto en pie con el objetivo de asegurar los cuidados médicos al conjunto del país; amplias campañas sanitarias se lanzan por primera vez en la historia de Nicaragua. Se pondrá en pie un sistema de seguridad social. Se dan los primeros pasos para asegurar la distribución de agua potable a los barrios más pobres y para dotarlos de la mínima infraestructura social (guarderías, dispensarios).

— Después de 42 años de dictadura, están garantizados los derechos democráticos de las masas: libertad de reunión, asociación, prensa, expresión. La participación de las mujeres en la lucha ha suscitado la adopción de medidas favorables a un estatuto igualitario.

— Se ha adoptado un decreto de control de precios sobre los productos de alimentación básica; los CDS pueden funcionar como órganos que aseguran su aplicación. Se ha lanzado una campaña contra la especulación de los productos de primera necesidad. El gobierno ha tomado medidas para la reconstrucción de viviendas en los barrios populares devastados y se aplica el control del Estado sobre las viviendas construidas violando las leyes.

— El Gobierno de Nicaragua ha adoptado una posición antiimperialista sobre diversos problemas (Oriente Medio, África del Sur, etc.) y ha manifestado una oposición decidida a las maniobras militares contra Cuba, en el Caribe y en América Central. Se organizó una manifestación de 30.000 personas para recibir al Primer Ministro Vietnamita Pham Van Dong.

— Después del golpe de Estado en El Salvador, el FSLN denunció este golpe preparado por Washington.

El conjunto de estas medidas, tomadas en un corto espacio de tiempo, ha dado golpes significativos a la burguesía.

Sin embargo, las propiedades de Somoza en el terreno industrial eran más limitadas de lo indicado por las estimaciones tradicionales. EL FIDEICOMISO –órgano encargado de la gestión de todos los bienes expropiados, salvo las tierras– sólo tiene a su cargo una parte bastante limitada del total de las empresas industriales. Por otro lado, numerosas empresas de Somoza eran deficitarias y sus beneficios eran el resultado de ayudas ocultas que recibían del Estado. Son alrededor de 15.000 asalariados los que trabajan en los diversos sectores controlados por FIDEICOMISO:

La nacionalización de la banca ha permitido al Estado adquirir participaciones en numerosas empresas. Sin embargo, se estima que la parte de la *producción industrial* bajo control estatal no sobrepasa el 20 ó 25%, incluyendo al sector mixto.

La *producción agrícola* sigue estando ampliamente en manos del sector privado –principalmente los productos agrícolas de exportación como el algodón y el café– a pesar de que alrededor del 40% de las tierras cultivables pertenecen al INRA. Actualmente, de una población agrícola activa de 325.000 personas, sólo 30.000 aproximadamente trabajan en el sector directamente controlado por el INRA.

La fuerza económica de las clases poseedoras sigue siendo importante, más de lo que preveía la dirección del FSLN en el momento en que se tomaron las medidas de expropiación de los somocistas. La burguesía dispone de recursos significativos para intentar recuperar sus posiciones en el plano político.

A corto plazo, tratar de obtener una mínima puesta en marcha de las empresas industriales privadas, un relanzamiento de la producción agrícola (cosechas, siembra, no venta del ganado fuera del país) en las grandes y medianas haciendas todavía en manos de sus propietarios, son exigencias objetivas.

Sin embargo, esto no puede llevar a crear ilusiones sobre la función que la burguesía puede ocupar en la reconstrucción **des país en favor de las masas trabajadoras. Desde hace** algunas semanas, las declaraciones de la dirección del FSLN subrayan el papel importante y necesario del sector privado nacional en la "reconstrucción de Nicaragua" y "el reforzamiento de la economía nacional "que rompa los lazos de dependencia, la complementaridad de los sectores estatal, mixto y privado, el hecho de que sectores de la "burguesía democrática y progresista" están "efectivamente del lado de la revolución y que deben trabajar por la revolución" (Barricada, 3 de noviembre 1979).

Por otro lado, todo relanzamiento económico de cierta envergadura que respete el marco de una "economía mixta", igual que toda inversión capitalista no se realizarán si no se aseguran a los capitalistas préstamos internacionales, créditos bancarios con tasa de interés no demasiado elevadas y diversas garantías (convertibilidad de la moneda, tasa de cambio favorable, libre importación de materias primas, limitación de salarios). La burguesía no puede contentarse con promesas generales.

Acosados por la aguda crisis socio-económica y por las presiones del entorno internacional, la dirección del FSLN y de la Junta de GRNN, para obtener una participación del sector privado, se ven obligados a dar seguridades a la burguesía. Así Carlos Núñez, Comandante de la revolución, explicaba el 21 de octubre de 1979 que serían concedidos créditos con bajo interés a los sectores industriales, agrícolas y comerciales, que se darían garantías a las importaciones, el cambio de divisas y la convertibilidad de la moneda, que los préstamos del BID se utilizarían también para el sector privado y que sería aplicado un plan de salarios para que las reivindicaciones salariales, estimuladas por el refuerzo organizativo de la clase obrera, no sobrepasaran un tope crítico que pusiera en cuestión el relanzamiento económico. Al mismo tiempo, el FSLN mantiene el sector privado bajo la amenaza de la nacionalización si no participa en el juego.

En esta etapa del proceso revolucionario, existe una coexistencia entre una serie de medidas económicas que han golpeado a las clases poseedoras, muy debilitadas políticamente, y proyectos a corto plazo que, para responder a las necesidades urgentes provocadas por la desvastación del país, se apoyan en el relanzamiento de una economía cuya estructura actual está dividida en tres áreas: privada, mixta y estatal.

La deuda exterior se deja sentir con todo su peso. Una gran parte de ésta, tanto para el sector estatal como el privado, vence a corto o a medio plazo. Más de un 50% ha sido concertada con establecimientos bancarios privados, en peores condiciones que las otorgadas por las instituciones financieras imperialistas. Actualmente, el GRNN ha declarado que no reconocía tres clases de deudas: las debidas a suministros de armas de Israel y Argentina (3% del total de la deuda); las que se firmaron sin respetar las reglas tradicionales de los préstamos internacionales; las constituidas por préstamos que han alimentado las cuentas bancarias de Somoza en el extranjero. Todas estas excepciones reducen un poco el volumen de endeudamiento, pero no llegan a modificar el problema de fondo.

La Junta de GRNN afirma que está dispuesta a renegociar la deuda, pero de momento no se ha tomado ninguna decisión de importancia. Sin embargo, en vista de la situación financiera, existe una moratoria *de facto.* La naturaleza de las decisiones que se adoptarán en el futuro indicará el curso que va a emprender la dirección del FSLN en este terreno.

8. — La insurrección popular ha dado lugar a un alto grado de autoorganización. Las relaciones de fuerzas sociales nacidas de la victoria son ampliamente favorables a las masas trabajadoras. La burguesía ha perdido todo el control sobre las fuerzas armadas. Es en este marco muy favorable, que pueden desarrollarse la actividad y la organización de las masas. El FSLN actualmente estimula la creación y ampliación de los Comités de defensa sandinista (CDS). Les da un papel de primer plano en la ejecución de una serie de tareas en los barrios y en el plano municipal. Delegados de los CDS forman los Comités de barrios Sandinistas (CBS). En el seno de los CBS se eligen los representantes del *Consejo de zona.* Ocurre lo mismo a nivel departamental. La organización a nivel municipal y departamental es todavía muy desigual en las diferentes regiones.

Los CDS asumen tareas administrativas, de vigilancia, de animación cultural y deportiva, de agitación y propaganda política. Representan también los principales organismos a través de los cuales se ejerce la dirección política del FSLN a nivel local.

El FSLN ha estimulado y dirigido la creación de la Central Sandinista de Trabajadores (CST). Ha comenzado la discusión con otras centrales sindicales minoritarias con el objetivo de construir una central única de trabajadores. El movimiento de sindicalización ha tenido un auge importante después de la victoria y la dirección del FSLN apoya este movimiento de organización sindical de la clase, que favorece la consolidación de la relación de fuerzas en favor de los trabajadores.

Sin embargo, la poca tradición de trabajo sindical del FSLN, así como su falta de cuadros sindicales con experiencia hace que, a pesar del prestigio político de que goza, encuentre dificultades para integrar en las filas de la CST a capas de trabajadores organizados anteriormente en otros sindicatos o no organizados. El FSLN está aprendiendo que es necesario algo más que prestigio político y autoridad para integrar en la CST a trabajadores organizados anteriormente en otros sindicatos y que la tentativa de ahorrarse la educación política y la persuasión, facilita los esfuerzos desplegados por las burocracias sindicales ligadas a partidos políticos burgueses para dividir a los trabajadores.

El profundo retroceso de las fuerzas productivas —resultado no sólo de la guerra civil sino también de la crisis del sistema capitalista a escala mundial desde 1975 —exige un esfuerzo productivo e impone límites bastante estrechos a la satisfacción de las reivindicaciones de las masas trabajadoras. Pero el problema está en saber si todo el esfuerzo servirá para generar un sobreproducto que será absorbido por la acumulación capitalista —lo cual es inevitable con la actual estructura económica nicaraguense— o si servirá para desarrollar una economía de transición al socialismo, en la cual las medidas restrictivas no afectarán a una parte de la población para favorecer a otra, a los propietarios privados de los medios de producción.

Desde octubre, el papel central atribuido a los sindicatos en la batalla de la producción, tiende a introducir una peligrosa confusión sobre la función de la organización sindical en la presente etapa, tanto más cuanto se combina con una política de limitación de subidas salariales.

En una economía en la que domina todavía ampliamente el sector privado, donde la fuerza de trabajo es una mercancía, la organización sindical debe conservar su papel fundamental de defensa de los trabajadores como vendedores de su fuerza de trabajo, lo cual constituye, por otro lado, un importante elemento de movilización de masas en la lucha por el derrocamiento del capitalismo. Es cierto que, en el sector estatal, la organización sindical puede ser un instrumento que favorezca el desarollo de iniciatiuvas de aprendizaje de la gestión obrera, pero esto no puede llevar a suprimir su independencia frente al Estado ni su papel fundamental, determinado por la naturaleza global de la economía. De esta forma ayudará a la dirección de la revolución a tomar conciencia de los nuevos problemas y a definir nuevas tareas.

El FSLN realiza un gigantesco esfuerzo para organizar a los trabajadores agrícolas y a los pequeños campesinos. Están agrupados en el seno de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), que participa plenamente en el desarrollo de la reforma agraria. En la ATC existe la misma ambigüedad que en la CST sobre su papel en la presente

etapa. Si se perpetúa, podría conducir a la desorientación de los trabajadores agrícolas y de los campesinos pobres, obstaculizando la preparación de las necesarias batallas por la expropiación de los sectores agroexportadores de los que depende lo esencial de la economía y por la defensa de sus interese inmediatos. Por último, el FSLN organiza a amplias capas de la juventud y de las mujeres en el seno de la "Juventud Sandinista 19 de Julio" y de la "Asociación de Mujeres nicaragüenses". Por otro lado, los enseñantes están agrupados en ANDEN. Estas tres organizaciones pueden ser importante palancas de la movilización popular.

La dirección del Frente se prepara febrilmente para el enfrentamiento con el imperialismo. Con razón, ha consagrado una gran parte de su energía en construir un ejército —el Ejército Popular Sandinista (EPS)— apoyándose en primer lugar en las tropas surgidas de la guerrilla e integrando a las milicias populares. Sólo un ejército regular fuerte y eficaz puede disminuir el coste humano de una respuesta a una intervención directa o indirecta del imperialismo y sus aliados locales, que pueden contar con las fuerzas de la GN concentradas en Honduras, que ya han lanzado algunas operaciones de hostigamiento.

La dirección del FSLN declara que la absorción de las milicias populares en el EPS tiene como objetivo su consolidación, integrando prioritariamente a los que efectivamente tomaron las armas en la lucha contra Somoza. Afirma su intención de construir, en el futuro, milicias populares, estructuradas en torno a los lugares de producción y de trabajo, y formadas por voluntarios.

De momento prevé la creación, en una etapa posterior, de un partido de vanguardia, enraizado en las masas organizadas en los CDS.

Este amplio movimiento de organización de las masas trabajadoras, de la juventud, y de las mujeres tiende a consolidar la relación de fuerzas entre las clases, producida por el derrocamiento revolucionario de la dictadura.

Hasta el presente, el GRNN no ha aparecido ante los trabajadores y los campesinos como un obstáculo en el camino de la revolución. Bajo la iniciativa del FSLN, ha tomado o ratificado una serie de iniciativas que tienden a debilitar el poder económico y político de la burguesía. De esta forma, para los ojos de las masas, se identifica con la avanzadilla de la revolución. Después del desmantelamiento de los cuerpos represivos del Estado de Somoza, la burguesía ya no puede dictar su ley, mientras que la alianza obrera y campesina no puede tomar todavía todo el poder en sus manos. El nivel de conciencia de las masas no está sólo modelado por los objetivos democráticos de la lucha contra Somoza y contra el imperialismo. La conciencia de clase de las masas lleva cada vez más la marca de las movilizaciones anticapitalistas. El contenido anticapitalista de la revolución debe profundizarse ante la prueba de la crisis económica, que no podrá resolverse intentando conciliar intereses de clase antagónicos.

En estas condiciones, la primera tarea, la que domina a todas las demás, es la organización, la educación, la elevación del nivel de conciencia de las masas, para preparar el desenlace de esta situación transitoria.

Es legítimo que la dirección sandinista intente ganar tiempo, si ese tiempo se utiliza para construir y consolidar al mismo tiempo los instrumentos de defensa militares y políticos de la revolución. Ninguna huída hacia adelante ultraizquierdista puede sustituir esta necesaria preparación, sin la cual las masas serían las primeras víctimas de cualquier intento de precipitar un enfrentamiento prematuro.

Hacer conscientes a las masas movilizadas de que estas batallas son inevitables, y hacerlo sin forzar de forma aventurera los ritmos de la lucha de clases en el contexto internacional, es una de las más importantes y difíciles tareas para la dirección de esta revolución.

La dirección del FSLN, a partir de la posición de fuerza que le confiere el control absoluto sobre las fuerzas armadas, tiende a querer controlar el conjunto de las fuerzas sociales puestas en movimiento en esta revolución. Pero, estas fuerzas no pueden ser doblegadas ni a la voluntad de una dirección revolucionaria, ni a la de la burguesía. El ritmo de radicalización dependerá de los golpes y contragolpes entre las masas y los explotadores.

Movilizaciones semiespontáneas de obreros y campesinos, desbordando a menudo los planes establecidos por dirección, modificarán la relación de fuerzas. Yendo más allá de las medidas del gobierno, las masas, bajo la presión de sus necesidades más urgentes y del sabotaje capitalista, tomarán ellas mismas iniciativas relacionadas con la tierra, las fábricas, las viviendas. Esta es la lección histórica de todas las revoluciones.

La fuerza de FSLN no descansa sólo en el EPS sino, ante todo, en el grado de organización y movilización de las masas, el cual influencia directamente el papel y la evolución de este ejército. Toda debilidad de orientación en este terreno podría traducirse:

— en una subestimación de la función de las movilizaciones semiespontáneas de masas en la modificación de la relación de fuerzas y de su papel en la evolución de la conciencia de sectores de masas, que no tienen una amplia tradición de luchas organizadas.

— en una voluntad de controlar y prevenir "los desbordamientos" y en la convición de encarnar en exclusiva el proceso revolucionario. (Esto ha llevado ya a tomar medidas administrativas y de represión contra los "ultraizquierdistas", clasificados como "contrarrevolucionarios" para justificarlos).

— en una subestimación de las posibilidades que ofrecen en el plano político, después de un cierto período, los recursos económicos de la burguesía y la idea de que toda alianza con un sector de la burguesía puede ser una simple maniobra completa y cómodamente controlada.

9. — El imperialismo empleará los múltiples instrumentos de que dispone para intentar canalizar, frenar y después interrumpir bruscamente la revolución en marcha. Tiene en reserva la posibilidad de una intervención militar directa y puede prepararla desde los países vecinos, multiplicando los sabotajes o creando una "guerrilla" contrarrevolucionaria. El fantasma de la intervención constituye en sí mismo una presión para moderar las decisiones del FSLN.

En la presente fase, las potencias imperialistas y ante todo el imperialismo americano, no intentan estrangular a la revolución nicaragüense por temor a radicalizar su curso. Quieren inyectarle préstamos que permitan revalorizar el lugar y la función del sector capitalista. La necesidad urgente de una ayuda alimenticia, financiera, técnica y económica es también utilizada como medio de presión, pues siempre está presente la amenaza de que las dificultades alimenticias y sociales se acumulen durante el primer semestre del año 1980, y susciten un descontento que debilite el apoyo popular y la autoridad de que dispone la dirección sandinista.

El imperialismo posee un instrumento de intervención peligroso por medio de la deuda externa. No intenta precipitar los acontecimientos. Se muestra dispuesto a aceptar un plan de reestructuración a largo plazo e, incluso, una moratoria temporal. Su objetivo consiste en implicar al GRNN en una verdadera renegociación de la deuda, lo que implicaría, por un lado, el reconocimiento de una serie de obligaciones hacia las instituciones financieras internacionales y, por otro, una ingerencia más o menos directa del FMI en la economía de Nicaragua.

Esta última maniobra, así como el apoyo dado a sectores industriales o agroexportadores, van en la dirección de mantener los lazos con el mercado mundial capitalista. En esta operación, la política de ciertas burguesías latinoamericanas —cualesquiera que sean sus conflictos aparentes o reales con el imperialismo americano a corto plazo— tiene como función ejercer una fuerza de atracción sobre Nicaragua, para que no rompa sus lazos con el mercado latinoamericano y no se encamine hacia la via cubana. En este último caso, una prueba de fuerza con el imperialismo es inevitable.

La liquidación de la GN y la desarticulación del Estado somocista no equivale a la destrucción y a la derrota de la burguesía nicaragüense en su conjunto. Esta última posee todavía lo esencial de los medios de producción industriales, una parte importante de las tierras consagradas a la agro-

exportación (algodón, café) y el ganado.

Una fracción de la burguesía goza de una cierta legitimidad ante una parte de la población, pues tomó parte en la lucha contra Somoza. Este es el caso también de un sector de la jerarquía religiosa, por ejemplo, del obispo de Managua, Miguel Obando Bravo.

Utiliza esta legitimidad y su poder económico para negociar "su participación en el proceso". Esta fórmula expresa la opción efectuada por los que ven en ella el mejor medio de controlar el desarrollo de la revolución, es decir de conducirla por el carril de la "economía mixta".

Sin embargo, las reacciones en el seno de la clase burguesa son diferenciadas: la huelga de inversiones y el sabotaje son también utilizados. Utiliza a fondo los lazos que posee con el imperialismo y las burguesías latinoamericanas. Así, el "Consejo superior de la empresa privada", multiplica los contactos para recibir apoyo de las organizaciones hermanas de América Latina y para obtener préstamos importantes de las instituciones financieras imperialistas, con el objetivo de reforzar su poder de negociación en el marco de la "reconstrucción nacional".

La burguesía intenta explotar políticamente su participación en el gobierno, que el FSLN le ha concedido en nombre de una alianza temporal con un sector burgués. Se presenta ante la burguesía mundial como la garantía que la "democracia" y la propiedad privada serán respetadas en Nicaragua. Su presencia en el gobierno constituye un derecho de veto implícito sobre una serie de medidas anticapitalistas radicales: su adopción sería seguida inmediatamente por una ruptura de su participación en el gobierno y en la Banca Central. Desde ese momento se abriría inmediatamente una batalla muy dura a escala internacional y nacional. La burguesía nicaraguense intenta, pues, repetir en tiempo de paz la experiencia del FAO y del FPN, que fracasaron en tiempo de guerra por la insurreción popular y el estallido de la GN. Todo proyecto de consolidación de un Estado burgués se hace más difícil de concretar por la dislocación del antiguo ejército y su sustitución por las tropas del FSLN. Para paliar esta debilidad, la burguesía nicaraguense, de acuerdo con distintas burguesías de países latinoamericanos, intentará presionar para "normalizar" el Ejército Popular Sandinista, a la menor señal de un retroceso de las movilizaciones populares.

Latifundistas e industriales intentan establecer lazos con la pequeña burguesía, para consolidar su base social de apoyo y poder negociar o responder en mejores condiciones.

La ofensiva política de la burguesía se centra en un punto: aplicar efectivamente el "Estatuto fundamental de la República", que refleja los acuerdos firmados en junio de 1979. Se trata de hacer que las instituciones legales del país sean las únicas y verdaderos centros de decisión. Reclama la instalación del Consejo de Estado que, según el programa del GRNN, debía redactar un proyecto de Constitución y de ley electoral, y que dispondría de derecho de veto sobre las decisiones de la Junta con una mayoría de dos tercios. Exige que la Corte Suprema afirme su poder. Ha lanzado ya el tema de elecciones libres y de una Asamblea Constituyente. La institucionalización y el combate por las "elecciones libres" representan las clásicas respuestas de la contrarrevolución democrática-burguesa.

El FSLN ha retrasado la instalación del Consejo de Estado hasta el mes de mayo de 1980. Señala la necesidad de modificar su composición con el fin de reforzar la presencia de las organizaciones de masas, en detrimento de los sectores más conservadores de la burguesía. Afirma sin embargo que, "la patria necesita más que nunca a sus hijos y a la acción unida de toda la nación: los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía, así como los sectores democráticos, progresistas de la burguesía.

10. — Aunque ampliamente desarticulado, subsiste un **Estado burgués, cuyas leyes fundamentales protegen la** propiedad privada de los medios de producción (propiedad latifundista, industrial), es decir, la acumulación capitalista.

La *situación particular de dualidad de poder,* como resultado del derrocamiento revolucionario de la dictadura, es el fruto de la combinación de dos elementos, los más significativos desde el comienzo de esta revolución: primeramente, una insurreción popular prolongada en los principales centros urbanos del país y una victoria militar de las fuerzas armadas del FSLN; en segundo lugar, la explosión de la GN y de las fuerzas de represión en torno a las cuales se estructuraba toda la organización del poder del Estado somocista.

Las clases poseedoras, sin control sobre el aparato de represión, disponen sin embargo de diversos centros de poder, que descansan en lo esencial sobre su fuerza económica. Se oponen a los centros de poder populares constituidos en el curso o en el momento de la victoria.

La burguesía controla organismos económicos (Consejo superior de la Industria, Cámara de Comercio, etc.), apoyados por el imperialismo y las burguesías latinoamericanas. La red de caciques de los propietarios latifundistas, aunque debilitada continúa existiendo en el campo. Los representantes del capital están presentes en la Junta, en los Ministerios — especialmente en los Ministerios económicos—, en el aparato administrativo del Estado, en la Banca Central. Tienen una influencia, por estos medios, sobre los mecanismos de decisión y sobre la aplicación cotidiana de las decisiones.

La jerarquía católica apoya a la burguesía. Ciertos partidos burgueses como el MDN, están en el gobierno. Otros sectores burgueses intentan reconstituir "nuevos" partidos políticos: el partido socialdemócrata, el Partido socialcristiano y los Demócratas conservadores.

Frente a este campo burgués se levantan los CDS, las organizaciones de masas como la CST, la ATC, la Juventud Sandinista del 19 de julio, la Asociación de Mujeres Nicaragüenses, el ANDEN. Por último y sobre todo, la dirección del FSLN controla totalmente el *Ejército Popular Sandinista,* producto directo de la lucha armada revolucionaria del FSLN y del ascenso insurrecional de las masas urbanas y de campesinos pobres. Sobre esta base y en el marco de la relación de fuerzas actual entre las clases, el FSLN detenta actualmente el poder de decisión sobre los problemas políticos estratégicos.

Así, la particularidad de esta situación de dualidad de poder se manifiesta por la inexistencia de un poder ejecutivo centralizado de la burguesía en un gobierno (sean cuales sean sus capacidades limitadas de decisión), lo cual ocurre generalmente en las situaciones de dualidad de poder. Por otro lado, si el poder popular emergente no dispone de una verdadera expresión centralizada, el grado de control del FSLN sobre el poder ejecutivo real es una función directa del lugar ocupado por el EPS en la organización estatal. Esto se refleja, por otro lado, en forma de una contradicción entre las normas jurídicas del aparato de Estado y el poder de hecho que reside en la dirección del EPS, el cual se confunde con la dirección del FSLN.

Esta organización, bajo la influencia de la dirección cubana, ha desarrollado una orientación antiimperialista y antidictatorial. Las corrientes marxistas se han afirmado en su seno. Heterogéneo social y políticamente, ha conocido bajo el impacto del ascenso revolucionario de masas una transformación que estimulará, a su vez, iniciativas conscientes de movilización de masas. Esta evolución se traduce por una inserción y un enraizamiento creciente del Frente entre las masas trabajadoras, así como en el reforzamiento de las tendencias que se reivindican del marxismo. La fase presente de la revolución plantea nuevos problemas y nuevas disyuntivas a esta organización todavía heterogénea. Estimulará debates y diferenciaciones en su seno. Sectores de la burguesía nicaragüense, latinoamericana, incluso el imperialismo, intentarán provocar rupturas por la derecha para explotarlas, para canalizar la revolución e impedir su transcrecimiento socialista.

El lugar, el papel y la naturaleza del GRNN, gobierno de coalición entre el FSLN y un sector de la burguesía, deben ser comprendidos en el contexto de esta fase transitoria.

Los dos polos de poder se refractan en el seno del gobierno y, parcialmente, en el FSLN. Se entrelazan en las distintas instancias de decisión del aparato de Estado (ministerios, banca central, órganos de gestión económica del sector nacionalizado etc.). Por ejemplo, el personal de la Banca Central y su dirección, siguen todavía esencialmente en manos de representantes de la burguesía liberal y de tecnócratas. Al contrario, el INRA, impuesto por el FSLN,

constituye por si sólo una especie de pequeño gobierno directamente bajo su dirección, lo que vacía de contenido al Ministerio de agricultura. La burguesía intentará restaurar sus posiciones políticas explotando su presencia en el aparato de Estado y el gobierno.

Una situación como ésta no puede durar mucho tiempo, debe encontrar un desenlace. Puede seguir el curso seguido por la revolución argelina, o el camino trazado por la revolución cubana.

Todo nuevo avance en la revolución necesitará una ruptura —bajo una forma u otra— de la coalición gubernamental y, en este sentido, desembocará en una situación análoga a la que conoció la revolución cubana entre junio y octubre de 1959.

Esto depende fundamentalmente de la dialéctica que se establecerá entre el movimiento de masas, su grado de organización, las iniciativas tomadas por el FSLN y la evolución política del mismo frente, es decir, de la hegemonía que adquirirán en su seno las corrientes que están más ligadas a las masas trabajadoras y desarrollan posiciones proletarias.

11. — Tanto el carácter semicolonial de Nicaragua, como la profundidad de las desvastaciones, hacen que las necesidades más inmediatas de las masas no podrán satisfacerse en el marco de una economía llamada mixta, que sólo puede ser capitalista y cuyo desarrollo será influido por las fuerzas del mercado mundial capitalista. En este caso el esfuerzo de reconstrucción de las masas trabajadoras sólo se vería recompensado por la austeridad que necesitaría el relanzamiento de un nuevo ciclo de inversiones.

Rápidas medidas de expropiación de la clase poseedora conducirían, ciertamente, a un enfrentamiento inmediato con la burguesía en el plano nacional e internacional. La ayuda se cortaría inmediatamente. El pueblo nicaragüense debería prever una intervención imperialista. El peligro de una paralización de la economía sería muy fuerte, salvo si el aislamiento internacional fuera roto por el apoyo de la URSS.

Pero también es cierto que un período relativamente prolongado de acumulación capitalista y de reforzamiento del sector privado consolidaría los lazos entre el imperialismo y la burguesía nicaragüense. Daría fuerzas a ésta última para contestar al poder político del FSLN y resolver la situación a su favor.

La única garantía para evitar una salida contrarrevolucionaria a esta crisis —sean cuales sean las etapas intermedias— consiste en reforzar los lazos que ya existen entre el FSLN, adoptando una orientación revolucionaria correcta como dirección de la revolución, y las masas trabajadoras.

Todo progreso de la revolución depende de la movilización de los obreros y los campesinos por objetivos revolucionarios —comprendidos y aceptados por ellos— y del reforzamiento de su organización. Todo paso atrás, por el contrario, llevará —la burguesía lo comprende muy bien— al descenso de la movilización, del nivel de organización de las masas y del apoyo popular conquistado por el FSLN en su lucha.

El curso de la lucha de clases en Nicaragua plantea las tareas centrales siguientes para la "reconstrucción" en favor de los obreros y los campesinos.

a) Reforzamiento de la CST como central única de los trabajadores. El mejor medio para convencer al conjunto de los trabajadores de la ventaja de una unificación sindical en una central única consiste, por un lado, en comenzar una amplia discusión política con los miembros y las direcciones de las otras centrales minoritarias, y por otro, en asegurar una democracia interna que permita a los trabajadores elegir la dirección a la cual otorgan su confianza.

En una situación de penuria provocada por la destrucción de la guerra civil y el aislamiento internacional, es inevitable que la batalla por la reconstrucción y la puesta en marcha de la economía, se traduzca en importantes sacrificios por parte de los trabajadores. Pero estos sacrificios sólo serán comprensibles y compatibles con el reforzamiento del sindicato, si los trabajadores pueden discutir libremente en todas sus organizaciones y decidir ellos mismos el destino del sobreproducto social, y si el control obrero se desarrolla en el sector que sigue siendo privado.

La organización sindical más adecuada a esta tarea es la que funda sus estructuras de base en los lugares de producción y que se esfuerza igualmente por organizar a las capas de semiproletarios y de pequeños artesanos.

b) El desarrollo y reforzamiento de la ATC, única organización capaz de mantener viva la revolución en el campo, de organizar a los pequeños campesinos y a los trabajadores agrícolas, de asumir sus reivindicaciones y sus necesidades y de hacerlos participar directamente en las actividades del INRA. La consolidación de la ATC representa igualmente un elemento decisivo para llevar más adelante por parte del IRNA, las expropiaciones de los grandes propietarios que controlan una parte importante de los productos de la agroexportación y que siguen siendo una de las fuerzas más sólidas de la contrarrevolución. La alianza entre la CST y la ATC sirve también para cimentar la unión de las dos fuerzas sociales decisivas, es decir, la alianza obrera y campesina, y para profundizar la lucha anticapitalista.

c) La coordinación y la centralización democrática de los CDS a escala regional y nacional, el establecimiento de lazos con los lugares de producción y su participación efectiva en el conjunto de las decisiones socioeconómicas, en tanto que órganos de poder popular. De esta forma ampliarán sus tareas actuales (de vigilancia, de resolución de problemas inmediatos del barrio) y desarrollarán su carácter de órganos de poder.

d) El armamento de las masas como punto hacia el cual converge todo el movimiento de organización de los explotados y oprimidos. La prioridad es la construcción de un ejército regular, que disponga de todos los medios técnicos para hacer frente a las amenazas imperialistas y a los complots contrarrevolucionarios.

Pero, crear milicias en los lugares de trabajo, conforme a los planes declarados del FSLN, es la forma más eficaz de armar a los trabajadores. Estos deben controlar efectivamente las armas. Gracias al apoyo técnico del ejército regular, las masas trabajadoras reagrupadas en la CST, la ATC, las organizaciones de estudiantes y de mujeres, pueden construir sus propias milicias armadas para sostener la revolución y defender sus conquistas, sus organizaciones y sus órganos de poder.

e) La construcción de un partido revolucionario, socialista y proletario. Es el instrumento necesario para unir la dirección y las masas y permitir reacciones rápidas ante cambios bruscos en la lucha de clases. Es el instrumento necesario para la formación de cuadros, para la discusión de todos los problemas claves de la revolución, para la elaboración colectiva de una política revolucionaria para la nueva etapa abierta por la victoria militar e insurrecional. Un partido democráticamente centralizado constituye la mejor garantía para consolidar las conquistas de los trabajadores y para la construcción de un Estado Obrero basado en la centralización de los comités de masas de obreros, campesinos y soldados.

La unidad de las fuerzas del movimiento obrero, en cuyo seno existen diferentes corrientes, no pasa por la formación de un partido único impuesto por la coacción del Estado. Pero el esfuerzo por unificar a los revolucionarios en un partido de vanguardia, que respeta el derecho a opiniones diferentes, es la palanca más potente, no sólo para expropiar a la burguesía, sino para cumplir las tareas de reconstrucción de la sociedad sobre una base planificada y racional.

Sin embargo, el derecho a la existencia de partidos obreros diferentes, es una de las condiciones que pueden garantizar los derechos democráticos de las masas trabajadoras, su unidad sean cuales sean sus niveles de conciencia diferentes en un momento dado y el ejercicio más amplio y más directo del poder.

Como demuestra el desarrollo del proceso revolucionario, un programa de transición para el período venidero incluye los siguientes puntos:

— profundización de la reforma agraria por la expropiación de la burguesía agro-exportadora (algodón, café), cuyos lazos con el mercado imperialista son fuertes y la capacidad de sabotaje económico muy alta. La reforma agraria no podrá alcanzar los objetivos proclamados, a medio plazo, sin una estrecha unión con la industria, lo que hace necesaria su nacionalización bajo control obrero.

— el desplazamiento de las cargas fiscales a las capas más acomodadas de la población.

— la expropiación de los bancos y de las empresas

imperialistas y la creación de un único banco.

— el establecimiento del monopolio del comercio exterior, con sus consecuencias en el plano monetario.

— el rechazo a ligarse, por medio de la deuda exterior, con las instituciones financieras imperialistas que dictarían entonces sus alternativas económicas y sociales.

— La puesta en pie, con la participación de las organizaciones de masas, de un plan económico de reconstrucción que se base en el control estatal de la tierra, de la industria y de los recursos naturales; este plan debe responder a las exigencias de la acumulación estatal y a las necesidades fundamentales de las masas.

— la adopción de medidas (viviendas, sanidad, infraestructuras sociales) que mejoren el nivel de vida de las masas populares, rurales y urbanas, y que pueden ser asumidas por los organismos de masas (CDS, ATC); estas medidas son indispensables para sostener la movilización en el momento en el que se pide un intenso esfuerzo de producción.

— la aplicación de normas igualitarias en el terreno de los salarios y de la utilización de los bienes del Estado (casas, coches, etc.) por los funcionarios.

— la difusión completa de información a la población, para facilitar su participación y su capacidad de decisión en los órganos de poder popular.

— mantenimiento de la represión contra las actividades y las organizaciones somocistas y los agentes del imperialismo, y el establecimiento de tribunales populares, elegidos por los organismos de masas, para juzgar sus crímenes.

— desarrollo de una política internacionalista revolucionaria, apuntada a la extensión de la revolución como el mejor medio para defender a la revolución nicaragüense.

— plantear hoy la consigna de Asamblea Constituyente por medio de "elecciones libres", significaría entorpecer la afirmación de la fuerza anticapitalista del proletariado, y oponer la creación de instituciones parlamentarias burguesas al desarrollo y a la centralización, a escala nacional, de los órganos de poder de las masas populares. Estas instituciones burguesas sólo pueden facilitar la contraofensiva política de la burguesía, desviar la dinámica del movimiento de masas y romper la dialéctica que se ha establecido entre la actividad de las masas y la dirección del FSLN.

Apoyando todas las decisiones que permiten responder a las necesidades de la población trabajadora, es como se preparan más eficazmente los enfrentamientos futuros en la lucha por construir un gobierno obrero y campesino.

12. — La revolución nicaragüense es directamente el campo de un enfrentamiento de clases a escala internacional. Las dificultades encontradas por los Estados Unidos para imponer su punto de vista a finales de 1978, y para intervenir en 1979 (resolución de la OEA), expresan la crisis profunda del imperialismo americano después de la derrota sufrida en Vietnam en 1975.

Pero de estas dificultades de Carter, no se puede deducir que el imperialismo no hará todo lo que pueda para destruir esta revolución que ha nacido en el interior de su coto privado. Washinston no quiere que le coja desprevenido un nuevo Cuba. El futuro de esta revolución está, pues, estrechamente ligado a la relación de fuerzas a escala internacional.

La dirección cubana ha dado un apoyo decisivo a la lucha contra la dictadura somocista. Cuba ayuda masivamente a la revolución después de la victoria: ayuda material, técnica, alimenticia. Centenares de maestros, médicos, enfermeras dan su ayuda a la lucha de las masas trabajadoras en Nicaragua. El internacionalismo de la dirección cubana se ha manifestado claramente en favor de esta revolución.

Todo nuevo avance de la revolución en Nicaragua, con su onda expansiva que se propaga directamente en toda América Central, no sólo hace surgir la posibilidad de extensión de la revolución, sino que coloca a la dirección cubana ante dos contradicciones objetivas.

En primer lugar, para aflojar la soga colocada por el imperialismo en torno a Cuba, la dirección cubana busca, con razón, desarrollar relaciones económicas con países de América Latina (México, Venezuela, etc.). Sin embargo, si estas burguesías pueden aceptar e incluso apoyar un movimiento antidictatorial —en la perspectiva de conseguir un accesó más cómodo al mercado centroamericano—, están decididas a impedir la emergencia de una revolución socialista en América central. Van a negociar, como contrapartida a este objetivo, la prolongación y el reforzamiento de sus relaciones comerciales y diplomáticas con Cuba.

En segundo lugar, la orientación de la burocracia soviética se opone a una ruptura del statu quo internacional en el plano político y militar, especialmente en una parte del mundo tan sensible para los Estados Unidos. La dirección cubana debe contar también con esta opción contrarrevolucionaria, pues sólo la URSS y los Estados obreros podrían prestar la ayuda necesaria a Nicaragua en caso de ruptura con el mercado mundial capitalista. El ascenso revolucionario en Nicaragua constituye, pues, un test importante para la dirección cubana.

El contraataque lanzado por los Estados Unidos contra Cuba, con el pretexto del "descubrimiento" de "tropas de combate" soviéticas en la isla, no tiene como único objetivo hacer una advertencia a Castro, sino también intervenir en las negociaciones entre la Habana y Moscú, con el objetivo de que éste empuje a Cuba no sólo a restringir su ayuda a Nicaragua, sino a presionar para bloquear su transcrecimiento en revolución socialista.

La defensa de Cuba contra la presión del imperialismo y el levantamiento del bloqueo económico, están ligados a la defensa de la revolución nicaraguense.

13. — La onda explosiva producida por el ejemplo de la revolución nicaraguense alcanza a los países de América Central, y más teniendo en cuenta que la lucha abierta y masiva contra Somoza había permitido tejer lazos entre los movimientos de vanguardia de la región.

La victoria del FSLN ha tenido un impacto muy grande en toda América Central, y especialmente sobre El Salvador, donde la madurez de la crisis social y política es mayor.

El problema agrario es el centro de la crisis en el Salvador, país donde se concentran más de 4.200.000 habitantes en una superficie seis veces inferior a la de Nicaragua. El subempleo y el paro tienen efectos desvastadores.

Más del 30% de la población rural "economicamente activa" trabaja sólo de 2 a 3 meses por año y el 20% seis meses al año como máximo.

Bajo la influencia del imperialismo americano —que al mismo tiempo que apoyaba completamente el poder militar quería disponer de una válvula de seguridad— se lanzó un proyecto limitado de reforma agraria en 1977, bajo la presidencia de Arturo Armando Molina. Rápidamente fue olvidado en un cajón, no solo por el rechazo de la oligarquía terrateniente, sino porque la combatividad de los jornaleros agrícolas y de los campesinos empobrecidos amenazaba con hacer estallar los límites de esta reforma.

La crisis social y política se exacerbó desde 1978 en medio de un clima económico cada vez más sombrío. Las empresas imperialistas congelaron sus inversiones, los capitales abandonaron el país.

Las huelgas se multiplicaban, los trabajadores ocupaban las empresas que cerraban sus puertas o despedían. Desafiaban cada vez con más determinación a las fuerzas de orden.

La audacia de las acciones armadas emprendidas por los frentes de resistencia urbanos se acrecentaba. Las manifestaciones de masas en la capital —San Salvador— eran moneda corriente, a pesar de la brutalidad de la represión militar.

El imperialismo americano temía un nuevo Nicaragua. La "apertura democrática" anunciada por Romero —y decidida por Washington— para las elecciones de 1980, pareció cada vez menos apta para impedir una insurrección popular. La base social de la dictadura se restringía rápidamente; la polarización de clases se acentuaba; la audiencia de las organizaciones revolucionarias aumentaba.

A mitad de octubre, Washington decidió un golpe de Estado que le permitió deshacerse fácilmente de Romero y reorganizar el sistema del poder de la clase dominante en torno a los militares y al Partido demócrata cristiano.

El imperialismo y la burguesía salvadoreña intentan de esta forma recuperar a los sectores de la pequeña burguesía, aprovechar el dudoso apoyo que el PC da la Junta y aislar a las organizaciones revolucionarias.

El golpe de Estado puede ciertamente modificar los ritmos

y las formas de los conflictos de clase en curso. Sin embargo, la estrecha relación que existe entre todo proyecto de "apertura democrática" y la cuestión agraria, hace problemáticos los sucedáneos de liberalización tramados por Washington. Las huelgas, las ocupaciones de tierras, los enfrentamientos con la policía que se han producido después del 15 de octubre, ponen de manifiesto la profunda inestabilidad y la crisis social y política, que siguen siendo los rasgos dominantes de la situación en El Salvador.

Sobre *América Latina* en su conjunto, el impacto de la revolución nicaragüense y sus repercusiones en América central es considerable.

En primer lugar, es la más vieja dictadura de América Latina, cuyo peso se dejaba sentir en toda América central, la que ha sido barrida.

En segundo lugar, el ascenso de esta revolución se inscribe en la curva ascendente de la actividad de las masas en el continente desde 1977 y sólo puede reforzarla.

Por último, los rasgos generales del proceso revolucionario nicaragüense, al margen de sus aspectos específicos, pueden ser actualmente asimilados por los sectores más conscientes del proletariado como elementos de definición de una estrategia revolucionaria.

Esta revolución ha puesto de relieve: la brecha que las contradicciones intercapitalistas y la crisis de la dirección burguesa pueden abrir (en el actual clima de crisis económica), a la actividad combinada de las masas urbanas desposeídas, de la clase obrera, de los trabajadores agrícolas, de los campesinos pobres y de los sectores de la pequeña burguesía; la imbricación de la lucha antiimperialista y antidictatorial, así como su dinámica anticapitalista; el lugar central de la organización de las masas en la lucha contra la dictadura y en la maduración de las condiciones que permiten la combinación entre la huelga general, la lucha armada y la insurrección popular; el predominio, en la última fase de la lucha, de las formas de organización proletarias —piquetes sindicales y de autodefensa, milicias populares, CDC, CDT y destacamentos armados— y sus efectos de dislocación del ejército burgués; el ascenso a primera línea del proletariado industrial y rural y de los campesinos pobres en la profundización de la revolución permanente; la necesidad vital de una dirección revolucionaria para conducir este proceso a su término, es decir, para expropiar a los capitalistas y nacionalistas y nacionalizar el conjunto de los medios de producción, destruir el Estado burgués, sus instituciones y el ejército burgués, construir un Estado basado en las organizaciones de poder de los trabajadores, establecer un plan económico de conjunto que responda a los intereses de la población trabajadora, defender las conquistas de la revolución armando al pueblo.

14. — La IV internacional y sus secciones deben movilizar todas su fuerzas para defender la revolución nicaragüense y apoyar al FSLN. El imperialismo americano está fomentando ya planes de intervención contra el nacimiento de una nueva Cuba en América latina y, para esto, tendrá necesidad de la complicidad y de la participación más o menos abierta de las burguesías latinoamericanas.

Con un trabajo de información y de explicación lo más amplio posible, con la multiplicación de las iniciativas unitarias, se trata de construir un amplio movimiento de solidaridad, que permita detener el brazo criminal del **gobierno americano y de sus títeres y las maniobras contrarrevolucionarias de las burguesías latinoamericanas.**

Los militantes de la IV Internacional en todos los países del mundo —en primer lugar los de las secciones latinoamericanas y sus camaradas que luchan en el corazón mismo de la ciudadela imperialista— sabrán hacer revivir el ejemplo del internacionalismo proletario del movimiento contra la guerra **imperialista en Vietnam, que contribuyó a inflingir una importante derrota a Washington.**

El arma económica y alimenticia forma parte del arsenal de represalias de la burguesía internacional frente a una revolución que hereda las ruinas que le lega una sangrienta dictadura.

El movimiento unitario de solidaridad y ayuda deberá desplegar todos los medios para dar un apoyo material a Nicaragua.

Exigirá a las grandes organizaciones obreras y de masas, a las instituciones humanitarias y a los organismos religiosos, que movilicen sus recursos para responder a las necesidades inmediatas del pueblo nicaragüense. Pondrá entre la espada y la pared a los gobiernos que hacen profesiones de fe humanitarias, mientras distribuyen con cuenta-gotas sumas ridículas en relación a las necesidades de una población privada de alimentación y de cuidados médicos. Reclamará a estos gobiernos que entreguen sin tardanza, sin condiciones ni contrapartidas, una ayuda masiva a las autoridades de Nicaragua libre.

Las organizaciones de la IV Internacional, en la construcción de este movimiento de solidaridad y ayuda, se esforzarán para ser los artesanos de un frente único de todos los partidos y sindicatos obreros, con el fin de forjar la cadena de solidaridad de clase con los trabajadores de Nicaragua. En este marco, renovarán el apremiante llamamiento a que el Che Guevara dirigió a los Estados obreros para la defensa de la revolución vietnamita. Siguiendo el ejemplo de Cuba, deben aportar una ayuda material masiva y sin condiciones a la revolución nicaragüense.

Desarrollando esta campaña de solidaridad y ayuda, rechazando toda actitud rutinaria o pasiva, la IV Internacional contribuirá a la defensa de la revolución en marcha de Nicaragua.

Exponiendo su programa y sus concepciones, se coloca resueltamente al lado del combate del FSLN para asegurar la victoria de la revolución socialista.

El ascenso revolucionario en Nicaragua y la evolución que ha conocido el FSLN en el curso del combate, dan una oportunidad y una responsabilidad enorme a la IV Internacional para avanzar en nuestra tarea histórica de resolver la crisis de la dirección de la clase obrera mundial y de construir el partido internacional de la revolución socialista. Los **cuadros del movimiento trotskista mundial constituyen el núcleo irremplazable de este partido proletario mundial. Defendemos el programa leninista y el método del programa de transición, que son indispensables para la victoria de las masas trabajadoras frente a la crisis económica y social y frente a la aniquilación nuclear que amenaza a la humanidad.**

Debido a los crímenes de la socialdemocracia y del estalinismo, la construcción de una internacional obrera revolucionaria de masas es una tarea cuya solución se encuentra en una etapa inicial. El desarrollo de corrientes revolucionarias independientes del estalinismo, como pasó en Cuba y está pasando en Nicaragua, es de gran importancia para la IV Internacional y para incrementar el impacto de nuestro programa revolucionario y de nuestras perspectivas.

Los militantes organizados de la IV Internacional en Nicaragua formarán parte de todo proyecto del FSLN por construir un partido de vanguardia. Estarán ligados a los mejores militantes y cuadros que impulsan en la práctica el proceso revolucionario, y defenderán el conjunto de nuestro programa **de construcción de un Estado obrero, de organización soviética de las masas trabajadoras y de internacionalismo proletario.**

8 de Noviembre de 1979.



Proyecto de tesis sobre la revolución nicaragüense

Presentado por la Minoría del Secretariado Unificado. (Esta resolución obtuvo: 35 votos a favor, 71,5 votos en contra, 5 abstenciones, 1,5 NPV).

El propósito primordial de las tesis siguientes es de clarificar:

1.— el carácter de clase del gobierno nicaragüense, y

2.— la importancia central para la IV Internacional de la revolución nicaragüense, y la evolución del Frente Sandinista de Liberación Nacional para nuestra tarea estratégica de construcción del partido mundial de la revolución socialista, necesario para dirigir a las masas trabajadoras en el derrocamiento del capitalismo mundial.

Estas tesis están de acuerdo con la campaña de ayuda a Nicaragua adoptada por el Congreso Mundial de la IV Internacional de 1979, como parte del informe sobre las tareas de la Resolución Política Mundial.

1. Desde fines de mayo hasta el 19 de julio de 1979, una profunda insurrección popular en las principales ciudades de Nicaragua, preparada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y coordinada con su ofensiva militar, derrocó a la dictadura de Anastasio Somosa, apoyada por el imperialismo norteamericano. La victoria fue la culminación de dos meses de huelgas generales y levantamientos armados de los obreros, las masas semiproletarias, la juventud y sectores de la pequeña burguesía en las ciudades; tomas de tierra y otras movilizaciones de los campesinos pobres y trabajadores agrícolas en las zonas rurales; y el desarrollo de operaciones guerrilleras y una concertada ofensiva militar del FSLN.

Estas fueron, en la última etapa, las fuerzas motrices de la lucha contra la dictadura y el imperialismo norteamericano, que dieron a la revolución un poderoso impulso anticapitalista.

El último año de la lucha revolucionaria se vió marcado por la extensa organización de las masas en comités de barrio y contingentes de autodefensa, así como por el desarrollo de la organización de las masas en los lugares de trabajo y en el campo. Esto sucedió a iniciativa del FSLN y espontáneamente, en respuesta al empeoramiento de las condiciones de vida y la brutal represión bajo Somoza. Además miles de jóvenes trabajadores, campesinos pobres, estudiantes, desempleados y sectores radicalizados de la pequeña burguesía se sumaron a filas de los contingentes militares del FSLN, conforme cobró impulso la lucha final. Numerosos latinoamericanos de otros países se unen a la lucha contra el somocismo y contra el imperialismo norteamericano.

Una ciudad tras otra fue liberada de la Guardia Nacional de Somoza ante los golpes combinados de los contingentes del FSLN y las insurrecciones populares. Los comités de Defensa Civil (CDC) y las milicias organizaron la defensa militar y asumieron las tareas administrativas vitales en los barrios, tales como la distribución de alimentos, la salud, la sanidad y el juzgamiento de los torturadores de Somoza. Surgieron Comités de Defensa de Trabajadores Sandinistas en algunas fábricas y lugares de trabajo, núcleos de lo que se convertiría en la Central Sandinista de Trabajadores (CST). Otras organizaciones de masas, como la Asociación de Mujeres Nicaragüenses, más tarde la Asociación de Mujeres Nicaragüenses ante la Problemática Nacional (AMPRONAC), la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), la juventud Sandinista 19 de Julio y la Asociación Nacional de Educadores Nicaragüenses (ANDEN), también surgieron en el periodo antes de y durante la insurrección.

Paralelamente a esta intervención de las masas trabajadoras y el desarrollo de formas proletarias de organización, las fuerzas burguesas opuestas a Somoza pasaron por un proceso de descomposición, dividiéndose entre los que buscaron desesperadamente un compromiso con la dictadura y los que tardíamente echarían su suerte con la insurrección. Este cambio en la correlación de fuerzas de clase es el factor clave para explicar la dinámica clasista de la revolución socialista que hoy se desarrolla en Nicaragua.

2. Tras la huída de Somoza el 17 de julio, se aceleró la desintegración de la Guardia Nacional. Su sustituto, Francisco Urcuyo había prometido pasar el poder a una Junta de gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua (GRNN) compuesta por cinco personas, y preparar el

camino para la integración de algunas de las unidades de la Guardia Nacional en el nuevo ejército y el nombramiento de un Consejo de Estado, dominado por la burguesía. La formación de esta junta se había anunciado el 9 de julio en Costa Rica como parte del programa del gobierno post-somocista acordado por el FSLN y algunas de las fuerzas de la oposición burguesa.

Sin embargo, con el apoyo de Estados Unidos, Urcuyo trató de mantenerse en el poder y exigió al FSLN a deponer las armas. Esto provocó la ofensiva final del FSLN contra Managua y el estallido de un levantamiento popular en esa ciudad, donde las masas tomaron el búnker y se apoderaron y distribuyeron miles de armas. El programa del GRNN había declarado que el nuevo ejército incorporaría a aquellos "soldados y oficiales que hayan demostrado una conducta honesta y patriótica" y que no fueran culpables de "corrupción", represión y crímenes contra el pueblo". Pero la Guardia Nacional somocista se dispersó bajo el impacto de la rebelión, refugiándose unidades enteras en Honduras.

El triunfo revolucionario sobre el somocismo fue así arrasador. Grandes secciones del antiguo aparato del Estado, en particular el aparato represivo, fueron desmanteladas y reemplazadas, resolviendo así la situación de poder dual que se había desarrollado en Nicaragua. Como resultado de esto el esfuezo por establecer los cuadros de un ejército profesional bien entrenado se está basando enteramente en los combatientes del FSLN y las milicias.

El triunfo en Managua que siguió al que se dió en otras ciudades principales, fue logrado con la participación organizada de las masas y por medios revolucionarios, e impuso tanto la autoridad de la dirección del FSLN entre las masas como su indisputado poder político de decisión. El contraste, durante la ofensiva hacia la victoria, entre el valor y la dedicación de los sandinistas y la timidez y las maniobras de la oposición burguesa, no pasó desapercibida en los barrios populares y en el campo, y tuvo un profundo impacto sobre la conciencia de los combatientes y dirigentes del FSLN y el curso político que han seguido.

3. Pronto quedó claro que el poder gobernante —los medios a través de los cuales realmente se tomaban y se implementaban las decisiones estatales importantes— era cualitativamente distinto al gobierno burgués de coalición descrito en el programa del GRNN del 9 de julio y en el Estatuto Fundamental del 20 de julio.

La Junta de cinco personas que reemplazó a Somoza tomó la forma de una coalición entre tres partidarios del FSLN y dos figuras de la burguesía opositora. Esta también es la forma que toma el consejo de los ministros de la Junta: en varios están dirigentes del FSLN (por ejemplo, del Interior, de la Reforma Agraria y de Bienestar Social) mientras que otros —incluyendo el Banco Central— tienen a su cabeza a personajes burgueses, muchas veces con viceministros del FSLN.

Pero estas dos estructuras no representan la totalidad del gobierno actual. Los elementos claves de la nueva estructura estatal escapan del cuadro establecido por el programa del GRNN del 9 de julio. El gobierno comprende también la dirección del FSLN, las Fuerzas Armadas Sandinistas, como el INRA (Instituto nicaragüense de la reforma agraria) y en alguna medida, las organizaciones de masas dirigidas por el FSLN.

Primero, el programa del GRNN estipulaba que se nombraría un Consejo de Estado. Esta entidad debía compartir los poderes legislativos con la junta, redactaría un proyecto para una nueva constitución y leyes electorales y tendría el poder de veto, con un voto de dos tercios, sobre las decisiones tomadas por la junta. Designar el Poder Judicial.

Por un acuerdo alcanzado antes de la insurrección en Managua, el Consejo de Estado estaría compuesto por treinta y tres representantes de los partidos burgueses de oposición, las cámaras de comercio e industria y otros organismos capitalistas; la jerarquía de la iglesia católica; el FSLN; los sindicatos; y otros grupos. La composición que se proponía garantizaba, por lo tanto, que sería dominado por la burguesía. El FSLN debía tener alrededor de seis miembros. Los capitalistas nicaragüenses y el imperialismo contaban con que el Consejo serviría como un freno a las medidas económicas y sociales que se instituirían tras la caída de Somoza y que en él residiría la soberanía. Debía establecer un proyecto de Constitución burguesa conforme al cual un sistema judicial burgués con la Corte Suprema a su cabeza, podría decretar "inconstitucional" todo avance sobre la propiedad y sobre cualquier otra prerrogativa burguesa "normal".

En las primeras semanas después del 19 de julio, era ampliamente dado por un hecho que el Consejo de Estado sería instalado rápidamente. Incluso se anunció una supuesta convocatoria, para el 15 de septiembre. Pero pasó esa fecha y ante una creciente agitación por parte de las fuerzas burguesas a favor de que se convocara el Consejo de Estado, la Junta anunció el 22 de octubre que se pospondría la convocación del consejo hasta el 4 de mayo de 1980, y que en los meses siguientes éste sería "reestructurado" para dar representación sobre todo a las nuevas organizaciones de masas —los CDS, la ATC, la Asociación de Mujeres Nicaragüenses, la Juventud Sandinista 19 de julio, etc.

Con el apoyo del FSLN, estas organizaciones lanzaron una campaña para exigir que el consejo de estado sea un consejo de trabajadores, dominado por los SDS y por otras organizaciones de masas.

El hecho de que se haya pospuesto la convocatoria del Consejo de Estado y de que se haya propuesto su reestructuración representa uno de los resultados principales hasta ahora, a nivel gubernamental, del cambio dramático en la correlación de fuerzas de clase ante la profundización del proceso revolucionario en Nicaragua.

No se ha hecho absolutamente nada por comenzar a elaborar una constitución burguesa para dar legitimidad al dominio capitalista.

En vez de esto, a fines de agosto la Junta decretó un Estatuto de Derechos y Garantías de los nicaragüenses, que no solo garantiza las libertades políticas fundamentales, tales como la libertad de prensa, de expresión y de reunión, sino también la igualdad de la mujer y la supeditación de la propiedad y de las prerrogativas de los capitalistas a los derechos sociales y económicos de las masas trabajadoras.

Además, mientras que se ha nombrado una Corte Suprema, según descripta en el programa del GRNN, sus funciones, así como las funciones y la estructura de todo el sistema judicial ha sido purgado y se limitan a fallar en casos como los divorcios.

Además, algunos de los ministerios importantes encabezados por figuras burguesas tienen poca autoridad en cuanto a la toma de decisiones. El ejemplo más destacado de esto es el Ministerio de la Defensa encabezado nominalmente por el Coronel Bernardino Larios, ex-miembro de la Guardia Nacional, quien dirigió un intento de golpe contra Somoza en 1978 y después huyó a Panamá. Larios no tiene ninguna autoridad sobre el Ejército Popular

Sandinista. El jefe del ejército, el Comandante Humberto Ortega del FSLN, no fué nombrado por Larios ni por la Junta del GRNN, sino por la Dirección Nacional del FSLN (posteriormente la decisión fue ratificada por la junta). La Policía Sandinista, compuesta de arriba abajo por jóvenes combatientes sandinistas, está bajo la dirección del Ministerio del Interior, encabezado por el Comandante Tomás Borge. Casi inmediatamente después del 19 de julio, el Ministro de Defensa Larios fue enviado a hacer un largo viaje por Europa y el Norte de Africa. Hasta el 1° de noviembre no había emitido ninguna declaración, no había celebrado ninguna conferencia de prensa y ni siquiera había aparecido una sola vez en algún acto público.

El ministro de desarrollo agrario, un terrateniente, está en una posición similar a la de Larios. Las decisiones y las declaraciones importantes en materia de política agraria, son hechas todas e implementadas por el Instituto Nicaragüense de Reforma Agraria (INRA), que tiene oficinas en todos los departamentos del país y está dirigido por el Comandante Jaime Weelock. Basado en el modelo del INRA cubano, este organismo ni siquiera fue mencionado en el programa de gobierno del GRNN ni en el Estatuto Fundamental.

Wheelock fué nombrado ministro de la reforma agraria inmediatamente después del 19 de julio, desplazando a Ricardo Coronel Kautz, miembro del "Grupo de los Doce".

La Dirección Nacional del FSLN funciona como una fuente del poder gobernante fuera del marco del acuerdo del GRNN. Esto quedó codificado políticamente el 1° de setiembre, cuando, durante un desfile y mitin para impulsar la consolidación del EPS, los nueve miembros de la Dirección Nacional fueron proclamados comandantes de la Revolución, es decir de todo el proceso y no simplemente del ejército ni del gobierno formal. Durante esta etapa inicial de la revolución son los Comandantes de la Revolución —no los burgueses funcionando a través del Consejo de Estado, como se había proyectado— quienes han jugado el papel decisivo gobernando con la Junta dominada por los sandinistas.

La creciente importancia de las nuevas organizaciones de masas y especialmente de los CDS (ninguno de los cuales eran contemplados en el programa del GRNN) es uno de los elementos más destacados del periodo desde la liberación. La autoridad del FSLN se basa fundamentalmente en la expansión y la consolidación de los CDS, los sindicatos de obreros y campesinos, las otras organizaciones de masas y el ejército sandinista. En distintos grados, todos éstos ya están asumiendo funciones de decisión y administración a nivel de los lugares de trabajo, el campo, los barrios y los municipios. Se proyecta la coordinación departamental y nacional de la estructura de los CDS, y de hecho esto ya se ha puesto en marcha en algunos departamentos.

Así, el gobierno que surgió no mucho después de la caída de Somoza no es el que proyectaba el programa del GRNN.

4. La acumulación de medidas sociales y económicas progresistas en los primeros meses de la revolución indica que las masas trabajadoras nicaragüenses, bajo la dirección del FSLN, han emprendido un camino prometedor orientado hacia la expropiación de la burguesía:

— El nuevo gobierno inmediatamente nacionalizó todas las propiedades de Somoza y los somocistas en la agricultura, los bienes raíces, la banca, la industria, el comercio, el transporte, las flotas pesqueras, los puertos y los medios de comunicación.

— Nacionalizó todos los bancos nicaragüenses e impuso controles estrictos a los bancos extranjeros. Este es un primer paso necesario hacia la canalización de los recursos; hacia sectores tales como la educación; la vivienda, la salud y la iniciación de medidas de planificación económica.

— Lanzó una amplia reforma agraria de las tierras somocistas, poniendo bajo control del estado como el 60% de las tierras cultivadas. En colaboración con la ATC, el INRA transformó estas haciendas en granjas del estado, en las que los obreros agrícolas participan en las tareas administrativas. Alienta la constitución de cooperativas campesinas en las pequeñas propiedades nacionalizadas y redistribuyó las tierras conforme a las reivindicaciones de los campesinos que sólo poseían pequeñas parcelas. Abolió los embargos sobre las granjas hipotecadas de pequeños propietarios.

— El gobierno tomó el control de todo el comercio de exportación de mercancias generadoras de divisas, como el algodón, el café, el azúcar, la carne y el pescado. Un monopolio estatal (ENABAS) se ha establecido para la compra y venta de todos los granos y productos agroquímicos. Se han establecido monopolios estatales similares para la compra y venta de todas los otros principales productos agrícolas (café, algodón, azúcar, etc.).

— A la vez que prometió renegociar y respetar la deuda exterior legítima de Nicaragua, el gobierno inmediatamente canceló las deudas por armamentos contraídas por Somoza con los gobiernos de Israel y Argentina. Luego anunció que estudiaría cuidadosamente todas las demás deudas contraídas por la dictadura para determinar cuales eran ilegales —es decir, arregladas mediante negocios corruptos o que simplemente habían acabado en las cuentas privadas de los somocistas en bancos en el extranjero. Mientras tanto, dado el erario prácticamente vacio dejado por Somoza, el nuevo gobierno ha declarado una moratoria de hecho en cuanto al interés y al pago de la deuda.

— Nacionalizó los esenciales medios de transporte marítimo, terrestre y aéreo. El sistema de televisión y parte de las redes de radiotransmisión han sido expropiados y están siendo utilizadas por el FLSN para presentar sus puntos de vista a la población. El diario sandinista "Barricada" es producido en la planta en que se imprimía antes el periódico de somoza "Novedades".

— Impulsó programas que tienden a reorganizar y elevar los servicios de educación, salud, seguridad social y otros servicios sociales.

— El gobierno emitió una medida de reforma radical en lo que respecta al circulante bajo la consigna de "devolvamos al pueblo el dinero robado por los somocistas" que impidió que los somocistas y otros empresarios que se encontraban en el exterior cambiaran sus córdobas por dólares que había en Nicaragua. Todos los billetes de 500 y 1.000 córdobas fueron retirados de la circulación y se iniciaron investigaciones contra los que declararon grandes sumas. Esta medida ayudó a detener la devaluación del córdoba y a combatir el sabotaje económico de los capitalistas. Los depósitos de menos de 3.000 córdobas fueron devueltos en pocos días luego de la medida. A fines de octubre, al terminar el registro de los billetes bancarios, el gobierno comenzó a otorgar los certificados de depósito emitidos a los poseedores de los billetes dentro de Nicaragua.

— Ha adoptado una posición explícitamente antiimperialista sobre cuestiones políticas vitales, como Indochina, el Medio Oriente, Sudáfrica y las maniobras de guerra de Carter contra Cuba, el Caribe y América Central. La manifestación de más de 30.000 en Managua para saludar al Primer Ministro vietnamita Pha cVan Dong, uno de las más grandes mítines de masas desde la victoria revolucionaria asestó un duro golpe a la campaña imperialista de aislar a Vietnam como si fuera un paria internacional, y también condenó al imperialismo norteamericano por su

agresión durante la crisis de la "brigada soviética" en Cuba.

Después del golpe militar de Octubre en El Salvador, Moscú reconoció inmediatamente al nuevo régimen apoyado por Washington; señalando a los imperialistas su voluntad de ayudar a preservar la estabilidad capitalista en el área. El gobierno de Nicaragua junto con el de Cuba, rehusaron hacerlo.

— El nuevo gobierno ha continuado sus esfuerzos de construir un ejército profesional centralizado para defender las conquistas revolucionarias contra el imperialismo, las fuerzas somocistas y otros enemigos de clase, tanto dentro como fuera de sus fronteras.

— Habiendo integrado a la mayor parte de los combatientes de las milicias en el EPS y la policía sandinista; los dirigentes del FSLN han anunciado su intención de reforzar y reorganizar una milicia nacional voluntaria sobre la base de un entrenamiento regular en el lugar de trabajo y en los colegios y las univesidades: las armas se guardarán en las fábricas, controladas por los milicianos.

— Después de haber transcurrido décadas de dominación tiránica bajo la cual se destruyeron las más elementales libertades democrático-burguesas, ha habido una enorme expansión de los derechos democráticos, incluyendo la democracia obrera, impulsada por el nuevo gobierno y el proceso revolucionario. Los CDS y otros organismos populares operan sobre la base de elecciones democráticas. La Carta de los Derechos del hombre garantiza no solo las libertades básicas como las de libre expresión, prensa y reunión, sino también el derecho a sindicalizarse, a la huelga y a "organizar partidos o grupos políticos o pertenecer a ellos".

Al mismo tiempo que buscar con ahínco fortalecer la federación sindical dirigida por los sandinistas, la CST, el FSLN ha utilizado primordialmente métodos políticos para competir con las antiguas federaciones conducidas por los stalinistas, los demócrátas-cristianos y sindicalistas amarillos ligados íntimamente a la burocracia de la AFL-CIO de Estados Unidos. Los trabajadores han realizado asambleas democráticas para escoger sus dirigentes y decidir a qué federación se afilian; esto ha repercutido frecuentemente en la afiliación a la CST de sindicatos anteriormente afiliados a una de esas federaciones.

— La reforma agraria también ha incluido "intervenciones" (es decir, tomas que implican una aproximación a la nacionalización) de algunas tierras propiedad de los miembros de la oposición burguesa antisomocista. Ya que se da máxima prioridad al cultivo de productos agrícolas, alimenticios y a los que generan divisas, los terratenientes más afectados son los que se rehúsan a cultivar sus tierras.

— Han habido más nacionalizaciones e intervenciones de nuevo incluyendo propiedades de capitalistas "antisomocistas", tomando como punto de partida las necesidades económicas o debido a las operaciones ilegales o antiobreras de los propietarios. A mediados de octubre, han sido nacionalizadas todas las compañías de seguros, lo que complementa las nacionalizaciones de los bancos al dar al gobierno un mayor control sobre el flujo de capital y sentar las bases de la futura planificación económica.

— El FSLN está haciendo una campaña para organizar a los trabajadores del campo y a los campesinos en la ATC, y a los obreros en la CST. Además, los sandinistas están dando pasos para preparar y extender el control obrero sobre la producción en los sectores nacionalizados.

— A principios de noviembre, se nacionalizó la primera gran propiedad imperialista, las minas (el capital nacional en el sector minero también fue nacionalizado). Esto fortalece claramente el control del gobierno sobre los recursos naturales del país y establece las bases para las mejoras de las miserables condiciones de trabajo extremadamente peligrosas que habían sido impuestas a los mineros.

— El gobierno ha iniciado una ayuda para la reconstrucción de la vivienda en los barrios popularer devastados, y se ha aplicado el control estatal en las urbanizaciones que operan o fueron construidas en violación de leyes inmobiliarias y tributarias.
En este sector fueron lanzados los primeros proyectos importantes de trabajos públicos.

— Se ha decretado un alto incremento en pensiones y otros beneficios sociales para los ancianos y los pobres.

— Se han establecido controles sobre los precios de todos los alimentos básicos. El gobierno ha autorizado a los CDS para que funcionen como comités de control de precios para hacer que estos controles sean respetados. Los CDS han tomado la cabeza en el cumplimiento de esta tarea en los grandes mercados abiertos en Managua.

Se ha lanzado una gran campaña a nivel nacional para erradicar el analfabetismo, problema que prevalece en toda Nicaragua, pero especialmente entre la población rural. Todos los estudiantes que hayan cursado estudios superiores al sexto año de primaria van a ser movilizados para esta "cruzada de alfabetizacion" y las escuelas del país se cerrarán por cuatro meses para que estos estudiantes y todos los maestros puedan participar. Cuba está dando ayuda material, técnica y humana para esta campaña, que se ha programado explícitamente sobre el modelo que siguió eficazmente ese país para erradicar el analfabetismo a comienzos de los años 60. Como demostró esa experiencia, una campaña de alfabetización es una importante ayuda para ganarse totalmente al campesinado pobre al lado de la revolución y por su defensa ante la contrarrevolución.

5. El gobierno dirigido por el FSLN, apoyado en las masas proletarias, semiproletarias, campesinas y de la pequeña burguesía radicalizada, ha iniciado una serie de ataques profundos en contra de la propiedad capitalista en la agricultura, la industria y las finanzas y ha lanzado un ambicioso programa de mejoras sociales y culturales para las masas trabajadoras nicaragüenses. Ha comenzado a construir su nuevo poder armado a través del EPS y de la policía sandinista. Su política radical le ha ayudado al FSLN para impulsar el desarrollo de organizaciones proletarias a través de los CDS, los sindicatos y otras organizaciones de masas. Ha continuado impulsando las movilizaciones de masas; la más reciente una manifestación el 7 de noviembre en honor del fundador del FSLN, Carlos Fonseca Amador, en la que salieron 100 mil personas a las calles de Managua, la concentración más grande desde la caída de Somoza.

Las estructuras y el sentido del desarrollo establecidos a través de todas estas medidas, indican que este nuevo régimen no solo ha quebrado el poder armado de la burguesía sino que ha desplazado el poder político de los capitalistas, ha tomado pasos decisivos para impedir el establecimiento de un régimen burgués, y se ha rehusado a subordinar los intereses de los explotados a las necesidades de la burguesía, tanto nacional como internacionalmente.

Todo esto apunta hacia la conclusión de que el régimen encabezado por los sandinistas en Nicaragua en estos momentos no es ni burgués ni proletario. Es un *gobierno obrero y campesino,* del mismo tipo que describe el Pro-

grama de Transición como "un gobierno independiente de la burguesía" y en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista como un gobierno que "nace de la lucha de las masas, que es apoyado por los organismos de los trabajadores que son capaces de luchar, organismos creados por los sectores más oprimidos de las masas trabajadoras".

Al reconocer al nuevo gobierno en Nicaragua como gobierno obrero y campesino, queremos decir:

a. Que tiene su origen en un movimiento antidictatorial y antiimperialista con un programa político radical.
b. Que su toma del poder fue el resultado de la lucha popular de las masas, que culminó en una guerra civil y en insurrecciones urbanas de gran envergadura.
c. Su resolución de combatir y desarmar la contrarrevolución.
d. Que tiene una tendencia a responder a las demandas populares de tomar medidas en contra los explotadores urbanos y rurales y en contra del imperialismo, y
e. Que su fuerza dirigente, el FSLN, con todos sus titubeos y limitaciones políticas tiene una capacidad para llevar a cabo medidas en contra del poder político y económico de la burguesía y en contra de sus privilegios. La etapa precisa en el desarrollo de estas medidas no es decisiva para determinar el carácter de clase del régimen; el factor decisivo son la capacidad y la tendencia de la dirección de moverse en este sentido.

El gobierno obrero y campesino nicaragüense, a pesar de sus muchas características originales, es similar a los regímenes descritos por la IV Internacional que surgieron y gobernaron en Cuba de mediados de 1959 hasta fines de 1960 (cuando se consumó la expropiación de la burguesía y la consolidación de un estado obrero), y en Argelia, desde fines de 1963 hasta mediados de 1965 (cuando Boumedienne derrocó a Ben Bella y restauró un régimen capitalista estable). La aparición de gobiernos de este tipo fue prevista en las "Tesis sobre la Táctica" adoptadas por el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista y señalado por Trotsky en el Programa de Transición como un desarrollo que podría conducir al establecimiento de un estado obrero.

Mientras que el gobierno obrero y campesino nicaragüense es independiente políticamente de la burguesía, el poder económico y social de esta ultima hasta ahora solo ha sido debilitado, y existen muchos vestigios de la vieja estructura de estado.

Personalidades burguesas y pequeñoburguesas tienen puestos en el gobierno. La propiedad y el control capitalista de los principales sectores de la industria, del comercio y de la agricultura no han sido destruídos, lo que significa que la naturaleza de clase del estado continúa siendo burguesa.

Si esta contradicción entre el gobierno obrero y campesino no es resuelta por una expropiación total de la gran burguesía imperialista y la burguesía nacional y por el desconocimiento de la deuda externa, los capitalistas —sostenidos por Washington, las organizaciones financieras internaciuonales y los regimenes capitalistas de América Central y del Sur— utilizarán sus posiciones económicas y las dificultades económicas crecientes para zapar el poder del nuevo gobierno, sabotear la reconstrucción económica, engendrar la división de los trabajadores, reconstruir su propio poder político y militar y derribar el proceso revolucionario entablado por las masas nicaragüenses bajo la dirección del FSLN.

6. A pesar de que el proceso revolucionario que se està desarrollando en Nicaragua tiene muchas cosas en común con lo que ocurrió bajo el gobierno obrero y campesino que se estableció en Cuba y Argelia, cada uno tiene sus características particulares.

En Nicaragua el establecimiento de un gobierno obrero y campesino después de la caída de la dictadura no fue precedido por un periodo dónde el poder fuera ejercido por una coalición burguesa inestable. En Cuba y en Argelia, el poder político y la influencia de los personajes burgueses en el gobierno durante el comienzo de la revolución eran mucho mayores que la influencia y el poder político de los personajes burgueses en Nicaragua. Como resultado de esto, estos personajes burgueses se sintieron con mayor confianza para poder resistir abiertamente u oponerse a la purga del viejo aparato de estado y a la aceleración de las movilizaciones de masas y la acumulación de las medidas radicales encaminadas a llevar a cabo los programas del Movimiento 26 de Julio en Cuba y del FLN en Argelia. De esta manera, el paso de un gobierno de coalición burguesa hacia un gobierno obrero y campesino tanto en Cuba como en Argelia estuvo marcado por las medidas y movilizaciones radicales de masas en su apoyo y por cambios en la composición del gobiernoEn Cuba, Dorticos reemplazó a Manuel Urrutia como presidente, el Che Guevara reemplazó a Felipe Pazos como director del Banco Nacional, y la renuncia del embajador de Cuba en Washington, Miro Cardona; en Argelia, el paso fue marcado por las sucesivas caídas de Mohammed Khider, Ferhat Abbas y de otros dirigentes burgueses.

En Nicaragua, el impacto inicial de la profundización de la situación revolucionaria, encontró su expresión, al nivel gubernamental, en las decisiones tomadas por el FSLN. En vista de la relación de fuerzas entre las clases instauradas por las insurrecciones urbanas de masas, decidieron postergar la instalación del Consejo de estado y reestructurar su composición de clase. Crearon un aparato gubernamental donde el poder importante de decisión recaía claramente desde el comienzo en las manos del FSLN, a pesar de la participación de personalidades burguesas. En esto, el régimen difiere de los primeros regimenes argelino y cubano instalados inmediatamente después de la liberación.

En estos países, sin embargo, como en Nicaragua, en el momento en que surgió un gobierno obrero y campesino todavía participaban figuras burguesas en el gobierno (en Cuba algunas de éstas no fueron purgadas sino hasta principios de los sesenta y en Argelia algunos no fueron purgados nunca).

La aceleración de las movilizaciones y las organizaciones de masas y la acumulación constante de medidas anticapitalistas se ha enfrentado con la resistencia de la muy debilitada burguesía nicaragüense. Pero la mayoría de los capitalistas nicaragüenses todavía temen que una provocación abierta o una confrontación frontal en estos momentos pueda repercutir en contra de ellos. Dentro del gobierno, los personajes burgueses tratan de usar su poder de veto *de facto* —en tanto se lo permita la relación de fuerzas— en contra de las medidas más radicales. Así que hasta ahora, no ha habido renuncias acusasoras u obstrucciones recalcitrantes que obliguen al FSLN a remover a estas figuras burguesas.

El curso del nuevo gobierno nicaragüense, más consecuentemente radical desde su primer día en comparación con los regímenes de coalición tanto en Cuba como en Argelia, refleja su diferente naturaleza. Los personajes burgueses en las coaliciones en Cuba y Argelia llevaron a cabo, medidas antiobreras y abiertamente intentaron por

ejemplo impedir las medidas progresistas; la resistencia, en base a la constitución de 1940, por parte de la Suprema Corte burguesa a la reforma agraria de la dirección de Fidel Castro y los intentos desde dentro del gobierno para restablecer un ejército burgués, los que precipitaron las confrontaciones de clase en Cuba que condujeron a la creación de un gobierno obrero y campesino.

La mayor velocidad de los acontecimientos en Nicaragua puede ser explicada principalmente por el carácter insurreccional de la victoria en ese país, que impulsó el desarrollo de organizaciones de las masas trabajadoras urbanas y rurales en una escala que no tuvo paralelo en Cuba. Fue debido al brutal cambio en la correlación de fuerzas entre las clases creada por este ascenso masivo que el FSLN pudo aprovechar la oportunidad —una oportunidad inesperada— para llevar a cabo una purga preventiva del poder político capitalista y que pudo arrancar tan rápidamente hacia un curso que divergía radicalmente de sus anteriores acuerdos con las fuerzas burguesas en la oposición antisomocista.

En Argelia el proceso revolucionario fue menos avanzado en cuanto a una serie de cuestiones claves durante el periodo del gobierno obrero y campesino en ese país que en Nicaragua hoy. Por ejemplo, los sectores minero, de los bancos y las aseguradoras permanecieron en manos de los capitalistas y el gobierno del FLN no impuso controles radicales como los que ha establecido el gobierno dirigido por el FSLN sobre la moneda o el comercio.

En Cuba, el conflicto entre el gobierno obrero y campesino —establecido a mediados de 1959— y el estado burgués quedó resuelto en el periodo de agosto-octubre de 1960, con el establecimiento del monopolio estatal sobre el comercio exterior, la culminación de las expropiaciones agrarias y la nacionalización de virtualmente toda la industria cubana y norteamericana. A pesar de la ausencia de un partido leninista, las medidas anticapitalistas llevadas a cabo por la dirección revolucionaria fidelista en base a movilizaciones de las masas trabajadoras ya no podían haber sido revertidas sin una guerra civil a gran escala apoyada totalmente por una intervención masiva del imperialismo yanqui. Un estado obrero había sido establecido.

En Argelia, por otra parte, fue interrumpido el proceso revolucionario iniciado con el surgimiento de un gobierno obrero y campesino en 1963, bajo la dirección de Ahmed Ben Bella. A diferencia de la dirección fidelista, Ben Bella respondió a las presiones de la derecha —presiones que fueron impulsadas por el imperialismo francés— evitando el curso de las movilizaciones de masas y la creación de milicias, tratando de frenar el ritmo de los cambios. El gobierno obrero y campesino comenzaba a derrumbarse. Cuando el comandante del ejército Houari Boumedienne aprovechó las vacilaciones de la dirección y el reflujo de las movilizaciones para llevar a cabo un golpe en junio de 1965, el gobierno argelino cambió de dirección y revirtió muchas de las medidas progresistas que había adoptado anteriormente. Un gobierno capitalista fue instaurado y el estado capitalista fue preservado y reforzado.

En Nicaragua, el resultado de esta contradicción fundamental entre el carácter de clase del gobierno obrero y campesino y el estado capitalista, todavía no se ha resuelto.

El hecho de decir que en Nicaragua hoy en día existe un gobierno obrero y campesino de ninguna manera implica que un estado obrero será automáticamente el resultado del proceso. Los grandes conflictos de clase que van a resolver esta cuestión todavía están por delante. Al mismo tiempo que el gobierno obrero y campesino avanzan en pos de sus demandas, los imperialistas y la burguesía nicaragüense van a asestar golpes que tendrán que ser enfrentados con contragolpes. Cada nuevo ataque en contra de la propiedad y a las prerrogativas de los capitalistas va a encontrar una resistencia más dura por parte de la reacción. Se darán rupturas abiertas dentro del gobierno y dentro de todas las demás instituciones nicaragüenses.

Un gobierno obrero y campesino, por naturaleza es una formación inestable y transitoria; tiene que avanzar hacia el establecimiento de un estado obrero o por incapacidad a quebrar radicalmente el poder económico de la burguesía, *dar marcha atrás* y abrir el camino hacia la restauración del poder político capitalista y a la preservación del estado burgués. La manera en que esta situación inestable será resuelta en Nicaragua depende en gran medida de la capacidad del FSLN para responder correctamente a la iniciativa de las masas, a educarlas, a movilizarlas con éxito. Las masas deberán hacer fracasar las amenazas contrarrevolucionarias en el interior de Nicaragua y al otro lado de sus fronteras. Y deben considerar la probabilidad de una intervención militar norteamericana directa tendiente a impedir la victoria de un segundo estado obrero en el hemisferio occidental.

7. El FSLN fue formado a comienzos del año 1960 bajo el impacto de la revolución socialista en Cuba. Fue capaz de recoger las tradiciones de la lucha antiimperialista radical simbolizada por el ejército rebelde obrero y campesino de Augusto César Sandino de los años 20 y comienzos de los 30.

Desde sus orígenes, el FSLN fue moldeado por su fuerte identificación con la experiencia y evolución marxista del equipo de Castro-Guevara y de la revolución cubana. Teniendo una composición social similar, se inició con una ventaja sobre el Movimiento 26 de Julio: la capacidad de aprender del ejemplo del estado obrero cubano y de la posterior evolución política, de las experiencias, y de las fallas iniciales del equipo dirigente fidelista. Además, muchos cuadros del FSLN fueron reclutados tras la radicalización mundial de los años 60 y 70 y dieron una mayor atención a las ideas marxistas, incluyendo las de Lenin y Trotsky, que los primeros cuadros del Movimiento 26 de Julio.

Bajo el impacto de las derrotas militares de las unidades guerrilleras en los años 60 y el enorme crecimiento del proletariado urbano y de la población semiproletaria en esa década y a comienzos de los 70, se desarrolló una discusión en el FSLN sobre una evaluación de su estrategia guerrillera. Ello condujo a una división en 1975 en tres tendencias que posteriormente se convirtieron en tres fracciones públicas separadas. Sus diferencias reflejaban debates sobre la relación de la lucha armada y la movilización de masas, los respectivos papeles de los trabajadores urbanos y rurales, la relación entre la lucha militar y lucha política y el planteo y los límites aceptables de pactos con la burguesía opositora.

En ultima instancia, esas diferencias se reducían a puntos de vista diferentes en relación con una sola cuestión central: *como derrocar a Somoza y deshacerse de la dominación imperialista en Nicaragua*. La respuesta la daría la práctica antes del fin de la década.

El contenido político de esos debates reflejaban la maduración de las condiciones objetivas para el derrocamiento de Somoza y contribuyeron a la educación política global y al desarrollo de las tres tendencias. Desafiados a enfrentar las responsabilidades planeadas por la aceleración de los desarrollos revolucionarios, las

tendencias alcanzaron un acuerdo de unidad de acción en junio de 1978 y se reunificaron en diciembre de ese año. Sus organismos dirigentes se fusionaron y las viejas divisiones en la base fueron desapareciendo, en tanto que las tareas planteadas por la lucha de clases en ascenso resolvían en la vida muchas cuestiones disputadas anteriormente.

La dirección del FSLN fue afectada profundamente por el alcance y poder —en gran medida imprevisto— de las movilizaciones urbanas de 1978-79 y por la extensión de los comités y milicias populares —unas veces por la iniciativa del FSLN, muchas veces a través de la emulación espontánea de las masas.

El proceso revolucionario dió un poderoso impulso a la superación de la etapa democrática burguesa que el FSLN, en vísperas de la insurrección, había considerado inevitable.

El curso real de la insurrección condujo al FSLN a adoptar una orientación cada vez más anticapitalista. Este curso ha demostrado el deseo y la capacidad del FSLN para aprender y responder a las acciones y aspiraciones de los obreros y campesinos. Confiando en la organización y movilización de las masas, el FSLN deliberadamente ha buscado orientar el proceso que ha producido un gobierno obrero y campesino. Esto encaja con sus esfuerzos por aprender de la experiencia cubana.

Siguiendo con empeño el modelo de la revolución cubana y de la dirección fidelista, el FSLN pasó por encima del estalinismo y la socialdemocracia y ha sido capaz de llevar adelante una lucha intransigente y victoriosa contra Somoza y los imperialistas que lo apoyaron, abriendo la puerta a la lucha por un segundo estado obrero en Amércia.

Los progresos que han sido ya registrados bajo la dirección del FSLN, como la victoria en Cuba del Movimiento 26 de Julio 20 años antes, representan un golpe asestado al estalinismo mundial. El fundador del FSLN, Carlos Fonseca Amador, rompió con el Partido Socialista Nicaragüense (PSN) —el partido estalinista nicaragüense— y el FSLN se construyó en oposición a aquél. Desbordando a los estalinistas *en la acción*, el FSLN les ha privado la posibilidad de afirmar que eran la única corriente que siempre estuvo a la cabeza del levantamiento revolucionario de masas. Y mostrándose inflexible en la lucha cuando estuvieron a la cabeza de la insurrección de masas proletarias y plebeyas y a pesar de us propia confusión y sus limitaciones políticas, los sandinistas dieron una alternativa viva frente a la línea estalinista de la "revolución por etapas" que subordina los intereses de los trabajadores a los intereses de la burguesía. La revolución dirigida por el FSLN en Nicaragua ha reforzado pues la corriente revolucionaria al interior del movimiento obrero internacional y ha modificado la relación de fuerzas contra el campo estalinista.

Aunque exprese su deseo de instaurar un poder obrero y campesino en Nicaragua, la dirección del FSLN, no se ha dado aún un programa leninista que podría garantizar una solución positiva de la contradicción que existe entre el gobierno y el estado.

La orientación del FSLN demuestra que sería un grave error poner cualquier límite *a priori* al grado en que podrían avanzar sus dirigentes y sus cuadros ante el desarrollo de la revolución en Nicaragua.

El FSLN ha anunciado su intención de lanzar un partido de vanguardia enraizado en las masas. La construcción de un partido proletario socialista revolucionario, dentro del cual la vanguardia política de la clase obrera nicaragüense pueda democráticamente debatir y decidir las cuestiones importantes que encarna la revolución, sería un paso importante en el avance y la consolidación de las conquistas de las masas trabajadoras y en la expropiación de la burguesía que subsiste.

8. El imperialismo norteamericano fracasó en sus primeros esfuerzos por salvar a Somoza y luego por salvar, en las semanas finales, el somocismo sin Somoza. Los intentos de Washington, a través de los gobiernos de Costa Rica, Venezuela, Panamá y otros países latinoamericanos, para asegurar la instalación de un gobierno dominado por la burguesía tuvieron el mismo éxito que su propuesta de una intervención militar conjunta patrocinada por la Organización de Estados Americanos o, al final, su expedición militar directa en el norte de Costa Rica en vísperas de la caída de Somoza: arruinando las esperanzas de la clase dominante norteamericana, el gobierno que se consolidó no solo incluía al FSLN, sino que fue uno en el que los sandinistas tenían el poder político decisivo.

La caída de Somoza y la rápida evolución de un gobierno obrero y campesino en Nicaragua ha tenido un profundo impacto en Centro América, especialmente en El Salvador, y a todo lo ancho y largo del Caribe. Este fue un gigantesco golpe a los esfuerzos del imperialismo por aislar a la revolución cubana y reforzar a los gobiernos capitalistas del continente latinoamericano; hoy en día es Washington el que se enfrenta al aislamiento en Centro y Sud América y en el Caribe.

La incapacidad de Washington, hasta la fecha, de intervenir directa y militarmente en Nicaragua refleja fundamentalmente dos factores: 1) La profunda solidaridad de las masas trabajadoras latinoamericanas con la lucha nicaragüense y el consiguiente costo político para cualquier gobierno que se identifique abiertamente con la política contrarrevolucionaria del imperialismo norteamericano; 2) Las severas limitaciones al uso directo del poderío militar norteamericano, como resultado de las actitudes antiguerra a causa del Vietnam y la desconfianza entre los trabajadores norteamericanos en cuanto a las metas de la política exterior de Estados Unidos.

Sin embargo, pese a estos reveses iniciales, se descarta que Washington observara pasivamente como "otra Cuba" es establecida en su propio patio. Además, es muy consciente que cada agudización del proceso revolucionario en Nicaragua tendrá profundas ramificaciones desde Granada a El Salvador y por todo Centroamérica y el Caribe.

La meta del imperialismo es contener, detener, desbaratar, y, en el momento preciso, aplastar la revolución nicaragüense. Sus dos cartas más fuertes para lograr estas metas, además del chantaje económico del imperialismo mundial, son: 1) el deseo de la burocracia del Kremlin de evitar cualquier amenaza a sus relaciones diplomáticas con Washington, fruto de su política global de coexistencia pacífica con el imperialismo; y 2) el propio poder militar de Washington.

Los gobernantes norteamericanos adoptaron inicialmente una postura abiertamente agresiva hacia la revolución, contra las medidas radicales y contra una asociación demasiado estrecha con Cuba por parte del nuevo gobierno. De esa forma los imperialistas buscaban fortalecer a lo que esperaban sería un ala burguesa políticamente viable en el gobierno. Cuando se hizo claro que el FSLN tenía el control político de la situación, los medios de comunicación del imperialismo, especialmente en Estados Unidos, hicieron un notable giro en su tratamiento de los eventos en Nicaragua, a partir de finales de agosto. Este giro reflejó el juicio táctico del imperialismo de que el uso descarado de la fuerza, o la abierta amenaza



de emplear la fuerza, podrían ser contraproducentes políticamente a corto plazo.

Las noticias de Nicaragua virtualmente desaparecieron de los diarios y de los noticieros. Y los editoriales bajaron el tono a sus tempranas advertencias sobre los peligros de un gobierno dirigido por el FSLN.

Las tácticas del imperialismo hoy giran en torno a mantener una apariencia exterior de justicia y amistad hacia el nuevo gobierno, al mismo tiempo que explota la devastación económica para detener y preparar la reversión del proceso revolucionario. Somoza inflingió una destrucción masiva al país durante el ultimo año de su gobierno. Más de 35.000 personas fueron muertas solo el año pasado y 100.000 fueron heridas. Los daños a escuelas, hospitales y servicios sociales ascienden a 80 millones de dólares. La producción agrícola fue severamente trastornada; y el 40% de la población quedó sin suficientes alimentos. Más de la mitad de la población activa está desempleada y una cuarta parte de las fábricas industriales fueron dañadas por las bombas de Somoza.

Todo esto se sumó a la creciente miseria causada por el temblor de 1972 (Somoza robó millones de dólares de la ayuda internacional para la reconstrucción, para expandir su imperio financiero personal); a las otras consecuencias de la corrupción a gran escala de la dictadura; y a los golpes de la crisis económica del capitalismo mundial. Tales problemas serán exacerbados con la inevitable penuria de bienes alimenticios que se desarrollará en la primavera de 1980.

Tomando ventaja de esta dislocación social y económica, Washington busca limitar el envio de ayuda a Nicaragua para intensificar las presiones que hoy pesan sobre el gobierno dirigido por el FSLN y sobre la moral de las masas nicaragüenses. La administración Carter promete créditos (ayuda y préstamos) pero todavía no se ha desembolsado un centavo. Al mismo tiempo, una cierta cantidad de ayuda de sus aliados imperialistas está siendo enviada no al gobierno sino a los proyectos destinados a fortalecer los vínculos imperialistas con el sector privado y para reforzar los puntos de apoyo que aún les queda a la burguesía nicaragüense. La política en su conjunto consiste en ganar tiempo para los capitalistas nicaragüenses y contar con las presiones económicas venideras para dividir a la pequeña burguesía y sectores de las masas

trabajadoras, esperando así desmovilizar gradualmente a las masas y dividir al mismo FSLN.

Los imperialistas organizan las presiones ejercidas contra Nicaragua por sus instituciones financieras internacionales, por su dominación del comercio y de la distribución en el comercio capitalista mundial; por la burguesía latinoamericana, quienes desesperadamente temen a una nueva Cuba; y por el aparato internacional de la socialdemocracia, la cual es un instrumento político del capitalismo mundial, en especial de las potencias de Europa Occidental.

Mientras tanto, Washington al mismo tiempo que intenta socavar la campaña de solidaridad internacional con Nicaragua, evita toda campaña pública de propaganda contra la revolución sandinista. Busca proyectar la imagen de que la ayuda está dándose y que no hay peligro de una intervención militar orquestada por el imperialismo. Espera, incluso, fertilizar la automática reacción sectaria entre algunos radicales, que si Washington no se queja abiertamente, debe ser porque el gobierno nicaragüense debe estar traicionando a las masas. Desafortunadamente, la izquierda pequeño burguesa en Estados Unidos en gran parte ha caído en la trampa aunque su gobierno es la principal amenaza para Nicaragua. Aquellos que no están aún llamando al derrocamiento del nuevo gobierno y denunciando al FSLN, están remedando la información en la prensa burguesa y absteniéndose de participar en los esfuerzos de solidaridad.

Mientras tanto, las necesidades de ayuda a Nicaragua no se están cumpliendo. Y existe un peligro real y creciente de intervención militar conectado a los conflictos con la burguesía nicaragüense o a las explosiones sobre la extensión de la revolución nicaragüense.

El gobierno norteamericano y el de Honduras está ayudando y colaborando con unidades de la Guardia Nacional somocista. Además, Washington ha lanzado una agresiva campaña en el Caribe y renovado los llamados a favor de una "fuerza militar pacificadora" en Latinoamérica. A mediados de noviembre, unidades de la Guardia Nacional, algunas de ellas integradas al ejército de Honduras, comenzaron a llevar a cabo incursiones en Nicaragua para librar batallas contra el FSLN. La fuerza aérea hondureña comenzó incursiones aéreas ilegales sobre Nicaragua.

Diplomáticos nicaragüenses se han enfrentado a hostigamientos intensos —incluso arrestos y golpes— en la capital de Honduras, a tal punto que la Junta ha llamado a todo el personal de la embajada de Tegucigalpa menos al encargado de negocios. El silencio de Washington con respecto a estos ataques contra los emisarios de Managua en Honduras contrasta violentamente con sus gritos y alaridos sobre los acontecimientos de Teherán que se desarrollaron en la misma época.

9. En setiembre, Washington lanzó una nueva serie de amenazas contra Cuba, con el pretexto que una "brigada de combate" soviética estaba acantonada en ese país. Esto estaba ligado a la vez a las tentativas del gobierno norteamericano de desacreditar la dirección cubana en la Conferencia de No Alineados y a las presiones ejercidas sobre Nicaragua.

El gobierno cubano ha respondido con entusiasta solidaridad y con ayuda material a Nicaragua. Ha emitido un desafío al gobierno norteamericano a una emulación para ver quien puede proveer más ayuda para la reconstrucción de Nicaragua. Además, Washington sabe que Cuba está ayudando al nuevo gobierno de la isla de Granada y a grupos de liberación de América Central. El 30 de septiembre, en una entrevista televisada a nivel nacional por la CBS de Estados Unidos, Fidel Castro respondió a una pregunta sobre la ayuda a los opositores de la dictadura en El Salvador: "Ni lo confirmo ni lo niego. Lo proclamo como un derecho; es más, como un deber".

Por encima de todo, los gobernantes norteamericanos saben que la ayuda cubana a Nicaragua contribuye a contrarrestar las presiones imperialistas y que asimismo fortalece la capacidad del gobierno dirigido por el FSLN para reconstruir a Nicaragua bajo las líneas socialistas. Los imperialistas saben que el FSLN ve al estado obrero cubano como un modelo de desarrollo económico y social.

Y los imperialistas están convencidos de que Cuba, como ha hecho en el continente africano, ayudará a Nicaragua en el caso de un ataque directo norteamericano o un ataque montado por Estados Unidos contra Nicaragua, planteando una posible confrontación de proporciones internacionales.

Las maniobras de Carter en el Caribe también son una advertencia a la Unión Soviética. Washington está diciendo al Kremlin que no tolerará ninguna ayuda substancial soviética a Nicaragua. Y, presiona a Moscú, para que éste presione a los cubanos a no dar ayuda a Nicaragua y a no realizar sus demás actividades internacionalistas.

Cuba no obstante ha aclarado que no se dejará intimidar. Ha respondido a las maniobras de Carter expresando que la "dignidad y la soberanía de Cuba, su derecho de defenderse a sí misma por cualquier medio que considere apropiado, así como su política internacionalista, se mantendrán incólumes". Y no es casual que Fidel haya incluido a "nuestras naciones socialistas hermanas" en su llamado a una emulación en la campaña de ayuda a Nicaragua.

Contrastando con la política antiimperialista de la dirección fidelista, la burocracia estalinista del Kremlin busca obtener concesiones comerciales y diplomáticas del imperialismo a cambio de ejercer su poder e influencia para sabotear las luchas revolucionarias. Actualmente, Moscú ha atendido las advertencias de Washington, y no ha dado la ayuda que Nicaragua tanto necesita. Y siguiendo el ejemplo moscovita, los partidos estalinistas del mundo han informado poco sobre la revolución nicaragüense en su prensa y no han usado su influencia para montar campañas de solidaridad.

Las agresivas maniobras de la administración Carter en los pasados meses, junto con el hecho de que Moscù se niega a proveer ayuda masiva a Nicaragua y que abiertamente apoya al nuevo régimen militar en El Salvador, demuestran que la defensa de Cuba contra las presiones imperialistas y la lucha para terminar el bloqueo económico, están ligadas a la defensa de la revolución nicaragüense.

10. Hasta el momento, a los sandinistas todavía les falta el programa leninista y el partido proletario centralista democrático que los capacitaría de la mejor manera para confrontar los desafíos y las oportunidades que enfrentan. Además, el FSLN encara grandes obstáculos: dislocación económica, que producirá grandes dificultades —y conflictos de clase— en los meses iniciales de 1980; la falta de cuadros políticos experimentados; la relativa juventud de las organizaciones de masas; el atraso cultural impuesto por la subyugación imperialista; y las maniobras del imperialismo y la burguesía local.

Hasta el momento el curso seguido por el FSLN, junto con la creciente militancia y la conciencia política de clase de los trabajadores, no amerita una actitud pesimista.

Ante la amenaza de intervención imperialista y de la subversión contrarrevolucionaria, los Sandinistas han impulsado rápidamente la construcción de un ejército revolucionario profesional, así como una nueva policia bajo el control del FSLN. También han anunciado planes para construir amplias milicias basadas en los lugares de trabajo, y han lanzado a los CDS a la lucha contra el terror derechista. Pero las amenazas militares directas no son el único peligro de la revolución.

Las leyes económicas fundamentales de la economía permiten la acumulación de capital y la expansión del poder económico capitalista sobre la base de los grandes bloques restantes de propiedad privada de los medios de producción.

El caos económico dejado por Somoza es el factor objetivo más importante que actúa en beneficio de los explotadores dentro y fuera de Nicaragua, a pesar de las medidas que ya ha tomado el gobierno en lo que respecta a la salud, la educación y otras áreas del bienestar social. Se ha impuesto una situación de austeridad en el país.

Conforme el gobierno ha tomado medidas correctas para revivir un mínimo de la producción industrial y agrícola, que incluye el sector privado, el poder económico de la burguesía y los peligros inevitables asociados con ese poder, se hacen cada vez más claros.

A cambio de la restauración de la producción, los capitalistas insisten en obteneer ciertas garantías, como créditos, concesiones en materia monetaria, el relajamiento de los controles al comercio, y la seguridad de que las demandas salariales que resulten de la creciente sindicalización de los trabajadores no serán de tal magnitud que recorten las ganancias. Se desarrollará una confrontación en torno a estas cuestiones.

La burguesía retiene sus Cámaras de Comercio y de Industria, que son apoyadas por sus homólogos en otros países de América Central y por las instituciones financieras internacionales. Mientras los partidos políticos de la burguesía —los socialdemócratas, socialcristianos, conservadores, demócratas y otros— tienen una influencia popular muy escasa, no obstante sirven como vehículo para organizar campañas contra el gobierno y las organizaciones de masas. La jerarquía de la iglesia católica retiene alguna credibilidad entre las masas nicaragüenses, sirviendo como otro instrumento potencial de reconstrucción del poder político burgués.

El instrumento de propaganda burguesa más importante en este respecto es La Prensa, el diario principal del país, pero incluso éste se ve todavía limitado por la necesidad, dadas las condiciones de Nicaragua, de abrir sus páginas todos los días a los dirigentes del FSLN, planteando la perspectiva sandinista o respondiendo a las críticas que se hacen al gobierno o al FSLN.

La presencia de figuras burguesas en la Junta y el gabinete no es solo decorativa. Es expresión del hecho que la contradicción entre el carácter de clase del gobierno obrero y campesino y el estado burgués queda por resolverse. Al ser golpeado el gobierno por las presiones de las clases en conflicto, por las iniciativas y contrainiciativas de los trabajadores y los explotadores, el movimiento va hacia delante o para atrás en cuanto al establecimiento de un estado obrero encontrará su reflejo en los cambios de personal de la junta, los ministros y la banca central.

Sin embargo, sería un error sectario concluir en base a esto que se pueda avanzar hacia una resolución progresiva de esta contradicción por medio de la propaganda o la agitación sobre el tema "ministros burgueses fuera del gobierno". Tal esquema hace caso omiso de la localización real del poder militar y político, el profundo carácter de la quiebra de la continuidad con el viejo régimen, la serie progresiva de medidas radicales por parte del nuevo gobierno obrero y campesino y el proceso real a través del cual las masas avanzarán en su conciencia para llevar adelante la revolución. Es ultraizquierdismo infantil de la peor especie provocar deliberadamente una confrontación prematura con la burguesía sobre el asunto de la composición de la Junta.

Decisivos conflictos nacerán de la intensificación de las lucha de clases y se reflejarán en el gobierno, entonces, las fuerzas burguesas en el gobierno se harán conocer por sus errores, entonces será el momento de luchar por su salida.

Los capitalistas nicaragüenses enfrentan el creciente poder del ejército y la policía sandinistas, los CDS, la ATC las organizaciones de las mujeres y la juventud. El FSLN ha buscado organizar y fortalecer estas organizaciones de masas. Ha buscado ampliar su poder, incluyendo el que tomen mayores prerrogativas gubernamentales. Estimula la organización democrática de estos comités a nivel de barrio o de zona. Y ha concebido la próximo etapa como su consolidación a nivel municipal. Ha sido celebrada ya una reunión nacional de militantes de los CDS, y ha sido instalado un Consejo Nacional provisorio de los CDS. Deben celebrarse a fines de diciembre congresos de la ATC y de la CST.

De otro lado, la burguesía nicaragüense está opuesta de manera virulenta a que se le atribuya cualquier tipo de autoridad gubernamental a estas organizaciones, insistiendo en que son simplemente organismos del FSLN. Esta disputa se ha reflejado en un debate público.

La coordinación y centralización de estas organizaciones de masas a un nivel municipal, departamental y nacional junto con la extensión del control obrero sobre todas las áreas de la producción y la actividad económica, tanto en el área privada como en la nacionalizada debilitaría aún más el poder social y económico de los capitalistas y agudizaría los conflictos de clase. Tales pasos prepararían el camino para el establecimiento de un estado obrero sobre la base de organizaciones de masas como éstas, y la generalización del control obrero en evolución hacia una gestión obrera, como la participación democrática por parte de los trabajadores en la planificación económica y social a nivel nacional.

Las perspectivas de un desarrollo hacia la institucionalización de la democracia obrera en este sentido muestra el error sectario de exigir que el gobierno de Nicaragua debe organizar la elección de una Asamblea Constituyente. Los que adelantan esta consigna del movimiento de izquierda esperan promover la falsa idea de que el gobierno es un régimen burgués de coalición, o que el FSLN está privando a las masas de sus derechos democráticos para reconsolidar el poder capitalista. Sin embargo, son estos mismos sectarios los que contraponen un esquema al proceso por medio del cual las masas trabajadoras nicaragüenses ya han comenzado a imponer su propio poder contra el enemigo de clase. No hay que asombrarse de que las variaciones sobre el mismo tema son una de las quejas que hacen los burgueses contra los sandinistas.

El que el FSLN haya planteado su intención de desarrollar las organizaciones de masas como la base del poder popular en Nicaragua abre el marco más positivo, como ha explicado *Barricada*, para que las masas creen "sus propios medios de resolver sus problemas políticos, sociales y económicos", "para defenderse contra sus enemigos y consolidar la revolución". Es esta dinámica de la revolución a la que se opondrán los capitalistas, exi-

giendo que la junta dé pasos para regular y frenar la extensión de los poderes de las organizaciones de masas.

11. El éxito del FSLN, y de los trabajadores revolucionarios que se les unan en la construcción de un partido de vanguardia basado en las masas, será un factor de extrema importancia para aumentar las posibilidades de que el gobierno obrero y campesino culmine en la instauración de un estado obrero que luche efectivamente por defender y extender la revolución. Ningún otro elemento es más importante para la consolidación de las conquistas de la revolución que forjar un partido de la clase trabajadora nicaragüense, que tome la dirección política en la construcción de un sistema centralizado y democrático de consejos obreros y campesinos para tomar el poder.

Para combatir el sabotaje capitalista y reconstruir a Nicaragua se necesitará un intercambio cada vez más amplio de puntos de vista dentro del campo de las masas trabajadoras sobre sólo mejor avanzar a resolver los problemas que se presenten. La mayor democracia posible y el cultivo de un ambiente que aliente la libre expresión de ideas sólo puede fortalecer la revolución y el compromiso de las masas con ella. Este es el único medio para apelar al talento de los trabajadores y campesinos, cuya participación cada vez mayor en el movimiento revolucionario para conformar de manera abrumadora sus cuadros y dirigentes, debe impulsarse.

Es natural que aparecerán diferentes corrientes de pensamiento, incluso entre los obreros más avanzados y dentro de su partido de vanguardia. Surgirán varias tendencias o partidos, que reflejan el desarrollo desigual de la conciencia de clase entre los trabajadores. Los sandinistas saben por experiencia propia que entre revolucionarios pueden desarrollarse tendencias y diferencias políticas, incluso muy duras. Sin embargo, la impaciencia con los serios errores políticos y el comportamiento frecuentemente provocador de algunas organizaciones sectarias, llevaron en septiembre y octubre, a que el FSLN públicamente metiera en un mismo costal a los grupos sectarios y a los somocistas. Durante la campaña contra el terror derechista, lanzada bajo la consigna de "controlar al somocismo, defender la revolución", los "ultraizquierdistas" fueron mencionados en discursos, en la radio y en *Barricada* como parte de las fuerzas contrarrevolucionarias que había que aplastar. Se llevaron a cabo detenciones y otras medidas administrativas contra miembros de algunas de estas organizaciones sin presentación de pruebas de los crímenes, supuestos o reales, que podrían justificar tales medidas.

Para noviembre, se hizo evidente una modificación en la manera en que el FSLN trata a las organizaciones dirigidas por los sectarios. Los dirigentes del FSLN anunciaron que se había encontrado que los robos a bancos que habían sido atribuidos a las Milicias Populares Antisomocistas (MILPAS) (1), habían sido perpetrados por somocistas que se hacían pasar por radicales. Los discursos de algunos de los dirigentes del FSLN, al mismo tiempo que contenían afirmaciones contradictorias, incluían ofertas de abrir un "diálogo" con los grupos ultraizquierdistas. Además, todos los detenidos comenzaron a ser excarcelados.

Sin embargo, no ha habido aún una clarificación política definitiva de ello por parte de los dirigentes del FSLN.

(1) El Frente Obrero, brazo sindical de un grupo centrista con orígenes maoístas, que anteriormente se había escindido del FSLN, y que fue el blanco principal de la campaña antiultraizquierdista, contaba con un brazo armado durante la insurrección, que fueron las MILPAS.

Los estalinistas pro Moscú en Nicaragua, que siempre atacaron al FSLN como "ultraizquierdista", seguirán empujando en la dirección de obstruir la democracia obrera. Sus ataques realmente tienen como blanco las masas trabajadoras y todos los revolucionarios —incluso el FSLN— ya que su objetivo es detener a la revolución en la "etapa democrática-burguesa". Una política de represión en el seno del movimiento obrero les haría el juego.

Poner en el mismo plano al somocismo y la contrarrevolución con aquéllos que actúan bajo las influencias de las presiones e ideas pequeñoburguesas, podría llevar a una subestimación de los peligros que presenta el verdadero enemigo de clase —tanto entre los capitalistas que apoyaron a Somoza, aquéllos que se le opusieron por cualquier razón, o como sus poderosos aliados basados en Estados Unidos. A medida que se profundica la polarización de clases, será la burguesía la que impulsa la contrarrevolución.

La dirección revolucionaria debe distinguir con claridad entre aquéllos que funcionan dentro del marco de la revolución y los que —y de éstos habrán algunos— desertan al campo del enemigo de clase y cometen crímenes contra la revolución.

Los problemas a que se enfrenta la revolución nicaragüense son reales y no pueden ser superados de golpe. A veces es necesario dar concesiones tácticas a los capitalistas a fin de impedir trastornos económicos y enfrentamientos prematuros.

Los grupos sectarios están equivocados en su tendencia de considerar este tipo de concesiones como una violación de principios. Concesiones de este tipo son vitales en Nicaragua. Al mismo tiempo, estas organizaciones pueden reflejar, si bien de manera deformada, los sentimientos de algunos sectores de las masas.

A fin de conducir eficazmente a las masas, la vanguardia revolucionaria debe explicar abiertamente sus criterios a los trabajadores y campesinos cuando considere que las concesiones son necesarias.

Un elemento importante de este proceso de la interacción entre las masas y su vanguardia es el enfrentar políticamente a los ultraizquierdistas sectarios y explicar los errores de sus propuestas infantiles. Cualquier represión obstaculiza este proceso de clarificación política y dificulta aún más el ganar a estos cuadros a un curso verdaderamente revolucionario.

Además, los obreros y campesinos tomarán iniciativas que sobrepasan los planes inmediatos de la dirección. Esto es un elemento clave de todos los alzamientos revolucionarios y todas las victorias. La capacidad de la dirección de responder de manera positiva a tales iniciativas que busquen avanzar el proceso será un aspecto clave de la victoria de la revolución.

Las medidas contradictorias que adoptó el FSLN este otoño en cuanto a la represión de sus oponentes de izquierda son una excepción en su curso generalmente positivo hacia el desarrollo de las organizaciones populares de las masas y el respeto de los derechos democráticos. Si prevalece esta tendencia general, la dirección de la revolución nicaragüense, en lo que respecta a este importante aspecto, representará un avance significativo con respecto a Cuba y puede estimular en Cuba un movimiento hacia el desarrollo de formas democráticas de poder proletario basadas en consejos obreros y campesinos.

12. Dada la desesperante situación económica en Nicaragua, un objetivo urgente del gobierno ha sido

restablecer un mínimo nivel de producción en la industria privada y en las granjas grandes y medianas que están todavía en manos de sus antiguos propietarios. El gobierno ha hecho un llamamiento para conseguir ayuda de todos los países para obtener créditos y alimentos.

Sin embargo, como lo ha probado una vez más el ejemplo de Cuba, las necesidades de las masas no pueden ser satisfechas si se mantiene la propiedad privada de los medios básicos de producción. Las leyes de la acumulación capitalista van a distorsionar la economía del país y subordinarán el desarrollo económico real y las mejoras sociales al afán de lucro y a la explotación imperialista. Este sería el resultado inevitable del mantenimiento de una "economía mixta" tal y como está descrita en el programa del 9 de Julio del GRNN.

Así, la reconstrucción de Nicaragua en interés de los trabajadores y campesinos pobres hace que sea necesario extender el control obrero de la producción; hacer que los explotadores carguen con el mayor peso de los impuestos; repudiar todo intento por parte de las instituciones financieras imperialistas que buscan usar la deuda exterior como medida de presión; nacionalizar los latifundios, industrias, y grandes empresas que permanecen en manos del sector privado; desarrollar los CDS y los sindicatos y ampliar su autoridad; expropiar a los bancos y empresas imperialistas; establecer un monopolio del comercio exterior y así sentar los cimientos de una verdadera planificación económica y social.

Es en este camino que el sistema de explotación del trabajo y de la acumulación capitalista puede ser destruído. Una vez que este punto cualitativo haya sido rebasado y el estado obrero instaurado, las relaciones de propiedad capitalista podrán ser restauradas solo a través de una guerra civil total que requerirá una intervención militar masiva y despiadada por parte del imperialismo.

Estas medidas, por supuesto, marcarían la batalla final con la burguesía nicaragüense y sus apoyadores en Washington y en Wall Street. El FSLN ha actuado correctamente en base al reconocimiento de que los pasos que dé en esta dirección van mano a mano con, y deben ser precedidos de, un alza en la conciencia y en la organización de las masas trabajadoras. La lucha de clases debe ser llevada al campo. Los CDS, CST, ATC, el ejército sandinista y las nuevas organizaciones de jóvenes y de mujeres deben ser ampliadas y fortalecidas. Las nuevas milicias deben ser establecidas y entrenadas, el nuevo partido debe ser construido. Todo esto requiere tiempo y los enfrentamientos prematuros pueden, más que avanzar el proceso, echarlo atrás.

Al mismo tiempo que sería aventurero forzar el ritmo de la lucha de clases, también es cierto que el ritmo de la polarización y de la confrontación no puede ser controlado por planes preconcebidos. El ritmo lo dictarán los golpes y los contragolpes entre las masas y el FSLN, por una parte, y los explotadores por la otra. Con cada nuevo ataque contra la propiedad y las prerrogativas de los terratenientes y los intereses del capital, crece la posibilidad de que un sector de la burguesía plantee un reto abierto. Además de las medidas radicales adoptadas por el gobierno, los mismos obreros y los campesinos que sufren el peso de la situación económica, el sabotaje capitalista y la dislocación social tomarán iniciativas en el campo, en sus fábricas y en los barrios. Esto es lo que sucedió en Rusia, en Cuba y en todas las demás revoluciones socialistas; existe una acelerada interdependencia dialéctica entre los dirigentes y las iniciativas y respuestas de las masas, interrelación que con frecuencia no es anticipada por los dirigentes.

En las situaciones revolucionarias, sobre todo, la historia humana confirma la observación de Engels en el sentido de que cuando se ponen en movimiento fuerzas controladas, se desatan fuerzas incontroladas. Ninguna cantidad de preparación política puede anular esta ley de la lucha de clases. En vez de ello, el objetivo de tal preparación debe ser incrementar la confianza en sí mismas y la preparación de las masas *para responder* ante los nuevos cambios, defendiendo sus conquistas e impulsando el avance de sus luchas. Es aquí donde su conciencia, organización y movilización serán decisivas. Es correcto hacer concesiones al enemigo de clase cuando la relación de fuerzas no permite otra alternativa. Pero hay que decirles a las masas la verdad clasista sobre tales concesiones, para que puedan estar mejor preparadas para los peligros inherentes.

Todo esto muestra la importancia de un partido proletario marxista, revolucionario para unificar y dirigir a los trabajadores y a sus aliados en el logro de estas tareas y para derrocar al enemigo de clase. La formación de los cuadros iniciales de un partido así, entre la dirección y las filas del FSLN, facilitaría no solo la reconstrucción socialista de Nicaragua, sino que marcaría un avance para el conjunto del movimiento obrero internacional en la lucha por resolver la crisis histórica de dirección del proletariado.

13. Los acontecimientos en Nicaragua y la evolución política del FSLN ofrecen una enorme oportunidad y responsabilidad para la IV Internacional. Estos acontecimientos son un nuevo test para nosotros mientras luchamos para estar a la altura de nuestra tarea histórica, de resolver la crisis de dirección de la clase obrera mundial y de construir el partido internacional de la revolución socialista. Los cuadros del movimiento trotskista mundial constituyen el núcleo irremplazable de ese partido proletario mundial. Sostenemos el programa leninista y los métodos de transición que son indispensables para la victoria de las masas trabajadoras ante la catástrofe económica y social y la aniquilación nuclear, que de otra manera caerían sobre la humanidad.

Debido a los crímenes de la socialdemocracia y del estalinismo, sin embargo, la construcción de una internacional obrera revolucionaria de masas es una tarea que solo está en su etapa inicial. El desarrollo de corrientes revolucionarias que rebasan al estalinismo, como sucedió en Cuba y como está sucediendo en Nicaragua, es de gran importancia para la IV Internacional y para el desarrollo mayor de nuestro programa revolucionario y de nuestras perspectivas.

Como explicó Trotsky, en la agonía mortal del capitalismo *los revolucionarios de acción* surgirán continuamente de las batallas de clase provocadas por la ofensiva inmisericorde de los explotadores en pos de ganancias. Estos luchadores surgirán no solo en la lucha antimperialista, sino también entre el movimiento obrero y otras organizaciones de los oprimidos en los países capitalistas avanzados. La historia va a juzgar a la IV Internacional por nuestra capacidad para vincularnos con estas corrientes, por nuestra capacidad para integrarnos en ellas, aprender de ellas, y por nuestra habilidad para fortalecerlas con el programa del leninismo. Seremos además juzgados según podamos construir en el proceso un partido proletario mundial que pueda dar la batalla contra los imperialistas y derrotarlos.

Siguiendo esta línea estratégica reconocemos en la dirección del FSLN a revolucionarios que han demostrado su internacionalismo, su deseo de avanzar hacia una Nicaragua socialista y su intención de construir un partido de vanguardia. Sobre esa base, la IV Internacional busca la colaboración política con ellos en torno a todas las grandes cuestiones que enfrentan los trabajadores de Nicaragua y de todo el mundo.

Este curso se opone directamente al que han adoptado varias organizaciones que se reclaman trotskistas: la Fracción Bolchevique, la Organización Socialista de los Trabajadores (OST) de Costa Rica, y su organización hermana en Nicaragua, el Grupo Revolucionario Socialista (GRS); y la Liga Maxista Revolucionaria (LMR) en Nicaragua. La línea política de estas tres organizaciones se reduce en lo esencial a una de oposición al nuevo gobierno nicaragüense concebido como un gobierno burgués y en la perspectiva de construir un partido político en oposición al que proyecta el FSLN.

La Brigada Simón Bolívar (BSB), creada bajo la dirección de la Fracción Bolchevique, llevó esta línea sectaria hasta el punto de convertirla en una aventura criminal, que consistió en enviar a Nicaragua y mantener allí una unidad armada fuera de la disciplina del nuevo ejército revolucionario y de las milicias populares. La BSB se presentó falsamente como una unidad del FSLN para poder ganarse simpatía popular. Como resultado, la dirección del FSLN —después de tratar de persuadir a la BSB para que tomara su lugar junto con las fuerzas que buscan avanzar la revolución y de tratar de persuadirla para que respetara la legalidad revolucionaria— expulsó a los miembros no nicaragüenses de la brigada.

Una vez que la Cuarta Internacional la llamó al orden por su curso totalmente indisciplinado y desleal en Nicaragua, curso que no fué concebido para avanzar los intereses de los trabajadores y campesinos de Nicaragua, la Fracción Bolchevique organizó una escisión en vísperas del Congreso Mundial de la Internacional. A esta escisión se sumaron las dirección de la LMR nicaragüense y de la OST costarricense, que ahora están tratando de organizar una llamada "conferencia mundial" junto con otros grupos sectarios internacionales que se reclaman trotskystas y que comparten un desprecio sectario para con la revolución nicaragüense.

La Cuarta Internacional condena y repudia las actividades de la Brigada Simón Bolívar y declara que no tiene nada en común con los puntos de vista de la Fracción Bolchevique, de la LMR o de la OST sobre la revolución nicaragüense. La IV Internacional no tiene fuerzas organizadas en Nicaragua, las actividades de los grupos mencionados han sido organizadas fuera de la orientación y colaboración de los organismos de dirección de la IV Internacional. Como se dijo anteriormente, estos grupos se han escindido de la IV Internacional. La política de estos grupos está diametralmente opuesta a la de la IV Internacional y solo puede dañar las posibilidades de ganar una audiencia para nuestras ideas en Nicaragua, y de avanzar nuestra perspectiva internacional de construcción partidaria.

Los partidarios de la IV Internacional presentan sus ideas como leales y esforzados militantes dentro del marco del Frente Sandinista, la organización que dirigió el derrocamiento de Somoza y que hoy está guíando el avance de la revolución.

Impulsando nuestro programa y nuestras perspectivas, la IV Internacional se coloca firmemente del lado del FSLN en la batalla por lograr la victoria de la revolución socialista en Nicaragua. Nuestras contribuciones principales a este respecto son:

— la participación activa dentro y fuera de Nicaragua en los esfuerzos por reconstruir el país y defender a la revolución de sus enemigos sobre todo del imperialismo norteamericano;
— avanzar el desarrollo de los sindicatos, las organizaciones de masas, los consejos democráticos de obreros y campesinos, para que las masas entren al proceso de toma de decisiones y fortalezcan la revolución; y
— participación leal en los esfuerzos del FSLN por construir un partido revolucionario proletario, impulsando el programa fundamental del leninismo para avanzar el partido mundial de la revolución socialista, cuya construcción será decisiva para derrocar la explotación y la opresión a escala internacional.

14. Fuera de Nicaragua, la IV Internacional y sus secciones movilizarán todas sus fuerzas para construir campañas amplias y unitarias de solidaridad y ayuda para la revolución nicaragüense y para ayudarla a defenderse del peligro de una contrarrevolución orquestada por el imperialismo. Parte integral de esto será una campaña contra el bloqueo y otros actos hostiles contra Cuba. De manera enérgica, trabajaremos con otros para lograr la participación del movimiento obrero, las organizaciones campesinas, las organizaciones juveniles y otras en un vasto esfuerzo para dar a conocer la verdad acerca de lo que pasa en Nicaragua y para movilizar solidaridad y ayuda para el pueblo de Nicaragua.

Esta es una responsabilidad especialmente importante para los miembros de la IV Internacional en América Latina, donde el impacto de la revolución nicaragüense es más grande, y en Estados Unidos, cuyo gobierno no solo instaló y mantuvo a la tiranía de Somoza en el poder, sino que hoy en día es el enemigo más poderoso de la revolución. Al colocarnos en la vanguardia de tal campaña de solidaridad y de ayuda, la IV Internacional ayudará a revivir el ejemplo de internacionalismo proletario del movimiento mundial contra la guerra imperialista en Vietnam.

Exigiremos a los gobiernos imperialistas que provean toda ayuda económica, agrícola y médica que les pida el gobierno nicaragüense, canalizada a través de las organizaciones oficiales del gobierno y de las masas, ayuda que deberá ser incondicional. Apoyaremos la proposición del comandante Daniel Ortega ante las Naciones Unidas para que la pesada deuda exterior nicaragüense sea asumida por "los países desarrollados, por los económicamente países poderosos y especialmente por aquellos países que alimentaron al somocismo a través del financiamiento". Esto significa exigir que los gobiernos imperialistas y todas las instituciones financieras imperialistas cancelen toda la deuda de Nicaragua.

La IV Internacional llama a las organizaciones obreras y campesinas de masas en todo el mundo a que presten los recursos necesarios para ayudar a sus hermanos y hermanas nicaragüenses.

Sabemos que la solidaridad política y material puede ser decisiva para el triunfo del proceso revolucionario en Nicaragua. Los pasos que da el FSLN para alentar el desarrollo de tal campaña internacional, muestra que también reconoce ese hecho.

La IV Internacional además comprende que la revolución socialista que ha comenzado en Nicaragua es una importante brecha que combate el aislamiento de Cuba y que apresura las perspectivas revolucionarias a través de Centroamérica, Sudamérica y el Caribe.

Finalmente, sabemos que el establecimiento de un segundo estado obrero en el hemisferio occidental podría debilitar aún más al imperialismo mundial, inspiraría y educaría a los oprimidos y oprimidas, explotados/as de todo el mundo y haría ganar un tiempo valioso a los obreros de los países capitalistas avanzados para tomar el poder político de las manos de los guerreristas y explotadores y abrir el camino a un pacífico y próspero futuro socialista para toda la humanidad.

15. El resultado de la cada vez más aguda confrontación de las fuerzas de clase en Nicaragua afectará profundamente a los obreros y campesinos de Cuba y a su dirección. El futuro de las dos revoluciones está ahora inextricablemente ligados.

El establecimiento de un estado obrero en Nicaragua abriría la puerta para la toma de otros pasos hacia adelante en la resolución de la crisis de dirección del proletariado mundial, comenzando por su impacto en Cuba, el Caribe y América Central. Estimularía el desarrollo de nuevas fuerzas revolucionarias dispuestas a sobrepasar a los traidores estalinistas y socialdemócratas y a los vacilantes centristas.

Esto tendría como resultado abrir aún más la vía para una vinculación entre las fuerzas revolucionarias, incluído el FSLN y la dirección castrista, con la vanguardia revolucionaria, la IV Internacional.

La IV Internacional debe asumir y prepararse para la confrontación que se está aproximando en cuestión de meses. Pasos decisivos hacia el establecimiento de un estado obrero en Nicaragua implicarán una confrontación con las burguesías centroamericanas y el poder del imperialismo yanqui.

Hoy son los heroicos obreros y campesinos de la pequeña Nicaragua quienes están en las líneas primeras del frente de batalla por la revolución socialista mundial en marcha.

Nosotros seremos juzgados por nuestra capacidad para responder con coraje y decisión, por nuestra capacidad para lanzar nuestras fuerzas a la lucha sin vacilaciones ni demora, por nuestra capacidad para movilizar y dirigir a todos aquéllos que podamos influenciar. Solamente por ese camino podremos avanzar en la construcción del partido mundial de la revolución socialista.

Enmiendas sobre Nicaragua

Estas enmiendas proponían una línea alternativa y fueron defendidas por el camarada Alain JONES, miembro del Secretariado Unificado. Obtuvieron 7 votos a favor, 82 votos en contra, 17,5 abstenciones y 6,5 NPV.

Añadir al final del punto 7 lo siguiente:

La opción fundamental ante la que se ven enfrentados los trabajadores de Nicaragua y el FSLN es clara. No es incorrecto en principio hacer concesiones tácticas limitadas a los capitalistas. Sin embargo, es completamente ilusorio creer que un relanzamiento serio de la economía capitalista puede producirse con concesiones puramente formales a la burguesía. No habrá aumento serio de la producción sobre una base capitalista si no va acompañado de medidas significativas de austeridad contra la clase obrera —medidas que desorientarían y desmovilizarían a sectores de trabajadores y facilitarían ampliamente el margen de maniobra de los capitalistas.

Sin embargo, lo que la burguesía exigiría por un aumento significativo de la producción sobre una base capitalista serían garantías de que no será expropiada, garantías que no podrían ser puramente verbales sino que deberían suponer un freno a la organización y la movilización de las masas. Esta condición decisiva no está hoy cubierta en Nicaragua y no podría serlo sin un proceso que pusiera gravemente en peligro la revolución. Por esas razones no habrá una seria recuperación de la producción sobre una base capitalista en Nicaragua.

Por esas mismas razones, toda ilusión según la cual mediante concesiones "hábiles" se puede mantener un largo periodo de coexistencia con la burguesía es, en la actual relación de fuerzas, extremadamente peligrosa. El FSLN no escapará a la necesidad de optar entre avanzar hacia la expropiación de la clase capitalista, o bloquear las movilizaciones de las masas para conservar una alianza con sectores de la burguesía. Esto último provocaría inevitablemente una modificación significativa de la relación de fuerzas a favor del capitalismo.

La opción entre una u otra alternativa se hará todavía más clara por la política que adoptará el imperialismo. Es completamente erróneo pensar que para el imperialismo se opongan una política de concesiones económicas y otra de presiones militares permanentes. Al contrario, ambas se complementan. Su intención será la de empujar a las masas nicaragüenses a la opción aparente entre una intervención sangrienta del imperialismo si se dirigen hacia una solución "cubana" y el establecimiento de un Estado obrero, por un lado, o, por otro, la ayuda económica y una cierta mejoría si hacen concesiones al capitalismo. Este planteamiento doble será indudablemente aplicado de modo creciente en los próximos meses a medida que la situación económica siga deteriorándose y en particular a comienzos del próximo año, cuando se desarrollen condiciones reales de crisis económica, mediante el paro y, literalmente, el hambre como fenómenos de masas.

Será también utilizando esos medios como la clase capitalista en Nicaragua, que está hoy muy debilitada, puede tener detrás suyo el apoyo del imperialismo. Las fuerzas capitalistas en Nicaragua, incluidas las que están en el GRNN, van a intentar aparecer ante las masas prometiendo una situación económica mejor y una ayuda económica ante los problemas inmediatos, en el caso de que sus soluciones fueran aceptadas. Esta combinación de amenazas militares externas y de concesiones económicas internas, la política del Plan Marshall, es una política clásica del imperialismo.

En este juego recíproco de los factores políticos y económicos, es siempre el último el que lleva la mejor parte. Toda concesión económica limitada a los capitalistas que pueda ser considerada útil hoy, debe ser firmemente situada en el contexto según el cual sólo intensificando la movilización y la organización de las masas se puede mejorar la relación de fuerzas entre las clases que existe actualmente. Hoy en Nicaragua, cualquier paso atrás en la movilización y la organización de masas es mucho más peligroso que cualquier insuficiencia en las concesiones económicas tácticas a hacer a sectores capitalistas.

2. Sobre el gobierno

1. Sección 10, párrafo 9, añadir al final después de "esta fase transitoria":

La presencia de representantes de sectores de la burguesía en este gobierno, aunque sea en estos momentos muy limitada, ofrece a la clase capitalista una plataforma potencial para frenar, y en una etapa

posterior, cuestionar los progresos de la revolución. Ese será el caso si están ligados al imperialismo internacional y a los intereses capitalistas, política que será conscientemente estimulada por el imperialismo. Todo desarrollo importante de la revolución provocará inevitablemente un enfrentamiento con esas fuerzas burguesas y una escisión en el gobierno. Por consiguiente, la transformación social y política de Nicaragua en un Estado obrero no tendrá lugar sin escisión del GRNN. Este es, en último término, y a pesar de las medidas radicales que toma, un gobierno burgués.

2. En el punto 10, casi al final, sustituir "esto puede abrir la vía bien al proceso seguido por la revolución argelina, bien al que ha seguido la revolución cubana", por:

O las fuerzas burguesas del país, ligadas al imperialismo, irán frenando y bloqueando la revolución llegando a la reconstrucción de un poder burgués, o el gobierno se romperá, inaugurando la instauración de un gobierno obrero y campesino y una ruptura entre las clases que no puede culminar más que en la instauración de un Estado obrero o en la derrota del gobierno obrero y campesino (es decir, un desarrollo a la cubana o a la argelina).

3. Añadir un nuevo párrafo al final del proyecto del SU después de "en la estructura gubernamental":

Un gobierno obrero y campesino basado en las organizaciones populares de masas puede conducir a la revolución al enfrentamiento final con la burguesía y a la creación de un segundo Estado obrero en América Latina.

Una línea política para el poder estatal y para resolver la cuestión del gobierno hoy en Nicaragua debe concentrarse en la construcción, la consolidación y la centralización de las organizaciones de masas que se han desarrollado durante y después de la guerra civil. La coordinación de los CDS y de las milicias marca el camino a seguir.

El objetivo ha de ser el de construir la base necesaria para la estructuración nacional de las organizaciones de masas con el fin de crear un gobierno obrero y campesino independiente de la burguesía.

3. Sobre el papel de Cuba

Añadir dentro del punto 12:

El papel jugado por la dirección cubana es un elemento importante en el intento de resolver estos problemas. Amplios sectores de la dirección del FSLN han tenido una formación política y militar dentro de la línea cubana. Cuba ha puesto recursos materiales esenciales a disposición de Nicaragua, y el prestigio y las relaciones de la dirección cubana con los principales cuadros del FSLN al igual que con las masas son inmensos.

En lo que se refiere a la ayuda material ofrecida por el Estado obrero cubano, ésta es ejemplar. Si las direcciones burocráticas de los otros Estados obreros, y en primer lugar de la URSS, dedicaran, en comparación con Cuba, una pequeña parte de sus recursos a una ayuda a Nicaragua, la situación material y política se habría transformado. La ofensiva burguesa e imperialista, que consiste en decir que la única alternativa a su línea de ayuda imperialista y de economía capitalista es la crisis económica y la miseria, perdería así mucho del impacto que puede tener. El hecho de que la URSS se niegue a hacerlo, en interés de la "distensión" con Estados Unidos, revela una vez más cuál es la naturaleza de la burocracia soviética. El hecho de que el Estado cubano esté dispuesto a dar una ayuda material esencial a Nicaragua es saludado por todos los revolucionarios.

Pero no podemos ofrecer ese apoyo entusiasta y sin equívoco alguno, cuando se trata de los consejos y propuestas políticas hechas por la dirección cubana. Indudablemente, las masas cubanas quieren ver la destrucción del capitalismo en Nicaragua y la creación del segundo territorio libre de las Américas. Pero, en la relación de fuerzas que existe hoy en América Central, ese objetivo no exige solamente intenciones firmes y honestas sino también una clara orientación política hacia la creación de un Estado obrero y las medidas y la dinámica necesarias para concluir el proceso.

Sin embargo, a nivel político la dirección cubana no ofrece hoy una clara orientación de lo que hay que hacer, especialmente en relación a la alianza con las fuerzas burguesas. En Etiopía, en Angola, en Jamaica, lo que propone es una política de alianzas a largo plazo con sectores de la burguesía. En la Conferencia de PCs en La Habana en 1975 esa orientación ha sido claramente reafirmada para América Latina. En relación a Nicaragua, Castro lanzó sin ambigüedades la consigna de "Viva el gobierno de reconstrucción nacional de Nicaragua" (ver discurso 26 julio 79), es decir, de un gobierno de coalición con sectores de la burguesía; y rindió homenaje a "algo nuevo en las relaciones en América Latina, algo que constituye un ejemplo para las otras regiones del mundo, y ha sido el hecho de que los gobiernos de Panamá, de Costa Rica, de México, así como los países miembros del Pacto Andino (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela), hayan actuado en común y solidariamente para conseguir una justa solución al problema nicaragüense (ver Discurso en la ONU, 12 Octubre 79). Fidel ha hablado de "un amplio frente democrático, por la independencia y antiintervencionista que se ha desarrollado tácitamente en América Latina, una cosa de una importancia enorme y que tiene alcance histórico"; y ha declarado que "a propósito de la creación de ese frente democrático antiintervencionista debemos citar los nombres de las personas y no solo de los países: Torrijos, Carazo, López Portillo, Manley y Bishop. Y es deber de justicia recordar el nombre de una persona que, aunque no esté ya a la cabeza de su país, ha contribuido mucho al desarrollo de esa solidaridad con la lucha sandinista: el antiguo presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez" (del Discurso del 26 de Julio 79).

Debemos decir abiertamente que no estamos de acuerdo en absoluto con esas concepciones. Estas declaraciones no son las que corresponden a la vía que ha abierto la revolución cubana, sino a la de los dirigentes de la URSS y del partido comunista que tanto daño han hecho, y durante tanto tiempo, al pueblo latinoamericano.

Si Torrijos, Portillo o Pérez han ayudado a la lucha en Nicaragua, la razón de esto se encuentra en la presión de las masas de sus países, que han sido solidarias con la lucha del pueblo nicaragüense, y no en que sean miembros de un "frente democrático antiintervencionista" y buscaran una "justa solución para Nicaragua". Torrijos, Portillo o Pérez y otros personajes semejantes están implacablemente en contra de la creación de un Estado obrero en Nicaragua, única vía que puede realmente conseguir la liberación nacional y satisfacer las justas necesidades del pueblo nicaragüense. Preferirían ver a Nicaragua bajo la bota del imperialismo antes que ver un segundo Cuba en América Latina. Pedir y aceptar la ayuda material de Panamá, de Venezuela o de cualquier otro país, es correcto. Pero tener alguna confianza en los dirigentes actuales de esos países, o creer que van a defenderlo seriamente contra los ataques

imperialistas, sería un grave error.

Por eso en Nicaragua no decimos con Fidel "Viva el gobierno de reconstrucción nacional". Por el contrario, pensamos que los burgueses de ese gobierno van a intentar frenar y destruir la revolución. Todo progreso hacia el socialismo, única solución para la liberación nacional de Nicaragua, conducirá a una ruptura y a una escisión en ese gobierno con la burguesía, y no a su supervivencia. Toda tentativa de frenar la revolución, de forzar una alianza a largo plazo con la clase capitalista sería un desastre.

Estamos convencidos de que el camino por el que ha de avanzar Nicaragua no es el que propone Fidel sino el que el propio pueblo cubano tomó en los años 1959 y 60. Recordamos precisamente que la única opción es o revolución socialista o caricatura de revolución. Los miembros capitalistas del GRNN no forman parte de un "frente democrático antiintervencionista", sino que son los Urrutia, los Pazos y los Fresquet de Nicaragua. Rendir homenaje a la revolución cubana no es seguir las palabras de sus dirigentes sino acordarse hoy de sus grandes acciones, cuando derrocaron al capitalismo e instauraron el primer Estado realmente liberado del imperialismo en América Latina.

Saludamos la amistad inmortal de los pueblos nicaragüenses y cubano. Saludamos la ayuda dada por el gobierno y el pueblo cubanos a Nicaragua. Saludamos todo llamamiento de Fidel y otros dirigentes de Cuba a seguir la vía que siguió realmente esta revolución en su nacimiento. Pero llamamoa a luchar contra todas las concepciones, aunque vengan de Cuba, que aten a los obreros nicaragüenses con la clase capitalista en el gobierno, en la economía o a nivel internacional. La gran lección que Fidel Castro y el pueblo cubano han dado a América Latina no ha sido la de una "frente democrático antiintervencionista" sino la de que la única opción es o revolución socialista o ninguna revolución.

4. Sobre la sección de la IVª Internacional

(Este punto es el párrafo final del texto que sustituye al proyecto del SU):

Para aplicar la línea de esta resolución es necesario construir una sección de la IVª Internacional en Nicaragua. Dada la situación concreta de ese país, la forma concreta de hacerlo es la de organizar una corriente en el FSLN y las organizaciones de masas que controla o ha construido.

Teniendo en cuenta el carácter de esta organización, su dirección en el derrocamiento revolucionario de Somoza y el papel heroico y revolucionario de sus militantes, esta actividad no tiene nada que ver con el entrismo en los partidos reformistas de masas. Actualmente no ponemos ningún límite al FSLN ni a ninguno de sus sectores, incluida su dirección, para desarrollar posiciones marxistas revolucionarias, y nuestra orientación se basa en esto mismo. En tanto que el FSLN defiende los intereses revolucionarios de la clase obrera, actuamos como militantes leales organizados de esa organización tratando de ganarla para la discusión democrática a las posiciones que consideramos correctas. Pedimos al FSLN que construya un partido obrero de masas y no frene ese proceso. Si se compromete en la construcción de un partido de otro tipo, lucharemos para que se convierta en el partido obrero que queremos. Trabajaremos y lucharemos en ese sentido en todo partido construido por el FSLN.

En el caso en que el FSLN no estuviera de acuerdo en que participáramos de esa manera como corriente organizada o no constituya un partido, y en que por consiguiente nos viéramos obligados a constituir un grupo independiente, continuaríamos actuando respecto al FSLN con el mismo comportamiento. Demostraríamos con nuestra acción que no hay contradicción entre nuestro programa y las aspiraciones de los militantes revolucionarios del FSLN; al contrario, trataríamos de demostrar mediante la lucha y el debate honestamente fraternales, que nuestras ideas expresan mejor los ideales revolucionarios por los cuales luchan los combatientes sandinistas. No maniobramos, sino que expresamos honestamente nuestra posición según la cual seremos militantes leales, ejemplares, de un FSLN que defiende los intereses revolucionarios de la clase obrera. Todos nuestros militantes deben comportarse dentro de ese espíritu, a pesar de que hoy estemos fuera del FSLN, y deben tratar de demostrar con su actividad en Nicaragua y mediante la campaña internacional de la IVª Internacional, el derecho de los trotskistas a tener su lugar como corriente organizada en el seno del partido leninista de masas que ha de ser construido.

Línea del informe sobre Nicaragua

Esta resolución, presentada por la Tendencia Leninista-Trotskista, obtuvo 5 votos a favor, 102,5 votos en contra, 1 abstención y 4,5 NPV.

1. El comienzo de la revolución proletaria

La huída de Somoza, que simbolizaba la unidad del Estado y la cohesión de la Guardia Nacional, por una combinación de la actividad militar del FSLN y una insurrección de las masas obreras, semi-proletarias y campesinas, ha significado el comienzo de la revolución proletaria.

La insurrección significó el desarme de la Guardia Nacional y el comienzo de la ocupación de tierras y fábricas, la formación de miles de comités. Hizo fracasar los planes de la burguesía anti-somocista que se había puesto de acuerdo en mantener a un sector sustancial de la Guardia Nacional como pilar de la reconstrucción del Estado.

El impulso de la revolución nicaragüense se extendió rápidamente a América Central y América Latina. El golpe de Estado militar en El Salvador, ayudado por los USA y apoyado por la burocracia soviética, es una tentativa para impedir una irrupción revolucionaria. Pero el efecto llegó hasta Bolivia, manifestándose en una impresionante huelga general contra el Golpe de Estado militar que ha hecho temblar el Estado.

En todo el continente, estamos en vísperas de un giro de la situación a favor del proletariado, que puede significar la superación de las derrotas de Chile (1973) y Argentina (1976).

2. Nicaragua pone en peligro el "statu quo"

El peligro de que la revolución nicaragüense ponga en cuestión el "statu quo" hace actuar de común acuerdo a todas las fuerzas de la contrarevolución: el imperialismo americano desarrolla toda su energía; no se puede descartar una intervención militar directa aunque la confluencia de los acontecimientos que empujan a la guerra sea completamente improbable. Su presión pasa por la burguesía de la región (Honduras, Panamá, Costa Rica), por el chantaje de la ayuda y los créditos, e intentando influir directamente en un sector de la dirección sandinista.

Por esta razón, una campaña internacional de ayuda a la revolución nicaragüense tiene como eje la lucha contra la presión imperialista, y no, como propuso Castro el 26 de Julio en Holguin, una campaña con el imperialismo.

La burocracia soviética dispone de dos brazos para intervenir en Nicaragua. Por un lado, las tres fracciones stalinistas locales —PSN(R), PSN(S) y PC— que son activas, aunque están muy desprestigiadas ante las masas; y, por otro lado, el "instrumento" más eficaz, debido a su prestigio, que es el castrismo, el PC cubano. El 26 de Julio en Holguin hemos oído al propio Castro apoyar el Gobierno de reconstrucción nacional en su trabajo de estabilización, dar su apoyo a las burguesías pro-imperialistas vecinas de Nicaragua y declarar abiertamente que no quiere una nueva Cuba.

3. El movimiento de masas y el FSLN

El estalinismo nicaragüense, colaborador en un primer tiempo de Somoza, supeditado luego a la burguesía antisomocista, es con la represión somocista el principal responsable del retraso organizativo y sindical del proletariado nicaragüense.

El FSLN, nacido en 1962 bajo el impacto de la revolución cubana, renovando con la lucha antiimperialista del general Sandino, tiene un programa que no supera el marco nacionalista y demócrata radical dentro de su política de alianza con la burguesía.

Pero no podemos comparar las traiciones de los estalinistas con el comportamiento militante del FSLN demostrado por sus centenares de muertos.

Las masas que luchaban por sus reivindicaciones necesitaban acabar con la dictadura, y para ello, les hacía falta un instrumento organizado. Frente a la ausencia de una organización obrera implantada, volvieron sus ojos al FSLN, le permitieron conseguir una audiencia de masas y confiaron a él todas sus reivindicaciones, todas sus ilusiones y también todas sus fuerzas.

La política de la dirección del FSLN se manifiesta por una contradicción entre su compromiso con la burguesía y la actividad de las masas, ante la que no es indiferente (de manera distinta a un partido estalinista o socialdemócrata).

La acción de las masas fue tan impresionante que en el momento de la ofensiva final solamente el 15% de los combatientes llevaban armamento de guerra del FSLN. Era esencial para la burguesía somocista pactar con la dirección del FSLN, y obraron así bajo la dirección de Torrijos (Panamá) y de las burguesías venezolanas y mejicanas.

4. El Gobierno de Reconstrucción Nacional

Mediante la destrucción del Estado burgués, las masas concentran su poder en el FSLN. En su disposición a mantener la etapa democrático-burguesa, la dirección de éste pone en pié el GRN.

Por su política, su programa y su composición, ese gobierno es un gobierno de colaboración de clases, un gobierno burgués que intenta reconstruir el Estado capitalista. Pero ese Gobierno necesita del FSLN para desarrollar su política, para ejecutar las tareas gubernamentales. En relación con esa debilidad la responsabilidad política de la dirección del FSLN es la más importante, puesto que es el principal apoyo de ese gobierno frente a las masas.

El FSLN no es un organismo burgués. Imbuído de las aspiraciones de las masas conoce una contradicción flagrante que no ha sido todavía resuelta.

La ruptura de la dirección del FSLN con el imperialismo y la burguesía nicaragüense es posible, la hipótesis que señala el Programa de Transición es posible. Pero una posibilidad hipotética y futura no puede servir de cobertura a la política actual. Los trotskistas debemos empujar a esa ruptura a través de la acción de masas. La polarización no sólo de la base del FSLN sino también de un sector importante de la dirección, es posible. La IV Internacional debe favorecerla.

5. Una política de reconstrucción del Estado burgués

Ese es el programa del FSLN. Hacen falta tres condiciones para llevarlo a buen fin: la recomposición política y económica de la burguesía, la reconstrucción del Ejército como pilar del Estado, la desarticulación del movimiento de masas.

Hemos visto el carácter de algunas de las medidas tomadas, las más importantes, y cómo se ajustan a esos objetivos:

— Nacionalización de la banca. Con un capital destruido eso significa la nacionalización de las pérdidas; como decía Le Monde del 12 de Octubre, la medida ha producido efectos de desahogo más que de rabia. Es una medida que favorece la reconstrucción del capital financiero.

— Nacionalización parcial del comercio exterior (medida suspendida por dos años). Con libertad de acción para las exportaciones industriales y las importaciones, que son controladas por las multinacionales.

— Reconstrucción de los organismos privados: cámaras de comercio e industria.

— Respeto de los colegios y universidades privadas.

— Establecimiento del Tribunal Supremo (Poder Judicial) con la burguesía antisomocista.

— Convocatoria del Consejo de Estado (Poder Legislativo) para el año que viene (mes de mayo).

Esas son algunas de las medidas tomadas en una situación en que los partidos burgueses empiezan tímidamente a aparecer y reorganizarse.

En relación a las organizaciones de masas:

— Se propone devolver las tierras de los anti-somocistas a sus propietarios, como dijo J. Wheelock (Ministro de Agricultura), lo cual ha provocado una resistencia por parte de los campesinos que se oponen al abandono de las tierras ocupadas.

— Los Comités de Defensa Sandinista (CDS) elegidos en los barrios: el Gobierno trata de controlarlos para impedir su centralización.

— En un primer momento se llamó al desarme de las milicias, pero ante las dificultades se ha intentado su integración en el Ejército regular.

— En las fábricas, se ha intentado implicar a los comités y los sindicatos en la cogestión de las empresas: "la cogestión de la reconstrucción".

Todo esto ligado a la tentativa de restringir las libertades: primeras detenciones de dirigentes obreros ("sectarios", según Perspectiva Mundial). Establecimiento de tasas para poder editar periódicos, restricción de métodos anticonceptivos, o, en las últimas semanas, detención de médicos que han practicado el aborto.

En relación al Ejército:

— La reconstrucción de un Ejército disciplinado, pilar del GRN y de su política, es fundamental para la burguesía.

El objetivo actual es la integración de las milicias. Para ello es necesario seleccionar a sus miembros, separarlos de los comités de defensa que son su fuerza y su apoyo de masas. Esa es la tarea actual, la más difícil, porque muchas milicias se oponen al desarme, ante todo, y también al acuartelamiento.

A través de todas las medidas patrocinadas por el GRN y aplicadas por la dirección del FSLN con muchas dificultades y contradicciones, podemos ver que la dirección del FSLN no se orienta actualmente hacia una línea de ruptura con la burguesía.

6. Las tareas que la IV Internacional debe proponer a las masas nicaragüenses

Comprar el capital destruido, garantizar los beneficios de los exportadores, proteger las fábricas y las tierras de los antisomocistas, mantener el nivel de vida de los altos funcionarios, no son medidas que sirvan para satisfacer las necesidades de las masas. Satisfacer esas necesidades es incompatible con la supervivencia del capitalismo.

La IV Internacional quiere la reconstrucción de Nicaragua, una reconstrucción para las masas obreras, semiproletarias y campesinas.

El GRN quiere la reconstrucción capitalista de Nicaragua. Luchar por "el pan, la tierra y la libertad" es incompatible con la burguesía y el imperialismo.

La IV Internacional debe intervenir en el movimiento de masas nicaragüense para ayudar a las masas a conseguir sus reivindicaciones. La IV Internacional no tiene una posición sectaria ante el FSLN. Debe ayudar al FSLN a romper sus compromisos con la burguesía. Su actividad entre las masas se desarrolla en función de ese objetivo. Hemos de tener muy en cuenta que el GRN no es Somoza y que, por lo tanto, la ruptura se sitúa a partir del estadío actual de las masas. La IV Internacional, los militantes trotskistas, no favorecen en ningún caso las ilusiones mortales del FSLN en su compromiso con la burguesía. Los trotskistas trazan la vía hacia el Gobierno obrero y campesino a cada paso concreto de las masas y para ello necesitamos de un programa y de un partido.

Luchar por satisfacer las reivindicaciones de las masas. significa luchar por la organización independiente de las masas, instrumento indispensable.

Decimos NO al desarme de las milicias, no a su integración. Luchamos por la coordinación y la centralización de las milicias en una milicia revolucionaria a escala nacional. Salvaguardia de las conquistas de la revolución, las milicias tienen su razón de ser como expresión armada de los CDS, de los comités de fábrica, etc. No al acuartelamiento, no a su separación de las masas.

Los CDS deben estar centralizados democráticamente a escala nacional, deben coordinarse con las fábricas, los sindicatos obreros y campesinos, hacia una alternativa de poder. Hacia un Congreso de los comités.

Es preciso abolir el Código de trabajo somocista, instaurar la libertad sindical contra la cogestión y la tentativa de hacer "unitaria" a la central sandinista. Por un Congreso de los sindicatos.

La IV Internacional lucha con las masas, por la independencia de sus organizaciones respecto del Estado, por las necesidades urgentes de las masas.

Por la reforma agraria radical. Ocupación de tierras latifundistas de los somocistas, y de los no somocistas. Por la garantía del poder adquisitivo y el derecho al trabajo; por las reivindicacions de las mujeres y de los jóvenes; contra el desarme de las milicias; por el derecho a la organización y a la independencia sindical.

Y las tareas democráticas todavía no realizadas, contra todas las medidas represivas (detenciones...), por la libertad de prensa. Por una asamble constituyente para poder demostrar la ilegitimidad de los burgueses en el Gobierno. Sin hacer un fetiche de esta consigna, como consigna episódica ligada a la lucha por la organización de las masas (comités, sindicatos) y la ruptura con la burguesía que permita plantear en términos concretos "Fuera los ministros burgueses" (cuya composición concreta significa gobierno sandinista sin burgueses u otras personalidades y que los trotskistas nicaragüenses deben determinar).

7. La construcción del Partido trotskista

Es posible que se repita el modelo cubano, pero, aún en ese caso, necesitamos de un partido independiente, igual que lo necesitamos en Cuba. La garantía de un desarrollo favorable para la clase obrera del proceso político en Nicaragua, es el programa y el partido revolucionario.

Debemos luchar por ganar a la mayoría de los militantes del FSLN, pero para ello necesitamos de verdaderos trotskistas que intervengan con su propio programa en la acción de masas (no a partir de las oficinas de prensa sino a partir de las masas).

Es posible que una táctica adecuada sea la de entrar en el FSLN con la bandera desplegada, como fracción que defiende su programa. Pero ése no es el problema en esta discusión.

Actualmente, la dirección del FSLN organiza un debate sobre el partido sandinista y su construcción. Los estalinistas del PSN defienden coherentemente el partido único, una central única, organización de jóvenes y de mujeres como brazos del partido y, en último término, del Estado; quieren rivalizar con el PSP cubano que transformó el Movimiento del 26 de Julio.

Los trotskistas intervenimos en esta polémica, estamos por un partido obrero, no unitario, en ruptura con la burguesía, sin burgueses. Y demostramos en la acción de masas qué programa debe tener.

Fuera de las fronteras de Nicaragua, la IV Internacional tiene una gran responsabilidad. No sólo dar una buena orientación política a los trotskistas nicaragüenses y no imponer sus decisiones, sino que también es prioritario hacer una campaña de solidaridad. Pero esa campaña no debe ocultar las insuficiencias y los peligros, el carácter del gobierno, no debe mezclar la bandera de la IV Internacional con la política actual del FSLN.

14 Noviembre 1979

Resoluciones sobre democracia socialista





Democracia socialista y dictadura del proletariado

Esta resolución, presentada por la mayoría del Secretariado Unificado, obtuvo 66,5 votos a favor, 25,5 votos en contra, 3,5 abstenciones, 17,5 no votos.

El debate en curso en el seno del movimiento obrero internacional, en torno a las diferentes concepciones de la democracia socialista y de la dictadura del proletariado, es el más profundo que tiene lugar desde los primeros años que siguieron a la revolución rusa de octubre de 1917. Es el producto del ascenso impetuoso de las luchas obreras en los países capitalistas, de la radicalización de sus objetivos y formas de organización, de la crisis combinada del capitalismo y de la dominación de las castas burocráticas en los Estados obreros burocratizados, del ascenso combinado de la revolución permanente, de la revolución proletaria y de la revolución política antiburocrática.

Es también el fruto de una toma de conciencia más profunda, en el seno de la clase obrera internacional, en torno a la naturaleza real del estalinismo y de la burocracia en general. Todos estos factores han desplazado el debate del terreno de las polémicas más o menos académicas al de la política práctica propiamente dicha. Es indispensable adoptar una posición clara sobre esta cuestión, para llevar adelante el proceso hacia la victoria de la revolución socialista en los países capitalistas y de la revolución política en los Estados obreros burocratizados. De ahí la necesidad de que la Cuarta Internacional afirme sus posiciones programáticas a este respecto.

I. ¿Qué es la dictadura del proletariado?

La diferencia fundamental entre los reformistas y centristas de todo color, por un lado, y los marxistas revolucionarios, es decir, los bolcheviques-leninistas, por otro, en lo que se refiere a la conquista del poder estatal, a la necesidad de una revolución socialista, a la naturaleza del Estado obrero y al significado de la dictadura del proletariado, reside en los siguientes aspectos:

a) los marxistas revolucionarios comprenden la *naturaleza de clase* de todos los Estados y del aparato estatal en tanto que instrumento para mantener el poder de clase;

b) los reformistas defienden la ilusión de que la "democracia" o las "instituciones estatales democráticas" se sitúan por encima de las clases y de la lucha de clases. Los marxistas revolucionarios rechazan esta ilusión;

c) los marxistas revolucionarios comprenden que el aparato de Estado y las instituciones de los Estados burgueses, incluso los más democráticos, sirven para mantener el poder y la dominación de la clase capitalista (y además, en los países imperialistas, la explotación de los pueblos de los países smicoloniales), y no pueden servir como instrumento para derribar esta dominación y transferir el poder de la clase burguesa a la clase obrera;

d) los marxistas revolucionarios comprenden que la conquista del poder por el proletariado exige la destrucción del aparato estatal burgués, ante todo del aparato de represión de la burguesía;

e) los marxistas revolucionarios comprenden la necesidad de elevar el nivel de conciencia y de organización de masas de los trabajadores para poder realizar la expropiación de la burguesía y consolidar la dictadura del proletariado;

f) los marxistas revolucionarios deducen de ahí que la clase obrera no puede ejercer el poder estatal sino en el marco de instituciones estatales de un tipo distinto a las del Estado burgués, a saber, de instituciones basadas en consejos de trabajadores (soviets), soberanos y democráticamente elegidos y centralizados, con las características fundamentales precisadas por Lenin en *El Estado y la Revolución:* elección de todos los funcionarios, jueces, dirigentes de las milicias obreras (u obreras y campesinas) y de todos los delegados que representan a los trabajadores en las instituciones del Estado; rotación regular de los elegidos; limitación de sus ingresos a los de un obrero cualificado; revocabilidad de todos los elegidos por voluntad de los electores; ejercicio conjunto de los poderes legislativo y ejecutivo por instituciones de tipo soviético. reducción radical del número de funcionarios permanentes y transferencia progresiva de las funciones administrativas a organismos directamente constituidos por los trabajadores.

Esto implica, en otras palabras, una combinación de la democracia representativa de tipo soviético, por oposición a la del tipo parlamentario, con un crecimiento cualitativo de la democracia directa.

Como dijo Lenin, el Estado obrero es el primer Estado en la historia de la humanidad que defiende el gobierno de la mayoría de la población contra minorías de exploradores y opresores: *"En lugar de instituciones especiales de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, mandos del ejército regular), la misma mayoría puede cumplir directamente estas tareas; y cuanto más sean ejercidas las funciones del poder por el conjunto del pueblo, menos necesarios se hace este poder".*

La dictadura del proletariado, en el sentido programático del término, no es por tanto otra cosa que la democracia

obrera: *"La dictadura del proletariado, por su misma esencia, puede y debe ser la expansión suprema de la democracia proletaria".* (Trosky). Es en este sentido que la dictadura del proletariado deberá empezar a extinguirse prácticamente desde su nacimiento.

El concepto de dictadura del proletariado, que resume todas estas características, constituye un elemento fundamental de la teoría marxista del Estado, de la revolución proletaria y del proceso de construcción de una sociedad sin clases. La palabra "dictadura" tiene un sentido concreto en este contexto. Se trata del mecanismo para desarmar y expropiar a la clase burguesa y para permitir el ejercicio del poder estatal por la clase obrera; de un mecanismo destinado a impedir el restablecimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la reintroducción de la explotación de los trabajadores asalariados por los capitalistas. Pero en modo alguno este concepto puede identificarse con un poder dictatorial ejercido sobre la gran mayoría del pueblo. El Congreso fundacional de la Internacional Comunista afirmó explícitamente que: *"La dictadura del proletariado es el aplastamiento por la fuerza de la resistencia de los explotadores, es decir, de una ínfima minoría de la población: los terratenientes y los capitalistas. De ahí se deriva además que la dictadura del proletariado no sólo comporta inevitablemente un cambio de las formas y de las instituciones democráticas en general, sinó también un cambio de tal índole que desemboque en una expansión hasta ahora desconocida del principio democrático a favor de las clases oprimidas por el capitalismo, a favor de las clases trabajadoras... Una posibilidad de disfrutar de derechos y libertades como jamás se ha hecho, ni siquiera por aproximación, en las repúblicas burguesas mejores y más democráticas".* (Tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado.)

Por consiguiente, rechazamos la afirmación de los reformistas y de numerosos centristas (que en esta cuestión sufren la influencia de la ideología burguesa o de los apologistas de la dictadura estalinista), según la cual la diferencia fundamental entre los partidarios y los adversarios de la dictadura del proletariado reside, ya sea en la defensa del sistema de partido único por parte de los primeros, y en su rechazo por parte de los segundos, ya sea en la defensa de una restricción severa e incluso de una supresión de las libertades democráticas por unos, y de la defensa encarnizada de estas libertades por los otros. Este argumento es tanto más hipócrita, cuanto que la experiencia histórica demuestra que los propios reformistas están dispuestos a limitar severamente las libertades democráticas de las masas, e incluso a emplear la represión policial y militar contra ellas (Noske), cuando estas masas amenazan con derribar el orden burgués. Demuestra asimismo que los reformistas no están dispuestos ni son capaces de defender con eficacia las libertades democráticas, ni siquiera en el seno de la sociedad burguesa, contra las amenazas de la extrema derecha, en la medida en que esta defensa eficaz exige la más amplia movilización de masas, incluso el armamento de las masas.

Frente al revisionismo programático, ahora confesado, de numerosos partidos comunistas y formaciones centristas, la Cuarta Internacional defiende estas concepciones clásicas de Marx y de Lenin. Una sociedad socialista es imposible sin la propiedad colectiva de los medios de producción y del sobreproducto social, sin la planificación de la economía y su gestión por la clase obrera en su conjunto, a través de consejos de trabajadores democráticamente centralizados, es decir, la autogestión planificada de los trabajadores. Esta socialización es imposible sin la expropiación económica y política de los capitalistas y el ejercicio del poder estatal por la clase obrera.

Ninguna sociedad socialista plenamente desarrollada puede materializarse en los estrechos límites del Estado nacional. La construcción acabada del socialismo exige por lo menos la inclusión de la mayoría de los principales países del mundo.

Sobre todo después de la trágica experiencia de Chile, que tanto confirma las lecciones procedentes de la historia, la concepción reformista compartida hoy en día por los partidos llamados "eurocomunistas", el PC japonés y otros varios PCs y formaciones centristas, junto con la socialdemocracia, según la cual el movimiento obrero podría alcanzar sus objetivos en el marco de las instituciones parlamentarias burguesas, confiando en las elecciones parlamentarias y conquistando gradualmente "posiciones de poder" en el seno de dichas instituciones, debe ser combatida y denunciada enérgicamente por lo que representa: una cobertura para el abandono de la lucha por la expropiación de la burguesía, para el abandono de una política de defensa resuelta de los intereses de clase de los trabajadores; una sustitución de la política de lucha de clases consecuente por una política de colaboración de clases cada vez más sistemática con la burguesía; el desarme del proletariado frente a la violencia desencadenada por la clase capitalista; y, en definitiva, una tendencia creciente a capitular ante los intereses de clase de la burguesía en momentos de crisis económica, política y social decisiva. Lejos de reducir los costes de la "transformación social" y una transición pacífica, aunque más lenta, hacia el socialismo, semejante orientación política no puede conducir más que a sangrientas derrotas y masacres masivas del tipo alemán, español, indonesio o chileno, si logra determinar de forma decisiva el comportamiento político de los trabajadores en un período de enfrentamiento global inevitable entre dos clases. (En el caso alemán, la derrota tuvo como causa suplementaria la teoría y la práctica criminal ultraizquierdista del "socialfascismo", por parte del Comintern).

2. Los consejos de trabajadores y la extensión de los derechos democráticos de las masas trabajadoras

La dictadura del proletariado en tanto que democracia obrera significa el ejercicio del poder estatal por los soviets, consejos de trabajadores democráticamente elegidos. Toda la crítica de las limitaciones de la democracia burguesa, desarrollada por Marx y por Lenin, se basa en el hecho de que la propiedad privada y la explotación capitalista (es decir, la desigualdad social y económica), ligadas a la estructura de clases específica de la sociedad burguesa (la atomización y la alienación de la clase obrera, una legislación que defiende la propiedad privada, la función del aparato represivo, etc.), hacen que incluso los regímenes burgueses más democráticos *limitan* violentamente la aplicación práctica de los derechos democráticos, la posibilidad práctica de gozar de libertades democráticas por parte de la gran mayoría de las masas trabajadoras. Pero la conclusión lógica que se deriva de esta crítica, es que la democracia obrera debe ser superior a la democracia burguesa, no sólo en la medida en que se extiende a la esfera económica y social —existencia asegurada, derecho al trabajo, a la educación gratuita, al ocio, etc.—, sinó también por el alcance y la amplitud de los derechos democráticos de que gozan los trabajadores y todas las capas trabajadoras en la esfera política y social. Otorgar a un partido único, o a las llamadas "organizaciones de masas" o "asociaciones profesionales" (como las asociaciones de escritores), exclusivamente controladas por dicho partido, un monopolio de acceso a las imprentas, a la radio, a la televisión y otros medios de difusión masiva, a las salas de reunión, etc., todo ello implica de hecho *limitar y no extender* los derechos democráticos del proletariado, en comparación con los que tienen bajo la democracia burguesa. El derecho de los trabajadores, incluidos los que no están de acuerdo con el gobierno, a tener acceso a los medios materiales para ejercer las libertades democráticas (libertad de prensa, de reunión, de manifestación, derecho de huelga, etc.), es fundamental para asegurar esta extensión.

Así, la extensión de los derechos democráticos de los trabajadores, más allá de los que ya gozan en las condiciones de democracia burguesa, es incompatible con la restricción del derecho a formar grupos, tendencias y partidos políticos sobre bases programáticas o ideológicas.

Además, la autoactividad y la autoadministración de las masas trabajadoras bajo la dictadura del proletariado adqui-

rirán numerosos carices nuevos y ampliarán el concepto de "actividad política" y de "partidos políticos", de "programas políticos" y de "derechos democráticos", bastante más allá de lo que caracteriza la vida política bajo la democracia burguesa. Esto no sólo se aplica a la extensión combinada de formas avanzadas de democracia representativa soviética (congresos soviéticos) y de manifestaciones crecientes de democracia directa; se aplica también a otros instrumentos políticos, como el referéndum sobre cuestiones específicas, que pueden utilizarse para que la masa de trabajadores pueda decidir directamente sobre toda una serie de cuestiones clave de orientación política. El contenido mismo de la "política" también se transformará.

En el modo de producción capitalista, e incluso en algunas formas precapitalistas de producción mercantil, es la ley del valor, es decir, las leyes económicas objetivas que operan a espaldas de los hombres y de las mujeres, la que regula fundamentalmente la vida económica, ante todo la distribución de los recursos económicos entre los sectores clave de la economía. La revolución socialista implica la posibilidad de un gigantesco salto adelante, hacia una regulación consciente del destino económico y social de la humanidad, en lugar de una regulación ciega y anárquica. Si este proceso sólo puede tomar una forma acabada y armónica con el advenimiento de una sociedad socialista a escala mundial, empieza con la planificación consciente de la economía socializada en el transcurso del período de transición entre el capitalismo y el socialismo, en la época de la dictadura del proletariado. Si la influencia de la ley del valor no puede eliminarse completamente durante este periodo, su predominio debe superarse; sinó la economía no puede planificarse.

Pero planificación significa asignación de los recursos económicos en función de unas prioridades conscientemente establecidas, en lugar de una asignación determinada por las fuerzas ciegas del mercado y de la ley del beneficio. *¿Quién determinará estas prioridades,* que comportan un mayor o menor bienestar para decenas, sinó para centenares de millones de seres humanos, y cuyas implicaciones, consecuencias y resultados influyen a su vez en el comportamiento de la masa de productores y de todos los trabajadores?

En el fondo no hay sino dos mecanismos que pueden sustituir al imperio de la ley del valor: ya sea un sistema de opciones burocráticas *impuestas* a la masa de productores/consumidores desde arriba (independientemente de sus orígenes y características, pasando del paternalismo tecnocrático ilustrado al despotismo arbitrario extremo del tipo estalinista; o bien unas opciones *tomadas por la masa de los propios productores,* a través del mecanismo del poder obrero democráticamente centralizado, es decir, gracias al funcionamiento de la democracia socialista. *Este será el contenido principal de los debates y de las luchas políticas, de la democracia socialista, bajo la dictadura del proletariado.*

La experiencia demuestra que el primer mecanismo conduce a inmensos derroches y es muy ineficaz. Esto no sólo se debe al derroche directo de los recursos materiales y de las capacidades productivas que implica o de las continuas dislocaciones del plan que provoca. Es también, y sobre todo, el resultado del constante estrangulamiento que comporta del potencial creador y productivo de los trabajadores. El análisis teórico y los datos empíricos llevan así a la conclusión común de que el segundo mecanismo podría y debería reducir fuertemente estos despilfarros. En cualquier caso, constituye el único mecanismo que permite una transición gradual hacia el objetivo de la dictadura del proletariado: la creación de una comunidad socialista sin clases, de productores-consumidores que se administran a sí mismos.

De todos modos, la experiencia ha demostrado también que este mecanismo de poder obrero democráticamente centralizado, en el sistema de consejos obreros, no puede dominar las contradicciones económicas y sociales de la construcción del socialismo si no existen instrumentos correctivos suplementarios, *independientes del aparato de Estado basado en los soviets.*

La existencia de *sindicatos independientes* y de una legislación laboral que garantice el *derecho de huelga,* son a este respecto determinantes para asegurar la defensa de las necesidades de los trabajadores y de su nivel de vida, frente a las decisiones tomadas por los consejos obreros, particularmente frente a cualquier arbitrariedad burocrática.

La construcción de una sociedad socialista sin clases es asimismo un formidable proceso de transformación de todos los aspectos de la vida social. Implica un cambio constante, no sólo de las relaciones de producción, del modo de distribución, del proceso de trabajo, de las formas de gestión de la economía y de la sociedad, de las costumbres, de los hábitos y de las formas de pensar de la gran mayoría de la población, sino también una reconstrucción general del medio urbano, una completa revolución del sistema educativo, el restablecimiento y la defensa del equilibrio ecológico, las innovaciones tecnológicas destinadas a conservar los recursos naturales escasos, etc.

Hasta ahora, las mayores adquisiciones de la cultura han sido propiedad de las clases dominantes, con prerrogativas y privilegios especiales atribuidos a la *intelliguentsia.* Los miembros de esta capa particular aseguran la transmisión y el desarrollo de las ciencias, de las artes y de las profesiones especializadas para las clases dominantes. Esta *intelliguentsia* desaparecerá gradualmente, a medida que las masas se apropien de todo el legado cultural del pasado y empiecen a crear la cultura socialista. De esta manera, desaparecerá también la distinción entre el trabajo "manual" y el trabajo "intelectual", cuando cada individuo pueda desarrollar libremente todas sus capacidades y todos sus talentos.

Todos estos esfuerzos, para cuyo logro no dispone la humanidad, en cualquier caso, de un plan preestablecido, darán lugar a debates y luchas ideológicas de gran amplitud. Las distintas plataformas políticas en relación a estos problemas, ligados todos entre sí, desempeñarán un papel mucho más importante que las referencias nostálgicas al pasado burgués o que las afirmaciones abstractas del ideal comunista. Cualquier restricción de estos debates, de estas luchas y de la formación de grupos y partidos, so pretexto de que esta o aquella plataforma refleja "objetivamente" la presión o los intereses de la burguesía o de la pequeña burguesía, o que podría "conducir a la restauración del capitalismo" si se "aplica hasta el final", no puede sinó trabar la emergencia de un consenso mayoritario en torno a las soluciones dadas a estos problemas acuciantes, que serían las más eficaces y las más correctas desde el *punto de vista de la construcción del socialismo,* es decir, desde el punto de vista de los intereses de clase del proletariado en su conjunto, diferentes de los intereses sectoriales de grupo, regionales, nacionales, etc.

Hay que precisar, más específicamente, que a lo largo del proceso de construcción de una sociedad sin clases proseguirán las luchas sociales contra los males que tienen su origen en la sociedad de clases, pero que no desaparecerán inmediatamente con la supresión de la explotación capitalista y del trabajo asalariado. La opresión de las mujeres, la opresión de las minorías nacionales, la opresión y la alienación de la juventud, son arquetipos de tales problemas que no pueden incluirse automáticamente bajo el título general de "lucha de clases del proletariado contra la burguesía", salvo si se separan las categorías "proletariado y burguesía" de sus definiciones y bases clásicas, marxistas y materiales, como hacen diversas corrientes maoístas y ultraizquierdistas.

La libertad política bajo la democracia obrera implica entonces la libertad de asociación y de acción de movimientos *independientes* de emancipación de las mujeres, de liberación nacional, de jóvenes, es decir, de movimientos más amplios que la clase obera en el sentido científico del término, sin hablar de la corriente marxista revolucionaria en el seno de la clase obrera. El partido revolucionario será capaz de ganarse la dirección política en estos movimientos autónomos, y de inflingir una derrota ideológica a las diferentes corrientes utópicas o reaccionarias, no con medios administrativos o represivos, sino por el contrario, estimulando la democracia de masas más amplia posible en las filas de estos movimientos, y apoyando sin ninguna reserva el derecho de todas las tendencias a defender sus opiniones y

sus plataformas ante la sociedad en su conjunto.

Hay que reconocer también que la *forma específica* de poder del Estado proletario implica una combinación dialéctica única entre la centralización y la descentralización. La extinción del Estado, que debe empezar desde el comienzo mismo de la dictadura del proletariado, se traduce en un proceso de gradual transferencia del derecho de gestión sobre sectores cada vez más amplios de la actividad social (sistema sanitario, sistema educativo, transportes colectivos, telecomunicaciones, etc.), a escala internacional, nacional, regional y local (municipios), desde el mismo momento en que el congreso central de los consejos de trabajadores (es decir, *el proletariado en tanto que clase)* haya asignado, mediante su voto mayoritario, a cada uno de estos sectores la parte que le corresponde de los recursos materiales y humanos de que dispone la sociedad en su conjunto. Esto implica de nuevo unas formas y contenidos específicos de los debates y luchas políticas, que no pueden prefigurarse de antemano ni reducirse en modo alguno a unos "criterios de clase" simplistas y mecánicos.

Finalmente, la participación de millones de personas en el proceso de construcción de una sociedad sin clases, no sólo mediante el voto más o menos pasivo, sino también en la gestión real a diversos niveles, no puede limitarse de forma obrerista únicamente a los "trabajadores que participan en la producción" o solamente al nivel de las empresas.

Lenin precisó que en el Estado obrero, la inmensa mayoría de la población deberá participar directamente en la administración del Estado. Esto significa que los consejos de trabajadores sobre los que se basará la dictadura del proletariado no serán comités de fábrica, sinó organismos de autoorganización de las masas en todas las esferas de la vida económica y social, incluídas, evidentemente, las fábricas, las unidades de distribución, los hospitales, las escuelas, los centros de telecomunicación y de transporte, y los barrios (unidades territoriales). Esto es indispensable para integrar en el proletariado a las capas más dispersas y muchas veces las más pobres y las más oprimidas, como las mujeres, las nacionalidades oprimidas, los jóvenes, los trabajadores de las pequeñas empresas, los jubilados, etc. Es asimismo indispensable para cimentar la alianza entre la clase obrera y la pequeña burguesía inferior (como los campesinos trabajadores). Esta alianza es decisiva para conquistar y consolidar el poder, para reducir los costes sociales de una revolución victoriosa y de la construcción del socialismo.

3. La lucha de clases bajo el capitalismo, la lucha por las libertades democráticas y la emergencia de la dictadura del proletariado

La clase dominante utiliza todos los medios ideológicos de que dispone para identificar las instituciones parlamentarias burguesas con la conservación de las libertades democráticas. Sobre todo en Europa occidental, en Japón y en Australia, por ejemplo, los amos capitalistas tratan de aparecer como los defensores de las preocupaciones democráticas de las masas obreras y plebeyas, preocupaciones que se han intensificado a la luz de las experiencias negativas del fascismo y del estalinismo.

Una de las condiciones clave de la lucha por ganar a las masas para la revolución socialista y para la dictadura del proletariado, es la de comprender bien la importancia de las aspiraciones y acciones democráticas de las masas, expresarlas adecuadamente, y contrapesar así los constantes esfuerzos de los reformistas por apropiarse de estas aspiraciones y canalizarlas al atolladero de las instituciones parlamentarias burguesas.

Los derechos democráticos de que gozan las masas bajo el capitalismo —de la libertad de palabra a la libertad para organizar sindicatos y partidos obreros, al derecho al sufragio universal y al aborto libre— han sido conquistas arrancadas por las luchas de masas. Los marxistas revolucionarios luchan por las libertades democráticas más amplias posibles bajo el capitalismo. Cuanto más amplias sean estas libertades, tanto mayores serán las posibilidades de los trabajadorers y de sus aliados para luchar por sus intereses, para mejorar la relación de fuerzas entre las clases a favor del proletariado, y para encaminarse así a la prueba de fuerzas final con los capitalistas, en la lucha por el poder, en las mejores condiciones.

El interés de clase de los trabajadores implica por tanto la lucha por defender cada conquista de las masas, incluída la de las libertades democráticas, frente a la reacción burguesa. La historia demuestra que la clase obrera es la única clase capaz de llevar esta lucha hasta el final: el frente único obrero es el mejor instrumento para organizar con éxito este combate frente a la amenaza de dictaduras fascistas o militares. Asimismo, en la lucha contra la reacción capitalista, no confiamos en modo alguno en el Estado burgués o en alguna de sus instituciones. Cualquier restricción de los derechos democráticos por el Estado burgués será utilizada inevitablemente diez veces más contra la clase obrera, y sobre todo contra su ala revolucionaria. El fascismo sólo puede ser detenido mediante movilizaciones independientes de masas, de una clase obrera unida y de sus aliados, con luchas de frente único de masas dirigidas conscientemente.

El capitalismo decadente genera la reacción. La extensión de los derechos y libertades democráticas de que gozan las masas, en un momento dado y en un país dado, viene determinada por la relación de fuerzas entre las clases. Aunque se produzcan oscilaciones alrededor del eje de esta tendencia histórica general, en la época imperialista ésta va en el sentido de reducir las libertades democráticas de las masas ante la mayor polarización entre las clases. Y esto es aún más cierto cuando una clase burguesa determinada se encuentra en una grave crisis económica y social, y cuando su base y sus reservas materiales son menores. Esto se manifiesta actualmente de la forma más clara en las numerosas dictaduras brutales de los países semicoloniales.

Así, es una tarea crucial de los marxistas revolucionarios arrebatar la dirección de las masas a los reformistas como representantes de las aspiraciones democráticas de los trabajadores. La clarificación y la propaganda programáticas, particularmente la lucha contra las ilusiones reformistas y parlamentarias, es a todas luces insuficiente para ello, independientemente de su importancia. Las masas aprenden ante todo por su experiencia práctica cotidiana. De ahí la importancia de participar con ellas en estas experiencias, y extraer de ahí las conclusiones correctas.

A medida que se exacerba la lucha de clases, los dirigentes reformistas, que pregonan las pretendidas ventajas del sistema parlamentario burgués, encontrarán cada vez menos audiencia. Los trabajadores contestarán cada vez más la autoridad y las prerrogativas de la burguesía a todos los niveles. A través de sus propias organizaciones —comités sindicales, comités de fábrica, órganos de control obrero, hasta los consejos obreros propiamente dichos— empezarán a asumir por sí mismos cada vez más poderes para tomar decisiones económicas y políticas. De este modo ganarán cada vez más confianza en sus propias fuerzas, con miras a derribar el Estado burgués.

En el transcurso del mismo proceso, y con el fin de dirigir sus luchas con mayor eficacia, con la más amplia participación, los trabajadores comprenderán también la necesidad de optar por las formas de organización más democráticas. A través de esta experiencia de lucha, y de la participación en sus propias organizaciones democráticamente estructuradas, las masas adquirirán mucha más libertad de acción, y más libertad en el sentido más amplio del término, de lo que han gozado jamás bajo la democracia parlamentaria burguesa. Así harán el aprendizaje del valor insustituible de la democracia proletaria. Este es el eslabón indispensable en la cadena de acontecimientos que conduce de la dominación capitalista a la conquista del poder por el proletariado. Esta experiencia será también vital para asegurar las normas democráticas del Estado obrero. La autoorganización del proletariado en el transcurso de la lucha de clases bajo el capitalismo —desde las asambleas de huelguistas, democráticas, y desde los comités de huelga elegidos democrática-

mente, hasta el sistema generalizado de dualidad de poder— es por tanto la mejor escuela de democracia proletaria.

4. Partido único o pluripartidismo

Sin la plena libertad de organizar grupos, tendencias y partidos políticos, no es posible la completa materialización de los derechos y libertades democráticas de las masas trabajadoras bajo la dictadura del proletariado. Mediante su voto libre, los trabajadores y campesinos pobres indicarán ellos mismos qué partidos desean que formen parte del sistema de los soviets. En este sentido, la libertad para organizar grupos, tendencias y partidos distintos, reconocidos por los propios trabajadores como partidos soviéticos mediante la elección de sus miembros a los soviets, constituye una condición previa para el ejercicio del poder político por la clase obrera: **"La democratización de los soviets es inconcebible sin una legislación de los partidos soviéticos"** (Programa de Transición de la IVª Internacional). Sin esta libertad, no recortada por ninguna restricción **ideológica**, no pueden existir consejos de trabajadorers realmente y libremente elegidos, ni un auténtico ejercicio del poder por estos consejos de trabajadores.

Así, las restricciones de esta libertad no son restricciones de los derechos políticos del enemigo de clase, sino recortes de los derechos políticos del proletariado. Socialmente, esta libertad constituye una condición para que la clase obrera puede llegar colectivamente, **en tanto que clase**, a un punto de vista común, o al menos a un punto de vista mayoritario, en torno a los innumerables problemas tácticos, estratégicos e incluso teóricos (programáticos) que implica la gigantesca tarea de construir una sociedad sin clases, bajo la dirección de unas masas tradicionalmente oprimidas, explotadas y aplastadas. Sin esta libertad de organizar grupos, tendencias y partidos políticos, no puede existir ninguna verdadera democracia socialista.

Los marxistas revolucionarios rechazan la desviación sustitucionista, elitista, paternalista y burocrática del marxismo, que concibe la revolución socialista, la conquista del poder y el ejercicio del poder bajo la dictadura del proletariado, como la tarea del partido revolucionario que actúa "en nombre" de la clase, o, en la mejor de las hipótesis, "con el apoyo de la clase".

Si la dictadura del proletariado ha de significar lo que expresan las propias palabras, cosa que lícitamente formulada en la tradición teórica tanto de Marx como de Lenin, es decir, **el poder de la clase obrera en tanto que clase** (de los "productores asociados"), si la emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los trabajadores mismos, y no el fruto de un proletariado pasivo en vías de ser educado para su emancipación por administradores revolucionarios benevolentes e ilustrados, entonces es evidente que el papel dirigente del partido revolucionario, tanto en la conquista del poder como en la construcción de una sociedad sin clases, no puede ser sino el papel de una dirección política de la actividad masiva de la clase, no puede consistir sino en la conquista de la hegemonía política en el seno de una clase cada vez más lanzada a la autoactividad, en la lucha por conquistar la mayoría en el seno de la clase obrera para sus propuestas, con medios políticos y no administrativos o represivos.

Bajo la dictadura del proletariado, el poder estatal es ejercido por consejos de trabajadores democráticamente elegidos. El partido revolucionario lucha por una línea política correcta y por la dirección política en el seno de estos consejos de trabajadores, sin sustituirlos. Partido y Estado siguen siendo entidades estrictamente separadas y distintas.

Pero unos consejos de trabajadores realmente representativos y democráticamente elegidos sólo pueden existir si las masas tienen el derecho de meter en ellos a todos los que eligen, sin distinciones y sin condiciones restrictivas en cuanto a las convicciones ideológicas y políticas de los delegados elegidos (evidentemente, esto no se aplica a unos partidos comprometidos en la lucha armada contra el Estado obrero, es decir, en condiciones de guerra civil, ni en condiciones de crisis revolucionaria y de insurrección armada, que se tratan más abajo). Asimismo, los consejos de trabajadores sólo pueden funcionar democráticamente si todos los delegados elegidos gozan del derecho a constituir grupos, tendencias o partidos, si tienen acceso a los medios de difusión masiva, si pueden defender sus plataformas diferentes ante las masas y si tienen el derecho de someterlas al debate público y a la prueba de la experiencia. Cualquier restricción a la afiliación a un partido limita la libertad del proletariado para ejercer el poder político, es decir, limita la democracia obrera, lo que sería contradictorio con nuestro programa, con los intereses históricos de la clase obrera, con las necesidades de consolidar el poder de los trabajadores, con los intereses de la revolución mundial y de la construcción del socialismo.

La teoría marxista del Estado no incluye en modo alguno la concepción de que un sistema de partido único sea una condición previa necesaria o una característica del poder de los trabajadores, del Estado obrero, o de la dictadura del proletariado. En ningún escrito teórico de Marx, de Engels, de Lenin o de Trotsky, ni en ningún documento programático de la IIIª Internacional en tiempos de Lenin, aparece en parte alguna esta defensa del sistema del partido único. Las teorías que se formularon más tarde, como la grosera concepción estalinista según la cual las clases sociales han sido representadas a través de toda la historia, siempre por un único partido, son históricamente faltas y sirven de apología del monopolio de poder político usurpado por la burocracia soviética y sus herederos ideológicos en los demás Estados obreros burocratizados —un monopolio basado en la expropiación política de la clase obrera. La historia —incluidos los últimos sobresaltos en la República Popular China— confirma que Trotsky tenía razón cuando afirmaba: "Las clases son heterogéneas, están desgarradas por antagonismos internos, y no alcanzan sus fines comunes sino mediante la lucha de tendencias, de agrupamientos y de partidos. En la historia política no se encontrará ni un solo partido que represente a una única clase, a menos que, desde luego, se consienta en tomar una ficción policial por la realidad" (La revolución traicionada).

Esto era cierto para la burguesía bajo el feudalismo. Es cierto para la clase obrera bajo el capitalismo. Seguirá siendo cierto para la clase obrera bajo la dictadura del proletariado y en el transcurso del proceso de construcción del socialismo.

Si se dice que sólo los partidos y organizaciones que no tienen ningún programa o ideología burguesa (¿y pequeño-burguesa?), o que no están "comprometidos en la propaganda y/o la agitación antisocialista o antisoviética", pueden ser legalizados, ¿dónde trazar la línea de demarcación? ¿Serán prohibidos los partidos que tienen una mayoría de miembros originarios de la clase obrera, pero al mismo tiempo una ideología burguesa? ¿Cómo conciliar esta posición con el concepto de libre elección de los consejos de trabajadores? ¿Cuál es la línea de demarcación entre el "programa burgués" y la "ideología reformista"? ¿Hay que prohibir entonces también a los partidos reformistas? ¿Será suprimida la socialdemocracia?

Aunque sólo fuera sobre la base de la tradición histórica, es inevitable que en numerosos países el reformismo siga influyendo durante mucho tiempo en la clase obrera. Esta supervivencia no será limitada mediante la represión administrativa; al contrario, tal represión tenderá más bien a reforzarla. El mejor medio de combatir las ilusiones y las ideas reformistas consiste en combinar una lucha ideológica y la creación de condiciones materiales favorables para la desaparición de tales ilusiones. Pero esta lucha ideológica pierde mucha eficacia en condiciones de represión administrativa y de ausencia de un libre debate y del intercambio de ideas.

Si el partido revolucionario agita a favor de la prohibición de la socialdemocracia o de otras formaciones reformistas, será mil veces más difícil mantener la libertad de tendencias y la tolerancia de fracciones en sus propias filas, pues la heterogeneidad política de la clase obrera tenderá entonces a reflejarse inevitablemente en el seno del partido único.

Así, la verdadera alternativa no es: o bien la libertad para los que tienen un auténtico programa socialista, o bien la

libertad para todos los partidos políticos. La auténtica alternativa es la siguiente: o bien la democracia obrera con el derecho de las masas a elegir a todos aquellos que deseen, y la libertad de organización política para los que han sido elegidos (incluídas personas con ideologías o programas burgueses o pequeño-burgueses), o bien una restricción decisiva de los derechos políticos de la propia clase obrera, con todas las consecuencias que de ahí se derivan.

La restricción sistemática de la existencia de partidos políticos desemboca en la restricción sistemática de la democracia obrera y tiende inevitablemente a restringir la libertad en el seno del mismo partido revolucionario de vanguardia.

Cuando decimos que estamos a favor de una legislación de todos los partidos soviéticos, es decir, de todos los partidos cuyos miembros son elegidos a los soviets por los trabajadores y campesinos mismos, esto no implica en modo alguno una subestimación de la confusión, de los errores, e incluso de las derrotas parciales que pueden resultar y que resultarán de la propagación de programas equivocados o de influencias de clases externas al proletariado, por parte de estos partidos.

Esto implica aún menos que nosotros *llamamos* a los trabajadores a constituir partidos sobre la base de lo que estimamos son programas, plataformas o líneas políticas equivocadas. Afirmamos solamente que la supresión administrativa artificial de estos partidos —artificial en la medida en que continuarán respondiendo a corrientes de opinión reales en el seno de las masas, incluso tras su supresión— lejos de reducir estos peligros, los aumentaría. La homogeneización política, ideológica y cultural de la clase obrera, que llevará a la masa de trabajadores al punto en que sea capaz de sustituir la maquinaria estatal por una comunidad libre de ciudadanos que se administran a sí mismos (es decir, acabar la construcción del socialismo y la extinción del Estado), representa una tarea histórica gigantesca. No depende únicamente de las condiciones materiales previas, que son evidentes. Exige también un aprendizaje político específico. La experiencia histórica ha confirmado que sin unas condiciones de una verdadera democracia obrera, este proceso sólo puede retrasarse o incluso ser invertido, como fue manifiestamente el caso en la URSS. La experiencia histórica ha confirmado también que no es posible ninguna verdadera democracia obrera sin la libertad de constituir un sistema pluripartidista.

5. ¿Qué representan los partidos políticos?

Los marxistas revolucionarios rechazan toda ilusión espontaneísta según la cual el proletariado sería capaz de resolver los problemas estratégicos y tácticos planteados por la necesidad de derribar el capitalismo y el Estado burgués, de conquistar el poder estatal y de construir el socialismo, por medio de acciones de masas espontáneas, sin una vanguardia consciente y un partido revolucionario de vanguardia organizado, basado en un programa revolucionario que haya superado la prueba de la experiencia histórica, y en cuadros educados en este programa y probados por una larga experiencia práctica de lucha de clases.

Los argumentos de origen anarquista, retomados también por corrientes ultraizquierdistas "consejistas", según los cuales los partidos políticos son, por su propia naturaleza, formaciones "liberales burguesas" extrañas al proletariado, y no tienen ningún lugar en el seno de los consejos de trabajadores, porque tienen una tendencia inherente a usurpar el poder político de las manos de la clase obrera, son teóricamente falsos y políticamente perjudiciales y peligrosos. No es cierto que los agrupamientos, las tendencias y los partidos políticos sólo hayan aparecido con el ascenso de la burguesía moderna. En el sentido fundamental (y no puramente formal) del término, son mucho más antiguos. Aparecieron con el surgimiento de formas de gobierno en las que un número relativamente alto de personas (en oposición a las pequeñas comunidades aldeanas o asambleas tribales) participaban de una manera u otra en el ejercicio del poder político (por ejemplo, en la democracia de la Antigüedad), es decir, que coinciden con la existencia de conflictos sociales basados en intereses materiales opuestos entre sí. Estos intereses no se circunscriben necesariamente a conflictos de intereses *entre* clases antagónicas, pueden expresar también conflictos de intereses materiales *en el seno* de una clase social dada.

No cabe duda que los partidos políticos, en este sentido *real* (y no formal) del término son fenómenos históricos cuyo contenido ha cambiado de época en época, como sucedió en las grandes revoluciones democráticas burguesas del pasado (particularmente en la gran revolución francesa, aunque no sólo en ella). La revolución proletaria tendrá un efecto análogo. Los partidos políticos seguirán existiendo mientras haya conflictos de intereses materiales, es decir, hasta que se termine la construcción de una sociedad socialista sin clases.

Podemos predecir con seguridad que en condiciones de una verdadera democracia obrera, los partidos políticos adquirirán un contenido mucho más rico y más amplio, y dirigirán luchas políticas de masas de una amplitud y con una participación de las masas infinitamente superior a todo lo que se ha conocido bajo la democracia burguesa más avanzada.

De hecho, cuando las decisiones políticas van más allá de un pequeño número de cuestiones rutinarias que pueden ser discutidas y decididas por un pequeño grupo de personas, toda forma de democracia implica la necesidad de *opciones estructuradas y coherentes en torno a un gran número de cuestiones vinculadas entre sí,* es decir, una opción entre líneas políticas, plataformas y programas alternativos que expresen en última instancia los conflictos de intereses de clase de capas sociales diferentes. Esto es lo que representan los partidos.

La ausencia de estas alternativas estructuradas, lejos de incrementar la libertad de expresión y de opción para gran número de personas, imposibilita todo gobierno por asambleas o consejos de trabajadores. Diez mil personas no pueden votar sobre quinientas posiciones distintas. Si se quiere evitar que el poder caiga en manos de demagogos, grupos de presión secretos o camarillas, hay que permitir la libre confrontación de un número limitado de opciones estructuradas y coherentes, es decir, de programas políticos y de partidos políticos, sin monopolios ni cortapisas de ninguna clase. Esto es lo que hará que la democracia obrera sea tanto significativa como operativa.

Además, la oposición anarquista y "consejista" a la constitución de partidos políticos bajo la dictadura del proletariado, en el transcurso del proceso de construcción del socialismo, constituye o bien un pío deseo (es decir, la esperanza de que la masa de trabajadores se abstendrá de constituir o apoyar a grupos, tendencias y partidos con líneas políticas y programas diferentes), en cuyo caso es simplemente utópica, pues esto no se dará; o bien constituye una tendencia a impedir o reprimir los esfuerzos de todos estos trabajadores que desean desarrollar una acción política sobre una base pluralista, y en este caso, no puede sino traducir objetivamente el proceso de monopolización burocrática del poder, es decir, exactamente lo contrario de lo que desean los libertarios.

Muchos agrupamientos centristas o ultraizquierdistas han defendido una argumentación análoga, según la cual la expropiación del proletariado soviético del ejercicio directo del poder político tiene sus raíces en la concepción leninista de la organización misma, basada en el centralismo democrático. Consideran que el esfuerzo de los bolcheviques por construir un partido que dirigiera al proletariado en la revolución tenía que conducir inevitablemente a una relación paternalista, manipuladora y burocrática entre este partido y las masas trabajadoras, lo que a su vez iba a desembocar, no menos inevitablemente, en un monopolio del partido en el ejercicio del poder después de la revolución socialista victoriosa.

Esta argumentación es histórica y se basa en una concepción idealista de la historia. Desde un punto de vista marxista, es decir, materialista histórico, la causa fundamental de la

expropiación política del proletariado soviético era material y socioeconómica, y no ideológica o programática. La pobreza general y el Estado atrasado de Rusia, la relativa debilidad numérica y cultural del proletariado hicieron que a largo plazo el ejercicio del poder por este proletariado fuera imposible si la revolución permanecía aislada: esta fue la opinión unánime no sólo entre los bolcheviques de 1917-1918, sino entre todas las tendencias que se reivindicaban del marxismo. El declive catastrófico de las fuerzas productivas en Rusia (como consecuencia de la guerra civil, de la intervención imperialista militar, del sabotaje de los técnicos proburgueses, etc.), provocó unas condiciones de penuria que favorecieron el surgimiento de privilegios especiales. Todos estos factores desembocaron en un debilitamiento cualitativo del proletariado, ya de por sí reducido. Además, importantes sectores de la vanguardia política de la clase, precisamente los más aptos para combatir a la burguesía y a la burocracia, perecieron en la guerra civil o abandonaron las empresas para incorporarse masivamente en el Ejército Rojo y en el aparato de Estado.

Tras el inicio de la NEP hubo un relanzamiento económico, pero el paro masivo y la constante decepción causada por los retrocesos y las derrotas de la revolución mundial, alimentaron la pasividad política y el declive general de la actividad política de masas, incluso dentro de los soviets. De este modo, la clase obrera fue incapaz de frenar el crecimiento de una capa materialmente privilegiada, que para mantener su poder empezó a limitar cada vez más los derechos democráticos y terminó destruyendo los soviets y el propio partido bolchevique, si bien continuó utilizando su nombre para sus propios fines. Estas son las causas principales de la usurpación del ejercicio directo del poder por la burocracia, de la creciente fusión entre el aparato del partido, el aparato de Estado y el aparato de los *managers* económicos, en una casta burocrática privilegiada.

Lenin, Trotsky, otros bolcheviques y más tarde la Oposición de Izquierda, lejos de favorecer el ascenso de la burocracia, trataron de combatirlo. Fue el debilitamiento de la vanguardia proletaria, y no "la teoría leninista del partido", el que hizo que este combate fracasara. Aún considerando que algunas medidas tomadas por los bolcheviques antes de la muerte de Lenin —como la prohibición temporal de las fracciones, decidida en el X° Congreso del partido—, habían contribuido a este debilitamiento, este no es en modo alguno el fondo del problema. Las causas del proceso de burocratización fueron objetivas, materiales, económicas y sociales. Hay que buscarlas en la infraestructura de la sociedad soviética de la época, no en su superestructura de la sociedad soviética de la época, no en su superestructura política, y por supuesto tampoco en una concepción particular del partido. Lejos de ser el producto del bolchevismo, la burocracia stalinista tuvo que destruir físicamente al partido bolchevique para poder establecer su dictadura totalitaria. El partido bolchevique era un instrumento de la clase obrera y un enemigo de la burocracia. El estrangulamiento político del partido era una condición previa para la expropiación política de la clase obrera.

La experiencia histórica ha confirmado, por lo demás, que en ausencia de un partido revolucionario que dirija la revolución o que ejerza una gran influencia en su seno, los consejos de trabajadores no sobreviven apenas más que lo que hicieron en Rusia, sino que desaparecen, al contrario, aun más rápidamente: Alemania en 1918 y España en 1936-37 son los ejemplos más elocuentes en la materia.

6. La necesidad de un partido revolucionario de vanguardia

La falta de homogeneidad de la clase obrera, el desarrollo desigual de la conciencia de clase en sus distintas capas, el carácter discontínuo de la actividad política y social de muchos de sus componentes, hacen que sea indispensable la organización separada de los elementos más conscientes y contínuamente activos la clase obrera en un partido revolucionario de vanguardia. Esto es cierto en lo que se refiere a las necesidades de la lucha de clases bajo el capitalismo. Se aplica de la misma manera a las exigencias de la conquista del poder y los avances del proletariado en la vía del socialismo. El papel insustituible de este partido revolucionario de vanguardia, con cuadros proletarios educados en el programa marxista y que hayan pasado por la prueba de importantes batallas de clase, aumenta incluso la conquista del poder por el proletariado.

Un fuerte partido leninista de masas debe dirigir a los trabajadores en sus esfuerzos por ejercer el poder estatal y construir una sociedad nueva, hasta que haya sido derribado el capitalismo a escala mundial y se haya construido la sociedad socialista sin clases. Los problemas ligados a las opciones a realizar entre diversos ritmos de crecimiento económico, entre las variantes en la asignación de los recursos económicos escasos, entre las prioridades dadas al desarrollo más o menos rápido de diversas formas de consumo individual y social; los problemas del ritmo de reduccción de la desigualdad social; los problemas de la defensa de los Estados obreros contra las potencias capitalistas; la construcción de una internacional revolucionaria de masas con miras a extender la revolución socialista mundial; los problemas de la lucha contra los prejuicios y concepciones reaccionarias, y las desigualdades reales entre sexos, generaciones, nacionalidades y razas, heredadas del pasado —todos estos problemas fundamentales de la época de transición entre el capitalismo y el socialismo no pueden resolverse espontáneamente—. Exigen la dirección del partido que aplica el programa marxista revolucionario.

El papel del partido revolucionario de vanguardia será además esencial en la lucha contra el desarrollo de privilegios materiales y capas burocráticas en el seno de la dictadura del proletariado. Este papel es indispensable, máxime si se trata de aplicar un programa radical y revolucionario de democracia obrera socialista como el presente —que es idéntico al programa de revolución política en los Estados obreros burocratizados—. Ejercerá su autoridad apoyándose en el voto libre de los consejos obreros y en la confianza política que se ganará entre las masas trabajadoras, y no en medios administrativos. La interacción dialéctica entre la autoorganización libre y democrática de los trabajadores y la clarificación y dirección políticas y programáticas del partido revolucionario de vanguardia, produce las mejores ocasiones para la conquista y el ejercicio contínuo del poder por la propia clase obrera.

Con el fin de evitar cualquier abuso de poder por un partido de vanguardia que ejerce una función dirigente en el seno de la clase obrera bajo la dictadura del proletariado, la IVª Internacional combate por los siguientes principios:

a) la más amplia democracia interna en el seno del propio partido, con derechos plenos y enteros a organizar tendencias, la tolerancia de fracciones, y la posibilidad de debates públicos entre ellas antes de los congresos del partido;

b) los lazos y la interpenetración más amplios posibles entre el partido y la propia clase obrera. Un partido revolucionario obrero de vanguardia no puede dirigir con eficacia a la clase obrera bajo la dictadura del proletariado si simultáneamente no goza de la confianza política de la mayoría de los trabajadores y no se gana la adhesión a sus filas de la gran mayoría de trabajadores de vanguardia;

c) la supresión estricta de todo privilegio material de los cuadros o dirigentes del partido. Ningún miembro del partido elegido para cualquier función dirigente en el Estado obrero, para sus organismos económicos o instituciones sociales, deberá percibir un salario superior al de un obrero cualificado, o ventajas en especie que comporten de hecho una diferencia;

d) ningún monopolio político o ideológico del partido de vanguardia sobre las actividades políticas o culturales. Defensa del principio pluripartidista;

e) la separación clara entre el aparato del partido y el del Estado;

f) la integración real del partido en una internacional revolucionaria y la aceptación de la crítica internacional fraternal por organizaciones revolucionarias de otros países. Ningún control de la internacional por el partido o los partidos en el poder en uno o varios Estados obreros.



7. Es indispensable tener una posición clara sobre la democracia socialista para ganar a los trabajadores, a la revolución socialista y a la dictadura del proletariado

La defensa de un programa claro e inequívoco de democracia socialista constituye actualmente una parte indispensable de la lucha contra las direcciones reformistas que tratan de inculcar a los trabajadores de los países imperialistas los mitos e ilusiones democráticos burgueses. Es también indispensable para luchar contra las ilusiones procapitalistas y los prejuicios antisoviéticos entre las diversas capas de contestatarios y opositores en los Estados obreros burocratizados, en el transcurso del proceso de desarrollo de la lucha por la revolución política en estos países.

Tanto la desastrosa experiencia histórica del fascismo y de otros tipos de regímenes dictatoriales burgueses reaccionarios en los países capitalistas, como las de Stalin y Mao, así como de sus sucesores en los países del Este, han suscitado en la clase obrera de los países imperialistas y de los Estados obreros burocratizados una profunda desconfianza hacia toda forma de régimen de partido único y toda justificación, por muy sutil que sea, de una restricción de los derechos democráticos tras el derrocamiento del capitalismo.

Si con su propaganda o con su comportamiento práctico los marxistas revolucionarios causan la mínima impresión de que bajo la dictadura del proletariado las libertades democráticas de los trabajadores —incluída la libertad de criticar al gobierno, de tener partidos de oposición y una prensa de oposición— serán más restringidas que bajo la democracia burguesa, la lucha por quebrar la preponderancia ideológica de todos los que difunden las ilusiones parlamentarias en el seno del movimiento obrero será infinitamente más difícil, si no es que está condenada globalmente al fracaso. Toda vacilación o toda ambigüedad por parte de la vanguardia revolucionaria a este respecto no puede sino ayudar a los lacayos reformistas de la burguesía liberal a dividir al proletariado y a desviar a un sector importante de la clase hacia la defensa de las instituciones del Estado burgués, so pretexto de garantizar los derechos democráticos.

Se ha avanzado el argumento de que todo lo que precede no se aplica sino a países y condiciones en que la clase de los asalariados representa ya una mayoría clara de la población activa, es decir, no se enfrenta a una gran mayoría de pequeños productores mercantiles. Es cierto que esta relación de fuerzas sociales crea obstáculos objetivos en el camino de un desenvolvimiento pleno y entero de la democracia socialista, y han contribuido objetivamente a los fenómenos de extrema burocratización en la mayoría de Estados obreros existentes.

Pero hay que subrayar de entrada el carácter excepcional de esta relación, que ya no existe actualmente ni siquiera en la mayoría de países semicoloniales. Hay que subrayar también que estas formas extremas de burocratización de los Estados obreros, incluso en países muy atrasados, no fueron el simple producto automático de unas condiciones objetivas desfavorables, sino también el producto de deformaciones ideológicas y políticas de los PCs que dirigieron los procesos de construcción de estos Estados, deformaciones que corresponden, en última instancia, a los intereses materiales de una capa social determinada: la burocracia.

En la medida en que un número creciente de países semicoloniales se encuentran actualmente en proceso de

industrialización parcial, el proletariado tiene ya un peso relativo mayor en la población activa que el que tuvo el proletariado ruso en 1917 o el proletariado chino en 1949. A través de su propia experiencia de lucha, este proletariado adquirirá rápidamente unos niveles de conciencia y de autoorganización que pondrán sobre el tapete la creación de organismos estatales de tipo soviético, desde el comienzo de una crisis revolucionaria (el ejemplo de Chile ya lo demostró). En este sentido, y en la medida en que se aplica particularmente a la revolución política en los Estados obreros burocratizados, el programa de la IVª Internacional, de democracia de los consejos de trabajadores como base de la dictadura del proletariado, es un *programa universal para la revolución mundial,* que corresponde fundamentalmente a la naturaleza social, a las necesidades históricas y a la manera de pensar de la propia clase obrera. No constituye en modo alguno un "lujo" reservado a los trabajadores de los "países más ricos", aunque su aplicación pueda verse en cierto modo restringida en estos países en que la clase obrera sigue siendo excesivamente pequeña.

Del mismo modo es necesario establecer una distinción conceptual y teórica clara entre las instituciones de la democracia parlamentaria burguesa -que se desenvuelven fundamentalmente en los países imperialistas, como resultado de la sobreexplotación imperialista de centenares de millones de campesinos y obreros en los países coloniales y semicoloniales y de la supresión violenta de sus derechos democráticos más elementales— y las instituciones de la democracia proletaria, incluidos sus embriones en el seno de la sociedad burguesa, que son el resultado de luchas, sacrificios y victorias seculares de la autoorganización y de la conquista de diversos niveles de conciencia de clase por el mismo proletariado. Las primeras serán condenadas por la historia y desaparecerán. Las últimas se extenderán y crecerán como nunca antes, durante y después de la lucha por la revolución socialista mundial, y en el transcurso de todo el período de construcción de un mundo socialista.

8. ¿Por qué este programa de democracia socialista no se ha materializado hasta ahora?

Se nos ha planteado la siguiente objeción: el programa marxista revolucionario, que identifica en general la dictadura del proletariado con la democracia proletaria, es normativo, ahistórico, irrealista y por tanto utópico. La experiencia histórica real de las revoluciones socialistas victoriosas ha conducido siempre, hasta ahora, según nuestros objetores, a sistemas políticos en que el poder es ejercido por minorías, por un único partido o incluso por el aparato dirigente de este partido, y no por las masas trabajadoras en su totalidad.

No podemos aceptar la definición de nuestras concepciones sobre la dictadura del proletariado como "normativa"; es programática. En este sentido, al igual que todas las posiciones programáticas del marxismo, no es sino la expresión consciente de una tendencia histórica objetiva del impulso instintivo del proletariado en condiciones de crisis revolucionaria. La historia confirma de forma contundente que desde la Comuna de París hasta las explosiones revolucionarias de los últimos años, pasando por las experiencias de las revoluciones rusa y china de 1905, de la revolución rusa de 1917, de la revolución alemana y austríaca de 1918-19, de la revolución húngara de 1919, de la crisis revolucionaria italiana de 1919-1920, de la revolución española de 1936, de la revolución china de 1925-1927, de numerosas huelgas generales en muchos países de prácticamente todos los continentes, incluidos numerosos países coloniales y semicoloniales, los trabajadores *han* manifestado efectivamente su tendencia a la autoorganización generalizada, creando consejos obreros u organismos similares. Estamos firmemente convencidos de que esta tendencia histórica, claramente comprendida por Marx, Lenin y Trotsky, y expresada por ellos en el terreno programático, se desenvolverá en el curso de las revoluciones presentes y futuras en mayor medida que lo que ha sucedido en las revoluciones pasadas.

Tampoco podemos aceptar el argumento de que el poder de los consejos de trabajadores es en cierta manera "impracticable" mientras subsista el imperialismo, es decir, mientras los problemas de la autodefensa de la revolución proletaria victoriosa y de su extensión internacional sigan siendo problemas centrales de la dictadura del proletariado. Al contrario, estamos convencidos de que la democracia de los consejos de trabajadores refuerza la capacidad de autodefensa del Estado obrero, su poder de atracción sobre los trabajadores de los países capitalistas, es decir, favorece la lucha contra el imperialismo y por la extensión internacional de la revolución.

Del mismo modo rechazamos toda concepción según la cual el retraso en el establecimiento firme y duradero del poder de los consejos de trabajadores —que aun así existió durante varios años en la Rusia soviética, pese a las falsificaciones de la historia que hizo la burocracia a este respecto— se debería de alguna manera a una incapacidad congénita del proletariado para ejercer el poder político y (o) económico, a su debilidad inherente, o a una tendencia fatalista a delegar el ejercicio del poder a una minoría privilegiada. Lo menos que puede decirse es que semejante conclusión es históricamente prematura en este punto —como habría sido prematuro concluir de las experiencias de las primeras revoluciones burguesas que la burguesía es congénitamente incapaz para gobernar con ayuda del sufragio universal.

Al contrario, la razón fundamental por la que el poder de los consejos de trabajadores ha sido hasta ahora la excepción y no la regla en los Estados obreros existentes, debe ligarse estrechamente con el peso muy limitado que tuvo el proletariado en la creación de dichos Estados —así como con la debilidad y el debilitamiento ulterior aun más pronunciado, del proletariado en la Rusia soviética entre 1917 y 1923.

La interacción de una serie de factores históricos —el atraso de Rusia, las primeras derrotas de la revolución internacional, el consiguiente aislamiento de la revolución rusa, el ascenso de la burocracia soviética al poder absoluto, su control sobre la Internacional Comunista, los efectos acumulativos de las derrotas de las sucesivas oleadas revolucionarias en el mundo, en gran parte debidas a dicho control, la ausencia de una dirección revolucionaria alternativa del proletariado internacional, la capacidad de los aparatos tradicionales para limitar y canalizar el nuevo ascenso revolucionario a finales de la 2.ª Guerra Mundial, el hecho de que desde entonces el ascenso de la revolución mundial se concentrará durante dos decenios en los países coloniales y semicoloniales, el hecho de que tomara en ellos fundamentalmente la forma de una guerra de guerrilla rural prolongada, con direcciones influenciadas por la ideología stalinista—: toda esta cadena condujo a un período durante el cual aparecieron nuevos Estados obreros con un peso muy reducido del proletariado en su nacimiento, con la ausencia de formas de lucha y de organización específicas del proletariado.

En otras palabras, la revolución mundial ha conocido un desvio histórico entre la segunda guerra mundial y el fin de los años 60, en el curso del cual el peso cualitativamente reducido del proletariado combinado con la influencia de ideologías de origen estalinista, han reducido de manera decisiva el impacto inmediato de los consejos obreros.

Además, el peso específico reducido de la clase obrera en sociedades como China y Vietnam y la naturaleza particular de los problemas a los que se confrontó la dictadura del proletariado —problemas de un *principio* de industrialización de un *principio* de crecimiento de la productividad del trabajo agrícola, de una penuria y de un atraso aún más grande que en Rusia— plantearon obstáculos subjetivos suplementarios en el camino de la democracia socialista.

Como resultado de la interacción de todos estos factores, la dictadura del proletariado fue extremadamente burocratizada en estos países desde su nacimiento. La clase obrera jamás ha ejercido el poder político directamente.

Pero este desvio de la historia acabó, en general, al final de los años 60. Tres procesos han contribuido a este acontecimiento histórico: el nuevo auge de las luchas revolucionarias en los países imperialistas, simbolizado por el mayo 1968 en Francia y por la revolución portuguesa de 1974-1975; el refuerzo cualitativo del proletariado en una serie de países

semicoloniales importantes; el auge de la revolución política en los Estados obreros burocratizados, simbolizado por la Primavera de Praga en 1968-69.

En estas condiciones, el peso del proletariado en el proceso real de la revolución mundial, es hoy mucho más grande que lo que fue durante el periodo 1945-68. Esto se confirma de manera clara por la reaparición de huelgas generales, de insurrecciones urbanas de masas, de órganos de autoorganización de tipo soviético en las principales explosiones revolucionarias de los últimos años, no solo en Chile y en Portugal, sino también en Irán y Nicaragua. Al mismo tiempo, después de un periodo durante el cual la conciencia iba por detrás de la realidad, hoy amplios sectores del proletariado mundial han asimilado la naturaleza real del stalinismo (lo que no ocurrió en 1936 ó 945) y rechazan firmemente los "modelos" de la "dictadura del proletariado" análogos a los de la URSS. Este es el caso no solamente en los países imperialistas sino también en Europa Oriental, en China, en India, en Brasil, etc. Nuestro programa de la dictadura del proletariado, fundado sobre la democracia de los consejos de trabajadores no expresa ni "normas abstractas", ni ilusiones utópicas, sino una tendencia histórica real que se reafirma ahora con muchas más fuerzas y de manera más universal, después de haber sido rechazada por los resultados objetivos y subjetivos de dos décadas de derrotas de la revolución mundial.

9. En respuesta a los stalinistas

Entre los que pretenden defender la dictadura del proletariado, solo los apologists stainistas del reino de las castas burocráticas privilegiadas en la URSS, China y otros Estados obreros similarmente burocratizados, proponen una solución de recambio a nuestro programa de democracia socialista fundada sobre el poder de los consejos de trabajadores y un sistema pluripartidista, en el seno del que el partido revolucionario de vanguardia lucha por la dirección política esforzándose en ganar el apoyo de la mayoría de los trabajadores.

Si bien es cierto que la ideología estalinista del Estado—tanto en la URSS como en la RP china— es fundamentalmente pragmática y sólo sirve para justificar los sucesivos bandazos de la orientación política cotidiana de la burocracia, hay que reconocer, sin embargo, que hay una serie de tesis y dogmas que subyacen a esta ideología, y que poseen una coherencia interna opuesta a la teoría marxista revolucionaria. Esta solución alternativa estalinista se basa en el ejercicio del poder estatal bajo la "dictadura del proletariado" *por un partido único que actúa en nombre de la clase obrera*. Esta solución alternativa se basa en los siguientes dogmas (aunque no siempre se formulen claramente o se expresen abiertamente por parte de todos los ideológos stalinistas):

1. El partido dirigente (o incluso su "núcleo dirigente": el "Comité Central leninista") detenta un monopolio de conciencia política al nivel más elevado, sino un monopolio de los conocimientos científicos, al menos al nivel de las ciencias sociales, y dispone por tanto de una infalibilidad garantizada (de la que se deduce a menudo la conclusión teológica y escolástica de que no pueden existir los mismos derechos para difundir el error que para proclamar la verdad).
2. La clase obrera, y más aún las masas trabajadoras en su conjunto, están demasiado atrasadas políticamente, demasiado influenciadas por la ideología burguesa y pequeñoburguesa, demasiado inclinadas a preferir las ventajas materiales inmediatas a sus propios intereses históricos, para que se pueda tolerar, desde el punto de vista de los "intereses del socialismo", el ejercicio directo del poder del Estado por consejos obreros democráticamente elegidos. Instaurar una verdadera democracia proletaria implicaría el riesgo de que se tomaran cada vez más decisiones perjudiciales, incluso "objetivamente contrarrevolucionarias", que abrirían la vía a la restauración del capitalismo, o en el mejor de los casos, perjudicarían y obstaculizarían el proceso de construcción del socialismo.
3. Por esta razón, la dictadura del proletariado sólo puede ser ejercida por el "partido dirigente del proletariado", o mejor aún, la dictadura del proletariado *es* la dictadura del partido, ya sea en su calidad de representante de una clase obrera fundamentalmente pasiva, ya sea apoyándose activamente en la lucha de las masas, de las que, sin embargo, se considera que no desean, son indignas o ineptas para ejercer directamente el poder estatal por sí mismas, a través de los órganos de poder institucionalizados.
4. Dado que este partido, y únicamente este partido, representa los intereses de la clase obrera, que se consideran como homogéneos en todas las situaciones y en relación a todos los problemas, el mismo "partido dirigente" debe ser monolítico. Cualquier tendencia de oposición refleja necesariamente, de un modo u otro, una presión de clase hostil o intereses de clase hostiles a los del proletariado (la lucha entre dos líneas es siempre la lucha entre el proletariado y la burguesía en el seno del partido, concluyen los maostalinistas). El control monolítico de todas las esferas de la vida social por el partido único es la desembocadura lógica de esta concepción. El control directo del partido debe establecerse en todos los sectores de la "sociedad civil".
5. Otra hipótesis que subyace a toda esta concepción es la de una intensificación de la lucha de clases en el proceso de construcción del socialismo (aunque esta hipótesis no conduzca necesariamente a las mismas conclusiones, si no se combina con las premisas precedentes). De ahí se deduce que el peligro de restauración del capitalismo puede aumentar, incluso mucho tiempo después de la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, y esto independientemente del nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas. El peligro de restauración del capitalismo se presenta como el resultado mecánico de la victoria de la ideología burguesa en uno u otro terreno social, político, cultural o incluso científico. A la vista de la fuerza extraordinaria que se atribuye así a las ideas burguesas, el empleo de la represión contra los que se considera vehiculizan estas ideas es el corolario lógico de dicho análisis.

Todas estas premisas e hipótesis son acientíficas desde un punto de vista marxista general e indefendibles a la luz de la experiencia histórica real de la lucha de clases durante y después del derrocamiento del poder capitalista en la URSS y otros países. En numerosas ocasiones han demostrado ser perjudiciales para la defensa de los intereses de clase del proletariado, obstáculos en la lucha eficaz contra los residuos de la burguesía y de la ideología burguesa. En la medida en que se han convertido en dogmas casi universalmente aceptados por los PCs en la época de Stalin, y poseen una cohesión interna incontestable —que refleja los intereses materiales de la burocracia en tanto que capa social, y una apología de su dictadura— jamás han sido explicíta ni completamente criticadas y rechazadas por algún PC desde entonces. Estos conceptos continúan campando por sus respetos, al menos parcialmente, en la ideología de numerosos dirigentes y cuadros de los PCs e incluso de los PS, es decir, de las burocracias del movimiento obrero. Continúan sirviendo como reserva conceptual de donde se extraen las justificaciones de diversas formas de limitación de los derechos democráticos de las masas trabajadoras en los Estados obreros burocratizados, así como de sectores del movimiento obrero de los países capitalistas dominados por los PCs. Así es indispensable un rechazo claro y coherente de estas concepciones, para defender nuestro programa de democracia socialista.

De entrada, la idea de una clase obrera homogénea, exclusivamente representada por un único partido, está en contradicción con toda la experiencia histórica y todo análisis marxista, materialista, del crecimiento y del desarrollo concreto del proletariado contempóraneo, tanto bajo el capitalismo como después del derrocamiento del mismo. En todo caso puede defenderse la tesis según la cual el partido revolucionario de vanguardia es el único que representa, *en el plano programático,* los intereses *históricos a largo plazo* del proletariado, y sus intereses *de clase* globales inmediatos, por oposición a los intereses sectoriales, específicos, nacionales, regionales, locales, de grupos caracterizados, privilegiados, etc. Pero incluso en este caso, cualquier análisis basado en la dialéctica materialista, por oposición a un análisis mecanicista e idealista, añadiría inmediatamente que únicamente en la medida en que este partido conquiste efec-

tivamente la dirección política de la mayoría de los trabajadores, podrá hablarse de una integración de los intereses de clase inmediatos e históricos materializada en la práctica, con una fuerte reducción de los riesgos de error de interpretación de dichos intereses. Además, esto no excluye en absoluto que dicho partido podría equivocarse en cuestiones particulares.

En realidad existe una estratificación efectiva y objetivamente determinada de la clase obrera y del desarrollo de la conciencia obrera. Asimismo, existe por lo menos una tensión entre la lucha por los intereses inmediatos y la lucha por los objetivos históricos del movimiento obrero (por ejemplo, tras la conquista del poder, la contradicción entre el consumo inmediato y las inversiones a largo plazo). Son precisamente estas contradicciones, arraigadas en el legado del desarrollo desigual de la sociedad burguesa misma, las que constituyen una de las justificaciones teóricas principales de la necesidad de una vanguardia revolucionaria por oposición a la idea de una "unión", que incluye pura y simplemente a todos los asalariados en una única organización.

Pero esto implica, a su vez, que no se puede negar que en el seno de la clase obrera puedan surgir y hayan surgido diferentes partidos, con orientaciones distintas y métodos diferentes de enfoque de la lucha de clases entre el capital y el trabajo y de las relaciones entre los objetivos inmediatos y los fines históricos del movimiento obrero, ni que representen realmente a sectores de la clase obrera (aunque sean intereses puramente sectoriales, presiones ideológicas de una clase adversa etc.).

En segundo lugar, no cabe ninguna duda que un partido revolucionario con una vida democrática interna cuenta con una enorme ventaja en el terreno del análisis correcto de la evolución socioeconómica y política, y en el de la elaboración correcta de las respuestas tácticas y estratégicas a esta evolución, puesto que puede basarse en el socialismo científico –el marxismo–, que sintetiza y generaliza todas las experiencias pasadas de la lucha de clases, tomadas en su conjunto. Esta base de partida de la elaboración política corriente hace que esté menos inclinado que cualquier otra tendencia del movimiento obrero, o de cualquier sector no organizado de la clase obrera, a sacar conclusiones falsas, a hacer generalizaciones prematuras, a reaccionar de forma unilateral e impresionista ante los acontecimientos imprevistos, a hacer concesiones a la presión ideológica y política de las fuerzas de clases adversas, a llegar a compromisos políticos sin principios etc. Estos hechos incuestionables, confirmados siempre de nuevo por cada giro de los acontecimientos desde hace más de tres cuartos de siglo, a partir de la aparición del bolchevismo, constituyen los argumentos más contundentes a favor de un partido revolucionario de vanguardia.

Pero no garantizan que este partido deje automáticamente de cometer errores. No existe ningún partido infalible. Tampoco existen direcciones o mayorías de partido, "Comités Centrales leninistas" o dirigentes individuales que sean infalibles. El programa marxista no es nunca un programa definitivamente acabado. No existe ninguna situación nueva que pueda ser analizada completamente en función de los antecedentes históricos. La realidad social sufre cambios constantes. Con los cambios de la historia se producen regularmente acontecimientos nuevos e imprevistos. Marx y Engels no pudieron analizar el fenómeno del imperialismo, que sólo se desarrolló plenamente tras la muerte de Engels. Los bolcheviques no previeron el retraso de la revolución proletaria en los países imperialistas avanzados. La degeneración burocrática del primer Estado obrero no se incorporó a la teoría leninista de la dictadura del proletariado. La aparición de una serie de Estados obreros –aún comportando deformaciones burocráticas–, como fruto de luchas revolucionarias de masas no dirigidas por partidos marxistas revolucionarios tras la Segunda Guerra Mundial (Yugoslavia, China, Cuba, Vietnam), no había sido prevista por Trotsky. Es imposible descubrir respuestas completas y acabadas a fenómenos nuevos en las obras clásicas, o en el programa existente.

Además, en el transcurso de la construcción del socialismo surgirán problemas nuevos, para cuya solución el programa marxista revolucionario sólo suministra un marco de referencia general, pero en modo alguno una fuente automática de respuestas correctas. La lucha por encontrar respuestas correctas a tales problemas exige una constante interacción entre un análisis y una discusión teórica, política, y una *práctica revolucionaria de clase;* la última palabra la tiene la experiencia práctica.

En estas condiciones, cualquier restricción de la libertad de discusión política y teórica, que comporta una restricción de la libre actividad política de masas del proletariado, es decir, cualquier restricción de la democracia socialista, constituirá un obstáculo para que siquiera el partido revolucionario logre definir una línea política correcta. Así, no sólo sería falsa desde el punto de vista teórico, sino incluso ineficaz en la práctica y perjudicial desde el punto de vista del progreso en la vía de la construcción del socialismo.

Una de las consecuencias más graves de un sistema de partido único monolítico, de la ausencia de pluralidad de grupos, tendencias y partidos políticos, y de las restricciones administrativas impuestas a la libertad de discusión política e ideológica, es el obstáculo que semejante sistema erige en el camino de una rápida corrección de los errores cometidos por el gobierno de un Estado obrero. Estos errores, al igual que los cometidos por la mayoría de la clase obrera, sus diversas capas y agrupamientos políticos, son en buena medida inevitables en el transcurso del proceso de construcción de una sociedad socialista sin clases. Pero en un clima de discusión política libre, de libre acceso de los agrupamientos de oposición a los medios de comunicación de masas, de una sensibilidad y compromiso políticos a gran escala por parte de las amplias masas, y de un control por estas masas de la actividad del gobierno y del Estado a todos los niveles, es posible corregir rápidamente dichos errores.

La ausencia de todos estos correctivos en un sistema de gobierno de partido único monolítico hace que resulte mucho más difícil corregir los errores graves. El dogma de la infalibilidad del partido, en el que descansa el sistema stalinista, implica por sí mismo que el reconocimiento de los errores se retrasará al máximo (se da una fuerte prima a la búsqueda de autojustificaciones o de chivos expiatorios), y lo mismo sucederá con las correcciones de la línea, incluso las implícitas. Los costes objetivos de semejante sistema, en términos de pérdidas económicas, de sacrificios inútiles, es decir objetivamente evitables, impuestos a las masas trabajadoras, de derrotas políticas ante el enemigo de clase, y de desorientación y desmoralización políticas del proletariado, son extraordinariamente altos, como demuestra la historia de la Unión Soviética desde 1928. Para dar tan sólo un ejemplo: la manera en que Stalin y sus acólitos se aferraron a una política agraria equivocada (incluso en torno a cuestiones de detalle, como el precio de compra de determinados productos agrarios), tras la catástrofe provocada por la colectivización forzosa, que puede explicarse por los intereses sociales específicos de la burocracia, provocó durante más de una generación un verdadero desastre para el abastecimiento del pueblo soviético. Sus consecuencias negativas postreras no han sido eliminadas enteramente hasta hoy, es decir, casi medio siglo después. Esta catástrofe habría sido imposible si hubiera habido una discusión política libre en la URSS en torno a las soluciones alternativas a los problemas agrícolas.

En tercer lugar: la idea de que una *restricción* de los derechos democráticos del proletariado podría favorecer de alguna manera la "educación" gradual de una masa pretendidamente "atrasada" de trabajadores es a todas luces absurda. Es imposible aprender a nadar permaneciendo fuera del agua. Las masas no tienen otros medios para elevar el nivel de su conciencia política que no incluyan su actividad política propia y el aprendizaje de su experiencia a partir de dicha actividad. No existen otros medios para aprender a evitar errores si al menos no se tiene el derecho a cometerlos. Los prejuicios paternalistas en torno al pretendido carácter "atrasado" de las masas encubren generalmente un miedo conservador pequeño burgués a la actividad de las masas, que nada tiene que ver con el marxismo revolucionario. La

burocracia tiene un miedo mortal ante la democracia socialista, no por "razones programáticas", sino porque esta forma de gobierno es incompatible con sus privilegios materiales, por no decir con su poder. Cualquier restricción de la actividad política de masas, so pretexto de que las masas cometen demasiados errores sólo pueden provocar una apatía política creciente entre los trabajadores, es decir, paradójicamente, reforzar precisamente el estado de hecho que pretendidamente justificaba dicha restricción.

En cuarto lugar: en condiciones de socialización más o menos generalizada de los medios de producción y del sobreproducto social, todo monopolio a largo plazo de ejercicio del poder político en manos de una minoria —aunque sea un partido revolucionario imbuido al principio de auténticas motivaciones revolucionarias proletarias— corre el grave riesgo de estimular tendencias objetivas hacia la burocratización. En tales condiciones socioeconómicas, quien controle la administración del Estado controla por eso mismo el sobreproducto social y su distribución. Puesto que al principio aún subsistirán desigualdades económicas, sobre todo el los Estados obreros económicamente atrasados, esto puede convertirse en una fuente de corrupción y de desarrollo de privilegios materiales y de diferenciación social. *"La conquista del poder no sólo modifica las relaciones del proletariado con las demás clases sociales, sino también su propia estructura interna. El ejercicio del poder se convierte en la especialidad de un grupo social dado, que tanto más impaciente estará por resolver su propia 'cuestión social', cuanto más alta sea su opinión de su propia mision."* (L. Trotsky, *La revolución traicionada).* Así tiene una necesidad objetiva de controlar realmente los procesos de toma de decisiones, y esto por parte del proletariado como clase, con posibilidades ilimitadas de denunciar el engaño, el despilfarro, la apropiación ilegal y el uso abusivo de los recursos económicos a todos lo niveles, incluídos los más altos. Pero este control democrático de masas es imposible sin la existencia de tendencias, grupos y partidos de oposición, que gocen de una entera libertad de acción, de propaganda y de agitación, y tengan pleno acceso a los medios de comunicación, siempre que no estén comprometidos en la lucha armada por derribar el poder de los trabajadores.

Asimismo, en el transcurso del período de transición entre el capitalismo y el socialismo, en incluso durante la primera fase del comunismo (la fase socialista), subsistirán inevitablemente ciertas formas de división del trabajo, del mismo modo que algunas formas de organización del trabajo y del proceso de trabajo, entera o parcialmente heredadas del capitalismo, y que no permitirán un desarrollo pleno y entero de todas las capacidades creadoras de todos los productores. Esto no puede neutralizarse con la educación, el adoctrinamiento, la exortación moralizante o con campañas periódicas de "crítica de masas", como afirman los maoístas, y menos aún con expedientes mistificadores como el de hacer trabajar a los cuadros un día por semana como obreros manuales. Estos obstáculos objetivos en la vía del *surgimiento gradual de unas relaciones de producción realmente socialistas* podrían convertirse en poderosas fuentes de privilegios materiales. Sólo podrán evitarse si *la masa de productores* (en primer lugar los que pueden ser los más explotados, los trabajadores manuales) *pueda ejercer el poder político y social real* sobre toda una capa "funcionalmente" privilegiada. La reducción radical de la jornada de trabajo, la más amplia democracia soviética, y la posibilidad abierta a *todos* los trabajadores de elevar rápidamente su nivel cultural son condiciones clave para alcanzar este objetivo.

Las condiciones actuales, que dificultan particularmente la tarea de mantener y hacer avanzar la democracia proletaria, cambiarán evidentemente de forma cualitativa si (o cuando) se produce (o se produzca) uno de los procesos siguientes:

1. Una revolución socialista en uno o varios de los países capitalistas industrialmente más avanzados. Por sí misma, esta revolución daría un impulso enorme a la lucha por los derechos democráticos en todo el mundo, y abriría inmediatamente la posibilidad de aumentar la productividad a una escala inmensa, eliminando la penuria, que es la base fundamental de la consolidación del burocratismo parasitario, como se ha explicado más arriba.

2. Una revolución política en los Estados obreros burocráticamente degenerados o deformados, sobre todo en la Unión soviética o en la República Popular China. Estos comportarían también un ascenso de la democracia proletaria, con colosales repercusiones internacionales, poniendo fin, al mismo tiempo, a la existencia de la casta burocrática y a la concepción de construir "el socialismo en un solo país".

Esta revolución política permitiría una planificación económica común de todos los Estados obreros, asegurando un salto adelante de la productividad, que ayudaría a eliminar la base económica del burocratismo parasitario, incluso antes de que se produzcan revoluciones socialistas en los países capitalistas industrialmente avanzados.

Finalmente, es cierto que no existe ninguna correlación ni simultaneidad automáticas entre la abolición del poder de Estado burgués y de la propiedad privada sobre los medios de producción por un lado, y la desaparición de los privilegios en el terreno de la fortuna privada, de la herencia cultural y de la influencia ideológica, por otro, sin hablar ya de la desaparición de todos los elementos de la producción mercantil. Mucho tiempo después de que haya sido derribado el poder estatal burgués y abolida la propiedad capitalista, seguirán existiendo restos de pequeña producción mercantil y elementos de la economía monetaria, que continuarán creando el marco en el que podría relanzarse la acumulación primitiva de capital, sobre todo si el nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas es aún insuficiente para asegurar tanto la aparición como la consolidación automática de unas relaciones de producción realmente *socialistas;* asimismo, en estas condiciones permanecerán elementos de desigualdad social y económica. Mucho tiempo después de que la burguesía haya perdido sus posiciones como clase dominante política y económica, la influencia de ideologías, costumbres, hábitos, valores culturales burgueses y pequeño burgueses, se mantendrá en esferas relativamente amplias de la vida social y en amplios sectores de la sociedad.

Pero es completamente falso sacar de este hecho incontestable (que, dicho sea de paso, constituye una de las razones principales por las que es indispensable que el *poder estatal* esté en manos del proletariado, para evitar que dichos "islotes de influencia burguesa" se transformen en bases de restauración del capitalismo), la conclusión de que la represión administrativa de la idelogía burguesa es una condición necesaria para construir una sociedad socialista. La experiencia histórica confirma, al contrario, la *ineficacia total* de las luchas administrativas contra las ideologías reaccionarias burguesas y pequeño burguesas. De hecho, estos métodos terminan incluso reforzando la influencia a largo plazo de estas ideologías. Desarman ideológicamente a la gran masa del proletariado ante esas mismas ideologías, como consecuencia de una falta de experiencia en debates políticos e ideológicos reales, y de una falta de credibilidad de las "doctrinas de Estado" oficiales.

El único medio eficaz de eliminar la influencia de estas ideologías sobre la masa de trabajadores reside en:

1. La creación de condiciones objetivas en las que estas ideologías pierdan las raíces materiales de su reproducción;

2. Una lucha sin descanso contra estos ideólogos *en el terreno de la ideología y de la política mismas.* Pero esta lucha sólo puede tener éxito en condiciones de debate y confrontación abiertos, es decir, de libertad de los defensores de las idelogías reaccionarias para defender sus ideas, de pluralismo ideológico y cultural, siempre que no pasen a la acción violenta contra el poder de los trabajadores.

Sólo los que no confían en la superioridad de las ideas marxistas y materialistas, ni en proletariado y en las masas trabajadoras, pueden temer la confrontación ideológica abierta con las ideologías burguesas y pequeñoburguesas en la dictadura del proletariado. Cuando la clase burguesa está desarmada y expropiada, cuando sus miembros tienen acceso a los medios de comunicación, solamente en relación con su número y no con su fortuna, no existe ninguna razón para temer una confrontación constante, libre y franca, entre sus ideas y las nuestras. Esta confrontación constituye el único medio por el que la clase obrera puede educarse ideológicamente y liberarse con éxito de la influencia de las

ideas burguesas y pequeñoburguesas. De este modo se afirmará plenamente la superioridad del marxismo.

Cualquier situación de monopolio de hecho concedida al marxismo (sin hablar ya de una versión o de una interpretación particular del marxismo) en el terreno ideológico-cultural, con medios estatales administrativos y represivos, sólo puede desembocar en la degradación del marxismo mismo, de una ciencia crítica y revolucionaria, arma de emancipación del proletariado y de construcción de una sociedad sin clases, en una forma de doctrina de Estado o de religión de Estado, ésteril y repugnante. Esto se observa hoy en dia en la Unión Soviética, donde la posición de monopolio que tiene el "marxismo oficial" oculta la incapacidad creadora en todos los terrenos. El marxismo, que es un pensamiento crítico por excelencia, sólo puede florecer en una atmósfera de libertad de discusión plena y entera, de confrontación constante con otras corrientes de pensamiento, es decir, en una atmósfera de pluralismo ideológico y cultural pleno y entero. *"El partido tiene necesidad de la ciencia socialista, y ésta no puede vivir sin libertad de movimientos". (Engels: carta a Bébel,* del 1 al 2 de mayo de 1891).

10. La autodefensa del Estado obrero

Evidentemente, todo Estado obrero debe defenderse frente a los intentos de derribarlo y a las violaciones abiertas de sus leyes fundamentales. *En una democracia proletaria de un Estado obrero estable, tal como emerge tras el desarme real de la burguesía y el fin de la guerra civil,* la Constitución y el Código Penal prohibirán la apropiación privada de los medios de producción y el arrendamiento privado de la fuerza de trabajo, del mismo modo que bajo el reino de la burguesía la Contitución y el Código Penal prohiben la usurpación privada del derecho a la propiedad privada. Asimismo, mientras no estemos aún en una sociedad sin clases, mientras el poder estatal proletario sobreviva y la restauración del capitalismo siga siendo posible, la Constitución y el Código Penal de la dictadura del proletariado impedirán y castigarán los *actos* de insurrección armada, las intentonas de derribar el poder de la clase obrera con la violencia, los atentados terroristas contra representantes del poder de los trabajadores, los actos de sabotaje, de espionaje al servicio de las potencias capitalistas extranjeras, etc. Pero sólo deberán ser castigados los *actos probados* de este tipo, o su preparación directa, y no la propaganda general explícita o implícitamente favorable a la restauración del capitalismo. *Esto significa que la libertad de organización política debe concederse a todos los que, incluyendo a los elementos proburgueses, en los hechos respetan la Constitución del Estado obrero,* es decir, que no participan en acciones violentas destinadas a derribar el poder de los trabajadores y de la propiedad colectiva sobre los medios de producción. No existen razones por las que los trabajadores deban considerar como un peligro mortal la propaganda que los "incite" a devolver las fábricas y los bancos a los propietarios privados. Existen pocos riesgos que sean "convencidos" en su mayoría por una propaganda de este tipo. En los países imperialistas, en los Estados obreros burocratizados y en un número creciente de paises semicoloniales, la clase obrera es suficientemente fuerte como para no tener que reintroducir en el código penal o en la práctica cotidiana del Estado obrero el "delito de opinión".

Lo importante es establecer una distinción clara entre actividades que provocan la violencia contra el poder de los trabajadores, y actividades políticas, posiciones ideológicas o declaraciones programáticas que pueden ser interpretadas como favorables a la restauración del capitalismo. Contra el terror, el Estado proletario se defiende con la represión. Contra propuestas políticas o ideas reaccionarias, se defiende con la lucha política e ideológica. No es una cuestión de "moralidad", o de adoptar posiciones "blandas". Es fundamentalmente una cuestión de *eficacia práctica a largo plazo.*

La desastrosa experiencia del estalinismo, que abusó sistemáticamente de las acusaciones calumniosas de "colusión con el imperialismo", "espionaje al servicio de potencias extranjeras", "acciones que favorecen objetivamente al imperialismo", agitación "antisoviética" o "antisocialista", con el fin de suprimir cualquier forma de crítica política, de oposición o simplemente de inconformismo en los países dominados por una burocracia parasitaria, y que organizó una represión masiva bárbara bajo este pretexto, ha provocado una profunda desconfianza (que básicamente es sana) con respecto a los abusos de las instituciones penales, jurídicas, siquiátricas o policiales con fines de represión política. Por tanto, es necesario insistir en el hecho de que el empleo de medios represivos de autodefensa por parte del proletariado y de su Estado, frente a las tentativas de derribar el poder de los trabajadores de forma violenta, debe circunscribirse estrictamente a los *crímenes y actos probados,* es decir, debe separarse estrictamente del terreno de las actividades ideológicas, políticas y culturales.

Esto significa además que la IV Internacional se pronuncia por la defensa y la extensión de las conquistas más progresistas de las revoluciones democráticas burguesas en el terreno del código penal y de la justicia, y lucha por su incorporación en la Constitución y el Código Penal socialistas. Esto incluye derechos como: 1. La necesidad de la ley escrita y la no retroactividad. La acusación debe suministrar la prueba del delito; el acusado se considera inocente hasta que no se suministre dicha prueba; 2. derechos plenos y enteros de todos los individuos para determinar su propia defensa. Plena inmunidad de los abogados por todas las declaraciones o todo tipo de defensa realizado en el curso de un juicio; 3. el rechazo de todo concepto de responsabilidad colectiva de grupos sociales y familias, y en respuesta a crímenes cometidos individualmente; 4. la prohibición estricta de toda forma de tortura o de extorsión forzada de confesiones; 5. la supresión de la pena de muerte fuera de situaciones de guerra y de guerra civil; 6. la extensión y la generalización de los juicios públicos ante jurados; 7. la elección democrátia de todos los jueces, con derecho de revocación de todos los elegidos a voluntad de los electores.

Es evidente que la última palabra en la materia, así como más generalmente la redacción final del Código Penal socialista y el funcionamiento del sistema penal bajo la dictadura del proletariado, una vez quebrada la resistencia armada de la burguesía, estará en manos de los propios consejos de trabajadores, a los que someteremos nuestro programa y en cuyo marco lucharemos por él con medios políticos.

La garantía fundamental contra cualquier abuso de la represión por parte del Estado reside en la participación más amplia de las masas trabajadoras en la actidad política, la democracia socialista más amplia y la abolición de todo monopolio de acceso a las armas para minorías privilegiadas, es decir, en el armamento general del proletariado (milicia obrera).

Confiamos en que la clase obrera no abusará jamás de su poder y que tampoco muestre una falta de vigilancia a la hora de defender su dictadura contra cualquier intento de restaurar el reino de la explotación y de la opresión de las clases poseedoras.

El Estado podrá eliminar además gradualmente la institución de los jueces profesionales, haciendo de entrada que las propias masas ejerzan las funciones judiciales a nivel local y en relación con los delitos de menor importancia.

He aquí nuestra norma programática y de principio: libertad política ilimitada para todos los individuos, grupos, tendencias y partidos que respeten en los hechos la propiedad colectiva y la Constitución del Estado obrero. Esto no significa que dichas normas puedan aplicarse plenamente, con independencia de las circunstancias concretas. En el proceso de constitución de la dictadura del proletariado, es inevitable una crisis revolucionaria que culmine en la insurrección. En el transcurso del periodo que desemboca en dicha insurrección, y durante la propia insurrección, cuando el poder estatal pasa de una clase a otra, se producen convulsiones violentas con la ausencia de legalidad que comportan. El proletariado solo podrá alzarse con la victoria si la insurrección cuenta con el apoyo de la mayoría de la población —de la gran mayoría de asalariados—, al menos en todos lo países en que los asalariados constituyen ya la clase numéricamente más fuerte de la sociedad. Cuanto más amplia sea la movilización de masas que acompañe a la

insurrección, tanto menores serán la violencia y la arbitrariedad inevitables que acompañarán a este gigantesco cambio social.

Asimismo, la consolidación de la dictadura del proletariado puede venir precedida de una guerra civil o de una intervención militar extranjera, del intento de las antiguas clases dominantes de subvertir violentamente el poder de los trabajadores. En estas condiciones se aplica la ley de guerra, pudiéndose decidir la restricción de la actividad política de la burguesía. Ninguna clase social y ningún Estado han concedido jamás los plenos derechos políticos a quienes estaban comprometidos en acciones violentas para derribarlo. La dictadura del proletariado no podrá actuar de otro modo a este respecto.

Más en concreto, todos los individuos, todas las organizaciones y partidos que participen en la violencia contrarrevolucionaria, o de quienes pueda probarse que la apoyan o la preparan activamente, serán reprimidos y puestos en condiciones en que no puedan proseguir sus actividades. La extensión y las formas concretas de esta represión dependerán de las circunstancias y de la relación de fuerzas existente en cada momento, en un país o en un grupo de países determinado. Ningún revolucionario serio puede establecer de antemano cuáles serán sus límites. En el transcuro de la fase inicial de instauración del Estado obrero, frente a la resistencia armada de la burguesía y sus intentos de derribarlo, la inexistencia de una ley penal escrita —de la legalidad socialista— puede retrasar, en relación a las necesidades de la revolución, la resolución de situaciones críticas que no pueden subordinarse a la redacción previa de un Código Penal. La experiencia histórica ha confirmado una vez más que cuanto más rápida y radicalmente se elimine la resistencia armada de la burguesía, tanto más breve será el periodo de guerra civil propiamente dicho, y tanto menor será el precio en vidas humanas que contará la revolución social.

Los criterios que determinan el marco general de la *eficacia revolucionaria a largo plazo* siguen siendo los que relacionan las medidas de urgencia inmediata con las exigencias de consolidación social y política del nuevo orden, sobre la base de la adhesión y participación de masas más amplias posible. Incluso en condiciones de guerra civil sólo son realmente eficaces las medidas inmediatas que elevan la conciencia de clase del proletariado y su confianza en sí mismo, y no la hacen disminuir ni un ápice, que aumentan y no reducen su fe en su capacidad para construir el Estado obrero y la sociedad sin clases, que aseguran su apoyo y su participación activa en la administración de su propio Estado, su capacidad de movilización y de autoorganización. Este criterio básico no debe olvidarse jamás, ni siquiera en condiciones de guerra civil, y sobre todo en circunstancias en que la relación de fuerzas sociales y militares son diez veces más favorables para la revolución que lo que fueron en Rusia en 1917 ó en 1920-21.

A este respecto, Trotsky se expresó de la manera más clara en 1940. Lo que escribió en la época es aún más cierto actualmente: *"Por anticipación es posible formular la siguiente ley: cuanto mayor sea el número de países en que se derribe el sistema capitalista, tanto más débil será la resistencia ofrecida por las clases dominantes de los demás países, tanto menos brutal será el carácter de la revolución socialista, tanto menos violentas serán las formas de la dictadura del proletariado, tanto más breve será su duración, y tanto más rápidamente se reconstruirá la sociedad sobre la base de una democracia nueva, más plena, más perfecta y humana... El socialismo no tendrá valor si no aportara, no solamente la inviolabilidad jurídica, sino también la plena garantía de todos los intereses de la persona humana".*

Sobre todo en los Estados Unidos, la clase dominante tratará sin embargo, de desencadenar la violencia y la guerra civil a escala masiva contra los trabajadores insurrectos. Hasta que los amos de los Estados Unidos sean derrotados y desarmados de su potente arsenal, incluidas las armas nucleares, los trabajadores norteamericanos tendrán que hacer frente a una lucha ardua y los trabajadores del mundo entero se verán bajo una amenaza permanente.

Además, si la guerra civil hace que determinadas restricciones a los derechos democráticos sean inevitables, la naturaleza fundamental y los límites de estas restricciones deben ser claramente comprendidas por los trabajadores. Es necesario explicar clara y francamente, ante toda la clase obrera, que dichas restricciones son una desviación de las normas programáticas que corresponden a los intereses históricos del proletariado, que son la excepción y no la regla. Esto significa que deberían limitarse al máximo, tanto en lo que respecta a su amplitud, como a su duración, y revocarse lo más rápidamente posible. Significa también que los trabajadores deberían estar particularmente alertas en torno a la necesidad de impedir que dichas restricciones se institucionalicen y eleven al nivel de principio.

También es necesario insistir en la responsabilidad política y material directa de la contrarrevolución burguesa en toda restricción de la democracia socialista en condiciones de guerra civil o de guerra. Esto significa que hay que señalar claramente a la sociedad en su conjunto, y a los restos de las antiguas clases dominantes, que la manera en que serán tratadas depende en última instancia de ellas mismas, es decir, de su comportamiento práctico.

11. Revolución y contrarrevolución internacional

Mientras sobreviva el imperialismo, al menos en los países más importantes —y sin duda en los Estados Unidos—, jamás dejará de esforzarse por detener toda nueva extensión de la revolución socialista, empleando la presión económica y la fuerza militar. Del mismo modo, jamás abandonará sus esfuerzos por reconquistar, primero algunos, y después todos los territorios perdidos para la explotación directa por el capital. Semejante restauración es imposible por la via gradual y pacífica, del mismo modo que el derrocamiento del capitalismo no puede producirse de manera pacífica y gradual.

De ahí se deriva que todo Estado obrero nacido de una revolución socialista victoriosa, y todo grupo de Estados obreros, independientemente del grado de burocratización o de democracia socialista que los caracteriza, se encontrarán en condiciones de armisticio armado con el capital internacional, que en determinadas circunstancias podría desembocar en la guerra abierta. Una de las principales responsabilidades de la dictadura del proletariado consiste por tanto en mantener y reforzar las condiciones tanto materiales como humanas de su capacidad de autodefensa militar permanente, para poder hacer frente a este desafío, cuando se presente.

Rechazamos la idea de que la guerra nuclear mundial es inevitable. Pero rechazamos también la idea de que la propaganda, la agitación y la organización de clase de los trabajadores de los países capitalistas basten por sí mismas para impedir las guerras de agresión imperialistas contra las revoluciones nuevas y antiguas. Mientras la clase obrera de los principales países capitalistas no haya derribado efectivamente el imperio del capital, subsistirá el peligro de nuevas guerras contrarrevolucionarias. El proletariado en el poder, en la otra parte del mundo, deberá prepararse contra este peligro, del mismo modo que debe estar dispuesto a ayudar a las masas en rebelión de otros países en su enfrentamiento con la intervención armada de la contrarrevolución nacional e internacional.

La necesidad de estar preparados militarmente para hacer frente a guerras de agresión imperialistas significa para los Estados obreros la necesidad de desviar recursos materiales, que podrían servir para acelerar la evolución hacia el socialismo, a la producción de armamento. Es una razón de más para rechazar la utopía reaccionaria de que es posible terminar la construcción del socialismo en un único país o en un pequeño número de países.

Implica también la necesidad de mantener un ejército regular altamente cualificado, además de las milicias (del "pueblo en armas"). El ejército obrero será un ejército de nuevo tipo, que reflejará su nueva base de clase. Del mismo modo que el ejército rojo lo hiciera a comienzos de la República de los Soviets, abolirá la casta de oficiales y establecerá una relación equilibrada con las milicias. En general, *"la correlación entre el ejército regular y la milicia*

puede ser un índice claro del progreso real hacia el socialismo" (. Trotsky). Pero todo esto no implica en modo alguno que la presión exterior del imperialismo sobre los Estados obreros deba conducir necesariamente a la degeneración burocrática, ni siquiera a importantes restricciones de la democracia socialista.

De entrada, el ascenso y la victoria de la burocracia estalinista no fueron el resultado directo y automático del cerco capitalista de la URSS. Fueron el producto de una combinación de factores: el estado relativamente atrasado de Rusia; la debilidad relativa del proletariado ruso; las primeras derrotas de la revolución mundial; el cerco capitalista resultante; la falta de preparación política de la vanguardia proletaria frente al problema de la burocracia; las repercusiones del ascenso gradual del poder de la burocracia en los resultados de las sucesivas olas de luchas revolucionarias en todo el mundo; la ausencia de una dirección revolucionaria de recambio del proletariado al margen de los PC controlados por el Kremlin —factores todos estos que fueron exacerbados por los efectos acumulativos de las derrotas de la revolución mundial. Es extremamente improbable que semejante combinación vuelva a reproducirse, sobre todo en caso de que haya nuevas revoluciones socialistas victoriosas en los países industrialmente mucho más avanzados que la Rusia de 1917 o la China de 1949.

Además, actualmente el grado de atraso de Rusia en comparación con el capitalismo internacional, es mucho menor, y la fuerza objetiva del proletariado soviético es incomensurablemente mayor que en 1923 ó en 1927. Si el poder relativo de los Estados obreros actuales se uniera el de unas revoluciones socialistas victoriosas en Europa Occidental, en Japón o en los países más importantes de América Latina —sin hablar de los EE.UU.— la relación de fuerzas con el capitalismo internacional conocería un nuevo deterioro dramático para éste, tan amplio que sería absurdo encontrar en la presión del entorno capitalista y en la necesidad de mantener un armamento y un ejército poderosos, una fuente objetiva fundamental para aplicar serias restricciones a la democracia socialista.

En segundo lugar, si la supervivencia temporal de los Estados imperialistas poderosos de las clases burguesas ricas en el mundo comporta una situación más o menos permanente de enfrentamiento *potencial,* la necesidad evidente del Estado obrero de protegerse contra la *amenaza* de intervención imperialista extranjera no implica en absoluto la identificación de una guerra *potencial* con una guerra *real,* identificación que los estalinistas y las fuerzas burocráticas de todo pelaje han utilizado continuamente para justificar el estrangulamiento de la democracia obrera en los países dominados por una burocracia parásita.

Hay que insistir también en el hecho de que el problema principal que se plantea actualmente en la URSS, en la RP China y en los Estados obreros de Europa Oriental, no es el peligro de restauración capitalista en condiciones de guerra o de guerra civil. El problema principal a que se enfrenta la clase obrera de estos países es el control dictatorial de la vida económica, social y política, por una casta burocrática privilegiada. Los enormes abusos generados por este control han minado profundamente la identificación de las masas de estos países con los Estados existentes —lo que a la larga debilita su capacidad para resistir victoriosamente a un posible ataque futuro por parte de los ejércitos imperialistas. De ahí que sea tanto más importante insistir, en estas condiciones, en la defensa de los derechos democráticos de todos frente a las restricciones impuestas por la burocracia, del mismo modo que en el ascenso de la revolución política contra la burocracia. Lejos de debilitarlo, este proceso reforzaría la capacidad de los Estados obreros para resistir a cualquier agresión imperialista, sin hablar ya de su capacidad para ayudar activamente al proceso de la revolución mundial.

En tercer lugar, toda esta argumentación debería colocarse sobre los pies. Negamos que las restricciones a la democracia socialista —y *a fortiori,* la dictadura burocrática— sean un precio necesario a pagar con miras a defender las revoluciones victoriosas y a extender a escala internacional la revolución frente a la potencia militar del imperialismo. Al contrario: afirmamos que estas restricciones *debilitan* la dictadura del proletariado política y militarmente frente al imperialismo. Un alto nivel de conciencia política y de convicción socialista, por parte de las masas trabajadoras; un alto nivel de actividad, de movilización y de vigilancia políticas por su parte; una educación y una actividad internacionalistas del proletariado, contribuyen a reforzar la capacidad de autodefensa y de poder militar de un Estado obrero en general.

La historia demuestra que en última instancia, la capacidad de autodefensa de cualquier Estado depende de dos factores clave: un nivel más alto de cohesión social y política y de identificación por parte de las masas del pueblo con dicho Estado; y un nivel más alto de productividad media del trabajo y de capacidad de producción. Cuanto más amplia y menos restringida sea la democracia socialista, más alto será el nivel de identificación de la gran mayoría del pueblo con el Estado obrero, y tanto más rápidamente crecerá también la productividad del trabajo, incluidas las posibilidades de realizar saltos tecnológicos decisivos en comparación con el imperialismo. Desde este punto de vista, lejos de ser un "lujo" en una situación mundial caracterizada por guerras de agresión potenciales del imperialismo contra los Estados obreros, o contra revoluciones socialistas en curso, la democracia socialista es un arma importante en manos de un Estado obrero, incluso en el terreno propiamente militar.

Como ya se ha dicho, esto es cierto desde un punto de vista defensivo. Pero tanto más cierto es desde un punto de vista ofensivo. El imperialismo no puede embarcarse en aventuras militares contra revoluciones ya acaecidas y en curso, sin provocar una oposición masiva en sus propias fortalezas. Se verá obligado a recurrir cada vez más a la represión y a la restricción de las libertades democráticas de las masas con miras a debilitar dicha oposición. Un alto nivel de democracia socialista en los Estados obreros ejercería, por tanto, una fuerza de atracción importante de cara a las masas agitadas y oprimidas de los países capitalistas, minando así la fuerza militar del imperialismo y favoreciendo las posibilidades de extensión de la revolución.

Los preparativos militares de los Estados obreros frente a las amenazas de agresión imperialistas deben incluir medidas especiales contra el espionaje, los saboteadores enviados desde el extranjero y otras formas de acción militar antiobrera que podrían proseguir durante años, o incluso decenios. Pero los espías y saboteadores deben ser condenados por actos reales de espionaje o de sabotaje; nadie debe ser calificado de "espía" o "saboteador" en función de sus "ideas subversivas". Insistimos, la necesidad de tomar medidas técnicas especiales para la autodefensa de los Estados obreros no debería comportar en modo alguno restricciones a la democracia socialista. De hecho, cuanto más alto sea el nivel de actividad, de vigilancia y de cohesión social de las masas trabajadoras —lo que sólo puede alcanzarse mediante la extensión de la democracia socialista—, tanto más difícil les resultará a los auténticos espías o saboteadores, operar en un medio resueltamente hostil, y tanto mayor será la capacidad de autodefensa del Estado obrero.

12. Los Estados obreros burocratizados, la dictadura del proletariado y el ascenso de la revolución política antiburocrática.

Desde un punto de vista teórico, la URSS y los demás Estados obreros burocratizados representan normas externamente deformadas y degeneradas de la dictadura del proletariado, en la medida en que la burocracia no ha destruido los fundamentos económicos creados por la revolución socialista de Octubre. En este sentido, la necesidad de defender a la URSS, la RP China etc., frente a todo intento de restaurar el capitalismo —lo que constituiría un gigantesco paso atrás desde el punto de vista histórico—, se deriva del hecho de que estos países son aún Estado obreros burocráticamente degenerados o deformados, es decir, formas dege-

neradas de la dictadura del proletariado.

Pero de ahí no se deduce en absoluto que existan diversas variantes históricas de la dictadura del proletariado, que nosotros las coloquemos en pie de igualdad, ni que la democracia proletaria (socialista), tal como la describe nuestro programa, constituyan solamente la "norma ideal" de la que se ha desviado la realidad y seguirá desviándose en el porvenir. Semejante manera de presentar las cosas implica al mismo tiempo un error teórico y un error político de los más graves.

La dictadura del proletariado no es un fin en sí misma. No es más que un medio para alcanzar el objetivo, la emancipación del trabajo, de todos los explotados y oprimidos, mediante la cración de una sociedad sin clases a escala mundial, único medio de resolver todos los problemas candentes a que debe hacer frente la humanidad y de evitar su recaída en la barbarie. Pero en su forma extremamente degenerada de dictadura de la burocracia, la dictadura "burocrática" del proletariado no permite avanzar hacia este objetivo. Bloquea la sociedad a mitad de camino entre el capitalismo y el socialismo, obstáculo que el proletariado debe eliminar mediante una revolución política.

De ahí se deriva que lejos de ser únicamente una de las diversas variantes de la dictadura del proletariado —variante ideal o normativa, es decir, en cierto modo "irrealista", lo que implica en el fondo una apología objetivista del ascenso del estalinismo y de la dictadura burocrática—, la democracia socialista, el ejercicio del poder por el propio proletariado por medio de consejos de trabajadores y populares democráticamente elegidos, constituye la *única* forma de dictadura del proletariado que corresponde a nuestro objetivo socialista, la única forma que la convierte en un arma eficaz para avanzar hacia la revolución mundial y el socialismo mundial. *Luchamos por realizar esta forma de la dictadura del proletariado, y nada más que ésta,* y esto no por razones de moral, de humanitarismo o de idealismo histórico (el intento de imponer un modelo "ideal" al proceso histórico), sino por razones de eficacia y realismo políticos, por razones de principios programáticos, por razones de necesidad inmediata e histórica desde el punto de vista de la defensa de los intereses del proletariado internacional y del socialismo mundial.

Además, la dictadura "burocrática" del proletariado sólo puede aparecer —como apareció en la URSS— como resultado de una *derrota política desastrosa y duradera del proletariado,* en manos de la burocracia. No es un azar que Trotsky haya utilizado en este contexto la fórmula de *"expropiación política del proletariado por la burocracia".* En tanto que revolucionarios proletarios, no somos neutrales ni indiferentes ante la cuestión de una victoria o de una derrota política de *nuestra* clase. Nos esforzamos por asegurar su victoria. Tratamos de evitar su derrota con todos los medios posibles. De ahí se deduce de nuevo que nosotros luchamos únicamente por esta forma de la dictadura del proletariado, que asegura esta victoria y evita dicha derrota. Esto sólo puede garantizarse con la forma de la dictadura del proletariado en que el poder político se encuentra en las manos de los consejos de trabajadores democráticamente elegidos.

Desde el punto de vista político, la cuestión no es ni mucho menos académica. Es un problema candente en todos los países —no solamente en los países imperialistas— donde la clase obrera ha comprendido ahora a grandes rasgos los crímenes y la auténtica naturaleza del estalinismo y de las burocracias obreras en general. Toda identificación de la "dictadura del proletariado" únicamente con la nacionalización de la propiedad sobre los medios de producción, sin condiciones particulares de ejercicio del poder de la clase obrera en el Estado y en la economía, se convierte en un obstáculo mayor en la vía hacia una revolución socialista victoriosa, hacia la realización en los hechos de la dictadura del proletariado. Ayuda objetivamente a la burguesía, a la pequeña burguesía, a los socialdemócratas y a los PC a mantener a la clase obrera en el corsé del Estado burgués democrático.

Constituye un problema aún más candente en todos los Estados obreros burocratizados, en los que está a la orden del día la revolución política. Cualquier intento de presentar en estos países otras variantes que la democracia socialista como dictadura del proletariado, como objetivo de la revolución política ascendente, condenaría a todos los que le siguieran a un aislamiento extremo con respecto a las masas. Implicaría el riesgo de convertirlos también en objeto del mismo odio con que el proletariado de estos países mira a la burocracia, a los "nuevos amos".

Desde este punto de vista, el programa de la democracia socialista que defendemos es el único programa que corresponde a las necesidades y aspiraciones de las masas en los Estados obreros burocratizados, la única solución alternativa aceptable a la dictadura de la burocracia. Repetimos: cualquier vacilación o ambigüedad en cuanto a la energía y al espíritu de decisión con que los marxistas revolucionarios y los proletarios revolucionarios deberían defender esta plataforma de democracia socialista mediante la preparación, el ascenso, la victoria y el futuro inmediato de la revolución antiburocrática, sólo podría ayudar objetivamente a las fuerzas restauracionistas, es decir, a los que quisieran retroceder de la dictadura burocrática a la democracia burguesa, en lugar de avanzar hacia la democracia socialista.

Esto ya no es objeto de especulación. A este respecto podemos apoyarnos en las experiencias concretas de la revolución húngara de octubre-noviembre de 1956, que ha sido la que más lejos ha avanzado en la vía de la revolución política antiburocrática plenamente expandida, así como en la experiencia de la "primavera de Praga" de 1968-69, que, sin haber alcanzado el nivel de la revolución húngara, tuvo la ventaja de desarrollarse en condiciones socioeconómicas y políticas más favorables, en un país en que el proletariado representa a la gran mayoría de la población activa y se apoya en una antigua tradición de organizaciones de masas socialistas, comunistas y sindicales.

Estas dos experiencias —al igual que la de Polonia, aunque más limitada— confirman que el contenido de la democracia socialista, tal como es presentado por nuestro programa y precisado por estas tesis, no es sino la expresión consciente de los objetivos por los que han luchado literalmente millones de trabajadores cuando se han levantado contra la dictadura totalitaria de la burocracia.

La lucha contra la política secreta, por la liberación de los presos políticos, contra la represión de actividades políticas y sindicales al margen del monopolio del poder de la burocracia gobernante, contra la censura de prensa, contra la arbitrariedad judicial (es decir, a favor de la ley escrita y de los derechos de los acusados a un proceso y a una defensa honestas), contra el sistema de partido único, contra el control de la burocracia sobre el excedente social y todo el sistema económico, contra los privilegios materiales exorbitantes de la burocracia y por un salto cualitativo adelante de la igualdad socioeconómica: éstas son las principales aspiraciones que movilizaron a las masas trabajadoras húngaras y checoslovacas en la calle, frente a la burocracia. Mañana movilizarán, en la calle, a las mismas masas en la URSS y en la RP China.

Nada tienen que ver con una pretendida restauración de la propiedad privada y del capitalismo, como han pretendido los calumniadores estalinistas para justificar la represión contrarrevolucionaria de los levantamientos antiburocráticos de masas con ayuda del ejército soviético. En este mismo sentido, nada tienen que ver con el derrocamiento de la dictadura del proletariado.

En Hungría en 1956, los consejos obreros, y particularmente el consejo obrero central de Budapest, se pronunciaron, por su propia cuenta, a favor de la defensa de la propiedad nacionalizada y de la libertad para todos los partidos políticos, con excepción de los fascistas, tras largos y apasionados debates. En el transcurso de la "primavera de Praga", en Checoslovaquia, la reivindicación de una libertad ilimitada de organización política para los clubs, las tendencias y los partidos políticos, que fue avanzada de entrada por los protagonistas más radicales de la "primavera", fue retomada por amplias corrientes en el seno del propio partido comunista, y obtuvo el apoyo de la gran mayoría de los sindicatos y consejos obreros que aparecieron en la fase culminante de la "primavera". La clase obrera se pronunció con particular energía a favor de la libertad de prensa —cuando los portavoces estalinistas de la burocracia, los mismos que prepararon, faci-

litaron y apoyaron la intervención militar contrarrevolucionaria de la burocracia soviética, concentraron muy significativamente el fuego en los pretendidos publicistas "irresponsables" y "proburgueses", cuya libertad de expresión querían ahogar a cualquier precio. La clase obrera se expresó en su gran mayoría a favor de la libertad de expresión de dichos publicistas.

Es más probable que en el transcurso de cada revolución política del futuro, sobre todo en la URSS y en la RP China, aparezcan enfrentamientos análogos. Los marxistas revolucionarios no pueden vacilar o adoptar una posición atentista antes de decidir qué posición van a adoptar al respecto. Deben alinearse con las preocupaciones de la inmensa mayoría de las masas trabajadoras —en defensa de las libertades democráticas sin restricciones, contra la censura y la represión de la burocracia.

En el transcurso de la preparación y del comienzo de una revolución política efectiva, las masas trabajadoras distinguen entre los sectores de la burocracia que se esfuerzan frenéticamente por impedir las movilizaciones y la autorganización de las masas, incluyendo el empleo de la violencia, y los demás sectores que, independientemente de sus motivaciones, ceden ante la presión del movimiento de masas en ascenso y parecen aliarse con él. Los primeros serán eliminados sin contemplaciones de todos los organismos que surjan del auténtico poder obrero y popular. Los segundos serán tolerados, y las masas concluirán incluso alianzas tácticas con ellos, sobre todo cuando se encuentren bajo el fuego de los ataques de los representantes más odiados de la dictadura burocrática.

Cuando se institucionalice definitivamente el poder de los trabajadores, las masas, sin embargo, adoptarán todas las medidas apropiadas para asegurar su preponderancia numérica, social y política en el seno de los soviets regenerados, con el fin de evitar que éstos vuelvan a caer bajo la hegemonía de la burocracia, aunque sólo sea su ala tecnocrática y "liberal". Pero esto puede realizarse perfectamente mediante una normativa electoral apropiada, y no debe implicar en absoluto la prohibición de determinados partidos y tendencias ideológicas, considerados como representantes de los sectores de la burocracia que temporalmente se habían aliado a las masas revolucionarias.

Durante el ascenso y la lucha por la victoria por la revolución política antiburocrática, los marxistas revolucionarios tendrán que superar el obstáculo enorme que constituye el descrédito que Stalin, el estalinismo y sus epígonos han arrojado sobre el marxismo, el comunismo, el leninismo y el socialismo en general, identificando su reino opresor detestable con estas grandes corrientes de ideas emancipadoras.

La IV Internacional puede superar con éxito este obstáculo, apoyándose en el balance de más de medio siglo de luchas sin respiro y sin compromiso que libraron sus fundadores y militantes contra ese reino opresor. Pero a este balance deberá adjuntar un audaz programa de reivindicaciones concretas que encarnen, a los ojos de las masas, el derrocamiento del reino de la burocracia, su sustitución por el poder ejercido por los propios trabajadores, y las garantías necesarias reclamadas por las masas para que jamás vuelva a producirse la expropiación del poder político y económico de los trabajadores por una capa privilegiada de la sociedad. Nuestro programa de democracia socialista sintetiza todas estas reivindicaciones, que restablecerán la validez del objetivo socialista a los ojos de los 200 millones de proletarios de los Estados obreros burocratizados.

13. Un aspecto fundamental del programa de la revolución socialista

El balance de 50 años de poder de la burocracia, empezando con el ascenso del régimen estalinista en la URSS, y de 25 años de crisis mundial del estalinismo, puede resumirse del modo siguiente:

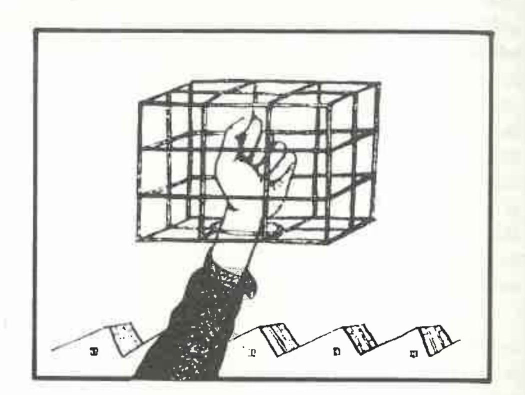
1. Pese a todas las diferencias específicas entre los distintos Estados obreros europeos y asiáticos, y todos los cambios que han conocido, *todos* continúan caracterizándose por la *ausencia de un poder directo de los trabajadores,* es decir, de consejos de trabajadores o de trabajadores y campesinos que ejercen directamente el poder estatal, *institucionalizado y garantizado constitucionalmente.* En todas partes subsiste de hecho un sistema de partido único, expresión del completo monopolio de ejercicio del poder real, en todas las esferas de la vida social, por unas burocracias privilegiadas. La ausencia del derecho a constituir tendencias en el seno del partido único, la negación del centralismo democrático real, en el sentido leninista del término, complementan la existencia de dicho monopolio en el ejercicio del poder estatal. La naturaleza parasitaria de las burocracias materialmente privilegiadas implica, además, que se colocan enormes obstáculos suplementarios, a distintos niveles, en la vía hacia la revolución socialista mundial y la construcción del socialismo. La transición del capitalismo al socialismo se empantana, la creatividad es estrangulada y una enorme masa de riqueza social es mal utilizada y derrochada.

2. Pese a numerosas críticas parciales del sistema político y económico que existe en la URSS y en los demás Estados obreros burocratizados, por parte de las diversas corrientes ideológicas que se desarrollaron tras la crisis de postguerra del estalinismo (titismo, maoísmo, castrismo, "eurocomunismo" y centrismo de izquierdas del tipo italiano, español y alemán etc...), ninguna de estas corrientes ha avanzado solución alternativa alguna que sea fundamentalmente distinta del modelo estalinista, del modelo imperante en la URSS. Frente a la estructura del poder burocrático, ninguna de ellas ofrece una solución de recambio coherente de poder directa y democráticamente ejercido por la clase obrera. No es posible comprender en absoluto el problema estalinista sin realizar un análisis marxista de la burocracia como fenómeno social específico. No es posible ninguna solución de recambio con respecto al poder de la burocracia (o a la restauración del capitalismo) sin institucionalizar el poder directo del proletariado a través de los consejos de trabajadores (o consejos de obreros y campesinos) democráticamente elegidos, con un sistema pluripartidista y derechos democráticos plenos y enteros, garantizados a todos los trabajadores, sobre la base de una autogestión planificada y democráticamente centralizada de la economía por los productores asociados.

La denominada corriente "eurocomunista", que acentúa su crítica a los dogmas y prácticas de la burocracia en la URSS y en Europa Oriental, ampliando su polémica con el Kremlin, propone como máximo una reforma de los peores excesos del régimen estalinista, y no un cambio revolucionario. Los partidos "eurocomunistas" no han cortado el cordón umbilical que los une a la burocracia soviética, y continúan justificando y haciendo la apología "objetivista" de los crímenes pasados de la burocracia y las formas actuales del poder burocrático. Además, en los países imperialistas, su línea general de colaboración de clases y de mantenimiento del orden burgués, incluso en presencia de fuertes explosiones de luchas de masas, limitan necesariamente su pretensión de respetar la democracia en el seno del movimiento obrero, sobre todo en el seno de su propio partido. En sus críticas, han borrado sistemáticamente las diferencias existentes entre la democracia burguesa y la democracia obrera, y so pretexto de combatir al régimen de partido único en la URSS, defienden en realidad el concepto de que la única política de recambio con respecto al poder de la burocracia a través de un partido único, son las instituciones parlamentarias burguesas y la negativa a poner en tela de juicio el Estado burgués. En este sentido, reintroducen en el movimiento obrero las crisis generales de la socialdemocracia clásica con respecto a la transición "pacífica" y "gradual" hacia el socialismo.

A la luz de todos estos fracasos, el programa de la IV Internacional sobre la dictadura del proletariado, el poder directo de los trabajadores, ejercido a través de consejos de trabajadores elegidos, y la pluralidad de partidos soviéticos, surge como única solución de recambio coherente y seria con respecto a las dos revisiones fundamentales del marxismo que encarnan el reformismo socialdemócrata y la codificación estalinista del poder monopolista de una casta burocrática usurpadora.

Este programa, que en sus líneas generales prolonga la continuidad de la tradición de los escritos de Marx y Engels sobre la Comuna de París, pasando por *El Estado y la Revolución,* de Lenin, los documentos de los primeros Congresos de la Internacional Comunista sobre la dictadura del proletariado, se ha enriquecido a la luz de las experiencias posteriores de las revoluciones proletarias y de la degeneración o deformación burocrática de los Estados obreros, primero por Trotsky, en la *Revolución Traicionada*, así como los documentos fundacionales de la IV Internacional, y posteriormente por las sucesivas reuniones internacionales de la IV Internacional tras la Segunda Guerra Mundial. El documento actual resume las condiciones presentes de los marxistas revolucionarios en torno a este aspecto fundamental del programa de la Revolución Socialista.



Socialismo y democracia

Esta resolución presentada a voto por una minoría del Secretariado Unificado obtuvo 39.5 votos a favor, 40 en contra, 16 abstenciones y 17,5 NPU

1. INTRODUCCION

El decenio pasado ha conocido el resurgir de batallas de clase centrales en una serie de países imperialistas: Francia, Italia, Portugal y España. En Gran Bretaña y otros países han tenido lugar duros enfrentamientos de clase. En los EE.UU., Canada, Oceanía, Japón y Alemania Federal se ha iniciado un proceso de radicalización obrera.

También en los países semicoloniales, el proletariado urbano y las masas semiproletarias han tendido a ponerse a la cabeza de las luchas. Las continuas movilizaciones, la huelga general revolucionaria y la insurrección de masas que derribaron al sha de Irán, son los ejemplos recientes más elocuentes, así como el papel decisivo desempeñado por las masas urbanas nicaragüenses en el derrocamiento de la dictadura somocista y en la instauración de un gobierno que defiende los intereses de los trabajadores y de los campesinos.

Al mismo tiempo que se ha acentuado la lucha de clases en los centros del capitalismo mundial, se ha profundizado también la crisis del estalinismo. La "primavera de Praga" en 1968, y las luchas de los trabajadores polacos en los años 70, fueron los puntos culminantes de la lucha de los trabajadores en la Europa del Este contra la burocracia stalinista, en este período. Aunque su base es aún estrecha, en la propia Unión Soviética ha aparecido el movimiento disidente.

El año pasado tuvieron lugar importantes manifestaciones, en Polonia y en China, en las que destacan su composición urbana y proletaria.

En el contexto del ascenso de la lucha de clases, varios partidos comunistas de Europa Occidental ya no pueden defender incondicional y acríticamente la política de la casta burocrática soviética, ante sus militantes obreros. Se han visto obligados a tomar ciertas distancias con respecto a los peores crímenes de sus homólogos estalinistas en la URSS y en los países del Este.

Los conflictos internos de la casta burocrática en China son un índice del descontento masivo, y hasta cierto punto han facilitado su expresión pública. Dichos conflictos, así como la abierta colaboración de clases practicada por Pekín con respecto a Washington, han socavado profundamente la idea equivocada, ampliamente propagada hace un decenio, según la cual la política maoísta sería básicamente distinta de la colaboración de clases del Kremlin y más progresista que ésta. La imagen de Moscú y Pekín rivalizando en sus esfuerzos por llegar a una "distensión" contrarrevolucionaria con el imperialismo ha desenmascarado aún más al estalinismo.

El surgimiento de direcciones que disponen de una audiencia de masas y que al desbordar a los estalinistas por su izquierda tienen en su activo importantes acciones revolucionarias, ha contribuido a la crisis del estalinismo. La dirección castrista es el primer ejemplo de ello. La dirección del FSLN en Nicaragüa es otro, el más reciente.

La crisis del capitalismo, que se extiende a escala mundial, señala la profundización de la radicalización de la clase obrera y de todos los explotados en los tres sectores de la revolución mundial. Van a producirse importantes enfrentamientos entre las clases, que plantearán la cuestión de saber cuál es la clase que debe gobernar.

Sin embargo, contrariamente a la situación existente en Rusia en 1917, lo que falta es un amplio y sólido núcleo de trabajadores bolcheviques que puedan convertirse en un partido de masas en una situación revolucionaria y conducir a la mayoría de los explotados a la conquista del poder político. No obstante, el programa del bolchevismo, de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, el Programa de Transición de la IV Internacional, no han sido jamás tan actuales ni urgentes como ahora. El período en que hemos entrado es favorable a la construcción de partidos proletarios basados en dicho programa —el de la revolución socialista mundial—, que defiende actualmente la IV Internacional y sus secciones y organizaciones simpatizantes en todo el mundo. Desde la estalinización de la Internacional Comunista, la situación no ha sido nunca tan propicia para realizar agrupamientos y fusiones que puedan desembocar en la construcción de un partido mundial de masas de la revolución socialista.

La posición marxista sobre la relación entre socialismo y democracia es una parte fundamental de este programa. Esta cuestión se ha planteado en un contexto caracterizado por la creciente combatividad de los trabajadores, la profundización de la crisis del estalinismo y el predominio cada vez mayor de formas de organización proletarias.

Entre las cuestiones planteadas figuran: la relación entre la lucha por los derechos democráticos bajo el capitalismo y la lucha de los trabajadores por conquistar y mantener el poder estatal; el papel de la democracia en la dictadura del proletariado; cómo restaurar la democracia obrera en el Estado obrero degenerado de la URSS y cómo implantarla en los Estados obreros deformados de Europa del Este y de Asia. El objeto de la presente resolución es el de reafirmar la posición programática de la IV Internacional en torno a estas cuestiones, aplicarla y completarla a la luz de las experiencias concretas de la lucha de clases durante los últimos decenios.

La cuestión de las formas con que se ejerce el poder obrero

en Cuba se ha dejado deliberadamente de lado y se tratará ulteriormente.

2. La lucha por los derechos democráticos bajo el capital y la lucha por el poder obrero

a. Todos los derechos democráticos de que gozan las masas bajo el capitalismo —desde la libertad de expresión hasta la libertad de organizar sindicatos y partidos obreros, pasando por el derecho al aborto— han sido arrancados por ellas a través de la lucha.

b. Los marxistas revolucionarios luchan por los derechos democráticos más amplios posibles bajo el capitalismo. Cuanto más amplios sean los derechos democráticos, tanto mayores serán las posibilidades de los trabajadores y sus aliados para luchar por sus intereses, organizarse a nivel sindical y político, elevar su nivel de vida, de cultura y educación, y ganar otras conquistas que mejoren la relación de fuerzas a favor del proletariado, con miras a las luchas decisivas por el poder contra los capitalistas.

c. Los trabajadores tienen interés en luchar por la defensa de cada conquista de las masas, incluidos los derechos democráticos, frente a la reacción capitalista. La historia demuestra que la clase obrera es la única clase capaz de hacerlo de modo consecuente.

Combatimos todo intento por parte de las fuerzas reaccionarias o fascistas de derribar las instituciones de la democracia burguesa e instalar dictaduras militares o fascistas duras, tratando sobre todo de restringir o aplastar a los trabajadores y sus organizaciones. En esta lucha, los trabajadores, bajo la dirección de un partido leninista, lucharán por imponer su propia solución a la reacción capitalista, eliminando las causas de ésta última mediante una revolución socialista.

Si estamos dispuestos a formar un bloque con todas las fuerzas, incluidas las burguesas, dispuestas a luchar contra los intentos de golpe de Estado fascista o militar, no prestamos ninguna confianza política a cualquier fuerza burguesa. Dada su naturaleza de clase, estas fuerzas burguesas son incapaces de oponerse consecuentemente al fascismo o a un golpe de Estado militar. En esta lucha, igual que en todas las luchas, la clase obrera necesita su independencia política para avanzar su propia solución por la revolución socialista, única garantía frente a la dictadura fascista o militar.

Asimismo, en la lucha contra la reacción capitalista, no prestamos ninguna confianza al Estado capitalista ni a ninguna de sus instituciones. Toda restricción de los derechos democráticos por parte del estado capitalista, incluidas las que están destinadas ostensiblemente a los fascistas u otros reaccionarios, será utilizada inevitablemente y diez veces más contra la clase obrera y sobre todo contra su ala más revolucionaria. Unicamente los trabajadores y sus aliados pueden obstaculizar al fascismo mediante una lucha masiva de frente único y dirigida conscientemente.

d. El capitalismo en la época de su decadencia genera la reacción. La amplitud de los derechos y libertades democráticos de que gozan las masas en cada momento determinado y en cada país dado, viene determinada por la relación de fuerzas entre las clases. Aunque se produzcan oscilaciones en esta tendencia histórica, la tendencia a largo plazo del capitalismo en la época imperialista es la de limitar cada vez más los derechos democráticos frente a la polarización de clases que se profundiza. Esto aparece hoy en día con suma claridad en las numerosas dictaduras apoyadas, y en varios casos directamente instaladas, por el imperialismo. La tortura, por ejemplo, es una práctica oficial en la mayoría de países semicoloniales actualmente.

El ejemplo del fascismo italiano y alemán demuestra que esta tendencia adopta su forma más virulenta en los movimientos fascistas de los países imperialistas y en las dictaduras totalitarias que imponen para mantener el capitalismo. Ya hemos visto la manera en que la clase dirigente utiliza a veces las dictaduras militares o los regímenes bonapartistas susceptibles de abrir la vía a la toma del poder por movimientos fascistas de masas.

e. La historia demuestra que antes de que los movimientos fascistas tengan la posibilidad de instaurar una forma totalitaria de dictadura capitalista, los trabajadores y sus aliados tienen también la posibilidad de poner en jaque a los fascistas e imponer su propia solución a la crisis capitalista. Los fascistas sólo pueden vencer cuando el movimiento obrero ha dejado escapar su oportunidad, cuando se encuentra desmoralizado y dividido frente a la amenaza fascista, y cuando ha perdido el poder de atracción que tenía para movilizar a sus aliados. Los aliados potenciales del movimiento obrero, desorientados, se dividen y pueden prestar su apoyo a soluciones reaccionarias "radicales".

f. Las batallas por las reivindicaciones democráticas son parte integrante de las luchas de los aliados del proletariado —incluídas las nacionalidades oprimidas, las mujeres, los pequeños campesinos o agricultores, los pequeños productores independientes. Gran número de estos *aliados* de la clase obrera forman *parte* también, a menudo, de la clase obrera. Para unificar a la clase obrera y consolidar la alianza con sus aliados, sobre todo con los pequeños agricultores o campesinos pobres, el movimiento obrero debe apoyar las reivindicaciones progresistas de estos aliados, incluídas sus reivindicaciones democráticas.

g. En los países semicoloniales, las tareas fundamentales avanzadas históricamente por las revoluciones democrático-burguesas no se han cumplido en lo esencial —ni siquiera cuestiones como la reforma agraria, la independencia real frente al imperialismo, pese a haber ganado la independencia formal, y el desarrollo de una economía industrial liberada de las distorsiones y atrasos impuestos por el imperialismo. La democracia política es precaria o no existe. Las tareas democráticas en estos países adquieren por tanto una importancia particular. Sin embargo, estas tareas no pueden ser llevadas a cabo por la burguesía nacional, e incumbe a la clase obrera, en alianza con el campesinado pobre, ponerla en práctica. Las tareas democráticas están estrechamente vinculadas a las reivindicaciones transitorias y a la revolución permanente.

h. Los trabajadores de los países imperialistas tienen un interés de clase inmediato —como también un interés a largo plazo— en apoyar las luchas de los trabajadores en las colonias y semicolonias. Esto incluye la lucha por el derecho democrático a la autodeterminación de los pueblos de las colonias o semicolonias. La importancia de esta lucha de los trabajadores de los países imperialistas quedó ilustrada por el movimiento antiguerra en Vietnam, sobre todo en los Estados Unidos. Este movimiento aportó una ayuda vital a la revolución vietnamita. Ejerció un efecto a largo plazo sobre la conciencia antibélica y antiimperialista de los trabajadores norteamericanos, acentuando su oposición al empleo, por parte de Washington, de tropas norteamericanas en otros países, y reforzó a la clase obrera norteamericana, haciéndola más apta para resistir a los ataques de la patronal. Contribuyó al cambio de la relación de fuerzas a escala mundial, en detrimento del imperialismo.

El apoyo al derecho de las colonias y semicolonias a la autodeterminación es una parte integrante de la lucha contra las guerras imperialistas. Estas guerras no sólo van en contra de los intereses de los trabajadores de todos los países, incluidos los trabajadores de los países imperialistas, sino que amenazan con hundir a la humanidad en un holocausto nuclear.

Otro aspecto de este combate es la lucha por los derechos democráticos de los soldados-ciudadanos enrolados en los ejércitos imperialistas. Tienen una importancia clave en todos los movimientos contra la guerra imperialista.

i. En el seno de las organizaciones obreras, y en primer lugar de los sindicatos y de las organizaciones de los aliados del proletariado, luchamos por la democracia en la base, lo más amplia posible, y por la independencia frente al gobierno capitalista.

La democracia de base y el control de la base sobre las orientaciones fundamentales de la dirección de los sindicatos son indispensables para movilizar el poder de los sindicatos tras una política de lucha de clases frente a los patronos. Hay que impulsar la movilización de los sindicatos para que actúen en solidaridad con sus compañeros de trabajo y sus aliados, porque rompan con la subordinación

política frente a la clase dominante. La burocracia sindical ahoga la democracia sindical para salvaguardar sus privilegios y defender su política de colaboración de clase. Esta capa pequeñoburguesa extrae su tributo particular de la caja sindical, que le sirve de comedero, y actúa como correa de transmisión de los intereses del capital en el movimiento obrero. Incluso cuando se ve obligada a defender al sindicato frente a los patronos, para defender la base de sus privilegios, lo hace con los métodos de colaboración de clases que le son propios, y que llevan en su germen su propia derrota. La democracia de base en los sindicatos constituye un elemento indispensable en la plataforma de toda ala izquierda que tenga una orientación de lucha de clases. La lucha por esta democracia es una parte fundamental de la lucha por transformar los sindicatos en instrumentos revolucionarios, lucha que no dejará de chocar con la política de la burocracia sindical y que desembocará en su eliminación y sustitución por una dirección de lucha de clases.

j. A medida que se intensifica la lucha de clases, se profundiza el combate por transformar los sindicatos en instrumentos revolucionarios. Aparecen formas organizativas de la lucha obrera, cada vez más amplias, como los comités de huelga, los comités de fábrica y finalmente, en un momento de ascenso revolucionario, los soviets o consejos.

Este proceso traduce una profundización de la conciencia de clase. Al mismo tiempo, estas organizaciones de los trabajadores se convierten en escuelas superiores de formación política. En el crisol del combate de clase, los trabajadores ponen a prueba los diversos programas y propuestas de los distintos partidos obreros. Los marxistas revolucionarios estarán en la primera fila, para ayudar a construir estos organismos a medida que la extensión de la lucha de clases convenza a los trabajadores de su necesidad. Lucharemos en el seno de estos órganos por dotarles de una perspectiva revolucionaria.

Como explica Trotsky en el texto redactado para la Conferencia fundacional de la IV.ª Internacional:

"La profundización de la crisis social no sólo aumentará los sufrimientos de las masas, sino también su impaciencia, su firmeza, su espíritu de ofensiva. Cada vez más sectores oprimidos levantarán la cabeza y lanzarán sus reivindicaciones. Millones de necesitados, en los que los jefes reformistas no piensan nunca, empezarán a llamar a las puertas de las organizaciones obreras. Los obreros rurales, los campesinos arruinados o medio arruinados, las capas inferiores de la ciudad, las trabajadoras, las amas de casa, las capas proletarizadas de la intelligentsia, todos buscarán un agrupamiento y una dirección.

¿Cómo armonizar las diversas reivindicaciones y formas de lucha, aunque sólo fuera dentro de los límites de una única ciudad? La historia ya ha respondido a esta cuestión: gracias a los soviets, que reúnen a los representantes de todos los grupos en lucha. Hasta ahora nadie ha propuesto ninguna otra forma de organización, y es dudoso que pueda inventarse una. A priori, los soviets no están vinculados a ningún programa. Abren sus puertas a todos los explotados. Por esta puerta pasan los representantes de todas las capas arrastradas por el torrente general de la lucha. La organización se extiende junto con el movimiento y se renueva continuamente en él. Todas las tendencias políticas del proletariado pueden luchar por la dirección de los soviets, sobre la base de la más amplia democracia. Por esta razón, la consigna de los soviets es la coronación del programa de reivindicaciones transitorias.

Los soviets no pueden nacer sino cuando el movimiento de masas entra en un estadio abiertamente revolucionario. Como pivote en torno al cual se unen millones de trabajadores en la lucha contra los explotadores, los soviets se convierten, desde el mismo momento en que aparecen, en rivales y adversarios de las autoridades locales, y después del propio gobierno central. Si el comité de empresa crea los elementos de dualidad de poderes en la fábrica, los soviets abren un período de dualidad de poderes en el país.

La dualidad de poderes es, a su vez, el punto culminante del período de transición. Dos regímenes, el régimen burgués y el régimen proletario, se enfrentan irreconciliablemente. Es inevitable la colisión entre ellos. Del resultado de esta depende la suerte de la sociedad. En caso de derrota de la revolución, la dictadura fascista de la burguesía. En caso de victoria, el poder de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad". (Programa de Transición).

La manera exacta en que surgirán estos consejos depende, desde luego, de circunstancias concretas. Eventualmente, organismos como los comités de fábrica pueden empezar a desempeñar el papel de soviets, o incluso pueden ser creados por sindicatos revolucionarios. De todas maneras, los marxistas revolucionarios lucharán por su desarrollo, su coordinación y su centralización. Para cumplir su función como organizaciones revolucionarias del combate de clase, deben tener la más amplia democracia interna y deben tratar de incluir a toda organización de lucha, así como a las tendencias y agrupamientos en el seno de la clase obrera. En este sentido, constituyen la forma suprema de frente único.

k. Hay que ganar a los soviets para una perspectiva revolucionaria, lo que exige que los marxistas revolucionarios libren una batalla por ganar una mayoría en el seno de los soviets. El primer congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1919, resumió así las tareas de los marxistas:

" 1. Aclarar lo más ampliamente posible a las masas de la clase obrera el significado histórico de la necesidad política y práctica de una nueva democracia proletaria, que debe ocupar el lugar de la democracia burguesa y del parlamentarismo.

2. Ampliar y organizar soviets en todos los terrenos de la industria, en el ejército, en la flota, entre los obreros agrícolas y los pequeños campesinos.

3. Conquistar en el interior de los soviets una mayoría comunista, segura y consciente". (Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista 1919-1923).

Además, *"la aparición de los soviets, principal forma histórica de la dictadura del proletariado, no disminuye en absoluto el papel dirigente del partido comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de izquierda (...) declaran que 'el pueblo debe también adaptarse cada vez más a la idea soviética y proletarizarse', no vemos en ellos sino una expresión insinuada de la idea de que el partido comunista debe fundirse en los soviets y que los soviets pueden sustituirlo".*

Es necesario en todo momento un partido marxista revolucionario de tipo bolchevique, para luchar a favor de una línea de lucha de clases y de independencia de clase, para empujar adelante a la clase obrera y a sus aliados. Este partido revolucionario sólo se construirá participando en las luchas de este tipo. A medida que forja sus armas en la lucha de clases, el partido revolucionario podrá ganarse a la vanguardia de la clase obrera y el apoyo de sectores decisivos del proletariado. Será capaz de dirigir la movilización de la clase obrera y de sus aliados en una lucha por el poder. en este proceso, los trabajadores deberán contrarrestar la violencia que desencadenará la clase capitalista contra ellos, desmantelar el antiguo Estado capitalista, construir soviets, instaurar un gobierno obrero y campesino, expropiar a la burguesía y, de este modo, instaurar la dictadura del proletariado y emprender la construcción del socialismo.

3. Democracia y dictadura del proletariado

a. A partir de la experiencia del ascenso revolucionario de la clase obrera francesa en 1871, Marx y Engels concluyeron que la forma que adoptaría la dictadura del proletariado sería la de una *democracia obrera* del tipo de la Comuna de París. Esto se ha visto confirmado por la experiencia de la revolución de Octubre en Rusia.

Siguiendo a Marx y Engels y a los bolcheviques, los marxistas revolucionarios afirman que la democracia obrera por la que luchan será un poder estatal de nuevo tipo. En todas las formas anteriores de la sociedad de clases, el Estado representaba la subyugación violenta de la inmensa mayoría por una clase dominante minoritaria. En cambio, bajo la dictadura del proletariado, el Estado representa los intereses de la gran mayoría y suprime por la fuerza las prerrogati-

vas particulares de la antigua clase dominante minoritaria, la burguesía. Además, el Estado obrero es el instrumento de una clase sin propiedad, la clase obrera, cuyos intereses residen en la construcción de una sociedad sin clases. Así, su forma se adaptará a su función. El Estado obrero es transitorio; se *extinguirá* a medida que se realice la sociedad sin clases a escala mundial.

Para defender mejor a la clase obrera contra los capitalistas expropiados y avanzar hacia el socialismo, las instituciones estatales de una democracia obrera deben ser radicalmente distintas de las del Estado capitalista o de cualquier Estado anterior. Los soviets o consejos —a través de los cuales organiza el proletariado su lucha revolucionaria contra el Estado capitalista— se convierten en las instituciones de base del Estado obrero después de la revolución. En el *Estado y la Revolución*, Lenin enumera algunas de las normas fundamentales de esta democracia obrera: la elección de todos los funcionarios, jueces, dirigentes obreros o dirigentes de las milicias obreras o campesinas, así como de todo delegado que represente a los trabajadores en el seno de las instituciones estatales; la rotación regular de los funcionarios elegidos; la limitación de sus ingresos a los de un trabajador cualificado; el derecho de los trabajadores a revocarlos en todo momento; el ejercicio de las funciones legislativas y ejecutivas por los consejos; la reducción radical del número de funcionarios permanentes y la transferencia cada vez mayor de las funciones administrativas a organismos gestionados por los propios trabajadores.

"En lugar de instituciones especiales de una minoría privilegiada (funcionarios privilegiados, mandos del ejército regular), la misma mayoría puede cumplir directamente estas tareas; y cuantos más sean ejercidas las funciones del poder por el conjunto del pueblo, menos necesario se hace este poder." En este sentido, en cualquier país, un Estado obrero empieza a "extinguirse" cuando desarrolla estas normas y estas instituciones, aunque debe construir su ejército armado mientras subsista la amenaza imperialista.

La dictadura del proletariado se impone mediante el desmantelamiento violento del aparato estatal capitalista y la expropiación de la burguesía por el proletariado. Es una fuerza social destinada a impedir el restablecimiento del poder estatal capitalista o de la propiedad privada de los medios de producción. Impide de este modo la reintroducción de la explotación de los asalariados y va en el sentido de eliminar radicalmente la opresión de las minorías nacionales y de las mujeres. Es todo lo contrario a la hegemonía dictatorial de una minoría sobre la vasta mayoría de la población.

El Congreso fundacional de la Internacional Comunista afirma: *"La dictadura del proletariado se parece a las dictaduras de las otras clases porque viene provocada, como todo tipo de dictadura (de clase), por la necesidad de reprimir violentamente la resistencia de la clase que pierde el poder político. El punto fundamental que separa la dictadura del proletariado de la de las demás clases, de la dictadura de los elementos feudales en la Edad Media, de la dictadura de la burguesía en todos los países civilizados capitalistas, estriba en que la dictadura de los elementos feudales y la burguesía era el aplastamiento por la fuerza de la resistencia de los explotados por una ínfima minoría de la población: los terratenientes y los capitalistas.*

De ahí se deriva, además, que la dictadura del proletariado no sólo comporta inevitablemente un cambio de las formas y instituciones democráticas en general, sino también un cambio de tal índole que desemboque en una expansión hasta ahora desconocida del principio democrático a favor de las clases oprimidas por el capitalismo, a favor de las clases trabajadoras.

(Todo esto) *significa precisamente, y realiza para las clases trabajadoras, es decir, para la enorme mayoría de la población, la posibilidad de disfrutar derechos y libertades democráticos como jamás se ha hecho, ni siquiera por aproximación, en las repúblicas burguesas mejores y más democráticas.* (Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, 1919-1923).

Frente a las concepciones reformistas y revisionistas, tanto de los partidos estalinistas y socialdemócratas como de las formaciones centristas, la IV.ª Internacional defiende estas aportaciones programáticas fundamentales de Marx, Engels, Lenin y del movimiento obrero revolucionario.

La sociedad socialista sólo puede construirse mediante la propiedad colectiva y el control colectivo de los medios de producción y el sobreproducto social, ejercidos por la clase obrera sobre la base de la planificación económica y de la administración a través de los consejos obreros democráticamente centralizados —en otras palabras, la gestión planificada por los trabajadores. Esta socialización sólo puede realizarse si los capitalistas son expropiados económica y políticamente, y si el poder estatal es ejercido por la clase obrera a través de un sistema de democracia obrera.

Ninguna sociedad socialista puede surgir en los estrechos límites del Estado nacional. Requiere por lo menos el marco de los países económicmente más avanzados en el mundo, y sólo puede instaurarse enteramente a escala mundial.

b. Toda la experiencia histórica demuestra que ninguna clase explotadora abandona jamás su poder y sus privilegios de forma pacífica, y toda la experiencia de la revolución y contrarrevolución en este siglo —incluidos los horrores de la dictadura nazi, el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, destinado a aterrorizar a las masas del mundo, y el potencial exterminador desencadenado por Washington contra el pueblo vietnamita y camboyano— demuestra que la clase capitalista es la clase dominante más despiadada y sanguinaria de la historia. Los únicos límites que conoce su voluntad de emplear la violencia bárbara y la brutalidad, los únicos límites de la profundidad de su inhumanidad, son los que le vienen impuesto por la relación de fuerzas entre las clases.

La clase capitalista desencadenará la guerra civil contra los trabajadores para defender o restablecer su dominio. Mientras exista el imperialismo, tratará de intervenir tantas veces como le sea posible, y en todas partes en que pueda, para impedir las revoluciones populares y derribarlas donde se hayan producido antes de que puedan desembocar en victorias socialistas. Por esta razón aparecen elementos de guerra civil antes, durante y después de la conquista del poder por los trabajadores. Esta regla de la lucha de clases sólo podría conocer una excepción después de una revolución victoriosa en las potencias imperialistas más importantes, ante todo en los Estados Unidos.

Además, como subraya Lenin, hay *"otra verdad: no podría existir ninguna igualdad verdadera, igualdad de hecho, mientras no se elimine absolutamente toda posibilidad de explotación de una clase por otra. Es posible derrotar de un golpe a los explotadores, mediante una insurrección victoriosa en la capital o la revuelta de la tropa. Pero aparte de algunos casos muy raros, excepcionales, no se les puede liquidar de un único plumazo. No es posible expropiar de golpe a todos los terratenientes y a todos los capitalistas en un país de alguna importancia. Además, la expropiación por sí sola, como acto jurídico o político, está lejos de resolver el problema, pues hay que destituir de hecho a los grandes terratenientes y capitalistas, sustituirlos de hecho por otra gestión —gestión obrera— de las fábricas y tierras. No podría existir igualdad entre los explotadores que durante largas generaciones se habían distinguido por su instrucción, por su tren de vida y por los hábitos adquiridos, y los explotados, cuya masa, incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y más democráticas, sigue agobiada, inculta, ignorante, temerosa, dividida. Hasta mucho tiempo después de la revolución, los explotadores conservan necesariamente una serie de ventajas reales y notables: les queda el dinero, imposible de suprimir de golpe, algunos bienes muebles, a menudo considerables; les quedan las relaciones, los hábitos de organización y gestión, el conocimiento de todos los 'secretos' de la administración (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) (...), etc.*

Si los explotadores sólo son derrotados en un único país, y este es por supuesto el caso típico, pues la revolución simultánea en varios países es una excepción rara, siguen, sin embargo, siendo más fuertes que los explotados, pues las relaciones internacionales de los explotadores son inmensas. El hecho de que una parte de las masas explotadas menos desarrolladas, entre los campesinos pobres, artesa-

nos, etc., marchen y sean susceptibles de marchar junto con los explotadores, lo han demostrado todas las revoluciones anteriores, incluida la Comuna (pues entre las tropas de Versalles, había también proletarios).

(...) La transición del capitalismo al comunismo es toda una época histórica. Mientras no se termine, los explotadores mantienen ineludiblemente la esperanza en una restauración, esperanza que se transforma en intentos de restauración". (La Revolución proletaria y el renegado Kautsky).

Si bien la importancia y el nivel cultural de la clase obrera en los países imperialistas ha aumentado desde que se escribieron esas líneas, y ya más de un país se ha desembarazado del capitalismo, las observaciones generales de Lenin siguen siendo válidas. Los explotadores mantienen aún las ventajas relativas de que habla Lenin. Hasta que no se quiebre el poder del imperialismo mundial, el peligro de una restauración capitalista sigue siendo real e inmediato.

c. El Estado obrero tomará todas las medidas necesarias frente a la violencia de la burguesía para preservar el dominio democrático de la clase obrera. En este sentido, la dictadura revolucionaria del proletariado se mantiene contra la burguesía mediante una autoridad *"que no está vinculada por ninguna ley"*. Según las circunstancias precisas, las medidas que deberá adoptar un Estado obrero dado, para defender a la mayoría trabajadora, variarán enormemente. La joven república soviética, por ejemplo, consideró necesario disolver la Asamblea Constituyente, que se oponía al gobierno democrático de los consejos obreros. Asimismo, la primera constitución soviética prohibía el derecho de voto a la burguesía y a los kulaks que explotaban a los trabajadores. Semejante medida era *"un problema particular de tal o cual nación y en absoluto la cuestión general de la dictadura* (del proletariado) (...) *pero sería un error afirmar de antemano que las revoluciones proletarias de mañana en Europa, todas o la mayoría de ellas, comportarán absolutamente una restricción de los derechos electorales de la burguesía. Puede que así suceda. (...) Este elemento integrante de la dictadura no ha surgido según el plan de un partido; ha surgido por sí mismo en el transcurso de la lucha"* (La revolución proletaria y el renegado Kautsky).

A comienzos de 1921, cuando terminaba la guerra civil, los bolcheviques se vieron frente a la *"trágica necesidad"* (como la describiría Trotsky posteriormente) de reprimir la famosa revuelta de los marinos de Kronstadt. La situación interna era tan grave que el país se encontraba en un estado de desorganización casi total. La industria estaba a punto de descalabrarse; la agricultura había sido desatendida durante años, circunstancia que pocos meses después de Kronstadt provocaría un inmenso hambre en gran parte del territorio. Desde finales de 1920 a comienzos de 1921, en todas partes hubo algunos saqueos perpetrados por bandas armadas. Estas bandas recibían el apoyo de lo que quedaba de los socialistas revolucionarios, que utilizaban este método particular para proseguir su lucha contra el Estado soviético.

Los bolcheviques consideraron con razón que si la revuelta de Kronstadt no hubiera sido reprimida rápidamente, las fuerzas del ejército blanco —apoyadas por los mencheviques y socialistas revolucionarios, y apoyadas por el imperialismo extranjero (sobre todo francés)— la utilizarían para relanzar la guerra civil. Los bolcheviques eran el único partido dispuesto a defender la revolución socialista y el sistema soviético; todos los demás partidos se habían alzado contra ellos, en una lucha por derribar este sistema en beneficio del capitalismo. Esto habría significado un enorme baño de sangre y la relegación de Rusia a una semicolonia del imperialismo bajo una dictadura de tipo fascista.

Para defender el Estado soviético, los bolcheviques se vieron obligados a prohibir, no sólo los partidos burgueses, sino también los mencheviques y socialistas revolucionarios, que conspiraban directamente con el imperialismo y la reacción interior.

d. A menos que el imperialismo derribe los Estados obreros existentes, las revoluciones socialistas del futuro no se enfrentarán al mismo tipo de aislamiento extremo con que se encontraron los bolcheviques.

"Por anticipación es posible formular la siguiente ley: cuanto mayor sea el número de países en que se derribe el sistema capitalista, tanto más débil será la resistencia ofrecida por las clases dominantes en los demás países, tanto menos brutal será el carácter de la revolución socialista, tanto menos violentas serán las formas de la dictadura del proletariado, tanto más breve será su duración y tanto más rápidamente se reconstruirá la sociedad sobre la base de una democracia nueva, más plena, más perfecta y humana... El socialismo no tendría ningún valor si no aportara, no solamente la inviolabilidad jurídica, sino también la plena garantía de todos los intereses de la persona humana". (Trotsky, La situación mundial y las perspectivas).

Sin embargo, la clase dominante, sobre todo en los Estados Unidos, tratará de desencadenar la violencia y la guerra civil a una escala masiva contra los trabajadores insurrectos. A menos que los dirigentes de los EE.UU. sean derrotados y desarmados de su arsenal masivo, incluidas las armas nucleares, los trabajadores norteamericanos tendrán que hacer frente a una lucha ardua, y los trabajadores del mundo entero a una amenaza perpetua.

Evidentemente, todo Estado obrero debe defenderse por todos los medios necesarios contra cualquier intento de derribarlo o contra cualquier violación de las leyes que apoyan sus relaciones de propiedad —del mismo modo que los códigos constitucionales y penales bajo el poder burgués prohíben infracciones individuales a los derechos de la propiedad privada. En la democracia obrera de un Estado obrero estable, que aparece tras el desarme victorioso de la burguesía y el final de la guerra civil, la Constitución y el Código Penal prohibirán la apropiación privada de los medios de producción o la contratación privada de trabajadores. Asimismo, antes de que surja una sociedad sin clases, y mientras sobreviva el poder de clase proletaria y siga siendo posible la restauración del capitalismo, la Constitución y el Código Penal del Estado obrero prohibirán y castigarán los actos de insurrección armada, los intentos de derribar el poder obrero por la violencia, los atentados terroristas contra los representantes individuales de los trabajadores, el sabotaje, el espionaje al servicio de los Estados capitalistas extranjeros, etc.

Frente al terror, el Estado obrero se defiende con la represión de los terroristas. Frente a las ideas reaccionarias, el Estado obrero deberá defenderse mediante la lucha política e ideológica, la educación y la elevación general del nivel cultural de las masas. Los trabajadores no tienen en absoluto la necesidad de temer a los que expresen la opinión de que las fábricas y los bancos deberían ser devueltos a los propietarios privados. No existe ninguna posibilidad de que los trabajadores sean convencidos por esta propaganda. La clase obrera en los países imperialistas, en los Estados obreros deformados y degenerados, y en un número creciente de países semicoliniales, es lo suficientemente fuerte como para no verse obligada a reintroducir la concepción de los "delitos de opinión", ni en sus códigos penales ni en la práctica cotidiana de los Estados obreros.

La eliminación del poder estatal capitalista y de la propiedad privada sobre los medios de producción no comporta inmediatamente la desaparición de los privilegios en el terreno de la riqueza privada o de la herencia cultural, para no hablar ya de la desaparición de todos los elementos de la producción mercantil. Mucho tiempo después del derrocamiento del poder del Estado burgués y de la eliminación de la propiedad privada capitalista, los restos de la pequeña producción mercantil y la supervivencia de elementos de una economía monetaria continuarán creando un marco en que puede reaparecer constantemente la acumulación primitiva de capital. Máxime cuando el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es aún insuficiente para garantizar la aparición automática y la consolidación de auténticas relaciones de producción *socialistas*.

El poder estatal de la clase obrera es indispensable para impedir que estos "islotes de influencia burguesa" se transformen en bases de la restauración del capitalismo. Mucho tiempo después de que la burguesía haya perdido sus posiciones como clase dominante en el plano político y económico, la influencia de las ideologías, de las costumbres, de los hábitos y de los valores culturales burgueses y pequeñoburgueses van a subsistir en terrenos relativamente

importantes de la vida social y en amplias capas de la sociedad. Pero sería completamente erróneo sacar la conclusión de que la represión administrativa de concepciones o valores burgueses constituye una condición necesaria para la construcción de una sociedad socialista. Al contrario, la experiencia histórica confirma el carácter antiproductivo de las medidas administrativas tomadas contra ideologías reaccionarias burguesas y pequeñoburguesas. La represión no hace sino empujar a la clandestinidad a quienes defienden tales opiniones, e impide que el partido revolucionario continúe tomando el pulso de las masas. De hecho, a largo plazo, semejantes métodos refuerzan incluso la influencia de las ideas reaccionarias y colocan a la gran masa del proletariado en una posición en que pueden encontrarse desarmado frente a esas ideas, a falta de experiencia en auténticas luchas políticas y debates ideológicos, y debido a la falta de credibilidad que de ahí se derivarían para las "doctrinas de Estado" oficiales.

El único medio eficaz de eliminar la influencia de la ideología burguesa sobre la masa de trabajadores reside en:

1. la creación de condiciones objetivas gracias a las cuales estas ideas pierdan la raíz material de su atractivo y las bases sobre las que se reproducen;

2. una batalla encarnizada contra estas falsas concepciones en el *terreno de la ideología y de la política misma* que sólo puede tener pleno éxito en condiciones de debate y confontación abierta;

3. la utilización de la eduación. La política de un Estado obrero en materia de educación deberá basarse en la instrucción de la nueva generación en un espíritu científico y materialista. Al mismo tiempo, la libertad de expresión religiosa crea las mejores condiciones para derrotar progresivamente las ideas oscurantistas en el transcurso de una confrontación libre y abierta con las ideas científicas.

Sólo quienes no confían en el materialismo ni en el proletariado, ni en las masas trabajadoras, pueden retroceder ante el conflicto ideológico abierto con los que defienden los intereses de las capas burguesas y pequeñoburguesas. Una vez desarmada y expropiada la clase capitalista, cuando sus miembros ya no tengan acceso a los medios de comunicación de masas según el criterio de su riqueza, la validez del marxismo se afirmará claramente. No existe ninguna razón para temer un intercambio permanente de ideas, libre y abierto. A través de esta confrontación, la clase obrera puede educarse y liberarse con éxito de la influencia de las ideas burguesas y pequeñoburguesas.

Como dice el Manifiesto Comunista, el marxismo *"no reposa en absoluto en ideas, principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No es sino la expresión general de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se produce a la vista de nuestros ojos".*

O, para retomar los términos de Engels, el comunismo no es *"una determinada doctrina que procede de un principio teórico preciso como su núcleo y que extrae las conclusiones suplementarias... El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento; no procede de los principios, sino de los datos. Los comunistas no se apoyan en tal o cual filosofía como punto de partida, sino en todo el curso de la historia precedente, y específicamente en sus verdaderos resultados en los países civilizados en el momento actual. El comunismo se deriva de la industria a gran escala y de sus consecuencias, del establecimiento del mercado mundial y de la competencia irrefrenada que de ahí se deriva, de las crisis comerciales cada vez más violentas y universales, que se han convertido ya en crisis de plena envergadura del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital, de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. El comunismo, en la medida en que es una teoría, es la expresión teórica de la posición del proletariado en esta lucha y el resumen teórico de las condiciones para la liberación del proletariado".* (Engels, Los comunistas y Karl Heinzen).

En los Estados obreros deformados y degenerados, el "marxismo" ha sido corrompido, y transformado de una ciencia crítica y revolucionaria, de un arma en manos del proletariado consciente que lucha por su emancipación, en una doctrina destinada a justificar la política contrarrevolucionaria de las castas burocráticas privilegiadas. Su resultado ha sido un auténtico emprobrecimiento del pensamiento marxista en la Unión Soviética y en los demás Estados obreros deformados. El marxismo sólo ha sobrevivido como tendencia de oposición y clandestina. Pero sólo pueden expansionarse en una atmósfera de total libertad de discusión y de confrontación con otras corrientes ideológicas.

Las normas democráticas a que aspiramos no pueden aplicarse plenamente en cualquier circunstancia concreta. Por ejemplo, en condiciones de guerra civil o de intervención extranjera —es decir, de intentos de derribar el poder obrero por parte de la antigua clase dirigente y de sus aliados internacionales—, son las reglas de guerra las que están en vigor. Es muy posible que sea necesario aplicar restricciones al derecho de organización política de la burguesía y, en determinados casos extremos, al derecho de expresar sus posiciones. Ninguna clase social, ningún Estado ha concedido jamás plenos derechos a los que se libran activamente a actos de guerra para derribarlo, y la dictadura del proletariado no puede actuar de otra manera. Jamás ha tolerado algún partido político un debate sin límites cuando dirige un combate de clase. El problema se plantea de modo particularmente agudo en un período de guerra.

Sin embargo, en todos los casos, el Estado obrero se esforzará por ampliar al máximo la democracia real de que gozan los trabajadores, incluso en condiciones de guerra civil. Es el mejor medio de movilizar el poder de los trabajadores y de sus aliados; de aumentar su responsabilidad social, su disciplina y su espíritu de combate; de reforzar la confianza en sí mismos, su conciencia, su creatividad y su fe en una capacidad de construir un Estado obrero y una sociedad sin clases; y de acentuar su apoyo activo y su participación en los asuntos de su propio Estado.

e. El estalinismo ha utilizado sistemáticamente el pretexto de la amenaza imperialista para lanzar sus acusaciones calumniadoras de "colusión con el imperialismo", "actuaciones que sirven objetivamente a los intereses del imperialismo" y de agitación "antisovíetica" o "antisocialista", para condenar y reprimir toda forma de crítica política, de oposición o de inconformismo. Partiendo de estas acusaciones y mentiras, organizó una bárbara represión a escala masiva. Esto dio lugar a una profunda y sana desconfianza en la clase obrera mundial con respecto a los abusos de las instituciones penales, jurídicas y políticas de un Estado obrero, para proscribir determinadas ideas o pensamientos. Por tanto, hay que subrayar que en un Estado obrero las acusaciones vertidas contra los individuos deberían limitarse estrictamente a *actos* criminales.

La IV.ª Internacional está a favor de la defensa y la extensión de las conquistas más progresistas de las revoluciones democrático-burguesas en el terreno de los códigos penales y de la justicia. Luchamos por su incorporación en las constituciones y códigos penales de los Estados obreros. Esto incluye derechos como:

1. la necesidad de la ley escrita y la no retroactividad. La acusación debe suministrar la prueba del delito; el acusado se considera inocente hasta que no se suministre dicha prueba;

2. los derechos plenos y enteros de todos los individuos a determinar libremente el carácter de su defensa; inmunidad plena y entera de los abogados por todas las declaraciones o tipo de defensa seguido en el transcurso de un proceso;

3. el rechazo de todo concepto de responsabilidad colectiva de grupos sociales, familias, etc., por crímenes cometidos individualmente;

4. la prohibición estricta de toda forma de tortura o de extorsión forzada de confesiones;

5. la supresión de la pena de muerte, salvo en situaciones extremas, como en caso de guerra;

6. la extensión y la generalización de los juicios públicos, con el derecho a ser juzgados por un jurado seleccionado entre las personas con las que viva y trabaje el acusado.

La última palabra en torno a todas estas cuestiones, como también en relación a la Constitución y al Código Penal de un Estado obrero, la tienen los propios trabajadores. La garantía fundamental contra todo abuso de poder estatal reside en la participación más amplia de las masas trabajadoras, en la



actividad política, la democracia obrera más amplia posible y el armamento del proletariado.

El Estado obrero puede eliminar progresivamente el cuerpo judicial profesional, integrando cada vez más a las masas en las funciones judiciales, empezando a nivel local y con los delitos menos graves.

Si en determinadas condiciones extremas, como la guerra civil o la dislocación económica masiva, hacen inevitables determinadas restricciones de los derechos democráticos, la naturaleza fundamental y los límites de dichas restricciones deben ser claramente comprendidas por todos los trabajadores. Hay que explicar, de manera clara y franca, ante toda la clase obrera, que estas restricciones constituyen medidas ineluctables y temporales, y que no forman parte de las normas sociales y políticas de la dictadura del proletariado. Desde el punto de vista histórico, son las últimas huellas de la lucha por aniquilar la sociedad de clases, y no los signos precursores de un nuevo orden social. En la medida en que la lucha de clases imponga la necesidad de estas restricciones, deberían limitarse tanto en su alcance como en el tiempo, y ser revocadas lo antes posible. Esto significa también que los trabajadores deberían ser particularmente vigilantes en lo que se refiere a la necesidad de evitar que semejantes medidas excepcionales sean institucionalizadas y se conviertan equivocadamente en un principio.

La responsabilidad política y material directa de toda restricción a la democracia socialista recae en la contrarrevolución burguesa y el imperialismo internacional. El proletariado debe saber que la manera de tratar a los residuos de la antigua clase dominante vendrá determinada por el compor-

tamiento de ésta.

La preparación militar

f. Mientras sobreviva el imperialismo en los principales países —y en todo caso, en los Estados Unidos—, jamás abandonará sus intentos de poner fin mediante la presión económica y la fuerza militar, a cualquier extensión ulterior de la revolución socialista. Del mismo modo que no abandonará sus intentos de reconquistar los territorios perdidos para la explotación directa del capital. Esta restauración no es posible de modo gradual y pacífico, como tampoco el derrocamiento del capitalismo puede tener lugar de forma pacífica y gradual. Todo Estado obrero o grupo de Estados obreros se encontrará en una situación permanente de tregua armada frente al capital internacional, que en determinadas condiciones puede desembocar en una guerra abierta. De ahí que una de las responsabilidades centrales de la dictadura del proletariado sea la de mantener un estado permanente de preparación militar.

Si rechazamos la idea de que la guerra nuclear mundial es inevitable, rechazamos también la idea de que la propaganda antibélica, la agitación y la organización de clase de las masas obreras en los países capitalitas bastarían para impedir de un modo permanente las guerras de agresión lanzadas por el imperialismo contra los Estados obreros y contra nuevas revoluciones. Si éstas son sus líneas *políticas* de defensa y extensión de la revolución, que a fin de cuentas serán decisivas, para cualquier Estado obrero, mientras la clase obrera de los principales países no haya derribado efectivamente la dominación capitalista en su propio país y desarmado a los explotadores, el peligro de una guerra contrarrevolucionaria sigue latente. El proletariado en el poder debe prepararse contra este peligro, del mismo modo que debe estar dispuesto a ayudar a las masas insurgentes de los demás países frente a la intervención armada del imperialismo.

En el curso de la revolución socialista, el proletariado debe armarse frente a la violencia organizada de la clase capitalista. El programa de la IV.ª Internacional explica cómo los piquetes de huelga pueden ser el punto de partida de la organización de los grupos de autodefensa obrera, que a medida que se profundiza la lucha de clases se unirán para formar una *milicia obrera*.

Tras la toma del poder victoriosa por parte del proletariado, cualquier Estado obrero deberá construir un ejército profesional altamente entrenado, además de la milicia, mientras no se haya eliminado el poder del imperialismo. La milicia, el "pueblo en armas", cumple una función importante como expresión directa de la dictadura proletaria, además de ser un refuerzo y una reserva para el ejército. Una formación intermedia, como por ejemplo las reservas regulares de Cuba, compuestas de obreros y campesinos entrenados y dispuestos a abandonar rápidamente su lugar de trabajo para ocupar su puesto como soldados, no sólo amplía la base del ejército regular, sino que contribuye a mantener un vínculo orgánico con los trabajadores.

El propio ejército obrero es un ejército de nuevo tipo que refleja su fundamento de clase. Al crear el Ejército Rojo, la joven República Soviética suprimió el antigua sistema de casta de oficiales. La casta de oficiales es necesaria en el ejército burgués para mantener la autoridad capitalista sobre los obreros y campesinos enrolados en el servicio militar, pues los oficiales son utilizados para alcanzar objetivos de la clase dominante, contrarios a los de sus propios intereses. Sólo en 1935, la burocracia soviética reintrodujo el antiguo sistema de casta de oficiales, expresión de por sí del Termidor estalinista.

La articulación equilibrada entre ambos sistemas, entre el ejército profesional y la milicia, dependerá de la situación internacional concreta con que se enfrente cada Estado obrero, así como del nivel general de desarrollo del país. La razón de ello es que la posibilidad de utilizar una milicia en cada conflicto depende de factores como la rapidez con la que puede ser movilizada y transportada y del número de trabajadores que pueden liberarse de la producción, del mismo modo que de la naturaleza de toda amenaza externa. En términos generales: *"Las proporciones de las unidades permanentes y territoriales pueden servir de indicio, medir el avance hacia el socialismo"*. (Trotsky, La revolución traicionada).

Unicamente al acercarse a la sociedad socialista, el sistema de milicias se convertirá en la única forma de defensa. *"El ejército de la dictadura del proletariado, conformemente al programa del partido, debe tener un carácter de clase claro, es decir, estar compuesto exclusivamente de proletarios y campesinos que pertenecen a las capas pobres semiproletarias de la población del campo. Este ejército de clase sólo se convertirá en una milicia socialista del pueblo entero tras la supresión de las clases"*. (Trotsky, ibidem).

El mantenimiento de un estado de preparación militar frente a toda guerra de agresión imperialista implica que hay que emplear recursos, que se necesitan en otras partes para acelerar la evolución hacia el socialismo, en la producción de armas, en el mantenimiento de un ejército, etc. Es una razón suplementaria para rechazar la utopía reaccionaria de la "construcción del socialismo en un solo país".

Dicho esto, los imperativos de un estado de preparación militar no implican ni justifican en modo alguno las restricciones burocráticas a la democracia obrera.

La capacidad de autodefensa y la fuerza armada del Estado obrero se incrementan gracias a un alto nivel de comprensión y convicción política por parte de las masas; un alto nivel de actividad política, de movilización y de vigilancia; y mediante la educación y la actividad internacionalista.

Dos factores clave en la capacidad de autodefensa de todo Estado obrero son: el grado de cohesión social y el grado de identificación política de las masas trabajadoras con un Estado dado y su gobierno, así como la productividad media del trabajo. Cuanto más amplia y menos limitada sea la democracia obrera, tanto mayores serán la cohesión social y la identificación de las masas con el Estado obrero y su dirección, y tanto más rápido será el crecimiento de la productividad del trabajo. Lejos de ser un "lujo" en una situación mundial caracterizada por guerras de agresión potenciales, por parte del imperialismo, la democracia obrera es una baza importante en manos de un Estado obrero, aunque sólo fuera desde un punto de vista exclusivamente militar.

En la medida en que el imperialismo no puede comprometerse en aventuras militares sin suscitar una oposición masiva de la clase obrera a nivel interno, trata de debilitar esta oposición incrementando la represión y las restricciones a los derechos democráticos de los trabajadores. La democracia obera ejercería un poder de atracción cada vez más amplio entre las masas resistentes y explotadas en los países capitalistas, minando el poder militar del imperialismo.

Frente a la política de colaboración de clases del "socialismo en un solo país", practicada actualmente por las castas burocráticas en los Estados obreros deformados y degenerados, un régimen de democracia obera representaría y expresaría el interés que tienen los trabajadores en extender la revolución mundial. Dentro de los límites de la relación de fuerzas de la política mundial, las fuerzas armadas de este régimen revolucionario estarían a disposición del proletariado mundial.

g. El estado de preparación militar de los Estados obreros frente a las amenazas de agresión imperialista deben incluir medidas especiales contra el espionaje, los saboteadores enviados desde el extranjero, y otras formas de acción militar antiobrera que podrían persistir durante años o incluso decenios. Los espías y los saboteadores deberían ser juzgados por espionaje y sabotaje y no por sus "ideas subversivas". Así, este tipo de medidas técnicas específicas, de autodefensa, adoptadas por el Estado obrero, deberían reforzar la democracia obrera y no limitarla.

El papel de los partidos políticos

h. Los marxistas revolucionarios rechazan toda ilusión espontaneísta según la cual el proletariado sería capaz de resolver los problemas estratégicos y tácticos ligados al derrocamiento del capitalismo y del Estado burgués, de conquistar el poder del Estado y construir el socialismo, sin la

dirección de los sectores más avanzados del proletariado, organizados en un partido de combate de tipo leninista, y sin el programa marxista revolucionario. El papel insustituible de este partido revolucionario de vanguardia obrera, de cuadros proletarios educados en el programa marxista, puesto a prueba en la lucha de clases, es aún más importante tras la conquista del poder por la clase obrera. El partido leninista reforzado debe dirigir a los trabajadores en la gestión de un Estado, un trabajo mucho más difícil que el derrocamiento del Estado capitalista, hasta que el capitalismo haya sido liquidado a escala mundial. Los problemas de la defensa del Estado obrero, a nivel nacional e internacional, frente a las potencias burguesas; la organización de la economía sobre bases nuevas; la consolidación de los órganos democráticos del poder obrero; la construcción de una internacional revolucionaria y de masas para extender la revolución: el combate contra los prejuicios, las ideas reaccionarias y las desigualdades heredadas del pasado —todos estos problemas básicos de la transición al socialismo no pueden resolverse espontáneamente. Para ello, hace falta que la dirección del partido aplique el programa marxista revolucionario.

"El partido comunista no sólo es necesario para la clase obrera antes y durante la conquista del poder, sino también después de esta. La historia del Partido Comunista Ruso, que desde hace tres años detenta el poder, muestra que el papel del partido comunista, lejos de disminuir a partir de la conquista del poder, ha aumentado considerablemente" (Cuatro primeros Congresos de la I.C.).

i. Los trabajadores sabrán tomar las medidas necesarias para bloquear a los grupos contrarrevolucionarios que traten de derrocar su poder. Cualquier tentativa por parte de un sector privilegiado, de dictar a los trabajadores qué partidos políticos pueden reconocer y por cuáles pueden votar, es un golpe, no contra el enemigo de clase, sino contra la clase obrera; esto mina el ejercicio del poder político por los trabajadores. Las masas trabajadoras mismas, a través de un voto libre, determinarán cuáles son los partidos políticos que forman parte del sistema soviético.

Los trabajadores deben ser libres de organizar grupos, tendencias y partidos, sin limitación ideológica apriorística. La dialéctica del debate y de la lucha política en el seno de la clase obrera es el mejor medio de resolver los innumerables problemas de táctica, de estrategia y de teoría (programa) ligados a la gigantesca tarea de construir una sociedad sin clases bajo la dirección de las masas tradicionalmente oprimidas, explotadas y pisoteadas. La libertad para estas masas de organizar grupos, tendencias y partidos políticos —con reserva de las restricciones que los propios trabajadores considerarán eventualmente necesarias para defenderse frente al enemigo de clase— es la única vía para avanzar hacia una auténtica democracia obrera.

La emancipación del proletariado sólo puede ser realizada mediante la actividad del proletariado mismo, y no por una élite que se autoproclame benefactora e ilustrada. De ahí se deriva que el papel del partido leninista, tanto durante como después de la conquista del poder, consiste en dirigir políticamente a la clase obrera, en impulsar y desarrollar la movilización y la actividad de la clase obrera en defensa de sus intereses; en ayudar a los trabajadores a tomar parte en el proceso de decisión a niveles cada vez más amplios; y en luchar en el seno de la clase para ganar un apoyo mayoritario a sus propuestas, con medios políticos y no con medidas administrativas o represivas.

El partido y el aparato de Estado siguen siendo entidades separadas y distintas.

j. En la joven república soviética, bajo Lenin, todos los partidos, con excepción de los bolcheviques, se alinearon al final con la contrarrevolución frente al poder soviético. Los bolcheviques no tuvieron otra opción que la de gobernar solos, y actuaron correctamente al hacerlo. Sin embargo, ningún texto teórico de Marx, Engels, Lenin o Trotsky, ni ningún texto programático de la IIIa Internacional bajo Lenin o de la IVa Internacional, contiene la idea de que para mantener el poder de los trabajadores es necesario un sistema de partido único. El razonamiento estalinista, desarrollado tras la muerte de Lenin, según el cual las clases sociales siempre han estado representadas por un partido único, es falso históricamente y sólo sirve para hacer la apología del monopolio de poder político, usurpado por la burocracia soviética y por sus herederos ideológicos e imitadores en los Estados obreros deformados.

En cambio, la historia ha confirmado la justeza de la posición de Trotsky, según la cual Stalin transformó *"la enseñanza marxista sobre la naturaleza de clase del partido"* en una caricatura.

"A decir verdad, las clases son heterogéneas, están desgarradas por antagonismos anteriores y sólo alcanzan sus fines comunes mediante la lucha de tendencias, agrupamientos y partidos. Cabe reconocer, con algunas restricciones, que un partido es una 'fracción de clase'. Pero dado que una clase se compone de numerosas fracciones —las unas miran hacia adelante y las otras hacia atrás—, la misma clase puede formar diversos partidos. Por esta misma razón, un partido puede apoyarse en fracciones de diversas clases. En toda la historia política no se encontrará un único partido que represente a una única clase, si por supuesto no se consiente en tomar una ficción policial por la realidad".

Esto era cierto para la burguesía bajo el feudalismo y el capitalismo, como para los trabajadores bajo el capitalismo. Esto seguirá siendo cierto para la clase obrera bajo la dictadura del proletariado.

Los marxistas revolucionarios rechazan el argumento anarquista, retomado ulteriormente por los "consejistas" ultraizquierdistas o los "sovietistas", según la cual los partidos políticos, por su propia naturaleza, constituyen formaciones burguesas extrañas a la clase obrera y no hay sitio para ellos en el seno de los consejos obreros. Rechazamos el argumento según el cual los partidos tienden automáticamente a usurpar el poder político de la clase obrera. Si los agrupamientos políticos, las tendencias y los partidos se han multiplicado y han tomado formas cada vez más desarrolladas bajo el capitalismo, no es cierto, no obstante, que hayan aparecido únicamente con el advenimiento de la burguesía contemporánea. Los grupos políticos se desarrollaron con el advenimiento del Estado, que a su vez surgió de la sociedad de clases. Estos grupos han evolucionado hasta convertirse en partidos políticos, con el nacimiento de formas de gobierno en las que un número relativamente grande de personas participaba en cierta medida en el ejercicio del poder político (por ejemplo, en las democracias urbanas de la Antiguedad y de la Edad Media).

Los partidos políticos son un reflejo de la lucha de clases en el terreno político, a saber en torno a las cuestiones vinculadas a la política estatal y gubernamental. Mientras persista el conflicto entre las clases, las formaciones políticas continuarán existiendo. Sólo podrán desaparecer cuando se realicen grandes avances hacia el socialismo mundial y la extinción del Estado.

La oposición anarquista y "consejista" a los partidos políticos bajo la dictadura del proletariado apunta a dos direcciones que son igualmente falsas. Esta oposición puede traducir la vana esperanza de que la masa de trabajadores va a abstenerse de formar o apoyar a grupos, tendencias o partidos —en cuyo caso es simplemente utópica. O bien puede servir como pretexto de un intento de reprimir a los trabajadores que desean expresar su punto de vista y participar en la actividad política.

Esto favorece objetivamente la concentración del poder en manos de un escaso número de individuos —lo contrario exactamente de lo que pretenden buscar los anarquistas y "consejistas".

A medida que se extingan los partidos políticos, junto con la desaparición de las clases, se formarán y extenderán otras formas de organización —que expresan divergencias en los diversos terrenos de la vida social—. Como lo explica Trotsky:

"No es por nada que Engels caracterizó la revolución socialista como el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. La revolución no es aún el reino de la libertad. Al contrario, desarrolla al máximo los rasgos de la necesidad. El socialismo abolirá los antagonismos de clase junto con las clases, pero la revolución lleva la lucha de clases a su culminación. (...) En el socialismo, la solidaridad constituirá la base de la sociedad. (...) La potente fuerza de la emulación, que en la sociedad burguesa reviste el carácter de la

competencia en el mercado, no desaparecerá en la sociedad socialista. Para utilizar el lenguaje del sicoanálisis, será sublimada, es decir, más elevada y más fecunda. Se colocará en el plano de la lucha por las opiniones, los proyectos, los gustos. En la medida en que se eliminen las luchas políticas —en una sociedad donde no haya clases, no podría haber estas luchas—, las pasiones liberadas se canalizarán hacia la técnica y la construcción, hacia el arte. (...) Todas las esferas de la vida, como el cultivo de la tierra, la planificación de la vivienda, la construcción de tratos, los métodos de enseñanza, la solución de los problemas científicos, la creación de nuevos estilos, interesarán a todos y cada uno. Los hombres se dividirán en "partidos" en torno a la cuestión de un nuevo canal gigantesco o a la distribución de oasis en el Sahara (esta cuestión se planteará también), a la regularización del clima, a un nuevo teatro, a una hipótesis química, a escuelas de música en competencia, al mejor sistema deportivo. Tales reagrupamientos no estarán envenenados por ningún egoísmo de clase o de casta. (...) La lucha tendrá un carácter puramente ideológico. Nada tendrá que ver con la carrera tras el beneficio, la vulgaridad, la traición y la corrupción, todo lo que constituye el alma de la competencia en la sociedad dividida en clases. No por ello la lucha será menos excitante, menos dramática y menos apasionada".

En el período de transición que lleva al socialismo, los partidos políticos serán sustituidos progresivamente por el tipo de "partidos" que describe Trotsky. Con la creación de una sociedad sin clases, el Estado, los partidos políticos y la política desaparecerán todos. En su lugar, la norma será el tipo de disputas y formaciones que esboza Trotsky.

Los consejos obreros y la extensión de los derechos democráticos

1. Incluso bajo los regímenes burgueses más democráticos, la existencia de la propiedad privada sobre los medios de producción, de la explotación de clase y de la desigualdad social y económica que de ahí se deriva, tiene como resultado la *restricción* violenta del ejercicio efectivo y del gozo de los derechos democráticos por parte de la gran mayoría. La ley defiende la propiedad privada sobre los medios de producción, y el aparato represivo del Estado trata de controlar, y si es necesario, de reprimir a la inmensa mayoría.

Esta es la base de la crítica formulada por Marx y Lenin a los límites de la democracia burguesa. Su conclusión es que la democracia obrera debe ser superior a la democracia burguesa, tanto en el plano económico y social —como el derecho al trabajo, a la seguridad de la existencia, a la escolaridad gratuita y al tiempo del ocio—, como en el alcalce y amplitud de los derechos democráticos de que gozan los trabajadores.

Conceder a un partido único el monopolio de acceso a las imprentas, a la radio, a la televisión y demás medios de comunicación de masas, así como a las salas de reunión, equivale a *limitar* y no a *ampliar* los derechos democráticos del proletariado. Esto cabe decir también de las llamadas organizaciones de masas o "asociaciones profesionales" (como la Asociación de Escritores), controladas exclusivamente por un partido único.

Los derechos de los trabajadores, incluidos los que tienen opiniones divergentes, a tener acceso a los medios materiales que permitan ejercer los derechos democráticos (libertad de prensa, de reunión, de manifestación, derecho de huelga, etc.) son indispensables, del mismo modo que la independencia de los sindicatos con respecto al Estado.

Bajo el capitalismo e incluso bajo las formas precapitalistas de producción mercantil, es la ley del valor —una ley económica objetiva, que opera de manera ciega y anárquica, a espaldas de los hombres yd e las mujeres—, la que regula la vida económica, incluida la distribución del tiempo de trabajo y los recursos económicos entre los sectores de base de la economía. La revolución socialista constituye un gigantesco salto hacia la regulación consciente del porvenir económico y social de la humanidad. Aunque este proceso no puede **concluir sino con la aparición de una sociedad socialista.** mundial, comienza ya en la era de la dictadura del proletariado **con la planificación consciente de la economía** nacionalizada. Si la influencia de la ley del valor no puede ser enteramente suprimida durante el período de transición entre el capitalismo y el socialismo, su dominación debe ser superada, pues de lo contrario no puede planificarse la economía.

Planificar significa asignar recursos económicos en función de las prioridades determinadas socialmente, y no en función de las fuerzas ciegas del mercado y de la ley del beneficio. Pero, ¿quién determinará estas prioridades, que afectan al bienestar de decenas y centenares de millones de seres humanos?

La experiencia en la URSS y en los Estados obreros deformados muestra que la planificación impuesta por una burocracia privilegiada, sin la participación democrática de las masas trabajadoras, es una fuente de despilfarro y que es de hecho ineficaz. Esto no sólo se debe al despilfarro de recursos materiales y capacidades productivas, y a una gran desorganización del plan, sino también —y esto es lo peor— al **ahogo sistemático del potencial creador y productivo de la** clase obrera. La democracia obrera reduce ampliamente estos inconvenientes.

La construcción de una sociedad socialista sin clases implica también una enorme remodelación de todos los aspectos de la vida social. Implica un proceso permanente de cambio revolucionario en las relaciones de producción, el modo de distribución, el proceso laboral, las formas de gestión de la economía y de la sociedad, así como en las tradiciones, las costumbres y las maneras de pensar de la gran mayoría de la población. Implica la reconstrucción fundamental de todas las condiciones de vida: la reconstrucción de las ciudades, el desarrollo de servicios sociales que pondrán fin a la esclavitud doméstica de las mujerers, una revolución completa del sistema escolar, el restablecimiento y la protección del medio ambiente natural, innovaciones tecnológicas para preservar los recursos naturales, etc.

Hasta ahora, las conquistas más elevadas de la cultura han sido privativas de la clase dominante, de las prerrogativas y privilegios particulares de la intelliguentsia. Los miembros de este grupo especial actúan como guardianes y reveladores de la ciencia, del arte y de las profesiones, en beneficio de la clase dominante. La intelliguentsia como capa social distinta desaparecerá gradualmente, a medida que las masas se arroguen progresivamente el conjunto del acero cultural del pasado y empiecen a crear una cultura socialista. En este sentido, la distinción entre el trabajo "manual" e "intelectual" desaparecerá, y al mismo tiempo, cada individuo podrá desarrollar sus propias capacidades y talentos.

Todos estos esfuerzos, para los que la humanidad no posee ningún esquema, darán pie a importantes debates ideológicos y propuestas de signo contrario. Cualquier restricción de estos debates y agrupamientos sólo trabaría el surgimiento de un acuerdo mayoritario a propósito de las medidas más eficaces a adoptar para avanzar en la construcción del socialismo.

Estos debates proseguirán durante todo el proceso de construcción del socialismo. Guardan relación con la aniquilación de los males sociales, profundamente arraigados en la sociedad capitalista, que no desaparecerán inmediatamente con la eliminación de la explotación capitalista, o ni siquiera del trabajo asalariado —los efectos de la opresión y de la alienación de las mujeres, de las minorías nacionales y de las demás capas sociales oprimidas. La eliminación de estos legados costosos de la sociedad de clases exige la libertad de organización y acción de las organizaciones independientets de las mujeres y de las minorías nacionales —es decir, las organizaciones de sectores de la población que no son idénticos a la clase obrera. El partido revolucionario se verá ampliamente favorecido en la lucha por ganar la hegemonía política en el seno de estos movimientos y para poner en jaque a las diversas corrientes reaccionarias, impulsando la más amplia democracia posible en sus filas, y defendiendo intransigentemente el derecho de todas las tendencias a expresar sus opiniones y plataformas ante la sociedad.

Las masas tomarán parte activa en la evolución hacia una sociedad sin clases, no sólo mediante sus votos, sino también a través de la administración y la gestión efectiva de la sociedad a todos los niveles. Esta participación directa no puede limitarse únicamente a los trabajadores "producti-

vos". Lenin dice que la vasta mayoría de la población participará directamente en la gestión de las "funciones del Estado". Es un aspecto de la extinción del Estado que empieza cuando el proletariado se convierte en clase dominante. Los soviets, en torno a los que se consolidará a dictadura del proletariado, no serán únicamente consejos de fábrica, sinó órganos de las masas en todos los terrenos de la vida económica y social, incluídas las fábricas, las unidades comerciales, los hospitales, las escuelas, los centros de transporte y de comunicación. Esto es indispensable para integrar en el seno del proletariado organizado como clase dirigente, a sus capas más diversas y frecuentemente las más pobres y más oprimidas, como las mujeres, las nacionalidades oprimidas, los trabajadores rurales, los trabajadores de los pequeños talleres, los jubilados que sólo trabajan algunas horas por semana. Es indispensable también para consolidar la alianza entre la clase obrera y las capas inferiores de la pequeña burguesía explotada, ante todo los pequeños agricultores o los campesinos. Esta alianza es decisiva para conquistar y defender el poder estatal, y para reducir los costes sociales de la construcción del socialismo.

4. La revolución política contra las burocracias estalinistas

a. Los estalinistas de todo pelaje, los demócratas, numerosos centristas, anarquistas y ultraizquierdistas, así como los apologistas puros y simples del capitalismo —cada uno por sus propias razones— asimilan el leninismo con el estalinismo. Los estalinistas lo hacen para tratar de encubrir su abandono del leninismo y para justificar la usurpación del poder por la burocracia en los Estados obreros deformados o degenerados. Los demás intentan abiertamente poner en descrédito al leninismo.

Numerosos adversarios del leninismo avanzan el argumento de que la aparición del estalinismo tiene sus razones en la concepción leninista de la organización revolucionaria, centralizada, de la vanguardia obrera. Pretenden que los esfuerzos realizados por los bolcheviques para construir un partido de combate y dirigir la revolución proletaria habrían desembocado de modo ineluctable en una relación paternalista, manipuladora y burocrática entre el partido y las masas trabajadoras. Esto, a su vez, habría conducido al monopolio del poder del partido único, que, según dicen, habría desembocado en el estalinismo. Este argumento histórico e idealista es falso.

Otra idea falsa consiste en tratar de oponer los escritos de Trotsky de los años treinta, en su lucha contra el estalinismo, a los escritos de Lenin y Trotsky bajo la dictadura del proletariado, durante el primer período de la república soviética. Este intento no sólo falsifica las posiciones reales de Trotsky a finales de su vida, sino que es una manera de sembrar la duda en torno a lo que lograron los bolcheviques. La revolución rusa fue una de las movilizaciones de masas más profundas y contínuas en la historia, caracterizada en particular por sus movilizaciones obreras.

Las causas de la expropiación política de la clase obrera por la casta burocrática ascendente fueron materiales —una conjugación de factores sociales y económicos. A causa de la pobreza general y el atraso del país, los bolcheviques comprendieron que era imposible que el proletariado soviético detentara directamente el poder durante el período prolongado si la revolución permanecía aislada. Apostaron a la extensión de la revolución, y ante todo la esperaban en Europa. Sabían que el primer Estado obrero necesitaba ayuda para romper el cerco capitalista. El declive catastrófico de las fuerzas productivas en Rusia, resultado de la primera guerra mundial, la guerra civil, la intervención militar imperialista y el sabotaje perpetrado por los técnicos proburgueses y otros especialistas, comportaron unas condiciones de penuria extrema que favoreció el crecimiento de los privilegios particulares en el seno del aparato gubernamental, entre la intelliguentsia, etc. Esos mismos factores condujeron a un debilitamiento cualitativo del proletariado, ya de por sí muy débil, que había quedado agotado por la guerra y las privaciones. Encima, importantes sectores de la vanguardia política de la clase murieron en la guerra civil o abandonaron las fábricas para integrarse en el ejército rojo y en el aparato de Estado.

Tras el comienzo de la nueva política económica, se inició un cierto relanzamiento económico. Pero el paro masivo y las contínuas decepciones provocadas por los retrocesos y las derrotas de la revolución mundial, alimentaron la pasividad política y un declive general de la actividad política de las masas.

La casta burocrática ascendente se desvió de la revolución mundial. Este es el sentido de la teoría del "socialismo en un solo país". Con el triunfo del estalinismo en el conjunto de la Internacional Comunista, los partidos miembros de esta última fueron transformados, de instrumentos revolucionarios que eran, en útiles de la diplomacia del Kremlin, en busca de pactos de colaboración de clases con el imperialismo a expensas de la revolución mundial. Este hecho, a su vez, produjo nuevas derrotas de la revolución, prolongado el aislamiento de la URSS, fomentando un estado de ánimo conservador entre las masas soviéticas y reforzando las condiciones favorables a la burocratización.

Frente a la creciente degeneración estalinista, y en defensa del programa marxista de la revolución mundial, la oposición de izquierdas comunista internacional, que más tarde se convertiría en la IVa Internacional, reservó así el programa leninista para el porvenir. Pero en las condiciones de la Unión Soviética, la clase obrera y su vanguardia bolchevique-leninista eran incapaces de impedir el crecimiento de una capa que disponía de privilegios materiales. Para mantener y ampliar sus privilegios, esta capa burocrática limitaba cada vez más los derechos democráticos de los trabajadores. Dado que su acceso mayor a los bienes y servicios de consumo dependía de su monopolio sobre el aparato de Estado, la burocracia destruyó los soviets y el propio partido bolchevique (utilizando el nombre de este para sus propios fines). Estas son las causas principales de la usurpación por la burocracia del ejercicio del poder político directo por los trabajadores. Estos factores materiales comportaron la fusión gradual del aparato del partido, del aparato del Estado y del aparato de gestión económica en una casta burocrática cristalizada.

Los intentos de explicar el ascenso del estalinismo como resultado del "sistema de partido único" pasan totalmente al margen de la cuestión; destruyendo el partido bolchevique, la casta burocrática no lo sustituyó por otro partido político, sino por un aparato destinado a asegurar su dominio totalitario, que de "comunista" y de "partido" no tiene más que el nombre.

Lejos de contribuir a este proceso de degeneración, la concepción leninista del partido y del centralismo democrático estaba en el corazón del programa de quienes estuvieron a la cabeza de los trabajadores en la lucha contra la burocratización estalinista. La oposición de izquierda reconoció que el leninismo había permitido a los bolcheviques preservar el programa marxista frente a la capitulación masiva ante el imperialismo mundial por los partidos de la IIa Internacional. Creó una fuerza proletaria disciplinada que podía actuar sobre la base de dicho programa.

Un partido leninista es el arma decisiva para dirigir a los trabajadores a la conquista y el mantenimiento del poder. La prueba de ello estuvo en la revolución rusa misma. Los bolcheviques habían dirigido a la clase obrera, y la clase obrera había dirigido a la nación, en la revolución más grande de la historia. Los bolcheviques habían dirigido al proletariado, instaurando por primera vez el sistema soviético en el poder y manteniendo el poder frente a dificultades gigantescas y agresiones feroces.

En cambio, la experiencia histórica confirma que en ausencia de este partido, o si este no es suficientemente firme y decidido, los consejos obreros que se forman en el transcurso de los ascensos revolucionarios —por ejemplo, en Alemania en 1918-19 y en España en 1936-37— no llegan a conquistar el poder mediante el derrocamiento del Estado burgués. Los hechos confirman la teoría marxista, demostrando que la mejor posibilidad para conquistar y ejercer el poder reside en la organización libre y democrática de las masas trabajadoras en estructuras de tipo soviético, en cuyo seno gane la dirección política un partido leninista.

Pese a que en 1921 los bolcheviques se hubieran encontrado como el único partido dispuesto a defender el poder soviético, esto no significaba el ascenso automático de la dictadura burocrática estalinista. En el primer período después de la revolución de Octubre, los bolcheviques buscaron activamente y lograron realizar una coalición con los socialistas revolucionarios de izquierda en el seno del gobierno soviético. Pero también estas fuerzas desertaron de la revolución proletaria. Frente a estas realidades de la lucha de clases que les venían impuestas. ¿Acaso tendrían que haber renunciado los bolcheviques al poder? Esto habría significado la restauración del capitalismo, la transformación de la URSS en una semicolonia del imperialismo, el aplastamiento brutal y la explotación sin piedad de los trabajadores soviéticos por la burguesía mundial.

El partido bolchevique era un instrumento de la clase obrera y un enemigo de la burocracia. La dirección soviética —empezando por Lenin y Trotsky— estaba formada por partidarios inquebrantables de la revolución socialista mundial, y la defendían en la medida de sus fuerzas políticas y materiales. Para ellos ni siquiera podía hablarse del "socialismo en un solo país". Pese a que la burocracia no disponía aún de una dirección política ni de una ideología formulada, ya en 1921 habían aparecido, en la Unión Soviética, síntomas políticos significativos y abusos materiales. Los bolcheviques lo reconocían abiertamente. El problema de la burocracia fue planteado de forma explícita por Lenin en el X° Congreso del partido bolchevique, en el mismo discurso en que explicaba la necesidad de aplastar la revuelta de Kronstadt. Lenin consagró los dos últimos años de su vida a la búsqueda de un medio para denunciar y mantener en raya el crecimiento de la burocracia, para eliminarla incluso en los círculos dirigentes del partido. Propuso a Trotsky organizar una fracción común para luchar contra Stalin, en el XII° Congreso del partido. En otras palabras, en la época del levantamiento de Kronstadt, la dirección bolchevique no representaba a la burocracia, ni en el plano ideológico ni en el plano político, sino que más bien era su peor enemigo político.

Otro argumento —compartido por los ultraizquierdistas y apologistas burgueses— consiste en decir que determinadas medidas defensivas que se vieron obligados a tomar los bolcheviques abrieron la vía al estalinismo. La represión de la revuelta de Kronstadt y la prohibición de los partidos que se organizaron para derribar el poder soviético con los dos ejemplos que más a menudo se mencionan a este propósito.

Lo cierto es justamente lo contrario. Estas medidas contribuyeron a retrasar el triunfo de la "segunda ola de menchevismo" durante un tiempo —durante el cual los bolcheviques hicieron todo por defender la revolución. Este argumento deja de lado el contenido de clase antagónico entre el bolchevismo y el estalinismo. No cabe duda que los bolcheviques hicieron errores como Lenin y Trotsky no temían reconocer. Pero las medidas que adoptaron contra el enemigo de clase y sus agentes iban en defensa del Estado obrero y en el interés de los trabajadores y de la revolución mundial. Las medidas adoptadas por Stalin iban en contra de los intereses de los trabajadores y de la revolución mundial, y a favor de los intereses de la casta burocrática ascendente.

Esta argumentación equivale finalmente a afirmar que los métodos empleados por los bolcheviques para defender el Estado obrero facilitaron por lo menos el recurso ulterior a métodos similares por parte de la burocracia contra sus adversarios en el seno del partido bolchevique y más tarde contra miembros de la propia fracción de Stalin. Pero este argumento ignora el hecho de que en las luchas entre clases inevitablemente los campos opuestos utilizarán métodos y armas similares. ¿Acaso debería renunciar entonces la clase obrera al empleo de la fuerza contra sus enemigos de clase, so pretexto de que la violencia podría ser utilizada posteriormente contra los que permanecieran fieles al programa marxista?

b. La contrarrevolución política, a cuya cabeza se encontraba Stalin, implicó que una capa pequeño burguesa, extraña y hostil a la clase obrera, aplastó la democracia obrera. La democracia es incompatible con el mantenimiento de los privilegios y del poder de la casta burocrática. Puesto que no posee los medios de producción, la burocracia perdería sus privilegios si los funcionarios fueran elegidos de acuerdo con la democracia obrera y si el aparato de Estado estuviera bajo control proletario.

La contrarrevolución no venció la resistencia de la clase obrera hasta el punto de restaurar la propiedad privada de los medios de producción. La propiedad estatal de los medios de producción y la planificación económica, condiciones necesarias para el desarrollo socialista, suministraron la base de un crecimiento rápido de las fuerzas productivas. Pero el aparato del Estado obrero conoció una degeneración completa; en lugar de un arma de la clase obrera, se convirtió en un arma de la violencia burocrática contra la clase obrera. El régimen político totalitario estalinista se asemeja enormemente al que se estableció en los países capitalistas por parte de los movimientos fascistas victoriosos. A este respecto, el nivel de derechos políticos de que gozan los trabajadores ha caído muy por debajo del nivel alcanzado por las masas en las democracias burguesas gracias a la lucha. La URSS encarna así unas contradicciones intensas, que combinan rasgos que van en dirección al socialismo, con los rasgos más atrasados de la dominación capitalista en el período de agonía del imperialismo. La Unión Soviética sigue siendo un Estado obrero degenerado. Como explicó Trotsky, en ella los trabajadores son al mismo tiempo la clase dirigente y una clase oprimida.

En los países del Este, en Mongolia, en Corea del Norte, en Yugoslavia, en China y en Vietnam han surgido Estados obreros que ya estaban deformados desde su nacimiento, debido a la naturaleza estalinista de su dirección. En estos países han consolidado el poder unas castas burocráticas privilegiadas, bloqueando así la formación de un sistema de democracia obrera.

En el caso de Cuba, la IVa Internacional sostiene que se estableció allí un Estado obrero en agosto-octubre de 1960, bajo una dirección revolucionaria, y que si bien no conoció formas soviéticas, tampoco ha habido la usurpación del poder por una casta burocrática. Es por esta razón que Cuba constituye un caso único entre todos los Estados obreros. Independientemente de las deformaciones burocráticas que existen, tienen un carácter cualitativamente distintas de las de los Estados obreros deformados o de la URSS. La IVa Internacional está discutiendo actualmente sobre la evolución de la revolución cubana, y los resultados de dicha discusión serán incorporados a la presente resolución.

Los Estados obreros degenerados o deformados —al igual que Cuba— deben ser defendidos por las masas trabajadoras del mundo frente a todo intento de restauración del capitalismo, lo que constituiría un gigantesco paso atrás. Al mismo tiempo, las castas burocráticas en esos países representan el mayor obstáculo interno a la defensa de las conquistas de los trabajadores y al avance hacia el socialismo.

La casta burocrática es una capa profundamente conservadora. Todo lo que pide es que se le deje gobernar tranquilamente. Por esta razón, todas las castas burocráticas buscan un entendimiento con el imperialismo, incluso a expensas de las demás. Como contrapartida a una "paz" inalcanzable y utópica con el imperialismo, los estalinistas están dispuestos a utilizar su influencia en el movimiento obrero internacional al servicio del capitalismo contra la revolución mundial. Es por esta razón por la que suscriben todas las teorías estalinistas del "socialismo en un solo país" (el "suyo"). Esto no es sino una manera de declarar la voluntad de la burocracia de apuñalar por la espalda la revolución antiimperialista y socialista en cualquier país.

La política exterior de las castas burocráticas incrementa el peligro de restauración capitalista al reforzar la influencia de un imperialismo en declive a escala mundial. En el plano interior, la dominación de las castas burocráticas deforma y sabotea la economía planificada y alimenta todo tipo de desigualdades. La opresión de los trabajadores, de las mujeres, y de las minorías nacionales debilita la dictadura del proletariado. Tanto en el plano interno como a nivel internacional, estas castas son enemigos de la clase obrera y del socialismo. La defensa de los Estados obreros deformados o degenerados exige por tanto la lucha por derribar a las castas burocráticas, instalar regímenes de democracia obrera y

restablecer la política leninista del internacionalismo proletario.

Si bien se muestran tímidos frente a los capitalistas, estas castas lucharán encarnizadamente por defender sus privilegios. Están dispuestas a desencadenar una violencia y una represión extremas contra los trabajadores. Para que estos Estados obreros puedan progresar hacia el socialismo, es necesario que el proletariado "elimine" las castas burocráticas con medios revolucionarios. Dado que los fundamentos económicos y las adquisiciones sociales instauradas en primer lugar por la revolución de Octubre serán preservadas por los trabajadores insurrectos de cada país, los marxistas definen el derrocamiento de la burocracia como una revolución política.

g. El texto de fundación de la IVa Internacional, "La agonía del capitalismo y las tareas de la IVa Internacional", adoptado en 1938, ofrecía las grandes líneas del programa fundamental de la revolución política de la URSS. Este texto mantiene un valor fundamental hoy en día y puede hacerse extensible a los Estados obreros deformados:

"El nuevo ascenso de la revolución en la URSS comenzará, sin duda alguna, tras la bandera de la lucha contra la desigualdad social y la opresión política (a partir de la experiencia de Europa del Este y de las luchas de las nacionalidades oprimidas en la Unión Soviética, podemos añadir a ello también la opresión nacional por el Kremlin). *¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el estajanovismo! ¡Abajo la aristocracia soviética con sus grados y condecoraciones! ¡Más igualdad en la remuneración de todas las formas de trabajo!*

La lucha por la libertad de los sindicatos y comités de fábrica, por la libertad de reunión y de prensa, se convertirá en una lucha por el renacimiento y la expansión de la democracia soviética. La burocracia ha sustituído a los soviets como órganos de clase por la ficción del sufragio universal, en el estilo de Hitler-Goebbels. Hay que devolver a los soviets, no solamente su libre forma democrática, sino también su contenido de clase. Del mismo modo que anteriormente la burguesía y los kulaks no eran admitidos en los soviets, también ahora hay que expulsar de los soviets a la burocracia y a la nueva aristocracia. En los soviets sólo hay sitio para los representantes de los obreros, de los trabajadores, de los koljoses, de los campesinos y de los soldados rojos.

La democratización de los soviets es inconcebible sin la legalización de los partidos soviéticos. Los propios obreros y campesinos, con su sufragio libre, mostrarán qué partidos son soviéticos.

¡Revisión de la economía planificada de arriba a abajo en interés de los productores y consumidores! Los comités de fábrica deben retomar el derecho de control sobre la producción. Las cooperativas de consumo democráticamente organizadas deben controlar la calidad de los productos y sus precios.

¡Reorganización de los koljoses de acuerdo con la voluntad de los koljosianos y según sus intereses!

La política internacional conservadora de la burocracia debe ceder el puesto a la política del internacionalismo proletario. Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe ser publicada. ¡Abajo la diplomacia secreta!

Todos los procesos políticos montados por la burocracia termidoriana deben ser revisados, en las condiciones de una publicidad completa y de un examen libre (...) Unicamente el levantamiento revolucionario victorioso de las masas oprimidas puede regenerar al régimen soviético y asegurar su marcha adelante hacia el socialismo. Unicamente el partido de la IVa Internacional es capaz de conducir a las masas soviéticas a la insurrección".

Los consejos obreros nacerán en el transcurso de la revolución política. *"Serán creados por las capas de obreros atraídas al movimiento. La significación de los soviets reside precisamente en el hecho de que su composición viene determinada, no por criterios formales, sino por la democracia de la lucha de clases. Determinadas capas de las aristocracia soviética vacilarán entre el campo de los trabajadores revolucionarios y el de la burocracia. El que estas capas entren o no en los soviets, en este u otro momento, dependerá de la evolución general de la lucha y de la actitud que adopten los distintos grupos de la aristocracia soviética en el transcurso de la misma. Los elementos de la burocracia y de la aristocracia que durante el proceso revolucionario pasen al lado de los rebeldes, encontrarán sin duda su puesto en los soviets. Pero esta vez, no como burócratas y aristócratas, sino como participantes en la revuelta contra la burocracia".*

d. Las luchas antiburocráticas en los Estados obreros degenerados o deformados desde 1938 han confirmado la justeza de este programa en sus grandes líneas. La revolución húngara de 1956 es la que más se acercó a una revolución política de gran envergadura; la "primavera de Praga" de 1968-69, aunque no haya ido tan lejos como la revolución húngara, tuvo la ventaja de desarrollarse en un país en que el proletariado constituye la mayoría aplastante de la población activa, disponiendo de una tradición organizativa socialista y sindical más importante.

Estas dos experiencias, al igual que las luchas obreras más limitadas de Polonia, confirman que el programa de democracia obrera defendido por los marxistas revolucionarios es la expresión consciente de a lo que aspiran millones de trabajadores y obreros cuando se levantan contra la dominación totalitaria de la burocracia. Expresa la estrategia a seguir para el proletariado en los Estados obreros degenerados y deformados.

La lucha contra la opresión nacional rusa, contra la policía secreta, por la liberación de los presos políticos, contra la represión de las actividades sindicales que escapan al control de la burocracia, contra la censura de prensa, contra la arbitrariedad judicial (es decir, por una ley escrita y por el derecho de los acusados a un proceso equitativo), contra la dictadura, se expresan en el control totalitario de todos los aspectos de la vida por el partido estalinista y por la libertad de otros partidos obreros a organizarse, contra el control de la burocracia del sobreproducto social, y contra la gestión burocrática que ejerce: todas estas reivindicaciones formaban parte de las cuestiones clave que llevaron a las masas húngaras y checoslovacas a la calle, contra la casta burocrática. Son estas las que mañana o pasado mañana llevarán también a la calle a las masas de la URSS o de China Popular.

Si en el origen de estas explosiones hubo también otras capas, los trabajadores se afirmaron rápidamente como columna vertebral de la lucha. En Hungría se formaron y centralizaron consejos obreros; se convirtieron en el vehículo principal de la lucha contra la burocracia, incluso varios meses después de la ocupación por el Kremlin. En Checoslovaquia, los comités de fábrica aparecieron poco antes de la invasión soviética.

Con el fin de justificar la represión contrarrevolucionaria de estos levantamientos de masas por el ejército soviético, los estalinistas de Moscú lanzaron falsas calumnias, según las cuales el objetivo de los rebeldes era la restauración del capitalismo. Pese a que algunos elementos derechistas trataron de aprovechar la situación política y social, los trabajadores húngaros y checoslovacos, el sector más potente y coherente de las masas, percibieron la preservación de la economía nacionalizada y planificada como el medio de defender sus propios intereses más fundamentales. Y tenían razón. Su conciencia de que las nuevas formas de propiedad eran las suyas, y su voluntad de defenderlas, demuestran la naturaleza obrera de estos Estados, pese a las deformaciones o a la mala administración estalinista.

Tras un largo y apasionado debate, los consejos obreros húngaros y el consejo obrero central de Budapest se pronunciaron a favor de la defensa de la propiedad nacionalizada, y por la libertad para todos los partidos políticos con excepción de los fascistas. En Checoslovaquia fueron unas tendencias importantes en el seno del partido comunista, apoyadas por la gran mayoría de los sindicatos y comités de fábrica, las primeras que retomaron las reivindicaciones sobre la libertad para las organizaciones políticas, los clubs políticos, las tendencias y partidos. Las reivindicaciones en torno a la libertad de expresión en la prensa y en torno al acceso generalizado a las instalaciones de prensa, radio, y televisión, fueron particularmente importantes en el seno de la clase obrera.

Resulta significativo que los portavoces estalinistas de la burocracia checoslovaca que preparaban la invasión soviética y colaboraban con ella, hayan concentrado sus ataques en la exigencia de hacer callar a los llamados escritores, irresponsables o burgueses, cuando los trabajadores apoyaban su reivindicación de ser escuchados. Enfrentamientos similares tendrán lugar en las futuras revoluciones políticas, incluso en la URSS y en China. En estos casos, los marxistas revolucionarios se solidarizan con las masas trabajadoras. Tenemos confianza en el hecho de que la extensión de la democracia reforzará a la clase obrera y que los trabajadores sabrán hacer frente a los eventuales contrarrevolucionarios que traten de derribar el Estado obrero, tanto como a los estalinistas que traten de quebrantar el movimiento de masas y de volver a imponer la dominación totalitaria de la burocracia.

e. Los estalinistas no justifican abiertamente su dominación de la misma manera que los capitalistas o las clases dominantes anteriores. Esta es una expresión del hecho de que estas capas burocráticas no constituyen una nueva *clase* dirigente; no reconocen ni siquiera su propia existencia. Disimulan su dominación y sus privilegios, reclamándose de la bandera del leninismo, de la clase obrera y del socialismo.

Pero desde hace tiempo los partidos estalinistas han dejado de representar los intereses de los trabajadores, o de ser revolucionarios. Son contrarrevolucionarios y representan los intereses de una u otra casta burocrática conservadora en el poder. Partidarios fervorosos de la colaboración de clases, funcionan como correas de transmisión para trasladar los intereses, las presiones y las ideas de la burguesía a los Estados obreros y al movimiento obrero. Los auténticos partidos leninistas se caracterizan por su composición proletaria, su homogeneidad política en torno a un programa internacionalista y revolucionario, su centralismo revolucionario y su democracia interna. Su principio de hierro es el inverso al miedo y al cinismo completo que caracterizan el centralismo burocrático estalinista. La disciplina leninista depende en última instancia de la composición proletaria del partido, de un programa revolucionario, de una experiencia común en la lucha por la aplicación de este programa y de la democracia en el partido. Traduce la lealtad que desarrolla la base hacia su partido y la confianza que concede a sus estructuras democráticas y a su dirección democráticamente elegida. Esta disciplina es fundamentalmente necesaria para llevar a la práctica el programa del partido frente a un enemigo de clase despiadado. La democracia del partido es indispensable para forjar una línea política correcta y para rectificar los errores cometidos en la aplicación del programa revolucionario, a una realidad que no deja de cambiar. Es necesario para preservar el programa y la fibra revolucionaria del partido, y para mantener la dirección de este en estrecha ligazón con la base, y gracias a estos vínculos puede tomar el partido el pulso de las masas.

La democracia del partido incluye el derecho a formar tendencias y fracciones en el interior del partido, que luchan para corregir lo que algunos miembros pueden considerar como errores graves. El desarrollo ulterior de la lucha de masas muestra entonces si la orientación mayoritaria es correcta o no, y qué variaciones hay que introducir.

En su necesidad de ahogar toda democracia, incluso en sus propios partidos, los estalinistas prohiben las tendencias y fracciones. Para ello hacen referencia a la decisión adoptada por los bolcheviques de prohibir estas provisionalmente durante la difícil situación a que tuvo que hacer frente el Estado obrero soviético en 1921. Estableciendo este paralelismo erróneo, los estalinistas tienen que negar el hecho de que toda la historia del partido bolchevique era la de un vivo debate interno, con la formación de tendencias y fracciones, y de una discusión libre y abierta. Tienen que negar el hecho de que los bolcheviques continuaban defendiendo el derecho a formar tendencias y fracciones en el seno de los demás partidos de la Internacional Comunista y en el seno de la propia Internacional, incluso en los días más difíciles de la revolución rusa. Tienen que negar el hecho de que ni siquiera esta prohibición temporal de las fracciones quería tener ni tuvo como resultado la supresión de los puntos de vista divergentes o la expresión abierta de la disidencia en el seno del partido.

Los bolcheviques adoptaron esta medida de emergencia drástica y temporal para dirigir mejor a la clase obrera en circunstancias excepcionales frente al enemigo de clase. Sin embargo, la burocracia en ascenso prolongó esta medida y la transformó en un control del pensamiento, la convirtió posteriormente en un dogma para justificar el aplastamiento de la democracia en el partido y la opresión de la clase obrera.

f. La lucha por la democracia proletaria es difícil en las condiciones actuales, en los Estados obreros degenerados y deformados. Estas condiciones se modificarían cualitativamente por medio de una revolución proletaria en las condiciones actuales, en uno o varios países capitalistas industrialmente avanzados. Semejante revolución daría un enorme impulso a la lucha por los derechos democráticos a través de todo el mundo. Abriría también la posibilidad inmediata de incrementar la productividad del trabajo a gran escala, permitiendo eliminar las penurias que están en el orígen de la implantación de una burocracia parásita en un Estado obrero.

Una revolución política en los Estados obreros deformados o degenerados y particularmente en la Unión Soviética o en la República Popular China, implicaría asimismo un nuevo ascenso de la democracia proletaria, que tendría colosales repercusiones a nivel internacional.

5. Es necesario una posición clara para ganar a las masas a la revolución socialista

a. La defensa de un programa claro y sin ambiguedad de democracia obrera constituye un elemento indispensable de la lucha contra las direcciones reformistas que tratan de inculcar mitos e ilusiones democrático-burguesas a la clase obrera en los países imperialistas. Es también indispensable en la lucha contra las ilusiones procapitalistas y los prejuicios antileninistas de diversas capas de rebeldes y opositores en los Estados obreros degenerados y deformados, haciendo avanzar de este modo la lucha por la revolución política en estos países.

b. El proletariado mundial muestra con razón una repulsión por las experiencias históricas del ascenso de los movimientos fascistas y el establecimiento de varios tipos de dictaduras burguesas reaccionarias en el mundo capitalista, y por la dominación dictatorial de los regímenes de Stalin y de Mao y sus sucesores en los Estados obreros. Los trabajadores de los países imperialistas, al igual que los de los Estados obreros degenerados o deformados, tienen una profunda desconfianza con respecto a todo lo que trate de justificar la restricción de los derechos democráticos tras el derrocamiento de capitalismo. Esta desconfianza está objetivamente de acuerdo con el desarrollo fundamental de todas las revoluciones proletarias hasta nuestros días. la dirección hacia la que tienden las masas siempre ha sido la de la ampliación máxima posible de los derechos democráticos.

c. La clase dirigente utiliza todos los medios de que dispone para asimilar las instituciones parlamentarias burguesas al mantenimiento de los derechos democráticos. En Europa occidental, en América del Norte y en Japón, por ejemplo, los dirigentes capitalistas tratan de aparecer como los mejores defensores de las aspiraciones democráticas de las masas obreras y plebeyas.

Uno de los elementos clave de la lucha para ganar la dirección de las masas consiste en comprender debidamente la importancia de sus reivindicaciones democráticas, y en dirigir la lucha para defenderlas. Esto no sólo crea las mejores condiciones para la lucha anticapitalista, sino que también contrarresta los esfuerzos vigorosos que realizan los reformistas por recuperar la lucha sobre las reivindicaciones democráticas y desviarlas al callejón sin salida de la dependencia con respecto a las instituciones parlamentarias burguesas.

La tarea que consiste en desprender a los reformistas de su pretensión a hablar en nombre de las aspiraciones democráticas de las masas es por tanto crucial para los marxistas revolucionarios. La clarificación programática y la propaganda, por muy importantes que sean, son insuficientes para alcanzar dicho objetivo. Las masas aprenden de su propia

experiencia práctica cotidiana; de ahí la importancia de vivir junto con ellas esta experiencia cotidiana y extraer las lecciones correctas.

Con la acentuación de la lucha de clases, los dirigentes reformistas que pregonan las pretendidas ventajas del sistema parlamentario burgués tendrán un aire cada vez menos convincente. Estos lugartenientes obreros del capital justificarán las medidas represivas adoptadas por los patronos frente a las masas insurrectas. Los trabajadores pondrán cada vez más en tela de juicio, a todos los niveles, la autoridad y los privilegios de la clase dominante. Los trabajadores mismos, gracias a sus propias organizaciones, desde los sindicatos y los comités de fábrica hasta los consejos obreros, empezarán a afirmar su autoridad y tendrán más confianza en su capacidad de gestionar mejor las cosas por sí mismos.

Para conducir sus luchas de modo más eficaz y con el compromiso más amplio de las masas, los trabajadores percibirán la necesidad de la forma de organización más poderosa y democrática para abatir a su enemigo de clase. A través de esta experiencia de lucha y de participación en sus propias organizaciones, democráticamente gestionadas, las masas tendrán más libertad, en el sentido más amplio del término, que jamás hayan tenido bajo la democracia parlamentaria burguesa. Aprenderán a conocer el valor insustituible de la democracia proletaria.

d. Algunos apologistas de los regímenes represivos burgueses o estalinistas en los países coloniales han afirmado que los argumentos enumerados más arriba sólo se aplican a los países en que la clase asalariada representa ya una clara mayoría de la población activa y no se enfrenta a una gran mayoría de pequeños productores independientes. Es indudable que esta relación de fuerzas sociales constituye un obstáculo objetivo en la vía de la plena expansión de la democracia obrera. Asimismo es cierto que en algunos países de este tipo —particularmente en China y en Vietnam— las condiciones políticas excepcionales (la extrema debilidad y la descomposición de las clases dominantes indígenas, la posibilidad de ganar un amplio apoyo entre el campesinado a la causa de la liberación nacional, la naturaleza explosiva de la cuestión agraria, etc.) permitieron el nacimiento de los Estados obreros deformados: la democracia obrera fue eliminada desde el principio.

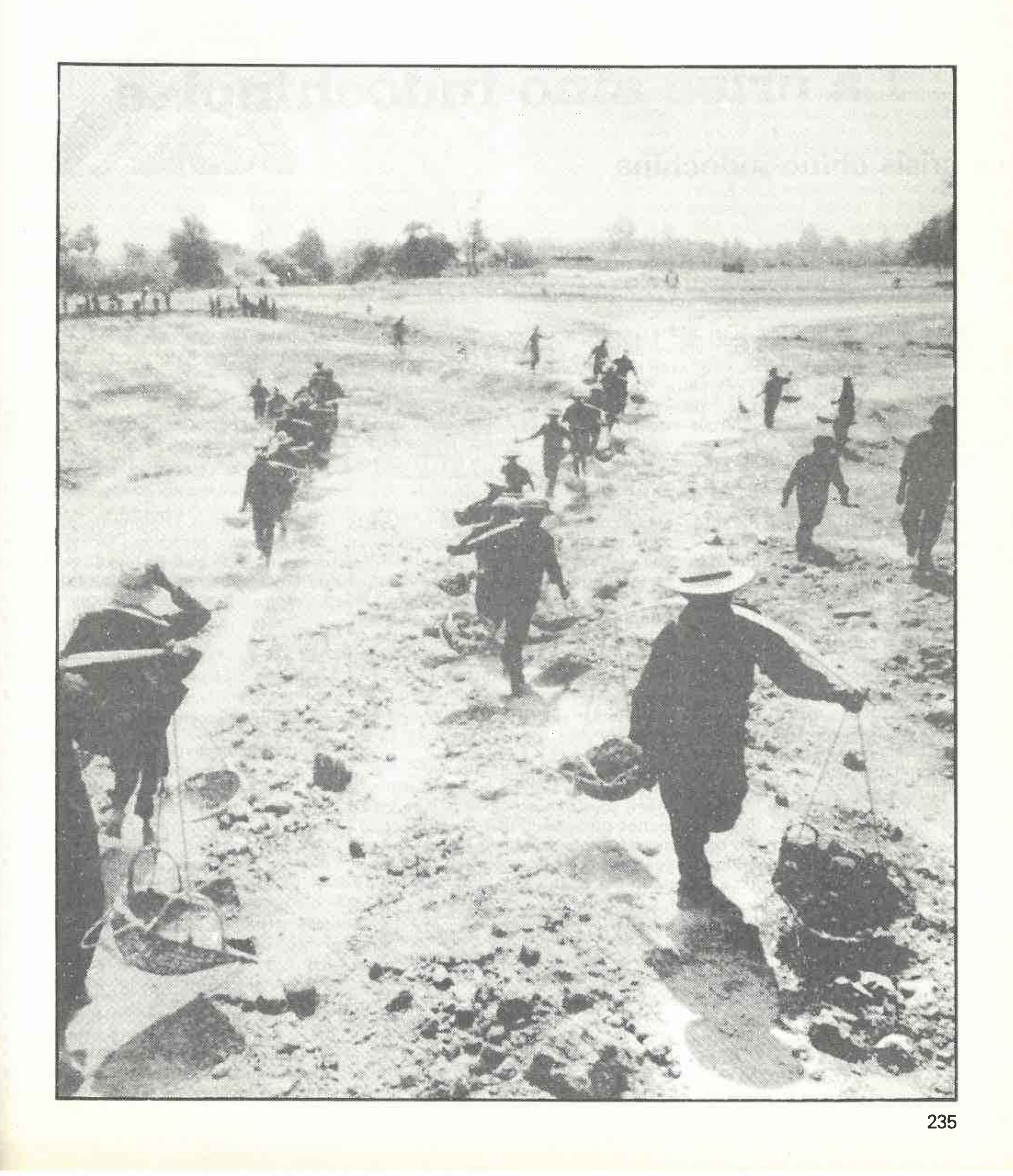
Pero cabe subrayar el carácter excepcional de estas experiencias, que no se repetirán en la mayoría de países semicoloniales y no pueden repetirse en los países imperialistas. Hay que subrayar además que incluso en estos países la principal responsabilidad en cuanto a la ausencia de órganos democráticos de las masas trabajadoras durante y después de la revolución victoriosa no reside en circunstancias objetivas, sino en la naturaleza pequeño burguesa y en el carácter estalinista de los partidos comunistas que dirigieron al movimiento de masas.

Además, en la medida en que un número creciente de países semicoloniales conocen actualmente un proceso de industrialización deformada y parcial, su proletariado ejerce actualmente un peso mucho mayor, con respecto a la población activa, que el que ejerció el proletariado ruso en 1917 o el proletariado chino en 1949. A través de su propia experiencia de lucha, este proletariado adquiere rápidamente unos niveles de conciencia más altos, que colocarán en el orden del día, desde que se inicie la crisis revolucionaria, la organización de amplios organismos proletarios de combate del tipo de frente único.

e. Las medidas que deberán adoptar los trabajadores para defender su poder, variarán según las condiciones a que tenga que hacer frente, del mismo modo que las formas específicas de democracia obrera. Un país semicolonial, donde el proletariado constituye una pequeña minoría, y que esté rodeado de Estados imperialistas poderosos, se enfrentará evidentemente a amenazas más inmediatas de contrarrevolución capitalista que no los trabajadores victoriosos de los Estados Unidos. Pero el mejor medio de hacer frente a los problemas al que se enfrenta todo Estado obrero —y de resolverlos—, pasa por el máximo posible de democracia obrera.

Han surgido Estados obreros degenerados o deformados. Veremos revoluciones que presentarán otras desviaciones, de naturaleza menos grave, con respecto a las normas del programa marxista. Pero el programa marxista revolucionario de democracia obrera no es simplemente un "modelo" de Estado obrero, entre otros, y aún menos un esquema utópico aplicado a la realidad. Representa los intereses de la clase obrera y el camino necesario para llegar a la victoria de la revolución socialista mundial —en los Estados obreros degenerados y deformados, en los países imperialistas y en las semicolonias. En este sentido, el programa de Marx, de Engels, de Lenin y de Trotsky por la democracia obrera como norma en la organización de la dictadura del proletariado, tal como fue enriquecido a la luz de la experiencia desde la revolución rusa, sigue siendo el que puede unificar a los trabajadores del mundo entero, imponer su dictadura y construir el socialismo.

Resoluciones sobre Indochina





La crisis chino-indochina

En la IV Internacional se desarrolla un debate sobre la situación en Indochina. El secretariado unificado de la IV Internacional habrá adoptado por mayoría, en su reunión de marzo-abril de 1979, una resolución titulada *"La crisis chino-indochina"*. Fué sometida a votación en el Congreso Mundial, junto a la resolución que resultó minoritaria en el SU de abril de 1979 y un tercer documento presentado por delegados al Congreso Mundial. Las dos primeras resoluciones se sometieron a discusión en el Congreso Mundial con la misma redacción que tenían en el SU de abril de 1979. Se realizó una votación indicativa sobre la línea general de estos documentos.

Esta resolución, sometida a voto por la mayoría del secretariado unificado obtuvo: 56,5 votos a favor, 42,5 votos en contra, 11 abstenciones y 3 NPV.

1. Después de haber lanzado durante años una guerra devastadora y demoledora en Indochina, el imperialismo norteamericano sufrió una sonada derrota en 1975. El fracaso de la intervención norteamericana, fruto de la tenaz resistencia de los pueblos de Indochina y del ascenso de las movilizaciones y de la oposición contra la guerra en los Estados Unidos, reflejaba el cambio que estaba produciéndose en la relación de fuerzas a escala mundial en detrimento del imperialismo.

Contribuyó a acentuarlo. El heróico combate de los pueblos de Indochina mostraba que la victoria era posible, incluso frente al potente ejército norteamericano. La profunda hostilidad de las masas a una nueva guerra, la crisis social de América del Norte y la situación internacional derivada de la derrota imperialista, hacían que el gobierno norteamericano tropezara con dificultades extremas para enviar un numeroso cuerpo expedicionario con vistas a mantener el orden neocolonial.

La credibilidad de Washington en su calidad de gendarme del mundo capitalista estaba en tela de juicio. En estas condiciones se abrió una crisis de dirección política del imperialismo. Sus efectos directos se manifestaron en las antiguas colonias portuguesas de Africa, en toda Africa austral, en Etiopia y más recientemente en Irán y Oriente Medio. En Indochina, el triunfo de un proceso regional de revolución pemanente —combinando la liberación nacional con la revolución proletaria— permitió la instauración de nuevos Estados obreros en Vietnam, Laos y Camboya. En el conjunto del Sudeste asiático —y sobre todo en Tailandia—, la derrota norteamericana favoreció el desarrollo de luchas de liberación y un auge de las movilizaciones de las masas urbanas y de los campesinos pobres.

De hecho fue el conjunto del sistema de dominación imperialista en Asia oriental, tal como había sido establecido por Washington durante los años 50 y 60, el que había quedado profundamente socavado.

2. Ya antes de la derrota del imperialismo se habían manifestado tensiones entre las direcciones de los partidos comunistas vietnamita, camboyano y chino, en el terreno político, económico, diplomático y fronterizo. Estas tensiones adquirieron progresivamente una forma militar, y 4 años después de la victoria han desembocado en la penetración de las tropas regulares vietnamitas en Camboya y en la intervención de los ejércitos chinos en Vietnam. Los conflictos entre Estados obreros burocratizados han alcanzado una gravedad sin precedentes.

Los recursos indispensables para la recuperación socioeconómica de los países indochinos, devastados por la guerra imperialista, y para la satisfacción de las necesidades fundamentales de las masas trabajadoras, se destinan a fines militares. El imperialismo prosigue su politica contrarrevolucionaria activa en la región. Después de algunas vacilaciones, tras la derrota de 1975, el imperialismo norteamericano ha incrementado de nuevo su presión en Asia oriental: mantiene una fuerte presencia militar en Corea del Sur y refuerza el ejército de la dictadura de Park; apoya masivamente al régimen tailandés y más generalmente, a los regímenes de la ASEAN; consolida en el Pacífico sus fuerzas aeronavales y sus bases insulares; mantiene lazos «especiales» con Taiwán y establece el bloqueo económico de Vietnam.

Estas medidas estaban destinadas a quebrar la dinámica desencadenada por la victoria de la revolución vietnamita, cuyo impacto entre las masas trabajadoras de Asia oriental fue considerable, a contener y a aplastar lo antes posible los movimientos antiimperialistas de liberación nacional.

En el plano internacional, los ideólogos de la burguesía lanzaron una vasta campaña anticomunista, que se centró en Vietnam y Camboya y que ya se anunció en el momento de la derrota norteamericana en Indochina.

El movimiento obrero internacional debe movilizarse para defender las revoluciones indochinas, amenazadas por las maniobras imperialistas en un momento en que se ven debilitadas por los conflictos interburocráticos. También debe hacer todo lo posible por poner fin a los combates militares entre Estados obreros burocratizados, enfrentamientos por los que los obreros y campesinos pagan un fuerte tributo de sangre. De nuevo, lo que se expresa aquí de forma tan dramática, es el precio que debe pagar la humanidad por el retraso de la revolución mundial.

II

3. Frente a la escalada imperialista en Indochina, las direcciones china y soviética tuvieron que continuar con su ayuda material —por muy limitada que fuera— a la revolución indochina. En cambio, tras la derrota del imperialismo y el debilitamiento de su capacidad de acción en Indochina, el conflicto chino-soviético iba a influir con todo su peso en la evolución de la situación de la región.

En el origen de este conflicto —aparte de la posición entonces **objetivamente** distinta de la URSS y de China frente al imperialismo— se encuentra la voluntad de la burocracia soviética de preservar su control sobre el movimiento comunista mundial, factor esencial para mantener el monolitismo estalinista y aplicar su política de coexistencia pacífica.

El mantenimiento del monolitismo constituía a los ojos de la dirección soviética un elemento importante de cara a asegurar la estabilidad de su poder en el interior. Para llevar a buen puerto su política de coexistencia pacífica con el imperialismo, tenía que asegurar su dominio en zonas estratégicas clave, con objeto de impedir que se dieran procesos incontrolados. Confrontada a la revolución china, cuya victoria no había podido impedir, y a una dirección que no lograba controlar con toda seguridad, optó por aislar y debilitar al Estado obrero chino.

Ello llevó a la URSS a suspender la ayuda técnica a China en 1960, a asestar golpes muy duros a la economía y a retirar su apoyo militar a Pekín, pese a la amenaza del imperialismo. Posteriormente, el Kremlin destacó a la frontera con China a un tercio de sus fuerzas armadas.

En el marco de un cambio de actitud del imperialismo hacia Pekín, la casta burocrática china afirma sus intereses nacionales propios frente al Kremlin. Abocada a una grave crisis interna, se aferra a una política de coexistencia pacífica para responder a las necesidades vinculadas a sus opciones económicas, para restablecer un **statu quo** en la región y limitar al máximo las prolongaciones de la victoria de las revoluciones indochinas.

Aunque Hanoi no tenga como objetivo el estímulo de las luchas antiimperialistas en los países de la ASEAN, la orientación de la dirección vietnamita —que tiende a una unificación de hecho de Indochina bajo su control— y los lazos que ha tejido con la burocracia soviética constituyen un factor susceptible de comprometer los planes de la dirección china en esta región, que a sus ojos debe formar parte de su propia zona de influencia.

Incapaz de asegurar su control sobre el Partido Comunista Vietnamita (PCV), la burocracia china intenta aislar y debilitar al Estado obrero vietnamita, recurriendo a métodos análogos a los que utilizó contra ella la burocracia soviética: aislamiento diplomático, denuncia política, suspensión de la ayuda económica, presión militar.

4. Desde antes de 1975, la defensa de los intereses particulares de la burocracia soviética y, posteriormente, china, ha costado muy cara a los pueblos de Indochina. Los acuerdos de Ginebra, de 1954, dilapidaron gran parte de los logros obtenidos sobre el terreno contra el imperialismo francés. La pasividad de la URSS permitió que Washington reforzara el régimen de Diem e iniciara una nueva política de agresión. Prestando su ayuda con cuentagotas, el Kremlin dejó que se prolongara la intervención norteamericana. En cuanto a Pekín, también se oponía al relanzamiento de la resistencia armada en Vietnam del Sur en 1960. A Moscú le era más fácil justificar la pobreza de su ayuda a Vietnam, dada la negativa de Pekín a llamar a la formación de un auténtico frente único en defensa de las revoluciones indochinas, pese a las presiones ejercidas en este sentido, desde 1964, por el PCV, el PC japonés y otros partidos comunistas de Asia, así como por la dirección cubana. La direción soviética, a su vez, se negó a romper efectivamente con el régimen de Lon Nol en Camboya, que accedió al poder en 1970 mediante un golpe de Estado fomentado por la CIA, porque temía la influencia de Pekín en el PC camboyano (PCC) y en el propio Sihanuk.

Como consecuencia de los nuevos cambios en política internacional de la burocracia china, efectuados después de la revolución cultural, las implicaciones de la combinación de la coexistencia pacífica con el conflicto chino-soviético se hicieron sentir con más fuerza en Indochina. En julio de 1971, Nixon es invitado públicamente a visitar Pekín. En 1972 se reúne con Mao y seguidamente viaja a Moscú. El aislamiento de la revolución indochina se agrava en el preciso instante en que la escalada militar imperialista no deja de incrementarse. Posteriormente, la burocracia china adoptó oficialmente la teoría de los «tres mundos». La URSS se convirtió, a los ojos de la dirección maoísta, en el «enemigo principal» de China y, por tanto —en toda lógica burocrática—, de los pueblos del mundo.

5. Hacía tiempo que habían aparecido divergencias entre las direcciones vietnamita, soviética, china y camboyana. Tras la victoria de las revoluciones indochinas, se insertaron en un contexto nuevo. Dadas las respectivas relaciones establecidas en el último periodo entre Moscú y Pekín, y Vietnam y Camboya, dada la avidez con que las burocracias soviética y china defienden sus intereses propios y dada la articulación específica de sus políticas de coexistencia pacífica con la contraofensiva regional del imperialismo —que se apoya en unos medios de acción disminuidos por la derrota de 1975—, el conflicto chino-soviético ha constituido el marco en que se han desarrollado las relaciones conflictivas entre los regímenes vietnamita, camboyano y chino.

III

6. Independientemente del peso del conflicto chino-soviético en la crisis que desgarra la península indochina, ésta no puede reducirse a un mero duelo interburocrático en un mundo en que el imperialismo está ausente. Washington no asiste pasivamente a los enfrentamientos actuales. No ha dejado de detectar las posibilidades que le ofrecía la agravación del conflicto chino-soviético en Asia así como la política de coexistencia pacífica de la burocracia china.

7. Cien años de dominación colonial y neocolonial, cerca de cuarenta años de guerra han dejado exangues a los países de Indochina. El trastorno del ecosistema, a causa de la escalada militar norteamericana, es profundo; la infraestructura económica ha sido sistemáticamente destruida, los animales de tiro imprescindibles para la actividad agrícola han sido diezmados, las redes de irrigación han sufrido enormemente. En cuanto al coste humano y social de esta guerra imperialista, es incomensurable: en cinco años de intervención norteamericana, 600.000 personas murieron en Camboya, y los traslados forzosos

afectaron a más del 50% de toda la población de Vietnam del Sur, Laos y Camboya. La situación existente en el momento de la liberación de Vietnam del Sur es significativa: más del 16% de la población muerta o inválida, el 56% sin vivienda. Había 3,5 millones de parados, de los que dependían 4,5 millones de personas. Estas cifras expresan la dramática magnitud de las dificultades económicas y sociales a que se enfrentaban las revoluciones indochinas al día siguiente de la victoria. De ahí no podían derivarse sino tensiones sociales y políticas en el plano nacional y regional.

Este no es únicamente el resultado objetivo de la dominación y de la guerra imperialista, sino también la consecuencia de una política consciente. El imperialismo norteamericano multiplicó las destrucciones y masacres para debilitar de antemano a los regímenes que iban a surgir de la victoria de las revoluciones que no lograba aplastar. Después del hundimiento de sus fuerzas en 1975, prosiguió con esta política de estrangulamiento, instaurando el bloqueo económico de los países de Indochina, rechazando cualquier apertura en el plano diplomático cuando Hanoi había abandonado incluso cualquier condición previa para normalizar las relaciones con los EE.UU., multiplicando las presiones sobre Laos desde la vecina Tailandia, ayudando a los generales tailandeses a organizar grupos contrarrevolucionarios, meos, laosianos y khmers.

8. El hundimiento de sus fuerzas en Indochina y el ascenso del movimiento antiguerra en los Estados Unidos obligaron a Washington a reconocer a la República Popular China y a revisar profundamente su estrategia asiática de **«containment and roll back»** (contener y rechazar). Definió una nueva orientación que tenía plenamente en cuenta la voluntad de la burocracia china de desarrollar una política de coexistencia pacífica con el imperialismo. Esta orientación empezó a aplicarse con las visitas de Kissinger y Nixon en 1971 y 1972. Este cambio de orientación radical de la política norteamericana en Asia —que autorizó el cambio de la política exterior china—, se ha traducido recientemente en la firma de los tratados chino-japonés y chino-norteamericano, que incluyen la cláusula «antihegemónica» exigida por Pekín.

El imperialismo norteamericano no está dispuesto a pagar por la alianza con Pekín el abandono de su política de coexistencia pacífica con Moscú. Esta sigue siendo indispensable para mantener al máximo posible el **statu quo** en regiones tan importantes como Europa occidental, Oriente Medio y América Latina. Aunque la URSS no tenga actualmente un peso determinante en Asia oriental, expresa su buena voluntad, por ejemplo, dando garantías al régimen tailandés. Washington confiere asimismo una gran importancia política a la firma de los acuerdos sobre los armamentos estratégicos con la burocracia soviética.

Pero cuenta sobre todo con la burocracia china para que le ayude a restablecer la estabilidad de la dominación neocolonial en Asia oriental, región importante en el terreno económico y estratégico. Necesita su asentamiento para preparar el reconocimiento internacional de las «dos Coreas» y congelar de este modo la situación en la península, para crear un clima favorable a la continuación del rearme de Japón —deseado unánimemente por las burguesías japonesa y norteamericana— y a la reconsolidación de su dispositivo militar en el océano Pacífico, para evitar que sus lazos con Taiwán perturben las relaciones chino-norteamericanas, para reforzar los regímenes de la ASEAN, para tratar de cerrar la brecha abierta desde 1973 en Tailandia, para debilitar y aislar a las revoluciones indochinas.

El interés económico del mercado abierto gracias a la orientación en materia de desarrollo de la dirección Deng Xiaoping, no explica por sí solo la «opción china» de la política asiática de Washington, máxime cuando las experiencias del pasado, en lo que se refiere a los acuerdos comerciales entre las potencias imperialista y los Estados obreros burocratizados, marcan la distancia existente entre las promesas de contratos y su realización efectiva. La debilidad relativa de los medios de pago de China puede ponerse de manifiesto bastante pronto. Dicha opción se deriva ante todo de consideraciones estratégicas. Por razones políticas que le son propias, la burocracia china se pone actualmente de acuerdo con Washington y Tokyo para intentar restaurar un nuevo **statu quo** en Asia oriental.

9. La política del gobierno norteamericano se expresó claramente durante la intervención china en Vietnam, intervención de la que sin duda se había tratado con motivo de la visita de Deng Xiaoping a los Estados Unidos en enero de 1977. En efecto, el contraste es enorme entre la actitud concreta que adoptó en esta ocasión y la que manifestó tras el derrocamiento del régimen de Pol Pot por los ejércitos vietnamitas y el Frente Unido para la Salvación Nacional de Kampuchea (FUSNK), o la que tomó en enero de 1978, cuando se hizo público el conflicto entre Vietnam y Camboya.

El gobierno norteamericano no lanzó una violenta campaña antichina, a imagen y semejanza de la que desencadenara contra Vietnam, a pesar de las tardías y tímidas declaraciones diplomáticas exigiendo simplemente la retirada de las tropas chinas de Vietnam y de las tropas vietnamitas de Camboya. Mantuvo en pie la visita de su ministro de Finanzas a Pekín y firmó nuevos acuerdos económicos; elevó su representación diplomática al rango de embajada cuando los combates todavía hacían furor.

10. El imperialismo norteamericano trata de utilizar a fondo las consecuencias del conflicto chino-soviético en Asia para asestar un golpe a las revoluciones indochinas. Conoce las dificultades económicas, sociales y políticas en que están sumidos Vietnam, Laos y Camboya. Intenta agravarlas, con objeto de yugular la dinámica revolucionaria regional que estimuló su derrota y de enturbiar ante las masas del Sudeste asiático la imagen ejemplar de los pueblos indochinos en combate. El imperialismo reacciona ahora frente a la victoria de las revoluciones indochinas como lo hiciera ayer frente a todas las victorias revolucionarias: haciendo todo lo posible por poner trabas a la estabilización de los nuevos regímenes, acumulando los factores de crisis y multiplicando las presiones contrarrevolucionarias.

IV

11. Si el imperialismo se ha ensañado de este modo con las luchas de liberación de los pueblos de Indochina, es porque muy pronto se percató de la dimensión real del proceso de revolución permanente en toda la península. Desde los años cuarenta, la intervención norteamericana se explica por una serie de objetivos internacionales: 1) romper en Vietnam —donde la amplitud de las movilizaciones sociales es mayor— la dinámica de la revolución asiática; 2) crear de este modo las bases para una nueva ofensiva contra la revolución china; 3) garantizar las condiciones generales para el mantenimiento del orden imperialista en Asia oriental. Lo mismo sucede durante los años 60, cuando la Administración Kennedy decidió lanzar la criminal escalada de la segunda guerra en Indochina. Se inserta en una vasta ofensiva imperialista, desencadenada contra los avances de la revolución colonial como consecuencia de la victoria de la revolución cubana. Este contraataque tendrá lugar, entre otros, en Santo Domingo, Brasil, Indonesia y el Congo.

12. Desde 1975, la política imperialista parte de consideraciones del mismo tipo, aunque en un contexto internacional distinto. Efectivamente, la trascendencia de las luchas emprendidas en la península se ha visto confirmada desde la victoria de abril de 1975, que abre la vía a la instauración de un Estado obrero en Vietnam del Sur y marca el inicio de un rápido proceso de reunificación entre el Norte y el Sur del país. En Vietnam del Sur, el Estado burgués se desintegró con el hundi-

miento del ejército de Saigón, su espina dorsal. Lejos de intentar aprovechar y recuperar los restos de este aparato estatal neocolonial, el PCV acabó de dislocarlo. Sobre la marcha disolvió el conjunto de formaciones políticas burguesas y encarceló al grueso de jefes militares y altos funcionarios del ejército y de la administración Thieu. De hecho, la dirección política y administrativa de todo Vietnam se unificó. El ejército del Norte y el ejército de liberación del Sur se fusionaron. Apareció una nueva estructura administrativa, bajo la dirección del PCV, en forma de Comités de gestión militar provisionales, después Comités populares civiles. Se inició el estudio de una reorganización administrativa general y el conjunto del país se dividió en 35 nuevas provincias, en febrero de 1976. Sobre esta base se celebraron elecciones a la Asamblea Nacional, el 25 de abril de 1976. La fundación oficial de la nueva República Socialista de Vietnam se proclamó el 2 de julio de 1976.

Las medidas económicas adoptadas después de la victoria iban en el mismo sentido que las medidas administrativas, políticas y militares. El Estado extendió rápidamente su control al grueso de empresas industriales (cuyos propietarios se habían dado a la fuga en muchos casos), las grandes plantaciones y las propiedades imperialistas. Surgió progresivamente una red comercial del Estado, mientras se instauraba inmediatamente el monopolio estatal sobre el comercio exterior. Se adoptaron las primeras medidas con vistas a la armonización monetaria del Norte y del Sur: en setiembre de 1975, la antigua moneda fue repentinamente retirada de la circulación en Vietnam del Sur y sustituida por un nuevo **dong**, cuya paridad con el del Norte era fija. Se trataba particularmente de someter las fortunas privadas al control del Banco Nacional. La prioridad estaba en el relanzamiento de la agricultura, donde se extendía la reforma agraria. Las medidas de colectivización eran muy prudentes con respecto a los pequeños campesinos propietarios del Mekong. Sin embargo, gracias a la nacionalización de las plantaciones y a la creación de la «nuevas zonas económicas», el sector colectivo y estatal de la agricultura se reforzó rápidamente. Sistemáticamente se subrayaba la necesidad de avanzar hacia la gran agricultura socialista.

El estudio de un plan central de desarrollo único para el conjunto del país, que afectaba a los grandes ramos industriales y se apoyaba en estas primeras medidas de nacionalización y estatalización, se puso en práctica rápidamente. Este estudio dará lugar al plan quinquenal 1976-1980, adoptado en el IV Congreso del PCV, en diciembre de 1976, y puesto en práctica a partir de 1977. Sin embargo, el sabotage sistemático de la burguesía comerciante chino-vietnamita bloqueaba la realización de las medidas decididas por el Estado en materia de distribución. Ello tuvo repercusiones negativas en los ritmos de colectivización de la agricultura y en el desarrollo de los planes en el sector industrial nacionalizado. Esta burguesía comerciante, concentrada sobre todo en Saigón-Cholon, logró limitar los efectos de las medidas monetarias sucesivas que adoptó el régimen, dispersando sus bienes y produciendo moneda falsa.

Frente a esta resistencia y a ésta labor de zapa, y tras tres años de crecientes conflictos sociales y políticos, el Estado decidió nacionalizar todo el sector capitalista comercial existente y adoptó las medidas para la unificación monetaria definitiva.

El proceso de reunificación del país pudo desarrollarse gracias a las medidas de destrucción del Estado burgués que se tomaron una vez obtenida la victoria. Por lo demás, ya existía en estado embrionario en la organización de las zonas liberadas y de la resistencia antes de abril de 1975.

13. Ante el impacto regional de la derrota norteamericana, el imperialismo observó con inquietud la reunificación de Vietnam, país que cuenta con 50 millones de habitantes y que dispone de un ejército fuerte y entrenado. Asimismo se inquietó ante la política indochina de la dirección vietnamita, que se puso de manifiesto en julio de 1977 con la firma del «Tratado de Amistad y Cooperación» entre la República Socialista de Vietnam y la República Democrática y Popular de Laos, fundada oficialmente el 2 de diciembre de 1975.

La situación en Tailandia aportaba más motivos de preocupación. La caída de la dictadura de los generales Thanom y Prapass, en octubre de 1973, la apertura de un periodo semidemocrático, que comportó durante tres años un desarrollo considerable de las luchas sociales y políticas, rurales y urbanas; el refuerzo cualitativo, durante este periodo incluso después del sangriento golpe de Estado de octubre de 1976 de las fuerzas guerrilleras dirigidas por el Partido Comunista tailandés, aliado ahora con el Partido Socialista; todo ello ponía de manifiesto la fragilidad del poder burgués en Tailandia.

Incapaz de recuperar la iniciativa de cara a una intervención militar contrarrevolucionaria directa, Washington, no obstante, decidió proseguir con una política de «desestabilización» de los regímenes indochinos, aprovechando para ello los conflictos entre Vietnam y Camboya y entre Vietnam y China. En su conjunto, las potencias imperialistas seguían una orientación próxima a la del gobierno norteamericano ante el régimen vietnamita.

14. Las presiones imperialistas, la crisis creciente de las relaciones con Pekín, la situación económica heredada de la guerra y las dificultades suplementarias provocadas por las calamidades naturales, hicieron que Hanoi se volviera cada vez más exclusivamente a la URSS y sus aliados en busca de apoyo internacional, ayuda económica, técnica y militar. La dependencia objetiva de Vietnam con respecto a Moscú se agravó. El acercamiento político a Moscú resultaba cada vez más claro. En junio de 1978, Vietnam se hizo miembro del COMECON, y a finales de noviembre firmaba un «Tratado de Amistad y Cooperación» con la URSS.

Washington y Pekín —cada uno por sus propias razones— no podían entonces sino incrementar sus presiones sobre Vietnam.

15. La evolución de la situación en Camboya, después de la conquista del poder por el Partido Comunista de Camboya (PCC), y la orientación seguida por el régimen de Pol Pot iban a añadir un factor específico de crisis en Indochina.

El relanzamiento de las luchas de masas no se produjo en Camboya hasta después de 1967. Este retraso no impidió que en este país se perfilaran también las líneas maestras de la dinámica social que se desarrollaba en Vietnam y Laos.

A partir de 1963, los dirigentes del PCC empezaron a preparar nuevas bases guerrilleras. En 1967 estalla una revuelta campesina en la provincia de Battambang, que ofrece una nueva base social a la lucha emprendida por el PCC. La represión se endurece. En este contexto empezaron a desarrollarse las guerrillas del «Khmer rojo».

El golpe de Estado de 1970 —que sanciona el fracaso del sihanukismo y la voluntad del gobierno de los Estados Unidos de aislar por todos los medios a las fuerzas del Frente Nacional de Liberación (FNL) de Vietnam del Sur—, y posteriormente la invasión de las tropas norteamericanas y saigonesas en el país, precipitan la crisis de la sociedad neocolonial en Camboya. Favorecen el rápido desarrollo del Frente Unido Nacional de Kampuchea (FUNK), con ayuda de las fuerzas del PCV y del FNL. En el seno del FUNK, el PCC extiende su influencia y asegura la dirección práctica del Frente, aislando a los elementos fieles al príncipe Sihanuk, que se ha refugiado en Pekín.

En el campo de batalla, las luchas campesinas se radicalizan, mientras que surgen las movilizaciones urbanas contra el régimen de Lon Nol. Junto a las plantaciones industriales y las grandes y medianas propiedades agrarias, la pequeña propiedad campesina reviste gran importancia en Camboya. En las zonas liberadas por el FUNK se liquidan la usura y la potencia explota-

dora de la antigua administración. Surgen cooperativas y se lanza un movimiento radical de explotación colectiva.

16. En la cresta de las movilizaciones sociales que alimentan desde hace años la lucha de liberación, la victoria de las fuerzas del FUNK, en abril de 1975, abre la vía a la instauración de un Estado obrero en Camboya. El ejército de Lon Nol está hundido. Las estructuras políticas y administrativas del poder burgués son sistemáticamente disueltas. Sihanuk es sometido a un régimen de residencia vigilada. Una represión muy amplia golpea a los sectores burgueses de la sociedad, así como al personal administrativo y militar del anitguo régimen.

La dirección del PCC, una vez en el poder, dicta brutalmente una serie de medidas anticapitalistas: nacionalización de la industria y de las plantaciones, decisión autoritaria de colectivizar muy rápidamente el conjunto de la vida económica y social en el campo, supresión casi total del intercambio comercial y monetario. Los lazos de dependencia con respecto al imperialismo están rotos, las inversiones extranjeras confiscadas. Durante algún tiempo, el país se encierra completamente, salvo en lo que respecta a sus relaciones con China. Sólo se abrirá, en el plano comercial, de forma muy tímida y progresiva, bajo el estricto control del gobierno. Lo mismo sucede en el plano diplomático.

Las bases económicas, sociales, estatales y políticas del capitalismo y de la dominación imperialista han sido destruidas. El nuevo poder estrecha sus lazos, en las zonas próximas a Camboya, con el movimiento de liberación nacional tailandés, impulsado por el PCT.

17. El régimen no se limita a reprimir con una rara brutalidad a las fuerzas burguesas. Sus decretos llevarán a la deportación de la mayoría de las masas trabajadoras. La población de la capital es evacuada integralmente en algunos días; lo mismo sucederá también en otros núcleos urbanos y en los pueblos recién liberados. Los imperativos coyunturales (peligro de hambre tras la suspensión del puente aéreo alimenticio de los Estados Unidos, cuando desde 1970 las zonas de
cuando desde 1970 las zonas de Camboya controladas por el gobierno de Lon Nol dependían totalmente de esta ayuda; la superconcentración de refugiados en Phnom Penh; la ausencia, a causa de las destrucciones de la guerra, de un sistema de transportes capaz de suministrar alimentos con rapidez) no pueden explicar por sí solos la amplitud, la rapidez y la forma con que se tomaron esas medidas autoritarias de deportación. Al tomar estas decisiones, la dirección del PCC asegura su poder burocrático destruyendo la capacidad de acción colectiva de las masas, que habían sufrido muy duramente en los cinco años anteriores. Esta combinación de medidas anticapitalistas y métodos terroristas de gobierno recuerda los antecedentes del periodo de colectivización forzosa en la URSS de Stalin —que originó millones de víctimas— y las medidas que se tomaron contra las poblaciones bálticas en 1939-40.

18. La instauración de un nuevo Estado obrero —con deformaciones burocráticas extremas— en Camboya no puede comprenderse sino en el marco de la victoria de un proceso regional de revolución permanente, cuyo motor histórico ha sido la revolución vietnamita. En efecto, en Camboya, la crisis agraria, aunque manifiesta desde los años sesenta, había permanecido limitada. El grado de industrialización del país era particularmente bajo. El proletariado urbano y rural, el semiproletariado agrario y el campesinado sin tierra eran capas sociales relativamente poco numerosas y generalmente poco concentradas. Los ritmos de la revolución camboyana, pues, se han visto considerablemente acelerados a causa de la integración del país en un proceso regional de guerras y revoluciones.

19. zls política del régimen de Pol Pot tendrá consecuencias extremamente graves en Camboya y en Indochina. El coste humano de las medidas de deportación de la población en las condiciones sanitarias y alimenticias existentes fue terriblemente duro. Atomizadas política y socialmente, las masas trabajadoras se sumieron en la pasividad. El gobierno instauró un régimen de trabajo forzoso y se lanzó por la vía del nacionalismo desenfrenado —que pronto se tornó en xenofobia. Aplicó medidas represivas contra las minorías chinas y vietnamitas que, sin embargo, constituían una buena parte de las fuerzas proletarias urbanas o rurales (y también pequeño-burguesas). El llamamiento a la movilización frente al «peligro exterior» viene a justificar el intenso y prolongado esfuer-



zo que se les exige a las masas para asegurar la producción. La orientación económica autárquica de la dirección Pol Pot, que lleva hasta el absurdo la política estalinista de «Construcción del socialismo en un solo país», impone una terrible carga al pueblo trabajador, con objeto de «superar el atraso del país». El ejército y el aparato del PCC se convierten en la única armadura del régimen.

La política estrechamente nacionalista de la dirección Pol Pot - Saloth Sar se explica parcialmente por su historia. En efecto, se impuso a comienzos de los años sesenta a la cabeza del PCC, en contra de la vieja tradición «indochina» del movimiento comunista en Camboya. Formada en París durante los años cincuenta, esta dirección hace el balance de los acuerdos de Ginebra, de los que habían quedado excluidos los comunistas camboyanos. Su orientación nacionalista se verá alimentada posteriormente por la actitud de la URSS hacia Lon Nol y por una serie de desacuerdos con la dirección vietnamita (en torno a la oportunidad de relanzar la lucha armada en 1967, a las implicaciones para Camboya de los acuerdos de París en 1972-73).

En el seno del PCC, e incluso en su equipo dirigente y en el ejército, aparecieron divergencias. Una política de purgas físicas de las oposiciones diezmará a todos aquellos que son sospechosos de simpatías provietnamitas. En 1978 aparecerán focos de oposición en varias regiones.

La política del régimen de Pol Pot ponía en peligro las bases del Estado obrero en Camboya. A la larga no podía sino favorecer la reaparición de fuertes oposiciones procapitalistas y proimperialistas, vinculadas a la dictadura tailandesa. Los precedentes de las colectivizaciones forzosas en la agricultura han demostrado hasta qué punto los resultados «positivos» obtenidos en el terreno de la producción a muy corto plazo eran efímeros y qué precio tenían que pagar los trabajadores por esta opción, a medio y largo plazo. Por el momento, el régimen podía beneficiarse de la debilidad de las fuerzas contrarrevolucionarias, desintegradas tras su derrota en 1975. Pero las medidas terroristas aplicadas contra las masas por el régimen ofrecían un terreno favorable para un relanzamiento de movimientos contrarrevolucionarios, sobre todo si no aparecía una oposición dispuesta a defender las conquistas sociales de la revolución.

VI

20 El conflicto entre Vietnam y Camboya no se ha debido nunca fundamentalmente a un litigio fronterizo. Desde 1975 se afirmó como conflicto político y concentraba en sí todos los factores de crisis que operaban en la región desde el día de la victoria. La política de la burocracia camboyana tendía a negar los intereses objetivos que vinculaban la lucha de los tres pueblos de Indochina después de la victoria y que ya se habían manifestado en el combate común por la liberación. Ofrecía un punto de apoyo a las maniobras del imperialismo, que jugaba con las tensiones entre los diversos Estados indochinos. Ello se vio claramente cuando Tailandia organizó el bloqueo temporal a Laos. Agarrotaba los mecanismos que quería establecer el régimen vietnamita en toda Indochina en el terreno económico, diplomático, político y militar. En suma, Camboya pasó a ser un elemento importante en el conflicto chino-vietnamita y, por consiguiente, chino-soviético.

21 Pekín prestó un apoyo creciente a Phnom-Penh, independientemente de las diferencias de intereses y posturas que separaban a la dirección Deng Xiaoping de la de Pol Pot. Camboya dependía profundamente de la ayuda financiera, diplomática y técnica de China. El ejército camboyano se reforzó gracias al envío de numerosos consejeros militares chinos. Su armamento mejoró hasta tal punto que contaba con una importante artillería de largo alcance y aviones MIG 19. La alianza entre Camboya y China quedó sancionada con la visita triunfal de Pol Pot a Pekín, en septiembre de 1977, en el mismo momento en que estallaban violentos incidentes militares en la frontera vietnamita. En 1978, la República Popular China seguirá reforzando el potencial militar camboyano, ayudándole a preparar zonas de guerrilla para el caso de que el régimen de Pol Pot fuera derrocado.

Mientras se agravaban las relaciones conflictivas con China, el problema militar a que se enfrentaba Hanoi no era despreciable. En Camboya se habían formado unas fuerzas armadas de unos 70.000 hombres, abastecida y encuadrada por soldados chinos. Aunque esas fuerzas no fueran capaces de desafiar a la potencia militar vietnamita, planteaban serios problemas en toda una región de Vietnam.

En otoño de 1977 se produjo una nueva degradación importante de las relaciones chino-vietnamitas. Los choques crecientes en la frontera entre Camboya y Vietnam eran el síntoma más claro. Anunciaban los acontecimientos del año 1978. En el transcurso de este año, la dirección vietnamita decidió acabar con el régimen de Pol Pot. Para ello envió a Camboya, en diciembre, sus tropas regulares. En 1978, Pekín se ampara en el pretexto de la nacionalización del comercio privado —que golpea ampliamente a las capas burguesas de origen chino en Saigón-Cholon— para lanzar una vasta campaña de denuncia política del régimen vietnamita y para anunciar oficialmente la suspensión de su ayuda económica, de hecho interrumpida desde hacía meses. Este año, la huída de 160.000 hoas (vietnamitas de origen chino) del Vietnam dará lugar también a graves tensiones fronterizas. Y, también en 1978, se firmó el tratado chino-japonés y se anunció la firma del tratado chino-norteamericano.

22. En este contexto, Hanoi lanzó una vasta ofensiva en Camboya, en diciembre de 1978 y enero de 1979, en la que se integraron elementos del FUSNK. Los ejércitos vietnamitas, con 100.000 hombres y algunas de las mejores divisiones regulares, capturaron Phnom Penh en pocas semanas y ocuparon posiciones importantes en todo el territorio. Las fuerzas del Khmer rojo pasaron entonces a lanzar operaciones de guerrilla.

Desde el comienzo de los choques fronterizos, los marxistas revolucionarios se han opuesto claramente a una política que pudiera conducir a la ocupación militar de Camboya por las fuerzas regulares vietnamitas y a la sustitución de la dirección Pol Pot por un equipo totalmente dependiente de la presencia de las tropas de Hanoi. Condenaron la intervención vietnamita.

Una cosa distinta habría sido apoyar, tanto política como materialmente, el desarrollo de una oposición al régimen de Pol Pot, oposición que se propusiera, además de conservar las conquistas fundamentales de la revolución camboyana, abolir las medidas terroristas del gobierno Pol Pot. Dichas medidas ya ponían gravemente en peligro algunas de las conquistas por las que el pueblo camboyano pagó un precio muy alto en su lucha de liberación. Amenazaban, además, con favorecer la contrarrevolución en el día de mañana. Nadie podía permanecer indiferente ante la extrema gravedad de la política aplicada por Phnom Penh y ante los sufrimientos que imponía al pueblo khmer y a las minorías étnicas.

Pero era inadmisible derribar al régimen de Pol Pot recurriendo a la fuerza de los ejércitos regulares vietnamitas. Y esto fue lo que sucedió. Es cierto que en varias regiones de Camboya aparecieron, en 1978, algunos focos de oposición; pero eran aún muy débiles. El FUSNK sólo se fundó poco antes de la intervención vietnamita. Ante la amplitud de las purgas que tenían lugar en las filas del PCC y del ejército, y vista la pasividad política de la población, el desarrollo del FUSNK necesitaba tiempo. Necesitaba tiempo para tener la posibilidad de incrementar su implantación popular, y para demostrar su capacidad de derribar, fundamentalmente gracias a sus propias fuerzas, al régimen de Pol Pot. Sólo así la oposición camboyana podía afirmar

en la práctica una autonomía real de decisión y una independencia políti ca concreta frente a la burocracia vietnamita.

La intervención vietnamita iba en el sentido contrario, al igual que la política del gobierno vietnamita antes de la ruptura total de relaciones con Phnom Penh en diciembre de 1977. En efecto, cuando Hanoi denuncia hoy los «crímenes de Pol Pot»,, antaño mantuvo silencio en torno al drama vivido por la población camboyana, y durante mucho tiempo, en cambio, alabó oficialmente los éxitos del régimen de Pol Pot. Con esta doble actitud de silencio político e intervención militar, Hanoi hace el juego a las fuerzas que intentan utilizar el sentimiento nacionalista para tratar de restarurar en Camboya la dominación capitalista e imperialista.

23. No se trata aquí de un simple juicio moral, sino de un juicio político sobre una cuestión cuya importancia había percibido Lenin en su tiempo. En su informe sobre el programa del partido, presentado el 19 de marzo de 1919 ante el VII Congreso del PC (b) de Rusia, denunció la tentación en que podían caer los bolcheviques de contribuir con la fuerza de su ejército al derrocamiento de la burguesía en los países vecinos de Rusia. Rechazó esta perspectiva en nombre de la importancia de la cuestión nacional. **«En los distintos países, la diferenciación del proletariado y de la burguesía se produce por vías que les son propias. En cada caso debemos actuar con la máxima circunspección. Particularmente con respecto a las distintas naciones, pues no hay nada peor que la desconfianza de una nación (...); no existe aún ningún decreto que prescriba a todas las naciones adoptar el calendario revolucionario bolchevique, y si se hubiera promulgado semejante decreto, jamás sería aplicado. (...) Hay que tener en cuenta el hecho de que la revolución proletaria se desarrolla (en Polonia) por vías que le son propias, y no podemos decir: '¡Abajo el derecho de las naciones a la autodeterminación! ¡Sólo reconocemos este derecho a las masas trabajadoras!' (...) No hay que decretar nada (...) desde Moscú».**

Lo que es cierto para un Estado burgués sacudido por el auge de la lucha de clases, lo es con mayor razón para un Estado obrero. La burocracia vietnamita ha querido someter los ritmos de la lucha en Camboya al calendario de Hanoi. Esto envenenará las relaciones entre vietnamitas y camboyanos, pues el nuevo régimen depende demasiado claramente del apoyo que le presta Hanoi.

De un modo general, la intervención vietnamita en Camboya plantea de nuevo el agudo problema de la federación socialista indochina. La unidad de la revolución indochina constituye una necesidad desde el punto de vista de los intereses objetivos de las masas. Es indispensable para la defensa y la extensión de las conquistas de la revolución indochina frente al imperialismo. Pero para ser efectiva, esta unidad debe se libremente aceptada por las poblaciones afectadas. El ejercicio real del derecho de autodeterminación debe quedar asegurado, así como el respeto duradero de los intereses de las poblaciones minoritarias, que deben gozar en la práctica de derechos iguales a los de la población mayoritaria. Sin estas garantías, la unificación de Indochina, incluso si adopta la forma de acuerdos entre Estados formalmente independientes, a la larga no puede sino favorecer al Estado más poderoso —o más bien a su burocracia—, es decir, a Vietnam. Unicamente la creación de una auténtica Federación de los Estados Unidos Socialistas de Indochina, que garantice plenamente el derecho a la autodeterminación, puede permitir el logro de estos objetivos.

El problema de los medios reales de que se dota una dirección para asegurar el respeto de los derechos de las minorías no es una cuestión secundaria. No es por azar que Lenin dedique varias notas a este tema en sus últimos escritos, después de haber evaluado los destrozos que causaba el chovinismo gran-ruso en Georgia.

Subrayó la distinción que hay que hacer no sólo entre el **«nacionalismo de la nación que oprime y el de la nación oprimida»**, sino también más generalmente entre el **«nacionalismo de una nación grande y el de una nación pequeña»: «En cuanto al segundo nacionalismo, nosotros, súbditos de la nación grande, somos culpables, casi siempre a lo largo de toda la historia, de una violencia infinita, y es más, cometemos una serie de injusticias y exacciones sin ni siquiera notarlo (...). De ahí que el internacionalismo de la nación opresora o de la llamada nación 'grande' (aunque sólo sea grande por sus violencias, grande simplemente como lo es, por ejemplo, el cabo de vara) no sólo debería consistir en el respeto de la igualdad formal entre las naciones, sino también en una desigualdad que compense, por parte de la nación opresora, de la nación grande, la desigualdad que se manifiesta en la propia vida. (...) Esta es la razón por la que, en el caso presente, el interés fundamental de la solidaridad proletaria exige que jamás observemos una actitud puramente formal ante la cuestión nacional (...)».** (Notas, 31.12.1922).

Es importante recordar estas líneas cuando el gobierno vietnamita pretende garantizar la igualdad de las naciones indochinas a través de unos tratados que se presentan formalmente como vínculos entre Estados totalmente independientes, pero que sancionan de hecho una integración estrecha, bajo control de Hanoi, de Laos, la «nueva» Camboya y Vietnam; cuando se desarrolla en este último país una vasta campaña de propaganda destinada a exaltar «los cuatro mil años de historia» de la «gran» nación vietnamita; cuando la historia precolonial y colonial de estos países, así como el lugar central que ha ocupado la lucha por la liberación nacional en estas revoluciones, ha suministrado un caldo de cultivo para la exacerbación de los nacionalismos.

La intervención vietnamita tiende a reforzar el poder de la burocracia vietnamita en el propio Vietnam, como en toda Indochina. Contribuye a acentuar las tendencias nacionalistas y el peso de los elementos militares en la sociedad. Es ilusorio esperar que la dirección vietnamita, que defiende en su propio país el monopolio burocrático de la información y de las decisiones políticas, y que inscribe —en conexión con la burocracia soviética— su orientación internacional en el marco de la coexistencia pacífica, pueda, bien estimular la movilización de masas para que dispongan directamente del poder, bien instaurar relaciones igualitarias entre los pueblos y Estados de Vietnam, Laos y Camboya.

Actualmente, en un contexto dominado por la presencia en el país de los ejércitos vietnamitas, no se da ninguna solución favorable a los intereses fundamentales de los obreros y campesinos camboyanos.

Hay que ayudar a la población trabajadora camboyana a construir consejos y organizaciones de masas, suministrarle una ayuda alimenticia y técnica, asegurar el armamento de las masas, con el fin de evitar que una necesaria retirada de las tropas vietnamitas pueda ser aprovechada —en la precaria situación de Camboya— por fuerzas capitalistas e imperialistas, y de permitir que las poblaciones se defiendan contra toda represalia de las fuerzas de Pol Pot. Esta orientación no es sino la continuación, en la situación actual, de la política correcta que consistía en ayudar a las masas y en apoyarse en ellas y en sus organizaciones para combatir el régimen de Pol Pot.

La intervención en Camoya tampoco ha puesto fin a las amenazas que esgrimía China en la frontera septentrional de Vietnam. También en este aspecto, el hecho de que Hanoi no se haya limitado simplemente a responder a los ataques de las fuerzas armadas khmer, sino que haya derribado el régimen de Pol Pot, le ha permitido a la burocracia china, al igual que al imperialismo norteamericano, lanzar una nueva campaña de denuncia de Vietnam. Campaña que, de rebote, ha facilitado la intervención china en Vietnam, en febrero de 1979.

24. El gobierno chino ha utilizado el pretexto de la iniciativa militar de Hanoi en Camboya para atacar a Vietnam. Sin embargo, esta intervención se inserta, como hemos visto, en un marco más amplio que le da su verdadero significado y su auténtico alcance. Ilustra de un modo crudo la política contrarrevolucionaria en la que se ha comprometido la burocracia china en Asia oriental y como tal debe ser denunciada.

Pekín ha mantenido la ficción de pretender una represalia «limitada», relacionada con la multiplicación de los incidentes en la frontera chino-vietnamita. Sin embargo, por su amplitud, por la importancia de los efectivos movilizados y de los medios utilizados, por su duración y la naturaleza de los objetivos perseguidos (sobre todo varios centros urbanos), la intervención china constituía una auténtica acción de guerra.

Por lo demás, la dirección china no ocultó determinados aspectos de su orientación contrarrevolucionaria. Reprochó a las potencias imperialistas el que muestren «debilidad» frente al «socialimperialismo» en Africa y en Oriente Medio; afirmó su voluntad de hacer gala de «firmeza» en el Sudeste asiático, zona estratégica dada la presencia, sobre todo, de estrechos marítimos que comunican el océano Pacífico con el Indico. Al denunciar a Hanoi como una «Cuba de Asia», la dirección china ha reconocido más claramente que nunca su voluntad de debilitar con todos los medios a su alcance, incluso con medios militares, al Estado vietnamita, y de obligarle a aflojar sus lazos con Moscú.

La considerable importancia que otorga actualmente la dirección china a este objetivo se ha visto confirmada por su decisión de intervenir en Vietnam. Porque para ello la burocracia china ha tenido que pagar un precio nada despreciable. Le ha permitido a Vietnam recuperar la iniciativa diplomática hacia una serie de países semicoloniales que en su mayor parte habían criticado su intervención en Camboya, cuando su propio prestigio ante los movimientos de liberación nacional se había visto afectado. Parece que tuvo que hacer frente a ciertas oposiciones en el seno del aparato del partido y del Estado. Finalmente, la propia operación ha sido probablemente muy costosa tanto económicamente como en hombres y en material.

25. Los resultados inmediatos de la intervención en Vietnam parecen muy limitados. Hanoi no se ha visto obligado a llevar al frente al grueso de sus fuerzas regulares para contener el avance de las tropas chinas, y tampoco ha tenido necesidad de repatriar las numerosas divisiones que operan en Camboya. Así, Pekín no puede esperar un beneficio de estas iniciativas sino a medio plazo. Pero sabe el precio económico y social que tendrá que pagar el régimen vietnamita para asegurar su defensa en un estado de permanentes tensiones militares.

La dirección soviética dijo muy claramente, con motivo del discurso de Breshnef y a través de sus actos, que su prioridad estaba en la prosecución de una política de coexistencia pacífica con el imperialismo, que no estaba dispuesta a poner en tela de juicio su orientación internacional para comprometerse demasiado en Vietnam, y que mantenía el mismo rumbo en cuanto a sus relaciones con la burocracia china.

Así, Pekín puede continuar con su política de estrangulamiento del régimen vietnamita, con la única condición de que no vaya «demasiado lejos». Por lo tanto, cabe esperar la prosecución y la agravación de la política de la dirección china con vistas a debilitar el régimen vietnamita.

VIII

26. La propaganda burguesa se explaya. Aprovecha la ocasión para enterrar en el olvido un siglo de guerras imperialistas que han costado decenas y decenas de millones de vidas a la humanidad. Por un lado quiere hacer creer que la URSS y sus aliados podrían desencadenar una ofensiva contra las potencias imperialistas y, por otro, que existe un peligro de tercera guerra mundial a causa de los conflictos entre Estados obreros burocratizados. La función primordial de esta campaña salta a la vista: crear un clima más favorable, entre las masas trabajadoras, y sobre todo en los Estados Unidos, para justificar de antemano una intervención de las fuerzas armadas norteamericanas contra cualquier nuevo avance de la revolución mundial. Debemos denunciar sistemáticamente esta campaña de intoxicación, que encubre un intento de relanzar las actividades contrarrevolucionarias directas del imperialismo tras su derrota en Indochina. Debemos denunciar el peligro permanente de guerra mundial alimentado por el imperialismo.

Debemos explicar también las raíces de la política contrarrevolucionaria de la burocracia en el poder en los Estados obreros, cuyos crímenes facilitan la tarea de la propaganda imperialista.

27. La pretensión de las burocracias de llevar a cabo la «construcción del socialismo» en «sus» países respectivos, y la defensa de sus intereses particulares de casta parasitaria, implican una política de coexistencia pacífica con el imperialismo y la liquidación de toda perspectiva internacionalista proletaria. Es esto lo que condujo a la burocracia soviética a transformar la Internacional Comunista, de un instrumento al servicio de la revolución mundial que era, en un instrumento al servicio de sus propios intereses diplomáticos, antes de decretar su disolución. Es en nombre del mesianismo chovinista —apéndice del nacionalismo burocrático— que la dirección estalinista comenzó a depurar el movimiento comunista mundial de quienes se oponían al establecimiento de su dictadura en la URSS y en la IC, y posteriormente a meter en vereda a las direcciones que alcanzaron el poder gracias a revoluciones que se desarrollaron contra la voluntad del Kremlin, en primer lugar la dirección yugoslava, después la china. El sometimiento sangriento y la posterior disolución de la IC constituyen el apéndice internacional del ascenso al poder de la burocracia en la propia Unión Soviética.

Desde la denuncia por Stalin del «cisma» yugoslavo en 1948, los conflictos entre Estados obreros burocratizados no han dejado de adoptar formas cada vez más graves. Esto sigue siendo así actualmente, con la presencia masiva de tropas soviéticas en la frontera china, con la ayuda militar de Pekín al ejército del régimen de Pol Pot, con la multiplicación de los incidentes en la frontera entre Vietnam y Camboya, con la invasión masiva de las tropas regulares vietnamitas en el conjunto del territorio camboyano y con la intervención china en Vietnam.

La dinámica actual de enfrentamiento es extremamente peligrosa y debe cortarse a toda costa. Se desarrolla en detrimento de las necesidades de las masas indochinas y chinas, que se enfrentan en sangrientas batallas. Hace un daño considerable al movimiento obrero internacional. Crea unos precedentes que podrían tener implicaciones dramáticas en la frontera chino-soviética y en Europa del Este, en un momento en que la dominación de la burocracia soviética sobre las democracias populares se ve nuevamente contestada por el proletariado y en que se agrava el conflicto chino-soviético.

28. Hay que cuidarse mucho de enjuiciar estas cuestiones de un modo coyuntural o sectorial. Nada más peligroso que dejarse tentar por un falso «realismo» político que llevaría a algunas fracciones del movimiento revolucionario a estudiar cuál de las dos burocracias, la soviética o la china, es coyunturalmente la «menos contrarrevolucionaria», y a dividir el mundo en «dos campos», con la URSS, Vietnam y Cuba por un lado, y los Estados Unidos y China por otro.

La política de las burocracias, tanto la china como la soviética, responde a los mismos intereses y objetivos: asegurar el monolitismo político y el control de «su» zona de influencia, con objeto de asegurar en sus respectivos países la continuidad del monopolio de poder que ejercen estas burocra-

cias y que es la fuente de sus privilegios sociales; dotarse de los medios para desarrollar una política de coexistencia pacífica y para desempeñar un papel directo en el mantenimiento del **statu quo** internacional. Al apoyo de Pekín a Pinochet corresponde el apoyo de Moscú a Videla.

El conflicto chino-soviético no se debe a un «expansionismo económico» análogo al del imperialismo, sino a la voluntad de cada una de estas burocracias de asegurar las mejores condiciones políticas interiores e internacionales para preservar su monopolio sociopolítico de poder estatal en su país.

Lo que hay que juzgar es la política mundial de las burocracias soviética y china. Ambas son contrarrevolucionarias. Hay que ir hasta el mismo fondo de los conflictos interburocráticos que enfrentan a China y la URSS. Paralelamente a la denuncia de la política del imperialismo, hay que subrayar la actualidad del combate por la revolución política y la instauración de auténticos regímenes de democracia socialista. Porque sólo la revolución política puede poner fin al poder de la burocracia y por tanto a la existencia de conflictos entre Estados obreros burocratizados. Frente a la propaganda imperialista hay que reafirmar que estas castas burocráticas no representan en nada al socialismo, y que bajo el poder efectivo de los trabajadores y campesinos, jamás habrá ninguna guerra y el nacionalismo amainará de un modo decisivo.

IX

29. Las implicaciones de los conflictos que desgarran la península indochina y que enfrentan a China y Vietnam son evidentemente muy graves para las masas del Sudeste asiático. Esto es particularmente cierto en Tailandia, donde se encuentra el movimiento antiimperialista combatiente más importante de la región. La victoria de las revoluciones indochinas había mejorado considerablemente las condiciones en que proseguía su lucha.

Sin embargo, la resistencia tailandesa sufre ahora de lleno el contragolpe de la crisis indochina y de la agravación del conflicto chino-vietnamita y chino-soviético en Asia oriental. Se ve amenazada por el aislamiento político y material. Moscú, Pekín, Hanoi y ayer Phnom Penh cortejaron todos, uno tras otro, al régimen de Bangkok para ganarse su benevolencia diplomática. La dirección china declara ahora abiertamente que ve en la Tailandia de Kriangsak una nueva «línea de defensa» regional frente al peligro hegemonista. La dirección vietnamita trata por todos los medios de tranquilizar a la ASEAN, con el fin de romper el aislamiento diplomático de que es objeto. Moscú hace lo propio.

La resistencia tailandesa —que agrupa a organizaciones con horizontes políticos diferentes— podría convertirse en un campo de batalla del conflicto chino-vietnamita y ser objeto de presiones con vistas a hacerle tomar postura públicamente a favor de una u otra de las partes (cosa a la que hasta ahora se ha negado). Ello no haría sino acentuar las divisiones de la resistencia tailandesa y paralizar su capacidad de acción.

Su aislamiento sería muy grave, máxime cuando el imperialismo norteamericano y la burguesía tailandesa tratarán de aprovechar la situación para asestar un duro golpe a un movimiento cuyos éxitos recientes les inquietan. Es deber de todos los militantes antiimperialistas afirmar activamente su solidaridad con las luchas de liberación de Tailandia y de todo el Sudeste asiático, y llamar a un frente único de los Estados obreros en defensa de estos combatientes revolucionarios.

Este apoyo a las luchas antiimperialistas en el Sudeste asiático es una tarea indispensble que se combina estrechamente con la de la defensa de las revoluciones indochinas. La extensión de la revolución en Tailandia y en la región asestaría un golpe decisivo al intento imperialista de ahogar a los Estados obreros indochinos. Existirían entonces unas condiciones objetivas más favorables para superar las dificultades económicas, sociales y políticas que conocen.

De forma más general, todo nuevo avance de las luchas anticapitalistas y antiimperialistas —particularmente en los EE.UU. y en Japón— tendría los mismos efectos.

X

30. El movimiento obrero internacional debe movilizarse también en defensa de las revoluciones indochinas, víctimas de las maniobras imperialistas y debilitadas por los conflictos interburocráticos. A medio y largo plazo, la política de la burocracia china sólo puede ir fundamentalmente en contra de los intereses de la defensa del Estado obrero chino, que correría de nuevo el peligro de verse amenazado por un refuezo de la presencia imperialista en la región.

Actualmente, Washington no se contentará con un intento de estabilizar el poder neocolonial en Tailandia. Acaba de aumentar considerablemente su ayuda militar al ejército tailandés. Es de temer que acentúe otra vez sus presiones en Laos, con ayuda de los restos del ejército contrarrevolucionario del general **meo** Vang Pao y de la presencia en Tailandia de grupos vinculados al antiguo régimen y a los feudos del sur del país, mientras en el norte la influencia china sigue siendo importante.

La reaparición en el escenario internacional del príncipe Sihanuk y los llamamientos que lanza de cara a la reunión de una nueva conferencia internacional sobre Indochina pueden ofrecer a los Estados Unidos la ocasión para lanzar una ofensiva política y diplomática en torno a la cuestión camboyana, paralelamente a un intento de relanzar la actividad subversiva de los grupos derechistas **Khmer serai**. Prosiguen con su política de bloqueo económico y aislamiento diplomático de la revolución vietnamita.

El movimiento obrero internacional debe denunciar las presiones ejercidas sobre las revoluciones indochinas por el imperialismo e impedir que se agraven. Debe luchar por el levantamiento del bloqueo económico de Vietnam por los Estados Unidos y por la asignación de una ayuda económica incondicional a los tres países



indochinos por las potencias responsables de cuarenta años de criminales devastaciones. Debe denunciar el bloqueo económico de Camboya, amenazada de hambre. Debe exigir el reconocimiento diplomático de los regímenes indochinos por los gobiernos burgueses. Debe oponerse a la campaña de propaganda imperialista lanzada contra las revoluciones indochinas, y el apoyo militar prestado a la dictarura tailandesa. Debe exigir la retirada de la VIII flota norteamericana del Pacífico y el desmantelamiento de las bases norteamericanas. Frente al peligro de agresión imperialista, históricamente siempre presente, debe llamar a la constitución de un frente único de los Estados obreros.

31. Si hay que extraer una última lección de los recientes acontecimientos de Indochina, ante los sufrimientos que siguen conociendo estas poblaciones, ésta es la urgencia de la lucha por el renacimiento conjunto de auténticas tradiciones de internacionalismo proletario y de democracia socialista.

Los militantes de la Cuarta Internacional han emprendido este combate desde la fundación de su movimiento, frente a la degeneración estalinista del primer Estado obrero y de la Internacional Comunista. En cuarenta años de historia del movimiento obrero, este combate no ha perdido ni un ápice de actualidad, sino todo lo contrario.

Es el combate por la construcción de la Internacional revolucionaria de masas, por la revolución mundial, por la federación de los Estados unidos socialistas del mundo.

6 de abril de 1979

Nota: La crisis que sacude a la península indochina no puede comprenderse sin tener en cuenta el conjunto de factores analizados en la resolución adoptada por el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, el 6 de abril de 1979. Sin ello no es posible adoptar una posición global correcta ante estos conflictos.

Las declaraciones del Secretariado Unificado de enero de 1978 y enero de 1979 (ver INPRECOR nº 2) desdibujaban la articulación de los conflictos interburocráticos con el relanzamiento de una ofensiva imperialista, en el marco de la política de coexistencia pacífica. No destacaban de modo suficiente la actualidad de las tareas de defensa de las revoluciones indochinas frente al imperialismo. La declaración de febrero de 1979 (ver INPRECOR nº 3), centrada en la intervención china en Vietnam, no analizaba la nueva situación política creada en Camboya tras la entrada de los ejércitos regulares vietnamitas, ni la orientación que debían adoptar entonces los marxisas revolucionarios.



Las respuestas del imperialismo a los nuevos progresos de la revolución indochina

Esta resolución sometida a voto por la minoría del Secretariado Unificado, obtuvo: 30,5 votos a favor, 72 votos en contra, 7,5 abstenciones y 3 NPV.

I. El contexto político mundial de la lucha de clases

El derrocamiento del régimen de Pol Pot por fuerzas rebeldes camboyanas y tropas vietnamitas en diciembre de 1978-enero de 1979, y la invasión de tropas chinas en Vietnam en febrero-marzo de 1979, volvió a colocar la revolución indochina en el centro de la situación política mundial.

La revolución vietnamita, que es la componente más importante de la revolución indochina, encierra directamente el destino de 50 millones de personas. Afecta profundamente al porvenir de más de 300 millones de personas en el Sudeste asiático, un área que comprende rutas vitales para la navegación y yacimientos de estaño, tungsteno y petróleo, así como plantaciones de caucho. Aparte de ello, Vietnam ha sido durante años el principal campo de batalla entre el imperialismo y la revolución mundial.

El golpe que sufrió el imperialismo en 1975 fue un hito en la evolución política internacional después de la II Guerra Mundial. Revelaba las limitaciones de la capacidad de Washington para mantener una posición militar predominante en el mundo, y al mismo tiempo utilizar sus propias fuerzas armadas contra cualquier brote de la revolución mundial, competir efectivamente con sus rivales capitalistas, mantener un sistema monetario internacional estable y asegurar la paz social en su propio país. La derrota del imperialismo estadounidense en Indochina, seguida por la recesión económica mundial del capitalismo en 1974-75, modificó la relación de fuerzas mundial entre las clases a favor de la clase obrera.

La comprensión de las repercusiones de esta modificación es fundamental para entender los acontecimientos de 1978-79 en Indochina. Destacan los siguientes aspectos de la nueva situación.

El eje de la política mundial sigue siendo la lucha de clases entre los capitalistas, principalmente los imperialistas, por un lado, y la clase obrera y sus aliados trabajadores por otro.

Aunque los imperialistas sufrieron un duro golpe en Indochina en 1975, no se rindieron ni abandonaron. En unas condiciones mucho más desfavorables, trataron de encontrar la mejor manera de afirmar sus intereses frente a las masas trabajadoras de Indochina y todo el Sudeste asiático. Su objetivo sigue siendo el de debilitar, y en última instancia destruir, el Estado obrero de Vietnam.

Intensificaron su campaña contra la revolución vietnamita en respuesta a la eliminación definitiva de las relaciones de propiedad capitalistas en Vietnam del Sur en 1978, al derrocamiento del régimen de Pol Pot en Camboya, y a los peligros que suponían estos hechos para el mantenimiento del capitalismo en todo el Sudeste asiático. Lanzaron una ofensiva para frenar los nuevos avances de la lucha de clases.

Esta escalada contrarrevolucionaria de los imperialistas es el contexto en el que hay que insertar la guerra civil en Camboya y la invasión de Pekín en Vietnam.

El debilitamiento del imperialismo norteamericano después de 1975 hizo que la intervención militar abierta fuera demasiado arriesgada, debido a los sentimientos antiguerra de los trabajadores norteamericanos. Otras medidas directamente contrarrevolucionarias (aislamiento diplomático y boicot económico a Vietnam, ayuda militar a los regímenes capitalistas vecinos y guerrillas derechistas en Laos y Camboya) resultaron insuficientes para modificar la situación en beneficio del imperialismo. Por esta razón necesitaban la invasión de Pekín en Vietnam.

El debilitamiento del imperialismo ha obligado a los dirigentes capitalistas a practicar una política de distensión tanto con Moscú como con Pekín. Aunque jamás han renunciado a su último objetivo —destruir los dos Estados obreros más importantes y restaurar el capitalismo en estos países—, los imperialistas han tenido que variar sus objetivos inmediatos. En lugar de la vieja estrategia de **«containment and roll back»** (contener y rechazar), han intentado llegar a un acuerdo político tanto con Moscú como con Pekín, basado en la común oposición al cambio revolucionario y en la colaboración para evitarlo. Han propiciado también el establecimiento de relaciones comerciales significativas.

Las traiciones contrarrevolucionarias de Moscú y Pekín, que constituyen la esencia de estas relaciones de distensión, no representan un cambio en su política. Al contrario, son una continuación de la política de coexistencia pacífica, que se deriva de la oposición de los estalinistas —por razones de autoconservación— a cualquier avance de la revolución mundial. Lo nuevo del último decenio es que Washing

ton ha decidido responder a los insistentes ofrecimientos de las castas burocráticas.

Sin embargo, dentro del contexto de sus acuerdos de distensión, Moscú y Pekín han respondido de manera distinta a la ofensiva imperialista contra la revolución vietnamita.

Por razones de proximidad geográfica, el impacto de los avances revolucionarios en el Sudeste asiático amenazan más directamente a Pekín que a Moscú. Esto es particularmente cierto en el momento actual, en que la casta de Pekín conoce fuertes tensiones internas. Así, mientras Pekín reaccionó ante los avances de la revolución vietnamita expresando abiertamente su odio visceral hacia ella, la casta de Moscú, aunque igualmente hostil a los avances de la revolución vietnamita, no sufrió su impacto con la misma intensidad.

Además, el Sudeste asiático es una de las pocas zonas del mundo en que Pekín tiene un peso político y militar significativo, con lo que es objeto de fuertes presiones por parte del imperialismo para que demuestre su credibilidad como fuerza contrarrevolucionaria. Moscú, en cambio, cuenta con opciones más importantes para maniobrar con el imperialismo. Estableciendo una alianza formal con Hanoi, Moscú esperaba sacar mayores ventajas de cara a sus negociaciones con Washington.

En su intento de frenar la revolución vietnamita, los imperialistas pidieron ayuda militar a Pekín y apoyo diplomático a Moscú. Mientras Pekín invadía Vietnam, Moscú presionaba a Hanoi para que se estableciera en torno a Camboya un acuerdo del tipo del de Ginebra, que fuera aceptable para el imperiaismo.

II. Presiones imperialistas y el conflicto chino-soviético

La actual situación mundial, caracterizada por los acuerdos de distensión Washington-Moscú y Washington-Pekín, ha intensificado el conflicto chino-soviético en beneficio del imperialismo.

Tanto Moscú como Pekín temen que las relaciones del imperialismo con el otro se desarrollen a expensas de sus propios proyectos de distensión. Cada una de las castas, con objeto de reforzar su posición en la negociación con el imperialismo, trata de aumentar su influencia sobre las organizaciones de masas en todo el mundo, y particularmente su influencia sobre los regímenes de los demás Estados obreros. Moscú, de lejos el más poderoso de los dos, goza de una posición mucho mejor a escala mundial. Pero Pekín tiene una fuerza significativa en sus zonas limítrofes del Sudeste asiático, donde está decidido a resistir a las incursiones de Moscú en su zona de influencia.

Esta competencia no hace sino debilitar a todos los Estados obreros frente al imperialismo. Cada casta, para contrapesar a la otra, hace cada vez mayores concesiones al imperialismo.

La competencia Moscú-Pekín no proviene de una tendencia inherente a extender su territorio nacional a expensas del otro. No refleja el intento de maniobrar para lograr mejores posiciones con vistas a una guerra abierta entre estas dos potencias mundiales, aunque sean posibles breves guerras fronterizas.

El propio conflicto chino-soviético tiene lugar dentro del contexto fundamental de la lucha de clases mundial, en la que las clases dominantes se enfrentan a los obreros y sus aliados. En torno a las cuestiones decisivas —como una revolución—, las castas burocráticas de Moscú y Pekín no actúan independientemente. Las castas pueden encontrarse en situaciones en que se ven forzadas a defender contra el imperialismo los Estados y las relaciones de propiedad de las que extraen sus privilegios. Pero los intereses fundamentales de las castas son opuestos a los intereses de los trabajadores. Las burocracias necesitan llegar a un acomodo con el imperialismo; de ahí que actúen fundamentalmente como correas de transmisión de la presión imperialista contra la clase obrera.

El conflicto chino-soviético es consecuencias del hecho de que la presión imperialista adopta formas distintas y opera con ritmos distintos para cada casta burocrática nacional. Ello provoca respuestas diferentes y conflictivas por su parte, puesto que compiten entre sí para lograr relaciones favorables con el imperialismo.

A finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, el imperialismo empezó a abandonar su estrategia de «freno y rechazo» a ultranza frente a la Unión Soviética. Al mismo tiempo siguió manteniendo una postura muy agresiva hacia China. En este país, la revolución socialista era mucho más reciente, y su impacto inmediato aún se notaba en todo el mundo colonial.

El esfuerzo de Moscú por congraciarse con el imperialismo exigía la traición al Estado obrero chino, víctima del boicot económico imperialista y de su presión militar. La suspensión de la ayuda económica soviética; la negativa a defender a China en la guerra chino-india; y la negativa a garantizar la defensa de China en caso de ataque militar imperialista fueron destacados ejemplos de dicha traición. Las diferencias en el terreno de los intereses materiales se reflejaban en el plano político. Pekín, sometido a fuertes presiones imperialistas, respondió con una escalada de su retórica antiimperialista y con pretensiones de autosuficienca económica, y denunciando la mismo tiempo el «revisionismo» soviético. Moscú no podía permitir que el ejemplo de la revolución china desafiara el monolitismo político que trataba de mantener.

En el Sudeste asiático, actualmente, la reciente revolución vietnamita ha sido sometida a la más feroz agresión imperialista inmediata. Y los imperialistas se han dirigido a Moscú y Pekín en busca de ayuda, explotando el conflicto chino-soviético para sus propios fines.

Desde este punto de vista, el conflicto chino-soviético fue un factor que incidió en los recientes acontecimientos de Indochina. Pero está subordinado a las fuerzas de clase en pugna, el imperialismo por un lado y los obreros y campesinos por otro —porque el conflicto chino-soviético es a su vez un producto de la presión imperialista.

Las potencias imperialistas más poderosas —EE.UU., Japón, Alemania Occidental, Francia y Gran Bretaña— compiten entre sí de cara a establecer relaciones comerciales con Pekín y Moscú. Los capitalistas japoneses tomaron la delantera en esta carrera en torno al comercio con Pekín. Pero los capitalistas británicos y norteamericanos están reduciendo distancias con los nuevos tratados comerciales —y de venta de armas. Pekín también ha podido sacar ventaja de esta rivalidad, obteniendo mejores condiciones de intercambio con Tokyo.

Pese a su debilitamiento, el imperialismo norteamericano ha demostrado que conserva una enorme capacidad económica frente a sus rivales. Y ha demostrado también su capacidad para traducir su poderío militar preponderante en ventajas económicas.

La campaña de propaganda imperialista durante la invasión china en Vietnam ha demostrado que una componente importante de su estrategia política actual es el intento de anular los sentimientos antiguerra de las masas y de crear un clima propicio en que los trabajadores vuelvan a aceptar el empleo a gran escala de las tropas imperialistas contra la revolución mundial. clase obrera en todos los países imperialistas.

III. La invasión en Vietnam

El 17 de febrero de 1979, tropas de la República Popular China invadieron la República Socialista de Vietnam, desencadenando una guerra fronteriza a gran escala. En menos de tres semanas, Pekín empezó a retirar sus tropas, aunque tenía ocupadas algunas zonas y amenazaba con provocar una nueva escalada del conflicto armado.

El pueblo vietnamita sufrió un daño material considerable y numerosas bajas. Pero Washington y los estalinistas de Pekín no lograron sus principales objetivos.

Las raíces de la guerra fronteriza entre China y Vietnam se encuentran en la campaña lanzada por Washington contra la revolución vietnamita y contra la amenaza de nuevos avances anticapitalistas en otras zonas del Sudeste asiático.

Las principales preocupaciones del imperialismo eran:

1. Las medidas anticapitalistas adoptadas en Vietnam del Sur entre 1975 y 1978, llevando a cabo la unificación política del país, la expropiación de los bastiones capitalistas existentes en el Sur, y la consolidación de un Estado **obrero en todo Vietnam.**

2. El derrocamiento del régimen capitalista de Pol Pot en Camboya, en diciembre de 1978-enero de 1979 gracias a la acción combinada de las fuerzas camboyanas contrarias a Pol Pot y el ejército vietnamita. Esto alentó a las masas de Camboya y trastocó los planes imperialistas de utilizar el régimen de Pol Pot como amortiguador frente a la extensión de la revolución socialista a otras zonas del Sudeste asiático.

3. La creciente amenaza de movilizaciones de masas anticapitalistas en otras partes del Sudeste asiático, particularmente en Tailandia, donde la dictadura de Kriangsak está debilitada y la oposición avanza tanto en las ciudades como en el campo; y en Laos, donde la revolución socialista se ha profundizado bajo el impacto de los últimos acontecimientos.

Como parte de su esfuerzo por frenar el avance de la revolución socialista en el Sudeste asiático, Washington y los demás gobiernos imperialistas más importantes han tratado de reforzar los regímenes capitalistas de la alianza regional ASEAN (Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia). En particular, Washington ha incrementado la venta de armas a la dictadura militar tailandesa. Bangkok ha sido utilizada también para canalizar la ayuda militar a las guerrillas derechistas en Laos y Camboya.

Hanoi consideró que no tenía más remedio, para defenderse, que entrar en acción para derribar el régimen hostil de Pol Pot. El principal objetivo inmediato de los imperialistas era el de forzar a Hanoi a retirar sus tropas de Camboya, facilitando así la caída del nuevo gobierno camboyano y la imposición de un gobierno proimperialista.

Pero el intento de derribar el nuevo gobierno de Camboya exige una mayor capacidad militar que la de Pol Pot y las fuerzas del Khmer serai. Para no desafiar a los trabajadores antibelicistas en sus propios países lanzando una intervención militar directa, los imperialistas pidieron la ayuda de Pekín. A cambio de unas relaciones diplomáticas más estrechas y la promesa de una ayuda económica más amplia, los estalinistas chinos se comprometieron a «dar una lección a Vietnam». Se trataba para ellos de lleva a cabo una expedición punitiva para demostrar su credibilidad como una fuerza contrarrevolucionaria frente a la extensión de la revolución indochina. El objetivo era obligar a Vietnam a retirarse de Camboya, tal como querían los imperialistas.

Un objetivo adicional de los imperialistas consistía en aprovechar la guerra con fines propagandísticos, con el fin de desacreditar al marxismo y debilitar al movimiento obrero. Este objetivo propagandístico era particularmente importante a los ojos de Washington, que está desplegando un gran esfuezo par anular los sentimientos antiguerra que todavía están muy extendidos en el pueblo norteamericano, con el fin de que acepten de nuevo el empleo de las tropas estadounidenses para intervenir en los asuntos de otros países.

Una serie de acontecimientos decisivos antes y durante la invasión china en Vietnam confirmarían la colusión entre el imperialismo y los estalinistas de Pekín.

La expropiación de los últimos bastiones capitalistas en el Sur de Vietnam y la consolidación del Estado obrero en todo el país despertó la hostilidad universal del imperialismo. Este lanzó una hipócrita campaña propagandística en nombre de los comerciantes y mercaderes expropiados (los «refugiados en barco») y de los antiguos funcionarios del anterior régimen de Saigón (presentados como víctimas de un llamado «Gulag vietnamita»); siguió ejerciendo la presión económica y diplomática contra Vietnam; reforzó la ayuda económica y militar imperialista a los Estados capitalistas vecinos; renovó y estrechó las relaciones económicas y diplomáticas con el régimen de Pol Pot; y aceleró el establecimiento de relaciones más estrechas con Pekín, especialmente por parte de Washington y Tokyo.

En Washington y Tokyo se realizaron consultas en torno a los planes de Pekín de invadir Vietnam. Durante su visita a estas capitales, Deng Xiaoping anunció públicamente las intenciones de Pekín de «castigar» a Vietnam. Pese a que Washington clamó al principio por su inocencia en torno a la invasión, el Departamento de Estado admitió posteriormente que había sido informado de antemano sobre estos planes.

Durante la invasión, los imperialistas adoptaron demostrativamente una postura de «los negocios, como de costumbre» hacia Pekín. Se trataba de respaldar plenamente la invasión sin asumir responsabilidades directas en ella. Esta postura incluyó las ceremonias de establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre Washington y Pekín; el envio de misiones comerciales a alto nivel a Pekín y la negociación de importantes acuerdos económicos por parte de Washington y Londres; y los persistentes esfuerzos de Bonn y Tokyo por consolidar intercambios comerciales importantes con Pekín. Además, la mayoría de los grandes medios de comunicación capitalistas en los países imperialistas apoyaron, con mayor o menor franqueza, la invasión china.

Para disuadir a la Unión Soviética de ayudar a Vietnam, Washington envió un destacamento naval, con armas nucleares, a la costa de Vietnam durante la guerra. Además, Washington no dejó de incrementar pública mente su ayuda militar al régimen tailandés.

Los imperialistas lanzaron una campaña diplomática concertada de cara a recabar apoyo en pro de una solución al conflicto que, tras el disfraz de la ecuanimidad, reflejaba plenamente sus objetivos. Consistía en la propuesta de una retirada recíproca de las fuerzas vietnamitas de Camboya y de las fuerzas chinas de Vietnam, así como una conferencia del tipo de la de Ginebra con vistas a imponer un gobierno pretendidamente neutral (pero en realidad capitalista y proimperialista) en Camboya. Pekín, por supuesto, aceptó inmediatamente la fórmula de retirada recíproca, del mismo modo que la propuesta de una Camboya «neutral», dirigida por una figura capitalista como Sihanuk.

Sin embargo, la invasión de Vietnam no alcanzó los principales objetivos del imperialismo. Las tropas vietnamitas no tuvieron que abandonar Camboya, y en este país no se instaló ningún gobierno proimperialista. Al contrario, mientras la guerra fronteriza entre China y Vietnam hacía furor, las fuerzas de Pol Pot fueron expulsadas de las últimas capitales de provincia que tenían en su poder. En toda la región se han visto estimuladas las luchas de las masas trabajadoras. La capacidad de los imperialistas y estalinistas de bloquear los avances revolucionarios ha disminuido.

Los estalinistas de Pekín también sufrieron un revés. Aunque demostraron su voluntad de ir a la guerra para probar su utilidad al imperialismo, pusieron al descubierto sus propias debilidades. Devastaron las zonas que ocuparon, pero fueron incapaces de asestar un golpe «punitivo» al ejército vietnamita. A nivel político, Pekín sufrió un revés clarísimo. Dentro de China surgió un amplio descontento u oposición a la guerra. Esto dará lugar a mayores dificultades para el régimen de Deng en el porvenir, y puede allanar el camino a la expresión de la oposición obrera y campesina a la política estalinista. Los estalinistas de Pekín merecieron asímismo la condena casi universal del movimiento obrero internacional; jamás han estado tan aislados como ahora.

Pese a haber estrechado sus relaciones diplomáticas y comerciales con el imperialismo, el Estado obrero chino es ahora más vulnerable a las presiones imperialistas, y se ha debilitado frente al peligro final de un ataque militar destinado a restaurar el capitalismo.

Pese a que Hanoi logró organizar la defensa militar de Vietnam, dado su carácter estalinista no alcanzó a lanzar una campaña internacionalista con vistas a obtener el apoyo del pueblo chino, incluídos los soldados del ejército chino. En Camboya, Hanoi sigue tratando de llegar a un **modus vivendi** con el imperialismo, en lugar de promover una revolución socialista.

No obstante, la retirada del ejército chino de Vietnam y la consolidación de la victoria frente a las fuerzas de Pol Pot estimulará la acción de masas. El impulso dado a la revolución socialista en otras zonas del Sudeste asiático, particularmente en Laos y Tailandia, contribuirá en última instancia a minar el poder de la casta burocrática de Hanoi sobre las masas vietnamitas.

La postura de Moscú ante la actual ofensiva imperialista contra Vietnam ha sido esencialmente la misma que durante el apogeo de la intervención militar masiva de los EE.UU. Su ayuda militar y económica a Vietnam ha estado muy por debajo de las necesidades de Vietnam, y la ha utilizado para presionar a Hanoi con vistas a que se adaptara a los objetivos de la política exterior soviética. Los estalinistas de Moscú han sido cómplices de las presiones diplomáticas de Washington sobre Hanoi.

La principal preocupación de Moscú era que la alianza Washington-Pekín perjudicara las relaciones EE.UU.-URSS. De acuerdo con esta postura, Moscú ha dado cobertura sistemáticamente al imperialismo norteamericano. La expresión más clara de ello se dió en el principal discurso político de Breshnef en torno a la guerra fronteriza entre China y Vietnam, pronunciado el 2 de marzo de 1979. Breshnef tachó a China de «la más seria amenaza para la paz en todo el mundo», pero omitió siquiera mencionar el papel de Washington en la invasión. La pugna entre Moscú y Pekín en torno a los favores del imperialismo ha llevado al primero a lanzar una campaña de propaganda racista contra China dentro de la URSS.

En contraste con la línea de colaboración de clases de Moscú, la postura de la dirección castrista se caracterizó por: 1) subrayar la necesidad de ayudar a la revolución vietnamita al máximo posible; 2) movilizar a las masas cubanas dentro de un espíritu de solidaridad internacionalista con la revolución vietnamita; 3) condenar la responsabilidad de Washington en el conflicto; 4) denunciar el objetivo de Washington y Pekín de restaurar un régimen proimperialista en Camboya; 5) diferenciar entre el régimen de Pekín (condenado por su acción traidora) y el pueblo chino (al que se hizo extensiva la solidaridad). La posición de Cuba era una continuación de su línea proletaria internacionalista, tal como queda expresada en la famosa consigna de Che Guevara, «Crear dos, tres... muchos Vietnam».

Las declaraciones del gobierno cubano en el sentido de que estaba preparado, por si se le pedía, a enviar tropas para ayudar a Vietnam no sólo era una profesión de fe internacionalista, un desafío al imperialismo y una condena de Pekín. Era también una clara crítica (dentro de los límites diplomáticos impuestos a La Habana) a la tacañería de Moscú en su ayuda a Vietnam. Ayudó a Vietnam a rechazar las intensas presiones imperialistas para que se retirara de Camboya.

La postura revolucionaria adoptada por la dirección cubana —corriendo de nuevo el riesgo de sufrir represalias por parte de Washington— confirma que sigue creyendo que el destino de la propia Cuba depende ante todo de la defensa y extensión de la revolución mundial. La popularización de este enfoque ayuda a los trabajadores y campesinos de Indochina. Como fruto de esta postura, el prestigio de la dirección castrista crecerá a los ojos de los trabajadores revolucionarios en todo el mundo.

Como parte de su persistente ofensiva contra la revolución mundial, los imperialistas aprovecharon la guerra fronteriza entre China y Vietnam para lanzar una ofensiva propagandística que incluía los siguientes temas principales:

1. Que Washington y las demás potencias imperialistas no son responsables de la invasión de Vietnam; que era una guerra derivada de la rivalidad entre «países socialistas», que nada tenía que ver con cualquier iniciativa imperialista contra el cambio revolucionario en el Sudeste asiático; que el papel del imperialismo en estos conflictos podía ser el de un «honesto intermediario», con vistas a restaurar la paz y la estabilidad.

2. Que los Estados obreros tienen una tendencia inherente a la guerra; que los comunistas (y socialistas) son propensos a los conflictos fraticidas; que el marxismo, que afirma que el socialismo eliminará las raíces de la guerra, es ahora un fracaso probado.

3. Que la disputa chino-soviética y la rivalidad entre Pekín y Hanoi en torno a las esferas de influencia en el Sudeste asiático eran el contexto fundamental de la guerra fronteriza; que la disputa chino-soviética podía intensificarse hasta una tercera guerra mundial; que la situación política mundial está entrando en una nueva era caracterizada por las guerras entre Estados obreros.

4. Que la guerra es fruto de problemas seculares que existen independientemente de los sistemas económicos o sociales —como el nacionalismo y el odio nacional, la lucha por esferas de influencia, la necesidad de responder a los ataques al prestigio y al poder nacional para no «perder la cara» en el escenario internacional.

5. Que después de que las fuerzas imperialistas fueran expulsadas de Indochina en 1975, la inestabilidad inherente a esta región atrasada e ignorante estalló en forma de guerra.

El impulso de esta campaña propagandística estaba destinado a obtener apoyo para la idea de que la «lúcida» acción diplomática y militar del imperialismo, particularmente por parte de Washington, podría contener el impacto desestabilizador de unos acontecimientos que amenazan con una guerra mundial. En palabras del Wall Street Journal, «la espiral hacia el desorden sólo puede ser desviada si los EE.UU. vuelven a afirmarse de nuevo».

Este intento de los imperialistas estadounidenses de quebrar el sentimiento antiguerra de las masas, apenas encontró eco en la clase obrera norteamericana. Cualquier intervención militar abierta de los EE.UU. en otros países seguirá provocando una profunda desconfianza y una oposición masiva.

Sin embargo, la ofensiva ideológica capitalista internacional logró originar presiones socialpatrióticas y exacerbar la desorientación y la desmoralización en sectores pequeñoburgueses del movimiento obrero y círculos de izquierda, que se hicieron eco de muchos aspectos de la propaganda desencadenada por el imperialismo.

Concretamente, muchas de estas tendencias avanzaron fundamentalmente la misma solución política al conflicto que los imperialistas: retirada recíproca de las tropas vietnamitas de Camboya y de las tropas chinas de Vietnam. En general, la explicación de la guerra que dieron las tendencias pequeñoburguesas minimizaban asimismo el carácter central de la iniciativa imperialista contra la transformación revolucionaria del Sudeste asiático. Generalmente rebajaban el papel que seguía desempeñando el imperialismo.

En contraste con estas tendencias capituladoras, la postura marxista revolucionaria en torno a la guerra centró su fuego en el imperialismo, y levantó consignas de acuerdo con la siguiente orientación:

¡Fuera las manos de Vietnam! ¡Alto a la campaña imperialista contra la revolución vietnamita! ¡Solidaridad con las luchas de las masas en Camboya, Laos y Tailandia frente al dominio imperialista! ¡Ayuda económica masiva para reconstruir Indochina!

Dentro de este contexto, los marxistas revolucionarios exigieron la retirada inmediata de las tropas chinas de

Vietnam. Los revolucionarios llamaron a la Unión Soviética a prestar a los vietnamitas toda la ayuda militar que necesitaran —sin condiciones— para parar el ataque de Pekín, advirtiendo al mismo tiempo a la burocracia del Kremlin de que no interviniera en China.

IV. Consolidación del Estado obrero vietnamita

La victoria de las fuerzas de liberación de Vietnam, el 30 de abril de 1975, fue saludada con una explosión de entusiasmo popular por las masas de obreros y campesinos.

Los obreros ocuparon las fábricas para impedir el sabotaje y el robo por parte de los capitalistas en su huída. Se formaron comités de fábrica y de barrio para organizar la vida social y económica, generalmente bajo la dirección de cuadros del PC vietnamita. Las acciones de las masas demostraron que aspiraban a una rápida eliminación del capitalismo y la reunificación del país.

Los imperialistas dejaron atrás una devastación masiva y una economía destrozada. Había 3,5 millones de parados, y centenares de miles de personas sin vivienda. La prostitución, la toxicomanía y la enfermedad estaban muy extendidas en los centros urbanos. Gigantescas extensiones de tierra cultivable, antaño fértil, estaba agujereada por las bombas, exfoliada, había quedado improductiva. Millones de campesinos habían tenido que emigrar a las ciudades.

Al principio, los dirigentes del PCV trataron de mantener un gobierno separado y unas relaciones de propiedad capitalistas en Vietnam del Sur. Esperaban que esto les ayudaría a obtener ayuda y establecer relaciones comerciales con el imperialismo, y que los capitalistas que quedaban en el Sur podían ser inducidos a ayudar a reconstruir la asolada economía.

Le Duan resumió la política del PCV en un discurso pronunciado el 15 de mayo de 1975. Anunció la «construcción socialista» en el Norte, pero la creación de una «economía nacional-democrática próspera» en el Sur. El Gobierno Revolucionario Provisional se instaló en el Sur como entidad separada, el 6 de junio de 1975.

La movilización masiva de los trabajadores que emergió con la liberación fue amortiguada por la política de colaboración de clases, pero no fue aplastada ni eliminada.

El nuevo régimen no reconoció los derechos democráticos. Pero gozaba de suficiente prestigio, en ausencia de cualquier dirección revolucionaria alternativa, como para mantener el control de las masas sin tener que recurrir a una represión extrema.

La política de cortejar la ayuda imperialista y reconstruir la economía sobre una base capitalista fue un fracaso. Washington renegó de su promesa de 1973 —entregar 2.200 millones de dólares en ayuda a la reconstrucción— y en su lugar impuso un rígido boicot económico. El comercio con otras potencias imperialistas era mínimo; éstas no confiaban en la capacidad del PCV para estabilizar el capitalismo en el Sur, prefiriendo en su lugar la presión económica para debilitar al régimen.

Los capitalistas vietnamitas que habían permanecido en el Sur no realizaron nuevas inversiones, y se aprovecharon de su control casi total sobre el comercio. Vietnam siguió bajo la plaga de la inflación, el paro y la escasez.

En cuanto a los pretendidos aliados de Vietnam, las cosas no andaban mejor. Pekín exigía el pago del arroz. Moscú concedió con tacañería préstamos con intereses, insuficientes para cubrir las necesidades de Vietnam, y se negó a dar los créditos a largo plazo que reclamaba Hanoi.

En esta situación, y bajo la constante presión de las masas, el PCV se vio obligado a dejar de actuar como el guardián de las relaciones de propiedad capitalistas.

Después de agosto de 1975 se alcanzó la etapa del gobierno obrero y campesino, cuando se nacionalizaron los bancos, se arrestó a algunos cabecillas comerciantes y se llevó a cabo una reforma monetaria. Estas medidas vinieron acompañadas de manifestaciones populares de protesta contra los comerciantes usureros y acaparadores.

En noviembre de 1975 se proyectó una Asamblea Nacional unificada de todo Vietnam. En julio de 1976 se reunió este organismo y sancionó formalmente la reunificación.

Pero Hanoi todavía dudaba en expropiar a los capitalistas del Sur, pues aún esperaba la ayuda imperialista, el comercio, los créditos e inversiones (particularmente en la explotación de yacimientos submarinos de petróleo).

Sin embargo, a comienzos de 1978 estaba claro que los imperialistas estaban manteniendo e incrementando sus presiones económicas, diplomáticas y militares. Además, unas inundaciones y sequías desvastadoras, en 1976 y 1977, obligaron a reducir drásticamente la ración de arroz; creció la ira popular contra los comerciantes acaparadores y usureros, que se aprovechaban de su control sobre el comercio en condiciones de escasez. El intento de aplicar un plan económico nacional a estructuras económicas contradictorias había fracasado, aumentando también peligrosamente los trastornos en el Norte. Un número significativo de cuadros estalinistas en el Sur habían ido forjando lazos estrechos y provechosos con los capitalistas.

En marzo de 1978, miles de personas se organizaron bajo la dirección de cuadros del ejército, con el fin de requisar las tiendas y los bienes de los grandes comerciantes. Se anunció la expropiación de 30.000 establecimientos. Poco después se organizaron manifestaciones de masas para liquidar el mercado negro. En mayo se introdujo una única moneda para todo el país.

Estas medidas marcaron la unificación económica de Vietnam, instaurando un Estado obrero de 50 millones de personas, el tercer más grande del mundo.

Vietnam es un Estado obrero deformado. La casta parasitaria que domina a los obreros y campesinos sólo puede ser eliminada mediante una revolución política y la instauración de



una democracia obrera.

La revolución social en Vietnam tiene grandes logros en su haber, pese a las graves dificultades originadas por la guerra imperialistas, el bloqueo económico subsiguiente y los desastres naturales.

El capitalismo ha sido abolido y Vietnam está libre de la dominación imperialista. El paro ha disminuido enormemente. La educación y la sanidad se han extendido constantemente, reduciendo el analfabetismo y eliminando las enfermedades epidémicas antaño generalizadas. Mediante el racionamiento se ha creado un sistema de distribución de alimentos más ecuánime, aminorando así los efectos desastrosos de la escasez de alimentos. Cerca de un millón de personas han sido convencidas para trasladarse de las ciudades superpobladas a las «nuevas zonas económicas», dode se reconstruye la agricultura en unas condiciones de vida extremamente difíciles. La planificación económica nacional para todo Vietnam abre el camino a una mejora significativa del nivel de vida.

Estas conquistas, consolidadas gracias a la movilización de la presión de las masas, contrasta nítidamente con el desastre social de Camboya en el mismo periodo.

Las masas vietnamitas tienen mucho que criticar al PCV por sus privilegios, sus prácticas antidemocráticas, su corrupción y mala gestión. Pero están dispuestas a luchar para defender sus conquistas contra cualquier ataque.

Hacia finales de 1977, cuando Vietnam emprendió la liquidación de los últimos reductos del capitalismo, los imperialistas iniciaron una nueva ofensiva. Su objetivo inmediato era contener la revolución, debilitarla, desestabilizar económicamente a Vietnam e impedir la extensión del impulso revolucionario a Laos, Camboya y Tailandia.

El régimen de Pol Pot, coincidiendo con los proyectos imperialistas rompió relaciones con Hanoi y multiplicó las incursiones contra las fronteras vietnamitas, particularmente en las áreas de las «nuevas zonas económicas». Al mismo tiempo, el régimen de Pol Pot empezó a recomponer sus lazos con la dictadura de Kriangsak en Tailandia y los demás regímenes de la ASEAN. Pekín, por su parte, dio muestras de una creciente hostilidad hacia Vietnam, concentrando tropas en la frontera. De este modo, tanto Phnom Penh como Pekín mostraron su confabulación con el imperialismo contra la revolución vietnamita.

A pesar de los numerosos ofrecimientos diplomáticos por parte de Hanoi, Washington reafirmó su negativa a reconocer al gobierno Vietnamita. Las expropiaciones masivas a comienzos de 1978 hicieron que la hostilidad del imperialismo hacia Vietnam creciera. En Setiembre de 1978, justo en el momento en que Hanoi reclamaba ayuda urgente en productos alimenticios, Carter reafirmó el embargo comercial de EE.UU. sobre Vietnam.

Frente a esta hostilidad y esta encerrona, Hanoi se sintió forzado a actuar mientras aún tuviera una ocasión propicia, a tomar una iniciativa militar contra Pol Pot en colaboración con los rebeldes camboyanos. La decisión de derribar el régimen de Pol Pot, que cada vez era más proimperialista, fue un acto de autodefensa del Estado obrero vietnamita. La caída de Pol Pot fue un paso adelante para la revolución vietnamita y para los obreros y campesinos camboyanos.

Las presiones militares y económicas del imperialismo han venido acompañadas de una campaña propagandística centrada en torno a los siguientes tres temas:

1. Lamenta el «trágico» destino de los «refugiados en barco», de quienes se afirma que huyen de la opresión en Vietnam. En realidad, la mayoría de esos «refugiados» son comerciantes expropiados, mercaderes y sus congéneres, que abandonaron Vietnam voluntariamente después de haber perdido su propiedad y sus privilegios. Los imperialistas, cuyas bombas dejaron a millones de personas sin viviendas, han cerrado hipócritamente sus propias puertas a los «refugiados».

2. Acusan a Vietnam de que hay un «Gulag» en el Sur, afirmando que el régimen es igual de represivo que el anterior, apoyado por los EE.UU. Pero la gente que se mantiene en los «campos de reeducación» son en su mayoría funcionarios y oficiales del antiguo régimen, muchos de ellos culpables de crímenes de guerra. No los han tratado del modo tan horrible que ellos mismos trataron en su día a los combatientes por la liberación que caían en sus manos.

En Vietnam del Sur no existe ningún equivalente a los campos de concentración del «Gulag» de Stalin, donde murieron millones de disidentes obreros. La propaganda capitalista a este respecto ayuda a desviar la atención de los auténticos «Gulag» capitalistas que existen en otras partes del Sudeste asiático, como Indonesia y las Filipinas. También está destinada a justificar la guerra imperialista en Vietnam, y a sentar las bases para la intervención militar imperialista en otras partes

3. Afirman que Vietnam es una potencia expansionista, que trata de ampliar su antigua «esfera de influencia» y dominar a los pueblos de Indochina. Esta propaganda está destinada a desacreditar a la resistencia frente a las maniobras imperialistas, la alianza entre Laos y Vietnam, y el derrocamiento de Pol Pot.

La Cuarta Internacional denuncia y condena estas mentiras y expone la verdad sobre Vietnam.

Las devastaciones de la guerra, las presiones económicas imperialistas y los efectos de las recientes sequías e inundaciones, son un enorme fardo para el pueblo de Vietnam, Laos y Camboya. La Cuarta Internacional culpa de todo ello, en primer lugar y ante todo, al imperialismo, y reclama la ayuda masiva para reconstruir estos países. Exigimos que se establezcan relaciones diplomáticas plenas con el gobierno de Vietnam y el nuevo gobierno de Camboya, que se ponga fin al bloqueo económico por parte de los EE.UU. Exigimos que los imperialistas suspendan sus suministros de armas al Sudeste asiático, que retiren desde ya la Séptima Flota norteamericana y abandonen todas las bases militares.

V. La lucha de clases en Camboya

En marzo de 1970, un golpe de Estado apoyado por los EE.UU. derribó el régimen de Sihanuk e instaló la dictadura militar de Lon Nol en Camboya. Explotó el descontento, largamente incubado.

El PCV había apoyado al régimen de terratenientes y capitalistas de Sihanuk, a cambio de poder utilizar la parte oriental de Camboya como base militar. Cuando el régimen de Lon Nol trató de eliminar estas bases, con la ayuda del ejército de los EE.UU. y Saigón, los vietnamitas se autodefendieron. Se unieron a las guerrillas, dirigidas por el PC camboyano, para combatir a Lon Nol. La insurrección se extendió por los campos, y se movilizó un poderoso ejército campesino de 50.000 soldados. El ejército del «Khmer rojo» pasó a controlar rápidamente casi todo el territorio rural.

Al igual que el PCV, el PCC era un partido estalinista. Componente de una corriente internacional del movimiento obrero, el PCC era pequeñoburgués en su programa, su composición y su dirección. Abogaba por la preservación de un capitalismo reformado, en lugar de la instauración de un Estado obrero. Para ello, el PCC creó el Frente Unido Nacional de Kampuchea (FUNK), presidido por el principe Sihanuk e incluyendo a otros políticos de la clase dominante.

Cuando se firmaron los Acuerdos de París, en enero de 1973, el PCV presionó a los dirigentes del PCC a que llegaran a un acuerdo con la dictadura de Lon Nol. Al parecer, la mayoría de dirigentes del Khmer rojo se opusieron. En respuesta, los estalinistas vietnamitas redujeron drásticamente su ayuda militar, dejando aislados a los combatientes camboyanos durante los bombardeos más salvajes de la guerra de Indochina, por parte de los Estados Unidos.

El ala del PCC encabezada por Pol Pot, Ieng Sary y Jieu Samphan aprovecharon la ocasión para organizar una purga en el partido contra los sospe-

chosos de simpatías «provietnamitas». Al mismo tiempo desencadenaron una profunda represión en las zonas liberadas que controlaban más estrechamente, arrebatando la tierra a los campesinos pobres, al igual que expropiaban a los explotadores, y trasladando a la población a la fuerza.

La caída de Phnom Penh en manos de las fuerzas del Khmer rojo, el 17 de abril de 1975, colocó a los dirigentes del PCC al frente de una nación cuya estructura económica y social habían sido trastornadas por la guerra civil y los bombardeos norteamericanos. El hambre masivo era un peligro real. En estas circunstancias, sólo la instauración de un gobierno obrero y campesino y la movilización de las masas explotadas y oprimidas para derribar el capitalismo, podía bloquear la catástrofe económica y social y abrir el camino hacia adelante.

Pero el ala Pol Pot - Ieng Sary - Jieu Sampahn del Khmer rojo siguió el rumbo opuesto.

Al alcanzar el poder, el régimen de Pol Pot nacionalizó ampliamente la propiedad privada. No sólo se expropió a los imperialistas, la burguesía camboyana y a los terratenientes, sino que también se requisó la propiedad de los campesinos pobres, así como de los pequeños comerciantes y vendedores urbanos. Las fuerzas de Pol Pot no sólo ejecutaron, encarcelaron y eliminaron a los funcionarios del antiguo régimen, sino a todos los disidentes, reales o imaginarios. Los obreros urbanos y otras personas técnicamente expertas y formadas eran particularmente sospechosos.

Desde su primer día en Phnom Penh, el régimen lanzó una brutal acción reaccionaria contra los trabajadores y los pobres de las ciudades, evacuándolos por la fuerza al campo y tratándolos como enemigos. Poco después procedió a dispersar brutalmente a los campesinos pobres por toda Camboya, organizando emigraciones forzosas hacia campos de trabajo agrícolas. Incluso los utensillos de cocina y la ropa extra que pertenecía a los campesinos pobres se confiscó finalmente. El objetivo consistía en atomizar a las masas urbanas y rurales y en prevenir la resistencia. El precio fue un enorme sufrimiento humano: la muerte, la enfermedad y el hambre.

El régimen de Pol Pot recortó radicalmente o eliminó los servicios públicos de todo tipo. Decretó la semana laboral de siete días y prolongó la jornada de trabajo. Instituyó el trabajo infantil. Eliminó toda la educación superior y la mayor parte de la educación elemental, así como la mayor parte de los servicios médicos. Las redes de transporte y comunicación quedaron drásticamente reducidas o se colapsaron del todo.

Al mismo tiempo, el Khmer rojo gozaba de privilegios que le permitía vivir en mejores condiciones.

Para imponer esta brutal reducción de las expectativas y del nivel de vida de las masas, el régimen institucionalizó una represión totalitaria que contemplaba todos los aspectos de la vida individual de cada persona.

Las «nacionalizaciones» y «colectivizaciones» del régimen de Pol Pot no tenían nada que ver con la expropiación de los capitalistas y terratenientes por la que habían luchado los obreros y campesinos. Los trabajadores fueron dispersados; la producción industrial y la manufactura dieron un salto atrás. Las movilizaciones campesinas que llevaron al Khmer rojo al poder refluyeron. Las fuerzas sociales capaces de hacer avanzar la lucha anticapitalista quedaron aplastadas.

El aparato estatal capitalista existente fue eliminado, pero el surgimiento de un gobierno obrero y campesino quedó bloqueado. Cualquier posibilidad de una alianza política entre el proletariado y los trabajadores rurales pobres estaba destruida. La brutal y repentina expropiación de los campesinos pobres fue un golpe para los intereses de los trabajadores. La clase obrera no fue capaz de sustituir los destrozados cimientos de la sociedad camboyana por un nuevo orden social. La pretendida supresión del dinero no eliminó, ni podía eliminar, ni la circulación de mercancías ni el uso de medios monetarios. Fue una medida administrativa temporal, cuyo objetivo y principal efecto fue una restricción aún mayor del consumo de las masas a favor del aparato privilegiado.

A falta de una profunda revolución social —claros progresos económicos y sociales de las masas trabajadoras, que están dispuestas a defenderlos frente a cualquier intento de arrebatarselos—, sólo hay una salida posible a las amplias expropiaciones por parte de una dirección pequeñoburguesa. Esta es la progresiva acumulación capitalista privada por la pequeña burguesía en la burocracia estatal, el ejército, los campos de trabajo agrícola, y en algunos rincones y rendijas de la economía. A este respecto, Camboya, pese a tener una economía primitiva y fuertemente trastornada, se asemejaba más a otros países capitalistas en que se produjeron amplias nacionalizaciones, que no a un Estado obrero como China o Vietnam.

La nacionalización de la propiedad en sí misma no basta para instaurar un Estado obrero. Es también necesaria la institución de la clase obrera como clase dirigente mediante la transformación de las relaciones de producción en interés de los trabajadores y sus aliados.

Esto se demostró con la máxima claridad en las revoluciones rusa y cubana, donde unas direcciones revolucionarias condujeron conscientemente el levantamiento de las masas. También se demostró en las revoluciones socialistas deformadas por la mala dirección estalinista —desde los cambios operados en Europa Oriental y China hasta las transformaciones sociales que dieron un salto cualitativo decisivo en Vietnam el año pasado. Las nacionalizaciones y los campos de trabajo forzoso en Camboya no fueron una conquista de los trabajadores y en modo alguno constituían un paso adelante hacia la resolución de los problemas sociales y económicos a que se enfrentaban las masas camboyanas.

Pese a un extrañamiento temporal, el régimen de Pol Pot encontró que necesitaba el apoyo imperialista como última arma contra los obreros y campesinos, particularmente frente al proceso revolucionario en Vietnam. La alianza de Phnom Penh con Pekín también se estrechó, a medida que China recababa cada vez más abiertamente la ayuda imperialista.

Los imperialistas desconfiaban al principio profundamente del régimen del Khmer rojo y explotaron su brutalidad con fines de propaganda anticomunista. Pero cuando en Vietnam se profundizó el proceso revolucionario, los imperialistas y los regímenes capitalistas vecinos empezaron a mirar a Camboya bajo una nueva luz.

Desde el comienzo, el régimen de Pol Pot recurrió al chovinismo antivietnamita y provocó conflictos militares en la frontera, esperando rechazar el impacto de la revolución vietnamita. Estos incidentes alcanzaron el nivel de una guerra fronteriza a finales de 1977, obligando a Vietnam a evacuar a centenares de miles de personas de las regiones fronterizas. El 31 de diciembre de 1977, Camboya rompió relaciones con Vietnam.

El régimen de Pol Pot estableció relaciones diplomáticas con Tailandia, Singapur, Malasia e Indonesia. Hizo gestiones con vistas a establecer relaciones con Australia.

Disminuyeron los incidentes fronterizos entre Camboya y Tailandia. Aumentaron los incidentes fronterizos entre Camboya y Laos.

Las informaciones de la prensa capitalista empezaron a restar importancia a la violación de los derechos humanos en Camboya. En cambio, la propaganda capitalista se centró en la amenaza del «expansionismo vietnamita». A finales de 1978, el Departamento de Estado de los EE.UU. afirmó —en relación a Camboya— la necesidad de un «sistema estable de Estados independientes». El imperialismo japonés empezó a elaborar proyectos de ayuda al régimen de Pol Pot, en un intento de hacerlo económicamente viable frente al ejemplo amenazador de la revolución vietnamita.

Sin embargo, la oposición en Camboya, que respondía a la presión de los obreros y campesinos, esperaba recibir apoyo de la revolución vietnamita.

A medidados de 1978 —después de que el régimen camboyano rompiera relaciones con Vietnam, después de que Phnom Penh lanzara crecientes incursiones fronterizas sangrientas a pesar de las represalias vietnamitas, y después de que Phnom Penh rechazara todas las ofertas de negociación, demostrando que confiaba en un apoyo poderoso—, Hanoi abandonó su objetivo inicial de resolver las diferencias pacíficamente. Además de la ayuda que recibía Phnom Penh de Pekín, Hanoi tenía sobradas razones para presumir que Pol Pot iba a recibir pronto la ayuda económica, diplomática y militar de EE.UU., como parte de los esfuerzos imperialistas por debilitar a Vietnam.

Ante esta situación, Hanoi estrechó sus lazos con la oposición dentro del PCC y del aparato del Khmer rojo. En el Este de Camboya comenzó la guerrilla contra el régimen de Pol Pot. En otras partes se produjeron diversas rebeliones.

La necesidad de defender el Estado obrero vietnamita llevó a Hanoi a enviar un elevado contingente de tropas a Camboya, en diciembre de 1978, ayudando a los rebeldes a instaurar un nuevo gobierno.

La Cuarta Internacional saluda la caída de Pol Pot como un avance de la revolución camboyana. Esta caída abre la posibilidad para las masas de luchar por un gobierno obrero y campesino que pueda adoptar las medidas y dirigir las movilizaciones necesarias para instaurar un Estado obrero.

La línea de colaboración de clases de los estalinistas vietnamitas y el nuevo gobierno de Heng Samrin en Camboya son un obstáculo en este camino. Sin embargo, para responder a las presiones del imperialismo y a las exigencias de las masas, pueden verse obligados a avanzar más de lo que inicialmente proyectaban en sus medidas anticapitalistas.

Inmediatamente después de la caída de Pol Pot, el nuevo gobierno y sus sustentadores vietnamitas sufrieron fuertes presiones en tres aspectos políticos clave: 1) organizar y restaurar la producción agrícola y tomar medidas de cara a deshacer el entuerto causado por los campos de trabajo forzado de Pol Pot; 2) renovar ampliamente la producción industrial y la manufactura, y asegurar el sustento de las personas que vuelven a las ciudades y pueblos; y 3) crear estructuras administrativas y militares que puedan movilizar y armar a las masas de cara a proteger a la población frente a las incursiones punitivas del Khmer rojo.

Pese a que el gobierno de Heng Samrin ha tenido que apoyarse hasta cierto punto en la movilización popular, no puede prestársele confianza alguna en que llevará a cabo las medidas necesarias. Ello requiere la intervención activa de los obreros y campesinos. El objetivo de la Cuarta Internacional consiste en apoyar y participar en las luchas de los obreros y campesinos camboyanos de cara a contribuir a forjar un partido marxista revolucionario de masas, genuinamente internacionalista, en Camboya.

Una necesidad inmediata decisiva es la ayuda en alimentos, medicamentos y a la reconstrucción. Debería lanzarse una campaña internacional exigiendo que todos los gobiernos, particularmente los imperialistas, que llevan la principal responsabilidad, presten una ayuda masiva a la reconstrucción de Camboya, y desbaraten la amenaza de hambre; por el reconocimiento del nuevo régimen camboyano; y por la suspensión del apoyo imperialista, tailandés y chino a las fuerzas de Pol Pot y del Khmer serai.

VI. Cambio revolucionario en el sudeste asiático

La victoria de las fuerzas de liberación en Vietnam en 1975 cambió la correlación de fuerzas en todo el Sudeste asiático a favor de la clase obrera y de sus aliados trabajadores.

Los mayores progresos durante estos años, aparte de Vietrnam, se han dado en Laos, uno de los países más pobres y pequeños de Asia.

Tras los Acuerdos de París de 1973 se formó en Vietian un gobierno de coalición entre el Pathet Lao, estalinista, y las fuerzas proimperialistas. Pero después de la victoria de 1975 en Vietnam, las movilizaciones de los obreros, los estudiantes y las masas empobrecidas de las ciudades precipitaron la ruptura de la coalición. En diciembre de 1975, el Pathet Lao dispersó la coalición y asumió el gobierno por sí solo.

Durante los tres años siguientes, el gobierno de Kaysone Phomvihane ha seguido un curso vacilante pero progresivamente anticapitalista. El ejército real ha sido disuelto. La momarquía, abolida. Los grandes terratenientes han sido expropiados y la tierra distribuida a los campesinos sin tierra. Los privilegios de la casta de monjes budistas han sido recortados. Se expropiaron las empresas extranjeras y la mayoría de los negocios autóctonos pasaron a ser propiedad estatal o propiedad mixta privada-estatal. La educación y la sanidad se extendieron rápidamente. Pese a que buena parte del comercio permanece en manos privadas, se introdujo el racionamiento de los artículos de primera necesidad.

El gobierno Phomvihane intenta poner fin al cultivo y comercio a gran escala de opio. (El opio fue el principal producto de exportación del país durante el antiguo régimen y representó la mayor concentración de capital comercial; la continuación de su producción facilita la penetración económica imperialista y plantea una amenaza militar por parte de los ejércitos mercenarios, fuertes y apoyados por el imperialismo, relacionados con el comercio del opio).

Estas medidas caracterizan al gobierno de Laos como un gobierno obrero y campesino, aunque dominado por un partido estalinista que asegura su propio control sobre las movilizaciones de masas y no permite la toma de decisiones democráticas por los obreros y campesinos.

El gobierno de Laos ha forjado una estrecha alianza con Vietnam, formalizada con el tratado militar y económico de 25 años que se firmó en julio de 1977. Por ello, los medios de comunicación capitalistas denuncian a Laos como «marioneta» de Vietnam. En realidad, Laos y Vietnam se aproximaron mutuamente como resultado de la revolución social que se desarrolla en ambos países.

La Cuarta Internacional rechaza la campaña de difamación contrarrevolucionaria contra la revolución laosiana. Pero no prestamos ninguna confianza política a los estalinistas laosianos, que han puesto de manifiesto su temor a la extensión de la revolución al firmar el acuerdo «antisubversivo» con Tailandia y al presionar a las guerrillas tailandesas para que abandonen sus bases en Laos. Estamos a favor de la construcción de una dirección marxista revolucionaria independiente en Laos, al igual que en Vietnam y en Camboya.

En los demás países del Sudeste asiático, el ejemplo de las revoluciones vietnamita y laosiana, combinado con los efectos de la crisis económica imperialista, ha provocado una inquietud social creciente.

El país más profundamente afectado es Tailandia. Ya había conocido un levantamiento de obreros, campesinos y estudiantes en 1973, que derribó la dictadura de Thanom Kittikachorn. En octubre de 1976 se lanzó una contraofensiva capitalista, con un golpe militar derechista que instaló en el poder al general Thanin Kravichien. Empezó una represión sangrienta.

Sin embargo, el descontento popular se profundizó. Los trabajadores en los sindicatos y los campesinos en su lucha por la tierra no se dejaron intimidar. Entonces, los dirigentes capitalistas cambiaron de rumbo. Un nuevo golpe llevó al poder al general Kriangsak Chamanan, en 1977. Trató de contener el descontento convocando elecciones y decretando el primer salario mínimo de Tailandia. Pero en las condiciones de crisis económica prevalecientes, los obreros y campesinos se han empobrecido aún más bajo su gobierno.

En el campo tailandés ha ganado impulso una guerra campesina, particularmente en el Norte y Nordeste. Cuenta con el apoyo de la Federación Campesina de Tailandia, que organizó masivas manifestaciones campesinas

en Bangkok a mediados de los años setenta. Se tiene noticia que actualmente operan insurgentes campesinos, dirigidos por el PC de Tailandia, en 46 de las 73 provincias del país.

El régimen de Kriangsak veía en el ejemplo de la revolución vietnamita una amenaza mortal y se propuso apoyar al régimen de Pol Pot como parachoques frente a la extensión de la revolución. Pero Bangkok sufrió un duro golpe cuando el derrocamiento de Pol Pot y la profundización de la revolución en Laos trajo la amenaza revolucionaria hasta la frontera tailandesa. Además de pedir a Pekín que aconsejara moderación al PC tailandés, Kriangsak visitó Moscú para pedir su ayuda en Camboya.

En otras partes de la región —en Birmania, Malasia, las Filipinas— la crisis social prosigue, aunque con menor intensidad que en Indochina.

El imperialismo norteamericano es consciente de que sus satélites de la ASEAN no pueden resistirse por sí solos a la extensión de la revolución. Para ello será necesario utilizar directamente las fuerzas militares imperialistas. De ahí la actual campaña propagandística que presenta al «expansionismo vietnamita» y la «competencia chino-soviética» en el Sudeste asiático como la fuente de peligro de guerra en la región. Detrás de esta cortina de humo, el imperialismo ha suspendido la retirada de tropas de Corea del Sur y está reforzando la Séptima Flota, rearmando al Japón y asegurando los lazos militares con el régimen de Taiwán.

La Cuarta Internacional denuncia las actividades imperialistas en el Sudeste asiático. Defendemos incondicionalmente los pasos dados por la revolución vietnamita en respuesta a las acciones imperialistas.

Pero no prestamos ninguna confianza política a Hanoi. No es el objetivo de Hanoi aprovechar la oportunidad para extender la revolución en el Sudeste asiático. Del mismo modo que Pekín y Moscú, la casta burocrática en Vietnam busca un acuerdo de colaboración de clases con el imperialismo estadounidense. La declaración de Pham Van Dong en contra de la lucha campesina en Tailandia, durante su gira por el Sudeste asiático a finales de 1978, revela la voluntad de los dirigentes de Hanoi de actuar contra los trabajadores y campesinos revolucionarios si el imperialismo acepta una distensión con Hanoi.

Sin embargo, las medidas adoptadas por Hanoi con vistas a defender el Estado obrero estimulan a los obreros y campesinos de Vietnam y otras partes de la región, y pueden facilitar las movilizaciones de clase, que llevarán la revolución social más allá que lo que pretenden los «dirigentes» estalinistas.

VII. Washington y Pekín

La dirección estalinista china ha promovido cada vez más abiertamente su orientación contrarrevolucionaria.

Esta postura ya apareció descaradamente en los primeros años de este decenio. El régimen de Mao estableció relaciones amistosas con el gobierno Nixon en el mismo instante en que Washington estaba devastando Vietnam con sus bombardeos arrasadores. Políticamente no había un gran trecho entre esta forma de complicidad con el imperialismo y la forma más directa que adoptó Pekín al invadir Vietnam en 1979.

Los estalinistas de Pekín siempre han buscado la coexistencia pacífica. Incluso en el apogeo de su palabrería izquierdista, en 1968, el régimen de Mao hizo claros ofrecimientos a Washington. Pero sólo cuando el imperialismo norteamericano conoció mayores problemas en Indochina, Washington decidió aceptar la oferta que Pekín mantenía en pie.

El giro de Washington hacia la distensión con Pekín liberó a los estalinistas chinos de los imperativos de su postura oficial que había sido impuesta anteriormente en virtud de la hostilidad del imperialismo norteamericano. Pekín hizo gala de cinismo en su apoyo al imperialismo y a las peores dictaduras capitalistas de Africa, Asia y América Latina. Apoyó la dictadura del sha en Irán y a la de Pinochet en Chile; respaldó la intervención militar imperialista en el Zaire, en 1978, por parte de tropas francesas y belgas, apoyadas por los EE.UU. y Gran Bretaña; saluda a la OTAN y el tratado militar norteamericano-japonés; llama al imperialismo yanqui a «castigar» a la revolución cubana.

Pekín trata de lograr una relación de distensión preferencial con Washington, a expensas de Moscú. Los acuerdos comerciales se amplían. Sin embargo, para Washington, las relaciones que mantiene con Moscú siguen siendo primordiales. La Unión Soviética tiene un peso militar cualitativamente mayor. Además, Moscú mantiene una mayor influencia en el movimiento obrero mundial que Pekín, y puede intervenir y cambiar con mucha más eficacia el curso de los acontecimientos en muchos países, en beneficio del imperialismo. En la mayor parte del mundo, la influencia de Pekín en la clase obrera es limitada. Sin embargo, puesto que habla en nombre de 900 millones de personas, su extremo apoyo verbal al imperialismo no sólo desacredita el estalinismo chino, sino que además es útil para el capitalismo mundial.

No obstante, los estalinistas chinos son capaces de influir directamente en los acontecimentos del Sudeste asiático.

Durante la larga guerra de Indochina, Pekín exigió constantemente la moderación por parte de los combatientes por la liberación. La continuidad de esta actitud se ha manifestado más recientemente en: 1) la campaña de Pekín en defensa de los comerciantes capitalistas expropiados en Vietnam del Sur y su amarga hostilidad a la extensión y consolidación del Estado obrero vietnamita en el Sur; 2) los esfuerzos de Pekín por socavar el gobierno obrero y campesino en Laos; 3) el apoyo de Pekín a la brutal represión de los obreros y campesinos por el régimen de Pol Pot en Camboya, y su éxito a la hora de ayudar a acercar a este régimen al imperialismo y los Estados capitalistas de la región; 4) el respaldo abierto dado por Pekín al bloque regional capitalista de la ASEAN, destinado a impedir la extensión de la revolución en todo el área.

Pekín ejerce una influencia significativa en los partidos estalinistas del Sudeste asiático, incluido el PCT, que desempeña un papel preponderante en las luchas campesinas del país.

Aunque Pekín sigue profesando su apoyo a las luchas en Tailandia, las ha estado traicionando. Una fuente de alto nivel en Bangkok describió la actitud de su gobierno ante la política actual de Pekín en los siguientes términos: «Los actos hablan más alto que las palabras. No tenemos pruebas de que Pekín haya incrementado el apoyo a los insurrectos. Así, en este caso los actos son distintos a las palabras.» (**Far Eastern Economic Review**, 10 de noviembre de 1978). Bangkok ve correctamente que el papel de Pekín en Tailandia consiste en tratar de evitar que la lucha de clases amenace al orden vigente.

Se tiene noticia asimismo de que Bangkok hace el siguiente enfoque del papel de Pekín en el conjunto del Sudeste asiático: «Los tailandeses tampoco simpatizan plenamente con la acusación de Hanoi de que el control de Pekín sobre la insurrección comunista, su influencia entre los chinos de ultramar y su peso económico sean armas destinadas a dominar el Sudeste asiático. Los tailandeses enfocan la influencia china desde el interior como un apoyo potencial al régimen, a condición de que la política exterior de Tailandia se adecúe a los intereses básicos de Pekín». (**Ibid.**).

Es una valoración correcta de los objetivos de Pekín. Contrariamente a las afirmaciones de Hanoi, Pekín no trata de dominar el Sudeste asiático y convertirlo en una «esfera de influencia» china. Tampoco intenta conquistar o dominar Vietnam, ni derribar el gobierno de Hanoi.

Como Estado obrero, China no tiene una tendencia expansionista inherente con vistas a explotar y dominar a las masas trabajadoras de otros países. A este respecto es fundamentalmente diferente de un Estado capitalista. Al contrario, el Estado obrero chino se encuentra bajo la constante presión

del imperialismo y demás bastiones capitalistas del imperialismo en la región.

El gobierno de China está dominado por una casta parasitaria. El principal objetivo de esta casta estalinista consiste en preservar sus privilegios dentro del contexto del Estado obrero. Estos privilegios se sitúan en el área del consumo. La casta no acumula capital y no tiene una tendencia a expansionarse a nuevas áreas de comercio o inversión.

Lo que la casta busca sobre todo es emprender un rumbo hacia la **estabilidad**, bajo las presiones tanto del imperialismo como de la lucha de clases.

Frente a los imperialistas y los estados capitalistas vecinos, dominados por el imperialismo, como los de la ASEAN, Pekín busca la coexistencia pacífica, es decir, garantías frente a cualquier ataque y, si es posible, relaciones amistosas, tecnología y comercio.

Frente a los trabajadores y campesinos chinos, y las masas trabajadoras del mundo entero, Pekín trata también de que le dejen en paz, es decir, intenta preservar el **status quo**. Aplasta constantemente cualquier movimiento hacia la democracia obrera; trata de desviar el impacto desestabilizador de toda explosión revolucionaria en otros países; y necesita lograr el progreso económico en China para evitar el descontento de las masas.

El gobierno de Deng Xiaoping está sometido actualmente a presiones particulares en política interior, para que lleve a la práctica rápidamente su promesa de las «cuatro modernizaciones». Ello se deriva de los fracasos económicos heredados de la era de Mao —el estancamiento de la producción agrícola al nivel de subsistencia durante dos decenios y el del desarrollo industrial—, combinados con el descontento popular frente a la extremada represión cultural y política durante los años subsiguientes a la llamada Revolución Cultural. Esta presión interior hace que la burocracia esté especialmente ansiosa de recibir una infusión de tecnología avanzada por parte del imperialismo occidental.

Este contexto explica la invasión china en Vietnam.

A cambio de unas relaciones diplomáticas más estrechas con los imperialistas, una mayor ayuda económica y un comercio más desarrollado, Pekín ha procurado hacer lo que está en sus manos para impedir los cambios revolucionarios, particularmente en el Sudeste asiático. La invasión china en Vietnam fue una iniciativa al servicio del imperialismo frente al ejemplo amenazador de la revolución vietnamita.

Este contexto clarifica asimismo cómo se relaciona el conflicto chino-soviético con el Sudeste asiático.

Tanto Moscú como Pekín están motivados primordialmente por su objetivo de lograr la coexistencia pacífica con el imperialismo. Cada uno ve al otro como un competidor en torno a este objetivo (rivalidad que los imperialistas tratan de exacerbar y explotar constantemente).

Pese a los fuertes ataques verbales, ni Pekín ni Moscú pretenden dominar o conquistar al otro. No compiten en torno a «esferas de influencia», destinadas a protegerles a ellos mismos frente a las ofensivas económicas o a las agresiones militares del otro. Las tensiones entre ellos en el Sudeste asiático no son una prolongación de las tensiones en la frontera chino-soviética.

La situación tampoco es comparable a la que prevalecía cuando Moscú invadió Hungría en 1956 o Checoslovaquia en 1968 para sofocar los movimientos que se encaminaban hacia una revolución política. En estos países, el Kremlin trató de parar unos procesos desencadenados que amenazaban a los propios privilegios de la casta en su propio país.

Es posible que se produzcan guerras fronterizas por motivos políticos entre Pekín y Moscú (junto al río Ussuri ya se produjo, en 1969, un choque de envergadura), del mismo modo que también son posibles entre Pekín y Hanoi. Pero la clase dirigente en cada uno de los Estados obreros —es decir, la clase obrera, no permitirá que las rivalidades interburocráticas lleguen al punto de poner en peligro su conquista de clase fundamental, es decir, a los propios Estados obreros.

Así, la violencia verbal de la disputa chino-soviética no apunta hacia una nueva era de guerras prolongadas entre Estados obreros. Es más bien una señal de que las respectivas castas estalinistas están desesperadas en su necesidad de afirmar sus relaciones de distensión con el imperialismo, y de que cada una ve en la otra a un arduo competidor en la carrera.

Lejos de marchar hacia una era de «guerras mundiales socialistas», la política criminal de las castas estalinistas en Pekín y Moscú está socavando su dominio sobre los trabajadores soviéticos y chinos, acercando de este modo el día de su juicio final a través de la revolución política.

VIII. Los errores de la mayoría del Secretariado Unificado

El Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional publicó tres declaraciones en el curso de los acontecimientos de Indochina en el último periodo:

- Una declaración del 16 de enero de 1978, «La 'guerra' fronteriza entre Hanoi y Phnom Penh», adoptada por unanimidad por el Buró del Secretariado Unificado y publicada en nombre del Secretariado Unificado.
- Una declaración del 1 de febrero de 1979, «La guerra entre Hanoi y Phnom Penh», aprobada por una mayoría del Buró del Secretariado Unificaco. (Publicada en INPRECOR nº 2 bajo el título «Camboya: una guerra fraticida que nada tiene que ver con el socialismo»).
- Una declaración del 21 de febrero de 1979, «Fuera las tropas chinas de Vietnam», adoptada por una mayoría del Buró del Secretariado Unificado. 'Publicada en INPRECOR nº 3).

La orientación y los análisis de todas estas tres declaraciones son básicamente erróneos. Podemos destacar cinco errores importantes:

1. No se toma la lucha de clases como punto de partida ni se plantea la responsabilidad de los imperialistas en los conflictos.

Ni la declaración del 1 de febrero, ni la del 21 de febrero de 1979 toma nota de la supresión de las relaciones de propiedad capitalista en el Sur de Vietnam como factor que interviene en los conflictos. Ninguna declaración reconoce el impacto positivo dado a la lucha de clases en Camboya como resultado del derrocamiento del régimen de Pol Pot.

La declaración del 1 de febrero, la más importante en torno al conflicto entre Vietnam y Camboya, plantea la **actual** campaña imperialista contra Vietnam como un factor muy secundario, simplemente mencionándolo en la conclusión de la declaración.

En ninguna de las tres declaraciones se hace mención alguna del significado de la apertura operada anteriormente por los imperialistas hacia el régimen de Pol Pot.

No se toma en consideración el impacto positivo para la lucha de clases en todo el Sudeste asiático de los recientes acontecimientos en Vietnam y Camboya.

La declaración del 16 de enero de 1978 describe el conflicto entre Vietnam y Camboya en aquel entonces como una «guerra fraticida», un «conflicto fronterizo sangriento». Aunque preveía correctamente que el conflicto podía «deteriorarse hacia un conflicto militar más amplio», no se hace mención alguna de los objetivos imperialistas en Indochina, salvo su intento de explotar el conflicto para su propaganda anticomunista.

La declaración del 1 de febrero de 1979 dice que en relación a la guerra entre Vietnam y Camboya, los marxistas revolucionarios concentran su fuego en el imperialismo». Pero no presenta al imperialismo como factor causal en el conflicto. A los imperialistas sólo se les achaca el pecado de la hipocresía —cuando apoyan la «soberanía nacional» camboyana después de haber bombardeado el país sin desmayo durante tantos años, y cuando intentan sacar provecho político de esta cuestión, utilizándola como «pretexto» contra Vietnam. Se omite el

objetivo práctico de los imperialistas, es decir, instalar un gobierno proimperialista en Camboya.

Pese a la referencia a la necesidad de concentrar «los ataques principales en el imperialismo», la fuente del conflicto se presenta como la «responsabilidad de las burocracias en el poder» en la URSS, China, Vietnam y Camboya, «sin ninguna distinción entre ellas».

La declaración del 16 de enero de 1978 no menciona específicamente el carácter de clase de Camboya. La declaración del 1 de febrero de 1979 lleva implícita que Camboya es un Estado obrero, es decir que el conflicto entre Vietnam y Camboya es una de las «guerras fraticidas y amenazas de acción militar entre Estados obreros». Esto es un error.

En la declaración del 21 de febrero de 1979, sobr la invasión china en Vietnam, los imperialistas sólo aparecen en tanto intentan «explotar» el conflicto en su propio beneficio. La declaración afirma que Pekín actuó en respuesta al derrocamiento del régimen de Pol Pot, pero niega que los objetivos del imperialismo en Camboya sean un factor causal. No se denuncia la colusión directa entre Pekín y Washington. (No se hace mención alguna de las consultas previas de Deng Xiaoping en Washington y Tokyo, por ejemplo). Pekín es acusado solamente de ayudar «objetivamente» al proyecto imperialista de debilitar a Vietnam y reforzar los Estados capitalistas en la región.

La declaración del 21 de febrero afirma que la agresión de Pekín «se inscribe en un contexto político más amplio, que le confiere su verdadero significado y su alcance real. El conflicto entre las burocracias soviética y china —en el que la responsabilidad (...) histórica recae sobre el Kremlin (...)— constituye el marco en el que se insertan los enfrentamientos entre la dirección china, vietnamita y camboyana.

Así, el eje de las declaraciones del Secretariado Unificado era incorrecto.

2. No se impulsa una línea marxista revolucionaria correcta en torno a los conflictos.

De las valoraciones incorrectas arriba señaladas se derivan directamente graves errores de línea.

La declaración del 16 de enero de 1978 llamaba al «cese inmediato de los enfrentamientos armados» entre Vietnam y Camboya y decía que el «problema fronterizo debe ser resuelto mediante negociaciones abiertas y públicas». No planteó la necesidad de defender el Estado obrero vietnamita frente a las maniobras imperialistas realizadas a través del gobierno cada vez más proimperialista de Camboya.

La declaración del 1 de febrero de 1979 «protesta contra la invasión de Camboya por el ejército regular vietnamita». Abogaba por la «retirada inmediata del ejército vietnamita de Camboya». Así, omitió apoyar las medidas militares defensivas tomadas por el Estado obrero vietnamita.

Pese a expresar su oposición al régimen de Pol Pot, el efecto de la línea de retirada inmediata habría sido, de aplicarse, el de facilitar los esfuerzos de las fuerzas de Pol Pot por restablecer un régimen pro-imperialista en Camboya, amenazando asimismo a la revolución vietnamita. La línea de la declaración no ofrecía ninguna perspectiva a las masas camboyanas de cara a afirmar sus intereses independientes.

La declaración del 21 de febrero de 1979, sobre la invasión china, no dirigió sus principales consignas contra el imperialismo.

Pese a que la declaración exigió correctamente la retirada inmediata de las tropas chinas de Vietnam y advirtió correctamente contra cualquier ataque soviético a China, no llamó a la Unión Soviética a entregar a Vietnam todos los suministros militares que le hicieran falta para autodefenderse. Esto dió la impresión de un llamamiento pacifista a Pekín a que se retirara.

Otro error, aunque menos grave, era la manera en que la declaración del 16 de enero de 1978 formuló el llamamiento a favor de los «Estados Unidos Socialistas de Indochina», y la declaración del 1 de febrero de 1979, la consigna de «federación democrática socialista de los pueblos de Indochina». Pese a que este objetivo general es correcto, ambas declaraciones lo presentaban como algo abstracto que ahorra tener que afrontar el problema central inmediato a que se enfrenta la revolución indochina. La manera en que se planteaba la consigna sugería que el problema central consistía en superar el conflicto fraticida entre los Estados obreros indochinos y el peligro del predominio vietnamita sobre los pueblos de Laos y Camboya.

Este contexto era incorrecto. Era simplemente una manera distinta de decir que el auténtico problema era el «expansionismo» vietnamita.

En cambio, el problema central en Camboya actualmente es doble: 1) aplastar los restos de las fuerzar reaccionarias de Pol Pot. En lugar de dar muestras de hostilidad hacia las fuerzas vietnamitas, las masas camboyanas han dado la bienvenida a la ayuda y protección que recibieron de Vietnam en la lucha contra Pol Pot. 2) avanzar en la reorganización de la economía camboyana y de la sociedad camboyana, instaurando un Estado obrero.

La perspectiva de una federación socialista de Indochina sólo tiene sentido político dentro de este contexto.

3. No se explican correctamente los conflictos.

Las tres declaraciones sostienen que la responsabilidad central de los conflictos está en las burocracias de los Estados obreros. Las dos principales explicaciones de sus iniciativas radican en el conflicto chino-soviético y en el nacionalismo.

a. **El conflicto chino-soviético**

La declaración del 16 de enero de 1978 afirma que «el conflicto chino-soviético ha desempeñado un papel directo en el deterioro de las relaciones entre Vietnam y Camboya». Se dice que Moscú actúa en función del «temor ante las simpatías prochinas de Sihanuk y del Kmer rojo». El objetivo de Pekín consistía en «resistir a la extensión de la influencia vietnamita (y soviética) en la región». Así, «las direcciones soviética y china están cubriendo cada una a su 'aliado' respectivo en el conflicto entre Vietnam y Camboya...».

La declaración del 1 de febrero de 1979 afirma que con su política aplicada durante años, «la burocracia soviética ha creado el marco para el desarrollo de la tragedia actual»; que «la burocracia china utilizó su hegemonía sobre la dirección del PC camboyano para lanzar una campaña sistemática antisoviética y antivietnamita»; y que «la burocracia vietnamita ha transformado la concepción de la federación (indochina) en una fórmula que apenas disimula el predominio y el control de Vietnam». «En estas condiciones», prosigue la declaración, «era inevitable que el nacionalismo hostil a los vietnamitas, tradicional en Camboya, se reanimara y suministrara al mismo tiempo a la burocracia china y a sus agentes de Phnom Penh la base indispensable para sus campañas irresponsables contra el Estado obrero vietnaminta».

Pese a afirmar que «cada una de estas burocracias» actuaba «con las armas en la mano» para «defender sus propios intereses inmediatos», la declaración no explica en ningún momento qué intereses materiales están en juego.

Ambas declaraciones tienden a presentar los conflictos como si provinieran de ideas incorrectas. La declaración del 16 de enero de 1978 dice: «Si no hubiera triunfado la ideología estalinista del 'socialismo en un solo país', la gravedad del enfrentamiento entre Vietnam y Camboya sería inconcebible». La declaración del 1 de febrero de 1979 afirma que los conflictos «representan la maduración de los frutos venenosos de la teoría estalinista del 'socialismo en un sólo país'».

La declaración del 21 de febrero de 1979 en torno a la guerra fronteriza entre China y Vietnam afirma que además de buscar la estabilidad capitalista en el Sudeste asiático, la burocracia soviética trata de «extender su propia influencia capitalizando sus lazos con el régimen vietnamita», mientras que

Pekín, por otro lado, considera el área como «parte de su esfera de influencia».

En todas estas explicaciones, los factores centrales de la rivalidad chino-soviética se omiten, o se niega su importancia: la competición entre las castas burocráticas en torno a las relaciones con los imperialistas y el intento de defender sus privilegios en el área del consumo, intentando contener la lucha de clases y evitar la extensión de movimientos revolucionarios.

Al rechazar estas consideraciones, la declaración del 1 de febrero de 1979 dice que Hanoi emprendió una acción «irresponsable» en Camboya, y la declaración del 21 de febrero dice que Pekín estaba «mostrando su ceguera» al invadir Vietnam. De hecho, sin embargo, tanto Hanoi como Pekín actuaron racionalmente desde sus propios puntos de vista de casta. Pese a los métodos estalinistas de Hanoi, sin embargo, su acción coincidió con los intereses de los trabajadores vietnamitas y camboyanos; la acción de Pekín, en cambio, lesionó los intereses de los trabajadores chinos y la defensa de sus conquistas sociales.

En lugar de considerar a las castas burocráticas como no expansionistas por naturaleza, se presume que los Estados obreros dominados por castas burocráticas tienen una tendencia intrínseca hacia la guerra, basada en su intento de extender sus zonas de influencia. La declaración del 21 de febrero de 1979 dice que «la lógica infernal de los conflictos interburocráticos ha prevalecido». Peor aún, dice: «el desastre sufrido por las fuerzas estadounidenses en Indochina, y el debilitamiento de la posición del imperialismo en Asia, dificultan las presiones imperialistas directas y han facilitado la expresión, en el terreno militar, de los antagonismos entre unas burocracias que desarrollan una orientación basada en la concepción de la 'construcción del socialismo en un solo país'».

Si se desarrolla hasta la conclusión lógica, esta afirmación pondría en tela de juicio la posición trotskista que rechaza la concepción de que los Estados obreros, incluso deformados o degenerados burocráticamente, tengan una tendencia inherente a la guerra.

b. El nacionalismo

Tanto la declaración del 16 de enero de 1978 como la del 1 de febrero de 1979 subrayan el nacionalismo como factor causal del conflicto entre Vietnam y Camboya. El nacionalismo virulento no sólo se atribuye a los regímenes de Camboya y Vietnam, sino también a las masas. No se hace distinción alguna entre el nacionalismo de las masas y el de los regímenes. Y tampoco se hace distinción alguna entre el nacionalismo de la casta burocrática en Vietnam y el nacionalismo del régimen capitalista de Pol Pot en Camboya.

La declaración del 16 de enero de 1978 dice: «El peso internacional del estalinismo y la formación estalinista de las direcciones vietnamita y camboyana explican en parte la amplitud del resurgimiento del nacionalismo en Indochina».

La declaración del 1 de febrero de 1979 dice que la «teoría estalinista del 'socialismo en un sólo país'» llevó al «nacionalismo y al mesianismo nacionalista que penetra hasta en las más altas cúspides de los PC burocratizados».

Si bien es cierto que las castas estalinistas conciben y presentan sus intereses propios en términos nacionalistas, no es esta la causa fundamental de su actuación. Al defender sus propios **intereses de casta**, identifican falsamente estos intereses con los de la nación en su conjunto. Su nacionalismo no es sino un disfraz para sus intereses como casta parasitaria. Los regímenes capitalistas identifican de un modo análogo sus **intereses de clase** con los de la nación en su conjunto. También aquí es necesario hurgar más abajo de la ideología para revelar los intereses materiales de clase que subyacen.

Hanoi se guió por la necesidad de defender sus intereses de casta frente a la creciente presión imperialista, particularmente frente al cambio de orientación del imperialismo, que pasó a utilizar el régimen de Pol Pot contra el Estado obrero vietnamita. De este modo, Hanoi actuó contra el régimen de Pol Pot, mientras que al mismo tiempo trataba de mantener en vereda las luchas de los obreros y campesinos.

El régimen capitalista de Pol Pot, por otro lado, se guió por la necesidad de defender sus intereses de clase frente la extensión amenazadora del ejemplo de la revolución socialista vietnamita.

Aunque ambos regímenes recurrieron al chovinismo, sus concepciones ideológicas provenían de distintas fuentes. El no distinguir las raíces materiales del nacionalismo condujo a la mayoría del Secretariado Unificado a la trampa de una explicación no materialista del conflicto.

En nacionalismo de las masas trabajadoras es un asunto diferente. Pese a que los obreros y campesinos pueden seguir equivocadamente las ideologías chovinistas de sus respectivos regímenes, no es esta la única fuente de nacionalismo entre las masas. Muchas veces refleja, no una falsa ideología, sino un reconocimiento parcial de sus auténticos intereses de clase. Un ejemplo de ello es el intenso nacionalismo antiimperialista de los obreros y campesinos de Vietnam, Laos y Camboya durante las intervenciones militares del imperialismo en Indochina. Como expresión, aunque parcial, de los auténticos intereses de clase de los obreros y campesinos, este nacionalismo era y sigue siendo progresivo, pues ayuda a avanzar en lugar de obstaculizar el desarrollo del internacionalismo proletario.

Es falso hablar, como hace la declaración del 1 de febrero de 1979, de una «tradicional hostilidad nacionalista antivietnamita en Camboya», como si esto fuera un atributo constante de la conciencia de las masas. Es igualmente falso afirmar, como hace la declaración del 16 de enero de 1978, que ha habido un «resurgir del nacionalismo en Indochina» y deducir que para las masas la «animosidad histórica (se vió) deliberadamente intensificada por el imperialismo» y que su «perspectiva (estaba) moldeada por más de treinta años de luchas de liberación nacional aisladas durante mucho tiempo».

Al contrario, el nacionalismo antiimperialista de las masas, que surgió en respuesta a los imperialistas, no hizo que los pueblos de Vietnam y Camboya se alejaran entre sí, sino que se acercasen.

Es más, no está demostrado que la acción vietnamita en Camboya provocara la hostilidad nacionalista entre las masas camboyanas. Al contrario, hay pruebas de que las masas camboyanas apoyaron el nuevo giro de los acontecimientos y que vieron que sus intereses daban un paso adelante —una situación que resulta inexplicable en el contecto dado en las declaraciones del Secretariado Unificado.

También hay que destacar que la declaración del 1 de febrero no se digna explicar cómo se aplica el «resurgir del nacionalismo en Indochina» a Laos. Parece que aquí la «animosidad histórica» hacia Vietnam no se ha visto. Pero entonces, es que el proceso revolucionario en Laos ha avanzado acercando más a Vietnam y Laos entre sí.

Es cierto que mientras los estalinistas gobiernen en Hanoi existe la posibilidad de una dominación de gran potencia por parte de Vietnam. Pero es falso decir que sea un problema primordial a los ojos de las masas laosianas y camboyanas actualmente. En realidad, a medida que se avance en la revolución socialista en Camboya y se profundice la revolución social en Laos, esta amenaza disminuirá, del mismo modo que el poder de la casta estalinista vietnamita.

Las declaraciones del Secretariado Unificado son incapaces de explicar los procesos ideológicos, debido a que no distinguen correctamente los procesos sociales que operan en Laos, Camboya y Vietnam. De ahí que la línea presentada sea incorrecta.

4. No se valoran correctamente los resultados de los conflictos.

Este error se deriva directamente del análisis y de la línea incorrectos de

las tres declaraciones.

La declaración del 16 de enero de 1978 afirmaba que un conflicto más amplio entre Vietnam y Camboya «puede asestar un duro golpe a las luchas revolucionarias en curso en el Sudeste asiático». La declaración del 1 de febrero de 1979 describía el conflicto más amplio que estalló como un «desastre». La realidad fue justo lo contrario.

La declaración del 1 de febrero de 1979 dice: «Los mismos intereses de la defensa del Estado obrero vietnamita frente al imperialismo exigen absolutamente una retirada inmediata del ejército vietnamita de Camboya». Sin embargo, en la realidad la retirada del ejército vietnamita de Camboya era precisamente el objetivo que perseguían los imperialistas en su actuación contra el Estado obrero vietnamita.

La declaración del 1 de febrero de 1979 afirma que la presencia de las tropas vietnamitas en Camboya «alimentará además el sentimiento nacional camboyano contra la ocupación extranjera y amenaza con desencadenar una resistencia masiva y a largo plazo —incluso en forma de guerra de guerrillas prolongada—, que en las condiciones actuales podría facilitar los proyectos de la dictadura tailandesa y del imperialismo de preparar una contraofensiva contra la revolución vietnamita, por primera vez desde su aplastante derrota de 1975».

En realidad, ha proseguido la resistencia de la guerrilla derechista, apoyada por el imperialismo y armada vía Bangkok; la retirada inmediata de las fuerzas vietnamitas les habría facilitado, no dificultado, las cosas a los imperialistas.

Si bien es cierto que la presencia a largo plazo de las tropas vietnamitas en Camboya podría provocar la hostilidad de las masas, esto sólo podría ocurrir en condiciones en que Hanoi actuara con vistas a impedir que las masas camboyanas afirmen sus intereses independientes. Los imperialistas no tendrían nada que ganar apoyando las luchas independientes de los obreros y campesinos camboyanos contra los estalinistas de Hanoi.

De este modo, las tres declaraciones sacan conclusiones que son exactamente contrarias al impacto real de los recientes acontecimientos en la lucha de clases en Indochina.

5. Incapacidad para contrarrestar la campaña propagandística imperialista y para ofrecer una alternativa clara a la desorientación de la izquierda pequeño-burguesa.

Las declaraciones del 1 y 21 de febrero de 1979 destacan correctamente que los imperialistas han aprovechado los acontecimientos en Indochina para lanzar una campaña propagandística anticomunista, y afirman la necesidad de combatirla.

Sin embargo, muy poco se dice sobre el contenido específico de los argumentos imperialistas. Esta omisión es elocuente.

De hecho, la línea y el análisis de las declaraciones del 1 y 21 de febrero de 1979 exigen la retirada inmediata de las tropas vietnamitas de Camboya; rechazan la exigencia de la ayuda militar soviética a Vietnam; rebajan el papel causal del imperialismo en los conflictos; y en su lugar avanzan una concepción según la cual los conflictos se derivan de la disputa chino-soviética y del resurgir del nacionalismo. Estas posiciones sólo podían desarmar a los revolucionarios frente a los argumentos planteados en la campaña propagandística imperialista.

La declaración del 1 de febrero de 1979 ataca «el intento del capital internacional y de los pequeño-burgueses desmoralizados, de armar un escándalo en torno a la «tragedia camboyana». Más adelante, en la misma declaración, sin embargo, se emplea ese mismo tono: se habla del «desarrollo de la tragedia actual» en Camboya y se lo tacha de «desastre». Lo contrario fue lo cierto. Abrió la posibilidad de un nuevo avance de la revolución camboyana por vez primera en tres años y medio.

Las lecciones a extraer de la acción de Vietnam, al derribar el régimen de Pol Pot, se comparan con las lecciones a sacar «en el momento en que los tanques soviéticos aplastaron la revolución húngara en 1956 y la Primavera de Praga en 1968». Pero estos eran ejemplos relativos a cuando el estalinismo **aplastó** a los obreros (lo que favoreció el imperialismo). El derrocamiento del régimen de Pol Pot, en cambio, fue un **avance** para los obreros (a lo que se oponían los imperialistas).

Desde este punto de vista, era imposible que la declaración del 1 de febrero de 1979 contrarrestara lo que reconoce como «la desorientación, el cinismo y la desmoralización en importantes sectores de la clase obrera y del movimiento antiimperialista a escala internacional, en los países coloniales y semicoloniales».

Era falso afirmar que «hoy, el inmenso capital de simpatía conquistado por la revolución indochina entre los trabajadores del mundo entero está seriamente comprometido».

No fue esta la reacción de los trabajadores del mundo entero. En cambio, fue la reacción de muchos elementos pequeño-burgueses de izquierda desmoralizados. Y lamentablemente, la declaración de la mayoría del Buró del SU no contrarrestó eficazmente este espíritu de flaqueza.

La línea incorrecta y el tono lastimero de las declaraciones publicadas en nombre del Secretariado Unificado contribuyeron a desorientar a muchas secciones de la Cuarta Internacional. Muchas secciones publicaron en su prensa posiciones similares a las de las declaraciones del Secretariado Unificado, y en algunos casos aún más extremas.

Estos errores deben ser rectificados para evitar mayores perjuicios políticos.

Sólo una profunda discusión puede clarificar los problemas y abrir las puertas a la reorientación de la Cuarta Internacional en torno a un eje correcto en relación a los conflictos en Indochina y sus implicaciones para los marxistas revolucionarios.

12 de mayo de 1979.

Resolución sobre Indochina

Esta resolución sometida a voto por la delegación japone sa, Hoffman, Lucinda Javer y Spathas al Congreso mundial obtuvo 12 votos a favor, 96 votos en contra, 2,5 abstenciones y 2,5 no participaron en el voto.

1. Los Estados obreros burocratizados no constituyen un **"bloque estalinista"**. El desarrollo de cada uno de ellos es particular y debe ser analizado en sus propias especificidades. Hay Estados obreros sometidos a una burocracia thermidoriana contra-revolucionaria y otros que no lo están.

Así pues, los conflictos entre ellos no deben ser analizados simplemente como conflictos entre Estados obreros burocratizados semejantes, y no adoptamos necesariamente una posición neutralista ante estos conflictos.

2. El Estado obrero camboyano, bajo el régimen de Pol Pot, era la expresión extrema de la práctica del socialismo en un sólo país rechazando cualquier cooperación con Vietnam, principal Estado obrero de Indochina, y llevando así su ultraizquierdismo burocrático hasta el genocidio.

La dirección de Pol Pot no sólo rechazó una cooperación estrecha entre los tres Estados obreros, con Vietnam como centro, lo que era y es fundamental para las masas trabajadoras de los tres países, sino que además provocò una **"guerra fronteriza"** entre Vietnam y Camboya, que ha supuesto ún duro golpe contra las masas y los tres Estados obreros indochinos.

3. La dirección burocrática del Estado obrero chino, que ha constituido un bloque reaccionario con el imperialismo, se ha opuesto al desarrollo de una cooperación estrecha entre los tres Estados obreros indochinos con Vietnam como centro.

Esto es así por el hecho de que el reforzamiento de la revolución indochina al constituir una real amenaza para el imperialismo y los regímenes neocoloniales del Sud-Este asiático, introduciría una crisis en el bloque internacional reaccionario de la burocracia china y el imperialismo.

Y el conflicto entre Vietnam y Camboya se ha convertido en parte integrante del conflicto internacional entre Vietnam y la burocracia china. En este marco, el régimen de Pol Pot era el instrumento de la política internacional reaccionaria de la burocracia china.

4. El régimen de Pol Pot ha sido derribado en el interés de la cooperación entre los tres Estados obreros y sus masas y en el interés de las propias masas camboyanas. En Camboya, la línea de Pol Pot abría un espacio peligroso a las fuerzas reaccionarias locales y a la intervención contrarrevolucionaria del imperialismo.

De hecho, la rápida caída del régimen de Pol Pot demuestra que al régimen le faltaba un apoyo masivo de las masas camboyanas.

5. El FUNSK integra a las fuerzas de liberación y de oposición al régimen de Pol Pot; **no es un simple agente del Estado vietnamita** ni una pura creación de estos últimos.

La base de masas del FUNSK, apoyado por el Vietnam, no es importante. Esta debilidad del FUNSK proviene fundamentalmente de las dificultades que han conocido las masas camboyanas y bajo las que viven ahora.

6. Por el hecho del bloqueo económico internacional contra Vietnam practicado por el imperialismo internacional, de las provocaciones militares y de las amenazas de la burocracia china, así como por las serias dificultades económicas, Vietnam no tenía los medios para esperar durante mucho tiempo a que una corriente de oposición en Camboya organizara a las masas paso a paso. En este contexto, la intervención militar directa de Vietnam era una elección impuesta y un acto de autodefensa.

La intervención vietnamita ha liberado a las masas del régimen represivo de Pol Pot y ha evitado el derrumbamiento del propio Estado obrero bajo el régimen de Pol Pot.

Vietnam continúa defendiendo a Camboya contra lo que queda de las fuerzas de Pol Pot, sostenidas por la burocracia china y por las fuerzas imperialistas y contrarrevolucionarias. Laos se ha convertido en parte integrante de la confrontación entre la revolución indochina y el bloque constituido por la burocracia china y el imperialismo.

7. El Estado obrero vietnamita, establecido con la guerra de liberación nacional y social más terrible que jamás se haya conocido en el mundo, es ciertamente un Estado obrero burocráticamente deformado, pero su confianza en la Unión Soviética, por muy discutibles que sean las condiciones que ha aceptado como precio, no hacen de Vietnam un agente de la URSS.

La revolución vietnamita y la revolución indochina en su conjunto están en una encrucijada. Las grandes dificultades a las que los tres Estados obreros hacen frente ejercen una fuerte presión sobre el PCV y sobre su política. Esto se ve por la dependencia creciente respecto a la URSS y su burocracia, por la política de *"coexistencia pacífica"* hacia los regímenes neocoloniales del Sud-Este asiático y por la posibilidad de una profundización de su burocratización. El PCV se sitúa fundamentalmente sobre la ideología del socialismo en un solo país y es extremadamente nacionalista.

La lucha continúa en Camboya en condiciones extre-



Un niño, obrero de la fábrica de metal n°. 6 de Pnom Penh. Camboya 1978.

madamente difíciles y el Estado obrero vietnamita està sometido a las presiones reaccionarias de la burocracia china y del imperialismo y los regímenes neocoloniales.

En esta situación, es una necesidad imperiosa para el movimiento obrero internacional defender por todos los medios a los tres Estados obreros indochinos y a sus masas trabajadoras contra el bloque reaccionario de la burocracia china, del imperialismo y de los neo-colonialistas locales. Es una necesidad imperiosa para luchar contra el peligro de burocratización en Vietnam, en Camboya y en Laos. La única perspectiva proletaria posible para los tres Estados obreros reside en el desarrollo de las luchas de clases en el Sud-Este asiático, en Extremo Oriente y en el mundo entero y de la lucha por una federación socialista indochina democráticamente organizada de las Repùblicas soviéticas obreras y campesinas, fundada sobre el derecho a la autodeterminación nacional, con la garantía de los plenos derechos democráticos para las distintas minorìas nacionales y con una planificación económica común democráticamente organizada.

La Cuarta Internacional lanzará una campaña internacional para defender y apoyar a la revolución indochina y por el reconocimiento internacional del nuevo gobierno camboyano como una tarea actual decisiva.



Declaración del XIº Congreso Mundial

En vísperas del XIº Congreso Mundial de la IVª Internacional (Vº desde la reunificación) la "Fracción Bolchevique" y la "Tendencia Leninista Trotskista" se escindieron de la IVª Internacional. El 17 de Noviembre de 1979, el Congreso Mundial adoptó la siguiente declaración sobre la escisión.

La IVª Internacional ha sufrido una escisión que constituye un golpe severo para nuestro movimiento. A la vista del ascenso general de las luchas revolucionarias a escala mundial, en el marco de la crisis combinada del imperialismo y de las castas burocráticas en el poder en los Estados obreros deformados o degenerados, a la vista también de la decisión de este Congreso Mundial de llevar a cabo un giro radical hacia el proletariado industrial, con el fin de profundizar en nuestra orientación proletaria, estamos convencidos de la capacidad de nuestro movimiento para superar rápidamente los efectos cuantitativos y políticos de la escisión. La Internacional y sus secciones adoptarán todas las medidas necesarias para lograrlo.

La dirección de la "Fracción Bolchevique" (FB) y de la "Tendencia Leninista Trotskista" (TLT) han tratado de justificar públicamente su escisión, acusando a la mayoría de las fuerzas de la IVª Internacional de haber "abandonado el trotskismo" a causa de su defensa de la revolución nicaragüense; han explicado que este Congreso mundial no se había preparado democráticamente. Los hechos confirman lo contrario.

La acusación según la cual la mayoría de la IVª Internacional está en trance de liquidar el trotskismo, a causa de la respuesta revolucionaria que da al desarrollo de la revolución nicaragüense, del análisis que hace de la etapa actual por la que atraviesa esta revolución, y de su actitud fraternal para con los combatientes del FSLN que han dirigido el derrocamiento de la dictadura de Somoza, apoyada por el imperialismo, es absurda. Cualquier actitud distinta sólo desembocaría en el abstencionismo sectario, frente a una revolución en marcha.

El Congreso mundial se preparó de forma totalmente democrática. La FB y la TLT han gozado de todos los derechos para presentar sus puntos de vista en el debate escrito y dentro de las secciones, de acuerdo con las normas que la propia FB y TLT habían aceptado. El desmentido de su argumentación viene dado por el hecho de que tanto la FB como la TLT se han escindido justo antes del Congreso Mundial, negándose de este modo a presentar sus argumentos ante los delegados reunidos, procedentes de maś de 40 paises, y que representaban el organismo supremo de la IVª Internacional. De este modo, la FB y la TLT expresaban el desprecio que les merecen la mayoría de cuadros de nuestro movimiento y su negativa a discutir y a acatar las decisiones democráticas.

La FB y la TLT tenían todos los derechos para presentar sus puntos de vista en torno a Nicaragua y sobre cualquier otro punto del orden del día de este Congreso. Un sector de la TLT, que ha rechazado este curso escisionista, ha gozado de estos mismos derechos. Las direcciones de la FB y de la TLT han presentado la excusa, que no se sostiene, de que no había habido tiempo suficiente para iniciar la discusión sobre Nicaragua en este Congreso Mundial, puesto que se realiza 4 meses después de la caída de Somoza.

Contrariamente a lo que afirman, una organización revolucionaria como la IVª Internacional tiene el deber de actuar rápidamente ante acontecimientos tan importantes como la revolución nicaragüense. Esta discusión, de las que la FB y la TLT han decidido desentenderse unilateralmente, proseguirá en el seno de la IVª Internacional a medida que se desarrolle la revolución, si bien en el marco de una campaña internacional masiva de solidaridad frente a la hostilidad del imperialismo contra la revolución nicaragüense.

El derecho de la FB y de la TLT a presentar sus puntos de vista en la Internacional no ha quedado en entredicho. Su escisión no estaba justificada políticamente y constituye por tanto una escisión sin principios.

Los orígenes de la escisión son anteriores a la revolución nicaragüense. Desde hace varios años, la FB ha funcionado cada vez más como una fracción pública, sin respetar las decisiones o las normas de la IVª Internacional, organizando escisiones en un país tras otro, creando su propio aparato y sistema de finanzas, en competencia con los de la Internacional, trasladando a sus militantes de país a país sin respetar los intereses de las secciones afectadas y sin el control ni previa consulta con los organismos regulares de la Internacional. Antes de que se produjeran los acontecimientos de Nicaragua, los dirigentes de la FB habían sido advertidos de que este Congreso mundial adoptaría las medidas necesarias para frenar esta operación fraccional pública. Este método de funcionamiento fraccional alcanzó su punto culminante y más criminal en las operaciones de la Brigada

Simón Bolivar en Nicaragua.

Desde el comienzo, la FB concibió el asunto de la Brigada como una operación fraccional, y no enfocándola desde el punto de vista de las necesidades de la revolución nicaragüense. La Brigada Simón Bolivar se constituyó a espaldas de la dirección elegida de la IVª Internacional, con el objetivo explícito de modificar la relación de fuerzas en el seno de la IVª Internacional y de permitir a la FB conquistar su dirección.

La Brigada se presentó como una unidad militar del FSLN, y fraudulentamente recolectó dinero en nombre del FSLN. Engañó deliberadamente a organizaciones sindicales y grupos de trabajadores de Nicaragua, que pensaban que la Brigada representaba al FSLN. Este comportamiento, carente absolutamente de principios en el transcurso mismo de una revolución en marcha, revelaba el hecho de que la FB extendía al exterior de la IVª Internacional los métodos fraccionales y sectarios que había utilizado en el interior. A partir de entonces, aplicó estos métodos en el conjunto del movimiento obrero latinoamericano y la revolución nicaragüense.

La acción de la Brigada Simón Bolivar fue un crimen contra la revolución nicaragüense y la IVª Internacional.

En la primera reunión que celebró tras la caída de Somoza, el Secretariado Unificado de la IVª Internacional llamó al orden a la FB en relación con la Brigada Simón Bolivar. el SU advirtió a la FB de que debía cesar de actuar como una fracción pública en América Central. Por que sabían que este Congreso mundial exigiría a la FB que dejara de violar los Estatutos y normas de la IVª Internacional y les exigiría poner término a su funcionamiento como fracción pública, los dirigentes de la FB decidieron escindirse.

La criminal aventura de la Brigada Simón Bolivar estaba destinada al fracaso y terminó en un desastre. En este momento, la dirección de la FB cambió su línea pública: había tratado de aprovechar el prestigio del FSLN, ahora atacaba públicamente al FSLN, presentándolo como un instrumento de consolidación del Estado burgués en Nicaragua. Esto preparaba la etapa para la constitución del bloque con la TLT y el Comité por la Reconstrucción de la IVª Internacional (CORCI).

La TLT y el CORCI reaccionaron de manera sectaria ante la revolución nicaragüense. Existe un paralelismo con lo que se produjo durante las revoluciones argelina y cubana. En estos dos casos, la mayoría de las fuerzas trotskistas a escala mundial dieron prueba de su capacidad de establecer relaciones correctas con revoluciones en marcha y con los combatientes revolucionarios que habían aparecido en primera fila en el transcurso mismo del proceso revolucionario. Al mismo tiempo, defendieron y aplicaron el programa trotskista en estas revoluciones.

Sin embargo, en ambos casos aparecieron tendencias sectarias en el seno del movimiento trotskista, que dieron la espalda a estas revoluciones en marcha. Sólo muy recientemente, por ejemplo, 20 años después del acontecimiento, los dirigentes del CORCI acaban de darse cuenta de que en Cuba se había establecido un Estado obrero. Partiendo del hecho de que estas revoluciones habían sido dirigidas por revolucionarios que no asumían el programa leninista, estos sectarios dedujeron que la posición correcta consistía en denunciar a dichos revolucionarios como traidores. No dieron importancia alguna a lo que los cubanos y argelinos estaban realizando concretamente en el marco de la movilización y organización de masas, ni al alcance de las medidas antiimperialistas y anticapitalistas que habían sido adoptadas.

Semejante posición sectaria uede comportar consecuencias desastrosas, desacreditando profundamente al trotskismo a los ojos de las masas lanzadas en el proceso revolucionario. Hasta cierto punto, esto es lo que ha sucedido en Nicaragua.

Además de las posiciones adoptadas por la FB, las posiciones de la OST de Costa Rica (Organización Socialista de los Trabajadores), cuyos dirigentes pertenecen a la TLT, los de la Liga Marxista Revolucionaria de Nicaragua, son un botón de muestra. El periódico de la OST, por ejemplo, presenta las medidas monetarias adoptadas por el gobierno nicaragüense como medidas contra la clase obrera. En torno al mismo tema y al de la represión en Nicaragua, el CORCI, la FB y la TLT han organizado un mitin conjunto



Nahuel Moreno

en París, el 13 de Noviembre. La LMR ha tratado de dar la impresión falsa de que Nicaragua es hoy en día una avanzadilla de la represión contra la clase obrera. Estas fuerzas se han negado a organizar una campaña internacional antiimperialista de solidaridad y ayuda a Nicaragua, so pretexto de que con esta campaña no ayudaríamos sino a un gobierno "burgués", el gobierno nicaragüense. Pero organizar mítines como el del 13 de Noviembre sólo puede ayudar y reforzar la campaña internacional del imperialismo y de la reacción capitalista contra la revolución nicaragüense, presentando a quienes derrocaron la sanguinaria tiranía apoyada por el imperialismo durante 45 años, como tiranos a su vez.

Cualquiera que sea la crítica que hagan los revolucionarios, inclusive en torno a la violación de la democracia obrera, tal crítica debe situarse en un marco distinto, a saber: el de la solidaridad incondicional con la revolución, el de la defensa de esta revolución contra el imperialismo, que intentará bloquearla a sangre y fuego, a medida que avance, y el de una actitud fraternal hacia los revolucionarios nicaragüenses.

Bajo el impacto de la revolución nicaragüense, el CORCI ha invertido su orientación de reunificación de la IVª Internacional. Hace algunos años, el CORCI, que representa a fuerzas que se habían negado a la reunificación de la IVª Internacional en 1963, se acercó a la IVª Internacional para tratar de iniciar una discusión. Hace poco, el CORCI había reconocido que la IVª Internacional y sus secciones eran organizaciones revolucionarias, y estaba de acuerdo en discutir con nosotros la base de los documentos preparatorios para este Congreso Mundial.

El objetivo consistía en verificar las posibilidades de una fusión con la IVª Internacional. Cuando aparecieron divergencias en torno a Nicaragua en el seno de la IVª Internacional, y se produjo la convergencia temporal entre las posiciones de la FB, de la TLT y del CORCI, una mayoría de este último reaccionó según sus viejos reflejos sectarios. Excluyeron de hecho de los debates de su Conferencia Internacional a una delegación del Secretariado Unificado de la IVª Internacional, que previamente habían invitado a asistir a dicha conferencia. Además, decidieron apoyar su ruptura pública con la IVª Internacional.

De nuevo, las publicaciones del CORCI empezaron a atacar a la IVª Internacional, a sus secciones y organizaciones simpatizantes, lanzando un ataque particularmente calumnioso contra el Socialist Workers Party (SWP) de los Estados Unidos. Presentaron a este último como una organización "revisionista" que ha traicionado la causa del marxismo revolucionario.

Este cambio del CORCI, en lo que se refiere a la reunificación, está vinculado a una política a corto plazo que trata de obtener ciertas ventajas fraccionales temporales. Para ello, han vuelto la espalda a la necesidad objetiva de proseguir un curso destinado a explorar las posibilidades de cara a una unificación principista con la IVª Internacional, que constituiría una importante contribución a la solución de la crisis de la dirección revolucionaria, para las batallas de clase del futuro en numerosos países clave. El carácter irresponsable y sin principios de esta decisión viene subrayado por el mismo análisis que hace el CORCI de la situación mundial y de la necesidad de superar la crisis de

la dirección proletaria.

El CORCI, la TLT y al FB han publicado un llamamiento a la constitución de "un comité paritario por la reorganización (reconstrucción) de la IVª Internacional". Se trata de una operación destinada a profundizar la escisión y a atacar a la IVª Internacional. Su contenido es la liquidación de la IVª Internacional y el trotskismo mundial como organización. Han llamado a una "conferencia abierta" de todos aquellos que tratan de destruir la IVª Internacional. Esta "conferencia abierta" no será otra cosa que un club de discusión, cuya única base de acuerdo será la oposición a la construcción de la IVª Internacional como partido mundial.

Está claro que el CORCI, la TLT y la FB no están de acuerdo en torno a las cuestiones clave de la lucha de clases en la actualidad, y que se oponen a llevar a la práctica las resoluciones que pudieran ser adoptadas por mayoría. Es decir, que se oponen al centralismo democrático. Su proyecto no los lleva a ninguna parte. Del mismo modo, el CORCI ya había fracasado en la construcción, de acuerdo con estos principios, de una alternativa a la IVª Internacional. De ello sólo puede resultar la desmoralización y la pérdida de centenares de cuadros valiosos.

Mediante estas actividades, el CORCI, la FB y la TLT han vuelto hoy la espalda a la construcción de la IVª Internacional como organización. La necesidad de construir simultáneamente los partidos revolucionarios de la clase obrera a escala nacional y el partido mundial de la revolución socialista constituye un elemento programático fundamental del marxismo. Estamos en la época del imperialismo, una época de internacionalización creciente de las fuerzas productivas y de la lucha de clases, una época de revolución y contrarrevolución a nivel mundial. Todo intento, cualquiera que sea su base de partida, de construir partidos revolucionarios nacionales sin trabajar al mismo tiempo de cara a la construcción de una internacional revolucionaria, llevará a sus autores a cometer graves errores en el transcurso de la lucha de clases, no sólo a escala internacional, sino también en sus propios países.

Reafirmando y defendiendo la integridad de la IVª Internacional como partido mundial, como organización basada en el centralismo democrático, tal como se aplica a escala internacional, el XIº Congreso Mundial reafirma y defiende la integridad programática y organizativa del marxismo revolucionario, del trotskismo.

La IVª Internacional llama al CORCI, la FB y la TLT a cambiar de orientación. El Congreso Mundial afirma que el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) de Argentina —la organización más numerosa que apoya a la Fracción Bolchevique— debería convertirse en sección argentina de la IVª Internacional. Mantenemos nuestra línea general en torno a la cuestión de las fusiones y reagrupamientos principistas. Reafirmamos nuestra concepción fundamental, según la cual la construcción de partidos obreros revolucionarios de masas y de una Internacional obrera revolucionaria de masas no puede alcanzarse solamente mediante el reclutamiento individual de los núcleos existentes, que son la IVª Internacional y sus secciones, sino que pasará necesariamente por fusiones con organizaciones que ya existen o que aparecerán en el transcurso de la propia lucha revolucionaria. El Congreso Mundial reafirma su convicción de que la manera con la que la IVª Internacional y sus secciones responderán a las aperturas de procesos de fusión constituirá un test importante para juzgar sus capacidades revolucionarias.

No cambiaremos la orientación que consiste en buscar la reunificación de las fuerzas trotskistas, iniciada en 1963, como consecuencia de la escisión actual. Estamos dispuestos a discutir con la corriente representada por Lutte ouvrière, de acuerdo con las líneas seguidas por el SU estos últimos años. En lo que se refiere al CORCI, esto deberá venir precedido de un cambio en su curso actual y de la afirmación de que la IVª Internacional y todas sus secciones constituyen organizaciones trotskistas, que el papel de estas discusiones es la unificación con la IVª Internacional y sus secciones, en su totalidad. En la práctica, deberá actuar conformemente a lo antedicho.

Independientemente de cualquier condición previa, tomaremos cualquier iniciativa que permita acercarnos a este objetivo, defendiendo al mismo tiempo la integridad de nuestra organización y de sus fronteras organizativas precisas. Aconsejamos a las secciones nacionales a hacer lo propio.

La IVª Internacional no retrocederá ni un ápice de su posición de principio según la cual toda discusión de este tipo no puede tener otro objetivo que el refuerzo de la IVª Internacional como partido mundial basado en el centralismo democrático.

Informe sobre juventud



Este informe sobre las actividades de la IV Internacional fué presentado al Congreso Mundial por Margaret Jayco (miembro del comité ejecutivo nacional de la Young Socialist Alliance de los USA).

Camaradas de las organizaciones juveniles, de las secciones y organizaciones simpatizantes de la IV Internacional se han reunido las dos primeras noches del congreso mundial para discutir nuestro trabajo hacia la juventud.

Nuestras tareas relativas a la defensa de la revolución nicaragüense, así como la decisión del Congreso Mundial relativa al giro de las secciones de la IV Internacional hacia las posibilidades que se afirman cada vez más, en el seno de la clase obrera industrial, han tenido una importancia particular. Las organizaciones juveniles habían sido invitadas como observadoras a los dos últimos congresos mundiales, pero es la primera vez que se han realizado reuniones específicas durante el congreso para intercambiar ideas y experiencias. Esperamos poder tener otra reunión de juventud con ocasión del próximo comité ejecutivo internacional. El objetivo de este informe es presentar nuestras discusiones a todos los delegados y observadores de este congreso.

El objeto de nuestra reunión, además del intercambio de experiencias, era el de contribuir a preparar una discusión sobre el trabajo juvenil para una ulterior reunión del Secretariado Unificado, en la que pudiera abordarse la elaboración por parte de la Internacional de una nueva resolución que permita retomar y poner al día el documento sobre la radicalización mundial de la juventud que fue discutido en el Congreso Mundial de 1969 (1).

Camaradas de unos veinte países han participado en esta reunión.

En diez países, existen organizaciones juveniles trotskistas, ligadas a las secciones y organizaciones simpatizantes de la IV Internacional. Son las siguientes: Grupo de Jóvenes Socialistas en Hong-Kong; la Juventud Comunista en el Japón; Juventudes Socialistas en Nueva Zelanda; Alianza de la Juventud Socialista en Australia; Alianza de Jóvenes Socialistas en USA; Juventud de Vanguardia en Martinica; Juventudes Comunistas Revolucionarias en el Estado español; Juventudes Comunistas Revolucionarias en Francia; Joven Guardia Socialista Flamenca en Bélgica.

En Gran Bretaña existe una agrupación de jóvenes alrededor del periódico Revolution, que es publicado por el I.M.G., que está preparando una conferencia con estos jóvenes, con el fin de elaborar un programa político que sea el fundamento de una organización independiente de la juventud.

Además, camaradas de diversos países están debatiendo la creación de organizaciones de la juventud. En Perú, en Italia, en Suecia, por ejemplo, las secciones publican un periódico para la juventud. Y el Partido Socialista de los Trabajadores en Irán (HKS) debate seriamente la creación de una organización de la juventud.

La capacidad de la IV Internacional para responder a las necesidades e intereses de los jóvenes, en especial los jóvenes trabajadores, y para reclutar entre ellos es un elemento decisivo para la construcción de partidos proletarios. Esto es así en todos los países.

La situación de la juventud

En nuestras reuniones no hemos intentado realizar una discusión exhaustiva sobre la situación objetiva a la que se enfrenta la juventud hoy día, ni sobre los importantes cambios que se han producido desde 1969, fecha en la que se aprobó el último documento de la Internacional sobre la juventud. Hemos pensado que se trata de una discusión que debe ser preparada y realizada por la Internacional en su conjunto.

Sin embargo hemos podido constatar una serie de observaciones generales que pueden ayudarnos en el debate de nuestro trabajo hoy día.

La primera cuestión a destacar es el hecho de que, en particular tras la recesión mundial de 1974-1975, la política de austeridad de la burguesía ha golpeado muy duramente a la juventud. Por todas partes se constata el alza en flecha del paro entre los jóvenes, las restricciones de créditos en la educación, y los recortes en nuestros derechos democráticos.

Pero la segunda cuestión que ha aparecido como un dato generalizado, es que existe una reacción a los ataques de la clase dominante, cuya extensión y ritmos

varían de un país a otro. Esta resistencia se expresa a la vez en el interior y en el exterior de los sindicatos, y está produciendo una capa de jóvenes militantes que se encuentran a la cabeza de numerosas luchas actuales de los trabajadores y sus aliados.

En Irán y en Nicaragua, este fenómeno aparece más claramente, pero no es un fenómeno limitado a los países en procesos revolucionarios. Las luchas por liberar al mundo de la energía nuclear; por el derecho de las mujeres al aborto; contra la construcción del aeropuerto de Narita en Japón; por el derecho a la sindicalización en Newport News (Virginia) en USA...; son otras tantas batallas en las que los jóvenes se encuentran en primera línea.

La última tendencia que hemos observado es la lamentable incapacidad de las direcciones actuales de los sindicatos y de los partidos obreros reformistas de masas, para defender los intereses de la juventud. Camaradas de Italia y España han subrayado que numerosos jóvenes abandonan estas organizaciones ante el rechazo de las mismas a defender las reivindicaciones y los intereses de la juventud o de cualquier otra capa oprimida y explotada.

Posibilidades para la IVª Internacional

Estos tres factores indican que actualmente la IV Internacional tiene enormes posibilidades de reclutar jóvenes dispuestos a luchar. En los países donde existen ya organizaciones juveniles hemos tenido mayor capacidad para aprovechar estas posibilidades.

En nuestras discusiones hemos abordado varias cuestiones políticas importantes relativas a la construcción de las organizaciones juveniles.

En primer lugar, por qué el movimiento socialista revolucionario de la juventud necesita organizaciones juveniles independientes. Liebknecht, Lenin y Trotski pensaban todos ellos, que la formación de organizaciones de la juventud independientes era una ayuda irreemplazable para la construcción de partidos proletarios.

Todo el mundo ha sido jóven alguna vez en su vida. Es un hecho biológico. Recuérdelo cada uno de los camaradas. Como decía Lenin, la juventud es una condición temporal por la cual todo el mundo pasa.

Cada generación llega al socialismo por su propio camino —un camino que muchos de más edad no siempre comprenden. Ellos han madurado en un periodo diferente y han sido movidos por cuestiones distintas.

Los jóvenes necesitan hablar de política entre ellos, tener sus propios éxitos y cometer sus propios errores. Es así como podremos adquirir experiencia y confianza en nosotros mismos. Es esto lo que permite y hace necesaria nuestra propia organización.

Los jóvenes son generalmente menos estables, menos modelados, más enérgicos y más abiertos al cambio. Tenemos menos experiencia, pero estamos menos predispuestos a ser racistas, a ser reprimidos o sobreexplotados. Los jóvenes que justamente comienzan a descubrir el mundo, tienen más posibilidades de ser rebeldes, de ser atraídos por ideas revolucionarias y por los movimientos sociales. Esto se ha verificado a lo largo de toda la Historia.

Una organización juvenil revolucionaria ayuda al movimiento socialista a incrementar sus posibilidades de ganar jóvenes en el momento mismo en que decidimos qué hacer de nuestras vidas, —antes que hayamos verdaderamente escogido nuestro camino.

La función misma de una organización juvenil separada hace necesario que sus normas y su atmósfera sean diferentes de manera significativa de las del partido. Militar en una organización juvenil debería significar un paso menos importante que militar en el partido, reclamando una menor entrega; uno de los fines de la organización juvenil es educar y suscitar la entrega al movimiento revolucionario. Es una base para la formación de cuadros del partido.

Una organización de juventud debe tener una atmósfera militante, un espíritu de campañas y un acercamiento flexible hacia cada nuevo camarada reclutado, y hacia sus preocupaciones particulares. Debe tener un programa bien organizado de actividades sociales gracias a las cuales los miembros aprenderán a conocerse, hablarán de política y atraerán alrededor de ellos a nuevos jóvenes.

Para ilustrar estos puntos los camaradas australianos han explicado sus experiencias cuando reclutaban e integraban jóvenes estudiantes en los últimos cursos de escolaridad y jóvenes trabajadores.

Claro está, una de las tareas más importantes de una organización de juventud, es una formación marxista sistemática. Y debemos ser creativos y reflexionar sobre las maneras de hacerlo, y de motivar a los militantes para que ellas y ellos lean y estudien para sí mismos.

La opresión y explotación específicas de la juventud se profundizan en la medida que la agonía del capitalismo se prolonga. Organizaciones juveniles son indispensables para orientar a las secciones en su intervención en el seno de las luchas de la juventud y para ayudarles a ganar los mejores militantes jóvenes a nuestro ideal.

El partido y las relaciones con la juventud

Además de lugar de formación para los jóvenes socialistas, las organizaciones de la juventud sirven además para cubrir otro objetivo. Permiten a nuestro movimiento reclutar jóvenes cuando están preparados para militar en una organización socialista, sin que por ello se tengan que rebajar los criterios de integración y las normas de funcionamiento de las secciones.

Pensamos que nuestras organizaciones de juventud deben tener un programa trotskista y ser solidarias políticamente de la IV Internacional y de las secciones correspondientes. Esto no es sino la aplicación actual de la concepción leninista según la cual las organizaciones juveniles deben ser independientes organizativamente pero políticamente ligadas al partido.

Nuestro objetivo es construir simultáneamente un movimiento de la juventud y un partido revolucionario sobre el mismo programa, reforzándose uno al otro, pero siempre bajo el fin estratégico de construir un partido proletario de masas, necesario para llevar a nuestra clase a la victoria. Este lazo indisoluble con el partido, ayuda a estabilizar las organizaciones juveniles. Sin esta concepción las organizaciones juveniles no podrían formar políticamente a sus militantes y establecer una línea política correcta.

Pero este tipo de movimiento unificado es imposible sin que haya una colaboración estrecha al nivel local y nacional entre el partido y la organización de juventud. Pienso que es justo decir, que esta era la mayor preocupación de la mayoría de los representantes de la juventud. Sin excepción, en cada país, los más graves problemas planteados a las organizaciones juveniles estaban estrechamente ligados a una colaboración insuficiente con las direcciones locales y nacionales de las secciones.

Las Juventudes Comunistas Revolucionarias de España son hoy día mucho más débiles numéricamente que en el momento de su fundación. Los camaradas españoles han explicado que la falta de ayuda y de dirección política del partido era uno de los factores que ha influído en este sentido. Los camaradas han tenido un debate profundo reafirmando la necesidad absoluta de una colaboración estrecha con el partido.

El camarada de la Joven Guardia Socialista belga ha explicado sus problemas para decidir campañas políticas y organizarlas, así como sus problemas organizativos. Han insistiudo en el hecho de que una gran parte de la confusión provenía del hecho de que el partido no dirigía políticamente el trabajo en la juventud.

El camarada de la Juventud Comunista Japonesa, ha explicado que, durante estos últimos años, habían reclutado muchos nuevos militantes. Ahora están confrontados a una tarea importante de educación e integración de estos militantes. Esta tarea no podrá ser cubierta más que con la ayuda de camaradas más experimentados, miembros de la sección.

La colaboración entre el partido y la organización juvenil estaba también en el centro de las recientes discusiones en la YSA (Alianza de jóvenes socialistas) y en el SWP. La YSA está convencida de que uno de los mayores beneficios de nuestro giro hacia la industria será estrechar los lazos de colaboración política con el partido, colaboración que había sufrido un proceso de relajo durante estos ultimos años con malos resultados a la vez para la YSA y el SWP.

Los jóvenes trabajadores en la industria

Hay otra cuestión central a la cual están confrontadas nuestras organizaciones juveniles y que ha estado igualmente en el centro de los debates de este Congreso Mundial. ¿Cuál debería ser nuestro principal sector de intervención para nuestro trabajo en la juventud? ¿A qué medios debemos dirigir nuestra propaganda? ¿Hacia qué capas de la juventud deben centrar su atención con el fin de tener el mejor impacto, unas organizaciones pequeñas como las nuestras?.

De modo general, estamos de acuerdo en afirmar que la radicalización no está centrada hoy día en los campus universitarios. En la mayoría de los países hay un verdadero reflujo del movimento estudiantil.

Por supuesto, hay mucho trabajo político fructuoso a realizar entre los estudiantes universitarios. Es importante para la IV Internacional participar en estas actividades políticas y ligar las luchas y las preocupaciones de los estudiantes a las de la clase obrera. La revolución iraní ha demostrado que un ascenso importante de la lucha de clases pone en acción a un gran número de estudiantes y hace de ellos un aliado importante de los obreros y campesinos.

Durante este último año, las organizaciones juveniles en Nueva Zelanda y en los Estados Unidos han decidido introducir una mayoría de sus militantes en la industria. Otras organizaciones juveniles comienzan a discutir la manera de dirigirse a los jóvenes trabajadores, particularmente a los jóvenes trabajadores de la industria.

Durante los debates que hemos tenido aquí, la YSA de USA ha explicado porqué su comité nacional ha decidido en mayo que una mayoría de sus militantes comenzaran a trabajar en la industria.

El giro de la YSA era una respuesta oportuna a la primera ocasión que aparecía desde su fundación hace veinte años, para transformarse en una organización juvenil de composición proletaria que pueda centrar su trabajo político sobre los jóvenes trabajadores de nuestra generación. Este giro pone a la YSA en las mejores condiciones para reclutar no solo jóvenes obreros sino igualmente jóvenes en paro y jóvenes estudiantes de Enseñanza Media. La base obrera de la YSA, la convierte en una alternativa que puede atraer a los estudiantes a las ideas revolucionarias y aumenta sus capacidades de reclutar a una perspectiva proletaria.

El hecho de tener raíces en la industria nos pone hoy en la mejor posición para hacer participar a los sindicatos de la industria en la lucha antinuclear, la lucha por el empleo de los jóvenes y un salario digno, la campaña contra las leyes antiaborto, el combate por la defensa del derecho a la educación, etc. A partir de esto, podremos dirigirnos al resto de capas de la juventud y podremos jugar un papel clave en la lucha por movilizar la fuerza de los sindicatos en estas luchas.

Solidaridad con Nicaragua

En nuestras discusiones hemos decidido que la solidaridad con Nicaragua debe ser una campaña central para cada una de las organizaciones de la juventud.

La revolución nicaragüense inspirará nuestra generación. Ayudará a radicalizar toda una capa de jóvenes, como fue el caso con la revolución cubana hace 20 años. Es nuestra revolución. Nos identificamos totalmente con ella. Y queremos que se nos identifique con ella.

Nuestro objetivo es dirigirnos a todos los jóvenes que podamos influir, explicarles lo que pasa en Nicaragua y decirles que es interés suyo defender y sostener esta revolución.

Esta revolución tiene otro significado especial para las organizaciones juveniles. Es la más jóven que nunca haya tenido lugar. Miles de niños y jóvenes han sido asesinados por Somoza y la Guardia Nacional. Jóvenes sandinistas han tomado las armas para hacer la revolución, y juegan hoy un papel indispensable en su defensa y en la reconstrucción de Nicaragua.

Los jóvenes de Nicaragua nos han dado otro ejemplo que nos permite explicar a los jóvenes de todo el mundo que las revoluciones se realizan, y que es necesario que los jóvenes luchen por un mundo mejor.

Nuestras tareas de solidaridad las vemos sobre dos aspectos:

1. Explicar con toda claridad lo que pasa en Nicaragua.
2. Conseguir que la mayor ayuda posible sea enviada a Nicaragua.

Hemos redactado un llamamiento de las juventudes de la IV Internacional a todas las organizaciones juveniles, instándoles a participar en esta campaña con nosotros. Podemos utilizar este llamamiento para efectuar el trabajo de solidaridad en nuestros países respectivos.

Pensamos igualmente enviar una copia del llamamiento al FSLN y a su organización juvenil, la Juventud Sandinista del 19 de julio. Queremos que sepan que los jóvenes militantes de la IV Internacional están a su lado en el combate que llevan para hacer avanzar la revolución.

En el número de *Barricada,* diario del FSLN, del 15 de septiembre, había un artículo titulado: "No es posible hablar de vanguardia sin hablar de juventud". En este artículo, Germán Ruiz, miembro del comité provisional de las Juventudes Sandinistas del 19 de julio, decía que



entre los grupos con los cuales habían establecido relaciones fraternales, se encontraba la Alianza de los Jóvenes Socialistas de USA. Esperamos poder profundizar estas relaciones fraternas entre las Juventudes Sandinistas y todas las organizaciones juveniles de la IV Internacional.

Las JCR francesas llevan actualmente una campaña para recoger 50.000 francos de ayuda para la campaña de alfabetización en Nicaragua. En Australia, trabajamos en el comité de solidaridad con Nicaragua para conseguir que una delegación sindical visita Nicaragua.

Colaboración internacional de la juventud

El último punto que hemos discutido ha sido la manera de aumentar y sistematizar la colaboración entre las organizaciones juveniles. En el pasado, los diferentes grupos se han comunicado muy poco entre ellos. Es una lástima, teniendo en cuenta los pocos años de existencia con que cuentan la mayoría de los grupos. Tenemos mucho que aprender unos de otros, puesto que discutimos a menudo los mismos problemas.

Pensamos que en este estadio, el trabajo hacia la juventud de nuestro movimiento mundial debe estar mejor coordinado al nivel internacional, por medio de los órganos dirigentes de la IV Internacional y en colaboración con las direcciones de las organizaciones juveniles existentes. Esperamos todos con impaciencia el día en que tengamos una internacional de la juventud. Pero esto no está aún a la orden del día.

Queremos que las organizaciones juveniles y las secciones se preocupen más de cambiar informaciones, de enviarse respectivamente los periódicos, boletines de discusión e informes de las reuniones.

Queremos asistir unos a los congresos de otros. Queremos hacer entrevistas a nuestros dirigentes respectivos para nuestros periódicos y hacer conocer las actividades de nuestros camaradas en otros países.

La YSA acaba de publicar un boletín internacional de información de la juventud en inglés, que incluye contribuciones sobre el trabajo juvenil, escritos por camaradas de USA, Inglaterra, Holanda, Nueva Zelanda, España y Francia. La lectura de este boletín nos será de una ayuda preciosa para definir nuestras tareas.

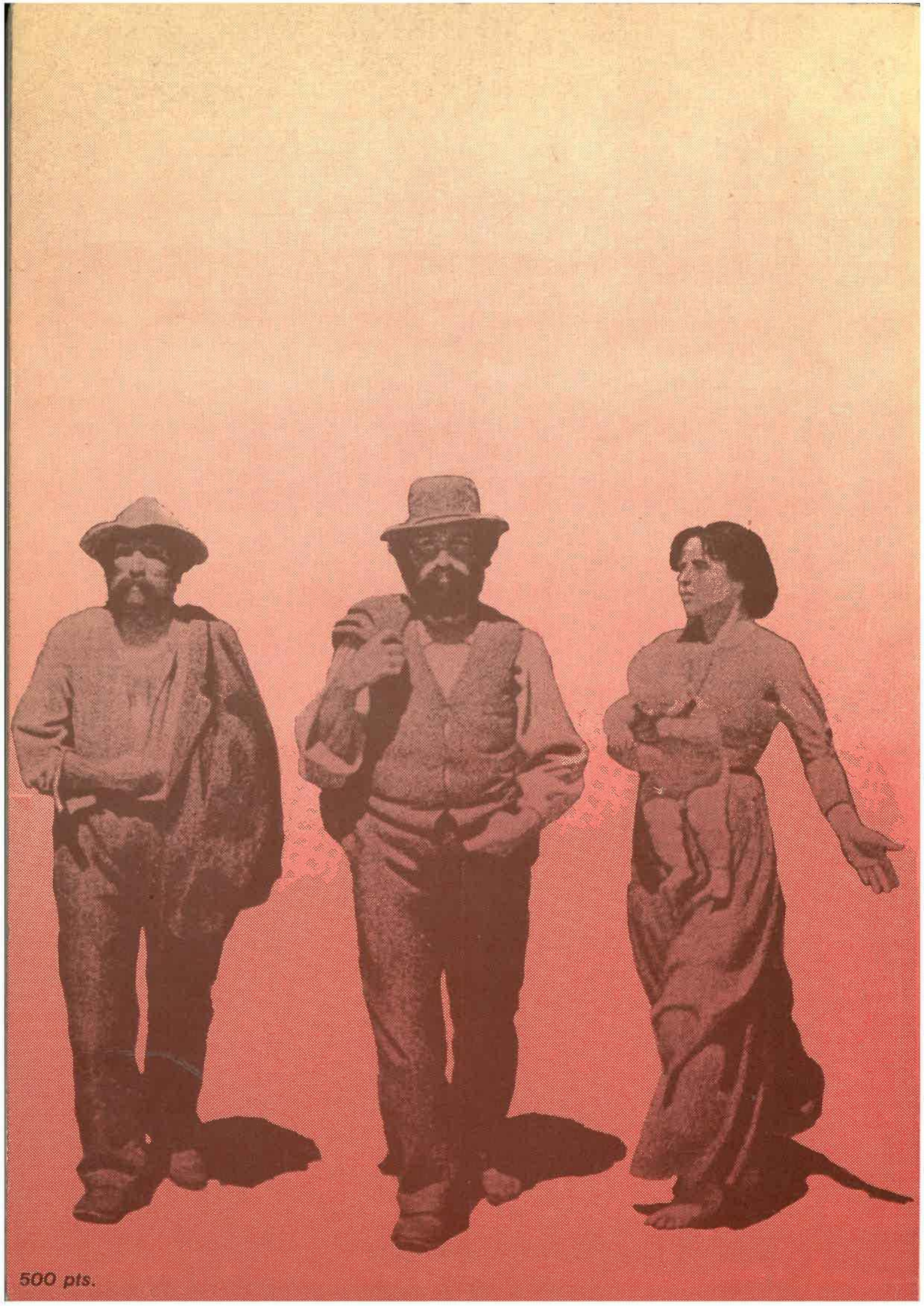
Para terminar, pienso que las discusiones que han tenido lugar aquí, significan un paso adelante muy importante. Nos han permitido intercambiar experiencias y aprender unos de otros. Y hemos contribuído a poner los jalones que permitan que la IV Internacional discuta políticamente la manera como nuestro movimiento puede hoy día ganar jóvenes militantes y hacer de elos cuadros revolucionarios que llevarán mañana la clase obrera al poder.

(1) Este documento, "La radicalización de la juventud en el mundo y las tareas de la IV Internacional", se encuentra en la revista "IVª Internacional" de julio de 1969 (año 27, nº 38).

¿TE FALTA ALGUN NUMERO? SUSCRIBETE



Suscríbete a las publicaciones de la L.C.R.: Combate, Comunismo, Inprecor


500 pts.